
UNA NOVELA DE
ELO LPZ
SENTIMIENTOS QUE ENGAÑAN
AL
CORAZÓN

Sentimientos que engañan al corazón

Elo Lpz

Título: sentimientos que engañan al corazon
© 2024, Elo Lpz
©De los textos: Elo Lpz
Ilustración de portada: Elo Lpz
Edición emitida por: Elo Lpz
Todos los derechos reservados

GRACIAS POR COMPRAR ESTE EBOOK.

Contenido

Capítulo 1
Capitulo 2
Capitulo 3
Capitulo 4
Capitulo 5
Capitulo 6
Capitulo 7
Capitulo 8
Capitulo 9
Capitulo 10
Capitulo 11
Capitulo 12
Capitulo 13
Capitulo 14
Capitulo 15
Capitulo 16
Capitulo 17
Capitulo 18
Capitulo 19
Capitulo 20
Capitulo 21
Capitulo 22
Capitulo 23
Capitulo 24
Capitulo 25
Capitulo 26
Capitulo 27
Capitulo 28
Capitulo 29
Capitulo 30
Capitulo 31
Capitulo 32
Capitulo 33
Capitulo 34
Capitulo 35
Capitulo 36
Capitulo 37
Capitulo 38

Epílogo

Capítulo 1

"Martina, necesito esos archivos del Proyecto Harrison en mi escritorio en cinco minutos, por favor".

"Lo haré, señorita Green."

Paula suspiró mientras se reclinaba en su silla de oficina, con los dedos presionados contra sus sienes en un intento de aliviar el amenazante dolor de cabeza. El fin de año siempre era el peor, especialmente cuando dirigías una empresa multimillonaria.

Se enderezó en su asiento y comenzó a girar la columna hacia la izquierda y hacia la derecha, con la esperanza de aliviar la rigidez y la tensión en sus vértebras. Cuando eso no ayudó, se puso de pie y se giró para mirar a través de la pared de vidrio transparente que dominaba la vida urbana de Manhattan, estirando sus oblicuos hacia ambos lados y girando la espalda hasta que escuchó algunos chasquidos antes de finalmente relajar los hombros y respirar profundamente.

Paula Green era la hija mayor de Alejandro Green, considerado el hombre más rico del mundo. Si bien esa afirmación tenía algunos beneficios obvios, también implicaba muchas responsabilidades. Por ejemplo, las innumerables vidas que dependían de ella para su sustento.

La joven se apartó el pelo negro de la cara mientras sus profundos ojos color chocolate miraban hacia el mundo que se extendía por debajo de su oficina ejecutiva. Cientos, si no miles, de personas se apresuraban por las aceras, yendo de un destino a otro.

Era abrumador pensar que cada una de esas pequeñas partículas era una persona que vivía su propia vida y luchaba contra sus propios problemas; cada vida era completamente diferente de la siguiente. Todas eran únicas. Si cada persona escribiera un diario de su vida, Paula estaba segura de que el mundo se quedaría sin árboles en una semana, y ninguno de los diarios sería ni de lejos una copia exacta de otro.

Alguien llamó a la puerta y ella se giró lentamente antes de que una sonrisa apareciera en sus labios cuando reconoció el rostro del hombre que entró.

"Hola, papá", saludó mientras el hombre cerraba la puerta detrás de él, tomándose un momento para mirar los cambios que había hecho en su oficina.

Cuando tenía quince años, empezó a trabajar para su padre haciendo tareas sencillas, como redactar actas de sus reuniones y llevar café. A medida que fue creciendo, él fue añadiendo más tareas hasta que finalmente estuvo preparada para asumir el puesto de directora ejecutiva de Green Inc. diez años después, y su padre se encontró siendo un ángel inversor en nuevas empresas que lo mantenían bastante ocupado durante su jubilación.

—Hola, cariño. ¿Tienes un minuto para almorzar con tu viejo?

preguntó Alejandro con una sonrisa, sus ojos color zafiro brillando con humor mientras mostraba la bolsa de comida que sostenía en su mano.

La sonrisa de Paula desapareció. "Me gustaría poder hacerlo, pero tengo que arreglar todo para la reunión de mañana y.…"

"Cariño, has estado trabajando sin parar toda esta semana. Sé que la reunión es importante, pero tú también tienes que tomarte un descanso. Siento que ya casi no veo a mi hija mayor, y aun así sigues viviendo bajo mi techo", dijo, frunciendo un poco el ceño.

Paula suspiró cuando su estómago gruñó en protesta. "Está bien".

Su padre sonrió radiante mientras recorría los últimos pasos por la habitación y gimió mientras se acomodaba en la silla frente a su escritorio. "Me estoy haciendo viejo", murmuró, e Paula no pudo evitar reírse al ver la expresión de su rostro.

—No eres viejo, papá. Ni siquiera tienes cincuenta años

dijo riendo mientras apartaba algunos papeles de su escritorio para dejar un espacio libre para los contenedores de comida antes de sentarse de nuevo en su sillón de cuero.

Sí, su padre tenía alguna que otra cana en su pelo negro, pero estaba en forma . Para ser un hombre de mediana edad, seguía siendo muy atractivo.

—No me lo recuerdes. ¡Ya casi tengo cincuenta años y ninguna de mis hijas se ha casado todavía!

gritó y de inmediato se zampó su hamburguesa, con la esperanza de ahogar sus penas en sus reconfortantes cualidades.

"Si Martin te ve comiendo una hamburguesa, le dará un infarto", afirmó Paula mientras agarraba uno de los recipientes, y al instante se le hizo agua la boca por los aromas que la invadieron.

Martin era el chef de la familia y llevaba trabajando para ellos casi treinta años. Era un anciano excéntrico de complexión robusta y mejillas de ardilla. Su único amor en el mundo era la comida gourmet que creaba y el placer que proporcionaba a las personas que comían sus platos.

Paula lo consideraba un tío por lo cercanos que eran y porque tenían en común el amor por la comida.

—No le dará un infarto si no se lo dices

replicó Alejandro con una sonrisa mientras tomaba un sorbo de café antes de recostarse en su silla

— Ahora dime, ¿cómo han ido las cosas por aquí? Hace tiempo que no pongo un pie en este edificio. Uno de los guardias de seguridad, uno nuevo, supongo, me pidió que le dijera a qué me dedicaba

dijo riéndose mientras negaba con la cabeza.

"Ha sido un día muy agitado", respondió la joven con seriedad mientras intentaba que la salsa no le goteara la blusa. "Sólo quiero que todo esté perfecto para la reunión de mañana. No quiero decepcionarte".

Alejandro sacudió la cabeza mientras una gran sonrisa se extendía por sus labios. "Nunca podrías decepcionarme, cariño. Ni tú ni tu hermana. Pero tienes que prometerme que no te esforzarás demasiado. Conozco el estrés que supone dirigir una empresa tan grande como esta, pero tu salud es lo primero. Nunca dejaré de escuchar a tu madre hablar de eso si de repente te me mueres".

Paula se rió al ver a su padre estremecerse al pensar en lo aterradora y protectora que podía ser su

esposa.

"Hablando de mamá, ¿cuándo regresan de Francia?" preguntó mientras tomaba un sorbo de su batido de fresa favorito que su padre había traído tan amablemente consigo.

—Mañana por la tarde

dijo mientras dejaba el recipiente vacío sobre el escritorio

— Todavía están ocupados resolviendo algunos asuntos con uno de los inversores de la clínica.

Como regalo de compromiso para su esposa, Alejandro Green le había construido una clínica benéfica en la que pudiera perseguir su sueño de ayudar a personas que padecían enfermedades cardíacas. Mientras Paula seguía los pasos de su padre al frente de la empresa, Rosa la hija menor de Alejandro Green siguió los pasos de su madre en el campo de la medicina.

"Eso estará bien. Ya se fueron hace una semana", dijo Paula mientras terminaba su batido.

—No me lo recuerdes. Extraño a mi Sofia

respondió Alejandro con un suspiro caprichoso y una mirada triste, y su hija no pudo evitar sacudir la cabeza ante sus payasadas.

Sus padres llevaban casados casi veinte años y, sin embargo, su padre seguía comportándose como si estuvieran de luna de miel. Era una actitud tierna y molesta a la vez.

Aunque era evidente que sus padres se amaban, también era evidente que su padre era el más cariñoso. Si no hubiera conquistado a su esposa como lo hizo, Paula estaba segura de que Sofia nunca se habría casado, prefiriendo su independencia. Su padre era definitivamente el romántico empedernido de la relación.

Tal vez , pensó, esa sea también una de las razones por las que él siempre intenta con tanto esfuerzo impresionarla: espera que ella nunca encuentre un motivo para abandonarlo.

Aunque Paula nunca dudó de que su esposa lo amaba y nunca lo abandonaría por razones superficiales como el envejecimiento, tenía la sensación de que él todavía se sentía un poco inseguro. Porque, aunque bromeaba sobre su apariencia envejecida, Paula siempre veía un toque de miedo en sus ojos al mismo tiempo. Después de todo, él tuvo que trabajar duro para ganarse el corazón de su esposa, y claramente quería hacer todo lo posible para conservarlo.

Un golpe a la puerta sacó a Paula de sus pensamientos y ella y su padre miraron hacia la puerta.

"Entra", dijeron al mismo tiempo, e Paula sonrió cuando su padre le lanzó una mirada tímida.

—Lo siento. Es la fuerza de la costumbre

se disculpó riendo.

La puerta se abrió y apareció Martina, que tenía unos cuantos archivos en la mano. Estaba hablando de una de las cifras cuando levantó la vista de los papeles. Se sobresaltó, abrió mucho los ojos y se ajustó rápidamente las gafas.

—Oh, lo siento mucho, señor Green. No sabía que estaba aquí

dijo, con las mejillas ardiendo de vergüenza.

Alejandro le sonrió mientras se ponía de pie. "Está bien. Solo me estaba asegurando de que mi

hija adicta al trabajo no se cayera de hambre", explicó con una sonrisa descarada mientras miraba a Paula, quien le devolvió la mirada con una mirada poco entusiasta.

—Está bien, eh, traje los archivos que usted solicitó, señorita Green

chilló la joven y rápidamente caminó hacia su jefa cuando la mujer le extendió la mano.

"Gracias, Martina", respondió Paula mientras tomaba los archivos y los colocaba frente a ella después de dejar a un lado los contenedores de comida vacíos.

—Bueno, será mejor que me vaya. No te esfuerces demasiado. ¿De acuerdo, cariño?

la instó Alejandro mientras rodeaba el escritorio para darle un beso en la cabeza a su hija.

—Está bien, papá. Me aseguraré de verte en la cena

prometió, haciendo que una sonrisa se formara en el rostro de su padre antes de que saliera de la oficina. Su expresión volvió a ser seria cuando miró a Martina

—Bien, ¿qué estabas diciendo?

Paula respiró profundamente por un momento antes de enderezar sus hombros y su atuendo formal, colocando un mechón de cabello oscuro detrás de su oreja. A medida que se acercaba la hora del inicio de la reunión, los accionistas y directores comenzaron a dirigirse hacia la sala de conferencias designada.

Martina, la siempre leal asistente, le ofreció un poco de información sobre cada invitado justo antes de que la persona llegara hasta ellos, lo que le permitió a Paula saludarlos por su nombre antes de que ingresaran a la habitación.

Hasta el momento, todo marchaba con normalidad y la precisión del reloj de la jornada aliviaba los nervios de Paula. Era la primera vez que dirigía una reunión tan importante y no quería dejar nada al azar.

Después de todo, ella tenía una reputación que mantener.

Ser la hija del hombre más influyente del mundo de los negocios no era tarea fácil, pero hacerse cargo de su dinastía... Esa fue otra guerra aparte de la suya. Mucha gente no la creía capaz para la tarea: era demasiado joven e inexperta.

Aunque había disminuido sus dudas, sabía que la junta directiva aún la observaba con ojos de buitre, esperando cualquier desliz que pudiera costarle caro a la empresa.

Hasta ahora no ha cometido ningún error y tiene intención de que así siga siendo.

De pronto, una carcajada atrajo la atención de Paula, y su oscura mirada se posó al instante en el recién llegado al vestíbulo del piso ejecutivo. Una cabellera rubia le llamó la atención, un destello de luz solar en comparación con la mezcla de tonos ceniza y barro que había visto antes del extraño. Era alto y, aunque su traje gris no le hacía mucha fuerza para adaptarse a su figura musculosa, estaba claro que hacía ejercicio a menudo.

Se rió de algo una vez más mientras escuchaba el aparato conectado a su oído, y su sonrisa reveló unos dientes blancos y relucientes que parecían demasiado blancos para ser naturales. Su piel bronceada brillaba con salud y, cuando bajó la cabeza para contener su alegría, sus ojos de repente se conectaron con los de ella.

El azul hielo contrasta con el marrón chocolate oscuro.

La parte más externa de sus iris era de un azul marino profundo, mientras que la parte interna era de un tono tan claro que casi parecían opacos, y parecían arremolinarse con misterio y encanto cuando miraban los ojos oscuros de Paula.

La joven nunca había visto antes un tono de azul como ese y se quedó paralizada bajo su mirada. La sensación le resultó muy inusual. Nunca antes había reaccionado de esa manera ante un hombre atractivo, y había visto a muchos hombres atractivos en su vida.

—¿Martina?

pronunció, incapaz de apartar los ojos del hombre que ahora se acercaba a ella, murmurando algo a través del dispositivo.

La chica dudó mientras se ajustaba las gafas. "No sé quién es".

Eso rompió el estupor en el que se encontraba Paula y le dirigió a su asistente una mirada severa. "Tú enviaste las invitaciones. ¿Cómo es posible que no lo supieras?" susurró.

"Lo siento, señorita Green", tartamudeó, provocando que Paula suspirara.

Allí va su encuentro impecable.

Se volvió hacia el hombre y se dio cuenta de que se había detenido a un par de pasos de ella. De cerca se veía incluso mejor, no tenía ni una sola imperfección a la vista. Una frente fuerte, pestañas espesas, nariz aristocrática y labios Rosados la dejaban con la mente llena de vueltas, y la encantadora sonrisa que se dibujaba en su rostro no la tranquilizaba en absoluto.

—Buenos días, señorita Green

La saludó con voz suave nada más terminar la llamada. Su voz no era profunda ni áspera, pero le sentaba bien. El tipo de voz que no te cansarías de escuchar.

Paula se obligó a salir de sus pensamientos y le ofreció una sonrisa educada a cambio.

—Buenos días, señor...

—Oh, perdóname. ¿Dónde están mis modales? Massimo Abruzzi a tu servicio

Se presentó, su amplia sonrisa no vaciló ni un segundo mientras le ofrecía la mano.

Paula dudó sólo un momento antes de devolverle el gesto. Su delicada mano quedó inmediatamente envuelta en la de él, más grande; el calor de sus dedos envolviéndole la piel se filtró en sus poros, y la inusual sensación de electricidad recorrió su brazo cuando él la apretó.

Un poco asustada por la reacción que había tenido su cuerpo, Paula rápidamente apartó su mano de él, sintiéndose extrañamente tímida.

En un esfuerzo por evitar la repentina incomodidad que crecía en su estómago, miró a Martina una vez más, solo para encontrar a la joven sacudiendo la cabeza, su nombre no le sonaba.

La joven directora ejecutiva frunció el ceño ante eso, pero enmascaró sus sospechas mientras volvía su atención al hombre que tenía frente a ella, ofreciéndole una sonrisa educada en un intento de ignorar su reacción a su toque y lo fría que se sintió su mano posteriormente.

"¿Está usted aquí para asistir a la reunión, señor Abruzzi?"

—Por favor, llámame Massimo

Insistió con otra sonrisa encantadora que dejó su corazón tartamudeando

—y sí, lo estoy.

—Ya veo

—Paula asintió con la cabeza

—Bueno, parece que hay algún tipo de discrepancia, ya que no reconozco su nombre en la lista de personas a las que se les envió el aviso.

Los ojos de Massimo se iluminaron con humor, lo que añadió un brillo especial a esos iris de hielo. La vista era asombRosa.

" Ah , ya veo. No hay de qué preocuparse. Soy el apoderado del señor Mauvick. El pobre hombre no pudo asistir a la reunión y me pidió que me sentara en su lugar".

Paula asintió con la cabeza en un gesto lento para demostrar que aún no estaba cien por ciento convencida de su explicación. "¿Puedo ver alguna identificación entonces?"

El hombre le entregó la documentación necesaria para asistir a la reunión y ella se reprendió internamente al notar que su agarre en los documentos los hacía temblar un poco.

Estás siendo absolutamente ridícula ahora mismo, pensó mientras se obligaba a leer las palabras una segunda vez porque no se había concentrado la primera.

Después de soportar por un momento el desconcertante ardor de su mirada sobre sus rasgos, que le enviaba un calor incómodo a las mejillas, concluyó que estaba diciendo la verdad.

"Gracias, señor Abruzzi. Le pido disculpas por la demora", dijo y le devolvió los documentos.

—No es necesario, y ya te dije que me llamaras Massimo

—añadió con un guiño antes de pasar tranquilamente junto a ella y entrar en la sala de conferencias; el aroma de su agradable colonia llenó sus sentidos y la hizo apretar los dientes con fastidio por las sensaciones que dejó en su vientre.

A pesar del inconveniente inicial de no saber que uno de los principales accionistas había designado un apoderado, la reunión transcurrió sin problemas e Paula no pudo evitar soltar un suspiro de alivio cuando las últimas personas abandonaron la sala de conferencias.

No solo estaba agradecida de que la reunión hubiera terminado, sino que finalmente se había librado de Massimo Abruzzi y de su mirada desconcertante e inquebrantable. Sus ojos habían seguido sus movimientos durante toda la reunión, y era algo de lo que ella se había sentido incómoda a cada segundo que pasaba.

Ella había cometido el error de mirarlo a los ojos una vez cerca del comienzo, y se encontró inmediatamente absorbida por profundidades heladas, sus pensamientos devorados por la gran intensidad con la que él la miraba.

Ella tropezó con sus palabras solo por un momento antes de recuperar el sentido una vez más y no se atrevió a mirar hacia su lado de la mesa durante el resto de la reunión.

El sonido de los vasos chocando entre sí sacó a Paula de sus pensamientos y se giró para ver a Martina limpiando la mesa de vasos y papeles usados. Paula sonrió mientras la observaba. La

chica era joven, había terminado la escuela secundaria el año pasado y no tenía experiencia en el mundo corporativo cuando la contrató. Pero trabajó duro y aprendió rápido.

Fue una de sus muchas decisiones que fue criticada por la junta directiva, afirmando que ella misma había sido CEO solo por un par de semanas y necesitaría a alguien con mucha más experiencia para seguir el ritmo de las demandas de tal trabajo.

Lo que dijeron tenía mérito, pero olvidaron que Paula prácticamente se crió en ese edificio. Conocía a la gente y su cultura mejor que la mayoría de los empleados de larga data y sabía qué tipo de persona sería la mejor para ayudarla.

Después de todo, ella era aún más joven y no tenía experiencia en nada cuando comenzó a trabajar para su padre.

Durante la entrevista, Paula vio mucho de sí misma en la joven, lo que finalmente le permitió conseguir el trabajo. Sí, era un poco tímida, pero con el tiempo y la experiencia, Paula no tenía dudas de que se convertiría en una empleada indispensable para Green Inc.

Y ella tenía razón.

"Voy a volver a mi oficina, Martina. Puedes ir a tu hora de almuerzo ahora si lo deseas", dijo Paula mientras tomaba su maletín, con la espalda y los pies doloridos por haber estado tanto tiempo de pie con tacones.

La joven asintió en señal de gratitud mientras se arreglaba las gafas. “¿Quieres que te traiga algo? Quizás algo dulce. Sé que siempre te gusta una buena dosis de azúcar después de una larga reunión”.

Paula pensó por un momento antes de asentir con la cabeza. "Está bien. Lo que quieras, puedes conseguirme uno también".

Martina le sonrió radiante antes de salir corriendo de la sala, con los brazos cargados de vasos. Paula se rió entre dientes mientras veía a la chica correr por el vestíbulo y desaparecer de la vista. No podía culparla. La reunión había durado más de lo previsto y ella misma estaba muerta de hambre.

Se lamió los labios secos mientras cogía su maletín y salía de la habitación. Tenía la garganta reseca por haber tenido que hablar durante tanto tiempo, así que se desvió rápidamente hacia el salón de personal más cercano, donde algunos de sus empleados conversaban y disfrutaban de su comida.

Todos la saludaron cuando entró y ella les sonrió antes de dirigirse al dispensador de agua. Colocó su maletín a su lado y suspiró mientras tomaba una taza y la llenaba con el refrescante líquido.

"Una presentación encantadora, señorita Green".

Paula saltó ante la voz inesperada que sonó demasiado cerca para su oído y rápidamente se dio la vuelta para mirar a Massimo Abruzzi. Se tomó un segundo para recomponerse tomando un sorbo de agua.

—Gracias, señor Abruzzi

Respondió ella, mirándolo por encima del borde de su taza y con la mirada recorriendo sus

rasgos en lugar de mirarlo directamente a los ojos.

Sus rubias cejas se fruncieron. "Ya te dije que me llamaras Massimo".

—Y, aun así, todavía te refieres a mí por mi apellido. No creo que sea justo

—replicó ella levantando una ceja oscura, cada vez más consciente de lo cerca que estaba su cuerpo del de ella y de la atención que atraía hacia sus empleados.

Su sonrisa deslumbrante asaltó su sentido común, lo que hizo que fuera un poco difícil escuchar su respuesta. "Bueno, eres la directora ejecutiva, así que te lo mereces. Es bastante impresionante en realidad. Debe ser agradable ser la niña de papá, ¿no?"

El ataque a su sentido de la razón no tuvo éxito cuando su cerebro finalmente registró sus palabras. Su frente se arrugó y ella bajó lentamente su taza ahora vacía mientras finalmente lo miraba fijamente.

"¿Disculpe?"

Massimo se encogió de hombros y su sonrisa relajada no abandonó su rostro.

—El hecho de que estés a cargo de una entidad comercial tan grande a una edad tan joven... No puedo evitar preguntarme... Después de todo, eres una niña.

Y así, la impresión que tenía de un hombre atractivo y encantador se evaporó ante ella, dejándole solo un sabor amargo en la boca. Dejó lentamente la taza sobre una mesa cercana antes de volverse hacia el hombre que tenía frente a ella, entrecerrando su mirada oscura con una advertencia peligRosa.

—Dejemos algo en claro, señor Abruzzi

— Dijo en voz baja y lenta, sin apartar la mirada de sus irises azul hielo a pesar de las chispas que le recorrían la espalda

— No me dieron mi puesto por ser quién es mi padre. Tuve que trabajar muy duro para llegar a donde estoy. El hecho de que pertenezca a una familia adinerada no significa que me lo hayan dado todo en bandeja de plata.

Tenía los puños apretados por la ira, casi temblando, mientras intentaba controlar su temperamento. Pero la sangre le hervía en las venas cuando su mirada inflamada chocó con la frialdad gélida de Massimo.

"El director ejecutivo anterior puede haber sido mi padre, pero cuando era hora de trabajar, él era mi jefe. Y puedes apostar tu último dólar a que se aseguró de que yo lo supiera. Nunca me habría dejado asumir el cargo si pensara que no soy apta para hacerlo. Así que no te atrevas a entrar en mi edificio e insultarme en mi cara, o de lo contrario con gusto dejaré que el personal de seguridad te escolte hacia afuera de la oficina de la oreja".

Su pecho se agitó por la ira que sentía y miró a los empleados en la sala, quienes inmediatamente desviaron la mirada y comenzaron a hablar entre ellos en un intento de parecer como si no hubieran estado escuchando abiertamente a escondidas.

—Está bien, está bien

—Massimo intentó tranquilizarla con las manos levantadas en señal de rendición, pero sus ojos helados tenían un dejo de humor mientras su sonrisa todavía estaba pegada a sus labios

— Sólo estaba diciendo que…

Los ojos oscuros de Paula, casi negros de furia, se abrieron de golpe para encontrarse con los de él. "Y yo estaba diciendo ...", susurró antes de agarrar su maletín y girar sobre sus talones.

Los empleados la esquivaron mientras salía de la habitación, dejando a Massimo atónito, pero completamente divertido a su paso.

Capitulo 2

—¿Quién se cree que es ese Massimo?

— Espetó Paula al entrar en su despacho y la puerta se cerró tras ella con un estruendo resonante

—¡No para de decir que soy demasiado joven para ser la directora ejecutiva de una empresa multimillonaria!

Ella marchó hacia su escritorio y se sentó en el lujoso asiento de cuero, encendiendo su computadora con un fuerte empujón.

Después de todo, eres una chica.

Paula frunció el ceño mientras abría bruscamente el cajón inferior de su escritorio y dejaba al descubierto su escondite secreto de chocolates. Eligió un Ferrero Roche y rápidamente lo desenvolvió antes de comérselo entero en la boca.

—Qué descaro

—murmuró con la boca llena mientras empezaba a buscar su nombre por capricho, sus dedos golpeando las partes superiores de las teclas mientras escribía.

Le tomó un tiempo, pero pronto descubrió que él era el hijo de Susana Abruzzi, una de las mujeres más poderosa de Forbes y la fundadora del floreciente imperio conocido como Abruzzi Pharmaceuticals.

Ella se burló y agarró otro chocolate.

Su tendencia a comer por estrés hizo sonar las alarmas en su mente, pero no pudo encontrar en sí misma la fuerza para preocuparse en ese momento. Sintió que la nuez se aplastaba entre sus dientes con un fuerte mordisco mientras golpeaba el suelo con el pie con impaciencia y hojeaba el contenido del sitio web.

Si bien Alejandro Green no era más que un esposo y padre cariñoso y amoroso, en el mundo de los negocios era todo lo contrario: alguien cuyos logros no serían superados fácilmente. Muchos habían cuestionado la competencia de Paula para seguir los pasos de su padre. Algunos afirmaban que era demasiado joven para asumir un puesto así, pues tenía veinticinco años en ese momento, mientras que otros usaban la excusa de que era mujer.

¡Una mujer ! ¿En qué siglo vivían todavía?

Si bien comprendía que la gente se mostraba algo cautelosa debido a su edad, no había ninguna razón educativa por la que no pudiera tener éxito debido a su sexo, y puso todo su esfuerzo en demostrar que esos chovinistas estaban equivocados.

Massimo Abruzzi será la última incorporación a esa lista.

Paula miró con el ceño fruncido la pantalla mientras tomaba otro chocolate y se ponía de pie de un salto, caminando de un lado a otro de su oficina mientras masticaba enojada el dulce que tenía en la mano.

En realidad, ¿por qué el hombre se oponía tanto a que ella fuera una mujer en el poder? Por lo

que había deducido en su breve lectura, su propia madre era la fundadora de la mayor empresa farmacéutica del mundo. Había pocos hombres más poderosos que la señora Abruzzi, de eso no había ninguna duda.

¿Cuál podría ser su excusa para creer que las mujeres son inadecuadas?

Paula estaba tan sumida en sus pensamientos que no se dio cuenta de que una persona había entrado en su oficina hasta que una hermosa voz femenina atravesó su mente distraída.

"Vaya, ¿qué te hizo ese pobre chocolate?"

La atención de Paula se dirigió a la puerta y el ceño fruncido de su rostro se desintegró para dar paso a una sonrisa ensordecedora. Tragó rápidamente el último bocado de su golosina antes de correr hacia su hermana.

—¡Rosa!

—gritó, abrazándola fuerte.

Las mujeres se rieron entre dientes cuando se separaron, e Paula se tomó un momento para observar los rasgos de su hermana. La diferencia de nacimiento, de solo un año, las hacía inseparables desde pequeñas, pero, aunque Rosa era más joven, era tres pulgadas más altas que Paula, tenía un cuerpo de supermodelo y ojos azul zafiro, una réplica exacta de los de su padre. Su cabello negro medianoche realzaba la tez aceitunada de su piel, y su flequillo oscuro le resaltaba la parte superior de los ojos.

Aunque a Paula le molestaba saber que su hermana menor era más alta que ella, le gustaba pensar que lo que le faltaba en altura lo compensaba con curvas. Pero eso también podía deberse a las deliciosas comidas gourmet de su chef y a su ligera tendencia a abusar del chocolate.

Paula no se avergonzaba de su cuerpo en absoluto. Su índice de masa corporal estaba dentro de lo aceptable, pero la genética hacía que algunas mujeres fueran delgadas y otras curvilíneas. No había nada de malo en eso. Mientras tu cuerpo no te impidiera vivir causándote problemas de salud, no había razón para romperte la espalda por adelgazar como un rastrillo.

Estar sano era la mejor forma, no morir de hambre.

—Pensé que sólo te vería en la cena de esta noche

—dijo Paula mientras regresaba a su escritorio y cerraba sutilmente el cajón inferior para ocultar la presencia de los chocolates.

"¿Y perderme la oportunidad de ver a mi querida hermana mayor antes? No lo creo. Ahora cuéntame qué te hizo enojar tanto que estuve tentada de ir a buscar el extintor para apagar el humo que salía de tus oídos. ¿Qué pasó?"

Paula gimió mientras se dejaba caer en su sillón de cuero. "Solo un machista que dice que soy demasiado joven para mi puesto porque soy miembro del sexo inferior. No hay nada nuevo ahí", murmuró poniendo los ojos en blanco y resistiendo la tentación de comerse otro chocolate a escondidas.

Aunque su hermana tenía apariencia de supermodelo, no le asustaban las calorías.

La boca de Rosa se torció un poco por la sorpresa. "Bueno, ciertamente no es una noticia desconocida, pero ¿por qué te molestó tanto esta vez?"

Como estaba cegada por su apariencia y no pensaba en nada relacionado con su carácter, dándome así el susto de mi vida, Paula respondió en su cabeza, pero solo ofreció un encogimiento de hombros como respuesta.

En ese momento, alguien llamó a la puerta y, tras abrir la puerta unos centímetros, la cabeza de Martina asomó. Parpadeó sorprendida al ver a la hermana menor de su jefe y su tímida mirada se dirigió inmediatamente al suelo.

Era difícil tener confianza en presencia de dos mujeres hermosas cuando tú no la tenías.

"Buenas tardes, señorita Green", dijo, apretando fuertemente la bolsa en sus manos cuando la mujer alta le ofreció una suave sonrisa.

—Buenas tardes, Martina

—respondió Rosa con una mirada amable.

No era solo el hecho de que las hijas Green fueran ricas, hermosas . Lo que realmente intimidaba a la gente era su amabilidad. La gente de Manhattan sabía cómo tratar a los mocosos ricos, no a las mujeres ricas y amables. Sus sonrisas amables ponían a la gente al borde del abismo en lugar de tranquilizarla.

Estaban en contra de la norma y la gente siempre se sentía intimidada por aquellos que eran diferentes.

—Le traeré el almuerzo, señorita Green

—se obligó a decir Martina y señaló la bolsa que llevaba en sus manos de la panadería favorita de su empleador.

"Gracias, Martina", dijo Paula y no pudo evitar reírse de lo rápido que la chica dejó el paquete en su escritorio antes de salir disparada de la habitación.

Paula ignoró la mirada inquisitiva de su hermana mientras revisaba el paquete para ver lo que Martina le había traído, y se le hizo agua la boca al ver una rebanada de pastel de fresa y vainilla cubierto con crema batida, fresas frescas y almíbar.

"¿Cuánta azúcar has consumido hoy?", preguntó Rosa mientras se sentaba frente a su hermana y observaba cómo la mujer mayor tomaba un tenedor y lo hundía en la caries dental que la esperaba.

Su hermana le devolvió la pregunta con una mirada fulminante, pero el calor de su mirada se perdió en la hermana menor al ver su barbilla y nariz cubiertas de glaseado. Hizo una pausa para tragar antes de responder: "Tengo una reunión importante detrás de mí y quiero relajarme un poco", justificó su alimentación poco saludable metiendo otro bocado en su boca.

Rosa pensó un momento mientras observaba a su hermana devorar el pastel que tenía en la mano. Aunque Paula dijo que quería relajarse un poco, la forma en que masticaba cada bocado demostraba que todavía estaba agitada por lo ocurrido con el extraño machista.

Y Rosa supo en ese momento que su hermana necesitaría más que un trozo de pastel para calmarse.

Ella sonrió y tomó su bolso, sacando su teléfono de uno de los compartimentos. "Creo que sé exactamente lo que necesitas".

……..

El suelo se elevó por los aires mientras los cascos revolvían la hierba. El poderoso semental gris sacudió la cabeza y se encabritó antes de cargar a lo largo de su potrero. Sus músculos, húmedos de sudor, se ondulaban con sus movimientos, y su pelaje gris moteado parecía aún más oscuro bajo el radiante sol de verano.

Jason King permaneció en silencio junto a la cerca de postes partidos, observando cómo el semental exhibía su dominio y poder mientras sacudía el suelo bajo sus atronadores cascos. Una respiración profunda llenó los pulmones del hombre, los rayos del sol caían sobre sus brazos bronceados mientras observaba los impresionantes movimientos del caballo y alborotaba su cabello color chocolate con una mano.

Steele era la última incorporación a los establos de la familia Green; un animal loco que sus dueños anteriores habían dejado por muerto a pesar de su excelente crianza. Llevar al caballo a la finca había sido un trabajo en sí mismo, y finalmente recibieron un dardo tranquilizante en el cuello para poder cargarlo en el remolque.

A Jason no le molestaba eso. Sabía que pronto acostumbraría al semental para poder montarlo; para eso le pagaban.

Miró hacia un lado al oír pasos que se acercaban y notó que uno de los chicos más jóvenes se acercaba a él.

"¿Qué pasa, Damian?" preguntó mientras volvía su atención al semental que ahora estaba parado en el campo y observaba a los dos hombres con ojos cautelosos y fosas nasales dilatadas, sus orejas pegadas a la parte posterior de su cabeza en una advertencia para que mantuvieran la distancia.

"Nada. Sólo vine a ver cómo te golpeaban otra vez", se rió el hombre.

Jason lo miró sin emoción, sin encontrar su humor ni siquiera remotamente divertido.

Llevar al semental a un potrero más grande había sido una misión en sí misma, y tenía un bonito moretón en el hombro como prueba de ello. No tenía pensado hacer nada más con él hoy, así que fue una pérdida de tiempo para Damian caminar hasta él.

Jason metió la mano en el bolsillo cuando sintió que su teléfono vibraba y lo abrió para ver un mensaje de la hija menor de su empleador. Volvió a guardar el teléfono en el bolsillo de sus jeans y miró al hombre que estaba a su lado. "La señorita Rosa acaba de enviar un mensaje. Ella y su hermana van a correr la carrera de obstáculos. Prepararán y ensillarán a Diamond y Chester, y les pondrán protectores para tendones".

Al mencionar a las hijas Green, los ojos de Damian se iluminaron con entusiasmo, una mirada con la que Jason estaba demasiado familiarizado y que también lo molestaba.

"No me digas", sonrió el chico más joven. "Bueno, espero que lleven esa ropa sexy que tienen para montar".

Jason se irritó por dentro, pero se obligó a mantener la calma por fuera. "Si la señora Green te oyera hablar así de sus hijas, te quedarías sin trabajo en un abrir y cerrar de ojos".

Damian puso los ojos en blanco.

—Vamos. Sabes que es verdad. Paula tiene curvas en los lugares adecuados, y Rosa...

—Para ti esa es la señorita Rosa

— Interrumpió Jason, enfatizando el título.

Damian parpadeó. "Alguien está sensible hoy".

El hombre mayor respiró profundamente de inmediato. "Quise decir que la señora Green es nuestra jefa, lo que significa que debemos tratar a sus hijas con el respeto que merecen".

El chico más joven asintió lentamente con una sonrisa cómplice en su rostro. "Entonces, ¿cómo es que no me corregiste cuando no le di un título a la señorita Paula?"

Jason se puso rígido al instante antes de obligar a sus músculos a relajarse y a controlar su expresión a su estado habitual de indiferencia casual. "Lo que intento decir", intentó desviarse del tema, "es que debes tratarlos con respeto, lo que no significa mirarlos con lujuria con lo que elijan vestir. Esta es su casa y debemos tener la dignidad y la decencia de respetarla".

Damian se burló de sus palabras. "Oh, vamos, Jason. Las hijas Green son mujeres adultas, tienen veinticinco y veintiséis años. Su madre necesita relajarse un poco. Además, ni siquiera son sus hijas, ¿verdad? Quiero decir, el señor y la señora Green recién están celebrando su vigésimo aniversario el mes que viene, y he oído historias sobre..."

—No sé mucho sobre sus vidas personales ni es asunto nuestro

—interrumpió Jason con tono cortante

— Sólo ve a ensillar los caballos antes de que lleguen.

Damian se quedó quieto, cruzó los brazos sobre el pecho y enarcó una ceja.

—¿No sientes ni un poquito de curiosidad por la misteriosa familia Green? Llevas aquí ocho años. Seguro que conoces algunos secretos.

Jason se detuvo sin darse cuenta ante las palabras de Damian, y su mente se remontó a un incidente en particular que juró que nunca abandonaría sus labios. Sacudió la cabeza y se alejó de la cerca, avanzando hacia el establo con paso firme.

"No, no lo hago."

-

A varios kilómetros de la ciudad de Nueva York se encontraba la finca de la familia Green. En el centro, una imponente mansión se extendía hasta donde alcanzaba la vista, rodeada de innumerables árboles centenarios.

Detrás de la finca había un camino pavimentado que se dividía en dos: un camino conducía a las cabañas de los empleados y el otro a los establos, que podían albergar a veinte caballos a la vez. Había una pista de doma cubierta de tamaño olímpico, así como una gran pista de salto al aire libre. Más allá del edificio comenzaba una pista de cross country y de obstáculos que se extendía a lo largo de una buena distancia de terreno.

La familia Green era considerada como la realeza en el mundo de los negocios y su riqueza no tenía rival. Pero a pesar de ello, eran una familia extremadamente reservada: su última función en la finca fue conmemorar el nombramiento de su hija mayor como directora ejecutiva de Green

Inc. hace más de un año.

Incluso esa fiesta era pequeña y exclusiva en comparación con algunas.

Durante ocho años, Jason King trabajó para la familia Green. Su hija menor era una enamorada de los majestuosos equinos y tenía una debilidad particular por aquellos que eran maltratados y abandonados. Cuando era adolescente, rescató a su primer caballo y lo trajo a la finca.

Al principio, la familia tenía cuatro caballos, que utilizaban para paseos a caballo y con los que competían la señorita Paula y la señorita Rosa. Pero con la repentina incorporación del caballo de rescate, que tenía mucha petulancia y muchos vicios, el mozo de cuadra que había estado empleado en ese momento no pudo manejar a la temperamental criatura.

Fue entonces cuando Jason conoció a la señora Sofia Green, quien le ofreció la oportunidad de trabajar con la yegua clueca. En menos de un mes, Jason logró acostumbrar a la yegua y la señorita Rosa pronto comenzó a traerle otros caballos rescatados para que los acostumbrara y los volviera a entrenar antes de venderlos a dueños dignos.

El semental gris, Steele, fue el último en llegar.

De todas las personas de la finca, él era quien más tiempo pasaba con la señorita Rosa y, aunque nunca se lo diría a nadie, la había extrañado durante su estancia en Francia durante la semana anterior. Nunca hablaban mucho, pero ella siempre estaba allí, dispuesta a ayudar en todo lo que fuera.

Cuando llegó a la finca, pensó que las hijas de Green serían como cualquier otra niña rica: unas mocosas ricas y malcriadas. Pero ese no era el caso de estas chicas. Se preocupaban profundamente por las personas que las rodeaban y trataban a sus animales mejor que la realeza, tanto dentro como fuera de la silla de montar.

Jason tenía la sensación de que también se debía a la naturaleza de su madre, que había sido extremadamente amable con él y lo había ayudado cuando no tenía a nadie más.

Por ello le estaría eternamente agradecido.

El zumbido de un potente motor quedó vagamente grabado en su mente mientras revisaba los dos caballos que estaban ensillando. Chester era la montura de la señorita Rosa, un hermoso semental negro, mientras que Diamond, una hermosa yegua ruana azul, pertenecía a la señorita Paula.

"Ya llegaron", dijo Damian a su lado mientras acariciaba el flanco de Chester una vez más. "Deberían llegar en unos minutos".

Jason no respondió mientras caminaba alrededor del ruano y se agachaba para ajustar la correa de la bota de tendón negra de la yegua. La mayor parte del tiempo, no era él quien hablaba, prefiriendo observar desde el costado que ser el centro de atención.

Ayudar a las hijas Green cuando iban a las competiciones era bastante horrible, con todas las chicas ricas y remilgadas que se agolpaban a su alrededor con su contaminación del aire a la que les gustaba llamar perfume.

Otra cosa que le gustaba de las hijas Green era que no hacían alarde de su riqueza. Aunque un ciego podía ver lo ricas que eran, nunca se comportaron como si fueran inmensamente ricas. De hecho, participaban en muchas organizaciones benéficas, la mayoría de las cuales se llevaban a

cabo de forma anónima.

La única razón por la que él lo sabía era porque la señorita Rosa le contaba lo que observaba y cómo se sentía cada vez que ella y su familia iban a ayudar a algún evento o aquello que apoyaban económicamente.

Un silbido bajo sacó a Jason de sus pensamientos y miró por encima de la silla de Diamond para ver que los ojos de Damian se agrandaban mientras una sonrisa burlona tiraba de sus labios. "Esas chicas podrían poner sus botas debajo de mi cama cualquier día".

El gritó cuando la hebilla de la cincha de Diamond lo golpeó de repente en la parte superior de la cabeza. Se volvió hacia Jason y lo miró con enojo, pero el hombre mayor no se molestó en reconocerlo mientras metía la mano debajo del vientre del ruano para agarrar la cincha y abrocharla.

No fue su culpa que el idiota estuviera en el camino cuando arrojó la cincha de la silla.

Echó una mirada discreta en la dirección que Damian miraba abiertamente. Las hijas Green, vestidas con sus trajes de montar, se acercaron a ellos y, a pesar de sus palabras anteriores, Jason no pudo evitar mirar sutilmente y con aprecio la figura de la señorita Rosa.

Era alta, de un metro setenta y cinco. Sus piernas largas y esbeltas se realzaban con los pantalones color camello que llevaba, mientras que su cabello oscuro estaba recogido en una sencilla trenza francesa y su flequillo le llegaba hasta la parte superior de los ojos.

Rápidamente se concentró en apretar la cincha antes de que ella captara su mirada persistente.

Las mujeres llegaron a ellos bastante pronto y se intercambiaron cumplidos antes de que la señorita Paula captara la mirada de Jason con una sonrisa. "Me alegro de verte, Jason", dijo mientras se dirigía al establo con su yegua a cuestas. "Tenía la intención de agradecerte por tu ayuda para llevar a Steele a los establos. Rosa me dijo que fue una verdadera experiencia y no me contó nada de esto antes de irse a Francia".

—No es nada, señorita Paula

—respondió Jason con su voz tranquila y profunda

—Me alegra mucho poder colaborar en una causa noble.

—Creo que recibir un golpe en el muslo es un poco más que una asistencia, ¿no crees?

Jason intentó no recordar ese momento con demasiada nitidez. Steele se había vuelto loco y había atacado a la señorita Rosa porque ella sostenía las riendas. Jason había reaccionado con la suficiente rapidez para apartarla del camino antes de que el semental la aplastara, pero terminó recibiendo el golpe en el muslo. Ya no le dolía, pero el moretón seguía siendo de un azul sólido, muy similar al pelaje de Diamond.

Él sujetó al ruano mientras la señorita Paula montaba y tomó las riendas en sus manos antes de moverse hacia un lado para que su hermana pudiera montar su propio caballo. Luego sonrió a Jason. "De todos modos, gracias por proteger a mi hermana. Ella siempre parece necesitarlo".

Aunque sus palabras fueron suavizadas con una sonrisa y un brillo burlón en sus ojos, Jason instintivamente dirigió su mirada leonada hacia la hermana menor, notando su pausa al montar el caballo.

Su rostro se había vuelto un poco más pálido y su piel parecía tensa mientras apretaba sus labios de color Rosa pálido en una línea apretada. Se quedó mirando la silla de montar negra colocada sobre el lomo de su semental y su agarre se apretó visiblemente sobre el asiento de cuero antes de que su mirada de zafiro se moviera lentamente hacia él. Sus ojos se movieron hacia abajo para mirar las numeRosas y diminutas cicatrices blancas que salpicaban su mano derecha, y él sintió la repentina necesidad de guardarla en su bolsillo cuando notó el ligero miedo en sus ojos antes de que se encontraran con los suyos.

Su mirada bronceada recorrió su expresión pálida, apenas visible a menos que alguien la mirara de cerca. Sus hombros estaban tensos, su pie todavía en el estribo mientras se preparaba para montar, pero parecían congelados en la mirada del otro, una mirada cómplice y una chispa repentina de electricidad pasando entre ellos mientras se miraban fijamente.

Jason volvió rápidamente su atención a la señorita Paula, que no había visto el momento que pasó entre él y su hermana menor, y esperó a que su corazón, que de repente se había acelerado, se calmara. Su rostro permaneció inexpresivo, sin revelar ninguno de sus pensamientos mientras respondía en un tono tranquilo: "Creo que ella puede protegerse muy bien por sí sola".

Capitulo 3

El cálido sol de verano y el delicioso viento que silbaba en los oídos de Paula eran un agradable contraste con el sofocante ambiente de su oficina. Si bien no podía quejarse de su oficina en Green Inc., no había nada que pudiera igualar la frescura que brindaba el aire libre y el sonido de los cascos atronadores debajo de ella.

Una sonrisa se dibujó en sus labios Rosados mientras instaba a su yegua a galopar por el sendero cubierto de hierba, la velocidad le hacía llorar. Miró hacia atrás y vio a su hermana a poca distancia detrás de ella.

—¡Vamos, Rosa! ¿Eso es todo lo que tienes?

— La incitó, y logró la reacción deseada cuando su hermana la miró con enojo e instó a su semental a alargar el paso, sus podeRosas piernas levantaban hierba y tierra por igual mientras pasaba junto a ellas como un tren.

Diamond sacudió la cabeza, negándose a que la golpearan, y estiró el cuello; el sudor espumoso cubría sus músculos mientras corría a un ritmo vertiginoso para atraparlos.

Finalmente, las dos hermanas detuvieron sus caballos al final del camino, que luego dio paso a muchos senderos sinuosos y árboles tortuosos. Paula recompensó a su yegua con algunas palmaditas en el cuello mientras el caballo se movía bajo ella, temblando por la emoción y el esfuerzo de la carrera.

"No creo que hayan ido nunca tan rápido antes", afirmó Rosa mientras giraba su semental para mirar a su hermana, con expresión sonrojada por el ejercicio y la emoción de la carrera.

—Yo tampoco

— respondió Paula mientras soltaba las riendas y luego giraba la espalda una vez en el sentido de las agujas del reloj y luego otra vez en la dirección opuesta.

Rosa frunció el ceño mientras observaba a su hermana. "¿Cómo está tu espalda?", preguntó con preocupación en su voz.

Paula suspiró mientras dejaba caer los brazos a los costados. "Estaba un poco rígido esta mañana. Ahora me duele un poco, pero está bien".

La mujer más joven asintió mientras observaba a su hermana moverse un poco incómoda en la silla. Cuando Paula tenía dieciocho años, tuvo una negativa en la carrera de cross country en una competencia y terminó cayendo sobre un muro de piedra de espaldas. Los médicos le habían asegurado que su espalda se curaría, pero que siempre sería un punto débil para ella, especialmente en los meses fríos.

Posteriormente, su madre les prohibió a ambas volver a participar en competiciones de cross, e Paula perdió un poco el entusiasmo por la equitación debido a las molestias que a veces le producía la espalda.

"¿Qué hora es?" preguntó Rosa y vio a su hermana mirar el reloj en su muñeca, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

"Llegaremos tarde a la cena si no nos vamos a casa ahora. Estoy segura de que a mamá no le hará mucha gracia que comamos oliendo a sudor y a caballo".

—Buen punto

—se rió Rosa mientras ambos giraban sus monturas para regresar en dirección a los establos.

—¿Por qué mamá no vino contigo a visitarme al trabajo?

—preguntó Paula después de un momento de silencio, mientras la suave brisa agitaba su cabello de medianoche.

"Hubo una emergencia en la clínica. Una anciana necesitaba un bypass de emergencia y los otros cirujanos ya estaban en el quirófano con otros pacientes".

—¿Y no quisiste ayudar?

—respondió Paula arqueando una ceja.

"Ella dijo que lo lograría, y yo les he ayudado muchas veces antes", respondió Rosa encogiéndose de hombros.

Paula asintió mientras observaba a su hermana que viajaba a su lado. A Rosa todavía le quedaban algunos años antes de convertirse en cirujana cardiotorácica como su madre, pero aún pasarían muchos años más antes de que estuviera lista para hacerse cargo de la clínica, como Paula había hecho con Green Inc.

A algunas personas les parecería un poco injusto que Paula heredara la dinastía multimillonaria mientras que Rosa heredara la clínica, pero ambas hermanas estaban felices con su futuro. No era como si no tuvieran otra opción. Cuando eran adolescentes, sus padres las obligaron a sentarse a hablar seriamente sobre su futuro, queriendo saber quién querría hacer qué.

A Rosa siempre le había fascinado el aspecto médico de las cosas, probablemente debido a que en sus años de juventud seguía a su madre por la clínica y sin darse cuenta aprendió mucho más sobre la ciencia de la medicina que Paula, quien casi se desmayaba al ver sangre.

La clínica, aunque era una organización benéfica, no era pequeña. Muchos clientes donaban para su funcionamiento y se fue expandiendo hasta que llegó a ser más grande que la mayoría de los hospitales, con un estándar sin igual.

De hecho, muchos de sus médicos y cirujanos eran de todas partes del mundo, y aunque no recibían salarios ostentosos, aún así eran decentes considerando el hecho de que era una organización sin fines de lucro.

Ésa era una de las principales razones por las que Rosa y su madre habían ido a Francia la semana pasada. Había una familia adinerada que quería invertir en la clínica y también se habían puesto en contacto con algunas universidades para promocionarla entre los aspirantes a cirujanos.

Si bien nadie se volvería increíblemente rico trabajando en la clínica en comparación con si tuviera su propio consultorio privado, su nivel y reputación hacían que cualquier empleado que trabajara allí estuviera por encima del resto en otros puestos posibles. La razón era la reputación de su madre de ser la mejor cirujana cardiotorácica del mundo.

No fue fácil llegar a ese nivel, pero lo que terminó haciendo a Sofia Green superior al resto de

cirujanos fue que había asumido una cirugía que ningún otro cirujano se arriesgaría, y esa cirugía resultó ser realizada al abuelo de Paula y Rosa.

Paula era demasiado joven para recordar los detalles más finos de lo que le pasaba, pero lo que sí recordaba era a su madre pasando día tras día en la biblioteca de la mansión, investigando y preparándose para una cirugía que tenía una tasa de éxito del diez por ciento en el mejor de los casos.

Hubo cierta controversia sobre la inminente operación, ya que la clínica había sido creada para ayudar a quienes no podían pagar a cirujanos privados. Circulaban muchos artículos sobre el nepotismo en la gestión de la clínica, que aceptaba operar a un hombre tan rico cuando había muchas personas más pobres que necesitaban ayuda, por no mencionar el hecho de que Sofia iba a operar a su suegro. Pero cuando quedó claro que nadie más estaba dispuesto a operarlo, las quejas del público se calmaron rápidamente.

Cuando la operación fue un éxito y el abuelo de Paula se recuperó por completo, Sofia fue inmediatamente considerada la mejor cirujana del mundo. Tanto es así que hasta cirujanos experimentados le ofrecieron sus servicios, aunque fuera por un año, solo con la esperanza de aprender de ella.

—Por cierto, ¿cómo estuvo Francia?

—preguntó Paula después de darse cuenta de que había estado perdida en sus pensamientos durante demasiado tiempo.

Rosa le lanzó a su hermana una amplia sonrisa que la hizo sospechar de inmediato. "Fue mucho mejor de lo que podríamos haber imaginado, y mamá tiene un plan que ambas creemos que hará un gran cambio por aquí".

…….

Un suspiro de satisfacción escapó de los labios de Paula cuando salió de la ducha, completamente limpia y sin rastros de las molestias del día. Su momento de felicidad se evaporó cuando recordó las palabras de Massimo Abruzzi, pero lo dejó de lado mientras se secaba el cabello.

No, no estás arruinando tu humor pensando en ese hombre.

Paula acababa de ponerse algo de ropa cuando oyó un coche que pasaba por la acera que conducía a la casa. Miró por la ventana y vio que el coche del chófer de su madre, Oliver, daba la vuelta a la fuente y se detenía delante de la entrada.

Paula sonrió radiante y dejó su cabello húmedo cayendo en cascada por su espalda mientras salía corriendo de su habitación, bajando los escalones de dos en dos y llegando a la puerta principal justo cuando la criada principal, Lesley, abría la puerta.

"¡Mamá!", gritó con una sonrisa radiante mientras se lanzaba a los brazos desprevenidos de la mujer.

Sofia Green se tambaleó hacia atrás antes de que el sonido melodioso de su risa resonara por todo el vestíbulo. Inmediatamente, sus brazos rodearon a su hija. "Y yo que pensaba que no me extrañabas", dijo riéndose, frotando la espalda de Paula de arriba a abajo por un momento antes de dar un paso atrás para mirarla.

Paula sonrió radiante a la mujer que tenía delante. Sofia Green era, sin duda, una de las mujeres más hermosas que había visto en su vida. A pesar de tener más de cuarenta años, su pelo color chocolate oscuro y sus ojos paralelos no mostraban ni un rastro de envejecimiento, y su piel de porcelana estaba libre de cualquier imperfección. Si bien siempre había sido una mujer esbelta, su cuerpo se había moldeado hasta adquirir una forma más suave y femenina durante la última década.

Un cambio que su marido siempre estuvo ansioso por apreciar.

"¿Cómo has estado, cariño? ¿Todo bien?", preguntó Sofia con una sonrisa mientras rodeaba a su hija con un brazo.

Paula se desplomó en su cálido abrazo. "No me lo recuerdes. Hoy conocí a otro cerdo machista", murmuró con un tono amargo.

Sofia se encogió de hombros y sonrió. "Siempre encontrarás gente así en los negocios, y no tengo dudas de que demostrarás que esta también está equivocado ".

—Eso planeo

—dijo la joven con un brillo decidido en sus ojos oscuros.

Sofia sonrió, pero en ese momento, se escucharon pasos atronadores corriendo por el piso de madera, sonando similares a una excavadora atravesando una selva tropical y viniendo directamente hacia ellos.

"¡ Señora !"

Una voz estridente y un borrón de uniforme blanco apenas le dieron a Sofia tiempo suficiente para liberar a su hija antes de ser envuelta en un fuerte abrazo y dos fuertes besos en sus mejillas que la hicieron reír.

"Hola a ti también, Martin", saludó al hombre de peluche mientras este se alejaba de ella, con su cabello color ceniza asomándose por debajo de su gorro y su uniforme a punto de estallar en los botones.

Su chef siempre había sido considerado parte de la familia tanto como los Green, y aunque se acercaba a los sesenta, todavía tenía tanta energía como un niño de doce años.

—¿Cómo estuvo su viaje a mi amada patria, señora ?

—preguntó con ese amistoso acento francés que no era tan marcado como cuando se mudó por primera vez a Estados Unidos.

Sofia le sonrió, considerando que estaba a diez centímetros por encima de él. "Muy bien, Martin. Logré mucho más de lo que creía posible".

Había un brillo en sus ojos oscuros que coincidía con el de Rosa esa misma tarde, e Paula supo entonces que definitivamente tenían algo planeado. Su hermana no le dio ninguna pista sobre lo que era, y eso solo despertó aún más su curiosidad.

Martin movió la cabeza de arriba abajo.

—Bien, bien, bien

—continuó, completamente ajeno a la expresión de intriga en el rostro de su patrón

— He preparado tus platos favoritos y los de Rosa para la cena. ¿Cuándo querrás comer?

"Supongo que cuando llegue mi marido a casa", respondió Sofia con una sonrisa amable. "Pero ahora mismo me gustaría simplemente darme un baño relajante".

—Muy bien, señora. Es muy agradable que esté de vuelta

—dijo, con las mejillas hinchadas como las de una ardilla mientras le devolvía la sonrisa antes de regresar a la cocina.

Sofia volvió a centrar su atención en Paula. "¿Cuándo llegará tu padre a casa?"

"Sé que necesitaba ir a hablar con el contador de una de las empresas. No estoy segura de cuánto tiempo le llevará, pero no creo que quiera estar fuera hasta tarde cuando sabe que estás en casa", respondió.

De hecho, Paula se quedó en shock cuando su padre le dijo esa mañana que tenía algunos asuntos que atender. Su esposa era una de las personas más valiosas de su vida y ella pensó que él habría despejado todo el día solo para estar allí cuando regresaran.

Sofia asintió mientras comenzaba a caminar hacia la escalera. "Está bien, bueno, me voy a bañar y luego me pondré algo más cómodo mientras tanto".

Paula sonrió antes de agarrar de repente la muñeca de su madre, deteniendo sus movimientos. Sofia se volvió para mirarla con una ceja levantada cuando notó la expresión seria de su hija. "Pero quiero saber qué es lo que tú y Rosa tienen planeado".

Sofia sonrió y le brilló el rostro. "Te lo explicaré después de cenar".

-

El reencuentro entre los padres de Paula transcurrió como siempre, después de que uno de ellos hubiera estado separado del otro durante unos días. Alejandro abrazó a su esposa al instante y la llenó de besos. Los reencuentros siempre les daban asco a sus hijas cuando eran más pequeñas, pero ahora no les importaba.

En secreto, ambos deseaban ser amados por alguien tanto como su padre amaba a su esposa.

La cena transcurrió con una conversación agradable; Rosa y Sofia repitieron lo que había sucedido en sus viajes sin dar la más mínima pista de lo que tramaban, mientras que Paula y Alejandro explicaron lo que había estado sucediendo en casa. Finalmente, todos se retiraron a la cama e Paula se puso un pijama fresco antes de dirigirse al dormitorio principal.

Mientras caminaba, su mirada oscura recorrió los cuadros enmarcados de las paredes. Había fotos de ella y su hermana cuando eran pequeñas, algunas de cuando solían competir en concursos hípicos y unas cuantas de cuando iban de vacaciones anuales. Se detuvo justo delante de la puerta del dormitorio de sus padres cuando vio un marco que contenía algunas fotografías.

Las fotografías eran del día de la boda de sus padres. Paula tenía siete años en ese momento y ella y su hermana habían sido las niñas de las flores, mientras que Liam, el hijo de un amigo de la familia, había sido el portador de los anillos. Sus ojos se centraron en una de las fotografías: era cuando Sofia estaba de pie en la entrada de la iglesia con un hombre regordete y de rostro enrojecido sosteniéndola del brazo.

Todavía recordaba el momento en que su madre le había pedido a Martin que la acompañara al

altar. Sinceramente, no creía haber visto a un hombre llorar tanto en su vida. Incluso se había puesto a dieta para la boda y lucía espectacular con su traje mientras guiaba a Sofia hacia su esposo que la esperaba.

Aunque tenía el rostro enrojecido y los ojos llenos de lágrimas, logró mantener la compostura hasta que el pastor anunció que Alejandro podía besar a su novia. Entonces sollozó tan fuerte que hizo llorar a un bebé.

Paula sonrió ante el grato recuerdo antes de llamar a la puerta.

El dormitorio principal estaba ubicado en el ala este de la casa y estaba decorado en tonos crema y gris claro. Una hermosa lámpara de araña dorada colgaba del techo, bañando la habitación con un brillo romántico, mientras que las cortinas de encaje blanco estaban separadas para permitir que la brisa de la noche de verano entrara a la habitación desde el balcón que daba al jardín este. Si Paula respiraba lo suficientemente profundo, casi podía distinguir los diferentes aromas de las Rosas que llegaban desde el mundo exterior.

Sus pies descalzos caminaron por el suelo de madera hacia la cama situada en el extremo más alejado, donde estaban sus padres.

Alejandro estaba recostado de costado, con la cabeza apoyada en la mano mientras miraba a su esposa, que estaba recostada boca arriba mientras ella lo miraba fijamente. Su otro brazo estaba colocado amoRosamente sobre sus caderas mientras su pulgar trazaba suavemente el hueso. Habían estado murmurando en voz baja antes de que Paula llegara a la cama y saltara sobre las mantas de seda que estaban amontonadas al pie de la cama, ya que hacía demasiado calor para usarlas.

Ambos la miraron con sonrisas en sus rostros mientras Paula cruzaba los brazos sobre el pecho y miraba fijamente a su madre, cuya sonrisa se transformó en una mueca inusualmente traviesa.

"Entonces, ¿cuál es ese plan tuyo?"

-

"¡Qué!"

El grito de Martin fue tan fuerte que las ventanas de la mansión temblaron.

-Señora , ¡no puede hablar en serio! -gritó.

El hombre estaba al borde de la histeria mientras miraba a sus empleadores con incredulidad; sus mejillas de ardilla parecían tomates maduros.

Sofia ya había esperado esa respuesta de él mientras lo miraba desde su posición sentada. La familia Green se encontraba en ese momento en la sala de desayunos, el brillante sol de la mañana calentaba sus espaldas mientras terminaban el desayuno.

"¡Nunca antes había necesitado ayuda para preparar sus comidas! ¿Por qué me hace esto? ¿Acaso no he demostrado que soy lo suficientemente capaz como para que tenga que contratar a otra persona para que me ayude con la preparación de las comidas?"

El pobre chef parecía estar al borde de las lágrimas y su expresión estaba llena de traición.

Sofia negó con la cabeza mientras dejaba la taza de café sobre el platillo. "De nada, Martin. Por favor, cálmate y escucha".

El hombre resopló y cruzó los brazos sobre su abultado estómago, levantando una gruesa ceja gris mientras esperaba una explicación a esta clara muestra de traición.

“Martin, hace años que no hacemos una gran fiesta como esta y me gustaría que disfrutaras de la celebración con nosotros. El chef que he contratado no está aquí para reemplazarte, sino para ayudarte a que puedas pasar más tiempo como invitado y menos como empleado”.

Soltó un suspiro lento y profundo, no del todo convencido. "Me encargué de organizar su boda, señora ".

—Lo sé, Martin

—le sonrió Sofia

— Pero me gustaría mucho que celebraras nuestro aniversario con nosotros en lugar de estar sólo dando vueltas en la cocina. Eres tan parte de esta familia como el resto de nosotros.

La mirada de Martin recorrió a cada miembro de la familia por turno antes de volver a mirar a Sofia. Cuando ella le ofreció otra sonrisa, sus hombros se hundieron en señal de derrota. "Está bien, lo entiendo", finalmente concedió en un tono sombrío. "¿Quién es este chef?"

El sonido familiar del vehículo de Oliver se hizo notar y todos miraron por la ventana para ver el auto negro detenerse frente a la puerta.

"Creo que es ella ahora", respondió Sofia con una sonrisa.

La familia se levantó de sus asientos y se dirigió al vestíbulo. Paula y Rosa no pudieron evitar reírse entre dientes cuando notaron que Martin desviaba su camino hacia uno de los espejos para arreglarse el gorro y el uniforme. Luego, sacó pecho y caminó hacia la puerta principal con paso demasiado confiado, como para anunciar sin palabras que era el chef de la mansión.

Lesley les abrió la puerta mientras salían al aire fresco del verano, y todos se pararon en el escalón superior cuando Oliver abrió la puerta para que el recién llegado se pusiera de pie.

La expresión orgullosa de Martin se desplomó cuando se dio cuenta de la mujer que descendió del vehículo, con su cabello plateado recogido en un elegante moño. Vestía un traje negro de negocios, con la chaqueta un poco ajustada a la cintura para realzar su figura. Era pequeña, de alrededor de un metro y medio, pero su cuerpo exudaba confianza cuando se giró para mirar a la familia.

Los hombros del francés se tensaron, su espalda se enderezó mientras cruzaba los brazos sobre el pecho y su mirada se entrecerró en una mirada acalorada.

La mirada de la pequeña mujer cayó instantáneamente sobre él, y sus cejas plateadas se hundieron en un ceño fruncido. " Bonjour , Martin", dijo, su acento francés tan marcado que las personas que escuchaban tardaron un momento en entender lo que decía.

La mirada de Martin parecía asesina mientras se burlaba de la pequeña mujer, y con un evidente siseo en sus palabras, respondió: " Mademoiselle Fettuccine".

Capitulo 4

Sofia parpadeó sorprendida ante la repentina hostilidad en la expresión habitualmente agradable del chef. Miró a los dos maestros culinarios y comenzó a juguetear nerviosamente con los dedos. "Oh, ¿ustedes dos se conocen?", preguntó, intentando mantener la cordialidad a pesar de la evidente tensión creciente.

Lo último que ella esperaba era que su presentación fuera en esa dirección.

"¿Se conocen? ¡Bah!", gritó Martin mientras señalaba con un dedo que parecía una salchicha a la pequeña mujer. "¡Ella era mi mayor rival en París!"

Danielle Fettuccine enarcó una ceja plateada, puso las manos en las caderas y sacudió la cabeza con una sonrisa burlona. "Oh, mi querido plato de pasta, desearías haber podido rivalizar conmigo".

"¡Qué!"

Paula y Rosa tuvieron que ocultar sus sonrisas detrás de sus manos mientras los hombros de su padre temblaban con risas apenas disimuladas, los músculos de su rostro dolían por tratar de sofocar una sonrisa.

Martin miró fijamente a la mujercita durante un buen rato. El rojo de sus mejillas se extendió rápidamente al resto de su rostro y bajó por su cuello mientras su enorme figura se estremecía con una furia apenas contenida hasta que finalmente explotó.

—¡No, no lo haré! ¡Me niego a trabajar con ella!

—gritó mientras se daba la vuelta para mirar a Sofia; el gorro casi se le cayó de la cabeza por el repentino movimiento.

Sofia le dirigió una mirada suplicante. "Martin, es solo por el próximo mes. Seguramente, pueden llegar a algún tipo de acuerdo para trabajar juntos, ¿no?", preguntó con voz amable.

"¡Prefiero comer salsa escaldada!"

—Bueno, deberías acostumbrarte a eso

—replicó Danielle con una dulce sonrisa.

La mirada que Martin le devolvió fue asesina, y parecía dispuesto a atacarla como un Toro Bravo al que se burlan con una bandera roja, con el pecho subiendo y bajando con cada respiración entrecortada.

—Por favor, Martin

—suplicó Sofia mientras se acercaba al furioso chef y le ponía una mano en el brazo en un intento de desviar su atención

— Nuestro vigésimo aniversario es nuestro aniversario más especial hasta ahora. ¿No puedes encontrar en tu corazón la manera de ayudar a que sea un poquito más especial?

—Me habría arreglado perfectamente por mi cuenta, señora

—respondió con voz ronca mientras seguía mirando fijamente a la pequeña mujer que estaba junto al auto, su figura rotunda tensa por la ira.

"Sí, estoy segura de que lo habrías hecho, pero te agradecería mucho que pudieras celebrar el día con nosotros. ¿No puedes trabajar con Mademoiselle Fettuccine? Es solo por un mes".

Su suave súplica y su mirada implorante hicieron que el encrespado chef se relajara y asintió con la cabeza con tristeza. Pero sus mejillas rubicundas todavía estaban enrojecidas por la irritación que le producía la situación.

Sofia sonrió radiante. "¡Excelente! Oliver, por favor lleva el equipaje de Mademoiselle Fettuccine a su camarote. Ella vendrá en cuanto Martin le haya mostrado todo lo que necesita saber".

La pequeña francesa sonrió, sus rasgos menudos la hacían parecer un duende. "Sí, estaré feliz de ver mi nueva cocina".

—¡Tu cocina!

—gritó Martin, y un fuerte resoplido abandonó sus pulmones antes de girar bruscamente sobre sus talones y marchar de nuevo hacia la mansión, murmurando furiosas palabras en francés en voz baja.

Todos se giraron para ver a la recién llegada, que ni siquiera se inmutó por su abrupta partida, y ella les ofreció una sonrisa agradable antes de seguir al hombre furioso.

Una vez que la puerta se cerró detrás de ellos, Sofia se volvió para mirar a su familia. Tanto sus hijas como su esposo tenían la mirada fija en el suelo y sus rostros enrojecidos por la evidente moderación.

Sofia suspiró y puso las manos en las caderas. "Adelante, ustedes tres".

Por un momento, el trío no hizo nada, pero cuando levantaron lentamente la mirada y se miraron el uno al otro, pasó una fracción de segundos antes de que todos gritaran de risa y las lágrimas pronto corrieran por sus rostros. Sofia los vio reír, pero no pudo encontrar fuerzas para unirse a ellos. La presentación de los dos chefs franceses no fue como ella lo había planeado en absoluto. ¡Ni siquiera sabía que se conocían! Mademoiselle Fettuccine ciertamente no reaccionó como si hubiera conocido a Martin antes de hoy cuando le había mencionado la propuesta de trabajo.

—Vamos, cariño

dijo Alejandro después de unos segundos de intentar recuperar el aliento cuando notó que su esposa no participaba en la hilaridad de la situación. Dio un paso hacia ella antes de rodearla con sus brazos y darle un beso reconfortante en la coronilla, siempre sintiéndose orgulloso de sentirla relajarse en su abrazo

—Tengo la sensación de que todo saldrá bien.

-

Paula todavía tenía una sonrisa en su rostro más tarde ese día. No pudo evitar preguntarse cómo le iba a Martin con la última incorporación a la cocina y sonrió solo de pensar en las posibilidades.

Cuando anoche le preguntó a su madre qué tenían planeado ella y Rosa, lo último que habría

pensado fue que estaban jugando a las casamenteras.

"¿Por qué intentas tenderles una trampa?", preguntó, completamente desconcertada por las inusuales intrigas de su madre.

—Martin ya casi tiene sesenta años, cariño

—respondió Sofia

—Yo también quiero verlo con su propia familia.

—¿Y cómo conseguiste que este chef aceptara trabajar contigo durante un mes?

La mujer se sonrojó un poco. "Quizás le haya ofrecido lo suficiente para que pueda jubilarse antes de tiempo".

Paula parpadeó ante esa respuesta. Su madre siempre les había enseñado a ella y a su hermana a no derrochar el dinero de forma imprudente, aunque probablemente fueran la única familia del mundo que podía permitirse vivir tan imprudentemente como quisieran. El hecho de que Sofia Green, una mujer que en su día había venido de un entorno pobre y nunca había estado acostumbrada a la extravagancia, le hubiera ofrecido a ese misterioso chef una suma tan grande demostraba que estaba decidida a conseguirle a Martin el final feliz que se merecía.

—Bueno, espero que funcione entonces

—respondió Paula con una sonrisa mientras se levantaba y salía de la habitación.

Justo cuando estaba a punto de cerrar la puerta, escuchó a su madre reírse. Era un sonido que no hacía a menudo y que hizo que la joven mirara hacia la habitación. Una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro cuando notó que un profundo rubor subía por las mejillas de su madre mientras su esposo le susurraba al oído, lo que hizo que ella le diera una palmada juguetona en el pecho.

La mandíbula de Alejandro se abrió de golpe en estado de shock mientras fingía frotar la piel dolorida, y su esposa puso los ojos en blanco mientras envolvía sus brazos alrededor de su cuello para atraerlo hacia ella para un beso de disculpa.

Paula cerró la puerta suavemente detrás de ella y de repente sintió un dolor anhelante que la golpeó en el pecho. Era un dolor que se había vuelto cada vez más difícil de ignorar y, con la proximidad de su cumpleaños número veintisiete, a veces parecía volverla casi incapaz de pensar en otra cosa: el anhelo de tener un marido propio.

La joven se entristeció un poco al recordarlo mientras se dirigía a su cafetería favorita, necesitando una dosis de cafeína antes de la siguiente reunión. Si bien siempre se alegraba de que sus padres se hubieran encontrado, no podía evitar preguntarse sobre su propia vida amoRosa, o la falta de ella. Tenía casi veintisiete años y nunca había tenido novio.

Supuso que podría atribuirlo a su estilo de vida adicto al trabajo, pero sabía que no era así. A lo largo de los años, muchos hombres se habían interesado por ella y, aunque todos eran guapos a su manera, un montón de estiércol de caballo tenía más personalidad que todos ellos juntos.

Eran como estatuas: bonitas a la vista, pero absolutamente aburridas cuando se intentaba mantener una conversación.

No sólo eso, sino que su madre siempre le había dicho que nunca se apresurara a iniciar una

relación con alguien a menos que pudiera ver un posible futuro con él.

Y, tenía que ser honesta, cuando vio cómo su padre trataba a su madre, no quería conformarse con nada menos sólo porque se sentía un poco sola.

Pero suponía que los efectos de la soledad todavía eran tolerables, considerando el hecho de que su hermana seguía soltera. Sin embargo, tenía la sensación de que no sería por mucho tiempo. Había visto a menudo las miradas que intercambiaban su hermana pequeña y Jason, a menudo cuando uno creía que la otra no la estaba mirando.

En realidad, era bastante adorable y solo era cuestión de tiempo para ellos, mientras que ella sentía que sería el fin de los tiempos antes de que tuviera un novio, y mucho menos un marido. Al estar cerca de cumplir los treinta años, sentía que terminaría siendo una solterona solitaria que adoraba a sus futuros sobrinos y sobrinas sin posibilidad de tener una vida amoRosa propia.

El pensamiento era, cuanto menos, deprimente.

—Bueno, bueno, bueno. Tenemos que dejar de reunirnos así, señorita Green.

La columna vertebral de Paula se tensó instantáneamente cuando el sonido de una voz familiar detrás de ella la sacó de sus pensamientos, y un músculo se contrajo en su mandíbula mientras se giraba lentamente para mirar al hombre.

—No lo había planeado

—se mordió ella, incapaz de controlar la irritación que le corría por las venas ante la mera visión de su sonrisa peligRosa para el corazón que siempre parecía cegarla con su blancura perlada.

Vestía un traje marrón planchado, cuyo corte realzaba sus hombros anchos y su cintura estrecha, que se estrechaba hasta dejar unas caderas y unos muslos poderosos que se tensaban contra el material. El color resaltaba la blancura de su pelo y el tono brillante de sus ojos, haciendo que sus iris parecieran rayos de sol tocando carámbanos en una fría mañana de invierno, e Paula tuvo que tragarse físicamente el nudo que se le formó de repente en la garganta y sofocar el aleteo en el pecho que le provocó la hermosa vista.

Massimo sacudió la cabeza mientras una risa cordial salía de sus labios y se metió las manos en los bolsillos del traje mientras la miraba fijamente. "¿Siempre estás así de gruñona o simplemente soy especial?"

Las cejas oscuras de la mujer se fruncieron ante sus palabras, usando su enojo como un medio para amortiguar los efectos que su apariencia atractiva tenía sobre ella. Se burló mientras se daba la vuelta y caminaba hacia el mostrador. "No te hagas ilusiones", comentó y le dijo al barista su pedido.

—Vamos, Gruñona. Deja de comportarte como una niña pequeña

—la reprendió mientras se acercaba a ella.

Ella le lanzó una mirada furiosa por encima del hombro al oír el apodo y rápidamente pagó antes de darse la vuelta para mirarlo de frente, con las manos en las caderas. "Puedo comportarme como quiera", sus ojos oscuros casi ardían de fastidio mientras lo miraba con enojo, maldiciendo el hecho de que no era tan alta como su hermana en ese momento.

No solo eso, sino que ni siquiera llevaba su par habitual de tacones altos que usaba para las

reuniones. Le habrían dado uno o dos centímetros más de altura, pero se abstuvo de usarlos a menos que estuviera en una reunión porque su pobre espalda moriría si los usaba todo el día.

Massimo le sonrió, claramente divertido y para nada perturbado por su mirada molesta. Se inclinó un poco más cerca de ella y el aroma de su colonia invadió sus sentidos, haciendo que su mente se volviera un poco confusa cuando se negó a cambiar de postura.

Sin embargo, no pudo detener la repentina falta de aire en sus pulmones cuando sus ojos helados se deslizaron hacia abajo desde su rostro, pareciendo absorber cada centímetro de su figura a través de su blusa esmeralda y su falda negra.

La frialdad de su mirada aprobatoria calentó su cuerpo de una manera tan poco convencional que sus dedos casi temblaron ante la sensación que dejó en su interior. Sus ojos parecían tener la capacidad de hacer que su cuerpo reaccionara de una manera como si él lo hubiera tocado físicamente. El calor que sintió en su vientre subió a sus mejillas como resultado, y tuvo que luchar contra el repentino impulso de acortar la distancia entre ellos cuando su mirada gélida finalmente conectó con su mirada oscura, su tono se oscureció a un gris turbio que les recordó a las nubes de tormenta.

Pero el trance que había provocado en ella se hizo añicos cuando notó que sus labios se curvaban hacia arriba en una sonrisa arrogante, haciéndole saber que había sido muy consciente del efecto que su mirada tenía en su cuerpo. Sus mejillas se sintieron como una tetera hirviendo en respuesta, y sus labios se apretaron en una fina línea cuando él dio un paso más cerca.

"Me gustan las mujeres fogosas. Son mucho más gratificantes cuando están domesticadas", susurró, con sus ojos tan oscuros como una tormenta que se aproxima.

Paula enderezó los hombros al instante, mortificada y herida en su orgullo debido a su falta de autocontrol, obligándola a bloquear los efectos hechizantes que su mirada tenía sobre ella, y sus ojos oscuros se entrecerraron en una mirada fulminante. El mero pensamiento de ser considerada nada más que un objeto a ganar no hizo nada para calmar a su feminista interior, que se agarraba desesperadamente la garganta para liberarse.

—Bueno, ya sabes lo que dicen sobre el fuego...

—se encontró respondiendo en un tono duro, con la sangre hirviendo en sus venas y permitiendo que su voz sonara firme y extrañamente tranquila.

Las cejas rubias de Massimo se alzaron confusas mientras parpadeaba y, para demostrarle que no tenía el efecto deseado en sus sentidos (aunque sí lo tenía), dio un valiente paso hacia él. Sus miradas se cruzaron en un choque de fuego y hielo mientras ella silbaba su explicación: "Si te metes con eso, te vas a quemar".

Ella no esperó su respuesta, se dio la vuelta, tomó el pedido que estaba esperando y lo dejó allí parado, mirándola fijamente por un momento antes de que una pequeña sonrisa tirara de sus labios.

……..

El cálido sol de junio caía sobre los hombros de Rosa mientras caminaba por el sendero que conducía a los potreros. Su madre le había dado el día libre en la clínica, por lo que había pasado la mañana poniéndose al día con sus estudios. Cuando sintió que la espalda se le iba a romper, decidió salir a tomar un poco de aire fresco.

En ese momento, había quince caballos en la finca, pero había uno en particular que ella quería ver. Se sentía un poco culpable por haberle confiado el semental gris moteado a Jason y luego irse por una semana, pero quería ver cómo les iba a ambos. El temperamental caballo era definitivamente uno de los más difíciles que habían rescatado en los últimos ocho años juntos.

Finalmente, vio al poderoso animal. Su grueso cuello estaba tenso, los músculos abultados y un fuerte resoplido llenaba el aire mientras movía la cola de un lado a otro de manera agitada. Rosa miró en la dirección en la que se encontraba el semental para ver qué causaba su angustia y su corazón instantáneamente latió un poco más rápido cuando notó un cuerpo alto y fuerte sentado contra el tronco de un árbol en el potrero del semental.

Mientras se acercaba, no pudo evitar notar cómo el cabello color chocolate oscuro de Jason ondeaba con la ligera brisa, sus piernas musculosas vestidas con jeans se estiraban frente a él mientras sus manos bronceadas trabajaban pelando una manzana con un cuchillo, sus rasgos masculinos se relajaron.

Antes de que Rosa se diera cuenta, ya estaba en la puerta del corral y entró sin hacer ruido. No apartó la vista del semental, que se erizaba al ver a otro animal de dos patas en su territorio, y se dirigió hacia la refrescante sombra del viejo árbol.

Jason la miró cuando estaba a unos pasos de él, su mirada leonada parecía un chocolate oscuro en la sombra del árbol.

—Hola

—saludó, con una voz un poco demasiado dócil para su gusto

— ¿Te importa si me uno?

Jason negó con la cabeza y volvió a concentrarse en la manzana que tenía en la mano. Rosa apretó los labios mientras se sentaba suavemente a su lado y estiraba las piernas para cruzarlas por los tobillos, apoyándose en las manos para observar al semental gris que las observaba con cautela antes de volver a mirar al hombre que estaba sentado a su lado.

Durante ocho años, Jason ha trabajado para su familia y, aunque ella pasó mucho tiempo con él ayudando a los caballos, seguía siendo un misterio para ella, como el día en que llegó por primera vez. Tenía unos veinte años en ese momento, mientras que ella tenía diecisiete, y siempre le había parecido bastante apuesto.

Por supuesto, ella nunca le dejó saber eso a nadie. Pensó que tenía que ver con el hecho de que él era un misterioso vaquero de Texas. Si bien había perdido la mayor parte de su acento desde que vivía aquí, su voz todavía tenía ese timbre profundo y tranquilizador que nunca dejaba de provocarle escalofríos en la columna vertebral. No solo eso, sino que sus rasgos habían perdido cualquier rastro duradero de la niñez con el paso de los años para crear una mandíbula afilada, una frente fuerte y un físico poderoso.

—Entonces…

—comenzó, obligando a su mente a dejar de pensar en cómo la camisa que llevaba hacía resaltar sus fuertes y bronceados brazos

— ¿Cuál es tu plan con Steele?

La atención de Jason no se desvió de pelar la manzana mientras respondía: "Ahora mismo solo

estoy dejando que se acostumbre a que haya gente a su alrededor. Haciéndole saber que solo porque me vea no significa que vaya a lastimarlo".

Rosa asintió y una sonrisa se dibujó en sus labios, mientras un brillo burlón se filtraba en sus ojos color zafiro. "¿Estás seguro de que no estás diciendo eso solo para no ir a trabajar y sentarte debajo de un árbol todo el día?"

"Me tienes", respondió él, mirándola con un inusual dejo de humor en sus ojos y una amable sonrisa en sus labios.

Rosa se sonrojó, repentinamente tímida ante su mirada. No sonreía a menudo, pero aun así lograba que su corazón se detuviera cada vez. En silencio, dejó escapar un suspiro de alivio cuando él volvió a prestar atención a la manzana, sin que la cáscara se rompiera ni una vez.

El solo hecho de ver sus hábiles manos trabajando con la fruta trajo a Rosa un recuerdo. Cuando ella y su hermana eran pequeñas, su padre siempre comía una manzana después de la cena. Todos se trasladaban a la biblioteca, donde su madre se sentaba a estudiar para sus exámenes médicos o a investigar, y Alejandro se sentaba frente al fuego con las dos niñas sentadas en la alfombra a sus pies.

—¿Por qué siempre comes una manzana después de cenar, papá? —le había preguntado Rosa una vez que él terminó de pelarla y cortó una rodaja fina para dársela a Paula, y luego cortó otra para dársela a ella.

"Bueno, hay un viejo dicho, Rosa."

"¿Qué es eso?" preguntó mientras masticaba la crujiente rebanada, saboreando la dulzura de la fruta.

"Una manzana al día mantiene alejado al médico", respondió con una sonrisa antes de mirar a su esposa al otro lado de la habitación. Cuando sus palabras captaron su atención, le guiñó un ojo y ella negó con la cabeza mientras una suave risa salía de sus labios.

Rosa sonrió al recordarlo con cariño. Realmente era afortunada de tener una familia tan amoRosa. Si bien es cierto que tuvieron sus peleas, ella sabía que estaban allí para ayudarla y que harían todo lo posible por protegerla.

Pero sus pensamientos amorosos se secaron, y sin darse cuenta empezó a arrancar la hierba con las manos.

Bueno, lo harían si usted cumpliera con sus reglas.

Sus padres, aunque cariñosos y comprensivos, eran estrictos en ciertas áreas de la vida, y ella sabía que si alguna vez descubrían lo rebelde que había sido en su adolescencia, no querrían tener nada que ver con ella.

Ella estaba segura de eso.

Un profundo suspiro escapó de sus labios mientras se inclinaba hacia delante, cruzando las piernas y apoyando los codos sobre las rodillas. El corazón le latía más rápido en el pecho y se mordió la parte interior de la mejilla mientras miraba a Jason. Como si percibiera su cambio de actitud, su mirada oscura se dirigió hacia ella, haciéndole saber en silencio que podía decirle lo que la preocupaba.

Su mirada se desvió hacia la hierba que tenía debajo y cortó unas cuantas briznas más, incapaz de sostener su mirada mientras preguntaba: "No... se lo has dicho a nadie, ¿verdad?"

Su voz era tranquila, mansa y hasta un poco asustada. Sus dedos temblaban por los recuerdos y los apretó hasta formar puños mientras se tragaba el nudo que tenía en la garganta.

"Prometí que no lo haría."

Las palabras de Jason pronunciadas con esa voz fuerte y gentil le dieron el coraje para mirarlo y sintió que la culpa le inundaba el estómago cuando notó las pequeñas cicatrices blancas esparcidas por toda su mano derecha. Su mirada de zafiro finalmente se encontró con la de él, parcialmente oculta por su flequillo oscuro, y se retorció incómoda.

—Lo siento, no quise sonar como si no confiara en ti. Solo...

—Está bien, señorita Rosa. Le dije que su secreto está a salvo conmigo

—dijo con voz tranquilizadora, su mirada melosa con gotas de jarabe dorado sobre su rostro.

Rosa asintió, instantáneamente tranquilizada por sus palabras.

A pesar de su estrecha amistad, Jason todavía tenía la costumbre de referirse a ella como "Señorita Rosa". Se sentía extraño, considerando que era tres años mayor que ella, pero se mantuvo firme. Supuso que la formalidad les impedía volverse demasiado cercanos, a pesar de que él sabía más sobre ella que su propia hermana.

Ella le dirigió una débil sonrisa mientras acercaba las rodillas al pecho y las envolvía con los brazos. "Gracias por todo", dijo con la voz llena de sinceridad. "No sé qué habría hecho esa noche si no hubiera sido por ti".

Jason apartó la mirada de ella, con una expresión pensativa en sus rasgos. El silencio resonó entre ellos mientras miraba la manzana que tenía en la mano, sintiendo la repentina necesidad de hundir el cuchillo en ella varias veces y luego aplastarla. Perdió todo el apetito por la fruta mientras los recuerdos de esa noche bombardeaban sus pensamientos, y arrojó la cáscara a unos metros de él para que Steele la recogiera más tarde antes de ofrecerle la fruta a la mujer que estaba a su lado, observando cómo su rostro se sonrojaba un poco mientras una tímida sonrisa tiraba de sus labios.

Ella lo tomó suavemente de su agarre y se sumieron en un silencio agradable una vez más, acordando sin palabras no volver a mencionar el incidente.

Capitulo 5

"Gracias, Lesley", dijeron Paula y Rosa mientras la criada principal le entregaba a cada una un vaso de jugo de fruta frío una soleada mañana de sábado.

Las hijas Green estaban descansando en los bancos junto a la piscina en el jardín este de la finca. El clima era tan cálido y acogedor que las dos jóvenes decidieron tomarse el día libre del trabajo y los estudios para relajarse y disfrutar de los cálidos rayos del sol.

"De nada", respondió la mujer con una sonrisa amable en sus rasgos envejecidos mientras guardaba la bandeja debajo del brazo y caminaba de regreso a la mansión.

Paula inhaló el aire fresco y vigorizante y tomó un sorbo de su bebida antes de dejarla en el posavasos que tenía a su lado. Se subió un poco el top del bikini sin tirantes cuando se movió. Un profundo suspiro salió de sus pulmones mientras se reclinaba en su asiento y observaba la naturaleza que la rodeaba a ella y a su hermana.

El jardín del este era su favorito de todos los jardines de la finca. Para llegar a él, había que atravesar el solario matinal y bajar unos escalones hasta una zona pavimentada que rodeaba una piscina reluciente. Más allá de la piscina había un hermoso jardín de Rosas lleno de todos los tonos y aromas imaginables de esta magnífica flor. Pero lo que realmente diferenciaba a este jardín de los demás era el hecho de que un seto de dos metros lo rodeaba por completo, y la única forma de entrar o salir del jardín era a través del solario.

Aunque Paula nunca entendió el sentido del seto cuando era pequeña, ahora comprendía el razonamiento de su madre: quería que no hubiera posibilidad de miradas indiscretas mientras sus hijas tomaban el sol y nadaban.

Ni cuando eran pequeños y tampoco ahora.

Su madre siempre los protegió mucho e Paula dudaba de que alguna vez pudiera cambiar, pero incluso si su madre no los protegiera, Paula no habría destruido el seto de ninguna manera. Contribuía al secreto del jardín y parecía capaz de aislarte del mundo entero.

Era el lugar perfecto para relajarse.

—Oye,

—preguntó Rosa, lo que hizo que su hermana mayor inclinara la cabeza para mirarla. La hermana menor lucía un bikini blanco, que solo lograba realzar su piel naturalmente aceitunada y sus piernas largas y delgadas. Su flequillo tocaba sus pestañas mientras miraba a su hermana

— Nunca me hablaste de ese hombre que te molestó tanto.

Y así, el estado mental relajado de Paula se desvaneció y un bufido de fastidio salió de sus labios.

—Sé que querías olvidarte de él mientras estábamos en nuestro viaje, pero nunca me dijiste todos los detalles sobre por qué te alteró tanto

—continuó hablando Rosa, sus ojos zafiro brillando con curiosidad.

Paula hizo un gesto con la mano para quitarle importancia. "No es nada, Rosa. Estaba un poco ansiosa por la reunión y no era el momento adecuado para que él revelara su verdadera naturaleza".

—¿Revelar?

—repitió la joven con una expresión de asombro en su hermoso rostro

— ¿Desde cuándo juzgas mal el carácter de una persona?

Paula se encogió de hombros, evitando la mirada inquisitiva de su hermana.

La joven abrió mucho los ojos y se quedó con la mandíbula abierta mientras se levantaba de golpe del asiento. "¡De ninguna manera! ¡Realmente te engañó! Nunca pensé que llegaría el día en que Paula Green fuera engañada. ¡Puedes saber cómo es una persona incluso antes de que abra la boca! Entonces, ¿qué lo hizo tan diferente? ¡Dime, dime!"

La joven directora ejecutiva se encogió de hombros una vez más, intentando evadir el tema, pero frunció el ceño cuando vio a su hermana darse vuelta sobre su estómago y apoyar la cabeza con las manos sobre los codos doblados, pateando sus pies lánguidamente en el aire mientras miraba a su hermana mayor con una sonrisa tonta estampada en su rostro.

"¿Bien?"

La indagación de su hermana menor acabó con la resistencia de Paula, que suspiró derrotada. "Era... bastante apuesto", admitió con un tono sombrío, mirando fijamente un Rosal Rosado en particular para evitar la mirada inquisitiva de su hermana.

"¿Qué tan guapo?" preguntó Rosa inmediatamente, su sonrisa se transformó en una mueca descarada mientras un brillo burlón entraba en sus ojos como gemas.

"Muy."

La sonrisa de la hermana menor se hizo más grande mientras asentía con la cabeza. "¿Cómo se llama?"

"Damián."

—¿Y qué fue lo que te dijo que hizo que no te agradara después de tu experiencia de amor a primera vista?

—¿Amor en.…?

—Paula se quedó en silencio mientras miraba a su hermana con incredulidad. Se burló y miró hacia otro lado, ignorando el calor que le subió a las mejillas

— No seas ridícula, Rosa.

Era cierto que Rosa era definitivamente más romántica de corazón que su hermana mayor. De hecho, era propio de ella creer en ese tipo de cosas. A veces todavía cantaba con voz suave la historia de amor de sus padres y afirmaba que eran almas gemelas.

A Paula nunca le preocuparon esas cosas. Aunque le gustaba la idea que había detrás, era realista, no una romántica empedernida como su hermana. El amor no era algo que se descubriera por casualidad. Requería trabajo, dedicación y lealtad.

—No intentes cambiar de tema

—le exigió la mujer más joven con tono firme, sacando a Paula de sus pensamientos

— ¿Qué pasó?

Paula, que sabía que su hermana no dejaría de hablar del tema hasta conocer todos los detalles, se resignó al inminente interrogatorio con un suspiro. "Fue muy encantador cuando hablé con él por primera vez. Era un representante de la reunión que mencioné. Muy amable". Hizo una pausa cuando recordó ese día a principios de la semana. "Sin embargo, después de la reunión, prácticamente dijo que solo obtuve mi puesto por ser papá y que ser la directora ejecutiva de una empresa tan grande no es lugar para una niña ".

Los pies de Rosa se detuvieron en su movimiento pendular y su rostro se contrajo en una mueca. "Ay".

—Lo vi al día siguiente

—continuó Paula, frunciendo el ceño

— Trató de ser encantador otra vez, pero no me interesó. Terminó llamándome Gruñonaa.

—Cuando dijo eso, intentó ignorar la oleada de sentimientos que invadió su cuerpo al recordar cómo la había afectado su mirada ese día.

—¿Gruñonaa ?

—Rosa se rió entre dientes

— No te lo tomes a mal, pero te sienta bien.

Paula le lanzó una mirada que solo hizo que la sonrisa de la hermana menor se ensanchara. "¡Mira!"

—No estoy de mal humor

—replicó ella, con su mirada oscura parpadeando con negación

— Sólo hablo en serio cuando tengo que hacerlo.

"Bien . . ."

Paula decidió ignorar a su hermana mientras tomaba un sorbo de su jugo, y el sonido de voces fuertes que se gritaban unas a otras desde el interior de la casa llamó su atención. Ni siquiera tuvieron que escuchar las palabras para saber quién estaba peleando, y una sonrisa tiró de los labios de Paula.

"Parece que tu plan con mamá no está yendo muy bien", bromeó mientras miraba a su hermana pequeña.

Rosa hizo pucheros mientras los gritos continuaban. Hasta el momento, no todo había ido bien en el plan de casar a Martin para fin de año. Los dos cocineros se peleaban como perros y gatos, pero todos tenían que admitir que era divertido escucharlos. La señora Green les había dado rienda suelta a la hora de elegir los platos que se servirían en la celebración del aniversario, y claramente había un poco de rivalidad entre ellos sobre quién haría qué.

"¿Quieres ir a escuchar?" preguntó Paula con una sonrisa.

Rosa asintió y ambas se pusieron sus vestidos de playa. A Paula se le ocurrió una idea mientras

lo hacían y no pudo evitar reírse al recordarla.

Recordó cuando ella y Rosa habían empezado a tomar el sol en bikini. Llevaban un rato tumbadas al sol cuando oyeron el familiar y pesado sonido de los pasos de Martin, que se acercaba, sin duda para recoger unas hierbas de su pequeño jardín. Casi le da un infarto al verlos y al instante volvió corriendo a la casa.

Ni siquiera un minuto después, lo que demostró lo rápido que subió un tramo de escaleras con el nivel de condición física y forma de su cuerpo, arrojó dos mantas enormes sobre ellas para cubrirlas antes de soltar un discurso terriblemente largo sobre usar siempre una cantidad apropiada de ropa sin importar el clima.

Todo esto ocurrió mientras aún estaban afuera, bajo el sol del mediodía de verano, y al final del mismo, las chicas habían resultado asadas de más de una manera ese día.

Desde entonces, siempre se aseguraron de estar adecuadamente vestidas delante de él.

Rápidamente regresaron a la mansión, atravesaron el solario y llegaron al pasillo antes de encontrar el camino hacia el arco que conducía a la cocina. Allí vieron a los dos chefs discutiendo acaloradamente sobre una olla de fideos, mientras aromas celestiales se extendían por la cocina.

—Y te digo que cocinaste demasiado los fideos. ¡Míralos! ¡Ni la broma más sexy del mundo les haría ninguna diferencia!

—gritó Mademoiselle Fettuccine con su marcado acento, y a Rosa e Paula les llevó un momento comprender lo que decía.

—¡No hice nada de eso!

—susurró Martin en respuesta, sus ojos oscuros brillando mientras miraba a la pequeña mujer

— ¡Son al dante , tal como se supone que deben ser!

"¿Crees que no reconozco los fettuccine demasiado cocidos cuando los veo? ¡Míralos! ¡Son como pequeños gusanos blandos y aplastados! ¡No tienes ningún respeto por ellos!", gritó mientras señalaba la olla con movimientos frenéticos de los brazos.

—Tengo todo el respeto por la pasta

—dijo Martin con el ceño fruncido

— ¡ A ti , en cambio, te echaría con gusto de esta cocina!

"Bueno, te guste o no, me quedaré durante todo el mes, ¡y luego puedes apostar tu trasero redondo a que me iré lo antes posible!"

Paula y Rosa observaban el partido de bádminton desde su posición junto al arco. Los dos chefs se miraban tan intensamente que ni siquiera se dieron cuenta de que tenían público. Tenían el rostro rojo, el pecho agitado por la disputa y sus miradas se escupían veneno.

Sin embargo, Paula arqueó una ceja cuando sintió que algo cambiaba en la atmósfera que los rodeaba. Sus miradas ardientes vacilaban a medida que se miraban el uno al otro y, por un breve instante, sus ojos comenzaron a recorrer los rasgos del otro.

Pero en cuanto se hizo notar ese ligero cambio, Mademoiselle miró hacia un lado y vio a las dos

hijas Green paradas en la puerta, mirándolas como peces boquiabiertas. Su postura se volvió rígida y le murmuró algo áspero a Martin en su lengua materna, que Paula supuso que era una mala palabra, antes de empujarlo lejos de ella y salir furiosa de la cocina, dejando a un Martin bastante desconcertado a su paso.

……..

- Hola , tengo que pedirte un gran favor

– Fueron las primeras palabras que pronunció Rosa una vez que su hermana respondió al llamado.

—¿Qué pasa?

—preguntó Paula con el ceño fruncido al escuchar el estrés en la voz de su hermana pequeña.

"Mamá está en el quirófano en este momento y tengo que ayudarla, pero tenemos un pedido de medicamentos que se nos ha acabado. Descubrimos que el repartidor estaba robando, así que lo tuvieron que despedir, pero ahora no tenemos a nadie que los recoja. ¿Es posible que vengas a buscarlos solo esta vez? Sé que estás ocupada, pero realmente necesitamos esos medicamentos y aún no he tenido la oportunidad de contratar a otra persona".

Paula miró su agenda y se dio cuenta de que su próxima reunión era dentro de una hora. "Claro, Rosa. Envíame la información y te la llevaré".

"Gracias, hermana. ¡Eres la mejor!"

Paula tarareó en respuesta mientras terminaba la llamada y se ponía de pie, con la espalda un poco dolorida. Se tomó unos segundos para estirarla antes de agarrar su teléfono, que sonó con un nuevo mensaje.

Ella leyó la orden mientras salía de su oficina y arqueó una ceja cuando vio la dirección.

Productos farmacéuticos Abruzzi.

La mamá de Massimo era dueña de esa empresa.

El humor de Paula se agrió al pensar en él. Había pasado una semana desde que había hablado con él en la cafetería y había tenido la suerte de no haberlo vuelto a ver desde entonces. Es cierto que era guapo, pero también tenía la personalidad de un cerdo.

No, eso en realidad fue una ofensa para la familia de los cerdos.

Le dijo a Martina que iba a salir por un rato mientras se dirigía al ascensor privado de los ejecutivos y presionaba el botón que la bajaba al estacionamiento subterráneo.

Ella sólo esperaba no encontrárselo mientras estuviera allí.

…….

Abruzzi Pharmaceuticals era enorme. El edificio se alzaba sobre Paula cuando entró y de inmediato fue alcanzada por la explosión del aire acondicionado del vestíbulo. Pero entrecerró los ojos por la cegadora blancura de la habitación.

Todo era blanco. Las paredes, los azulejos, los techos, incluso los muebles eran blancos. Los únicos colores visibles eran los plateados y grises de las juntas entre los azulejos y los tiradores de las puertas, y los de la piel y el cabello de las personas, cuyos atuendos consistían en batas de

laboratorio o trajes de negocios blancos.

Paula casi se sentía como si hubiera entrado en una especie de película de ciencia ficción por la forma en que estaba decorado el lugar. Todo era moderno, elegante y muy blanco y estéril.

Uno pensaría que alguien tan rico como la Sra. Abruzzi se tomaría el tiempo de contratar a alguien para decorar un poco mejor el lugar , pensó mientras se dirigía a la recepción.

Después de explicarle a la recepcionista el motivo de su presencia allí y mostrarle el comprobante de pago que le había entregado Rosa, la mujer le indicó que tomara asiento y que su pedido le sería entregado en breve.

Paula tuvo que contenerse para no hacer pucheros mientras se dejaba caer en una de las sillas blancas, que era terriblemente dura e igualmente fría. No quería esperar allí a que le dieran la orden. No solo no quería arriesgarse a la posibilidad de ver a Massimo, sino que tampoco le gustaba la sensación que le producía ese lugar.

Tal vez se debía a que carecía de personalidad, pero ese razonamiento no le sentaba bien. Siempre era precisa a la hora de ver el verdadero carácter de una persona o un lugar (Massimo era la única excepción) y la atmósfera de ese edificio la helaba hasta los huesos. Esa sensación podía deberse al frío del vestíbulo o al hecho de que todo el personal parecía carecer de cualquier tipo de personalidad y trabajaba como robots a su alrededor.

Tal vez eso fue lo que le provocó que se le pusiera la piel de gallina y se le erizara el pelo en la nuca, pero tenía la sensación de que no era así.

Para no parecer demasiado inquieta, Paula sacó su teléfono y comenzó a revisar algunos correos electrónicos.

Como formaba parte del mundo empresarial, siempre había sabido de la existencia de la empresa farmacéutica, y su madre había elogiado a menudo el éxito de la señora Abruzzi en el campo de la medicina con sus descubrimientos revolucionarios. Era una empresa que había empezado hacía unos veinte años y era pequeña en tamaño, pero cuando la esquiva señora Susana Abruzzi lanzó medicamentos nuevos e inauditos que tenían la capacidad de curar muchas enfermedades mentales, la empresa experimentó un boom en cuanto a beneficios y tamaño.

Paula miró alrededor del vestíbulo, golpeando con el pie ansiosamente el piso de baldosas blancas. Hasta el día de hoy, se preguntaba cómo la mujer lograba encontrar curas para enfermedades que antes se consideraban incurables.

—¿Y a qué debo el placer de esta visita inesperada, Gruñonas?

—una suave voz resonó por todo el inquietantemente silencioso vestíbulo salvo por el sonido continuo de las uñas haciendo clic en un teclado, y los ojos oscuros de Paula se dirigieron hacia la fuente del sonido masculino.

Massimo era como un toque de color en la habitación blanca, llevaba un traje azul marino que hacía que sus ojos de hielo parecieran aún más claros de lo que eran. Decidió ignorar el apodo que le había puesto, ya que estaba claro que solo lo hacía para provocar una reacción volátil en ella.

"Estoy recolectando medicamentos para la clínica de mi madre", respondió ella, asegurándose de que su expresión permaneciera neutral y su voz tranquila.

Ella no estaba de mal humor.

Massimo parpadeó mientras la miraba fijamente y, aunque la diferencia de altura entre ellos era grande y un poco intimidante, Paula se negó a levantarse de su posición sentada. Estaba claramente un poco sorprendido por su respuesta cortés, pero no pasó mucho tiempo para que ese familiar brillo burlón apareciera en sus ojos helados.

—Ah, sí. Ella es la dueña de esa pequeña clínica, ¿verdad?

Paula sintió que su ojo se contraía y le dolía la mandíbula por contener el comentario sibilante que estaba pidiendo a gritos ser liberado.

—No lo llamaría ni un poquito

—respondió finalmente con voz firme y respiró profundamente para controlar su creciente agitación antes de volver a mirar al hombre que estaba frente a ella

— ¿Y qué estás haciendo aquí? ¿Visitas a tu querida madre?

Massimo le mostró sus dientes blancos como perlas y, por un momento, ella se preguntó si los había cubierto con la misma pintura que usaba en las paredes. "No, en realidad trabajo en el departamento de relaciones públicas".

—Ah

—respondió Paula, con una sonrisa empalagosa en los labios y una mirada burlona

— Y supongo que ese fue un trabajo que conseguiste porque eras un niño de mamá, ¿correcto?

Los ojos de Massimo brillaron y sus labios Rosados se reposicionaron en una sonrisa diabólica mientras se inclinaba hacia adelante, agarrando los brazos de su silla con sus grandes manos, atrapándola. La sonrisa de Paula desapareció de su rostro ante su repentina cercanía, su rostro estaba tan cerca que ella podía distinguir el más leve indicio de plata en sus irises.

—¿Estás usando mis palabras en mi contra, Gruñonaa?

—susurró, su aliento mentolado tocó sus labios y envió ondas de choque por su columna vertebral.

Ella abrió los labios para responder, pero en ese momento se dio cuenta de que no sabía qué decir. Ningún hombre de su edad había estado tan cerca de ella como Massimo en ese momento, y el contacto del calor de su cuerpo sobre su piel helada y el tentador olor de su colonia hicieron que su mente se distrajera un poco.

Su mirada oscura se desplazó sin darse cuenta de sus ojos penetrantes a su nariz aristocrática y luego a sus labios Rosados, que desde entonces se habían relajado después de su sonrisa burlona. Sintió la repentina necesidad de tocarlos, solo para saber si eran tan suaves como parecían. El pensamiento inesperado provocó una sacudida de pánico en su cuerpo y, como resultado, su columna se tensó.

Massimo se inclinó un poco más hacia ella y sus dedos rozaron sus antebrazos, que estaban pegados a los brazos de la silla, y su cuerpo se estremeció por el contacto. Su mirada recorrió sus rasgos antes de bajar para contemplar su figura con una blusa roja ajustada y una falda negra, su piel aceitunada casi brillando contra el fondo blanco, su cabello oscuro cayendo sobre un hombro.

—¿En qué estás pensando, Gruñona?

—murmuró, su voz sonando un poco más baja y un poco ronca mientras su mirada helada se reconectaba con sus iris color chocolate de una manera que parecía mirar directamente a su alma.

Paula sintió que se le secaba la boca, sus narices casi se tocaban, e instintivamente juntó los labios. Se sintió abrumada y completamente vulnerable bajo su mirada abrasadora, y apretó las manos para ocultar el hecho de que sus dedos temblaban por la mezcla de emociones que atormentaban su estómago y su mente. Massimo dio un pequeño paso más cerca, atrapándola por completo, y sus rodillas se inclinaron instintivamente hacia un lado cuando sintió la tela de sus pantalones rozar su piel.

Su mirada gélida descendió lentamente hacia sus muslos bien formados ante el movimiento, y un brillo diabólico entró en sus ojos cuando la miró.

"Señorita Green, su pedido está listo".

Paula agradeció su buena suerte cuando la voz sin emociones de la recepcionista la llamó, y rápidamente miró hacia el escritorio de la mujer, observando cómo un hombre con un uniforme blanco colocaba una caja sobre el mostrador.

La joven directora ejecutiva se negó a mirar a Massimo mientras lo apartaba rápidamente de ella y se ponía de pie sobre piernas decididamente tembloRosas que no parecían alejarla de él lo suficientemente rápido. Le agradeció a la mujer mientras firmaba el formulario y tomaba la caja, todo el tiempo ignorando el evidente ardor de la mirada de Massimo en su espalda mientras se iba sin volver a mirar en su dirección, esperando que él no viera el estado sonrojado de sus mejillas o la forma en que sus pasos se tambaleaban al caminar.

Capitulo 6

El cielo de la tarde de verano estaba lleno de diferentes tonos de rojo, naranja, amarillo y Rosa; la suave brisa que se deslizaba entre los árboles era cálida y acogedora. Rosa respiró profundamente el aire fresco mientras caminaba por el sendero familiar hacia el potrero de Steele, con salpicaduras de barro en sus botas de montar debido a la carrera de obstáculos que acababa de completar con Chester, a quien siempre le encantaba atravesar el río a toda velocidad. Tenía unos minutos antes de lavarse para la cena, así que decidió visitar al temperamental equino.

Para su sorpresa, cuando llegó al potrero del semental, encontró a Jason de pie junto a él, observándolo comer. Lo que la sorprendió fue el hecho de que el semental permitiera que Jason se acercara tanto a él, especialmente mientras comía. Aunque todavía había varios metros de distancia entre ellos y había una cerca de postes partidos que los dividía, aun así, fue un logro enorme.

Rosa no pudo evitar sonreír mientras cerraba la distancia entre ella y ellos.

Confía en Jason para calmar a un semental en tempestad. Solo han pasado dos semanas y el caballo ya estaba haciendo un progreso notable. No le sorprendería que lo montaran en una semana más.

—Oye

—gritó mientras se acercaba a ellos.

Jason levantó la vista desde su posición junto a la barandilla; su mirada bronceada parecía veteada de miel contra el sol poniente. Se le cortó un poco la respiración al verla con su ropa de montar, sus largos y oscuros mechones ondeando detrás de ella con la brisa y su amable sonrisa dirigida a él.

Apartó la mirada rápidamente.

—Buenas noches, señorita Rosa

—saludó, con la voz un poco ronca.

Acostumbrada a su formalidad, Rosa se acercó a él y apoyó los brazos en el poste en una posición muy similar a la de él. Su mirada de zafiro recorrió la fuerte figura del semental y lo observó comer durante un momento.

"Tiene buena pinta", afirmó, tomando nota de los músculos que había ganado en los quince días que llevaba en la finca. "¿Cómo le va?".

"Está progresando bien. Logré prepararlo hoy y se quedó quieto lo suficiente para eso", agregó Jason.

Rosa asintió y lo miró con una sonrisa. "Eso es muy bueno".

Su mirada morena se encontró con la de ella y Rosa sintió que se le cortaba la respiración y que se le formaba un agradable nudo en el estómago. Era casi un cabeza más alto que ella, pero eso no le importó ni un segundo. Su brazo, musculoso y bronceado por las incontables horas que

había trabajado al sol, estaba tan cerca del suyo que podía sentir el calor que emitía su cuerpo. Era una calidez deliciosa que casi la hizo acercarse a él antes de que volviera a sus cabales cuando su rostro se sonrojó al pensarlo y rápidamente volvió a mirar al semental.

Dio un paso hacia el caballo mientras hablaba: "Hola, muchacho. He oído que te has adaptado muy bien, ¿eh?".

El semental dejó de comer y sus ojos oscuros la miraron mientras ella daba pasos vacilantes hacia él. Pero cuando apoyó la mano en el poste justo donde estaba su hombro, él pegó las orejas a la parte posterior de la cabeza y de repente giró sobre sus patas delanteras.

"¡Rosa!"

La joven apenas tuvo la oportunidad de reaccionar antes de que un cuerpo grande le bloqueara la vista del semental que golpeaba el poste con ambas pezuñas traseras, mientras sus gruesos brazos la rodeaban. Un fuerte crujido y un chasquido de madera rompiéndose se registraron en su mente antes de que el cuerpo de Jason chocara de repente contra el de ella, haciéndolos caer al suelo.

Rosa chilló de sorpresa cuando sintió el pesado cuerpo de Jason caer sobre ella, dejándola sin aire en los pulmones mientras todo su peso la aplastaba contra la suave hierba. Cerró los ojos instintivamente mientras los trozos de madera se esparcían a su alrededor.

Por un momento, Rosa mantuvo los ojos cerrados, pero pronto los abrió y miró el cielo que tenía encima. Sentía un dolor sordo en la nuca, pero estaba segura de que se habría sentido mucho peor si no hubiera sido por las manos que la sujetaban.

—¿Jason?

—preguntó después de un doloroso momento de silencio mientras se movía bajo su peso aplastante. Su rostro se arrugó cuando él no respondió, y se dio cuenta de que estaba tendido inerte sobre ella. Sus ojos se abrieron de par en par por el miedo e inmediatamente extendió la mano para tocarle la nuca para comprobar si tenía heridas.

—¿Jason?

Un gemido bajo y gutural retumbó en su pecho, y el sonido, así como la sensación de las vibraciones de su pecho, enviaron una inesperada inyección de calor a su estómago.

—¿Jason?

—lo llamó de nuevo, y él se estremeció de repente cuando las yemas de sus dedos rozaron una doloRosa protuberancia oculta en la espesa masa de mechones oscuros de su cabeza

— ¿Estás bien?

—Sólo... dame un minuto

—murmuró, su voz cargada de un dolor apenas disimulado mientras su aliento le hacía cosquillas en la sensible piel de la curva de su cuello.

Rosa intentó ignorar el hecho de que su cálido cuerpo la tenía inmovilizada contra el suelo mientras levantaba la cabeza para mirar por encima de su ancho hombro y observar el daño. Todo el poste había sido derribado de la cerca y había fragmentos de madera incrustados en sus hombros; manchas oscuras de sangre ya se hacían visibles a través de la suave tela de algodón de su camisa azul.

Se mordió el labio con culpa. Sin duda, si Jason no la hubiera bloqueado cuando lo hizo, ese poste la habría golpeado en pleno rostro.

Su mirada de zafiro se dirigió a la causa del daño. Steele estaba en ese momento al otro lado del potrero y los miraba fijamente, moviendo la cola de manera agitada. No parecía ni un poco molesto por el hecho de haber roto un poste y luego haber dejado inconsciente a un hombre con él.

Jason soltó un suspiro áspero mientras obligaba a sus brazos a meterse debajo de sus hombros. El dolor le ardía en los omóplatos y la nuca, y gruñó cuando apenas logró levantar su peso de encima de la mujer que estaba debajo de él antes de desplomarse sobre ella otra vez, con la cabeza dándole vueltas.

En el fondo, sabía que tenía que moverse. La precaria posición en la que se encontraban no sería bien recibida si los atrapaban, pero el dolor resonaba en su cerebro con tanta fuerza que, cuando abrió los ojos, lo único que vio fueron formas borRosas.

—¿Jason?

—La voz de Rosa era una mezcla de miel y limón para sus oídos, y él gruñó en respuesta, incapaz de hacer mucho más que eso.

Sintió que sus brazos rodeaban su torso y pudo distinguir que intentaba palpar para ver si había sufrido algún otro daño. La sensación de sus brazos alrededor de él lo hizo marearse de nuevo y tuvo que obligarse a no respirar el adictivo aroma de su delicado perfume o concentrarse en el hecho de que estaba acostado sobre ella. Sus toques tentativos a lo largo de su espalda y cuello tampoco ayudaban a su delirante autocontrol en ese momento.

Él gimió cuando se dio cuenta de su pequeño desliz al llamarla sin título, y si ella sospechaba que él podía tener sentimientos por ella, sus sospechas se confirmarían si continuaban en esa posición.

Gruñó mientras se obligaba a moverse una vez más, y al hacerlo un poco más fácil, logró colapsar sobre su costado junto a Rosa e instantáneamente sostuvo su cabeza entre sus manos, obligándose a no llorar frente a ella.

Rosa se incorporó rápidamente hasta sentarse y se giró para observar con ojo experto el daño que había sufrido.

"Acuéstate boca abajo", le ordenó.

Jason obedeció sin decir palabra, exponiéndole la gravedad de sus heridas. Había unos cuantos trozos grandes de madera atravesando su piel a través de la camisa, y ella no tenía ninguna duda de que también había muchos más pequeños.

Sus delicados dedos tocaron suavemente la parte posterior de su cabeza, donde antes había sentido el bulto caliente en la piel, y se mordió el interior de la mejilla. "¿Eres capaz de mantenerte en pie?"

Jason permaneció inmóvil por un momento antes de asentir lentamente con la cabeza y su rostro se contrajo de dolor mientras Rosa lo ayudaba a ponerse de pie lentamente. Se tambaleó por un momento y ella instintivamente agarró su fuerte antebrazo con una mano mientras con la otra lo rodeaba por la cintura para estabilizarlo.

"Necesito que vuelvas a casa conmigo. Puedo examinar tus heridas más de cerca a la luz".

Si Jason no hubiera sentido tanto dolor en ese momento, se habría negado de inmediato. Pero, en lugar de eso, la siguió como un corderito obediente hacia el imponente edificio que se encontraba a una distancia considerable de ellos.

Parecía que les tomó una eternidad llegar hasta el edificio amenazador, pero cuando la sensación de pavimento dio paso a escalones que conducían a la puerta trasera, Jason detuvo instintivamente sus movimientos. El nerviosismo le desgarró el estómago y su cerebro golpeó agresivamente contra su cráneo en respuesta. Si ponía un pie en esa casa y lo veían, estaría en serios problemas.

Jason nunca había estado dentro de la mansión en los ocho años que llevaba viviendo allí. La señora Green tenía reglas muy estrictas para el personal que vivía en la propiedad, y los únicos miembros del personal a los que se les permitía entrar en la casa eran las criadas y el chef.

A pesar de los problemas que le había puesto la señorita Rosa, él se empeñó en no seguir adelante. Sabía que el señor y la señora Green ya estarían en casa y que, si alguno de ellos lo veía en la casa, lo despedirían en el acto.

Sabía que la señora Green era increíblemente protectora con sus hijas y no quería que los hombres anduvieran por su casa cuando no tenían por qué estar allí. Su actitud protectora probablemente también fuera la razón por la que nunca contrataron a un mayordomo. En cambio, le dio las riendas de la casa a la criada principal, Lesley.

—No te preocupes, Jason. Todo estará bien, te lo prometo

—la voz tranquilizadora de la señorita Rosa penetró sus ansiosos pensamientos y, cuando miró hacia sus alentadores irises zafiro, no pudo evitar sentirse a gusto y asintió levemente. Cualquier otra cosa hacía que su cabeza ardiera y su visión se arremolinara.

Su cuerpo todavía estaba tenso mientras la joven lo guiaba a través de la entrada trasera y por un pasillo bellamente decorado y con aire acondicionado, y Jason no pudo evitar tomar nota de su entorno a través del doloroso latido en su cabeza mientras la seguía a la cocina.

A pesar de la apariencia inmaculada, por no decir desalentadora, de la mansión, el interior era tan cálido y acogedor como una pequeña cabaña de madera. Fue una vista que dejó atónito a Jason. Incluso había dibujos de cuando la señorita Rosa y su hermana eran pequeñas esparcidos por toda la puerta de lo que él supuso que era un refrigerador.

Eso ya de por sí dejó a Jason estupefacto. A primera vista, uno podría pensar que todo en la mansión Green estaba perfectamente situado, como si estuviera a punto de suceder una escena de película. Pero el pequeño detalle de que hubiera dibujos de su infancia en el frigorífico lo hizo sentir más en casa de lo que jamás hubiera creído posible.

Hacía mucho tiempo que no se sentía como en casa en algún lugar.

El fuerte sonido de las ollas al chocar hizo que a Jason le doliera la cabeza y no pudo evitar hacer una mueca cuando una voz fuerte resonó por toda la cocina. "¡¿Qué pasó, Rosa?!"

Jason miró y vio a un chef bajito, casi obeso, que corría hacia ellos mientras Rosa lo empujaba en silencio para que se sentara en una silla. Había visto al chef varias veces yendo y viniendo de la mansión a su cabaña, pero nunca le dirigió la palabra. Era demasiado hiperactivo para el

entrenador silencioso.

Los ojos de Jason inmediatamente se dirigieron hacia la mirada zafiro de Rosa cuando sintió que sus dedos agarraban suavemente su mandíbula para inclinar su cabeza hacia arriba, obligando a que sus miradas se encontraran.

—Fue solo un pequeño accidente, Martin. ¿Te importaría traerme una bolsa de guisantes congelados, por favor?

—preguntó mientras estudiaba el rostro de Jason, mirándolo fijamente a los ojos por un momento, con sus rasgos tensos en señal de concentración.

El contacto visual cercano agitó el cuerpo de Jason en respuesta y tragó saliva, terriblemente tentado de acortar la distancia entre ellos. Rápidamente desvió la mirada, atribuyendo sus pensamientos a una conmoción cerebral más que probable.

"Eso es...?"

Rosa miró hacia arriba, completamente ajena a la confusión interna de Jason, para ver a Martin mirando la espalda de Jason con una mirada de horror en su rostro, su piel cada vez más pálida a cada segundo.

La joven suspiró. “Sí, es sangre, Martin. Los guisantes, por favor”, recordó.

El hombre corpulento asintió al instante y corrió hacia el congelador. Mientras recuperaba la bolsa, una mujer aún más pequeña, con aspecto de duendecillo, se acercó a ellos. "¿Necesita ayuda con algo, mademoiselle ?", preguntó con un acento francés claramente más marcado.

Martin se burló mientras salía del congelador con los guisantes en la mano. "Como si pudieras ayudarme en algo", se rió entre dientes.

—De hecho, puede, mademoiselle Fettuccine

—intervino Rosa antes de que pudiera dar una respuesta sarcástica

— ¿Le importaría sostener la bolsa de guisantes en el chichón que tiene Jason en la cabeza mientras voy a buscar mi maletín médico?

—preguntó mientras tomaba la bolsa de guisantes de manos de Martin y la presionaba contra la nuca de Jason.

Ella ignoró la alarma en el rostro de Jason mientras le hacía un gesto a la mujercita para que ocupara su lugar, y antes de que pudiera escuchar otra queja, corrió a su habitación para buscar su bolso. Cuando regresó, Mademoiselle Fettuccine todavía sostenía el bolso en su cabeza, y Rosa le pidió que lo mantuviera allí mientras rebuscaba en su bolso en busca de un par de pinzas.

"Ahora sacaré los fragmentos más grandes, Jason. Pero tendrás que quitarte la camisa para sacar los más pequeños", afirmó Rosa con voz completamente profesional mientras colocaba las pinzas sobre la mesada junto con algunos hisopos de algodón.

Jason asintió con la cabeza, pero hizo una mueca cuando el dolor resonó en su cráneo.

"Esto va a doler un poco", advirtió la joven mientras se colocaba detrás de él y agarraba el primer fragmento con sus dedos.

Jason ahogó un gemido de dolor cuando ella le sacó el trozo de piel, y los músculos de su

espalda y brazos se tensaron y se hincharon por la tensión que le produjo el dolor. Después de unos cuantos tirones más, el más grande de los fragmentos fue retirado y Rosa le colocó la camisa por la cabeza, evaluando el daño mientras lo hacía.

De repente, un fuerte ruido resonó en toda la cocina.

Todos se giraron y Rosa chasqueó la lengua al notar que Martin se había desmayado al ver las heridas y la sangre que goteaba por la espalda expuesta de Jason. Suspiró y miró hacia la pequeña chef.

"¿Te importaría cuidar de Martin por mí y luego sacarlo de la cocina hasta que termine?" preguntó.

La pequeña chef parecía a punto de quejarse, pero simplemente apretó los labios formando una fina línea y asintió. Jason y Rosa observaron cómo tomaba un vaso de agua helada y procedía a verter el líquido sobre la cabeza de Martin.

El gran chef jadeó sorprendido por la repentina frialdad y maldiciones en francés salieron de sus labios mientras se levantaba de golpe y se sentaba, mirando con el ceño fruncido a la mujer que estaba de pie frente a él. Pero ella le murmuró algunas palabras en su lengua materna antes de agarrarlo del brazo y, una vez que estuvo de pie, casi lo sacó de la cocina.

Rosa y Jason observaron el intercambio en silencio antes de que ella finalmente volviera su atención hacia él. Ella tartamudeó un poco en sus movimientos cuando finalmente se dio cuenta de que su pecho y su estómago estaban completamente desnudos a su vista... y fue una vista que no la decepcionó.

Sus brazos, rostro y cuello estaban bronceados por el sol, creando un bronceado claro, aunque su pecho y espalda no eran blancos como la nieve. Sus hombros eran anchos, y su pecho y espalda se ondulaban con músculos mientras respiraba profundamente por el dolor que sentía palpitar en su cabeza. Su estómago era plano y definido, y los jeans que vestía presionaban contra sus muslos musculosos.

Rosa rápidamente dejó de lado sus pensamientos lascivos cuando sus mejillas ardieron. Jason todavía sostenía la bolsa en la parte posterior de su cabeza, con los ojos cerrados, y ella estaba agradecida de que él no la hubiera visto distraída.

—Deja la bolsa ahí. Te ayudará

—murmuró mientras tomaba un par de pinzas y comenzaba a sacar las astillas más pequeñas alojadas en su piel.

Trabajó en silencio, atendiendo con delicadeza sus heridas y tratando de no mirar con lujuria su físico masculino mientras lo hacía. Sabía que él era fuerte gracias a su trabajo, pero no creía que tuviera una constitución como *esa* . Aunque sus fuertes brazos lo insinuaban, nunca se permitió pensar más allá de eso.

La oscuridad ya se había instalado fuera de las ventanas de la cocina cuando Rosa finalmente limpió la sangre restante de sus hombros y le puso un poco de ungüento en las heridas más grandes. Se lavó las manos y finalmente se paró frente a él, sosteniendo una pequeña linterna en su mano. Lo instó a que la mirara y procedió a iluminar cada uno de sus ojos.

Mientras trabajaba, inclinaba constantemente la cabeza hacia un lado, apartando el flequillo de

sus ojos cuando le pinchaban las córneas.

—Nunca te había visto sin flequillo

—murmuró Jason mientras observaba su expresión concentrada. Se mordió el interior de la mejilla antes de continuar

— ¿Cómo es que nunca has querido dejarte crecer el flequillo?

Rosa bajó la luz y la dejó sobre la encimera encogiéndose de hombros. "Tengo una cicatriz bastante fea en la frente que no me gusta que la gente vea", dijo mientras se alejaba unos pasos de él y abría un armario.

—Oh

—respondió él, sin esperar esa respuesta. Quería preguntarle cómo había conseguido esa cicatriz, pero sabía que no debía entrometerse.

—Es sorprendente que no tengas una conmoción cerebral

—dijo Rosa mientras tomaba un frasco de analgésicos y llenaba un vaso de agua, mirándolo por encima del hombro. Cuando se dio cuenta de que su mirada interrogativa seguía sus movimientos, suspiró y volvió a él.

"Tuve un accidente cuando tenía cinco años", comenzó. "No recuerdo nada al respecto, pero mi madre estaba conmigo cuando ocurrió. Creo que fue bastante grave porque necesitaba un reemplazo completo del hombro. A veces me gustaba bromear al respecto, diciendo que los detectores de metales detectarían el metal cuando ella pasara por delante de ellos, pero a mi padre no le pareció muy divertido y me advirtió, con bastante firmeza, que nunca más bromeara sobre algo así".

Jason no dijo nada mientras la observaba sumirse en sus pensamientos por un momento antes de sacudir la cabeza. "Esto te ayudará con el dolor de cabeza", dijo y le hizo un gesto para que tomara la medicina y el vaso de agua.

Jason no apartó la mirada mientras colocaba lentamente la bolsa de guisantes descongelados sobre el mostrador y tomó la medicación, tragándose las pastillas rápidamente.

"Gracias", dijo en voz baja.

El rostro de Rosa se sonrojó y sacudió la cabeza. "Debería estar agradeciéndote", susurró, sus ojos color zafiro brillando como gemas mientras lo miraba con una sonrisa tímida. "Siempre pareces venir a mi rescate. Me estremezco al pensar lo que diría mi hermana feminista si se enterara de esto".

"Ella estaría contenta de que estés bien", respondió en voz baja mientras la miraba fijamente.

Su mirada inquebrantable sobre su rostro la hizo sonrojarse aún más y se movió torpemente de un pie al otro. "Y eso es gracias a ti... otra vez ... Debes odiar tener que salvarme el pellejo siempre", murmuró mientras miraba sus pulgares que jugueteaban.

"No me importa."

Las palabras salieron de los labios de Jason antes de que pudiera pensar en detenerlas, y la mirada atónita de Rosa le hizo darse cuenta de su error. Se apresuró a tratar de encontrar una

manera de justificar sus palabras cuando su tímida sonrisa congeló todos los pensamientos en su mente, y no pudo evitar pensar en lo hermosa que se veía en ese momento con sus ojos de cierva, su profundo rubor y su dulce sonrisa.

Algo pareció cambiar en el aire entre ellos y Rosa dio un pequeño y valiente paso para acercarse a él. Su respiración se entrecortó un poco; el aroma de su costoso perfume, junto con un susurro de aire fresco y hierba recién cortada, llenaron sus sentidos.

Rosa tragó saliva mientras miraba hacia un lado antes de mirarlo fijamente. Sus ojos como gemas parecían deformados por el dolor de un recuerdo lejano, y él sintió la repentina necesidad de extender la mano para aliviar las líneas de tensión en su rostro. Sabía exactamente qué era lo que ella estaba recordando.

Su mirada oscura detectó una mancha de tierra en su mejilla, que se había formado cuando habían tocado el suelo, y sin pensarlo dos veces, extendió la mano para acariciarle la mejilla. Su piel se sentía como seda cálida bajo sus manos ásperas por el trabajo, y la escuchó inhalar bruscamente mientras su pulgar limpiaba suavemente la mancha.

"Hay un poco de suciedad..." intentó justificar sus acciones mientras acariciaba su mejilla con el pulgar una vez más, sintiéndose un poco más valiente cuando ella no se apartó de su toque.

Su mirada de zafiro lo miró fijamente mientras se mordía lentamente el labio inferior y su piel se calentaba con su tacto. Se sentía como si le estuvieran administrando lentamente una inyección llena de endorfinas en el torrente sanguíneo y sus piernas temblaban un poco por las emociones que asaltaban su estómago, por lo que se encontró inclinándose hacia su tacto.

Un pequeño suspiro salió de sus labios mientras lo miraba fijamente. "Jason, yo..."

" ¿Qué está pasando aquí?"

Capitulo 7

Jason sintió que la sangre se le helaba en las venas cuando su mirada se dirigió hacia el arco que conducía a la cocina. No pudo ocultar la expresión de horror en su rostro cuando vio la figura alta e imponente del señor Green de pie allí, con los brazos cruzados sobre el pecho y una ceja levantada hacia ellos de manera interrogativa.

Jason abrió los labios, tratando de encontrar alguna manera de calmar al papá, cuando se dio cuenta de que estaba medio desnudo frente a él con la hija del hombre lo suficientemente cerca como para que no pareciera inocente.

Como si le hubieran disparado un tiro, Jason saltó de la silla y agarró su camisa antes de ponérsela rápidamente, ignorando el dolor en sus hombros mientras lo hacía. Ni siquiera pudo mirarlo a los ojos, lo que lo obligó a mirar las baldosas blancas prístinas debajo de sus botas mientras una expresión de horror mezclada con pavor cruzaba sus rasgos.

es todo. Estoy despedido.Eso

"Papá, Jason se lastimó en el potrero. Lo traje aquí solo para ayudar a curarlo", dijo Rosa con voz decididamente tranquila mientras se giraba para encarar la mirada analítica de su padre.

Alejandro Green arqueó una ceja oscura y miró a su hija antes de fijarse en el maletín médico, la bolsa de guisantes congelados y los hisopos ensangrentados que había sobre el mostrador. Luego, su mirada se dirigió al hombre que se encontraba a unos cuantos metros de la silla en la que había estado sentado anteriormente y notó que su mirada ni siquiera se despegaba del suelo.

Su atención volvió a su hija y la encontró mirándolo de manera suplicante. Ella conocía las reglas y lo que le sucedería al hombre, y frunció el ceño mientras sus ojos la observaban y veían manchas de suciedad en sus brazos y ropa.

—¿Por qué se lastimó?

—preguntó Alejandro mientras los miraba a ambos, su voz tenía un tono profundo, poderoso y decididamente amenazante cuando observó el estado ligeramente desaliñado de la ropa de su hija.

"Me acerqué demasiado a Steele y él intentó patearme a través de la reja. Jason me bloqueó la patada justo a tiempo".

Alejandro parpadeó y su mirada se concentró en el hombre que permanecía inmóvil y silencioso como una piedra, con el rostro blanco como una sábana. No sabía mucho sobre el vaquero de Texas que su esposa había contratado, pero sabía que Sofia era el hombre en quien más confiaba de todo el personal masculino que tenían en la finca, además de Martin y Oliver.

Aunque no lo conocía, sabía al instante cuándo un hombre se sentía atraído por una de sus hijas. Jason también lo había dejado bastante claro a lo largo de los años al ponerse constantemente en peligro para proteger a su hija menor de cualquier truco peligroso que hiciera con los caballos de rescate.

Su mirada zafiro volvió a su hija, llegando finalmente a la conclusión de que no habían estado haciendo lo que él creía que estaban haciendo. "Está bien, pero no dejes que tu madre los pille en

esa posición", dijo con una clara advertencia dirigida a los dos antes de girarse para mirar al hombre que no había levantado la mirada del suelo ni una sola vez. "Ah, ¿y Jason?"

Esperó hasta que la mirada morena del joven se cruzó con la suya antes de señalar su camisa. "Será mejor que arregles eso".

Alejandro no esperó una respuesta mientras giraba sobre sus talones y salía de la habitación, y Jason miró su camisa, sintiendo calor subiendo por sus mejillas cuando se dio cuenta de que estaba al revés.

…….

La mesa del comedor estaba bastante tranquila cuando la familia se sentó a comer esa noche. Paula parecía perdida en sus pensamientos por alguna razón, pero cuando le preguntaron al respecto, simplemente respondió encogiéndose de hombros. Rosa tampoco era muy habladora, por lo que la mayor parte de la conversación quedó en manos de Alejandro y Sofia, quienes simplemente hablaron sobre lo que había sucedido ese día en sus respectivos negocios.

Finalmente, una vez servido y devorado el postre, Paula se disculpó y salió para dirigirse a su habitación.

Estaba enojada consigo misma mientras se quitaba la ropa y entraba a la ducha humeante del baño. No sabía por qué no podía dejar de reproducir en su cabeza la escena de esa tarde, y eso la estaba poniendo cada vez más nerviosa.

Nunca antes un hombre había sido tan directo con ella, y mucho menos un completo desconocido. Había oído hablar de hombres que tenían ese tipo de confianza, pero eso era normalmente en un ambiente de club, algo que ella nunca había experimentado.

De hecho, los hombres normalmente se mostraban un poco tímidos a la hora de acercarse a ella, no sólo por quién era su padre, sino también por su gran éxito en la vida. A los hombres les resultaba intimidante que una mujer fuera más podeRosa que ellos, pero no con Massimo.

Y eso era lo que la molestaba. No sólo la insultaba en su cara, sino que casi parecía provocarla para que se pusiera gruñona y gruñona a su lado, como si le divirtiera.

Sin mencionar el hecho de que Paula no sabía por qué había reaccionado así a su cercanía. ¿Por qué la confundía tanto? Ella lo despreciaba por haberla insultado de esa manera, y, sin embargo, esas emociones que él evocaba en ella no tenían nada que ver con la ira.

Ha leído suficientes novelas románticas para saberlo.

Paula murmuró para sí misma mientras salía de la ducha y se secaba antes de ponerse un pijama suave. La estaba obligando a comportarse como una colegiala estúpida y eso no le gustaba en absoluto. Ella era Paula Green, la mujer que nunca había permitido que un hombre la distrajera y, sin embargo, eso era precisamente lo que estaba haciendo este machista.

Paula, que decidió que solo había una forma de quitarse de la cabeza esos pensamientos exasperantes, le pidió a Lesley que le trajera una tetera de té mientras se dirigía a la biblioteca de la mansión, uno de sus lugares favoritos en el mundo.

La habitación era enorme y contenía estanterías repletas de libros, desde el suelo de baldosas hasta las tablas del techo. Una chimenea de piedra se alzaba orgullosa a lo largo de una de las paredes, con un conjunto de sillones reclinables frente a la chimenea. Siempre había sido uno de

los mejores lugares de la casa durante los meses fríos de invierno, pero las llamas rugientes no existían en ese momento debido al calor que proporcionaba la noche de verano.

Entrar a la biblioteca inmediatamente le ofreció a Paula una sensación de comodidad, y reflexionó sobre algunos estantes de libros antes de seleccionar un nuevo romance que había pedido y tomó asiento.

—Ya esta, señorita Paula

—dijo Lesley mientras entraba en la biblioteca, con una bandeja que contenía una tetera, una taza de té, azúcar y leche. Colocó la bandeja sobre la mesa, junto al cuerpo enroscado de Paula, y cruzó las manos frente a ella

— ¿Necesita algo más antes de que me retire?

Paula miró sus rasgos envejecidos y le dedicó una sonrisa educada. "No, gracias, Lesley. Disfruta de tu velada".

La mujer asintió y salió de la habitación lo más silenciosamente posible. Paula respiró profundamente para tranquilizarse mientras preparaba su té antes de recostarse en la comodidad de la silla. El calor de la taza se extendió desde sus dedos y palmas al resto de sus manos, y tomó un sorbo delicado antes de abrir la primera página del libro.

Pronto se vio absorbida por el mundo que el autor había creado de hombres encantadores y escenas conmovedoras. Sintió cada emoción y esbozó una sonrisa en la palma de su mano cuando leyó la hermosa descripción del personaje masculino principal: un hombre encantador con cabello besado por el sol, una figura alta y una sonrisa deslumbrante. Características que Paula solo se dio cuenta a mitad del libro de que había estado imaginando como Massimo.

Su sonrisa se transformó en una expresión de disgusto y frustración consigo misma, y cerró el libro con un ruido sordo.

……..

La brisa nocturna acarició suavemente la piel de Rosa mientras se deslizaba por la entrada trasera de la mansión. La luna llena iluminó la finca con un tono plateado y sonrió cuando pudo distinguir la figura de un automóvil que esperaba debajo de la hilera de árboles más cercana a la mansión. Miró a su alrededor para asegurarse de que no hubiera nadie antes de dirigirse hacia el vehículo.

Su corazón latía fuerte en su pecho y sus dedos temblaban por la emoción del sentimiento rebelde que la recorría mientras rápidamente llegaba al auto y se deslizaba dentro.

"Oye", exhaló en voz baja, su voz no era más que un susurro mientras miraba al conductor con una sonrisa.

Él era solo un año mayor que ella y tenía el cabello castaño claro que parecía plateado contra los rayos de la luna. Sus ojos verde botella la recorrieron con la mirada antes de sonreír e inclinarse sobre la consola, rozando sus labios con los de ella en un breve beso que hizo que su estómago se encogiera de placer.

No habló mientras arrancaba el motor y se alejaba de la protección de los árboles.

—Entonces, ¿a dónde vamos?

—Rosa no pudo evitar el vértigo en su voz mientras miraba al joven que estaba a su lado, pero él simplemente sacudió la cabeza y le sonrió mientras conducía por uno de los muchos caminos que rodeaban la finca.

Rosa no pudo evitar moverse nerviosamente mientras miraba por la ventana todos los viejos árboles que se alzaban sobre ellos. Nunca antes se había escapado de la casa, y era un hecho que la emocionaba y aterrorizaba al mismo tiempo. No quería pensar en lo que sucedería si la atrapaban, pero, al mismo tiempo, no podía dejar pasar la oportunidad de estar sola con el joven a su lado.

Condujeron en silencio durante unos minutos más y Rosa se dio cuenta de que se alejaban cada vez más de la mansión. Su estómago comenzó a retorcerse por algo que no era pura excitación nerviosa, pero rápidamente dejó de lado esa sensación.

Ella solo estaba haciendo una tontería. Nunca había salido con alguien antes. Naturalmente, se sentirá un poco cohibida y se preocupará por las cosas.

Finalmente, el coche se detuvo y Rosa miró a su alrededor. Se encontraban en el límite de la finca, en lo alto de una colina que daba a la propiedad del vecino. Era un lugar apartado y no pudo evitar pensar en lo romántico que parecía el entorno cuando lo bañaba la luz de la luna.

El sonido de las puertas del coche al cerrarse sacó a Rosa de sus pensamientos apreciativos y se giró para mirar al hombre que estaba a su lado. "¿Por qué cerraste con llave?"

Él no respondió mientras la miraba fijamente, su silencio la hizo fruncir el ceño.

—¿Wyatt?

—preguntó ella, y su corazón empezó a latir con fuerza en su pecho mientras veía que su mirada se deslizaba por su cuerpo

—Wyatt, ¿por qué no dices nada? Estás empezando a preocuparme

—continuó, con la voz ligeramente tembloRosa bajo su mirada inquebrantable.

Cuando él no habló una vez más, se le hizo un nudo en el estómago y, discretamente, empezó a buscar la cerradura de la puerta. "Mira, si no me dices qué está pasando ahora mismo, voy a.…"

Ella gritó de sorpresa cuando él la agarró de repente y la atrajo hacia él, presionando sus labios contra los de ella. Por un momento, ella se quedó rígida en su agarre antes de que sus ojos se cerraran mientras ella le devolvía el beso. Pero el beso pronto se volvió más exigente, algo para lo que ella no estaba preparada, y definitivamente no estaba preparada para la mano que se deslizó debajo de su camisa, dedos fríos que tocaron la piel cálida de su estómago.

Ella apartó sus labios de los de él con una sacudida brusca y sacudió la cabeza. "No, Wyatt", dijo con voz firme mientras intentaba apartar su mano de ella, pero el otro repentinamente la sujetó por la cintura, acercándola más a él.

La repentina demostración de posesividad hizo que los nudos de ansiedad volvieran a aparecer con más fuerza, y ella luchó contra su agarre, sacudiendo la cabeza.

—No, Wyatt. No me siento cómoda con...

Pero sus palabras quedaron atrapadas en su garganta cuando la mano grande de él agarró un puñado de su cabello y la atrajo hacia él, golpeando sus labios contra los de ella nuevamente. Su

cuero cabelludo le picaba por el fuerte agarre en su cabello y sus labios se presionaban doloRosamente contra sus dientes.

El beso fue brutal y posesivo, todo lo que Rosa no quería, y las lágrimas se agolparon en sus ojos mientras luchaba contra su agarre de hierro, pero sin éxito. Sus gritos fueron silenciados por su boca exigente, y ella se retorció en su agarre, arañando su pecho, su rostro, su cuello. Cualquier lugar para lograr que la soltara.

Su mano sujetó su cabello entre sus dedos y le dio otro beso hiriente en los labios antes de que ella finalmente lograra golpearlo en la cara con su mano. El momento de sorpresa le permitió alejarse de él antes de que él repentinamente la agarrara del tobillo, deteniendo sus movimientos.

" Pagarás por eso, dulce mejilla".

La voz que habló no pertenecía a Wyatt. Era mucho, mucho más grave, y los ojos de Rosa se abrieron de par en par con horror cuando su rostro se transformó en el de un hombre diferente, un hombre mayor. Uno que tenía cabello rubio y ojos tan oscuros como el cielo nocturno sobre ellos.

Se le cortó la respiración y las lágrimas le corrieron por las mejillas; su cuerpo temblaba de miedo, algo que jamás había sabido que existía. Era un miedo que nunca había sentido antes; un miedo tan paralizante que se sintió atrapada en un cuerpo inerte, con las extremidades congeladas mientras él la atraía bruscamente hacia él.

Los bruscos movimientos que hizo tirando de su cuerpo hacia él la sacaron de su estado de parálisis y gritó mientras se agitaba en sus brazos una vez más. "¡No! ¡Basta! ¡Suéltame!", gritó aterrorizada cuando sus labios buscaron los suyos una vez más, sus dedos lastimando la suave piel de su estómago.

Ella se movió y se agitó como un gato salvaje en sus brazos mientras intentaba evadir sus labios, pero justo cuando estaban a punto de tocarse, el vidrio de la ventana se rompió y un puño se adelantó, golpeándolo directamente en la mejilla.

Rosa jadeó mientras volaba hacia la cama, el sudor le corría por la cara en pequeños hilos y le pegaba el pelo oscuro a la nuca. Respiró con dificultad y sintió que el corazón le golpeaba la caja torácica mientras miraba a su alrededor. El alivio la invadió cuando se dio cuenta de que estaba en su dormitorio y completamente sola.

Tragó saliva, intentando aliviar la sequedad de su garganta, pero se sentía como si no hubiera bebido un sorbo de agua en días, y apartó las mantas de su cuerpo sudoroso. Un gemido bajo salió de sus labios mientras se pasaba los dedos por su cabello enmarañado y húmedo y apoyaba los codos en los muslos, enterrando la cara entre las manos.

Le tomó unos minutos más calmarse antes de ponerse de pie, tirando un poco de la parte delantera de su camisón para intentar separar la tela de su piel empapada. Sus rodillas temblaron mientras se ponía las pantuflas y bajaba en silencio las escaleras hacia la cocina.

La mansión estaba tranquila y oscura, pero eso era de esperarse, ya que el reloj de pie del vestíbulo marcaba las dos de la mañana. Pero Rosa había caminado por los pasillos tantas veces a lo largo de su vida que era capaz de abrirse paso en la oscuridad sin mucho esfuerzo. La cocina estaba limpia y tranquila, y la única fuente de luz eran los brillantes rayos de la luna llena que entraban por las numeRosas ventanas de la habitación. La tranquilidad de la mansión calmó sus

nervios agotados mientras tomaba un vaso del armario y lo llenaba de agua, bebiéndolo de un trago antes de volver a llenarlo.

Suspiró mientras se sentaba en la silla que Jason había ocupado esa tarde y su corazón se calmó un poco en su pecho. Tomó otro sorbo de agua, observando la forma en que sus dedos temblorosos causaban pequeñas ondulaciones en el vaso, y apretó los dientes. Antes de que el vaso terminara en el suelo debido a su agarre inestable, lo colocó sobre la encimera antes de suspirar y girarse para apoyar la espalda contra la esquina afilada, mirando a través de una de las ventanas hacia los establos que estaban más allá. Sus cejas oscuras se fruncieron cuando notó que las luces estaban encendidas.

Es extraño que Jason olvide eso.

Sabía que pasaría un rato antes de poder volver a dormirse, por lo que Rosa terminó el resto de su agua y prosiguió su camino hacia los establos. El aire de la noche era cálido y húmedo contra su piel cuando salió, pero la brisa que soplaba a su lado ayudó a secar su piel húmeda.

Sus zapatillas hacían un suave ruido al caminar por el pavimento que conducía a los establos. El camino estaba iluminado por muchas lucecitas de jardín y pronto se encontró abriendo la puerta lateral, que la gente usaba cuando no llevaba un caballo, y entró.

El olor a heno y serrín era como un relajante para la mente ansiosa de Rosa, y lo inhaló mientras caminaba por el pasillo entre los establos. Algunos caballos dormitaban mientras otros mordisqueaban el heno, y los pies de Rosa la atrajeron hacia el rostro de su amado semental, que la miraba con ojos perezosos y medio dormidos.

Ella sonrió cuando llegó hasta él y le dio un suave beso en su suave hocico antes de acariciar sus mejillas; su suave y brillante pelaje oscuro alivió su mente perturbada.

Pero su momento de serenidad se vio truncado cuando escuchó una voz profunda que murmuraba algo tan bajo que no pudo descifrar lo que era y se quedó sin aliento. Se dio la vuelta rápidamente y sus ojos de zafiro se fijaron al instante en una cabeza de cabello oscuro y una espalda desnuda que le resultaba familiar y con algunos moretones de color azul oscuro que salían de uno de los puestos.

Rosa no se atrevió a moverse mientras veía a Jason alejarse de uno de sus últimos proyectos de rescate: un pequeño poni que estaba muy preñado. Respiró aliviada cuando de repente todo tuvo sentido. Jason a veces hacía controles nocturnos de los caballos y Lady estaba a punto de tener su potrillo, por lo que tendría sentido que él la vigilara.

Pero eso la dejó en una situación bastante incómoda, ya que estaba vestida con un camisón frágil y sin esperanza de cubrirse con algo más sustancial, a menos que saltara sobre la puerta de Chester y se escondiera detrás de él.

Desafortunadamente, no tuvo tiempo de poner ese plan en acción, ya que Jason ya había cerrado la puerta de Lady y se había girado, congelándose a mitad de paso cuando la notó.

Rosa se mordió el labio inferior al ver los vaqueros que se le caían sobre sus caderas esbeltas y podeRosas y su corazón, que finalmente se había calmado de su pesadilla, se aceleró con un vigor repentino que podía ver latir bajo su piel. Rápidamente cruzó los brazos sobre el pecho mientras sus mejillas se tiñeron de un rojo brillante.

Jason se aclaró la garganta mientras se acercaba a ella, y necesitó de cada célula de su cuerpo

para no dejar que sus ojos se desviaran. Su mirada morena se clavó profundamente en sus irises de zafiro cuando la alcanzó. A pesar del claro rubor de sus mejillas, el resto de su rostro estaba pálido. El blanco de sus ojos estaba teñido de rojo, sus oscuros mechones de cabello se enredaban y le caían hacia atrás. Sus oscuras cejas se juntaron en un ceño fruncido; sabía exactamente por qué estaba allí en ese momento.

"¿Pesadilla?"

No era la primera vez que buscaba refugio en los establos después de una pesadilla, y sus puños se apretaron cuando ella asintió con la cabeza lentamente, desviando la mirada hacia el suelo debajo de ellos mientras se abrazaba un poco más fuerte.

"¿Sigues siendo la misma?", preguntó en voz baja, y ella respondió con otro asentimiento mudo.

Ella ya le había contado lo extraño de su pesadilla una vez. Si bien la primera parte era precisa en cuanto a cómo había sido esa noche, la segunda parte no tenía sentido. No sabía quién era ese hombre rubio con la voz que tenía la capacidad de paralizar a alguien por miedo. No tenía sentido para ella. Nunca había visto a ese hombre en su vida, entonces ¿por qué estaba en su pesadilla?

¿Ya se lo has contado a tu familia?

Rosa negó con la cabeza, sin mirarlo a los ojos.

—No

—respondió, con la voz un poco ronca y grave en sus oídos.

"Deberías. Tal vez puedan ayudarte a entenderlo".

Ella lo miró con incredulidad y horror, con los brazos caídos a los costados, y él la miró al pecho antes de que tuviera la oportunidad de detenerla. "¡No puedo decirles! Me matarían si descubrieran lo que hice", jadeó, con el corazón palpitando ante la idea.

Jason volvió a mirar a Rosa con sus ojos bronceados y su expresión se suavizó al oír sus palabras. "No, no lo harán. Simplemente se alegrarán de que estés bien".

Sacudió la cabeza desafiantemente mientras miraba sus pies calzados con zapatillas, con lágrimas acumulándose en sus ojos. Sus labios temblaban y los apretó formando una fina línea mientras cambiaba el peso de un pie al otro, envolviéndose de nuevo con los brazos. "¿Cómo... cómo supiste que te necesitaría esa noche?"

Era una pregunta que siempre rondaba sus pensamientos, pero nunca tenía el valor suficiente para preguntar.

Jason suspiró y enterró las manos en los bolsillos de sus vaqueros. "Si alguien te pide que te escabullas en mitad de la noche, lo más probable es que esté tramando algo malo. No sabía con seguridad si necesitarías mi ayuda. Era solo una sensación que tuve. Nunca me gustó tanto Wyatt".

La mirada sorprendida de Rosa se alzó para encontrarse con la de él. "¿Por qué?"

Un músculo sobresalía a lo largo de su mandíbula. Se encogió de hombros y miró hacia un lado, incapaz de mirarla a los ojos mientras respondía: "Era engreído y arrogante. Te seguía por todas partes y te lanzaba miradas que sé que te habrían hecho sentir incómoda si las hubieras notado".

"¿Por qué no se lo dijiste a nadie?"

Su mirada morena se cruzó con la de ella y arqueó una ceja oscura. "¿Quién me hubiera creído? Había llegado unas pocas semanas antes. No tuve tiempo suficiente para obtener el beneficio de la duda contra el novio que ya llevaba dos años en el negocio".

La mirada de Rosa se desvió hacia el suelo. "Supongo que sí".

Sus cejas se juntaron mientras encorvaba los hombros, las lágrimas se agolpaban en sus ojos al recordar esa noche. Había estado tan asustada, y si Jason no las hubiera encontrado cuando lo hizo, se estremeció al pensar en lo que le habría pasado.

Jason sintió que el conflicto lo desgarraba cuando notó que sus hombros comenzaban a temblar con sollozos reprimidos, y la vio presionarse una mano sobre la boca para ocultar sus labios temblorosos. Quería acortar la distancia entre ellos y consolarla, pero sabía que hacerlo era pasarse de la raya, algo que ya había hecho demasiado por un día.

Pero cuando el sonido de sus suaves gemidos llegó a sus oídos, su resistencia se desmoronó y dio un paso hacia ella, envolviéndola suavemente con sus brazos por la cintura antes de atraerla hacia él. Sus delicados brazos lo envolvieron instantáneamente mientras temblaba, la suavidad de su cuerpo presionando contra su firme constitución en una fusión de calor corporal y piel cálida.

Pero no fue suficiente; su agarre sobre ella era demasiado suave. Así que se apretó más contra él, buscando sin palabras su fuerza y la protección que esta le ofrecía. Y él la obligó, atrayéndola hacia sí con una fuerza satisfactoria que la dejó momentáneamente sin aliento mientras sus brazos musculosos encerraban su cuerpo contra el suyo.

Jason cerró los ojos cuando la sintió relajarse entre sus brazos y apoyar la frente en su hombro. No dijo nada, pues no era la persona más elocuente a la hora de consolar a alguien, pero se permitió acariciarle la columna con suavidad, intentando ignorar lo deliciosa que era la suave tela de satén bajo sus dedos o lo suave que se sentía su cuerpo bajo su agarre.

Su champú con aroma a limón llenó sus sentidos y no pudo evitar enterrar su rostro en sus oscuros mechones, respirando profundamente. Sus brazos temblaban y, instintivamente, flexionó los dedos para que sus uñas rasparan suavemente los definidos músculos de su espalda.

Jason se quedó paralizado por la acción y, de repente, abrió los ojos de golpe, dándose cuenta de lo cerca que estaban en ese momento. Una pequeña parte de él le decía que se alejara, que recuperara ese nivel de profesionalismo que se había desmoronado de repente en el espacio de unas horas, que no se arriesgara a que alguien los viera. Pero la parte más grande no quería ni oír hablar de ello, diciendo que había esperado demasiados años para abrazarla y consolarla, como siempre había deseado hacerlo, solo para dejar pasar la oportunidad ahora.

Sin embargo, su momento de conflicto se rompió cuando sintió que Rosa se movía contra él, retrayendo los brazos que lo rodeaban solo para levantarlos y posarse sobre sus hombros. Observó sus profundos ojos azules, completamente hipnotizado, mientras ella se levantaba sobre las puntas de sus pies para igualar la diferencia de altura, y se le hizo un nudo en la garganta cuando sintió sus suaves labios presionar contra su mejilla de tal manera que hizo arder todos sus nervios.

Pero el beso había sido completamente inocente, porque ella se apartó de él y sus brazos sintieron instantáneamente la fría soledad sin su cuerpo presionado contra el suyo. "Gracias,

Jason", susurró con una tierna sonrisa en su atractivo rostro antes de despedirse de él y darse la vuelta, alejándose de él.

Quería ir tras ella, odiaba lo solo y vacío que se sentía sin ella. Habían pasado años desde que había tenido una relación cercana con alguien, así que le costó todo lo que tenía para no correr tras ella y atraerla hacia sus brazos. Pero su lealtad hacia su madre lo detuvo.

No podía arriesgarse a desdibujar más las líneas que los separaban, pero era muy, muy difícil cuando veía cómo esas delgadas piernas la alejaban cada vez más de él, mientras la suave tela de su camisón atraía sus ansiosos dedos de una manera seductora que ella ni siquiera sabía que poseía. Apretó los dientes y miró hacia otro lado.

No, él tenía que resistirse. Eran de dos mundos diferentes; él nunca podría encajar en el de ella y ella nunca sería feliz en el de él. Eso lo sabía. Por mucho que quisiera estar allí para ella como algo más que un amigo y confidente, sabía que nunca podría ser el hombre que ella necesitaba.

Había decepcionado a demasiadas personas en el pasado como para arriesgarse a perderla también.

Y fue con ese pensamiento en mente que apartó su atención de la figura que se alejaba con un profundo suspiro y regresó a sus tareas, esperando que su resistencia no se desmoronara más.

Capitulo 8

Si alguien hubiera entrado a la oficina de Paula Green a la mañana siguiente, habría estado seguro de que ella estaba intentando asesinar a su computadora con la velocidad con la que escribía, sus uñas haciendo el familiar clic clack sobre las teclas de una manera que casi parecía como si estuvieran tratando de destrozarlas.

La razón detrás de la repentina oleada de trabajo intenso de Paula no tenía nada que ver con una fecha límite cercana, sino con su enojo por sus propias acciones y lo traicionada que se sentía por sus pensamientos de la noche anterior. ¿Qué podría haberla poseído para fantasear con que Massimo era el hombre del libro que estaba leyendo?

Ella tenía más sentido común que eso. Era arrogante, machista y todo lo que ella despreciaba en un hombre. ¿En qué estaba pensando? Y para librarse de esos pensamientos, se entregó de lleno a su trabajo, de modo que, cuando Martina la llamó al mediodía, se sorprendió al darse cuenta de cuánto tiempo había pasado.

—Martina, dije que no quería que me molestaran

—dijo por teléfono, con un tono un poco duro para la inocente niña.

"Lo siento, señorita Green, pero hay un hombre aquí que desea hablar con usted".

Paula frunció el ceño y miró su agenda. "No tengo ninguna reunión pendiente, que yo sepa, Martina".

"Es una reunión... no programada."

—Entonces dile que no me interesa reunirme con él. Si quiere hablar conmigo, debe concertar una cita como cualquier persona normal

—susurró y colgó el teléfono de golpe antes de obligarse a calmarse con una respiración profunda mientras pasaba los dedos por su oscura mata de pelo.

No sabía por qué estaba tan irritable y, ¿se atrevería a decirlo?, de tan mal humor últimamente. Sabía que la pobre Martina no se lo merecía, pero por alguna razón no podía evitarlo.

Llamaron a la puerta y la poca calma que había recuperado se evaporó. Enderezó la espalda rígida y bajó las manos hacia el escritorio. Su mirada era dura cuando notó que Martina, aprensiva, abría lentamente la puerta.

"¿Qué pasa ahora?"

La joven se ajustó rápidamente las gafas, incapaz de sostener la mirada de su jefa. "Lo siento, señorita Green, pero el caballero insiste", dijo y se hizo a un lado.

Paula frunció el ceño y luego miró al hombre que entró. Su expresión se agrió de inmediato al ver el cabello rubio y los ojos helados. "¿Qué quieres, Massimo?", casi gruñó con fastidio. Era la última persona con la que tenía ganas de tratar en ese momento.

—También me alegro de verte, Gruñonaa

—respondió el hombre con una sonrisa encantadora que sólo la irritó aún más.

—No sé por qué has venido aquí, Massimo, pero estoy ocupada ahora mismo y no quiero que me molesten

—respondió ella con la mandíbula apretada y la mirada ardiente.

Massimo la miró parpadeando.

—Qué raro. Martina dice que normalmente es tu hora de almuerzo justo ahora.

La mirada oscura de Paula se dirigió hacia su asistente, quien solo pudo devolverle la mirada con una expresión avergonzada, antes de volver a mirar al hombre que todavía estaba de pie en la puerta. "Desafortunadamente, hoy trabajaré durante el almuerzo. Así que, si me disculpas..." dijo y señaló hacia la puerta.

Pero Massimo no se dio cuenta de su indicación o decidió ignorarla, ya que se acercó a ella con una mirada decidida en su rostro. "Creo que puedes tomarte unos minutos de descanso, ¿no crees? Después de todo, todavía no terminamos de hablar sobre lo de ayer".

Paula sintió que su corazón tartamudeaba en su pecho al recordar su cercanía evocada en ella, y miró a Martina para ver a su asistente mirándolas con una ceja interrogativa.

"Gracias, Martina", dijo con un tono claramente despreocupado. La joven se sonrojó y asintió con la cabeza antes de salir rápidamente de la oficina.

Una vez que se escuchó el clic sólido de la puerta al cerrarse, Paula cruzó los brazos sobre el pecho y se reclinó en su asiento, encontrando su mirada con ojos acalorados y entrecerrados. "No teníamos nada más que discutir, así que me parece inútil que aparezcas aquí pensando que lo había".

La sonrisa de Massimo se hizo más grande mientras caminaba hacia ella. "Vaya, seguro que alguien está de mal humor hoy".

" No estoy de mal humor", le susurró.

"Bien", sonrió.

Paula se burló. "Además, si estoy de mal humor, es sólo por ti".

—¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—preguntó mientras rodeaba el escritorio y apoyaba la cadera contra el borde, cruzando los brazos sobre el pecho.

Paula intentó no darse cuenta de cómo su traje negro resaltaba sus ojos helados que desde entonces se habían derretido en charcos de plata mientras la miraba. Se burló, enojada consigo misma por encontrarlo atractivo, y volvió a su computadora.

"Como si tuviera que darte explicaciones."

Él dio un paso más cerca de ella, algo que ella notó al instante, y sintió que se le erizaba la piel al pensar en que él se acercara más.

—Todo lo contrario

—continuó Massimo con una sonrisa que no hizo más que ponerla nerviosa

— Si he hecho algo que te haya molestado, tengo derecho a saberlo para no volver a hacerlo.

—¡Tu respiración me molesta!

—le susurró antes de poder pensar en detenerse, con su mirada ardiente fija en él.

Massimo sonrió como si ella no acabara de lanzarle el peor insulto. "Eso no es algo muy agradable de decir, Gruñona", afirmó antes de acortar de repente la distancia entre ellos y una rápida mirada depredadora apareció en sus ojos.

—¡Aléjate de mí!

—gritó Paula e intentó saltar de su silla para evadirlo, pero él fue más rápido.

Sus manos se aferraron a los brazos de su silla, bloqueando cualquier escape que pudiera haber tenido, y giró la silla para que ella no tuviera más opción que mirarlo a la cara. Su rostro estaba tan cerca que podía sentir el calor que emitía su cuerpo, y sus manos se apretaron instantáneamente en puños cuando lo miró a los ojos, tratando de ignorar el aroma de su colonia masculina.

—Ahora

—murmuró en voz baja, lo que le provocó escalofríos en la espalda cuando su rostro se acercó al de ella

— Te lo preguntaré una vez más. ¿En qué estabas pensando ayer?

Paula necesitó de todo su poder para mantener la seriedad mientras respondía: "No tengo idea de qué estás hablando".

Él le arqueó una ceja. "¿En serio? Tal vez debería... refrescarte la memoria".

Paula no respondió mientras su mirada recorría lentamente cada centímetro de su cuerpo, sus ojos plateados parecían tocar su piel de una manera que la dejaba sin aliento, y apretó los puños hasta el punto que sus uñas se clavaron doloRosamente en sus palmas cuando ya sentía que su cuerpo comenzaba a traicionarla.

Se sintió atrapada en su mirada cuando sus ojos finalmente se conectaron con los de ella. Su corazón pareció latir con fuerza en su pecho cuando su rostro se acercó y no pudo evitar pensar una vez más en cómo se sentirían sus labios Rosados, pero esta vez presionados contra los suyos.

Sus pensamientos pusieron su cuerpo en acción justo antes de que pudiera descubrirlo, y rápidamente presionó la palanca debajo de su silla, haciendo que su cuerpo cayera dos pulgadas.

El repentino cambio de altura hizo que Massimo tropezara en sus acciones, y ella aprovechó ese momento para clavar los talones en el suelo y rodar su silla lejos de su alcance; la repentina pérdida de influencia casi lo hizo caer de cara contra las baldosas.

Cuando su mirada se dirigió hacia la de ella en una mezcla desorientada de confusión y frustración, ella logró esbozar una sonrisa tímida y lo miró con una mirada altiva y burlona.

"Lo siento, eso no me suena de nada."

……..

Paula todavía tenía una sonrisa en su rostro más tarde ese día cuando salió del trabajo. Por una vez, había logrado superar al machista. La expresión de su rostro no tenía precio. Tanto que ella había mirado la grabación de la cámara de seguridad para comprobarlo de nuevo.

Aunque le pareció extraño que el hombre que la había puesto de mal humor fuera el que la hacía sonreír, no se quejaba. En realidad, toda la conversación le pareció bastante agradable. Aunque el hombre la había puesto a prueba, definitivamente había hecho que su día fuera menos aburrido.

Cuando salió de su oficina enfadado, Martina entró poco después y la joven se sorprendió al ver a su jefa sonriendo como un gato de Cheshire. Se preguntó brevemente si su jefa habría perdido uno o dos tornillos por trabajar demasiado, pero no expresó sus pensamientos.

Ella no quería correr el riesgo de ser despedida.

Mientras Paula se incorporaba lentamente al tráfico, pensó un momento antes de encogerse de hombros y cambiar de carril. Había planeado volver a casa, pero su gusto por lo dulce le pedía algo azucarado y poco saludable, y ella nunca se resistía a ese antojo. Una vez que llegó a su pequeño café favorito, de alguna manera se las arregló para encontrar un lugar para estacionar y cerró el auto con llave antes de cruzar la calle a toda velocidad, ansiosa por hincarle el diente a un trozo de pastel.

Sin embargo, sus pasos fervientes vacilaron cuando vio a una anciana mendiga sentada cerca de la entrada, con una taza de cerámica colocada frente a sus pies, que estaban cubiertos por zapatos que parecían haber perdido su capacidad de trabajo hace algunos años. La vista trajo a la memoria un viejo recuerdo de cuando su madre una vez le dio dinero a una anciana en una situación similar. Su madre había sido pobre en ese momento, pero aun así se las arregló para ayudar a aquellos incluso menos afortunados que ella.

Los tacones de Paula resonaron en el pavimento mientras rebuscaba en su bolso por un momento y sacó algunos billetes de su cartera antes de colocarlos en la taza mientras pasaba. La anciana la miró con los ojos muy abiertos, pero ella simplemente le envió una sonrisa amable a cambio mientras abría la puerta del café y entraba.

Tenía esa sensación de alivio en el pecho que siempre se notaba cuando hacía una buena acción, y sonrió mientras se acercaba al mostrador. Echó un vistazo al menú por un momento y se decidió por una rebanada gruesa de pastel de chocolate y una taza de té para acompañarlo. Pagó y luego se dirigió a una de las cabinas de la esquina trasera para esperar a que le trajeran su pedido.

Una respiración profunda llenó sus pulmones con los deliciosos aromas del café y los productos horneados mientras se relajaba en su asiento y observaba el pintoresco café. Recordó la última vez que lo visitó, más específicamente, la conversación que había tenido con cierto machista.

Sus cejas oscuras se hundieron un poco mientras pensaba, recordando sus palabras sobre cómo pensaba que una mujer fogosa siempre era más gratificante una vez domada. Una punzada resonó en su pecho al recordar sus palabras, al ver cómo la veía como nada más que un trofeo que ganar. Pero eso no fue lo único que hizo que su pecho se retorciera un poco de inquietud; fue el hecho de que sonara tan seguro de esa afirmación, como si lo hubiera hecho antes.

Se negó a reconocer que ese pensamiento la lastimaba. Ella tampoco tenía por qué sentirse herida por ese pensamiento.

—Nunca te creí Gruñonaa.

—dijo esa voz familiar desde su izquierda, e Paula se giró para ver a Massimo acercándose a ella.

Se inclinó hacia delante en su asiento para apoyar los codos sobre la mesa, ocultando rápidamente sus pensamientos con una sonrisa. "¿No te gustó que te vencieran en tu propio juego, Massimo? ¿Es por eso que me estás acosando ahora?"

—No te estoy acosando, Gruñonaa

—respondió con tono tranquilo al llegar a su lado

— Resulta que este es mi café favorito.

Paula se obligó a no decir que a ella también le gustaba el lugar. Lo último que quería era que él pensara que tenían algo en común.

"Volviendo a tu declaración anterior", dijo, tratando de desviar el tema, "de hecho, me gusta ayudar a las personas que son menos afortunadas que yo".

—Eso sería el mundo entero entonces

—respondió, e Paula parpadeó ante el extraño indicio de frialdad en su tono, su sonrisa se desvaneció de su rostro.

"Si quieres que no esté de acuerdo contigo, te decepcionarás. Sé que soy una persona adinerada de una familia adinerada. Sería un tonto si dijera que no lo soy".

Massimo resopló mientras casi la fulminaba con la mirada. "¿Muy arrogante?"

"¿Muy ciega?" dijo Paula y señaló la ropa de diseñador que llevaba puesta.

Los músculos de la mandíbula de Massimo se tensaron mientras su mirada se volvía feroz; una visión que dejó a Paula en silencio.

—Crees que eres tan podeRosa por quién es tu padre, ¿no? Seamos honestos. No te importa ese vagabundo que está afuera. Lo único que te importa es tu imagen, y para hacerte ver como un gran humanitario, le diste algunas notas con la esperanza de que los paparazzi las vieran. ¿Verdad?

Paula se quedó boquiabierta por la sorpresa ante sus duras palabras y no hizo nada más que mirarlo boquiabierta como un pez asustado por un momento antes de entrecerrar los ojos. Se puso de pie para mirarlo a los ojos con los hombros erguidos y la espalda recta; el humor en sus ojos fue reemplazado por una mirada de enojo.

—¿Crees que no sé lo que es luchar por la vida? ¿Crees que sólo porque mi vida se considera fácil ahora no la pasé mal cuando era pequeña?

—susurró en voz baja, intentando no llamar la atención sobre su discusión.

Massimo le devolvió la mirada con unos ojos tan fríos como su sombra y se acercó lo suficiente para que ella pudiera ver las motas plateadas en ellos.

—Bueno, si proclamas con tanta osadía que sientes pena por esa mujer, ¿por qué no le entregaste las llaves de ese Bugatti que conduces, eh? ¿Por qué no das y das hasta que no te quede nada en la espalda? ¿Por qué desfilas con ropa de Prada y usas perfume de Chanel si te preocupas tanto por los menos afortunados? Te diré por qué: es porque eres un fraude. En realidad, no te importan esas personas que viven en las calles. Solo lo haces para quedar bien ante el público porque sé que no te importa nada más que tú misma.

Paula no tuvo oportunidad de responder, ya que él giró sobre sus talones y salió del café. Le tomó un momento reaccionar. Corrió tras él y le dijo al camarero que se guardara su pedido para él en el camino. La puerta se cerró detrás de ella mientras miraba a la izquierda y a la derecha antes de notar una cabeza familiar de cabello rubio que caminaba hacia el parque al otro lado de la calle. Apretó los dientes y apretó los puños, sus tacones repiqueteando furiosamente contra el pavimento mientras corría tras él.

—¡Espera un minuto!

—siseó mientras agarraba su brazo y lo detenía de un tirón.

Los ojos de Massimo estaban tranquilos, sin emoción alguna, mientras la miraba. La imagen hizo que Paula perdiera el hilo de sus pensamientos por un momento, pero luego se despertó rápidamente y entrecerró su mirada acalorada directamente ante su expresión fría.

—¿Quién te crees que eres para atacarme de esa manera?

—le gritó, incapaz de contener su ira mientras le daba un golpecito en el pecho con dureza

— Para ser alguien que habla mucho, seguro que no se escucha a sí mismo, ¿verdad, señor Armani Suits? Bueno, el hecho de que sea rica no significa que todo lo que hago para ayudar a los pobres se utilice como un truco publicitario. De hecho, mi familia y yo ayudamos a muchas organizaciones benéficas de forma anónima. ¿Por qué? Porque ayudar a la gente es lo que realmente nos gusta hacer; es lo que todo el mundo debería hacer si puede. La razón por la que ayudamos es para marcar una diferencia en el mundo. Nada de esto se hace con un motivo ulterior. ¿Entiendes ese concepto simple o debería explicarlo más detalladamente?

Massimo permaneció en silencio mientras la observaba, su mirada gélida recorrió sus rasgos sonrojados por un momento antes de que una sonrisa apareciera lentamente en sus labios.

Paula parpadeó confundida y de repente se le cortó la respiración cuando él agarró un mechón de su cabello y lo colocó detrás de su oreja. Sus dedos le agarraron suavemente la nuca y sintió una oleada de calor en el estómago cuando sus labios se acercaron a los de ella y la miró fijamente.

"Me encanta ese fuego dentro de ti", murmuró.

La mente de Paula dio vueltas ante el repentino cambio de actitud de él, y su expresión se transformó en una de ira mientras lo empujaba bruscamente lejos de ella. "¿Hiciste todo eso solo para hacerme enojar?", le gruñó con una mirada de puro odio en su rostro.

"Más o menos", respondió con una sonrisa y una mirada gélida y burlona.

Paula inhaló profundamente y tuvo que apretar el puño para no borrarle esa sonrisa de la cara. El calor le subió desde el cuello hasta las mejillas mientras lo miraba con enojo, sus ojos escupían fuego mientras sus manos temblaban de ira. "Eres... despreciable", gruñó antes de darse la vuelta bruscamente y marchar hacia su coche, mientras el vapor casi silbaba de sus oídos.

……..

La puerta principal se cerró detrás de una Paula furiosa con un estruendo resonante mientras atravesaba el vestíbulo, molesta más allá de lo creíble por lo que acababa de suceder entre ella y el machista Massimo. No solo eso, sino que también se había perdido el pastel por su culpa. Algo que no manejaba bien ni siquiera en los mejores momentos.

Martin estaba en medio de la preparación del postre cuando miró a la hija mayor de Alejandro Green, que estaba furiosa, mientras ella entraba en la cocina. No dijo nada, pero le entregó la cuchara que había estado usando para mezclar la crema batida y el caramelo que acababa de terminar de preparar. Paula tomó la cuchara en silencio y resopló mientras se sentaba en la encimera de la cocina, metiéndosela en la boca.

—¿Qué día tan duro tienes?

—le preguntó con una voz amable que calmó instantáneamente sus nervios, sacando una cuchara limpia del cajón de los cubiertos para seguir mezclando.

Ella sacudió la cabeza y tragó la dulce mezcla antes de suspirar. "Más bien, una persona imposible", respondió y apoyó la barbilla en la palma de la mano.

"Eso será todos los días de mi vida durante las próximas tres semanas", murmuró Martin mientras miraba fijamente a la mujer que trabajaba al otro lado de la cocina.

—Bueno, al menos hay luz al final del túnel

—respondió Paula en tono triste.

El hombre corpulento le lanzó una mirada comprensiva antes de abrir uno de los armarios para coger una taza medidora, pero se detuvo al notar que en su lugar había ollas. Se dio la vuelta tan rápido que Paula se sorprendió de que no se hubiera torcido la columna mientras miraba con enojo a la mujer menuda que amasaba la masa.

—¿Por qué has vuelto a reorganizar la cocina?

—le gritó.

Las manos de mademoiselle Fettuccine no dejaron de trabajar mientras miraba con una ceja levantada su expresión furiosa. "Lo he mejorado".

—¡Y ni hablar!

—rugió

—¿Cómo voy a encontrar algo en este lío?

"¿ Desorden ?", respondió el pequeño chef con una mirada de incredulidad. "¡Ese estado patético de los armarios era un desastre hasta que lo corregí!"

Sin querer lidiar con el intercambio de gritos que estaba a punto de estallar entre los dos conocedores, Paula salió silenciosamente de la cocina antes de verse envuelta en la batalla y se dirigió a su habitación, con la esperanza de que un agradable, largo y caliente baño calmara sus músculos tensos y sus emociones agobiadas.

……

El baño no funcionaba.

Aunque le alivió los músculos, en realidad hizo que el cerebro de Paula se llenara aún más de pensamientos sobre la tarde porque tuvo tiempo de reflexionar. Y su cerebro aún no se había apagado cuando cenó más tarde esa noche con su padre. Rosa y su madre estaban trabajando hasta tarde en la clínica, su última cirugía del día duraría mucho más de lo previsto.

Alejandro se quedó en silencio mientras observaba a su hija picotear su comida y supo que algo

andaba mal. Ella nunca picoteaba la comida de Martin.

Paula estaba tan absorta en sus pensamientos que ni siquiera sintió la mirada inquisitiva de su padre mientras masticaba distraídamente su comida. Aunque ahora sabía que lo que Massimo le había dicho solo había sido una forma de irritarla aún más, no pudo evitar reflexionar sobre sus palabras.

¿Había gente que realmente sentía lo mismo por ella? ¿Que cuando la veían dar, esperaban que diera más?

Sabía que había gente adinerada que hacía actos de caridad solo para impresionar y mejorar su propia imagen, por lo que su familia la apoyaba de forma anónima la mayor parte del tiempo. Pero no podía cambiar exactamente de rostro si quería visitar algunos de los orfanatos o refugios para mujeres que frecuentaba a veces. Siempre alguien la reconocería.

¿Pero realmente se enojaron si ella no ayudó más de lo que ya hizo?

"¿Mil millones por tus pensamientos, cariño?"

El timbre grave de su padre se filtró en sus pensamientos y su mirada de chocolate se levantó del plato para encontrarse con sus ojos de zafiro. Su expresión era de preocupación mientras la examinaba el rostro en busca de cualquier signo de lo que pudiera haberla estado molestando.

Ella volvió a mirar su plato con los hombros encorvados. "Esta tarde le di dinero a una mendiga. Alguien que por desgracia conozco vio y comentó el hecho de que le di tan poco dinero mientras conducía un Bugatti. Dijo que claramente lo estaba haciendo como un truco para mejorar mi imagen y que en realidad no me importan los menos privilegiados y que si realmente me importaran, no estaría conduciendo un coche de alta gama. Habría dado ese dinero a los pobres en lugar de gastarlo en mí misma".

Alejandro se reclinó en su asiento y miró a su hija mayor con expresión pensativa. Paula tenía un corazón de oro, al igual que su madre, por lo que el hecho de que alguien dijera eso de ella lo enfureció al instante, pero era muy consciente de que a menudo las menospreciaban por ser tan ricas y usaban cualquier comentario sarcástico para hacerlas sentir menos.

Los celos eran el rasgo más feo que poseía la humanidad.

Pero a pesar de su enojo y de querer saber quién era ese desafortunado conocido suyo, respondió con voz decididamente tranquila: "¿Cuántas personas crees que fabricaron tu coche?"

Paula lo miró confundida, sin esperar ese tipo de respuesta de él. Cuando notó su expresión seria, se encogió de hombros. "No lo sé. ¿Cuántos?"

"No tengo ni idea."

La joven le lanzó a su padre una mirada asesina que le hizo sonreírle. "No sé la cantidad exacta ", continuó, "pero sí sé que tuvo que haber unas cuantas personas para diseñar el modelo. Definitivamente hubo bastantes para manejar las máquinas; otro grupo para construirlo y probarlo. Todos esos son puestos de trabajo que su Bugatti creó. Esos puestos de trabajo a su vez permiten que esas personas y sus familias permanezcan fuera de las calles. Pero no solo les permiten alimentarse, sino que también les dan a las personas un sentido de dignidad y orgullo.

"Mira, cariño, al ser emprendedor, en realidad estás haciendo más bien en el mundo que simplemente dando, porque estás brindando más que solo dinero para que la gente coma durante

un día. Les estás dando un sentido de propósito y satisfacción; dos cosas que son invaluables".

"¿Y los que no pueden trabajar o ya no pueden trabajar? ¿Qué pasa con ellos?", preguntó mientras observaba a su padre mientras hacía girar el vino en su copa.

Alejandro asintió con la cabeza. "Sí, hay que ayudar económicamente a quienes no pueden valerse por sí mismos, pero el mejor enfoque a largo plazo es construir la economía. ¿Por qué crees que, una vez jubilado, me convertí en inversor en nuevas empresas?

"¿Porque habrías molestado a mamá hasta el punto de que ella querría solicitar el divorcio?" respondió ella en un tono monótono.

Su padre la miró con desgana. "Qué descarada", dijo y bebió los últimos sorbos de su vaso antes de apoyarlo sobre la mesa y entrelazó los dedos para prestarle toda su atención a su hija.

"No, no habría hecho ninguna diferencia si me hubiera quedado holgazaneando todo el día. Quiero decir, la ruta más fácil habría sido donar todo lo que tenía en mi cuenta bancaria a una organización benéfica. Pero, ¿qué habría hecho eso? Construir un centro, mantenerlo en funcionamiento durante unos años, pero una vez que se agoten los fondos, ¿qué sucederá? La vida volverá a ser como antes".

"Pero papá, todavía das mucho dinero a organizaciones que no crean puestos de trabajo. Y no siempre fuiste tan humanitario", le recordó.

Ella vio a su padre inclinar la cabeza en señal de rendición. "Sí, es verdad. No gané miles de millones regalándolo todo, eso es seguro. La cuestión es que ya he ganado todo el dinero del mundo y una cosa de la que me di cuenta fue que la riqueza que acumulé nunca se acercó ni de lejos a la felicidad que obtengo de mi familia. Sabes que haría cualquier cosa por ustedes tres, y si ayudar a la gente hace feliz a tu madre, entonces puedes estar segura de que haré lo que sea necesario para ayudarla. Sin embargo, sigo pensando que donar es una situación del tipo "dar un pescado a un hombre". Puedes pagar una comida, pero ellos seguirán hambrientos e igual de pobres al día siguiente. Pero si construyes la economía..."

-Será mucho mejor para todos

- completó Paula para su padre.

"Exactamente", dijo Alejandro con una sonrisa. "¿Y qué pasa si te gastaste unos cuantos millones en un coche? Ese coche ha hecho mucho más por la gente que crear unos cuantos puestos de trabajo, te lo puedo asegurar, y la mayoría de la gente no se da cuenta de ello. Miran el presente, no el futuro. Así que, la próxima vez que alguien te menosprecié por comprar un artículo caro, dile lo que te dije yo".

—¿Y si siguen sin escuchar?

—preguntó Paula con el ceño fruncido, sabiendo que siempre habría algunos que no estarían de acuerdo con esa lógica. Solo pensar en el desprecio en el rostro de Massimo le hizo pensar que, si él solo lo había hecho para sacarla de quicio, entonces cuánto más reaccionaría alguien que realmente se sintiera así ante sus palabras.

La sonrisa de su padre se ensanchó mientras estiraba sus dedos entrelazados frente a ellos y los hacía chasquear. "Entonces envíamelos directamente y les haré entrar en razón".

Capitulo 9

Rosa sonrió mientras observaba al orgulloso semental gris moteado trotar por la circunferencia de la pista de carreras. El sol del atardecer desaparecía lentamente tras el horizonte de copas de árboles verdes y el resplandor del atardecer le daba al semental un aspecto casi surrealista mientras se movía con gracia a través de sus pasos, su superioridad de raza brillaba en sus movimientos.

Jason permaneció quieto en el medio, chasqueando la lengua cada vez que el caballo aminoraba el paso. Pero, aparte de eso, permaneció inmóvil, observando cómo trabajaba el semental. Sus mechones de color chocolate oscuro adquirían un tono dorado bajo el sol poniente, y Rosa se encontró admirando la forma en que su camisa abrazaba su torso mientras sus Levi's se tensaban contra sus fuertes muslos.

No pudo evitar recordar la otra noche, cuando estaba envuelta en sus cálidos y sólidos brazos, con la cabeza apoyada en su ancho hombro. Se encontraba pensando en ello en los momentos más inoportunos, y siempre se sonrojaba, sobre todo cuando pensaba en que no le importaría volver a estar en sus brazos.

Un silbido bajo sacó a Rosa de sus pensamientos de agradecimiento y casi se cayó de su percha en los postes, pero reaccionó con suficiente rapidez y logró estabilizar su equilibrio antes de caer de bruces al suelo. Soltó un suspiro de alivio cuando miró al hombre, agradecida de que no hubiera visto su pequeño desliz.

¡Qué vergüenza hubiera sido eso!

Su atención se centró en el orgulloso semental y lo vio detenerse, moviendo las orejas de un lado a otro en espera de su siguiente instrucción. Pero su entrenador simplemente se acercó a él, le dio una palmadita firme en el hombro mientras enganchaba la rienda de la correa en el lazo de su cabestro antes de guiarlo hacia la puerta de salida del ruedo.

Habían pasado algunos días desde ese desagradable fiasco de las patadas, pero Jason se había recuperado rápidamente y volvió a trabajar con él al día siguiente. La resistencia del hombre era algo que Rosa solo podía admirar mientras caminaba por la arena para encontrarse con ellos, esperando que sus pensamientos anteriores no fueran aún visibles en su rostro.

—Va muy bien, Jason

—sonrió al llegar hasta ellos y acarició el hocico del semental por un momento antes de permitirles continuar caminando hacia los establos

— ¿Cuánto tiempo falta para que lo montes?

"Yo diría que una semana más. Dos como máximo. Ya había sido entrenado, pero sus jinetes traicionaron su confianza. Es solo cuestión de tiempo para que se dé cuenta de que aquí no le harán daño como en su hogar anterior", respondió y frotó el grueso cuello del semental mientras el gran animal caminaba obedientemente a su lado, tan silencioso como un cordero a pesar de su aspecto amenazador.

La sonrisa de Rosa hizo que Jason perdiera el hilo de sus pensamientos por un momento, y

rápidamente miró hacia otro lado antes de que ella se diera cuenta y se aclaró la garganta. "Entonces... pronto es el aniversario de tus padres", comenzó, haciendo que la joven que estaba a su lado parpadeara sorprendida.

Jason nunca fue de los que iniciaba una conversación, pero ella sonrió y respondió: "Sí".

"¿Estas esperando por ello?"

"Siempre espero con ansias una fiesta", dijo, pero su sonrisa vaciló cuando se dio cuenta de que no tenía pareja.

Aunque no era necesario que ella y su hermana tuvieran pareja, esperaba que alguien pudiera acompañarla para tener una excusa legítima para no bailar con Liam, un hombre que la había tenido en la mira durante muchos años. Lo que empeoraba las cosas para ella era que él era el hijo de dos amigos íntimos de sus padres, Heather y Jackson, y eso significaba que siempre estaría presente en cualquier evento que sus padres celebraran.

Miró de reojo al hombre silencioso que caminaba a su lado. Su paso tranquilo parecía tan espontáneo que ni siquiera parecía engreído mientras lo hacía. Simplemente mostraba una confianza silenciosa.

A ella le gustaba eso en un hombre.

—¿Bailas?

—soltó de repente Rosa cuando se le cruzó por la mente una idea. Jason la miró con una ceja levantada y ella rápidamente bajó la mirada hacia sus dedos mientras sus mejillas se pusieron rojas

—Ya que estamos hablando de fiestas y esas cosas, ¿te gusta bailar?

"Yo no bailo ese tipo de bailes de salón", respondió, sin saberlo, cortando de raíz la pequeña flor de esperanza que brotaba en el pecho de la joven.

"Oh... ¿Qué bailas entonces?"

—Swing country, sobre todo

—respondió Jason sin mirarla.

"¿Es difícil?"

Se encogió de hombros con indiferencia. "No realmente. Cuesta un poco acostumbrarse a los giros y caídas, pero es bastante fácil una vez que lo dominas".

Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios de Rosa. "Suena divertido".

Jason asintió con la cabeza mientras una pequeña y extraña sonrisa se dibujaba en sus labios. "Lo es. Mis padres solían bailar así todo el tiempo...", se quedó callado y una oscuridad cubrió sus rasgos, que alguna vez fueron plácidos.

El repentino cambio de actitud no pasó inadvertido para Rosa, quien lo miró de reojo y vio que tenía los labios apretados y la piel de su boca se había vuelto un poco más pálida. Conocía a Jason desde hacía tiempo como para saber que de repente habían tocado un tema muy delicado en la conversación. Él nunca había mencionado a sus padres antes, y ella no pudo evitar sentir curiosidad por ellos.

—No hablas mucho de ellos

—afirmó suavemente, con una mirada implorante, pero Jason se negó a mirarla; una expresión de angustia se dibujó en sus rasgos mientras miraba al frente.

"No hay mucho que decir."

El tono que empleó dio a entender que estaba pisando terreno peligroso y, por un momento, estuvo tentada de ignorarlo. Pero cuando se dio cuenta de la rigidez de sus hombros, la oscuridad de su expresión, la forma en que sus pasos casi se volvían entrecortados cuando apretó más las riendas, supo que no debía fisgonear. En cambio, le ofreció una sonrisa, con la esperanza de aliviar la tensión que crecía entre ellos.

—Entonces tendrás que enseñarme a bailar ese country swing algún día

—murmuró, queriendo decirlo en broma, pero esperando que así fuera.

Sus ojos oscuros la miraron y ella suspiró aliviada cuando sus rasgos volvieron a suavizarse y adoptaron una expresión amable. "Ya veremos".

-

Un viernes por la mañana, Paula recibió muchas felicitaciones de cumpleaños cuando entró en su edificio con su maletín en la mano. Le había pedido a Oliver que la llevara al trabajo esa mañana en lugar de conducir ella misma, ya que no tenía ninguna reunión a la que acudir y, además, eso le ahorraba la molestia de tener que sortear el tráfico.

La joven sonrió a cada uno de sus empleados que le enviaban sus mejores deseos para el día, y no pudo evitar reírse cuando el ascensor comenzó a ascender hacia su oficina. Su cumpleaños era uno de los que sus empleados nunca olvidaban; probablemente porque significaba que solo tenían que trabajar medio día, y era una ventaja adicional que el día cayera en viernes este año.

Cuando finalmente se abrieron las puertas del ascensor en el piso ejecutivo, Martina ya estaba allí esperando para entregarle el horario del día.

—Buenos días, señorita Green, y feliz cumpleaños

—le sonrió la niña.

Paula le devolvió el saludo y se dirigió a su oficina, enumerando de inmediato las tareas que su asistente debía completar antes de irse a casa. Cuando entró, ya había una taza de café humeante y una enorme porción de pastel sobre su escritorio. Le dio las gracias a la chica que estaba a su lado antes de despedirla y sentarse en su silla de cuero de oficina.

Sin embargo, antes de ponerse manos a la obra, agarró la tentación que tenía delante y murmuró elogios al pastelero mientras devoraba la porción de pastel. Pero mientras estaba en medio de un bocado particularmente grande, alguien llamó a su puerta antes de que se abriera.

Paula se quedó congelada en su lugar, con las mejillas del tamaño de las de una ardilla llenas de nueces, cuando notó que Massimo entraba en la habitación. Su mirada gélida se fijó inmediatamente en ella antes de bajar lentamente hasta el pastel que tenía en la mano.

"Es un poco temprano para comer pastel, ¿no crees, Gruñonaa?" preguntó sin dudarlo un momento.

Los ojos oscuros de la mujer se entrecerraron inmediatamente mientras tragaba rápidamente el

bocado que tenía en la boca y dejaba el resto de la porción sobre su escritorio.

"Soy una mujer adulta. Puedo comer pastel cuando quiera", le dijo con desdén mientras se giraba hacia su computadora. "¿Cómo entraste aquí?"

"Su asistente no estaba en su escritorio, así que me tomé la libertad de ir a su oficina sin acompañamiento".

—Por supuesto que sí

—murmuró con una mueca mientras sus ojos oscuros volvían a mirarlo con frialdad

— ¿Por qué estás aquí, de todos modos?

—preguntó con vehemencia, sin molestarse en ocultar su desprecio por él en ese momento, todavía sin superar del todo cómo la había tratado unos días antes.

Sin embargo, Massimo no se inmutó por su mirada acalorada, se acercó al escritorio y se sentó en una de las sillas, observándola en silencio por un momento antes de hablar. "Porque escuché que hoy es el cumpleaños de alguien".

—¿Y cómo lo sabes?

—respondió Paula con tono y mirada suspicaz.

—No eres un miembro desconocido de la sociedad, Gruñona

—respondió con una de esas sonrisas que te quitan el aliento y que Paula odiaba porque no era tan inmune a ellas como le hubiera gustado.

Ella frunció el ceño, pero no respondió; su mirada oscura se encontró con la de él, opaca, en un choque de colores.

—Señorita Green, ha llegado un paquete para usted

—llamó de repente Martina desde la puerta abierta de la oficina y ambos se giraron para ver a la asistente que llevaba en sus manos un paquete del tamaño de una caja de zapatos.

La joven se sobresaltó al ver a Massimo y rápidamente miró a su jefa, a punto de explicar cuando la mujer levantó una mano para silenciarla.

"Gracias, Martina. Puedes dejarlo en mi escritorio", respondió Paula mientras volvía a concentrarse en sus correos electrónicos, ya que había descubierto que esa era la razón por la que no había estado en su escritorio.

Martina asintió con la cabeza y corrió hacia su jefa, colocándola con cuidado sobre la superficie de madera oscura. "Sr. Abruzzi", saludó con voz chillona mientras se arreglaba rápidamente las gafas. El hombre le hizo un gesto de saludo y la observó salir corriendo de la habitación antes de volver a prestar atención a la mujer pensativa que tenía delante, ignorándose a sí mismo y a la caja que estaba sobre el escritorio.

Sus cejas se alzaron un poco mientras la observaba. "¿No vas a abrirla entonces?", preguntó, y la mirada profunda de ella se desvió un momento para encontrarse con la suya curiosa.

Ignorando su pregunta, volvió a concentrarse en la caja. No quería abrirla delante de él, tenía la fuerte sensación de que ya sabía de dónde había salido; no quería que sus ojos curiosos la miraran.

Los ojos oscuros de Paula se dirigieron hacia arriba para mirar al hombre que tenía frente a ella, observándola con esa mirada que le provocaba cosas extrañas en el cuerpo. Su tono gélido se clavó en los de ella mientras se miraban fijamente por un momento antes de que finalmente bajara la mirada hacia la caja situada sobre su escritorio.

Finalmente, su curiosidad la venció y suspiró. Levantó la tapa para revelar el contenido que se escondía en el interior. Sonrió mientras comenzaba a clasificar los diferentes artículos que había en la caja. Había una variedad de deliciosos chocolates suizos, una hermosa pulsera de plata de Tiffany and Co. y una tarjeta que abrió y leyó, mientras su mirada se suavizaba.

—¿Un regalo de tu novio?

—El tono cortante de Massimo cortó el aire como un cuchillo al ver la sonrisa en su rostro, e Paula negó con la cabeza mientras devolvía la tarjeta a la caja.

—En realidad, mis abuelos. No tengo novio

—corrigió distraídamente mientras volvía a colocar la tapa y deslizaba la caja hacia un lado de su escritorio.

Normalmente, sus abuelos hacían todo lo posible para visitarla cuando era el cumpleaños de alguien, pero en ese momento estaban en Suiza y la tarjeta prometía que estarían allí para el aniversario de sus padres en unas pocas semanas.

"Puedo creer eso."

Su mirada oscura se dirigió inmediatamente al hombre que estaba recostado en la silla frente a su escritorio, y su expresión se transformó en una mueca de desprecio, disgustándole la forma en que parecía sentirse tan a gusto en su oficina. "Si terminaste de insultarme por hoy, me gustaría continuar con mi trabajo".

"No es un insulto si es un hecho".

Paula se irritó al instante ante sus palabras y se puso de pie, su silla se alejó rodando debido al movimiento repentino. "Por última vez, Massimo. ¿Por qué estás aquí?"

Él también se puso de pie, elevándose de inmediato sobre su figura mientras la miraba. Su mirada gélida envió calor por todo su cuerpo cuando sus ojos recorrieron lentamente su figura antes de encontrarse con su mirada. "Quería invitarte a cenar".

Sus palabras desconcertaron a Paula, que lo miró atónita por un momento, mientras su expresión tensa se transformaba en una de asombro. Él la observaba intensamente a los ojos, intentando ahondar en sus pensamientos de una manera que la dejaba con una sensación extrañamente indefensa.

Se lamió los labios secos y miró hacia un lado. "¿Por qué... me preguntas algo así?", respondió finalmente.

Su sonrisa confiada volvió a aparecer en su rostro al instante. "Bueno, ¿no es lo correcto invitar a cenar a la cumpleañera?"

—Estás bromeando, ¿verdad?

—no pudo evitar preguntar en respuesta mientras su mirada sospechosa recorría su expresión.

Massimo se inclinó hacia delante, apoyándose en el escritorio con las manos, de modo que la

distancia entre sus rostros se hizo desconcertantemente corta. Sus ojos recorrieron sus rasgos una vez más antes de responder en voz baja: "Nunca bromeo cuando hay una mujer hermosa involucrada".

Sus palabras provocaron un rubor no deseado en sus mejillas y apartó la cara de la suya para ganar un poco más de distancia entre ellos antes de mirarlo con una desconfianza evidente en su expresión. La declaración la confundió, sus intenciones aún más. ¿No acababa de insultarla al decir que no podía mantener un novio? ¿Y ahora de repente quería invitarla a cenar?

No pudo evitar preguntarse si el hombre era un poco bipolar.

"Lo siento, pero ya hice planes con mi familia para la noche", respondió ella en tono tranquilo, negándose a aceptar su cumplido y dejando esos pensamientos de lado por completo.

Al menos su excusa no era mentira. Martin se tomaba muy en serio los cumpleaños en su casa y había planeado preparar todos y cada uno de sus platos favoritos esa noche como celebración. No había ninguna posibilidad de que se lo perdiera por comida de restaurante producida en masa.

—¿Oh?

—respondió Massimo con una ceja arqueada mientras se enderezaba y se movía lentamente hacia su lado del escritorio.

Paula lo miró con una mirada sospechosa. Parecía bastante sorprendido de que ella hiciera planes con su familia, como si ni siquiera se le hubiera ocurrido pensar que ella fuera una persona familiar. Supuso que eso era algo poco común en las personas extremadamente exitosas.

—Sí

—respondió ella, con la voz ligeramente tembloRosa mientras él se acercaba a ella. Sintió que sus rodillas temblaban un poco y rápidamente se agarró al borde de su escritorio para no caerse.

—Bueno, ciertamente no puedo abusar del tiempo en familia, ¿verdad?

—murmuró cuando estaba a un suspiro de distancia de ella.

Sus cejas oscuras se arquearon un poco en señal de confusión por el rumbo que estaba tomando la conversación, pero respondió de todos modos:

"No, no puedes".

—En ese caso…

—se quedó en silencio mientras buscaba algo en su bolsillo, pero la mirada de Paula no podía apartarse de sus ojos, sintiéndose hipnotizada por su apariencia gélida

— llámame cuando estés disponible.

Sus ojos oscuros se dirigieron hacia abajo cuando sintió algo frío y firme presionando contra sus labios sellados, y notó una tarjeta de presentación. Las extrañas emociones que de repente estallaron en su estómago la hicieron extender rápidamente la mano y tomar la tarjeta de sus dedos, ignorando la forma en que su piel reaccionó cuando rozó su mano.

Ella lo miró con una mirada irritada, con la esperanza de enmascarar las emociones que causaban estragos en su cuerpo. "¿Ha oído hablar alguna vez del término 'espacio personal', señor Abruzzi?", se burló, agradeciendo que su voz no temblara.

Esa sonrisa diabólica la puso nerviosa cuando sus ojos plateados y helados la miraron fijamente. Se acercó aún más, tanto que ella pudo sentir la tela de su traje rozando su pecho, y el calor que emanaba de su cuerpo le puso la piel de gallina.

—No creo haber superado ese límite todavía, Gruñona

—susurró mientras sus ojos se dirigían a sus labios manchados de rojo.

—Bueno, te agradecería mucho si tuvieras la amabilidad *de* retroceder

—siseó las últimas palabras e intentó empujarlo lejos de ella.

Pero el hombre reaccionó rápidamente y le agarró las muñecas con sus grandes manos. El contacto piel con piel le provocó una descarga eléctrica en las extremidades y casi dejó escapar un jadeo ante la sensación. Pero no le dio la oportunidad de responder y la acercó aún más para que su cuerpo quedara pegado a su pecho. Sus ojos se clavaron en los de ella, con esa estúpida sonrisa todavía en su rostro.

—¿Y qué obtengo a cambio?

—ronroneó, mientras sus pulgares acariciaban la parte inferior de sus muñecas.

A pesar de la forma en que su cuerpo reaccionaba a su presencia, Paula todavía tenía la intensa necesidad de quitarle la mirada traviesa de la cara.

"No tiraré tu tarjeta de presentación", apostó y lo observó arquear una ceja, desconcertado.

La joven no pudo evitar reírse. ¿De verdad creía que ella guardaría su número?

—Me gustaría algo un poco más sustancial que eso, Gruñona

—hizo pucheros.

Paula no pudo evitar sonreír, tomando esa expresión como una victoria segura en la discusión. "Lo siento. Esa es mi oferta. Tómala o déjala".

Su mirada se fijó en la expresión de satisfacción que ella tenía en los ojos y frunció el ceño antes de que esa sonrisa diabólica regresara con toda su fuerza. La sujetó con más fuerza por las muñecas mientras daba un paso hacia adelante, sus muslos rozando los de ella y empujándola hacia atrás hasta que su espalda baja chocó contra el borde del escritorio.

—No me iré de aquí hasta que aceptes una cita para cenar

—sus palabras eran una exigencia, y su mirada una que la igualaba.

La expresión de su rostro y su exigencia irritaron a Paula hasta el extremo. "Oh, entonces ahora es una cita, ¿no? ¿Qué te pasó con el hecho de que creíste en el hecho de que no puedo mantener un novio?", le espetó, incapaz de ocultar el golpe que había recibido su ego.

La mirada de Massimo se suavizó al instante mientras la miraba a los ojos y luego a su boca tensa. "Sabes que me encanta ponerte de los nervios", murmuró.

—Y sabes que me encantaría darte una bofetada ahora mismo, ¿verdad?

—siseó ella en respuesta, poco impresionada por su razonamiento.

Él la agarró con más fuerza por las muñecas y ella vio cómo un músculo sobresalía a lo largo de su mandíbula.

—Cuida esa actitud fogosa tuya, Gruñonaa, o no estarás soltera por mucho tiempo.

La mirada de Paula brillaba con odio. "¿Eso es una amenaza?"

Sus ojos se encontraron con los de ella en un choque de fuego y hielo. "Es una promesa".

Las palabras de Massimo hicieron que el calor recorriera cada célula de su cuerpo, e Paula se sintió mortificada al sentir que el calor se hacía notar en sus mejillas. Massimo se alejó lentamente de ella, finalmente soltando sus muñecas de su agarre.

Su mirada recorrió su cuerpo nervioso por un momento antes de que su sonrisa regresara. "Esperaré tu llamada", afirmó, luciendo completamente tranquilo y sin afectación mientras salía de la oficina, dejando a Paula más conmocionada de lo que se había sentido antes.

……..

"Y luego dijo que esperaría mi llamada. ¡Como si yo fuera a hacer eso!" Paula desahogó su frustración mientras se arrojaba boca abajo sobre la cama de su hermana esa tarde.

Ella levantó la vista cuando no obtuvo respuesta, sólo para ver que su hermana estaba absorta en la revista médica que estaba leyendo.

—Rosa, ¡no estás escuchando!

—dijo, totalmente exasperada por su situación con Massimo, y su hermana pequeña tampoco ayudaba a mejorar su estado de ánimo en ese momento.

—Por supuesto que te escucho

—dijo la hermana menor mirándola, pero frunció el ceño un momento después

— ¿Qué estabas diciendo?

Paula le lanzó una mirada asesina, provocando que su hermana estallara en carcajadas. " Rosa ", advirtió en voz baja, obligando a la mujer a reprimir la risa.

—Lo siento, pero realmente no entiendo por qué te preocupas tanto por esto

—respondió Rosa encogiéndose de hombros y volvió su atención a su libro.

"Estoy muy nerviosa porque claramente me molesta su presencia, pero él sigue estando cerca de mí. Es tan irritante que todo lo que quiero hacer es..." Se giró para recostarse boca arriba e hizo un gesto de estrangularle el cuello con las manos mientras un grito ahogado salía de sus labios.

—¿Estás segura de que no quieres besarlo a él en su lugar?

—replicó Rosa, pero dejó escapar un suspiro cuando vio la mirada fulminante que le lanzó su hermana

— Vamos . Está claro que sientes algún tipo de atracción por él. Nadie se ha metido nunca bajo tu piel.

" No me atrae."

"Bien."

"¡En serio, no lo soy!"

"Mmm."

—Rosa, ¿me vas a escuchar?

—Paula intentó agarrar el libro que su hermana tenía en las manos, lo que provocó que la hermana menor gritara de sorpresa. Se tambalearon sobre la cama y Rosa trató de alcanzar el libro desesperadamente antes de atraparlo finalmente con un suspiro. Luego procedió a ahuecar las almohadas y se apoyó en ellas, dejando el diario a un lado antes de mirar a su hermana.

—En serio. No creo que odies a Massimo tanto como dices.

Sin embargo, mientras decía eso, su madre pasaba por la puerta abierta y se detuvo al oír el nombre desconocido del niño.

—¿Massimo? ¿Quién es Massimo?

—preguntó Sofia Green al entrar en la habitación, con sus cejas oscuras arqueadas en un gesto interrogativo. Su mirada se dirigió hacia sus dos hijas sentadas en la cama; la mayor la miraba con una expresión de mortificación apenas disimulada mientras que la menor esbozaba una sonrisa maliciosa.

—Oh

—comenzó Rosa, el brillo travieso en sus ojos hacía que su tono zafiro brillara

— él es sólo el hijo de

...

Pero sus palabras quedaron atrapadas en su boca por la mano de Paula. "¡Nadie! Él no es nadie".

Sofia Green no dijo nada por un momento mientras miraba a Paula, sus sabios y profundos ojos marrones parecían ver el alma de su hija mientras la miraba con una ceja levantada.

—Mmm

—murmuró mientras la observaba con una mirada analítica durante un par de segundos antes de que su expresión se suavizara con una sonrisa

— Bueno, entonces, por favor, dile a ese «nadie» que a tu padre y a mí nos gustaría conocerlo.

Paula sintió que la sangre se le helaba en las venas. "¿Qué?"

—Ya conoces las reglas, Paula. Si hay alguien interesado en ti, a tu padre y a mí nos gustaría conocerlo.

—¡Pero si ni siquiera nos gustamos!

protestó Paula, pero su madre ya estaba saliendo por la puerta, ignorando las palabras de su hija.

"Puedes invitarlo a cenar esta noche", gritó mientras desaparecía de la vista, sus zapatos haciendo clic en el suelo mientras se alejaba.

Paula no hizo nada durante unos segundos hasta que de repente se tiró de nuevo a la cama, gimiendo en voz alta mientras le lanzaba a su hermana una mirada feroz. "¡Mira lo que has hecho, Rosa! ¡Mamá y papá quieren conocerlo ahora, y ni siquiera me gusta!", se lamentó, cubriéndose la cara con una almohada.

"Bueno, claramente le gustas, lo cual cumple uno de sus requisitos para conocerlo".

—No le gusto, sólo le gusta mi apariencia y me molesta, por lo que encuentra cualquier excusa para hacerlo. Hay una diferencia entre encontrar a alguien atractivo y realmente gustarle

—respondió ella, con la voz amortiguada por la almohada antes de gruñir y tirar la almohada a un lado

— ¿Por qué tienen que ser tan estrictos?

Era cierto. Aunque sus hijas ya eran mujeres adultas, Alejandro y Sofia Green seguían siendo muy estrictos en lo que se refiere al concepto de las citas, y su madre aún más. No se les permitía tener citas mientras estudiaban, y si había alguien que mostraba interés en ellas en años posteriores, entonces su mamá y su papá tendrían que conocerlo.

Paula nunca había necesitado que sus padres conocieran a nadie antes. Todos los hombres que habían mostrado interés en ella habían sido a través de reuniones relacionadas con el trabajo, lo que significaba que al menos su padre los conocía. Massimo Abruzzi era un completo desconocido, una señal de alerta instantánea para sus padres.

Por supuesto, tampoco podía culparlos. Había muchas personas falsas en el mundo y, como la familia Green era tan rica, cualquiera intentaría hacerse con su dinero mediante el concepto cliché del romance. Conocer a los padres desde el principio y saber que estarían vigilando a sus hijas generalmente hacía que esos hombres se echaran atrás al darse cuenta de que cortejar a sus hijas no sería tan fácil como pensaban.

—Seguro que no será tan malo

—intentó Rosa calmar a su angustiada hermana

— Sabes que ellos sólo se preocupan por tus intereses.

—Ya deberían confiar en mi criterio sobre el carácter

—suspiró Paula en respuesta mientras se tapaba los ojos con un brazo.

"Te sorprenderá lo fácil que es para alguien ocultar sus verdaderas intenciones".

El repentino tono sombrío en la voz de su hermana menor hizo que Paula levantara lentamente el brazo de sus ojos para mirarla. Una sombra de dolor se cernió sobre la expresión de Rosa mientras jugaba con la esquina de las páginas de la revista médica.

—¿Rosa?

—preguntó Paula, sacando a la hermana de su repentino estado de ánimo retraído.

La mujer más joven negó rápidamente con la cabeza y le ofreció a su hermana una sonrisa radiante. "De todos modos, creo que deberías invitarlo esta noche. Es posible que se den cuenta de algo que tú no ves, y es mejor ahora que más tarde, ¿no?"

—Supongo... Pero, Rosa, ¿qué quisiste decir con...?

—Oh, Dios mío. Mira la hora. Le prometí a Jason que lo ayudaría con Steele esta tarde

—dijo Rosa, saltando rápidamente de la cama y corriendo hacia su vestidor para agarrar sus botas de montar

— ¡Hasta luego, hermana, y no te olvides de llamarlo!

Paula observó la salida apresurada de su hermana, completamente desconcertada por el cambio repentino en su conversación. Sus cejas se hundieron lentamente y no pudo evitar tener la sensación de que su hermana le estaba ocultando algo.

¿Pero que?

Capitulo 10

Cuando Paula finalmente se armó de valor para llamar a Massimo, no estaba muy segura de cómo podría invitarlo sin que pareciera que sus padres lo iban a interrogar a fondo. No solo eso, sino que esperaba que no se equivocara al preguntarle si quería participar en un evento familiar.

Eso era algo que normalmente hacías con un novio con el que tenías una relación seria, y lo último que ella quería era que él pensara que le gustaba... porque ciertamente no era así.

Cuando finalmente lo llamó, se sorprendió mucho al ver que él aceptó su invitación. Si había algo en Massimo, era que siempre estaba lleno de sorpresas. Ellos solo habían hablado un par de veces, pero ahora él estaba más que dispuesto a conocer a sus padres.

¡Qué extraño era!

A medida que se acercaba la hora de la cena, Paula se encontraba sin saber qué ponerse. Estaba indecisa entre algo más formal o un vestido de verano holgado, pero cuando se encontró pensando en qué le quedaría mejor, rápidamente dejó a un lado ambos atuendos con el ceño fruncido y se decidió por un par de jeans, sandalias y una blusa veraniega.

Ella no tenía absolutamente ninguna razón para vestirse elegante para él.

Una vez que se peinó con un moño desordenado, se dirigió a la cocina para ver cómo les iba a los chefs. Como era una noche especial, Mademoiselle Fettuccine aceptó que Martin tomara las riendas del menú de la noche, ya que parecía que conocía todos los platos favoritos de Paula.

Sin embargo, eso no les impidió discutir sobre otros asuntos, y en ese momento estaban discutiendo sobre algún programa de cultura general que se estaba transmitiendo en el televisor ubicado contra una de las paredes de la cocina cuando Paula entró.

—¿Cuál era la pregunta de nuevo?

—preguntó Martin mientras picaba la cebolla.

"¿Cuántas vocales hay en la palabra mostrada?" respondió la pequeña chef poniendo los ojos en blanco mientras le daba los toques finales al pastel de cumpleaños.

—¡Ah, por qué no me lo dijiste! ¡Lo habría entendido en dos segundos!

—respondió Martin con un bufido.

Mademoiselle lo miró con una ceja plateada enarcada. "Esto viene de la persona que no sabía cómo se escribe 'cómo'. Ni siquiera sabes lo que son las vocales".

El gran chef se erizó ante sus palabras, y una expresión de indignación le hizo fruncir el ceño. "¡Claro que sí! Es a, e, i, o, u".

"Sí, y su restaurante estaba especialmente familiarizado con los tres últimos", fue su inteligente respuesta.

Martin, que todavía estaba ocupado cortando lo que necesitaba, se tomó un momento para registrar sus palabras. Pero cuando lo hizo, todo su cuerpo se tensó y golpeó el cuchillo contra la encimera con gran fuerza, agarrándolo con fuerza entre sus dedos. Respondió a sus palabras con

una risa falsa y una mirada asesina, su expresión decía claramente que le encantaría empalarla con el cuchillo que tenía en la mano.

—Buenas noches

—gritó Paula antes de que tales intenciones pudieran salir a la luz, y Martin se giró para mirarla antes de sonreírle radiante, y todos los signos previos de enojo se evaporaron en el aire.

—Ah, Paula, ¿cómo estás esta noche?

—le preguntó mientras se acercaba a ella y le besaba ambas mejillas.

"Me alegro de que sea viernes", respondió ella con una sonrisa.

Martin asintió con la cabeza antes de que un brillo centelleante se filtrara en sus ojos. "Bueno, he oído que esta noche viene alguien especial contigo".

Paula no pudo evitar sonrojarse de vergüenza y rápidamente sacudió la cabeza. "No, es solo un conocido mío a quien mamá y papá quieren conocer".

—Ah

—el chef hizo una pausa y un destello travieso iluminó sus ojos oscuros

— Bueno, sólo asegúrate de averiguar si tiene alguna ascendencia francesa. No te decepcionarás con él en las últimas horas del día. Los franceses son excelentes amantes.

—Hablas por ti mismo

—respondió Mademoiselle con un siseo sarcástico, desviando la atención del rostro rojo sangre de Paula.

—Es una verdad bien conocida, Danielle

—replicó Martin con una mirada mordaz.

Para no quedar en medio de lo que seguramente sería una discusión muy incómoda de presenciar, Paula salió rápidamente de la cocina y se metió en uno de los baños del primer piso para secarse las mejillas acaloradas con agua fría.

Las palabras del chef parecieron desviar sus pensamientos hacia un camino más destructivo y se preguntó cómo sería Massimo como amante. Sin duda era atractivo y carismático; sin duda había tenido una buena cantidad de mujeres a lo largo de los años. Sin mencionar la forma en que su mirada siempre parecía afectarla.

Paula salió de sus pensamientos y sacudió la cabeza rápidamente. ¿En qué estaba pensando?

"Sólo supera esta noche. No dejes que las insinuaciones de los demás alteren lo que realmente piensas de él", murmuró para sí misma mientras se pasaba una toalla fría y húmeda por sus mejillas aún sonRosadas.

Cuando estuvo satisfecha de haber controlado su expresión lo suficiente para no revelar sus pensamientos previos, salió del baño y encontró a su hermana bajando las escaleras hacia ella, vestida con un cómodo vestido de verano que resaltaba su esbelta figura. Sus cejas se hundieron en un pequeño ceño fruncido, la sensación en sus entrañas le decía que la mujer más joven definitivamente le estaba ocultando algo.

Pero ocultó sus pensamientos cuando Rosa sonrió radiante al verla y bajó corriendo las escaleras para pasar su brazo por el de su hermana. "No puedo esperar a conocer al hombre que te ha hecho perder la calma tantas veces", dijo con una sonrisa, lo que hizo que Paula pusiera los ojos en blanco.

—Por favor, no hagas un escándalo por esto. Ni siquiera quería que viniera, pero, sorprendentemente, aceptó.

—¿Y eso qué te dice?

—insinuó Rosa con una sonrisa traviesa.

"Que es más estúpido de lo que pensé inicialmente."

Rosa ignoró el comentario de su hermana y arrastró a la renuente mujer hacia el vestíbulo al oír el sonido de un vehículo que se acercaba. Paula hizo todo lo posible por mantener la calma, pero se maldijo mentalmente cuando sintió que el corazón se le aceleraba en el pecho y que las manos se le ponían un poco húmedas.

*"*No te atrevas a traicionarme otra vez, cuerpo*"*, pensó para sí misma mientras apretaba los puños y deseaba que los nervios se calmaran.

Se oyeron pasos detrás de ellos e Paula miró por encima del hombro para ver a sus padres entrar en el vestíbulo desde el salón. Su padre vestía un par de pantalones negros y una camisa azul, sin corbata a la vista, mientras que su esposa llevaba un sencillo vestido gris que resaltaba sus rasgos oscuros y su tono de piel cremoso.

Lesley abrió la puerta y todos salieron al exterior, donde vieron un coche deportivo caro aparcado frente a su casa. El aire de la tarde hizo que algunos mechones de su pelo oscuro revolotearan sobre su rostro y se los colocó detrás de la oreja mientras observaba al hombre salir del coche.

Parecía como si Paula le hubiera dicho a Massimo que se vistiera de manera informal. Verlo con un par de jeans oscuros y una camisa ajustada hizo que las entrañas de la mujer se apretaran y se agitaran de repente. Su cabello rubio estaba un poco erizado en comparación con su apariencia habitual, peinado hacia atrás, y parecía más joven con ese look. Su encantadora sonrisa hizo que sus piernas se sintieran un poco inestables a pesar de sus mejores esfuerzos.

Se obligó a moverse hacia él con sus piernas tembloRosas y le ofreció una pequeña sonrisa. "Hola", murmuró mientras lo alcanzaba.

Su mirada gélida, ahora de un profundo color cobalto debido a la luna naciente y al cielo oscurecido, se fijó en ella, y ella se reprendió internamente cuando sintió que su cuerpo se convertía en papilla mientras él le sonreía.

"Hola", respondió mientras tomaba algo de su auto antes de volverse para mirarla de nuevo. "Para la cumpleañera".

Paula sintió que su rostro se sonrojaba intensamente cuando él le ofreció un hermoso ramo de flores. El gesto hizo que el calor de su estómago se extendiera por el resto de su cuerpo y, de repente, se sintió doloRosamente tímida mientras aceptaba con delicadeza el regalo ofrecido.

"Gracias", susurró mientras miraba el arreglo de flores, tomándose un momento para respirar los deliciosos aromas antes de darse vuelta rápidamente para mirar a su familia, habiéndose olvidado

de que estaban allí. "Massimo, me gustaría que conozcas a mi hermana pequeña, Rosa, así como a mis padres, Alejandro y Sofia Green".

Rosa le ofreció una sonrisa amable mientras se acercaba a su hermana, y él le devolvió el gesto cortésmente mientras Alejandro ocultaba su mirada analítica sin esfuerzo mientras se acercaba al hombre y le ofrecía la mano.

—Es un placer conocerte, Massimo

—dijo, y el agarre de Paula se hizo más fuerte sobre las flores en sus manos mientras un firme apretón de manos pasaba entre ellos, su mirada se movía de un hombre a otro para encontrar cualquier indicio de hostilidad.

Pero Massimo sonrió con su habitual sonrisa encantadora. "El placer es todo mío, señor Green", respondió con su voz suave y carismática.

Alejandro asintió con la cabeza. "Y esta es mi esposa, Sofia", se presentó mientras miraba a la mujer que estaba a su lado. Sin embargo, sus cejas se alzaron un poco con sorpresa cuando notó su expresión. "¿Sofia?"

La preocupación en su voz hizo que todos se volvieran hacia la mujer mayor, y las facciones de Paula se curvaron en una mueca de preocupación cuando notó lo pálida que se puso de repente su madre, con los hombros rígidos y la espalda erguida.

"¿Mamá?" preguntó mientras daba un paso hacia ella y le tocaba suavemente el brazo.

Cualquier aturdimiento en el que se encontraba Sofia desapareció rápidamente con el toque, y le ofreció a su invitado una sonrisa educada, pero sus ojos no tenían su brillo amistoso habitual. "Lo siento. Me recordaste a alguien por un momento. Bienvenido, Massimo", dijo, pero la cautela era evidente en su tono a pesar de sus mejores intentos por ocultarla.

"Gracias por invitarme, señora Green."

Si Massimo se había sentido perturbado por la reacción de su madre, no lo demostró, e Paula soltó un pequeño suspiro que ni siquiera se dio cuenta que estaba conteniendo hasta que Alejandro les ofreció ir al salón a tomar una copa antes de que se sirviera la cena.

Después de las presentaciones iniciales, Paula caminó junto a Massimo hacia el salón mientras Rosa la guiaba. Pero no pudo evitar mirar por encima del hombro para ver la tez todavía pálida de su madre, observando a su padre envolverla suavemente con su brazo. Inclinó la cabeza y le susurró algo al oído, pero Sofia simplemente sacudió la cabeza y le apretó la mano antes de seguirlos, con los ojos concentrados en la espalda de Massimo.

El salón era una de las estancias de aspecto menos moderno de la mansión, compuesta por un suelo de moqueta gruesa, una chimenea y un cómodo salón. Paula agradeció a Lesley, que se había ofrecido a ir a poner el ramo de flores en un jarrón, y se sintió un poco tímida al sentarse al lado de Massimo mientras su hermana y su madre se sentaban frente a ellas.

Observó a su padre desviarse hacia el mueble bar y sacó una botella de vino tinto para servir una copa a cada uno. Podía sentir la mirada de su hermana sobre ella y se giró para mirarla, mirándola con enojo cuando notó el brillo burlón en los ojos de la mujer más joven mientras su mirada zafiro se movía entre ella y el hombre sentado a su lado con una sonrisa en los labios.

Sofia miró a su marido cuando él le ofreció un vaso de la sustancia roja antes de sujetar

suavemente el delicado tallo entre sus dedos. A ella nunca le gustaron las bebidas alcohólicas, pero sí tomaba alguna que otra copa de vino tinto cuando estaba en casa. Claramente, su marido pensaba que ella necesitaba calmarse un poco, y ella admitirá que ella también lo necesitaba.

Cuando Alejandro se acercó a ellos, Paula le sonrió y tomó con delicadeza uno de los vasos que le ofrecía, reclinándose en su asiento y bebiendo un sorbo rápido. Sus ojos oscuros se posaron en el hombre que estaba a su lado cuando notó que su espalda se tensaba un poco al ver la bebida, pero rápidamente se relajó y tomó un vaso propio, haciéndolo girar por un momento antes de beber un sorbo de prueba.

—Qué bonito coche tienes, Massimo

—comenzó Alejandro una vez que se sentó junto a su esposa y le pasó el brazo por los hombros, ofreciéndole un suave y alentador apretón mientras ella seguía mirando al hombre sentado junto a su hija con expresión impasible

— ¿Es el último modelo?

—Lo es

—respondió Massimo con una sonrisa mientras se acomodaba en su asiento, con expresión relajada nuevamente

— Veo que eres un entusiasta de los autos.

Alejandro se encogió de hombros. "Más cuando era más joven que ahora, pero aún me gusta ver qué nuevos diseños y características se les ocurren. Supongo que debes ganar un buen salario para poder permitírtelo. ¿A qué te dedicas?"

"Soy el director de relaciones públicas de Abruzzi Pharmaceuticals", respondió el hombre más joven, aparentemente imperturbable ante la mirada firme de Sofia.

Alejandro parpadeó sorprendido. "Impresionante. ¿Qué te hizo tomar ese camino?"

Ahora fue el turno de Massimo de encogerse de hombros: "Mi madre quería que me involucrara más en la empresa".

"¿Quién es tu madre?"

"Susana Abruzzi."

Eso despertó el interés de Sofia, que se sentó un poco más erguida en su asiento mientras observaba al hombre que estaba sentado junto a su hija, arqueando las cejas un poco sorprendidas. "¿Susana Abruzzi? No sabía que tenía un hijo".

La mirada gélida de Massimo se dirigió a la de ella, y la expresión de Paula se transformó en una mueca cuando vio que su madre bajaba instantáneamente la mirada y se acercaba más a su marido.

Paula sintió que el hombre que estaba a su lado vacilaba, al darse cuenta de la peculiar manera en que se comportaba su madre. "Mi madre es una persona muy reservada", respondió finalmente. "No le gusta que el público sepa demasiado sobre su vida privada".

"Debo decir que es impresionante todo lo que ha hecho por el mundo médico", dijo Rosa una vez que el silencio sonó demasiado fuerte en la habitación, desviando la atención de su madre.

Los ojos de Massimo se posaron en los de ella y asintió con la cabeza en señal de acuerdo. "Sí, bueno, ella era psiquiatra, pero odiaba que los medicamentos que administraba nunca parecieran tener un efecto significativo. Por eso, estudió más y logró crear su propia empresa con medicamentos que realmente marcaban una diferencia en la vida de sus pacientes".

Al oír sus palabras, Paula no pudo evitar mirar a Massimo con asombro. Aunque sabía que su madre era la fundadora de la empresa farmacéutica más grande del mundo, no tenía idea del motivo por el que la había fundado. No era de extrañar que su hermana tuviera esa mirada de admiración en su rostro. En cierto modo, ella y su madre tenían el mismo objetivo con la clínica: marcar una diferencia en el mundo.

……..

El aire de la noche de verano acariciaba los brazos descubiertos de Paula mientras paseaba por uno de los numerosos senderos sinuosos del jardín este de la finca. Los insectos nocturnos piaban y zumbaban en el jardín mientras los innumerables Rosales se bañaban con la suave luz de la luna y las lámparas de jardín que iluminaban los senderos.

"Este lugar es hermoso."

La mirada oscura de Paula se desvió hacia el hombre que caminaba a su lado. Massimo la había sorprendido una vez más esa noche. No había habido ni rastro del machismo que conoció en la primera cena. Había sido educado y respetuoso, no solo con su padre, sino también con su hermana y su madre. De hecho, apenas podía reconocer al hombre que caminaba a su lado, sin ninguna sonrisa burlona y segura de sí mismo a la vista.

"Este es el jardín favorito de mi madre", explicó mientras miraba a su alrededor, respirando los románticos aromas de las Rosas. "Le encanta la jardinería. La relaja. Por supuesto, no tiene tiempo para cuidar todas las plantas, por lo que tiene algunos jardineros que la ayudan, pero aprovecha cada oportunidad que tiene aquí".

Frunció el ceño al pensar en lo silenciosa que había estado la mujer durante toda la cena, ya que solo había hablado una vez. Aunque su madre era la más introvertida de toda la familia Green, solía ser un poco más habladora de lo que había sido esa noche. Y la forma en que había reaccionado ante Massimo... Algo no cuadraba en su mente.

—No la culpo. Es muy tranquilizador

—respondió Massimo mientras miraba a su alrededor con expresión caprichosa, sacando a Paula de sus pensamientos

— Ojalá mi madre tuviera jardines como este.

Paula arqueó las cejas y volvió a centrar su atención en el hombre que estaba a su lado.

—¿No es así?

No tenía ninguna duda de que la madre de Massimo también era extremadamente rica. Seguramente, se esforzaría por mantener el terreno impecable como sus padres. Aunque, a juzgar por el estado de la apariencia de su empresa, a su madre no le importaba demasiado la belleza. Y sus pensamientos se vieron confirmados por las palabras del hombre mientras negaba con la cabeza.

"No, de todos modos, pasa todo el tiempo en casa investigando. Dice que no tiene tiempo para

ideales materialistas triviales".

—Tener un jardín bonito no es materialista

—argumentó Paula al instante

— Sí, hay gente que se pasa con las fuentes y los cenadores, pero un jardín bien cuidado muestra el lado cariñoso de uno, lo que, en mi opinión, no es materialista en absoluto. No cuesta nada arrancar unas cuantas malas hierbas y rastrillar las hojas.

Los ojos helados de Massimo, que a la luz de la luna parecían del mismo tono zafiro que los de su hermana, se encontraron con los de ella mientras levantaba una ceja y una sonrisa se dibujaba en sus labios.

—Seguro que tienes opiniones firmes, ¿no?

Ella miró hacia el camino que había bajo sus zapatos mientras continuaban caminando, sintiendo un rubor en sus mejillas al ver la mirada cariñosa en sus ojos. "Solo digo lo que veo".

Massimo hizo una pausa y se giró para mirarla por completo, lo que hizo que ella también se detuviera para poder mirarlo a los ojos. "Y estoy seguro de que tienes una declaración que has aprendido al observarme, ¿verdad? Me encantaría escucharla".

Sus miradas se cruzaron en un choque de tonos chocolate cálido y azul frío, y un escalofrío recorrió la columna de Paula cuando lo miró. No había ni altivez ni burla en su mirada. Tenía genuina curiosidad. Ella frunció los labios mientras pensaba, pensando cuidadosamente sus palabras.

"Al principio sabía exactamente lo que pensaba de ti, pero ahora... no estoy tan segura", se encontró susurrando en respuesta.

Massimo se acercó un poco más para que el calor de su cuerpo acariciara suavemente su piel. "¿Cuándo estarás segura?", murmuró en voz baja, lo que provocó un repentino calor en su estómago.

—Te lo haré saber

—se encontró respondiendo en un tono suave, como si estuviera en trance ante sus ojos.

"¿Hay algo que pueda hacer para acelerar su llegada a una conclusión?"

"No... no lo sé. ¿Lo hay?"

Su respiración se atascó en su garganta cuando sus cálidas manos se adhirieron silenciosamente a sus caderas, atrayéndola suavemente para que se acercara a él mientras su rostro bajaba hacia el de ella, el aroma de su colonia invadía sus sentidos.

"Creo que sí."

Había una pista en su mirada, una promesa silenciosa mientras sus ojos se dirigían hacia sus labios, acercándose cada vez más, y su corazón instantáneamente latió con fuerza contra su caja torácica mientras sus ojos contemplaban su hermosa apariencia. Un temblor nervioso sacudió todo su ser cuando sintió un brazo envolver su cintura para atraerla hacia un pecho firme mientras su otra mano trazaba un camino destructivo por su columna hasta encontrar su hogar en su oscura masa de cabello. Sus dedos atravesaron los mechones de medianoche, liberándolos de sus ataduras para caer por su espalda, provocando y tirando hasta que su cuero cabelludo

hormigueó por la atención mientras su boca se acercaba a la de ella.

Paula no sabía qué le estaba pasando. Justo esa mañana él la estaba poniendo nerviosa, pero ahora... ahora estaba tentada de cerrar ese pequeño espacio entre ellos. Tal vez se debía a la copa de vino que había consumido antes, tal vez era el repentino cambio de personalidad que él parecía tener, o tal vez era el ambiente romántico en el que se encontraban actualmente.

Pero, por más que lo intentó, no pudo encontrar la fuerza para alejarse de él cuando sus labios finalmente descendieron sobre los de ella.

El beso fue un susurro, una caricia que lo puso a prueba, y el calor que sentía en el estómago se convirtió en un infierno por el contacto íntimo. Sus manos tenían voluntad propia cuando él empezó a apartarse y se aferraron a los mechones de pelo rubio de la nuca antes de atraerlo hacia ella.

El beso borró cualquier pensamiento de su mente cuando su brazo se apretó alrededor de su cintura, sus dedos amasando la curva del hueso de su cadera mientras la atacaba con sus labios.

Paula no tenía idea de lo que le pasó mientras sus labios se movían en una intrincada danza, sus dedos enredándose en su cabello, tirando y jugando con los suaves mechones, comportándose como si estuviera poseída. Nunca había sido una mujer que se dejara llevar por deseos como esos, pero, de nuevo... nunca había tenido motivos para hacerlo.

Pero el hecho de que fuera Massimo precisamente quien le provocaba emociones como esas la desconcertaba. Lo despreciaba y, sin embargo, su cuerpo la traicionaba cuando sus labios se abrieron con entusiasmo hacia su boca exigente y se rindieron a su exploración íntima.

Ella sabía que no debía hacer eso, sabía que no debía dejarse llevar por una tormenta de lujuria por un hombre que no le gustaba, pero tal vez... en algún momento, sí le gustaba.

Ella siempre había sabido que se sentía atraída por él, pero el hecho de que sus palabras tuvieran el poder de alterar su estado de ánimo con un chasquido de dedos le demostraba que sí le importaba, o al menos, la opinión que tenía de ella. Su reacción al ver que él la consideraba una solterona falsa y rica era prueba suficiente de ello: le había amargado el humor por completo. Y, sin embargo, si esas palabras hubieran venido de otra persona, se le habrían escapado como agua sobre grasa.

Los hábiles labios de Massimo continuaron acariciándola con una firmeza suave que le dejó las rodillas débiles, y se encontró teniendo que apoyarse en su cálido cuerpo para permanecer firme. Un suave estruendo vibró desde el fondo de su garganta mientras sus manos se deslizaban por su cintura hasta el dobladillo de su camisa, las frías yemas de sus dedos rozando su piel caliente mientras se adentraban con valentía debajo de la tela.

"Gruñona..."

El tono ronco de su voz hizo que las piernas de Paula temblaran cuando sus labios dejaron los de ella para trazar un camino destructivo a lo largo de su mandíbula y bajaron por la columna de su garganta mientras sus manos acariciaban la piel satinada de su cintura.

Le tomó un momento a sus acciones infiltrarse en su aturdimiento inducido por la lujuria, pero cuando lo hizo, ella inhaló una repentina bocanada de aire y al instante se apartó de su boca errante, colocando sus manos sobre su pecho en un intento de alejarlo de ella.

El repentino cambio de actitud tomó a Massimo por sorpresa, y parpadeó hacia ella confundido. "¿Qué pasa?", preguntó, con voz ronca y ojos todavía brillantes de ferviente deseo, pero Paula se negó a mirarlo a los ojos mientras se retorcía en sus brazos, tratando de escapar mientras un sentimiento de vergüenza la invadía.

Dos semanas había conocido a Massimo. Dos semanas ... Apenas sabía nada de él y, sin embargo, su cuerpo la había traicionado una vez más. No le gustaba. No podía. Él no había hecho nada para que ella lo quisiera. Todo lo que había hecho era provocarla y burlarse de ella; provocarla en cada oportunidad que tenía.

Sus hombros se encorvaron hacia adelante sin darse cuenta, sintiéndose avergonzada por cómo su cuerpo había reaccionado ante él de la manera más injustificada.

¿Qué le pasaba a ella?

—Gruñona, mírame

—la súplica de Massimo la obligó a abrir los ojos para mirarlo.

Él seguía respirando con dificultad, su cálido aliento acariciaba sus sensibles labios mientras sus ojos escrutaban su mirada en busca de cualquier indicio de sus pensamientos. Lo que ella esperaba de él era un comentario sarcástico sobre lo débil que era para resistir sus deseos femeninos de bloquear sus avances. Que era una chica ingenua por permitirse besar a un hombre al que solo conocía desde hacía quince días.

Eso era lo que ella esperaba, pero no fue lo que vio.

La preocupación hizo que su mirada se suavizara y su mano se extendió suavemente para acariciar su mejilla, sus dedos dejando una sensación de hormigueo a su paso. "Háblame, Gruñonaa".

Ella quería hablar, pero su lengua parecía no existir, su cerebro estaba hecho un desastre, tratando de encontrar una explicación lógica para lo que acababa de ocurrir. Se tragó el nudo repentino que se le formó en la garganta, sacudió la cabeza e intentó alejarse de él.

Al principio parecía que iba a impedirle que escapara, pero luego sus brazos se soltaron de su cintura. Pero en el momento en que la vio darse vuelta, inmediatamente la agarró del brazo.

"Espera", le suplicó, pero ella logró evadir su agarre y huyó a la seguridad de su casa.

Capitulo 11

Sofia Green jadeó mientras se sentaba de un salto, con el corazón latiendo frenéticamente contra su pecho y la garganta contrayéndose doloRosamente. El sudor le cubría la frente y sus dedos temblaban mientras los pasaba por su cabello color chocolate oscuro.

—¿Sofia?

—escuchó murmurar a su lado la voz medio dormida pero preocupada de su marido mientras se movía en la cama para sentarse a su lado, con el pelo oscuro erizado en ángulos extraños debido al sueño

—¿Qué sucede?

Sofia tragó saliva con fuerza y sacudió la cabeza, cerrando los ojos para intentar calmarse con respiraciones lentas y profundas. Un momento después sintió que los brazos de Alejandro la rodeaban y la instaron a recostarse, murmurándole palabras suaves mientras le acariciaba el cabello.

—Está bien. Fue solo un sueño

—susurró mientras pasaba la mano de arriba a abajo por su espalda desnuda en un esfuerzo por calmarla.

Sofia asintió, absorbiendo su consuelo como una esponja mientras apoyaba la frente en su hombro. No era frecuente que tuviera pesadillas, pero aparecían de vez en cuando. Una respiración tembloRosa salió de sus labios cuando sintió que su esposo comenzaba a dejarle pequeños besos a lo largo del cuello, sus fuertes brazos la envolvían protectoramente mientras la apretaba contra sí.

Aunque Alejandro no estaba tan definido en términos musculares como cuando era más joven, la fuerza de sus brazos y sus poderosos hombros todavía se sentían como un capullo cálido y protector para ella, haciéndola sentir siempre segura.

"¿Estás bien? ¿Necesitas algo?", preguntó después de un rato mientras la miraba, sus rasgos apenas iluminados por la luz de la luna que se filtraba a través de las cortinas mientras estiraban la mano para acariciar su mejilla.

—Estoy bien

—susurró

— Gracias.

Alejandro le respondió con un suave beso en los labios antes de acomodarla de modo que su espalda quedara presionada contra su pecho, y con un brazo enroscó su estómago mientras con la otra mano comenzaba a acariciarle el muslo. Permanecieron en silencio por un rato, mientras Sofia se perdía en sus pensamientos como solía hacer.

Él respiró profundamente, llenando sus pulmones con el aroma de su piel limpia mientras continuaba su suave caricia en su muslo mientras su otro brazo la sostenía cerca, saboreando la sensación de su piel suave y cálida contra la suya.

—Tenía intención de preguntarte por qué reaccionaste como lo hiciste en la cena de esta noche

—dijo finalmente en voz baja.

Sofia se movió y dejó escapar un profundo suspiro.

—Massimo... me recordó a alguien, eso es todo.

—¿Quién?

—Cuando ella no respondió, Alejandro suspiró

— Sofia, háblame, por favor.

Ella negó con la cabeza, forzando una sonrisa en su rostro mientras lo miraba por encima del hombro. "No, no te preocupes. Ya lo he pensado y probablemente estoy siendo demasiado paranoica, como siempre. Ya sabes cómo me pongo con las chicas cuando alguien se interesa por ellas".

—Oh, lo sé, mi pequeña y feroz mamá osa, y te adoro por eso

—respondió Alejandro con voz gutural mientras comenzaba a dejar besos prolongados en su hombro.

Sofia sonrió mientras disfrutaba del contacto de su marido. Eran momentos como esos en los que no podía creer que hubiera tenido tanta suerte. Él realmente era el hombre perfecto para ella, y uno de sus mayores temores era que sus hijas terminaran con hombres que no eran perfectos para ellas, que solo querían usarlas por su dinero o su cuerpo.

Era algo que Sofia les había inculcado desde el momento en que empezaron a fijarse en los chicos: nunca debían sentirse presionadas a entregarse de ninguna manera a un hombre, sin importar las palabras que les dijera. Sofia podía decirles por experiencia propia que, si un hombre las amaba lo suficiente, esperaría todo el tiempo que fuera necesario. Ella lo sabía porque su propio pobre esposo tuvo que esperar hasta que pasaron dos años de matrimonio para que ella se entregara a él por completo.

No lo hizo intencionalmente, pero nunca tuvo la mejor de las infancias y eso afectó su vida muchos años después. Cada vez que las cosas empezaban a ponerse un poco sensuales entre ellos, su cuerpo se congelaba y su mente se quedaba en blanco; un mecanismo de defensa que había usado a menudo cuando era pequeña.

Por supuesto, ella no quería ser así. Quería tratar bien a su marido y no hacerle sentir mal en ciertas áreas, pero no lograba quitarle ese hábito a su cuerpo. La frustraba muchísimo y, a veces, terminaba llorando de frustración. Pero Alejandro nunca la obligó a ir más allá de lo que podía soportar y ella lo amaba aún más por eso.

Y precisamente por eso les dijo a sus hijas que esperaran hasta el matrimonio, que no se dejaran vencer por el primer hombre que le susurrara palabras dulces al oído. Un hombre que te ama de verdad esperará hasta que estés preparada. Y si la idea del matrimonio le asustaba, entonces ciertamente no merecía nada más, porque eso solo demostraba que en realidad no la amaba. Si la amaba, estaría dispuesto a pasar el resto de su vida con ella.

Por supuesto, eso no les daba a sus hijas ningún derecho a comportarse como coquetas, poniendo a prueba constantemente la moderación de un hombre. Eso ella no lo toleraría.

—Estás perdida otra vez en tus pensamientos, querida

—murmuró Alejandro mientras le acariciaba la nuca

— ¿En qué estás pensando?

Sofia sonrió mientras se daba la vuelta para mirarlo y le rodeó el cuello con los brazos antes de darle un beso sugerente en los labios. "Solo estoy pensando en lo mucho que te amo".

Sus dientes eran como perlas a la luz de la luna mientras la movía suavemente hacia la espalda y se cernía sobre ella, sonriéndole. "¿Y cuánto es eso?"

"Más de lo que las palabras podrían explicar", susurró antes de atraerlo hacia ella para que sus labios se encontraran una vez más.

-

Los rayos del sol matutino iluminaron lentamente la habitación de Paula mientras ella seguía mirando el techo de su dormitorio. No había pegado ojo la noche anterior, su mente estaba tan agitada que no pudo dormir.

Todavía no podía creer lo que había hecho la noche anterior. La vergüenza y la culpa la desgarraban por dentro y un gemido bajo escapó de sus labios cuando se giró de lado. Su mirada oscura captó inmediatamente el ramo de hermosas flores en un jarrón sobre su escritorio.

Un profundo suspiro salió de sus labios. Ella sería honesta al decir que no le había sorprendido el hecho de que Massimo la hubiera besado. Le sorprendió más su propia reacción al beso.

Massimo siempre había dejado en claro que la encontraba atractiva por la forma en que constantemente invadía su espacio e intentaba cualquier forma de contacto, pero besar a alguien después de conocerlo solo por dos semanas no era algo que ella hiciera; no lo conocía lo suficiente como para hacer eso.

Sí, dos semanas pueden parecer mucho tiempo, teniendo en cuenta que algunas mujeres conocen a un hombre en un club y se acuestan con él en menos de una hora. Pero no fue así como Paula fue criada, le enseñaron que su cuerpo era un tesoro destinado solo para su esposo algún día.

"La vida está llena de remordimientos y tribulaciones", le dijo su madre una vez cuando su hija mayor era adolescente. "No añadas a eso el remordimiento autoinfligido de no haber esperado al hombre adecuado, el que te esperará por una eternidad para estar listo porque te ama demasiado como para obligarte. Cualquier hombre que te obliga, que intenta seducirte, que no está dispuesto a esperar... No te ama, no importa lo que diga. Las acciones siempre hablan más que las palabras".

Las palabras de su madre y las propias acciones de Paula fueron la receta perfecta para una noche de insomnio. Se había dado vueltas en la cama antes de llegar a una conclusión sobre por qué había actuado tan apresuradamente. El hecho de que nunca antes hubiera estado en una relación fue definitivamente un factor, y Massimo resultó ser el primer hombre que realmente la hizo reaccionar ante sus cualidades masculinas.

Tenía veintisiete años y nunca había tenido novio.

Era inevitable que cometiera un error en algún momento del proceso.

Y eso la hizo creer que el beso que compartieron había sido puramente resultado de la lujuria

básica. Eso y que también pudo haber sido arrastrada en el momento en que caminaba en un jardín romántico con un hombre atractivo.

A ella no le gustaba Massimo, lo conocía demasiado poco para eso. Así que el beso fue sólo a nivel físico. No significó nada más que eso, aunque la forma en que su corazón latía contra sus costillas y el hormigueo en sus labios al recordarlo suplicaban que no estuviera de acuerdo, y ella sólo esperaba que Massimo tampoco pensara eso.

Ella no quería engañarlo.

Eso fue lo que realmente le robó el sueño la noche anterior. ¿Cómo se suponía que debía enfrentarlo después de huir de él de esa manera? Si de alguna manera había cambiado su opinión de que no era una mujer de pleno derecho, ciertamente no pensaba lo mismo ahora cuando huyó después del más mínimo susto. Debería haberse quedado allí y haber hablado con él sobre lo que había sucedido.

Pero no. Ella solo tuvo que acobardarse y correr a la seguridad de su habitación mientras que él no tuvo más opción que abrirse paso por la casa para llegar a su auto como un colegial al que habían pillado con los pantalones bajados.

Un gemido bajo se escapó de los labios de Paula mientras se sentaba en la cama y se pasaba los dedos por el pelo antes de hacer una mueca de dolor al desenredarse un moño. Desafortunadamente, era sábado, lo que significaba que no necesitaba ir a la oficina. Era una lástima porque realmente le habría venido bien sumergirse en su trabajo en ese momento para ahogar sus pensamientos.

Paula decidió hacer algo para no volverse loca por el torbellino de sus pensamientos, así que tiró la colcha a un lado y se puso de pie. El aire frío le acarició la piel mientras se quitaba el pijama y se ponía ropa cómoda para estar en casa antes de dirigirse a la cocina a buscar una taza de café.

Antes de acercarse al arco que conducía a la cocina, pudo oír el sonido, ahora familiar, de voces que discutían y debería haber sabido que no tendría la paz que deseaba. Pero, al mismo tiempo, sería una distracción bienvenida.

Al entrar a la cocina, se giró y vio a los dos chefs franceses discutiendo sobre recetas mientras sostenían un bolígrafo con un trozo de papel entre ellos.

"Buenos días", los saludó Paula mientras se dirigía a la máquina de café, y la discusión cesó instantáneamente cuando Martin saltó hacia ella.

—Belle, ¡necesito urgentemente tu ayuda!

—gritó mientras la rodeaba con sus brazos, casi haciendo que derramara su café en el proceso cuando chocó contra ella

— Danielle se niega a permitir que ninguno de mis platos esté en el menú para el aniversario de tus padres. Dile que esta familia adora mi comida. ¡Por favor!

Paula parpadeó sorprendida mientras el rechoncho chef la apretaba con fuerza, casi cayendo de rodillas ante ella.

"No tenía sentido contratarme si no iban a prepararme ninguna comida", argumentó Danielle Fettuccine, con las manos en las caderas. " Mademoiselle Paula es más que bienvenida a probar los platos que he planeado para ver si son suficientes".

—¡No!

—Martin se puso furioso al instante, casi apretando a Paula contra su pecho y acariciando su cabello

— Ella es mi pequeña crítica. ¡Vete!

Paula no pudo evitar sacudir la cabeza mientras una pequeña sonrisa tiraba de sus labios debido al control casi posesivo que el anciano chef tenía sobre su cuerpo.

—¿Qué te parece esto?

—empezó a decir ella, intentando disimular un silbido cuando él la apretó más contra su cuerpo regordete

— ¿Por qué no pruebo cada uno de los platos que quieres poner en el menú y te digo cuáles prefiero y cuáles no? ¿Hmm?

Las cejas plateadas de Fettuccine se fruncieron. "¿No vas a tener prejuicios hacia él? mademoiselle ", preguntó, señalando al hombre que se aferraba a la joven como un mono bebé a su madre.

"Mis papilas gustativas permanecerán completamente imparciales, te lo aseguro. Pero, si quieres, puedo sentarme en el comedor y Lesley puede traerme cada muestra. De esa manera no sabré quién hizo qué. ¿Trato hecho?"

Los chefs se miraron entre sí, e Paula dio un suspiro de alivio cuando Martin finalmente soltó su agarre mortal sobre su cuerpo.

"Okay trato hecho."

……

"¿Dónde estás, Bella?"

La voz burlona de Martin empujó los pies de Paula más rápido mientras se aferraba a su estómago, su expresión se volvió de un tono verde antinatural mientras corría por el pasillo, sus pasos golpeando contra el frío piso de madera.

Sin embargo, con la velocidad a la que iba, no tuvo tiempo suficiente para detenerse cuando Rosa salió de su habitación al oír la conmoción, y chocaron entre sí, enviándolos a ambos al suelo.

—¡Ay! ¿qué estás...?

"¡Linda!"

La voz fuerte de Martin resonando desde la escalera la interrumpió, e Paula miró a su hermana pequeña con miedo en sus ojos. "No estoy aquí", susurró en un estado frenético mientras se ponía de pie de un salto y corría hacia la habitación, dirigiéndose directamente al armario de su hermana.

Rosa apenas tuvo tiempo de darse cuenta de lo que estaba pasando antes de que la puerta de su armario se cerrara y Martin llegara caminando por el pasillo, con uno de sus platos gourmet en la mano. Frunció el ceño al ver a la hermana equivocada. "Oh, Rosa. ¿Sabes dónde está tu

hermana?"

La joven cirujana estaba a punto de responder cuando recordó las palabras de su hermana junto con la tez verdosa de su rostro. Sus ojos color zafiro se movieron hacia abajo para mirar el plato humeante en la mano de Martin, mientras las piezas encajaban en su mente.

-No lo sé, Martin.

El gran chef chasqueó la lengua y se giró para bajar las escaleras, llamando a Paula en el camino.

Solo cuando ya no lo veía, Rosa se dirigió hacia su armario y abrió lentamente la puerta. Su mirada se dirigió hacia abajo para ver a su hermana tendida en el suelo, sosteniendo una mano sobre su vientre no tan plano mientras la otra se tapaba la boca.

"¿Estás bien?" preguntó mientras se apoyaba contra el marco de la puerta y cruzaba los brazos sobre el pecho.

Paula simplemente sacudió la cabeza y gimió mientras su estómago se retorcía por todos los alimentos diferentes y ricos que había comido. "Nunca volveré a criticar la comida durante tantas horas".

…….

Rosa no pudo contener la sonrisa en su rostro después de haberle contado a Jason los acontecimientos de la mañana. Aunque en realidad no debería reírse del dolor de su hermana, no pudo evitarlo.

"Sinceramente, no creo que quiera comer durante el resto del fin de semana por lo mal que se veía", dijo mientras se reía entre dientes, mirando al hombre frente a ella abrochar la cincha de Steele.

A menudo salían a montar juntos los fines de semana, y Jason usaba ese tiempo para montar algunos de los caballos más asustadizos para que se acostumbraran a ver paisajes diferentes mientras estaban en presencia de un caballo más tranquilo y seguro, que a menudo era el semental de Rosa, Chester.

Jason ha estado montando a Steele durante unos días, pero solo en las arenas. Quería ver cómo le iría ahora al aire libre y Rosa estaba más que feliz de ayudar.

Pero mientras ella seguía hablando de su hermana, la mente de Jason no pudo evitar recordar una conversación que había tenido con Damian hacía unas semanas, sobre cómo el joven pensaba que la señora Green no era su verdadera madre. Trató de dejar de lado la curiosidad lo más que pudo, pero ahora, mientras ella hablaba con tanta libertad sobre su familia y lo emocionada que estaba por la próxima celebración del aniversario de sus padres, no pudo evitar sentir curiosidad por saber más.

—Entonces, ¿tus padres los tuvieron a ustedes dos antes de casarse?

—preguntó cuando se quedaron en silencio. Los ojos zafiro de Rosa se encontraron con su mirada morena, y él rápidamente apartó la mirada mientras el calor le sonrojaba las mejillas

— Lo siento, no era mi intención entrometerme.

—No, está bien

—lo tranquilizó con una de sus impresionantes sonrisas mientras ajustaba la silla de montar en el

lomo de su semental

— Bueno, en cierto modo supongo que se podría decir eso. Nacimos antes de que se casaran, pero Sofia en realidad no es mi madre.

Eso hizo que Jason se detuviera en su trabajo y se giró para mirarla con una ceja arqueada. Rosa se rió entre dientes mientras jugaba con las puntas de su cola de caballo. "Sofia es en realidad mi madrastra. Mi padre estuvo casado una vez antes, y yo nací de ese matrimonio. No duró mucho; se divorciaron porque ella lo engañó. Cuando mi niñera se jubiló, mi padre necesitaba a alguien más que me cuidara, así que le ofreció el puesto a Sofia. Ella aceptó y eso fue todo. Pronto tuve una madrastra".

—¿Y la señorita Paula?

—preguntó Jason

— ¿Cómo encaja ella en todo esto?

"Paula es en realidad la sobrina de Sofia". Al ver la expresión de asombro de Jason llena de preguntas no formuladas, continuó: "Al igual que mi propia madre, la madre de Paula la abandonó en la puerta de su tía cuando aún era una niña".

Jason asintió con la cabeza, su mente dando vueltas ante las revelaciones. "Nunca hubiera imaginado que la señora Green era tu madrastra".

—No, no

—dijo

— Nunca me he referido a ella así. Ha sido y siempre será mi madre. Me ha enseñado mucho, y no sólo en el sentido de la medicina. Me estremezco al pensar cómo habría sido si mi padre todavía estuviera casado con su primera esposa. El hecho de que ella esté en su sexto matrimonio demuestra que no se toma demasiado en serio los lazos familiares.

"¿La ves alguna vez?" preguntó frunciendo el ceño.

—Sólo en alguna que otra función

—dijo Rosa, y una risa sin humor resonó entre ellas mientras sacudía la cabeza

— Simplemente finge que ni siquiera sabe quién soy.

"Lamento oír eso", respondió con expresión seria, mientras el misterio de la familia Green se disipaba un poco.

Nunca hubiera pensado que la Sra. Green no era la madre biológica de ninguna de sus hijas, considerando lo protectora que era con ellas, pero ahora tenía sentido por qué ella y su esposo solo estaban celebrando su vigésimo aniversario mientras que sus hijas tenían más de veinticinco.

"No te preocupes. Prefiero a Sofia como madre antes que a esa falsa fulana cualquier día. No me importa".

A pesar de sus palabras de convicción, Jason todavía notaba una tristeza latente en sus ojos y en la forma en que sus dedos agarraban con fuerza el asiento de cuero de la silla de montar. Su

expresión se suavizó con empatía. Aunque no renunciaría a la señora Green como su madre por nada del mundo, a veces todavía debía doler saber que a la mujer que te dio a luz no le importaba en lo más mínimo tu existencia. Sin duda había dejado una cicatriz, sin importar lo que la señora Green hiciera para curarla.

El pensamiento de su tristeza le provocó la repentina necesidad de envolverla en sus brazos, tal como había hecho aquella noche en los establos. Pero cuando sintió que su cuerpo se calentaba ante el pensamiento, apartó rápidamente la mirada y tragó saliva con fuerza para deshacerse de los recuerdos de su suave cuerpo rozando el suyo, la sensación de la tela de satén de su camisón bajo sus manos callosas, el beso...

Jason estaba tan ocupado intentando sacarse esos pensamientos de la cabeza que no se dio cuenta de que un coche se acercaba por la entrada hasta que escuchó el rugido de un motor. Levantó la vista y vio un Bentley plateado que pasaba rápidamente por la fuente antes de detenerse frente a ellos.

—Oh, no

—murmuró Rosa en voz baja cuando la puerta del conductor se abrió y un hombre de cabello castaño salió del auto, con una sonrisa encantadora en su rostro impecable y bien afeitado mientras sus ojos color jade se fijaban en la mujer parada junto a su semental negro.

Jason no pudo evitar apretar los dientes con fastidio. Nunca le había gustado el hombre de los trajes a medida y la fuerte colonia que se podía oler a kilómetros de distancia. Steele resopló a su lado, con las fosas nasales temblando como si estuviera de acuerdo con los pensamientos de su jinete.

Durante los ocho años que llevaba trabajando en la finca, Jason había llegado a saber que a Rosa tampoco le gustaban las insinuaciones del hombre, y que a menudo se retiraba a los establos para trabajar junto a él hasta que los invitados se iban. Trató de luchar contra el placer secreto que sentía al saber que ella acudía a él, un humilde mozo de cuadra, en busca de protección contra el hombre rico, que era hijo de amigos muy cercanos del señor y la señora Green.

Aunque suponía que no podía tener nada contra ese hombre, además del hecho de que era un idiota enamorado y malcriado.

Pero a pesar de sus propios sentimientos hacia él, la señora Green claramente confiaba en el hombre. Estaba segura de que, si ella tenía el más mínimo atisbo de duda sobre su carácter, nunca dejaría que el hombre se acercara a su hija; y mucho menos permitiría que la cortejara.

Si la señora Green confiaba en él, entonces Jason (aunque a regañadientes) también lo hacía.

Sin embargo, a pesar de todo, Rosa no tenía ni la más mínima intención de corresponder al afecto del hombre. Esto quedó claro por la forma en que apretó las riendas y la forma en que sus hombros se tensaron cuando el hombre en cuestión se acercó a ellas.

Jason a veces se preguntaba si eso tenía algo que ver con el secreto que ella mantenía tan herméticamente cerrado. No había vivido en la finca el tiempo suficiente como para ver cómo era ella con el hombre antes del incidente, pero sí se dio cuenta de que las acciones del hombre se estaban volviendo mucho más obvias y decididas con el paso de los años en sus intentos de capturar su corazón. Llegando tan lejos como para ir a verla a veces a los establos si no la había visto en la casa solo para saludarla.

Al menos fue persistente.

"Buenos días, Rosa", la saludó el hombre con una sonrisa encantadora, sus ojos color jade recorriendo su figura por un momento en señal de apreciación, y Jason tuvo que reprimir el repentino impulso de empujarla detrás de él y fuera de la vista del hombre.

Pero no le correspondía hacerlo, así que no tuvo más opción que observar a Rosa moverse incómoda antes de finalmente encontrarse con la mirada del hombre. "Buenos días, Liam. ¿Qué estás haciendo aquí?"

Su brillante sonrisa casi cegó a Jason. "Mi papá está en Nueva York para una reunión de negocios, así que decidí pasar a visitarlo. ¿Cómo estás?"

"Es un camino muy largo para una visita rápida", respondió Rosa, evadiendo su pregunta cuando era evidente que no estaba lidiando bien con su presencia y, por lo tanto, no se sentía bien en ese momento.

Liam se encogió de hombros y sonrió. "Bueno, preferiría estar contigo que mirar ropa con mi madre todo el día", hizo una pausa mientras un escalofrío le recorría el cuerpo. "Esa mujer está loca con la cantidad de tiempo que pasa en las tiendas".

"Oye, no vayas a odiar a mi tía Heather. Es una mujer muy agradable y una de las mejores amigas de mi madre".

—Supongo. Entonces, ¿qué estás haciendo ahora?

—preguntó Liam mientras se acercaba a ella, lanzando una mirada cautelosa al animal que estaba a su lado, pero arriesgándose a invadir la burbuja personal que Jason sabía que ella se tomaba en serio.

Como esperaba, Rosa dio un paso atrás para mantener la distancia, pero intentó hacerlo parecer natural fingiendo comprobar la circunferencia de Chester.

"Jason y yo estábamos a punto de dar un paseo", respondió ella, sus mejillas se sonrojaron de ese suave Rosa que siempre hacía que el pecho de Jason se sintiera más ligero.

—¿Jason? ¿Quién es ese?

—El dejo de celos en su voz hizo que el otro hombre se tensara al instante.

—Ese sería yo

—respondió con tono firme, cuadrando los hombros y mirando fijamente al hombre vestido de Armani.

Liam lo miró fijamente por un momento, bajó la mirada para fijarse en su camisa, sus Levi's y sus botas polvorientas. Los celos se evaporaron de sus ojos y sus hombros se relajaron, sin ver ninguna amenaza.

"Oh."

Su reacción hizo que el ojo de Jason se contrajera, pero se negó a reaccionar más que eso.

Los ojos del invitado inesperado brillaron de repente de emoción y se volvió para mirar a Rosa, que se había perdido el silencioso enfrentamiento entre los hombres porque les estaba dando la

espalda mientras revisaba el aparejo de su semental. "¿Puedo ir a montar también?"

Sus dedos se detuvieron y miró por encima del hombro para observarlo con cautela. "No sabía que pudieras montar".

Liam se encogió de hombros. "¿Qué tan difícil puede ser? Yo montaré ese", dijo señalando al semental gris que estaba de pie junto al mozo.

Jason apretó de inmediato las riendas de Steele. "No lo recomendaría", dijo con tono de advertencia y observó a Liam agitar una mano en el aire con desdén.

"Tonterías. Dámelo."

Los ojos de Rosa se abrieron de golpe, alarmada.

—Liam, ese semental es...

Sus palabras quedaron atrapadas en su garganta cuando una mano cálida de repente rodeó su muñeca y miró a Jason con una mezcla de sorpresa e inquietud.

—Está bien

—respondió Jason, dándole a Rosa un pequeño asentimiento en afirmación mientras lentamente liberaba su muñeca de su agarre y se giraba para mirar a Liam, cuya mirada permaneció donde la mano de Jason había estado sobre la piel de Rosa, sus labios apretándose en una delgada línea.

—¿Necesitas un cambio de ropa, Liam?

—preguntó Rosa, y los ojos jade del hombre se encontraron con los de ella antes de negar con la cabeza.

-No, estaré bien con mi traje.

Rosa también quiso rebatir ese hecho, sabiendo que el traje no evitaría que los estribos le pellizcaran las piernas, pero lo pensó mejor.

—Muy bien, puedes tomar este caballo mientras voy a buscar otro

—respondió Jason, entregándole las riendas a Liam.

"¿Por qué molestarse? Rosa y yo estaremos bien por nuestra cuenta", replicó Liam, mirando con enojo la figura de Jason que se alejaba y que cubría el suelo con pasos largos y uniformes, frunciendo el ceño mientras observaba a la mujer a su lado mirar fijamente la espalda del novio.

Una conversación incómoda se desarrolló entre un Liam demasiado ansioso y una Rosa muy indecisa durante unos minutos, y la mujer no pudo evitar dar un suspiro de alivio cuando vio a Jason regresar con uno de los caballos de rescate más tranquilos que pronto estarían a la venta.

Se acercó a Rosa y se ofreció a ayudarla a montar su semental, pero Liam lo interceptó rápidamente. "Yo lo haré. Tú sostenlo", le ordenó con brusquedad y le arrojó las riendas de Steele a Jason, con un ceño fruncido que estropeaba sus bonitas facciones mientras su agitación crecía ante la presencia del hombre y cómo parecía captar la atención de Rosa.

Rosa dudó cuando Liam se acercó a ella y su semental se movió nervioso al percibir la inquietud de su jinete. De mala gana, levantó la pierna izquierda para que él pudiera rodearle el tobillo y el pie con las manos.

—Uno, dos, tres

—dijo y la levantó, pero empleó demasiada fuerza para levantarla y Rosa chilló cuando casi se cayó del otro lado antes de que rápidamente lograra estabilizarse y colocar sus pies enfundados en botas en los estribos, con las mejillas sonrojadas.

No pudo evitar pensar en lo fácil que era con Jason, en cómo él sabía exactamente cuánta fuerza usar. Desechó la comparación mientras recogía las riendas en sus manos, sin mirar a ninguno de los hombres a los ojos.

Jason puso los ojos en blanco mientras montaba su propio caballo, molesto por la forma en que Liam había exagerado tanto con el levantamiento para demostrar su fuerza. Pero, como siempre, no le correspondía a él señalarle eso a la hija de su empleador, pero se tomó muy en serio ver al chico de la ciudad intentar subirse a Steele.

—El pie izquierdo está en el lado izquierdo del caballo, Liam

—corrigió Rosa cuando vio al hombre torpemente, con la confusión grabada en su frente.

Steele no se lo estaba poniendo más fácil, arrastrándose y dando pasos a un lado constantemente, obligando al hombre a saltar sobre un pie detrás de él, ya que el otro ya estaba en el estribo. Un fuerte tirón en la boca hizo que Steele permaneciera de pie, pero sus orejas se movieron ligeramente hacia atrás y su cola se agitó de un lado a otro en agitación.

Rosa vio esto y miró a Jason alarmada, y su mirada entrecerrada le hizo saber que él también lo había visto.

Finalmente, Liam montó con éxito al semental gris y exhaló un suspiro de satisfacción mientras se acomodaba en la silla. "¿Ves? Fácil", sonrió mientras miraba a Rosa.

—Vamos, vámonos

—murmuró Jason mientras giraba su caballo y lo instaba a seguir adelante.

Cuanto antes terminen este viaje, mejor.

Capitulo 12

Había muchos senderos diferentes que recorrían la finca, algunos conducían a las colinas mientras que otros atravesaban prados largos y abiertos. Pero el que el grupo de jinetes decidió seguir serpenteaba junto a un río que atravesaba la finca.

Cuando llega la temporada de tormentas, las aguas tranquilas dan paso a un torrente impetuoso. Pero en ese momento, no era más que un arroyo inofensivo. Los suaves sonidos del agua en movimiento, así como el tranquilo trino de los pájaros, eran un acompañamiento natural para el ritmo constante de los cascos de los caballos.

Pero, aunque se suponía que el paseo iba a ser un momento de calma para contemplar la belleza de la naturaleza, a Jason le resultaba cada vez más difícil concentrarse en el vibrante paisaje que lo rodeaba. En cambio, observaba a los dos ciclistas que avanzaban uno al lado del otro por la carretera frente a él.

Por más que intentaba disimularlo, la presencia de Liam lo iba poniendo cada vez más nervioso. Siempre apreciaba los paseos a caballo de los sábados por la mañana con Rosa, el único momento en el que podían pasar tiempo a solas sin el riesgo de que alguien interrumpiera sus conversaciones. Aunque nunca decía mucho, le encantaba oír su voz.

Por supuesto, Rosa no sabía cuánto esperaba con ilusión esas mañanas, y no tenía ningún derecho a irritarse porque alguien se uniera a ellas, pero no podía evitarlo.

Este era *su* momento juntos, y ahora él estaba relegado a un segundo plano, incapaz de hacer nada más que mirar a Liam continuar hablando y coqueteando con la belleza a su lado.

Jason apretó los labios formando una línea sombría y miró hacia un lado cuando notó que Liam extendía la mano para tocarle el brazo. Hizo todo lo posible por ignorar el dolor agudo que resonaba en su pecho al pensar que el hombre que tenía delante podía ser tan abierto sobre sus sentimientos mientras que él mismo no podía.

No sólo era inapropiado tener sentimientos por ella porque era el empleado de su madre, sino también porque era más seguro para Rosa que lo tuviera.

Era un presagio ambulante para todos sus seres queridos, algo que había aprendido a las malas años atrás.

Al final, el camino dio paso a una pradera larga y abierta que discurría junto al río. Bordeada de nogales de distintas clases, era uno de los lugares favoritos de Rosa. A menudo le traía recuerdos de su infancia despreocupada, cuando ella y su familia hacían picnics bajo la sombra de las hojas y recogían todos los frutos secos que podían llevar en los bolsillos.

Pero ahora era un lugar donde Jason y Rosa solían dejar que sus caballos se estiraran para galopar. Chester parecía recordarlo, ya que su cuello se arqueó instantáneamente y su cuerpo acumuló energía para prepararse para la carrera.

Pero Rosa lo detuvo y le acarició el cuello para calmarlo, sabiendo que el hombre a su lado aún no tendría el equilibrio para galopar.

Steele, al notar la energía de su compañero, reaccionó de forma muy similar. Pero su jinete no

fue tan tranquilizador en sus intentos de calmar a su corcel, y un tirón brusco en la boca hizo que la cola del semental gris se moviera de un lado a otro de forma agitada.

—Por favor, no tires de las riendas con brusquedad, Liam —dijo Rosa mientras observaba al molesto semental

—No le gusta.

"Lo siento", respondió el hombre mientras se pasaba la mano por el pelo castaño. "Pero tiene mucha energía. ¿Qué tal si lo hacemos correr?"

—No te lo recomendaría

—dijo Jason cuando finalmente logró ponerse al lado del chico rico de la ciudad, dispuesto a arrebatarle las riendas si las cosas se salían de control

—No tienes la experiencia suficiente para galopar, y mucho menos para galopar este semental.

Liam se giró para mirarlo y su mirada jade se entrecerró hasta convertirse en una mirada fulminante.

—No recuerdo haberte pedido tu opinión

—dijo en voz baja para que solo Jason pudiera oírlo.

El vaquero se erizó y su mirada empalagosa se agudizó mientras apremiaba a su caballo para que se acercara al inquieto semental gris, de modo que solo su jinete pudiera oír sus palabras.

—Tú y yo sabemos que no sabes nada sobre cómo controlar un caballo. Si lo haces galopar, podrías hacer que te maten. Ni siquiera llevas casco. Si yo fuera tú, pensaría muy bien antes de intentar impresionar a la señorita Rosa. No es muy impresionante si estás muerto.

Las cejas de Liam se fruncieron con dureza y una blancura apareció alrededor de su boca. "No eres mi jefe", susurró en voz baja.

—No, no lo soy

—concedió Jason mientras señalaba a Rosa con la cabeza

— Pero si ella resulta herida por tu locura, debes saber que tendrás que vértelas conmigo.

El silencio se prolongó entre los dos hombres. Liam se dio cuenta de la mirada decidida en los ojos del novio y de las líneas duras de su rostro. Se dio cuenta y sus ojos de jade se endurecieron como dos gemas frías antes de volver su atención a la mujer que estaba a su otro lado, que los miraba con una mirada confusa.

—¿Qué estaban diciendo ustedes dos?

—preguntó mientras los miraba, pero Jason no respondió, su expresión se endureció mientras movía su mirada para mirar hacia adelante.

La expresión de Liam se relajó y le ofreció una sonrisa amable, extendiendo la mano para darle un apretón tranquilizador en el brazo. "Nada, mi querida Rosa. Ahora, ¿qué tal si salimos a galopar?"

Rosa parecía estar a punto de refutar su sugerencia, pero Liam no le dio la oportunidad y clavó

los talones en los costados de Steele. El poderoso caballo saltó hacia adelante y corrió por el prado junto al río que fluía suavemente, agitando la hierba bajo sus cascos.

Miró a Jason en busca de confirmación, pero él simplemente se encogió de hombros e instó a su caballo a galopar. Las cejas de Rosa se fruncieron mientras aflojaba de mala gana la presión sobre las riendas para permitir que Chester hiciera lo mismo.

El viento soplaba a su lado y el sonido de los cascos al chocar contra la tierra le resonaba en los oídos mientras su caballo alargaba el paso para alcanzar al semental gris. Rosa miró hacia delante con sorpresa, al ver cómo Liam se las arreglaba sorprendentemente bien para permanecer sentado para alguien sin experiencia.

Pero con Jason no muy lejos de él, no pudo evitar notar sus marcadas diferencias. Ambos hombres eran guapos a su manera, y ambos eran respetables, pero eso era todo lo que tenían en común. Nunca había visto a Jason sin sus jeans Levi's, mientras que Liam nunca salía de casa a menos que estuviera vestido con un traje. Los mechones de chocolate de Jason se movían con el viento, completamente libres de productos, mientras que los mechones castaños de Liam estaban peinados hacia atrás con gel.

Eran polos opuestos del espectro, tanto que no pudo evitar notarlo.

Chester corría cada vez más rápido, hasta que el semental negro y su jinete estuvieron al lado de Jason y justo detrás de Steele.

Sin embargo, a Steele aparentemente no le gustaba que los caballos estuvieran cerca de sus patas traseras y, antes de que alguien pudiera reaccionar, su pata trasera salió disparada y su casco estuvo a punto de golpear la cara de Rosa. Ella se echó hacia atrás en la silla de montar instintivamente, tirando de las riendas para inclinar a su caballo hacia un lado.

Pero el daño ya estaba hecho, porque el ciervo había derribado a Liam, haciéndole perder el equilibrio.

Jason intentó agarrar las riendas de Steele para detenerlo, pero el semental se abalanzó sobre su propio caballo, mostrando los dientes. Liam le echó los brazos al cuello al saltar de la silla, y el caballo se desvió bruscamente hacia Rosa.

El tiempo pareció detenerse cuando Chester clavó sus cascos en el suelo para evitar la colisión, pero tropezó cuando una de las piernas de Steele se enredó con la suya y su enorme cuerpo dio un salto mortal.

—¡Rosa!

—gritó Jason horrorizado al verla dar una voltereta sobre la cabeza de Chester justo antes de que el caballo oscuro tocara el suelo. El cuello se le torció por el impacto y rodó hacia un lado. Tiró de las riendas y su caballo se detuvo de golpe mientras miraba por encima del hombro y la veía tumbada boca abajo, inmóvil.

Sin pensarlo dos veces, saltó de la silla de su caballo y corrió hacia ella, apenas notando el hecho de que Liam también había caído, ambos sementales treparon para ponerse de pie y desenredar sus piernas entre sí.

—¿Rosa?

—preguntó con el miedo saturando su voz mientras se dejaba caer de rodillas junto a ella, con

una mano tocando su espalda

— ¿Rosa?

Por un momento, sintió que el aire se quedaba en sus pulmones cuando ella no se movió, pero el alivio inundó todo su cuerpo cuando ella levantó lentamente la cabeza.

"¿Chester?"

Su voz era débil y sin aliento, y Jason levantó la vista justo a tiempo para ver al semental negro lograr ponerse de pie con sus piernas inseguras. Su brida se había roto, y el sillín estaba cubierto de polvo y marcas de arañazos mientras sus ojos agrandados observaban su entorno por un segundo ante de darse la vuelta y salir corriendo hacia el follaje circundante con Steele corriendo tras él.

—Está bien, Rosa. ¿Estás bien? ¿Qué te duele?

—preguntó mientras bajaba su rostro hacia el de ella.

La suciedad manchaba su tez pálida y sus ojos color zafiro parecían aturdidos mientras se quitaba el casco, arrojándolo a un lado antes de mirarlo lentamente, con su labio inferior sobresaliendo de forma antinatural.

La observó mover lentamente la cabeza de un lado a otro antes de incorporarse y sentarse con los brazos temblorosos. "Estoy bien", murmuró, pero se detuvo cuando empezó a sangrar de su boca. "Oh, no".

Inmediatamente trató de cubrirse la cara, pero las manos de Jason fueron más rápidas y con delicadeza apartó sus dedos temblorosos para ver cómo su boca se hinchaba cada vez más. Su mirada empalagosa se agudizó cuando le tocó el labio con la punta del pulgar, bajándolo un poco.

"Te has mordido el labio."

No pudo evitar que la preocupación se reflejara en su voz y expresión mientras tomaba sus mejillas entre sus manos, pero ella rápidamente apartó su rostro de su agarre y se giró bruscamente para escupir la sangre que tenía en la boca, tosiendo una o dos veces.

"Aparentemente", dijo ella, intentando sonreírle antes de hacer una mueca de dolor.

—¿Estás segura de que no tienes heridas en ningún otro lugar? ¿Tienes todos los dientes?

—preguntó suavemente mientras le apartaba los mechones oscuros del rostro.

Sin quererlo, sus ojos se posaron en la cicatriz que tenía en la frente. Esa que ella siempre se esforzaba por ocultar. Era una cicatriz grande, más pálida que el resto de su tez aceitunada. Sus cejas se juntaron mientras la miraba, su pulgar rozó sin darse cuenta la cicatriz. Debía haber sido un rasguño terriblemente profundo para que dejara una marca como esa.

Pero no tuvo mucho tiempo para examinarlo antes de que ella rápidamente lo cubriera con sus oscuros mechones una vez más. "Estoy... bien", susurró, luchando por pronunciar las palabras a través de sus labios hinchados.

Liam permaneció en silencio mientras observaba la inusual muestra de ternura del novio, la forma en que su mirada oscura la observaba constantemente en busca de cualquier signo de

dolor, sus manos tocándole los brazos con vacilación, como si temiera que se rompiera en un millón de pedazos. En ese momento, para él estaba tan claro como el día que el hombre se preocupaba más por Rosa de lo que dejaba ver, y era a un nivel que no se manifestaba de la noche a la mañana.

Sus cejas se fruncieron. Entonces, ¿por qué no le había dejado saber sus sentimientos?

Observó cómo el hombre se arrancaba una tira de la camisa y procedía a tocarla suavemente con los labios sangrantes. Rosa le dirigió una mirada agradecida y tiró ligeramente de sus labios hacia arriba mientras le quitaba la tela antes de hacer una mueca de dolor. "No puedo... sonreír", murmuró con un ceceo profundo.

Los ojos de jade de Liam se profundizaron con arrepentimiento mientras la veía estremecerse y sostener su mandíbula, enojado consigo mismo por permitir que ella se lastimara de esa manera.

—¿Tienes el teléfono contigo? Podemos llamar a tu hermana para que te busque —sugirió Jason en voz baja. Hubiera llamado con su teléfono, pero no tenía ninguno de sus números, solo el de Rosa.

La joven asintió y sacó el teléfono del bolsillo de sus pantalones. "Thoot", murmuró cuando la sangre goteó sobre la pantalla y rápidamente se colocó el paño sobre los labios.

Jason le quitó el teléfono con cuidado y le agarró la mano con expresión de pánico cuando la vio ponerse de pie. "¿No deberías sentarte?", preguntó, pero la joven negó con la cabeza.

"Tengo que... querer saber... qué pasa".

—Te ayudaré a llegar al río

—se ofreció al instante y finalmente desvió la mirada hacia Liam, que sostenía el teléfono frente a él

— Llama a su hermana.

Los ojos de Liam, que parecían gemas, se clavaron en los de Jason por un momento. No estaba acostumbrado a que alguien que no fueran sus padres le dijera qué hacer. Pero cuando vio que Rosa se dirigía hacia la empinada orilla del río, se puso de pie, ignorando el dolor sordo que le atravesó el tobillo mientras le quitaba el teléfono sin decir una palabra más.

Hizo una pausa y miró la gota de sangre que cayó sobre el teléfono antes de frotarla sobre su traje. Mientras llamaba, su mirada siguió a Rosa mientras la ayudaban a bajar por la orilla y entrar en el arroyo de lento movimiento. Jason mantuvo una mano en su espalda baja mientras ella se agachaba para lavarse la boca ensangrentada.

Observó, paralizado, cómo el hombre, habitualmente estoico, la ayudaba, incluso le roció las mejillas con agua para limpiarle el polvo de la piel. No podía creer que nunca antes se hubiera dado cuenta de que el hombre se preocupaba tanto por ella. Sin embargo, debería haberlo sabido. El hombre siempre intentaba actuar como un amortiguador entre él y Rosa.

Murmuró respuestas a Paula sobre dónde estaban, dando una breve explicación de lo ocurrido antes de terminar la llamada. Su mirada jade volvió al río y la observó limpiarse la sangre de los labios. Pero no ayudó mucho, ya que seguía fluyendo más y ella hizo una mueca mientras trazaba suavemente con el dedo la hinchazón y luego la encía antes de sacudir la cabeza.

"Sólo es mi lengua. Eso es todo."

Jason asintió, y antes de que ella tuviera un momento para comprender lo que estaba sucediendo, la levantó en sus brazos y la llevó lejos del río.

Una vez que Jason la dejó sobre el pasto verde intenso, se agachó para mantener una mano sobre su espalda, frotando círculos relajantes mientras ella continuaba sosteniendo el trozo de tela ensangrentado en su boca.

"Tu madre y tu hermana están en camino", dijo Liam mientras se acercaba a ella y le ofrecía su teléfono.

Los ojos color zafiro de Rosa finalmente se encontraron con los de él y ella apartó la mirada avergonzada, hundiendo su rostro en el pecho de Jason en un intento de ocultarle la hinchazón mientras le quitaba el teléfono y lo apretaba contra su pecho. La expresión de él se ensombreció, sintiéndose peor consigo mismo porque ella ni siquiera se sentía lo suficientemente cómoda en su presencia como para no sentirse avergonzada.

No hablaron después de eso, Rosa siguió escondiendo su cabeza en la camisa de Jason mientras él la rodeaba con sus brazos, acariciando su columna suavemente. Pero cuando se escuchó el sonido distante del carrito de golf de Green acercándose por la carretera, el cuerpo del novio se tensó y suavemente apartó sus brazos de ella y se puso de pie, alejándose un paso o dos de ella.

Liam notó que la mirada de ella lo seguía con una expresión de dolor que no había estado allí ni siquiera cuando se cayó. Pero no tuvo tiempo de hablar, ya que su madre y su hermana corrieron hacia el claro y se detuvieron frente a ellas.

"¿Rosa?" La señora Green la llamó mientras saltaba del asiento con su maletín médico en la mano y los ojos desorbitados por el pánico.

—Nada... con razón

—se esforzó Rosa por pronunciar, mientras las lágrimas caían de repente de sus ojos al ver a su familia.

Su madre no respondió mientras se agachaba frente a ella, con la mirada concentrada en examinar el daño en su rostro. Paula saltó del asiento del conductor y se paró al lado de su madre, mirando el daño antes de que una sonrisa apareciera en su rostro.

"Vaya, Rosa. No pensé que hablaras en serio sobre el aumento de labios", bromeó.

A pesar de las lágrimas de Rosa, su boca instintivamente intentó dibujar una sonrisa, pero se estremeció y se llevó la mano a la boca para mantenerla en su lugar.

La señora Green le lanzó una mirada a su hija mayor, para nada divertida por su broma.

—Lo siento

—murmuró Paula y luego miró alrededor del claro, notando que solo había un caballo presente

— ¿Dónde están los otros dos?

—Se escapó

—respondió Liam mientras se acercaba a ella, ocultando la ligera punzada que resonó en su tobillo mientras se quitaba el polvo y las briznas de hierba del traje.

Paula asintió y se dio la vuelta para ver a su madre sacar un paquete de pañuelos de su bolso y reemplazar la tela con ellos.

—Vamos, te llevaremos a casa

—la instó el tono maternal de la señora Green.

Rosa asintió y se puso de pie, su madre la tomó del brazo y caminó lentamente de regreso al carrito de golf.

"Liam, ¿estás bien?", preguntó ella, mientras su profunda mirada color chocolate observaba su estado de irritación.

"Estoy bien, señora Green", dijo.

Ella asintió y señaló el asiento delantero. "Puedes viajar en el asiento delantero", le indicó antes de mirar a Jason, que ya estaba regresando a su caballo. "Jason, ¿necesitas ayuda con algo?"

El hombre se giró para mirarla por un breve instante. "No, señora. Llamaré a Damian cuando haya encontrado a los sementales". Su mirada se dirigió a Rosa y sus ojos se suavizaron por un breve instante antes de regresar a su expresión estoica.

Liam observó los brillantes ojos zafiro de Rosa seguir cada movimiento del novio mientras pasaba su pierna por encima del caballo y salía al galope hacia los árboles antes de que más lágrimas cayeran de sus ojos.

Y no pudo evitar sentir que no eran sólo por el impacto de su caída.

……

El lunes se acercaba demasiado rápido para el gusto de Paula. Era fácil ignorar las numeRosas llamadas de Massimo mientras ella estaba en casa mimando a su hermana inválida, que apenas podía hablar debido a sus labios y mandíbula hinchados, pero nada le impedía pasarse por la oficina. Eso nunca lo había detenido en el pasado, y ahora tenía más motivos que nunca para hacerlo.

Nunca le contó a nadie lo que había pasado entre ellas. Cuando era más joven e imaginaba que se daría su primer beso, pensó que se lo contaría todo a Rosa. Pero el incidente nunca salió de sus labios.

La vergüenza fue definitivamente una razón para ello; la incredulidad, otra.

¿Cómo podría decirle a su hermana que el hombre que siempre la ponía de los nervios era ahora el mismo al que había besado? Rosa nunca le creería. Era demasiado impropio de su personalidad lanzarse a los brazos de un hombre, y mucho menos de alguien que la molestaba hasta el extremo, alguien a quien despreciaba con cada fibra de su ser.

—Martina, si Massimo Abruzzi viene algún día, por favor dile que estoy en una conferencia muy importante y que no me pueden molestar

—ordenó Paula mientras pasaba por el escritorio de su asistente y entraba a su oficina.

Afortunadamente, no hubo señales de él en toda la mañana, e Paula se sintió un poco más tranquila mientras se concentraba en su trabajo, convenciéndose de que él no haría acto de presencia. Sin embargo, cuando se acercaba la hora del almuerzo, todo el cuerpo de Paula se

tensó cuando escuchó una voz masculina familiar que entraba en su oficina y preguntaba por ella.

"Lo siento, señor Abruzzi, pero la señorita Green está en una conferencia importante en este momento y no debe ser molestada", reiteró Martina sus palabras.

Paula sintió que la respiración se le quedaba atascada en la garganta mientras se levantaba lentamente. Su espalda crujía y gemía de incomodidad por haber estado sentada durante tantas horas, pero lo ignoró mientras se dirigía en silencio hacia la puerta de su oficina, presionando su oído contra ella para escuchar mejor.

—¿En serio?

—respondió Massimo

— ¿Cuándo se supone que es su hora de almuerzo? ¿Y por qué no estás con ella? Se supone que un asistente debe escuchar todas las reuniones importantes y tomar las actas, ¿no?

La expresión de Paula se torció por el pánico y se dio una palmada en la frente en silencio. ¿Por qué no había pensado en eso?

—Yo...

—tartamudeó Martina, incapaz de encontrar una excusa adecuada antes de que él la interrumpiera con un tono brusco.

"Bueno, parece que la reunión no es tan importante, así que no creo que le importe que la llame".

Paula abrió los ojos de golpe y se dio la vuelta para mirar el teléfono que estaba sobre su escritorio, que se iluminó para mostrar una llamada entrante. Corrió hacia él, pero el sonido estridente de su tono de llamada resonó por toda la oficina antes de que pudiera alcanzarlo, y maldijo en voz baja mientras intentaba apagarlo a toda prisa.

"Entendido."

Ella jadeó y se dio la vuelta rápidamente para encontrarse cara a cara con un Massimo que no se divertía en absoluto, de pie en la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho. El corazón le latía con fuerza en la caja torácica y trató de tragarse el nudo que sentía en la garganta cuando sus ojos se encontraron con los de él.

"¿Evitándome, Gruñona?" dijo mientras daba un paso hacia ella, cerrando la puerta detrás de él y haciendo que la oficina pareciera de repente mucho más pequeña.

Había una mirada diferente en sus ojos, casi depredadora, mientras caminaba lentamente hacia ella, con el rostro endurecido por una expresión dura.

—No. Sólo he estado ocupada

—intentó sonar tranquila, pero su tartamudeo la delató.

"Estás ocupada evitándome", afirmó mientras cerraba la distancia entre ellos, con su mirada gélida fija en ella.

Los ojos oscuros de Paula se entrecerraron y se le pusieron feos.

—El mundo entero no gira en torno a ti

—afirmó, mientras sujetaba con la mano el borde del escritorio mientras él se acercaba.

—Lo sé, y también sé que tus pensamientos han estado ahí. Sé que los míos sólo han girado en torno a ti desde el viernes por la noche.

Sus palabras llegaron a lo más profundo de su ser y sus miembros se convirtieron en papilla, pero rápidamente dejó de lado las sensaciones mientras apretaba su agarre en el escritorio, bloqueando sus rodillas para evitar que temblaran.

No, a ella no le gustaba. Era solo algo físico. Cuanto antes se lo metiera en la cabeza, mejor.

—¿Por qué te escapaste, Gruñona?

—preguntó en un susurro cuando estaba a un suspiro de distancia de ella. El aroma de su colonia llenó sus sentidos mientras colocaba sus manos a ambos lados de ella sobre el escritorio, enjaulándola

— ¿Te asusté?

La suave mirada de él hizo que su cuerpo se estremeciera y apretó los labios en una línea firme mientras sacudía la cabeza y bajaba la mirada hacia la camisa color burdeos que él llevaba.

"No."

—Entonces, ¿por qué?

—preguntó, buscando con la mirada la de ella, pero ella no levantó la vista.

Paula apretó los labios hasta formar una fina línea y tragó saliva con fuerza mientras respondía con una voz tímida, poco habitual en ella:

"No quería que te llevaras una impresión equivocada de mí. Estuvo mal que te besara y te pido disculpas por ello".

Parpadeó sorprendido ante esa respuesta antes de que su mirada gélida se suavizara al ver sus mejillas enrojecidas.

"Yo te besé primero. ¿Recuerdas? Tú me correspondiste. No veo nada malo en eso".

—Está mal porque apenas te conozco

—dijo ella, finalmente levantando la mirada para encontrarse con la de él

— y mi madre me crió mejor para no ceder a esos impulsos con un hombre que apenas conozco.

Una sonrisa tiró de sus labios y movió sus manos para cubrir las de ella, sonriendo ante el sobresalto que le produjo el contacto. "Entonces... ¿estás diciendo que, si me conocieras mejor, entonces no te habría importado besarme?"

Sus mejillas se tiñeron de un bonito color escarlata mientras bajaba la mirada una vez más. "No dije eso".

—Pero lo insinuaste. Disfrutaste ese beso tanto como yo. No lo niegues.

Paula mantuvo sus labios sellados y se negó a mirarlo a los ojos.

Massimo sonrió y colocó suavemente sus manos sobre su cintura, el toque quemó su piel a través de la fina tela de su blusa. "No niegues el hecho de que disfrutas esto", le susurró al oído

mientras trazaba las curvas de su cuerpo con sus manos, provocando un suave jadeo en ella. "No niegues el hecho de que me deseas tanto como yo te deseo a ti".

Apenas logró captar el sonido que amenazaba con escapar de su garganta cuando sintió que sus labios rozaban la piel sensible de su cuello. Por un momento se sintió perdida en las sensaciones que él evocaba en su interior antes de salir de su estado normal con un grito ahogado e intentar empujarlo lejos de ella.

—No, basta

—dijo ella con voz tembloRosa e insegura.

—No quiero

—murmuró contra su piel, apretando cada vez más su cintura mientras se acercaba aún más, borrando cualquier distancia entre ellos. Sintió que su cuerpo se tambaleaba y se aflojaba, un suspiro entrecortado escapó de sus labios cuando tocó un punto determinado de su cuello antes de que ella se tensara de repente y presionara sus manos firmemente contra su pecho, intentando apartarlo de sí.

—No, en serio. Déjame en paz, Massimo. Lo digo en serio o llamaré a seguridad.

La firmeza de su tono lo hizo detenerse. Ella le presionó un poco más el pecho y él resopló mientras se alejaba con cuidado de ella, observándola retroceder al instante hacia el otro lado del escritorio, poniendo una distancia segura entre ellos.

Por un momento, se preguntó si tal vez solo estaba imaginando sus reacciones hacia él, pero cuando vio el rubor en sus mejillas y la mirada aturdida en sus ojos, no pudo evitar sonreír con satisfacción.

Paula suspiró mientras se pasaba una mano por el pelo oscuro y se desplomaba en su asiento. No creía que tuviera que hablar con él tan pronto, pero era un hombre decidido. Ella se lo reconocería.

Además, lo mejor sería que aclararan las cosas entre ellos ahora y no más tarde. Era hora de que se pusiera los pantalones de niña grande y se ocupara del asunto como una adulta.

Ella respiró profundamente para calmarse y esperó a que el calor de sus mejillas se calmara antes de finalmente mirarlo a los ojos. "No voy a negar el hecho de que te encuentro atractivo, Massimo. Sin embargo, quiero dejar en claro que se necesita más que una simple atracción física para que me guste un hombre lo suficiente como para permitirle hacer esas cosas conmigo. Hasta ahora, no has hecho mucho para ganarte ese privilegio", afirmó.

No veía el sentido de decirle que nunca la habían besado antes, y mucho menos de hacer lo que él insinuaba. Ya tenía suficiente ego.

Además, el hecho de que ella no tuviera novio ahora no significaba que no hubiera tenido uno antes... o que él fuera el único que competía por su atención en ese momento. Era bueno para él pensar que no era la única opción sobre la mesa. Entonces sería mucho más cuidadoso con ella.

Massimo frunció el ceño mientras tomaba asiento y cruzaba los brazos sobre el pecho una vez más. "Entonces, en esencia, estás diciendo que quieres conocerme mejor antes de que pueda besarte de nuevo. ¿Es eso lo que estás diciendo?"

—También me tiene que gustar tu personalidad

—corrigió ella mirándolo

— Puede que *eso* no suceda.

Ella sabía que eso sonaba duro, incluso para sus propios oídos, pero tenía que asegurarse de no darle falsas esperanzas.

Massimo permaneció en silencio, con los labios torcidos mientras pensaba. Paula no lo interrumpió, pero observó sus expresiones con atención. Ahora era el momento en que se revelarían sus verdaderos colores, sus verdaderas intenciones.

Si lo único que quería de ella era su cuerpo, entonces se iría y nunca volvería. Ningún hombre se esforzaría tanto por conseguirlo si pudiera ir literalmente a un bar de la calle y conseguir una mujer mucho más fácil.

Sin embargo, estaba nerviosa. Aunque no lo dijo, no quería que él se fuera. No quería que su primer beso fuera con un hombre al que no le importaba nada más que su cuerpo. La idea de que eso fuera exactamente lo que él haría le dolía mucho.

Aunque tuvo que admitir que fue un beso increíble. Uno que definitivamente cumplía con todos los requisitos para un primer beso. Tanto que no pudo evitar preguntarse si, si no lo hubiera abandonado, se estarían besando en ese momento en lugar de estar a cinco pies de distancia el uno del otro. Todavía podía recordar claramente cómo se había sentido cuando sus brazos la rodearon, sus labios masculinos la enviaron al olvido.

De repente sintió la necesidad de darse una bofetada, maldiciéndose por querer besar a ese hombre otra vez cuando tal vez ni siquiera le gustaba de verdad y solo la estaba usando para conseguir su cuerpo o su riqueza. Sin embargo, no creía que él la persiguiera por su dinero. Tenía más que suficiente con lo suyo. ¿O sí? ¿Lo habían privado de la riqueza de su madre? No, eso no explicaría cómo podía conducir los autos y usar la ropa que usaba.

Paula reprimió el repentino e intenso deseo de gritar.

Ésa era exactamente la razón por la que nunca se precipitaba con nadie. La razón precisa por la que su madre le decía que iniciara una relación sólo con intenciones serias. Siempre había mucho menos dolor porque ambos se lo tomaban en serio y una relación seria sólo se lograba conociendo bien a tu pareja de antemano.

Mire a sus padres, se conocieron hace tres meses, se hicieron buenos amigos y recién entonces comenzaron una relación entre ellos. Primero había que tener una base sólida antes de construir cualquier otra cosa.

Una relación basada únicamente en la atracción física estaba destinada al desastre. Por supuesto, había excepciones, pero ella no era de las que corrían ese tipo de riesgos.

Lo que empeoraba la situación era que, si actuaba con crueldad hacia ella, no solo la habría engañado a ella (de nuevo), sino también a sus padres. Su padre estaba impresionado por él, y eso era decir algo. Su madre todavía se sentía un poco incómoda cuando lo mencionaban, pero nunca expresó ningún desagrado hacia él, lo que supuso que era algo bueno.

—Bueno, supongo que eso lo resuelve entonces

—dijo Massimo, e Paula no pudo evitar que la frialdad se filtrara en sus venas mientras miraba al hombre frente a ella con inquietud, con el corazón martilleando en su pecho.

Así que aquí está. Me va a dejar de lado como a la mujer lasciva que él pensó que era el viernes por la noche.

Pero sus siguientes palabras sólo lograron que ella lo mirara en estado de shock.

"¿Me acompañarás a almorzar?"

Capitulo 13

—No sé si debería ponerme un vestido más formal o un par de jeans bonitos con una blusa. ¿Qué te parece?

—preguntó Paula, girando sobre sus tacones para mostrarle a su hermana las dos opciones de ropa para que las examinara.

Rosa se recostó contra la cabecera de la cama de su hermana, con las almohadas apiladas como una montaña detrás de su espalda mientras miraba las dos opciones, tarareando en sus pensamientos. Su mandíbula y sus labios, que alguna vez fueron el doble de grandes, finalmente habían vuelto a su forma normal, pero todavía era sensible a la hora de comer ciertos alimentos, y un bonito moretón amarillo se hizo notar debajo de su mandíbula.

"Yo optaría por el vestido, teniendo en cuenta que te llevará a un restaurante elegante".

Las cejas oscuras de Paula se juntaron mientras miraba el vestido. "No quiero que piense que me estoy esforzando demasiado".

"¿Y no es así?"

La mirada sombría que le lanzó a Rosa la hizo levantar las manos en señal de rendición. "Solo digo que, para alguien que no parece estar muy preocupada por el chico, seguro que te está costando mucho elegir el atuendo perfecto". Señaló la pila cada vez mayor de ropa tirada que se encontraba a su lado en la cama para demostrar su punto.

Paula suspiró y arrojó ambas prendas sobre la cama antes de volver a su armario. "Te dije que no quiero darle una impresión equivocada", respondió.

—¡Pues entonces ponte tu blusa y falda de siempre!

—gritó Rosa.

"¡Estoy cansada de eso!"

La hermana menor echó la cabeza hacia atrás, apoyada en las almohadas, con un gemido exasperado. "Lo dices como si fueras a una cita, pero estás decidida a no llamar a esta noche exactamente eso", afirmó, escuchando el sonido de las perchas deslizándose contra los rieles de metal que sostenían la ropa de su hermana.

—Porque no es una cita. Todavía nos estamos conociendo

—explicó Paula mientras recorría con la mirada sus vestidos y fruncía aún más el ceño.

En ese momento se sintió un fracaso. Tenía toda la ropa del mundo, pero no tenía nada apropiado para ponerse. ¿Cómo era posible?

"Lo que tú digas", respondió su hermana desde la cama.

Paula suspiró mientras buscaba un vestido negro sin mangas, recordando el almuerzo que había tenido con Massimo unos días atrás. Era extraño salir solo para socializar con alguien que no fuera su familia. Estaba tan acostumbrada a las reuniones de negocios que, al principio, le resultó bastante difícil conversar.

Nunca tuvo amigos fuera de su familia, solo conocidos y socios comerciales, personas que no tenían ningún problema en ignorar su vida privada y preferían hablar de economía. Por eso se sentía un poco limitada a la hora de hablar de los temas más cotidianos de la vida.

Nunca se había dado cuenta de esto antes con Massimo, ya que su habilidad para levantarle el ánimo siempre era un eficaz rompehielos. Pero con su repentina muestra de cortesía, se dio cuenta de que no era muy buena para conversar.

Pero descubrió que era un conversador con un gran talento. Capaz de cambiar el rumbo de una conversación con tanta facilidad que la dejaba un poco molesta y avergonzada al mismo tiempo. Ahora podía entender por qué ocupaba un puesto tan alto en el departamento de relaciones públicas de la empresa de su madre: sus habilidades eran excepcionales.

Y por eso intentaba lucir lo mejor posible esa noche. No quería parecer inadecuada, pero era complicado, ya que tampoco quería darle una impresión equivocada.

-¡Oye! ¿Has muerto ahí dentro?

El sonido de la voz de su hermana sacó a Paula de sus pensamientos y se sonrojó al darse cuenta de que pensar en Massimo la había distraído. Sacó el vestido de la barra y volvió a entrar en la habitación.

"¿Cómo es esto?"

La mirada de zafiro de Rosa se fijó en la prenda y la miró por un momento antes de asentir con la cabeza. "Agrega una chaqueta y tacones, y estarás lista. Puedes tomar prestada una de mis chaquetas si no tienes una".

Una mirada desganada se dirigió hacia ella. "Sabes que tu ropa me queda grande".

—Lo sé... Chaparrita

—respondió Rosa con una sonrisa.

—¡Bueno, al menos tengo los pies más pequeños!

—replicó mientras colgaba el vestido en el tirador de la puerta de su armario.

Paula observó a su hermana soltar un jadeo exageradamente dramático, una mirada de horror estropeó sus hermosos rasgos mientras arrojaba las piernas por el borde de la cama. "¡Eso es! ¡Aquí estoy, tratando de ser una buena hermana y todo lo que recibo son insultos! Sabes que realmente deberías tratar de ser más amable con la gente. ¡Tal vez Massimo se quede entonces!"

"Lo intentaré lo mejor que pueda", respondió con una sonrisa mientras su hermana se dirigía hacia la puerta. "¡Ah, y cierra la puerta al salir!"

Rosa le sacó la lengua y un brillo juguetón brilló en su mirada antes de cerrar la puerta de un portazo tras ella.

……..

Rosa todavía tenía una sonrisa en su rostro más tarde esa noche mientras veía a su hermana salir para su cita con Massimo. Su madre se había puesto bastante nerviosa cuando se enteró de que Paula iba a salir con él, pero no fue algo que los sorprendiera demasiado. Sabían que era una madre muy protectora.

Pero, por alguna razón, parecía muy indecisa en dejar que su hija saliera a cenar con un hombre esta vez, recurriendo a su habitual discurso de llamarla en el momento en que se sintiera incómoda.

Añadiéndole, de hecho, un énfasis adicional.

Paula asintió continuamente, tranquilizando a la preocupada mujer mientras Oliver llevaba su auto al frente de la mansión. Otra cosa era que Sofia siempre insistía en que sus hijas condujeran solas a las primeras reuniones con alguien. Solo para que, si algo sucedía, pudieran irse rápidamente.

Podría decirse que es demasiado paranoica, pero ambas jóvenes estaban contentas de que al menos ella se preocupara por ellas lo suficiente como para estar tan inclinada a preocuparse.

Martin se había acercado a Paula justo antes de que se sentara en el asiento del conductor, hablando de todas las veces que habían tenido una relación cuando ella era una niña, y ahora no podía creer que ella fuera a tener una cita. Aunque Paula intentó decirle lo contrario, el chef siguió hablando sin parar como si estuviera en su propio mundo de recuerdos felices.

Danielle se había quedado un poco apartada de ellos, observando la ternura que el gran chef mostraba hacia Paula. Una mirada suave alivió sus rasgos faciales habitualmente rígidos, sus ojos se calentaron al ver su paternalismo. Rosa captó su mirada y la mujer apartó rápidamente la mirada, intentando ocultar su desliz emocional con una expresión dura mientras se aclaraba la garganta y se encaminaba a paso rápido hacia la casa.

Rosa no pudo evitar la pequeña curvatura de sus labios.

Poco después de que Paula se marchara, la hermana menor se dirigió a su dormitorio. Se había bañado y cambiado para prepararse para una noche de estudio cuando escuchó el pitido de su teléfono con un mensaje. Lo cogió y su corazón dio ese pequeño y habitual vuelco en su pecho cuando notó el nombre del remitente.

No había hablado mucho con Jason desde el día de su caída, que fue hace unos cinco días. En general, se había quedado en casa, sin ir a ningún lado hasta que su mandíbula tuviera un tamaño más natural y pudiera hablar sin ese ceceo horrible.

Una vez que se le pasó el impacto de la caída, se sintió tan avergonzada por lo ocurrido que evitó ir a los establos tanto como pudo. El hecho de que se hubiera acurrucado junto a Jason, luciendo tan parecida a una damisela en apuros, no había sido una imagen muy halagadora en su mente. Y él claramente tampoco estaba muy entusiasmado con su momento de debilidad, considerando que la dejó ir en el momento en que llegaron su madre y su hermana.

De hecho, estaba segura de que él odiaba cada momento, pero la sorpresa que sintió en ese momento la hizo pensar lo contrario, considerando la ternura con la que la cuidaba. De cualquier manera, todavía le dolía que él prácticamente se hubiera alejado de ella tan rápido como le fue humanamente posible. Pensó que podía ocultar el dolor, pero cuando vio las miradas preocupadas en los rostros de su familia, las lágrimas brotaron y no se detuvieron.

Llorar delante de dos hombres cuando ni siquiera se había roto un hueso era algo que definitivamente no había querido hacer nunca. Y todavía se sentía terriblemente avergonzada sólo de pensarlo.

Sin embargo, dejó de pensar en eso y deslizó la mano sobre la pantalla de su teléfono para leer el

mensaje. Una fracción de segundo después, se levantó de la cama, cambió su camisón de seda por un suéter y unos pantalones antes de salir corriendo de la habitación y bajar las escaleras.

"¿Qué pasa, cariño?" escuchó la voz de su madre llamarla desde la biblioteca mientras pasaba, y se detuvo de golpe antes de asomar rápidamente la cabeza por la puerta para ver a sus padres sentados cerca de la chimenea vacía.

"La señora está a punto de tener su potrillo", respondió con un tono emocionado en su voz.

Sofia parpadeó sorprendida y miró a su hija por encima de sus gafas de lectura. "¿Necesitas ayuda?"

—No, creo que estaremos bien

—dijo y comenzó a correr por el pasillo.

"Está bien, ¡llámanos si necesitas algo!"

"¡Lo haré!" respondió Rosa mientras corría hacia la puerta trasera y se ponía las botas antes de abrir la puerta y correr hacia los establos.

No era frecuente que tuvieran partos en la finca, pero Lady había estado embarazada en el momento de su rescate hacía tres meses. No había sido más que piel, huesos y panza, y Jason había trabajado incansablemente para que sus niveles de nutrientes estuvieran donde se suponía que debían estar. Sin embargo, seguía siendo un caso de alto riesgo, ya que no era una yegua joven. Incluso con su alimentación, Jason había ordenado calostro por si acaso no podía producir suficiente leche.

El cálido céfiro de la noche de verano le acarició el cabello oscuro a Rosa mientras corría por el jardín trasero hacia los establos, las luces del jardín iluminaban el camino pavimentado. Su corazón latía con fuerza en su pecho y respiraba con dificultad cuando finalmente abrió la puerta del establo y entró, siendo asaltada de inmediato por el olor a heno fresco y virutas de establo.

—¿Jason?

—llamó, echándose el cabello hacia atrás para colocarlo sobre un hombro mientras comenzaba a caminar por el pasillo.

—Por aquí

—respondió su voz profunda, y ella tuvo que luchar contra la vergüenza en sus mejillas cuando se dio cuenta de que era la primera vez que hablarían desde el accidente.

Respiró profundamente antes de caminar hacia el establo. Mientras miraba por encima de las barandillas de metal, su mirada de zafiro se fijó instantáneamente en la fuerte figura de Jason y notó que estaba sujetando la cola de la yegua con manos firmes y seguras. Entró en silencio y Lady levantó un poco la cabeza para mirar a la recién llegada. Su cuello ya estaba cubierto de sudor y, una vez que vio a Rosa, se volvió a recostar con un profundo suspiro.

—¿Cómo está?

—preguntó Rosa mientras se arrodillaba junto a Jason, observándolo trabajar.

"Ya lleva unas horas de parto. No sé por qué, pero todavía no ha ocurrido nada".

Ella frunció el ceño y observó con creciente inquietud cómo él se arremangaba la camisa. "¿Qué

estás haciendo?"

Su mirada empalagosa era como chocolate negro bajo la tenue luz de los establos, y cuando se encontró con la de ella, sintió como si se hubiera quedado sin aliento. No lo había visto en cinco días y no estaba preparada para el repentino caos que su sola mirada infligió a sus emociones.

Miró hacia otro lado y comenzó a lavarse los brazos hasta el codo en un balde con agua y una pastilla de jabón que le colocaron cerca. “Voy a averiguar cuál es el problema”.

Rosa se sintió un poco incómoda al pensar en lo que iba a hacer, pero un gemido de Lady la obligó a volver su atención a la dolorida yegua.

"Ve y habla con ella; mantenla tranquila", ordenó Jason mientras sacudía el exceso de agua de su piel, haciendo un gesto hacia la yegua con la cabeza.

Ella asintió y se acercó a la yegua, acariciando con los dedos los suaves rasgos de la anciana y ofreciéndole palabras reconfortantes. Levantó la vista cuando notó que Jason se colocaba detrás de la yegua y arqueó las cejas con sorpresa cuando él colocó una cuerda con dos nudos corredizos junto a sus rodillas dobladas.

"¿Vas a sacarlo?"

Él la miró con expresión seria. "Es una yegua vieja, Rosa. Cuanto antes nazca este potrillo, mejor para los dos".

Ella no respondió, sabiendo que eso tenía sentido, y observó cómo sus cejas se hundían en un gesto de concentración mientras se inclinaba hacia delante. La yegua tembló ante la invasión de sus manos y sus piernas se agitaron en un intento de alejarlo de ella.

—Tranquila, niña. Está bien. Estás bien. Te tenemos cubierta

—susurró Rosa con voz suave, acariciando el pelaje ceniciento de la cara de la yegua, un signo inequívoco de su avanzada edad.

La dama gimió, sus fosas nasales temblaron mientras respiraba pesadamente, su pata delantera golpeaba el suelo para mostrar su incomodidad.

Un murmullo atrajo la atención de Rosa hacia el hombre que estaba al otro lado del caballo, y sintió que su inquietud aumentaba cuando vio las duras líneas de un ceño fruncido aparecer en su rostro. "¿Qué sucede?"

—El potro está de

—murmuró Jason mientras ajustaba sus brazos.

—¿Qué significa eso?

—preguntó con miedo reflejado en su voz.

"El potro intenta salir por el lado equivocado y está atascado", respondió con voz entrecortada y expresión severa mientras retiraba los brazos de la yegua y se ponía la camisa sobre la cabeza.

Una ligera capa de sudor cubría su piel debido a la cálida noche, y su cabello oscuro caía sobre sus ojos mientras se lavaba los brazos hasta los hombros antes de regresar a la yegua.

Rosa se mordió el labio mientras lo observaba intentar cambiar la posición del potrillo, acariciando continuamente con las manos el cuello empapado de la yegua. Conocía bien los altos niveles de tensión que se encuentran en un quirófano y había colaborado en uno o dos casos de riesgo, pero esto era completamente desconocido para ella. Nunca había trabajado con un animal que estuviera despierto y pudiera sentir todo lo que se estaba haciendo, y la idea de cuánto dolor estaba sintiendo hizo que Rosa sintiera un poco de náuseas.

Quería llamar al veterinario, pero sabía que tardaría demasiado en venir hasta allí. Y aunque Jason no tenía papeles veterinarios a su nombre, la mirada concentrada en su rostro y la forma firme en que trabajaba la tranquilizaron un poco más y trató de transmitirle a la yegua su confianza en él.

Los minutos parecían transcurrir de una manera tan doloRosamente lenta a medida que avanzaba la noche, que parecía que había pasado una eternidad antes de que Jason finalmente diera un suspiro de alivio.

—Está bien, lo tengo, pero tendrás que venir a este lado ahora y ayudarme a tirar —dijo, su respiración saliendo en suaves jadeos, su piel ligeramente sonRosada por el esfuerzo.

Aunque la idea la ponía un poco nerviosa, Rosa se puso de pie con cuidado, teniendo cuidado de no hacer movimientos bruscos cerca de la cansada yegua. Se acercó a él y lo observó mientras pasaba los dos nudos corredizos de la cuerda alrededor de los diminutos cascos blancos que sobresalían.

—¿Eso no cortará la circulación?

—preguntó mientras se agachaba a su lado.

—Todo irá bien. Toma

—dijo y le entregó una de las cuerdas.

Estaba resbaladizo en sus manos por el líquido amniótico, y ella copió vacilante los movimientos de Jason mientras él envolvía la cuerda una vez alrededor de cada una de sus manos ensangrentadas, observándolo moverse con una eficiencia que solo se lograba al hacer esto muchas veces antes.

"Mantente agachada y tira conmigo", le ordenó mientras se agachaba para que todo su peso quedara apoyado en la cuerda. Rosa imitó rápidamente sus acciones y esperó a que él hablara. Cuando lo hizo, agarró la cuerda con fuerza entre sus manos y tiró junto a él, apretando los dientes mientras la cuerda le rozaba la suave piel.

La dama gimió y sacudió la cabeza, y Rosa observó con asombro cómo las patas del potro se hacían más visibles.

—El potro es grande

—murmuró Jason mientras tiraban de nuevo, la cuerda tirando contra sus manos.

"¿Cómo puedes saberlo?"

"El tamaño de los cascos. Debió haber estado con un semental grande porque no hay forma de que ese potro sea del tamaño de un poni".

Sus cejas se fruncieron mientras tiraban de nuevo, mostrando ahora las patas por completo.

Tiraron una vez más, pero parecía como si de repente estuvieran intentando tirar de una roca, el potro no se movió ni un centímetro.

Jason soltó la cuerda y se lavó rápidamente las manos. "Voy a llamar a Damian", dijo, y Rosa ni siquiera tuvo tiempo de responder, ya que él ya estaba saliendo del establo y pronto estaba fuera de los establos.

Lentamente, dejó caer la cuerda, miró su piel roja y enojada y notó que ya se estaban formando una o dos ampollas. Ni siquiera se había dado cuenta.

Un gemido de dolor resonó en el establo y ella rápidamente se puso de pie, moviéndose hacia la cabeza de la yegua para frotarle círculos relajantes en la frente. "Shh, está bien", susurró, mirando hacia abajo a la mirada agonizante de la yegua.

Un par de minutos después, el sonido de dos pares de pasos resonó en los establos y ella levantó la vista para ver entrar a Damian y a Jason. Habría sonreído al ver el pelo alborotado de Damian y el pijama de Bob Esponja si hubieran estado en otro entorno, pero su mirada se dirigió rápidamente a Jason.

"¿Debería llamar a mis padres?"

Jason sacudió la cabeza mientras se agachaba detrás de la yegua una vez más, Damian hizo lo mismo. "Sólo manténla tranquila", dijo mientras cada uno agarraba las cuerdas.

Los segundos parecían convertirse en minutos y los minutos en horas mientras ambos hombres se esforzaban por soltar al potro. La yegua gemía y el sudor le corría por el cuello a medida que pasaba el tiempo, y Rosa sintió que el pánico comenzaba a aumentar cuando sintió que la yegua se debilitaba considerablemente.

"¿Jason?"

"Ya casi estoy fuera", dijo.

Un grito de dolor salió de la boca de Lady antes de que su cabeza aterrizara en el forraje con un ruido sordo, sus fosas nasales se dilataron y sus ojos se cerraron por el cansancio mientras su cuerpo se desplomaba contra el suelo.

Los sonidos del fluido chapoteando y el golpe del peso resbaladizo al caer sobre el forraje atrajeron la atención de Rosa justo a tiempo para ver a un hermoso potrillo castaño llegar al mundo. Volvió a mirar a la yegua, a punto de darle la buena noticia, cuando de repente pareció que un alambre de púas le rodeaba el cuello.

Ella no estaba respirando.

—¿Jason?

—preguntó lentamente, con la voz ronca mientras miraba a la yegua quieta, sintiendo que el pelaje caliente comenzaba a enfriarse bajo sus dedos.

Levantó la vista de su potrillo al oír la tristeza en su voz y notó el pequeño temblor de su labio inferior. Su mirada oscura recorrió a la yegua inmóvil y un profundo suspiro salió de sus pulmones.

—El parto había tardado demasiado

—le murmuró suavemente una explicación, odiando ver lágrimas en sus ojos.

Cuando la oyó oler, rápidamente miró a Damian. "Gracias, puedo encargarme de aquí en adelante".

Damian asintió, con el pelo pegajoso por la transpiración mientras se levantaba y salía del establo, dirigiéndose hacia la sala de alimentación para lavarse las manos junto al grifo que normalmente usaban para remojar las bolitas de comida.

Jason miró a Rosa y sintió un nudo en el estómago al verla parpadear apresuradamente para contener las lágrimas, pero su nariz roja y sus mejillas enrojecidas la delataron. "Vamos, llevemos a este pequeño a otro establo", dijo y se puso de pie, cogiendo al potrillo en sus brazos.

Rosa asintió y se puso de pie, pero se negó a mirarlo a los ojos mientras lo seguía fuera del establo hacia uno vacío al otro lado del pasillo. Dejó al potro con cuidado en el forraje recién colocado y miró hacia abajo su aspecto ensangrentado.

"Iré a lavarme rápidamente y a buscar algunos trapos húmedos".

Rosa asintió, pero no dijo nada, mirando al potro tambalearse e intentar levantarse.

Jason respiró profundamente y salió del establo, encaminándose hacia la sala de alimentación. Damian ya se había ido, y estaba agradecido por eso mientras se lavaba los brazos y el pecho para eliminar la sangre y los fluidos transparentes que se secaban en su cuerpo. El sudor cubría todo su cuerpo debido a la tensión de la noche, y su piel acalorada dio la bienvenida a la frescura del edificio y del agua.

No se molestó en volver a ponerse la camisa, pues no quería que la sensación de calor y opresión cubriera su cuerpo. Se puso a hacer lo que tenía que hacer: tomó algunos trapos húmedos y calentó una botella de calostro. Mientras esperaba, se dirigió al cuarto de aperos y fue a buscar una manta de repuesto para caballos.

Cuando regresó al establo, Rosa estaba de pie con las manos sobre el estómago del potrillo, que se balanceaba sobre sus cascos y buscaba con su lengüita Rosada la leche de su madre. Miró a Jason cuando lo escuchó entrar y su mirada se dirigió hacia el biberón, los trapos y la manta que tenía en los brazos.

"¿Para qué es todo eso?", preguntó ella, con su voz suave en sus oídos mientras colocaba la manta sobre el forraje.

—Vas a alimentarlo mientras yo lo froto

—respondió Jason y le extendió el biberón.

Ella parpadeó sorprendida. "¿No es todavía demasiado recién nacido?"

"Cuanto antes reciba leche, mejor. No necesita mucha, siempre que sea algo. Ayuda a que el cerebro funcione", explicó y la vio asentir mientras le quitaba el biberón y lo ponía delante del potrillo.

Él se rió entre dientes y se acercó a ella. "Tienes que ayudarlo", murmuró mientras le quitaba suavemente el biberón. Volvió su atención al potrillo y sujetó la parte inferior de su mandíbula para mantener la cabeza firme mientras abría la boca con la tetina unida al biberón.

El potro se tambaleó sobre sus patas inestables y tropezó, cayendo sobre el forraje con un ruido sordo. Jason se agachó frente a él y repitió sus acciones. Pronto se escuchó un suave ruido de

succión en el establo y Rosa no pudo evitar mirar, fascinada por la dulzura que poseía Jason.

Cuando él la miró por encima del hombro, ella se sonrojó y miró hacia otro lado, cambiando el peso de un pie al otro. Él le hizo un gesto para que se hiciera cargo de la alimentación y su piel cálida le rozó la mano cuando ella le quitó el biberón. Al hacer lo mismo que él, ella no pudo evitar sonreír mientras observaba al potrillo mamar del biberón.

Mientras el potrillo bebía, Jason se puso a frotarlo con paños húmedos, explicando que eso ayudaría a estimular el cuerpo y también a limpiarlo. Rosa nunca había visto ese lado de Jason antes, y no pudo evitar que la calidez se filtrara en su estómago mientras lo veía mimar al recién nacido. Solo había habido otros dos nacimientos en la finca, pero todos habían sido viento en popa.

Nada como esto.

La expresión de Rosa se desvaneció mientras le quitaba la botella al potrillo, sintiendo otra oleada de tristeza que la invadía. Nunca antes había experimentado la muerte. Algo por lo que de repente se sintió muy agradecida en ese momento.

La muerte dolió.

Jason levantó la vista y, al ver su expresión abatida, sugirió: "¿Por qué no regresas a casa? Yo puedo encargarme de esto desde aquí".

Sus ojos tristes se alzaron hacia los de él y sus delicadas cejas se fruncieron. "¿Qué vas a hacer?"

Se puso de pie y se acercó a la manta, posicionándola de manera que quedara justo donde el potrillo se estaba acomodando. "Tendré que vigilarlo durante unas horas. Asegurarme de que se acomode".

—Me quedaré contigo

—respondió ella al instante, y Jason ni siquiera tuvo oportunidad de discutir con ella, ya que ella ya se había dejado caer a su lado.

Sus cejas se fruncieron mientras la observaba, y cuando vio la expresión triste en sus rasgos, supo que ella no quería irse a casa todavía. Sabía por experiencia que ella era alguien que buscaría consuelo en silencio. Pero nunca lo pediría, solo estaría cerca de alguien que comprendiera.

El silencio los invadió mientras observaban cómo el potrillo se acercaba lentamente a ellos y finalmente apoyó la cabeza en el muslo de Rosa con una exhalación de satisfacción. Ella sonrió y le frotó suavemente el cuello, mientras sus dedos disfrutaban de la suavidad de su pelaje.

—Tendrás que pensar en un nombre para él

—respondió Jason, mirándola con una expresión tan tierna que ella se habría sonrojado si lo hubiera estado mirando.

Rosa sonrió, con la mirada fija en el pequeño castaño que tenía el mismo diseño que el de su madre.

—Tendré que pensarlo.

—Arqueó las cejas y miró lentamente al hombre que estaba a su lado

—¿Cómo supiste qué hacer?

Jason se movió y apoyó la cabeza contra la pared del establo. "Crecí en un rancho. He ayudado a las vacas a tener crías desde que era un bebé".

Ella asintió y, cuando él notó que se mordía el labio, supo que iba a preguntar algo más profundo. Su pensamiento se confirmó cuando ella dijo: "¿Hubo... Hubo alguna vez casos graves?"

Su expresión se endureció y su fuerte mandíbula se tensó. "Mucho peor que lo que viste esta noche".

"¿En serio?" Ella no pudo evitar mirarlo con incredulidad.

Él asintió con la cabeza, pero no dio más detalles.

Entre ellos se produjo un breve silencio antes de que ella volviera a bajar la mirada hacia el potrillo dormido que estaba a su lado. "Siempre pensé que nada salía mal en los ranchos".

Jason resopla suavemente ante sus palabras. "Las cosas rara vez salen bien en cualquier tierra de cultivo".

"¿Por qué?"

Se encogió de hombros. "Para empezar, hay que lidiar con animales que tienen mente propia. Los accidentes ocurren".

Sus dedos detuvieron su movimiento de caricias y lentamente lo miró, con aprensión evidente en su mirada. "¿Qué tipo de accidentes?"

—Nacimientos que salieron mal. Rayos. Animales salvajes. Por cruel que parezca, esta fue una de las muertes más limpias que he visto

—murmuró, mientras su mirada empalagosa se dirigía hacia el potro que descansaba su cabeza sobre el muslo de Rosa.

Ella lo miró en estado de shock. "¿Cómo... lidiaste con eso?"

Su mirada finalmente se conectó con la de ella. "La muerte es algo que se da por sentado y aprendes a acostumbrarte a ella desde joven. Es todo lo que puedes hacer".

"¿Es por eso que los agricultores nunca lloran?"

Jason apretó los labios y miró hacia otro lado, apoyando una rodilla sobre ella para apoyar el brazo. Se quedó callado un momento, con la mirada pensativa. "No diría que nunca. Simplemente no desperdiciamos nuestras lágrimas en alguien que no significa el mundo para nosotros".

Había algo tan sencillo y a la vez tan increíblemente íntimo en sus palabras que Rosa de repente se sintió tímida al sentarse a su lado y, en consecuencia, muy consciente de que en ese momento era un hombre. Con su fuerte torso desnudo, la extraña cicatriz en su piel bronceada, el juego de los poderosos músculos de sus hombros y brazos al moverse, se sintió nerviosa y nerviosa.

Miró al potrillo dormido a su lado y le acarició suavemente el cuello, apretando los labios para que sus manos dejaran de temblar. "Las operaciones no son como la agricultura", murmuró en

voz baja. "Nunca antes había sentido que un cuerpo se enfriara bajo mis manos". Pensó un momento antes de continuar: "Aunque no puedo decir lo mismo de mi madre. Nunca me lo ha explicado, pero a veces la he visto llegar a casa pálida y desorientada. Le afecta mucho cada vez que una operación sale mal, e intenta ocultárselo a mi hermana y a mí. Aunque es poco probable, espero no experimentar eso nunca cuando opere".

Él se movió a su lado y preguntó en voz baja: "¿Sucedió a menudo?"

Ella negó con la cabeza. "No, gracias a Dios. La última vez que recuerdo que ella volviera a casa así fue hace casi una década".

Jason se quedó en silencio a su lado y ella levantó la vista para observar sus rasgos. Aunque tenía los ojos abiertos, su mirada estaba perdida, su mente en otra parte. Ella frunció el ceño al ver esa expresión, una que nunca antes había visto en su rostro.

"¿Jason?"

Cuando escuchó que lo llamaban por su nombre, pareció salir de sus pensamientos y su mirada empalagosa se fijó en sus ojos color zafiro. Por un momento no hicieron nada más que mirarse el uno al otro, con las caras a unos centímetros de distancia. Sus ojos recorrieron lentamente sus rasgos, sus cejas se juntaron cuando vio el moretón amarillo a lo largo de su mandíbula antes de regresar a su mirada brillante. Sus ojos profundos se oscurecieron y parecía que estaba a punto de decirle algo antes de que de repente decidiera no hacerlo y mirara al potrillo dormido.

"Tendrás que pensar en un nombre para él."

Rosa parpadeó ante el repentino cambio de conversación, pero también miró al potrillo. "No sé cómo llamarlo. No puedo imaginarlo como un semental joven y fuerte cuando su pequeño cuerpo está acostado sobre mí de esta manera. Es un bebé tan pequeño". Acarició su pelaje con cariño y luego agregó en voz baja: "Es triste que el parto haya ido tan mal".

Jason suspiró y apoyó la cabeza contra la pared del cubículo. "Eso pasa. Tuvo suerte, eso seguro".

—Lucky...

—murmuró Rosa mientras pasaba las puntas de los dedos por la blanca nieve de su rostro. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios cuando él dio un suave suspiro de satisfacción y se volvió para mirar a Jason

— Eso es todo. Lo llamaré Lucky.

Capitulo 14

-Está bien, dame tu opinión sincera.

"¿Acerca de?"

Massimo le lanzó una mirada inexpresiva a la mujer que caminaba a su lado.

—La comida

—insinuó, alzándola las cejas.

Paula miró hacia un lado, ajustándose más la chaqueta alrededor de la cintura mientras observaba el parque por el que caminaban. "No tenía nada de malo", respondió.

La miró fijamente por un momento, sus rasgos oscuros iluminados por las luces del parque. "¿En serio?", preguntó.

Ella asintió con la cabeza. "Sí."

"Pero parecía que lo comías muy lentamente", afirmó mientras observaba sus rasgos con atención.

Sus ojos oscuros finalmente se conectaron con los de él y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. "Estuvo bien", insistió.

En ese momento, él la miró enarcando sus rubias cejas y, cuando quedó claro que ella no iba a decir nada más, se encogió de hombros y se giró para mirar hacia delante. "Qué curioso", murmuró mientras continuaban su paseo por el parque.

"¿Qué?"

—La única razón por la que pasamos tiempo juntos es para conocernos mejor, y aun así me estás mintiendo. Eso no se ve muy bien en mis libros

—bromeó, mirándola con un brillo travieso en su mirada gélida.

Paula le frunció el ceño. "No miento. Dije que estaba bien".

"Pero no lo disfrutaste", la instó a admitir, y después de un momento de mirarse fijamente, ella finalmente lo admitió.

"No fue la comida más memorable que he probado", murmuró, mirando hacia un lado.

Massimo sonrió y se atrevió a rodearle la cintura con un brazo, acercándola a su costado. "Bueno, no puedo culparte por ser tan quisquillosa con la comida. Especialmente después de haber tenido la oportunidad de probar la comida de tu chef yo mismo".

Paula intentó ignorar el calor que se extendió por todo su cuerpo cuando él la rodeó con el brazo y sonrió. "Ah, sí. Martin. Ese hombre está casado con su cocina".

—Entonces supongo que no tenía esposa, ¿no?

Ella sacudió la cabeza y se rió entre dientes. "No, aunque mi madre y mi hermana están trabajando en ello".

—¿Ah, ¿sí? ¿Y se trata de algún tipo de misión secreta o se me permite participar en ella?

—preguntó en tono desenfadado.

Ella sonrió ante sus palabras y le hizo un breve resumen de lo que su madre y su hermana habían planeado para el pobre chef que había trabajado para ellas durante casi treinta años. Eso y su progreso, o aparente falta de él.

Mientras ella hablaba, Massimo la miró y se sintió embelesado por cómo sus ojos oscuros parecían brillar con una felicidad que rara vez se reflejaba en su rostro. Cuando terminó su explicación, Massimo dijo en voz baja: "Pareces querer mucho a tu familia".

Ella lo miró, sus rostros separados por centímetros. "Si", respondió sin dudarlo. Se miraron a los ojos por un breve momento antes de que él volviera a mirar hacia adelante. Paula frunció el ceño ante su silencio. "¿No te gusta la tuya?", preguntó con cautela, tomando nota de la mirada sombría en sus ojos.

La mirada de Massimo se posó en ella por un momento y luego se encogió de hombros.

—Oh, supongo que amo a mis padres tanto como cualquier niño debería amarlos. Pero no lo sé. Mi dinámica familiar es simplemente... diferente a la tuya, supongo. Al igual que tu chef, mi madre está casada con su trabajo y solo tiene tiempo para mí cuando quiere que haga algo por ella.

Paula entreabrió los labios, un poco sorprendida de que él le hubiera admitido algo así. Observó la minúscula presión de su mano en su cintura y la tensión en sus hombros. Era evidente que a él no le gustaba el tema que estaban discutiendo, y su mente se remontó a su cumpleaños y al evidente asombro en su rostro cuando ella le había dicho que iba a pasar el día con su familia.

Con una madre tan adicta al trabajo, probablemente nunca vivió plenamente la celebración de un cumpleaños rodeado de sus seres queridos. Por eso, es más que probable que esperara que ella fuera como su madre y antepusiera el trabajo a la familia.

Su expresión se suavizó con compasión mientras lo miraba, y aunque sabía que era un tema delicado, se encontró preguntando con una voz inusualmente suave: "Y... ¿tu papá?"

Él nunca le mencionó a su padre, y ella esperaba no haber excedido su límite al preguntarle eso.

Afortunadamente, Massimo no pareció demasiado afectado por su pregunta. Se limitó a encogerse de hombros y dijo: "Sigue casado con mi madre, pero no lo veo mucho desde que me mudé".

Ella se sorprendió por esa respuesta: “¿Vives solo?”

Los labios de Massimo se curvaron un poco hacia arriba ante su sorpresa. "Sí."

Aunque hoy en día era habitual que los niños se fueran de casa en cuanto alcanzaban la mayoría de edad, esto siempre era algo que desconcertaba a Paula. ¿Por qué alguien querría salir al mundo a luchar por su cuenta sólo por el bien de la independencia? Para ella, eso parecía más un tiro en el pie que otra cosa. La vida ya era bastante difícil. ¿Por qué hacerla aún más difícil a propósito?

—No lo hagas…

—hizo una pausa, descubriéndose demasiado preocupada por el hombre que estaba a su lado

como para que no fuera cada vez más obvio.

—¿No hago qué?

—preguntó, mirándola fijamente mientras sus labios se retiraban para revelar sus hermosos dientes blancos.

Ella dudó un momento y sus ojos se posaron en el suelo. Sus mejillas se pusieron un poco Rosadas cuando respondió: "¿No te sientes solo?"

Entonces giró completamente su rostro hacia ella y le dedicó una sonrisa pícara. "En absoluto. Siempre he tenido muchas mujeres para hacerme compañía".

Aunque lo había dicho en broma, no fue recibido de la misma manera. La mirada preocupada de Paula se transformó en una mirada acalorada, una mirada de insulto que estropeó sus hermosos rasgos. Ella le dio un codazo en el costado con fuerza y él gruñó, aflojando su agarre sobre ella. Pero antes de que ella pudiera salir de su alcance, él pudo recuperarse y rápidamente la atrajo hacia sus brazos.

—Oye, oye. Sólo estoy bromeando

—dijo cuando sintió que ella luchaba contra él.

—Suéltame

—siseó ella en voz baja, mientras sus ojos oscuros lo miraban con crueldad.

Se detuvo al ver la expresión de desdén en su rostro, pero sus dedos se clavaron en sus brazos para mantenerla en su lugar. "En serio, fue solo una broma. Por favor, no pelees conmigo, Gruñona. No en nuestra primera cita", murmuró y apoyó la frente contra su hombro.

Paula apretó los labios hasta formar una fina línea, pero dejó de forcejear. Quería corregirlo diciéndole que no era una cita, pero sentía que, si decía algo en ese momento, no sería un buen augurio para ninguno de los dos.

Aunque sin saberlo, Massimo había tocado una fibra sensible en ella, y necesitaba un momento para ordenar sus pensamientos.

Ella sintió que él la acercaba un poco más a su cálido pecho.

—Di algo, por favor

—murmuró, con la cabeza todavía apoyada en su hombro mientras sus pulgares comenzaban a trazar pequeños círculos en sus brazos.

La suave caricia de su tacto sacó a Paula de su postura defensiva y relajó lentamente sus hombros tensos con un suspiro. "No pelearé contigo mientras no vuelvas a hacer ese tipo de comentarios a mi alrededor. No me gustan".

Él se apartó un poco de ella y levantó una ceja, con un brillo travieso en los ojos. "¿Por qué? ¿Alguien está celosa?"

Ella le lanzó una mirada dura, nada divertida. "No me gustan, porque no estoy de acuerdo con esa forma de vida. La lealtad debería darse por sentada en cualquier caso", afirmó en tono punitivo, mientras sus ojos recorrían su cuerpo de arriba abajo como si se estuviera refiriendo a él en ese momento.

Massimo echó la cabeza hacia atrás como si ella lo hubiera golpeado físicamente, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. "Oye, no digo que yo sea así", se defendió al instante. "Fue solo una broma. Además, esas... reuniones normalmente son solo para divertirse un poco. Nadie espera una propuesta de matrimonio. Es solo por placer; sin condiciones".

"Lo sé", se burló,

"pero no significa que tenga que estar de acuerdo con ello".

Él la miró con el ceño fruncido. Está bien, pero ¿por qué te enojas tanto por eso? No es que te importe lo que hagan los demás. Es una diversión inofensiva".

La postura de Paula cambió por completo y él pudo sentir cómo sus músculos se tensaban bajo sus manos.

—¿Inofensiva?

—dijo en voz baja y fría, sus ojos oscuros brillaban con una llama que hacía que su mirada pareciera febrilmente brillante.

Massimo la miró fijamente, completamente inmóvil, mientras ella continuaba con una voz que rivalizaba con el fuego del infierno a pesar del tono gélido. "Todo tiene un efecto dominó, ¿sabes?", se burló. "Puede parecer inofensivo en el momento. Puede parecer que es solo por placer sin ningún tipo de ataduras, pero nunca se sabe que un día, años después, alguna niñita puede resultar terriblemente herida al darse cuenta de que no fue más que un accidente no deseado".

En un instante, el fuego de sus ojos se congeló y el color que había subido a sus mejillas en el calor de su discusión se desvaneció para dejar una tez pálida a su paso. Sus ojos oscuros se abrieron, sus labios se separaron y de repente parecía la niña herida de su analogía.

Massimo la miró, sorprendido por un momento, antes de que su expresión se suavizara. Separó los labios, a punto de decir algo, pero ella no le dio la oportunidad, lo empujó lejos de ella y comenzó a caminar por el sendero a paso rápido, parpadeando con fuerza para contener las lágrimas.

Oyó que sus pasos se aceleraban detrás de ella hasta que sintió que su brazo rozaba el suyo. Mantuvo la mirada fija en el suelo, con las manos apretadas en puños y apretó los dientes con tanta fuerza para contener las lágrimas que empezó a dolerle la mandíbula. Oyó que el hombre que estaba a su lado soltaba un profundo suspiro antes de que dijera algo extrañamente tierno: "Mira, lo siento. Es evidente que es un tema delicado para ti y te pido disculpas por mi insensibilidad".

Paula no lo miró, pero asintió con la cabeza. "Sí, bueno, ahora sabes lo que pienso al respecto, así que te agradecería que no volvieras a mencionar el tema".

"Por supuesto."

Se quedaron en silencio mientras continuaban por uno de los numerosos senderos sinuosos del parque. Las luces proyectaban un cálido resplandor sobre los bancos y la naturaleza, y casi daban la ilusión de estar a kilómetros de la bulliciosa ciudad de Nueva York.

Pero Paula ya no tenía ganas de seguir conversando, pues sabía que acababa de revelarle al hombre que caminaba a su lado un secreto tan profundo que nunca salió de sus labios. La

atmósfera entre ellos se había transformado en algo mucho menos jovial y su corazón latía con fuerza en su pecho, sus dedos temblaban levemente y su cuerpo deseaba cualquier forma de escapar.

Y entonces, miró el delicado reloj de oro que llevaba en la muñeca y dijo en un tono que le pareció patéticamente tímido pero que no parecía poder arreglar: "Será mejor que me vaya. Se está haciendo tarde y mañana tengo una reunión temprano".

La mirada gélida de Massimo se posó en ella y se dio cuenta de que ella seguía evitando su mirada. Asintió y les hizo un gesto para que cambiaran de dirección. "Te acompañaré hasta tu auto".

No cruzaron más palabras y regresaron al restaurante, donde ella había aparcado su coche. Él le abrió la puerta mientras ella se sentaba en el asiento del conductor y se abrochaba el cinturón antes de que el motor arrancara.

Finalmente, sus ojos oscuros se alzaron para encontrarse con los de él y habló con una voz que casi no sonaba como la suya: "Gracias por la hermosa velada, Massimo".

Sus cejas se fruncieron, sabiendo que la velada no había sido nada agradable en los últimos minutos, pero no dijo nada al respecto. En cambio, asintió con la cabeza y cerró la puerta una vez que ella bajó la ventanilla. "Avísame cuando hayas llegado a casa".

Ella lo miró fijamente por un momento, la sorpresa revoloteó en su mirada color chocolate oscuro antes de ofrecerle una pequeña sonrisa, un diminuto toque de color regresó a sus mejillas cenicientas. "Lo haré".

Él asintió y dio un paso atrás, observándola salir del estacionamiento antes de correr por la calle a una velocidad bastante insegura, con una expresión pensativa frunciendo el ceño.

……

Paula apretó los dientes mientras conducía por las calles tranquilas que la llevaban fuera de Nueva York. La música sonaba a todo volumen en el sistema de sonido de su coche, pero no escuchó ni una palabra de la canción mientras pisaba a fondo el pedal, la potencia del coche la empujaba hacia atrás en el asiento mientras avanzaba a toda velocidad por la carretera.r

Las lágrimas se acumularon en sus ojos, pero ella se negó a dejarlas caer, sabiendo que era más fuerte que eso.

No esperaba que su conversación se adentrara tan rápidamente en un terreno tan peligroso y se culpó a sí misma por desenterrar el esqueleto que había enterrado hacía tantos años. Era joven, ni siquiera púber, cuando se dio cuenta de la horrible verdad de su vida.

Hasta entonces, nunca se le había ocurrido que en realidad había sido concebida gracias a una aventura de una noche. Siempre supo que Sofia era su tía y no su madre, y que Alejandro era su verdadero padre. Pero nunca lo asimiló hasta que tenía unos diez años y empezó a aprender sobre las costumbres del mundo.

Supuso que le habría afectado más si Sofia no la hubiera amado como si fuera su propia madre y su padre, aunque fue inesperada, la amó como si hubiera estado con ella todo el tiempo.

Pero el hecho seguía siendo el mismo: había sido un accidente.

El hecho de que no hubiera sido planeada, de que su concepción no fuera entre dos personas que se amaban y querían formar una familia, hizo que un dolor amargo se apoderara de su pecho. No sólo eso, sino también la posibilidad muy real de que hubiera sido abortada...

Un escalofrío le recorrió la columna y apretó el volante con más fuerza mientras los árboles y el follaje pasaban rápidamente ante su vista.

Esa fue una cicatriz que no le dejó saber a nadie. Sabía desde pequeña los sacrificios que había hecho su tía para cuidar de ella. Sabía que cuando era niña habría sido mucho más fácil para Sofia dejarla en el orfanato más cercano y olvidarse de ella.

Pero no lo hizo.

En lugar de eso, su tía la acogió, la crió como si fuera su propia hija y, en algún momento, conoció a su padre biológico, con quien su tía se casó poco tiempo después.

Si no fuera por Sofia, nunca habría conocido a ninguno de los familiares que tenía ahora, y por eso nunca le dijo a nadie lo que sentía. No quería parecer desagradecida, no después de todo lo que su tía había hecho por ella para protegerla de esa dura realidad. No. En cambio, se sumergió de cabeza en todo lo que le pidieron, para que Sofia nunca, ni por un segundo, deseara haberla dejado a merced de extraños.

Ella fue un accidente, pero se negó a ser un fracaso.

Por eso resistió la tentación de ceder a la atracción física de Massimo. Aunque la habían educado para valorar su pureza, no era la única razón por la que lo hacía, aunque esta razón era mucho más subconsciente y rara vez pensaba en ella.

La verdad es que no quería que su hijo pensara un día que él o ella tampoco había sido deseado. Que ella había sido egoísta en ese momento, que solo se preocupaba por sus propios deseos y nada más. Que solo quería un poco de "diversión".

Ella se burló de la idea, como si no hubiera suficiente entretenimiento en el mundo.

Ése era el problema de la gente hoy en día. Eran tan egoístas que ya ni siquiera se preocupaban por sus propios hijos, llegando al extremo de deshacerse de ellos incluso antes de que nacieran porque no sentían las consecuencias de sus actos.

Paula se obligó a respirar profundamente y aflojó el agarre del volante, quitando el pie del acelerador. Supuso que no podía ser demasiado dura con su padre. Sabía que la amaba con todo su corazón y que no había sido culpa suya no saber nada de ella durante los primeros años de su vida.

Pero ¿qué pasa con todos esos otros niños que no tuvieron tanta suerte como ella? ¿Los que no tuvieron una tía maravillosa que hizo todo lo posible por protegerla y protegerla?

Sin mencionar los millones de personas que nunca tuvieron la oportunidad de respirar por primera vez.

El pensamiento petrificante, el que dejó a Paula sintiéndose como hielo en el mismo centro de la médula de sus huesos, era que ella misma fácilmente podría haber sido uno de ellos.

Teniendo en cuenta la reputación de su madre, de la que había oído hablar a menudo al hablar

con Martin, tenía la sensación de que lo habría sido si su padre no hubiera sido tan rico. Y no pudo evitar preguntarse: ¿qué habría pasado si alguna vez hubiera tenido otros medios hermanos que no hubieran tenido tanta suerte como ella, porque no habían sido engendrados por un hombre rico?

Fue un pensamiento que la dejó enferma del estómago.

Pronto, las grandes y pesadas puertas de hierro de su casa aparecieron a la vista y ella le hizo un pequeño gesto al guardia de seguridad cuando la puerta se abrió para ella. Bajó el volumen de la música que salía de sus altavoces hasta que se oyó un suave latido mientras se detenía frente a su casa y sacaba su teléfono para enviarle a Massimo un mensaje rápido de que había llegado a casa sana y salva.

Escuchó que la puerta de su auto se abría y una voz profunda dijo: "Espero que haya pasado una buena velada, señorita Paula".

Ella levantó la vista y le sonrió al viejo chofer. "Sí, gracias, Oliver".

Él asintió y le permitió que se sentara antes de ocupar su lugar en el auto para llevarlo al garaje. Ella guardó su teléfono en su cartera y subió los escalones hacia la puerta principal, pero se detuvo antes de entrar. En cambio, encendió la cámara de su teléfono para observar su apariencia.

Su piel todavía estaba un poco pálida y sus ojos estaban un poco más abiertos de lo normal. Murmuró para sí misma y rápidamente se pellizcó las mejillas para recuperar un poco de color antes de agarrar el frío metal de la manija de la puerta.

Cuando entró, lo primero que notó fue una figura que se dirigía hacia ella y sonrió cuando vio quién era.

"Hola, mamá", dijo, tomando nota de las pequeñas líneas de estrés que se formaban en el bonito rostro de su madre.

Sofia le ofreció una pequeña sonrisa como respuesta, sus ojos oscuros recorrieron instantáneamente su rostro y su cuerpo. "Hola, cariño. ¿Tuviste una velada agradable?"

Paula asintió con la cabeza. "Sí, lo hice. Y Martin estará encantado de saber que nadie puede superar su cocina".

Sofia observó a la mujer mayor reírse entre dientes, sacudir la cabeza y ajustarse la bata alrededor de la cintura. "Creo que él ya lo sabe", respondió Sofia antes de dudar, frunciendo ligeramente el ceño. "Um, ¿Massimo fue... bueno contigo?"

Los ojos de Paula se suavizaron.

—Sí, mamá. Fue un perfecto caballero. Pagó la cuenta y todo.

Sofia asintió con la cabeza, pero su mirada pareció desenfocarse por un momento.

—Bien. Eso es muy bueno

—murmuró.

El silencio se hizo entre ellas por un breve segundo antes de que la mujer mayor pareciera salir de la confusión en la que se encontraba y mirara a su hija mayor con una mirada preocupada

— Solo quería pedirte que fueras a ver cómo está tu hermana por mí.

La joven arqueó las cejas sorprendidas. "¿Por qué? ¿Dónde está?"

—En los establos

—suspiró Sofia

— Hubo un parto difícil y ella y Jason están sentados con el potrillo huérfano. Esperaba que ya estuviera aquí.

Los rasgos de Paula se hundieron en la tristeza al pensar en el pequeño potrillo y asintió con la cabeza. "Está bien", dijo y observó a su madre juguetear con los adornos de su vestido de seda.

Sofia jadeó un poco sorprendida cuando sintió que unos brazos la rodeaban de repente y vio a su hija mayor apoyar la cabeza en su hombro por un momento antes de alejarse. "¿Por qué fue eso?", preguntó, un poco sorprendida por la repentina muestra de afecto.

Pero ella simplemente sonrió y sacudió la cabeza. "No hay razón. Iré a averiguar dónde está Rosa", dijo y caminó por el pasillo hacia la puerta trasera.

……

"¿Jason?"

El suave sonido de su nombre sacó al hombre de su sueño, y entrecerró los ojos ante la luz mientras miraba hacia arriba para ver a alguien mirándolo.

Parpadeó y su mente medio dormida tardó un momento en reconocer el rostro. Cuando lo hizo, todo su cuerpo se tensó y de inmediato levantó la cabeza. "¿Señorita Paula?", preguntó con un tono de voz más profundo debido a la somnolencia.

Intentó enderezar su postura, pero entonces se dio cuenta de que un peso se había posado sobre su hombro. Lo miró y, de inmediato, sintió calor en todo el cuerpo cuando notó que Rosa dormía profundamente contra él, con una mano apoyada en su muslo cubierto por los jeans.

Entonces, los recuerdos de la noche volvieron a él: el parto que había salido mal, Rosa quedándose con él para ayudar a cuidar al potrillo, el señor Green que vino un poco más tarde para ver qué estaba tardando tanto y Rosa que le pidió quedarse unas horas más. Supuso que se habían quedado dormidos uno junto al otro después de la última toma.

Estaba agradecido de que la temperatura hubiera bajado un poco para poder volver a ponerse la camisa antes de que el señor Green viniera a buscar a su hija. Estaba seguro de que los acontecimientos de la noche habrían terminado de manera muy diferente si lo hubiera sorprendido medio vestido con su hija nuevamente.

"¿Qué hora es?" preguntó con voz suave.

Paula miró su reloj. "Casi medianoche".

Jason parpadeó ante esa respuesta. Era extraño que ambos se quedaran dormidos cuando técnicamente era temprano. Pero, supuso, había sido una noche difícil. Volvió a mirar a la mujer que tenía delante y se fijó en su atuendo y su rostro maquillado. Rosa le había dicho que iba a tener una cita. Debía haber regresado y venido a buscar a su hermana.

Eso le hizo darse cuenta de que debía despertar a la mujer que dormía junto a él. Aunque no

quería hacerlo, disfrutando egoístamente de la sensación de tenerla descansando junto a él, le dio una pequeña sacudida en el hombro.

Ella murmuró y hundió más la cara en su hombro, moviendo la mano hacia la parte interna de su muslo. Él se aclaró la garganta para disimular el calor incómodo que le apuñalaba las mejillas y la sacudió un poco más fuerte. "Señorita Rosa".

Se despertó sobresaltada, con un suave resoplido escapando de sus labios mientras levantaba la cabeza de golpe. "¿Eh? ¿Qué…?", murmuró, con una expresión de total desorientación mientras parpadeaba un par de veces para permitir que sus ojos se acostumbraran a la luz. Cuando se dio cuenta de dónde estaba y notó que el pequeño potrillo se movía contra ella, reprimió un bostezo detrás de su mano. "¿Es hora de alimentarlo otra vez?", preguntó, levantando los brazos por encima de su cabeza para estirar la espalda.

"Creo que es hora de que te vayas a la cama."

La inesperada voz femenina hizo que Rosa se congelara en medio del estiramiento y levantó la mirada para encontrarse con la mirada color chocolate de su hermana. Parpadeó y todos los rastros de sueño se desvanecieron mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro. "Oh, Izzy. ¡Has vuelto!"

Paula asintió con la cabeza. "Sí, y mamá cree que ya es hora de que entres".

La hermana menor se detuvo ante esas palabras y dejó caer los brazos a los costados. "No puedo. Tengo que ayudar con la alimentación", dijo, haciendo un gesto para que el potrillo levantara su cabecita para mirarlos.

Jason negó con la cabeza. "Está bien. Puedo manejarlo. Será mejor que regreses".

"Pero-"

"Estaré bien. No es un animal difícil", dijo, y ambos miraron al pequeño potrillo, que los miraba parpadeando adormilado.

Volvió a mirar a Jason cuando sintió que se ponía de pie y sonrió cuando él se inclinó para ofrecerle la mano. Puso su mano en la de él y sintió que él la levantaba con facilidad, sujetándole la mano un segundo más de lo necesario.

El potrillo se puso de pie y parecía más fuerte que desde la última vez que lo habían alimentado. Rosa se giró para mirarlo y se agachó un poco para sostener su carita entre sus manos. "Duerme bien, Lucky. Te veré por la mañana, ¿de acuerdo?"

El potrillo simplemente parpadeó y sacó su pequeña lengua Rosada en busca de leche de su mano. Rosa sonrió y le acarició el hocico antes de enderezarse y mirar a Jason. "¿Estás seguro de que puedes hacerlo?"

Sus labios se curvaron ligeramente hacia el lado derecho y su mirada empalagosa se suavizó con humor. "Sí".

Ella asintió. "Muy bien, buenas noches entonces".

—Buenas noches

—respondió con voz profunda. Ella lo miró por un momento y sus miradas se cruzaron de una manera que dejó a Rosa nerviosa. Apartó la mirada rápidamente y siguió a su hermana fuera del

cubículo, caminando por el pasillo hasta que finalmente salieron del edificio.

Cuando el aire del verano, con un inusual toque de frío que antes no estaba allí, golpeó a Rosa, ella se despertó completamente y le sonrió a su hermana, dándole un codazo juguetón.

"¿Entonces, ¿cómo estuvo?"

Paula negó con la cabeza. "Estuvo bien".

Su mandíbula se aflojó. "¿Bien? No lo puedo creer. ¿Ni siquiera un pequeño beso de despedida?"

Observó cómo los labios de su hermana mayor se curvaban un poco ante la pregunta. "No".

"Bueno, entonces ustedes dos sí que son aburridos".

Paula la miró a los ojos con un brillo burlón.

—Y puedo decir lo mismo de ti y de Jason.

Rosa sintió que el pánico se apoderaba de su cuerpo al pensar que sus sentimientos podían ser descubiertos, y necesitó de toda su autodisciplina para cambiar su expresión a una de indiferencia. "Eso es porque no hay nada entre nosotros".

Paula la miró enarcando una ceja y una sonrisa curiosa se dibujó en sus labios. Se giró para mirar hacia delante y Rosa apenas había soltado el suspiro de alivio que se le había quedado atascado en los pulmones cuando escuchó a su hermana decir en voz baja lo que la dejó atónita.

"No es lo que parecía antes de despertarte."

Capitulo 15

"Señorita Green, Massimo Abruzzi está aquí para verla".

Paula se detuvo ante las palabras de su asistente y miró lentamente hacia la máquina. Frunció el ceño y sintió un nudo en el estómago. Sus pensamientos volvieron a la noche anterior y a la conversación que habían tenido.

Para ser sincera, le sorprendió que él hubiera venido a verla. Después de esa pequeña escena que había creado, pensó que se habría ido a las colinas.

Después de todo, a nadie le agrada una persona con problemas.

Cerró el archivo en sus manos y se inclinó hacia la máquina para presionar el botón. "Hazlo pasar, Martina".

Dejó el expediente sobre su escritorio y levantó la vista cuando oyó que se abría la puerta de su despacho. El dolor de estómago se intensificó cuando vio al hombre que entró, que lucía excepcionalmente atractivo con un traje azul marino oscuro que resaltaba la intensa frialdad de su mirada, que estaba fija en ella.

"Hola, Gruñona", dijo Massimo con una pequeña sonrisa mientras caminaba hacia ella.

El apodo que antes la irritaba tanto no parecía tener el mismo efecto en ella esta mañana. De alguna extraña manera, incluso alivió sus músculos tensos, pero, aun así, hizo un esfuerzo consciente para no mostrar su nerviosismo.

—Buenos días, Massimo

—respondió ella, bajando sus ojos oscuros para notar una caja en su mano antes de volver a mirarlo a los ojos

— ¿Qué te trae por aquí?

Le dedicó otra pequeña sonrisa y se sentó frente a ella. "Sé que no querías volver a mencionarlo, pero sólo vine aquí para disculparte por mi comportamiento de anoche", dijo y dejó la caja sobre el escritorio.

Los ojos de Paula se abrieron de par en par por la sorpresa ante sus palabras y, cuando bajó la mirada, se dio cuenta de que se trataba de un surtido caro de chocolates. Inmediatamente se sonrojó y se movió en su asiento, sintiéndose de repente bastante tímida ante su mirada. "No tenías por qué hacer eso. Yo... tampoco debería haber hecho tanto alboroto por eso".

Massimo se encogió de hombros y se sentó en su silla, estirando sus largas piernas frente a él. "Aun así, quiero compensarlo".

El corazón de Paula se calentó al oír sus palabras y le ofreció una sonrisa tímida, algo poco habitual en él. "Gracias".

Señaló la caja con un gesto. "Por supuesto, puedes comerte una ahora. Sé lo mucho que te gusta tu dosis matutina de azúcar".

Una risa suave escapó de sus labios mientras lo miraba. "Así que finalmente te he convencido de

las costumbres de la alimentación poco saludable, ¿no?"

Massimo le devolvió la sonrisa. "No, en absoluto, pero lo permitiré esta vez".

Paula se rió entre dientes y sacudió la cabeza mientras tomaba la caja y la abría. "Lo siento, pero si aún quieres hablar conmigo, tendrás que permitírmelo cada vez o verás mi naturaleza realmente gruñona".

Se llevó la mano a la frente e infló las mejillas para dar una expresión de cansancio. "Oh, muchacho. No podemos permitir eso. Apenas puedo soportarte, así como estás".

Aunque no era la broma más divertida del mundo, por alguna extraña razón Paula no pudo evitar reírse. Sacudió la cabeza y eligió un pequeño chocolate en forma de corazón. "Eres otro personaje, Massimo", se rió entre dientes mientras lo desenvolvía.

—Siempre y cuando no te importe mi carácter

—respondió él, mirando cómo su bonito rostro se sonrojaba de un delicado tono Rosado.

Se lamió los labios y desvió la mirada hacia el chocolate que tenía en la mano. "Creo que me estoy acostumbrando".

……..

Los días transcurrían lentamente a medida que se acercaban las fechas del aniversario de bodas de Alejandro y Sofia Green. Por fin se había llegado a un acuerdo sobre el menú y Lesley tenía mucho trabajo por delante para asegurarse de que todos los planes estuvieran listos para el día que se acercaba.

Era una cálida tarde de domingo cuando Paula se encontró sentada en la cocina con su madre y su hermana, todas saboreando tarrinas de helado. Había pasado una semana desde que ella y Massimo habían empezado a hablarse sin que uno intentara asesinar al otro, e Paula no parecía poder dejar de pensar en su drástico cambio cada vez que su mente se tomaba un respiro de su apretada agenda. El hombre machista y arrogante que conoció al principio había desaparecido y un caballero amable y considerado había ocupado su lugar.

Sin embargo, el dramático cambio de personalidad de él, aunque muy bien recibido, no le sentó muy bien.

Era casi demasiado bueno para ser verdad.

—Entonces, ¿las chicas tienen compañeros para la fiesta del próximo fin de semana?

—preguntó Sofia mientras miraba la hoja de papel que contenía los nombres de los invitados que habían aceptado asistir. Miró a su hija mayor, apretó los labios en un gesto de contemplación por un momento y luego dijo en voz baja:

—Eres bienvenida a invitar a Massimo.

Paula hizo una pausa mientras se llevaba una gran bola de helado a los labios y miró a su madre, completamente sorprendida. Durante las últimas dos semanas, había tenido la impresión de que su madre no se sentía del todo cómoda con Massimo. Por lo tanto, el hecho de que ella se ofreciera a invitarlo a la fiesta no era algo que Paula hubiera esperado.

Sin embargo, un repentino rubor floreció en sus mejillas y rápidamente arrojó la cucharada de helado que tenía en la cuchara de nuevo al recipiente. "Tendré que ver si está disponible".

—Oh, definitivamente estará disponible para ti

—bromeó Rosa y le dio un codazo con el hombro.

Paula frunció el ceño y golpeó el brazo de su hermana con el dorso de la mano. "Basta".

—¿Y tú, Rosa?

—preguntó Sofia tras observar con una sonrisa las bromas juguetonas de sus hijas.

Los ojos color zafiro de la joven se posaron en la mirada de su madre y ella negó con la cabeza al instante. "No. Voy a ir sola".

Las cejas de Sofia se alzaron un poco sorprendida. "Pensé que ibas a salir con Liam. ¿No te lo había pedido el fin de semana pasado?"

—No

—respondió Rosa con el ceño fruncido

— Al menos, todavía no. No creo que tuviera realmente ninguna posibilidad. Con el accidente y todo eso. Pero no importa si la tiene o no. Seguirá ahí de todas formas. Después de todo, tú y papá sois muy buenos amigos de sus padres.

-Supongo. ¿Pero no quieres un compañero?

¿A quién podría preguntarle?

—Jason

—murmuró Paula, ocultando el nombre tras una tos.

Rosa se sonrojó y le lanzó a su hermana una mirada de advertencia antes de mirar a su madre. "Tendré que pensarlo".

Sofia asintió y tomó el periódico del mostrador antes de ponerse de pie. "Está bien, solo avísale a Lesley cuando hayas tomado una decisión. Quiero asegurarme de que haya suficientes asientos para todos".

—Hola, hablando de tu aniversario, mamá

—empezó Paula, haciendo que la mujer mayor se detuviera para mirarla

— ¿Adónde irán tú y papá en su segunda luna de miel?

"Mauricio", respondió Sofia con una sonrisa.

—Y… ¿podemos esperar que de aquí salgan hermanos?

—insinuó Rosa con una sonrisa sugerente.

Una risa melodiosa salió de los labios de Sofia mientras sacudía la cabeza. "Oh, Dios mío, no".

—¿Por qué no?

—preguntó Paula con el ceño fruncido

— Sólo tienes cuarenta y cuatro años. Aunque es un poco arriesgado, con la medicina actual aún podrías tener un hijo perfectamente sano.

—Ya las tengo ha ustedes dos, y ambos me habéis dado suficientes canas

—fue su inteligente respuesta.

Rosa imitó la expresión seria de su hermana. "Pero... ¿no quieres tener un hijo propio?"

Por un momento, la sala quedó en silencio y las dos jóvenes observaron cómo una expresión pensativa se apoderaba del rostro de su madre. Finalmente, Sofia suspiró y lentamente se sentó de nuevo en su silla. El repentino cambio de disposición hizo que sus hijas se sentaran más erguidas en sus asientos, con sus miradas fijas en ella.

Sofia se quedó callada un buen rato, mirando el tarro de helado vacío que tenía delante. Apretó los labios y luego miró lentamente a las dos jóvenes que estaban frente a ella. "Nunca pensé que algún día tendría una familia propia", empezó a decir en voz baja mientras su mirada se dirigía a su hija mayor. "Mi único objetivo era mantenerte, Paula. Nunca tuve tiempo para pensar en mis propios deseos y sueños. De todos modos, nunca me gustó mucho la idea del matrimonio. Es decir, hasta que conocí a Alejandro".

Bajó su mirada oscura hacia la mesa y sus labios se estiraron en una pequeña y tierna sonrisa. "Y luego me casé con él y.… por primera vez en mi vida, tuve una idea de cómo sería tener mis propios hijos con el hombre que amo. Pero... nunca sucedió".

—¿Por qué no?

—preguntó Paula en voz baja, viendo como el dolor se hacía más evidente en el rostro de su madre.

Sofia se tragó la sensación de opresión en la garganta y continuó:

—Tu padre y yo lo intentamos durante un tiempo, pero cuando fue evidente que no podía quedar embarazada, nos hicimos pruebas.

—Apretó los labios con fuerza por un momento, el papel se arrugó entre sus dedos por el agarre con el que lo sostenía

— Cuando era joven, sufrí mucho... estrés. Desafortunadamente, eso provocó un problema que pasó desapercibido durante demasiado tiempo y me hizo quedar... estéril

—dijo con la voz entrecortada.

Sus dos hijas soltaron un grito ahogado: "¿Pero ¿qué pasa con la cirugía o los medicamentos? ¿No se puede arreglar?".

—Desafortunadamente no. Tu padre y yo tuvimos que aceptar que nunca lo sería.

Los ojos de Paula estaban muy abiertos por la sorpresa.

—Pero... pero, ¿qué pasa con la maternidad subrogada? Seguramente podrías...

—Chicas, no importa

—aunque sus palabras eran desdeñosas, su tono sugería lo contrario

— Hay muchas parejas que no pueden tener hijos. El hecho de que tu padre y yo seamos ricos no nos hace superiores a ellos en ningún sentido. Nunca nos gustó la idea de que otra persona gestara mi hijo. Si hubiera sido el destino, habría sucedido.

"Sí, pero-"

Sofia la interrumpió poniéndose de pie. Su expresión era tensa, una palidez creciente en sus labios apretados, y evitó las miradas mientras hablaba con un tono despectivo: "Ya terminamos de hablar de esto, ¿de acuerdo? Tengo que darle esta lista a Lesley".

Salió de la habitación con paso rápido, pero no lo suficientemente rápido como para ocultar la visión de las lágrimas empañando sus ojos antes de desaparecer en el pasillo.

Paula y Rosa se quedaron sentadas en un tenso silencio por un momento, sin darse cuenta de lo delicado que era el tema para su madre. En realidad, estaban sorprendidas. Siempre que le preguntaban si tenía hijos propios, ella siempre dejaba de lado el tema con una broma. Nunca pensaron...

—Me siento tan mal por preguntar ahora

—murmuró Rosa, con una expresión de dolor en su rostro mientras su mirada zafiro se movía hacia su hermana.

Paula le dio una pequeña sonrisa y se inclinó sobre la mesa para apretarle la mano.

……..

—Entonces, ¿vas a preguntarle a Massimo?

—preguntó Rosa mientras se dejaba caer en la cama de su hermana y observaba cómo el hermano mayor se aplicaba crema humectante en la cara.

Paula suspiró mientras volvía a tapar el tarro de crema y estiraba los brazos por encima de la cabeza para relajar los músculos de la espalda. "No lo sé. No quiero que se haga una idea equivocada".

"¿Qué idea equivocada?"

"Él piensa que hablo en serio sobre él. Recién comenzamos a ser civilizados el uno con el otro; no puedes imponerle de repente una reunión familiar así", respondió ella, mirando el reflejo de su hermana en el espejo de tocador.

Rosa inclinó la cabeza hacia un lado. "¿Pero no te gusta?"

—Todavía lo estoy conociendo, Rosa. Es demasiado pronto para saberlo con seguridad.

—Bueno, ¿cómo lo sabrás si no pasas tiempo con él?

" He estado pasando tiempo con él."

Rosa se burló y se revolvió en la cama para tumbarse boca abajo.

—No cuentan las citas ocasionales para almorzar o cenar. Necesitan hacer cosas juntos, no quedarse sentados y hablar de su día como un matrimonio de ancianos. Y, si él puede bailar sin la ayuda del alcohol, llévenselo. Seguro que no encontrarán a otro así pronto.

Paula permaneció en silencio, mirando su reflejo en el espejo mientras comenzaba a cepillarse el cabello.

Rosa frunció el ceño ante la expresión pensativa de su hermana y se levantó lentamente antes de acercarse a ella. "¿De qué se trata esto en realidad?", preguntó mientras tomaba el cepillo de las

manos de su hermana y comenzaba a cepillarle el cabello.

La hermana mayor suspiró ante la sensación reconfortante y sus labios se relajaron automáticamente.

—Supongo que soy un poco cautelosa con él. Quiero decir, siempre pensé que era buena juzgando el carácter, pero Massimo me sorprende constantemente. Al principio pensé que era un hombre encantador, muy parecido a lo que viste cuando vino a cenar. Pero luego mostró este... lado de él que no me gustó en absoluto; un lado en el que me insulta y me degrada, critica todo lo que hago. ¿Y si este hombre encantador que me está mostrando ahora es solo una fachada? ¿Y si es solo para acercarse a mí, solo para derribarme después de tres semanas de relación? No quiero eso.

Rosa se quedó callada por un momento, mientras las palabras de su hermana daban vueltas en su mente. Era cierto que cuando conoció a Massimo, no había rastro alguno del hombre del que Paula siempre se quejaba, pero ella sabía que era él. Su hermana nunca mentía ni exageraba sobre cosas así.

Sus labios se torcieron mientras pensaba: "Quizás lo estés mirando mal".

La mirada oscura de su hermana se cruzó con la suya en el reflejo del espejo. "¿Qué quieres decir?"

—Bueno, ¿sabes cómo los chicos a veces intimidan a las chicas que les gustan? —insinuó Rosa

— Tal vez esa era su manera de ganarse tu atención y dejar una impresión duradera.

—No estamos en el jardín de infantes, Rosa

—comentó Paula en un tono seco, pero al pensarlo, tenía sentido. Discutir con él como lo hizo era muy diferente a las otras conversaciones que había tenido con cualquier otro hombre de su edad. Pero descartó el pensamiento con un gesto despectivo de la mano

— Además, él debería saber que las primeras impresiones son las que más duran.

—Bueno, tu primera impresión de él no fue tan mala, ¿verdad?

Eso hizo que Paula vacilara, y permaneció en silencio después de eso.

Rosa suspiró y terminó de cepillar los últimos mechones de cabello de medianoche antes de colocarlo sobre el hombro derecho de su hermana y apretarla con fuerza. "¿Por qué no lo invitas? No significa una propuesta de matrimonio si lo haces. Solo di que necesitas una pareja de baile. Una noche de baile no le hará daño a nadie".

"Supongo . . ."

La hermana menor sonrió y dejó el cepillo sobre la cómoda antes de darse la vuelta para salir de la habitación. "¡Excelente! Bueno, te dejaré dormir un poco. Tenemos una semana muy ocupada por delante. Buenas noches..."

"Pero sólo si le preguntas a Jason."

Rosa se detuvo a mitad de camino y miró por encima del hombro para ver a su hermana con los ojos muy abiertos. "No tengo idea de qué estás hablando", tartamudeó, odiando la forma en que el calor subió instantáneamente a su rostro.

Paula le arqueó una ceja y giró su silla para mirarla con los brazos cruzados. "Puede que tenga mucho que hacer, pero no creas que no me he dado cuenta de cuánto tiempo pasas con él".

Su hermana pequeña desvió la mirada hacia un lado. "Trabajamos mucho juntos", murmuró patéticamente.

"Sin mencionar el hecho de que te vi mirando fijamente su cuerpo mientras atendías las heridas en su espalda aquella vez en la cocina".

"¿Viste eso?" jadeó Rosa, una mirada de horror hizo que su rostro sonrojado se tornara de un preocupante tono malva.

—Mmm. Pregúntale de todas formas. Una noche de baile no le hará daño a nadie, ¿verdad?

—dijo, devolviéndole las palabras de su hermana con una sonrisa burlona.

Pero Rosa sacudió la cabeza y apretó los labios formando una línea apretada, desviando la mirada mientras jugueteaba con los dedos. "Él dirá que no. Ya me dijo que no baila bailes de salón".

Paula frunció el ceño ante eso antes de encogerse de hombros.

—Entonces dile que lo necesitas allí para tener una excusa para no bailar con Liam. Estoy segura de que no le importará entonces.

—Cuando todavía vio la vacilación en el rostro de su hermana, su mirada se volvió seria y su tono fue acorde con ella.

—Sinceramente, no le preguntaré a Massimo si tú no le preguntas a Jason.
Entonces iremos como compañeros.

Rosa miró a su hermana y, al ver la expresión autoritaria en su rostro, suspiró, sabiendo que no se libraría de ello. "Está bien, lo haré. Buenas noches, Izzy", dijo y caminó hacia la puerta.

—¡Y no hay vuelta atrás!

—gritó Paula mientras la puerta se cerraba detrás de ella.

…….

El sol caía a plomo sobre la espalda de Jason en un día terriblemente húmedo. Había pedido una nueva carga de heno y la había ido a buscar con su viejo y confiable camión al mediodía. Pero el día era tan caluroso que el sudor pronto le empapó el pelo y le rodó en riachuelos por la espalda, obligando a que la camisa se le pegara al cuerpo de una manera muy irritante, por lo que pronto se deshizo de la molesta tela para trabajar con el pecho descubierto.

Por supuesto, normalmente él nunca trabajaría sin camisa, pero era mediodía, lo que significaba que todos estarían almorzando y no podrían verlo.

Gruñó mientras sus dedos se cerraban alrededor del cordel que se usaba para mantener juntos los fardos cuadrados y lo levantó de la parte trasera de su camioneta antes de llevarlo a los establos. Ya había trasladado varios fardos al interior y sus músculos estaban tensos por el trabajo, y partículas de polvo se depositaron en sus brazos, pecho y rostro.

Sabía que parecía algo que había arrastrado el gato, pero ¿a quién le importaba?

Una profunda exhalación de alivio abandonó sus pulmones cuando dejó el fardo en el depósito

de pienso y se secó el sudor de la frente. Se dio la vuelta y se detuvo cuando vio a un hombre de pie en la puerta. Pantalones planchados, camisa blanca sin arrugas, zapatos negros brillantes, el pelo peinado hacia atrás con demasiada gomina. Mentalmente puso los ojos en blanco ante el hombre que claramente se esforzaba demasiado por impresionar.

—La señorita Rosa está trabajando actualmente en la clínica si la estás buscando —dijo Jason con voz de mala gana, sin siquiera intentar sonar complacido por su presencia inesperada.

Liam no reaccionó a sus palabras por un momento mientras miraba al hombre que tenía frente a él con una expresión contemplativa. "Lo sé. Es con usted con quien quería hablar", afirmó con voz tranquila.

Jason frunció el ceño y cruzó los brazos sobre el pecho; los músculos de sus brazos se hincharon con el movimiento. "¿Qué quieres?"

Los ojos color jade de Liam se encontraron con los de su morena mirada. Se miraron fijamente durante unos segundos antes de que la expresión de Liam se endureciera con una determinación sombría. "Deja de jugar con Rosa".

Jason apretó la mandíbula, los músculos sobresalieron por la acción mientras sus ojos profundos se entrecerraban en una mirada fulminante. "¿Lo siento?"

—Ya sabes a qué me refiero

—dijo Liam poniendo los ojos en blanco antes de dar un paso hacia el novio. Sus hombros se pusieron rectos y sus ojos brillantes brillaron con advertencia

— Deja de engañarla.

Jason se puso nervioso ante sus palabras y cerró los puños, apretando los dientes en un esfuerzo por evitar que chocaran con el rostro que tenía frente a él. "No lo estoy", dijo con vehemencia.

Liam le levantó una ceja y el sarcasmo se reflejaba en su expresión y postura. —¿De verdad? Está claro como el día que sientes algo por ella y, sin embargo, te veo sin hacer nada al respecto.

Jason lo miró, sorprendido y en silencio por cómo era capaz de leerlo tan fácilmente, pero rápidamente enmascaró su sorpresa con una mirada cautelosa en su rostro.

Sin embargo, su silencio y su mirada impasible solo aumentaron aún más la irritación de Liam, y la frustración se reflejó en sus rasgos mientras prácticamente gritaba: "¡O te comportas como un hombre y le dices lo que sientes, o la dejas en paz!"

—No entiendo en qué sentido mi relación con la hija de la señora Green es asunto suyo

—respondió Jason, manteniendo deliberadamente un tono calmado e indiferente.

"¡Es cuando estás continuamente jugando con la chica que he amado desde que tenía ocho años!"

—¡No estoy haciendo nada de eso!

—espetó Jason, con una mirada cruel y los músculos tensos por la ira.

—¡Oh, por favor!

—se burló Liam

— Es evidente que siente algo por ti, considerando lo cómoda que se siente a tu lado, y yo sería

ciego si no viera lo atraído que estás por ella; sin embargo, te niegas a dar un paso más allá de algo que es tan descaradamente obvio, y no puedo entender por qué.

—¡Porque es más complicado que eso!

—gritó finalmente Jason, con su ira alcanzando su punto más alto contra el hombre que tenía delante.

Liam entrecerró los ojos.

—¡Es una excusa patética y lo sabes!

—espetó antes de cerrar los ojos y respirar profundamente, intentando visiblemente contener su creciente temperamento. Después de unos segundos, su mirada decidida encontró la de Jason y habló en un tono decididamente más tranquilo

— Verás, sería un idiota si me interpusiera entre dos personas que se quieren, pero al mismo tiempo, no sería un hombre si veo que la mujer que amo juega con sus sentimientos y no hago nada al respecto.

Jason se burló de sus palabras. "No voy a jugar con ella", susurró entre dientes.

El hombre que tenía delante levantó una ceja. "¿En serio? ¿Cuánto tiempo llevas enamorado de ella?"

"No veo por qué eso es asunto tuyo", comentó el novio frunciendo el ceño.

"Sea cual sea el momento, es hora de que le digas lo que sientes, o bien, simplemente aléjate de ella para siempre para que pueda seguir adelante con su vida y estar con alguien que realmente la valore, y no desperdicie su tiempo y sus emociones debido a constantes dudas".

—¿Alguien como tú?

—respondió Jason con una ceja arqueada, su irritación alcanzando niveles sin precedentes ante la audacia del hombre que tenía frente a él—. Sabes, para alguien que parece conocer los secretos de todos, seguro que no entiendes que no le gustas, ¿verdad?

Liam inhaló profundamente antes de mirarlo fijamente. "Al menos ella sabe cuáles son mis sentimientos hacia ella, ¡que es más de lo que puedo decir de ti!"

Jason cuadró los hombros. "Como dije, es más complicado que eso".

—¡Y ni hablar!

—tronó Liam

— Si la amas, díselo. Si la quieres, quédate con ella. Deja de enviarle señales confusas. ¡Hasta tú debes saber que ella merece algo mejor que eso!

Respiró profundamente y se ajustó el reloj Rolex en la muñeca antes de volver a mirar la expresión de asombro de Jason. Soltó el aliento un momento después con un profundo suspiro. "Rosa es alguien que se merece el mundo, y si no puedes hacer eso por ella... solo debes saber que siempre hay alguien más que lo hará en un abrir y cerrar de ojos".

Se dio la vuelta y se detuvo en la puerta, mirando hacia atrás por encima del hombro. "Y si la amas tanto como creo que la amas... entonces sólo querrás lo mejor para ella también".

Mucho después de que Liam se hubiera ido, Jason todavía estaba de pie en la sala de alimentación, con la mirada fija en el lugar donde el inesperado visitante había estado por última vez. Tenía los hombros tensos, la tensión subía hasta la nuca y le dejaba un dolor punzante. Cerró los ojos con fuerza por un momento, su ira aumentó antes de disiparse de repente y dejar una sensación de agotamiento a su paso, y un profundo suspiro abandonó sus pulmones mientras sus hombros se desplomaban hacia adelante en señal de derrota.

Capitulo 16

Los dedos de Rosa temblaban mientras caminaba hacia los establos esa tarde. El calor del día finalmente había desaparecido, lo que permitió que una brisa fresca la acariciara, pero no hizo mucho por calmar sus nervios. Habían pasado algunos días desde que le había prometido a su hermana que invitaría a Jason a la celebración del aniversario, y hasta ahora no había encontrado el coraje para invitarlo.

Estaba nerviosa porque sabía que él era alguien que se tomaba en serio su trabajo en la finca, y que invitarlo a la fiesta haría que las cosas entre él y su familia cambiaran a un nivel mucho menos profesional. Incluso si él no estaba de acuerdo, la atmósfera entre ellos sin duda cambiaría.

A Rosa ni siquiera se le habría ocurrido preguntarle, pues él ya le había dicho que no bailaba con la música que ella bailaba, pero ella había prometido que lo haría si Paula se lo pedía a Massimo.

Y bueno, lo hizo.

Ahora la hermana menor se arrepentía de haber hecho el trato con su hermana y estaba segura de que la cantidad de estrés que soportaba para cumplir su parte no era saludable para ella. Pero el tiempo corría y sabía que tarde o temprano tenía que preguntarle. Esa era la razón principal por la que se dirigía a los establos.

—Vamos, Rosa. Es solo Jason. ¡Tranquilízate!

—susurró para sí misma mientras caminaba, frotándose las palmas húmedas en los vaqueros.

El sonido de los cascos atrapó su atención y miró a través de los potreros para ver al hombre que causaba tal destrucción a su sistema nervioso haciendo que el semental gris saltara algunas vallas. Su corazón imitó los movimientos del caballo y se le subió a la garganta cuando vio su fuerte cuerpo moverse al unísono con el caballo en los saltos.

Sin embargo, bajo el pretexto de no querer interferir con su trabajo, Rosa decidió ser una cobarde y se escabulló hacia la puerta del establo y entró rápidamente antes de que él la notara, ganando unos segundos de postergación.

Una vez que la puerta se cerró detrás de ella, se desplomó contra ella con un profundo suspiro y miró hacia abajo, a sus dedos temblorosos. Apretó los labios y los apretó en puños antes de alejarse de la puerta para caminar por el pasillo del establo. Como se acercaba la hora de la cena, la mayoría de los caballos ya estaban en sus establos, y ella inmediatamente se dirigió hacia su amado semental. Sus ojos profundos la miraron fijamente, su oreja derecha se movió de un lado a otro al escuchar su voz cuando lo saludó.

Rosa se sintió un poco más tranquila en presencia de Chester y le habló en voz baja sobre su día, mientras le acariciaba el rostro. Casi había olvidado por qué había ido allí hasta que oyó que se abría la gran puerta y entraba Jason, llevando a Steele detrás de él.

Se giró lentamente para mirarlo y sintió que el corazón le palpitaba en el pecho cuando sus miradas se cruzaron. Se le congeló la respiración en los pulmones por un segundo y lo vio detenerse en su paso, sus ojos morenos se abrieron un poco al verla.

Pero el momento no duró más que un segundo, ya que él abruptamente apartó su mirada de ella, una extraña blancura apareció en su boca, y pasó junto a ella sin decir una sola palabra.

La repentina frialdad de su actitud la dejó atónita, y fue necesario un empujoncito impaciente de Chester para sacarla de ese estado. Miró hacia el caballo con una sonrisa tensa. "Volveré ahora", prometió y le acarició la mejilla antes de respirar profundamente y caminar detrás de Jason.

En su camino se cruzó con el pequeño Lucky, que todavía parecía tener unas piernas increíblemente largas y un cuerpo diminuto, y le dio una pequeña caricia en el hocico antes de volver a centrarse en la tarea que tenía entre manos.

Ten confianza, Rosa. Siempre parece que a Izzy le funciona. Intentó prepararse y conscientemente enderezó la espalda y levantó la cabeza.

Pero le resultó difícil mantener la actitud bravucona cuando finalmente llegó hasta Jason y vio la expresión severa en su rostro mientras sujetaba a Steele con las traviesas. Él ni siquiera la miró cuando ella se acercó, pero ella sabía que él era consciente de su presencia, ya que sus hombros parecieron tensarse aún más, su mirada más centrada en desatar las hebillas de la cincha.

—Eth...

—Se encogió ante el horrible sonido chirriante que hizo su voz y se aclaró la garganta rápidamente, sintiendo que su falsa confianza se desvanecía

— Jason, ¿puedo hablar contigo?

"Estoy ocupado."

Las palabras frías y contundentes la hicieron apretar los labios con fuerza, vacilante. "Será... sólo por un minuto".

—Te dije que estoy ocupado

—repitió con tono duro, su mirada leonada se cruzó con la de ella justo a tiempo para ver la sorpresa en sus ojos zafiro.

Los músculos de su mandíbula sobresalieron mientras apretaba los dientes y sacaba la silla y la manta empapada del lomo del semental antes de marchar hacia la sala de aperos.

Rosa vaciló un instante antes de seguirlo. "Por favor, necesito preguntarte algo", le dijo a su espalda mientras él abría la puerta del cuarto de aperos y entraba.

Sus ojos recorrieron fugazmente las innumerables sillas de montar, bridas y mantas de la habitación antes de seguir los movimientos de Jason mientras colocaba la silla de Steele en su soporte.

Sus ojos oscuros se posaron en los de ella antes de volver a mirar la silla para ajustar su posición. "¿Qué pasa?", murmuró en voz baja y tensa mientras se pasaba una mano frustrada por su cabello color chocolate oscuro.

Rosa se mordió el labio instintivamente mientras pensaba. Era evidente que él no estaba de muy buen humor en ese momento como para invitarlo a la fiesta, pero hizo a un lado el temor y se miró los dedos. "Bueno, como sabes, el sábado es la celebración del aniversario de bodas de mis padres y me preguntaba si te gustaría... um..."

Cuando ella hizo una pausa, Jason se irritó y casi se quitó la brida del hombro y la colocó en el

gancho. "¡Escúpela, Rosa!", le espetó mientras se giraba para mirarla, con la mirada llena de agitación e impaciencia.

Sus ojos se clavaron en los de él, la sorpresa se hizo patente en sus hermosos rasgos mientras sus labios se abrían con sorpresa. Nunca antes le había gritado de esa manera, y ella apretó los labios cuando sintió que se le cerraba la garganta. Rápidamente miró hacia el suelo bajo sus pies, parpadeando apresuradamente para evitar que las lágrimas se le empañaran los ojos.

—Yo...

—vaciló, su voz sonaba más dócil que antes

— Sólo quería preguntarte si te gustaría ser mi pareja.

Jason no respondió. Tanto que Rosa tuvo que levantar la mirada para mirarlo. Su expresión era como una máscara, ilegible, y sus dientes se mordieron instintivamente el labio inferior ante su silencio. Su corazón golpeó contra su caja torácica con tal vigor que estaba segura de que estaba tratando de escapar de su cuerpo y huir de la tensión que se precipitaba a su alrededor.

—Sabes que no bailo

—dijo finalmente en voz baja, observando cada uno de sus movimientos y ella de repente se sintió muy pequeña bajo su mirada.

Sus ojos de zafiro se desviaron hacia el suelo y comenzó a retorcerse las manos ansiosamente. "Lo sé, y no te estaba pidiendo que fueras mi pareja de baile. Um, lo que quiero decir es... me gustaría tener a alguien conmigo para tener una excusa para no bailar con Liam", pronunció en pánico, pero inmediatamente se encogió al oír cómo sonaban las palabras en voz alta.

Dios mío, ¿por qué tenía que decirlo así? ¡Ésa no era su razón para preguntarle! Ella sinceramente quería que él fuera su compañero... que él disuadiera a Liam era solo una ventaja adicional. Pero ¿cómo podría decir eso sin decirle lo que sentía?

—¿Por qué yo?

—preguntó con un tono cauteloso, sacándola de sus pensamientos

— Podrías haberle preguntado a Damian o a cualquiera de los otros hombres que trabajaban para tus padres.

Su mirada impasible la observó de cerca, y Rosa se movió de un pie al otro, intentando recuperar un poco de la falsa confianza que había reunido anteriormente mientras su cerebro se apresuraba a encontrar una explicación. "Bueno, tú y yo... quiero decir, tenemos una buena conexión, y somos bastante cercanos", hizo una pausa y sintió que sus mejillas se tiñeron de un brillante tono rojo. "Solo pensé, bueno, sé que estaría más cómoda contigo".

El silencio resonó entre ellos y la tensión que se acumulaba en la habitación casi parecía oprimir visiblemente a Rosa, haciéndola sentir cada vez más pequeña a pesar de que él estaba al otro lado de la habitación. Su corazón latía tan fuerte que podía oírlo en sus oídos y rápidamente se lamió los labios secos mientras esperaba ansiosamente su respuesta.

—Entonces, básicamente...

—comenzó Jason en voz baja y dura

— la única razón por la que me lo estás pidiendo es porque necesitas un amortiguador de un

hombre que quiere estar contigo. Lo siento, pero no estoy interesado.

Los ojos de Rosa se abrieron de par en par, presa del pánico, y agitó las manos frente a ella, como si intentara detener físicamente el hilo de sus pensamientos. "No, no. No es así en absoluto", dijo rápidamente, aunque sabía que había sonado exactamente así.

La mirada leonada de Jason se agudizó.

—Entonces, ¿cómo es?

—replicó, con las arrugas del entrecejo aún más marcadas en su rostro mientras daba unos pasos hacia ella.

Los labios de Rosa temblaron un poco y apartó la mirada de su mirada penetrante mientras su rostro se calentaba de forma incómoda. Tragó saliva para evitar que se le formara un nudo en la garganta y cerró los puños.

Confianza. Ten confianza.

Lentamente, volvió a mirarlo y se sobresaltó un poco cuando se dio cuenta de que estaba más cerca de lo que pensaba. Su cabello oscuro estaba erizado por la cabalgata y notó las diminutas motas doradas en su mirada morena. Se mordió el interior del labio y comenzó a juguetear con el dobladillo de su camisa, sabiendo que tenía que ser honesta con él ahora antes de que las cosas empeoraran aún más.

—Siempre has estado ahí para mí. Me has protegido, me has consolado. Confío en ti más que en nadie en el mundo. Me entiendes mejor que mi propia familia, y yo...

—dudó de nuevo y apartó la mirada hacia su amplio pecho, incapaz de sostener su mirada mientras murmuraba en voz baja

— Me gustas... como algo más que un amigo.

El silencio que cayó sobre ellos resonó en sus oídos como una bomba atómica, y apretó sus labios temblorosos con tanta fuerza que realmente le dolieron cuando bajó la cabeza, su flequillo oscuro le ocultó los ojos. Jason estaba completamente inmóvil frente a ella, y mientras el silencio se prolongaba doloRosamente lento, sus uñas se clavaron en la suavidad de sus palmas.

Intentó concentrarse en el dolor que le causaba en lugar de en la creciente vergüenza que la invadía la falta de respuesta de Jason. Quería darse la vuelta y salir corriendo, pero su cuerpo parecía clavado en el suelo, desesperada por escucharlo, pero también petrificada por su respuesta.

Una profunda inhalación finalmente atrajo su atención hacia el hombre que tenía frente a ella. Sus ojos morenos se habían oscurecido hasta adquirir un profundo color melaza, pero el resto de su expresión permaneció impasible mientras respondía en un tono bajo y siniestro: "Creo que... has malinterpretado algo".

Rosa frunció el ceño e inclinó ligeramente la cabeza para mostrar su confusión.

—Soy el empleado de tu madre

—empezó

— No pienses que la razón por la que he tenido que seguir salvándote el pellejo era porque me gustabas. No es así.

Rosa sintió como si le hubieran clavado un cuchillo afilado en el pecho y al instante se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Pero yo...

—¿De verdad crees que tu drama me divierte?

—continuó, con voz fría y mirada casi burlona

— Tengo que aguantarlo porque no quiero que me despidan. No me importas, nunca me importó. No me educaron para amar cosas superficiales como tú. No quiero tener nada que ver con esas fiestas elegantes y con gente que está tan absorta en sí misma que ve todo a través de una lente color de Rosa. Y el hecho de que hayas llegado a la conclusión de que realmente siento algo por ti...

Una mirada desdeñosa se dibujó en sus labios mientras la miraba, y Rosa sintió que el cuchillo se retorcía lentamente en su pecho, dejándola sin aliento y débil ante la mirada de disgusto en su rostro.

—Bueno, eso me demuestra que todos los ricos son iguales. Tú crees que el mundo gira a tu alrededor. Por lo tanto, mi respuesta es no. Tengo mejores cosas que hacer que perder el tiempo con pavos reales superficiales que ni siquiera pueden cuidar de sí mismos. Buen día y espero que disfrutes de la fiesta, señorita Rosa.

Sus ojos de zafiro, brillantes por las lágrimas, lo miraron fijamente desde debajo de la sombra de su flequillo. Su mirada era dura, su rostro de piedra, pero ella notó que vaciló por solo una fracción de segundos antes de apretar los dientes y pasar junto a ella.

El nudo en su garganta le impidió decir algo para detenerlo; lágrimas calientes recorrieron lentamente sus mejillas y el cuchillo en su pecho fue arrancado de su cuerpo dejándola doloRosamente entumecida cuando escuchó la puerta cerrarse de golpe detrás de él.

……

La mañana de la celebración del aniversario fue alegre y alegre, con un gran bullicio de trabajadores contratados que se apresuraban a asegurarse de que todo estuviera listo para la fiesta. Lesley tenía las manos ocupadas para que todo funcionara sin problemas, pero se las arregló bien. Pronto el jardín oeste, que normalmente solo era un césped y setos bien recortados, resplandecía con copas de champán de cristal y manteles blancos impecables.

Pero a pesar de la alegre charla y los pasos apresurados que se movían por toda la casa, Rosa estaba sentada tranquilamente en su habitación, mirando su reflejo en el espejo. Sus ojos de zafiro carecían de su brillo cálido habitual, y su piel nunca había recuperado del todo su saludable tono oliva. Cerró los ojos cuando sintió que sus párpados se humedecían y apoyó los codos en el tocador que tenía frente a ella para ocultar su rostro entre las manos.

Habían pasado tres días desde que Jason la había rechazado y tenía que admitir que nunca se

había sentido más miserable en su vida. Su pecho le dolía constantemente y cada vez que tenía un momento para sí misma, las lágrimas se agolpaban en sus ojos sin ninguna razón en particular. Tampoco había hablado mucho estos últimos días, usando la excusa de que necesitaba estudiar como una forma de mantenerse encerrada en su habitación.

Su madre le había preguntado qué le pasaba, pero ella simplemente le restó importancia a la preocupación diciendo que estaba cansada. Paula, por otro lado, no era tan fácil de engañar, y Rosa finalmente le admitió que Jason había rechazado su invitación, pero no dijo más que eso.

Le dolía demasiado pensar en lo que le había dicho, y mucho menos decirlo en voz alta.

Un profundo suspiro salió de sus labios mientras lentamente se daba la vuelta y miraba el vestido que estaba tendido sobre su cama. Las mujeres Green habían mandado a hacer vestidos nuevos para la ocasión especial y habían llegado la noche anterior. El de Rosa era un vestido violeta oscuro, de un solo hombro con un hermoso patrón de diamantes que creaba la tira en el hombro. Los diamantes luego envolvían su espalda, se curvaban hacia abajo por el costado de su cintura y terminaban en la abertura a mitad del muslo en el lado opuesto de la tira.

Era un vestido hermoso, no demasiado elaborado, y se había enamorado del diseño cuando lo vio. Pero no había estado tan emocionada como pensó que estaría cuando llegó, porque todo lo que podía pensar cuando sacó el vestido de la funda era si esa era la razón por la que a Jason no le gustaba.

¿Acaso vio los diamantes auténticos, el vestido de diseño y el precio exorbitante y pensó que ella era una pavoneante superficial que sólo se preocupaba por sí misma? Es cierto que era un vestido caro que casi nadie podía permitirse, pero... ¿eso la volvía egocéntrica? ¿La riqueza de sus padres realmente la hacía tan indeseable para él?

Por primera vez en su vida, Rosa se encontró deseando algo que nunca pensó que desearía ser.

Pobre .

Estaba tan acostumbrada a poder conseguir todo lo que necesitaba con un chasquido de dedos que nunca se preguntó cómo habría sido su vida sin toda la riqueza de su familia a su disposición. No ignoraba que había gente necesitada, pero nunca intentó imaginarse a sí misma como una de ellas.

Tal vez si hubiera sabido de primera mano lo que era luchar por dinero, habría sido diferente.

Tal vez entonces Jason la miraría de otra manera y tal vez incluso le agradaría.

Pero el hecho de que hubiera pasado tantos años amando en secreto a un hombre, sólo para descubrir que todo lo bueno que él había hecho por ella se debía a su trabajo, le dolió terriblemente. Al principio, rechazó sus palabras, pensando que no eran ciertas, que ella no era superficial ni egocéntrica, pero a medida que pasaban los días, se encontró admitiendo una cosa.

Era evidente que ella vivía su vida con una perspectiva color de Rosa, pues se había convencido de que él se preocupaba por ella por todo lo que hacía. Y, sin embargo, nunca había sentido nada por ella mientras lo hacía. Era simplemente un deber para él, no porque se preocupará por ella como persona.

Su riqueza lo disuadió demasiado de hacerlo.

Rosa no pudo evitar burlarse de sus pensamientos. Toda su vida había estado preocupada de que

alguien la amara solo por su riqueza, pero ahora el hombre al que amaba la odiaba por eso.

—La vida realmente no es justa

—murmuró.

Un golpe en la puerta hizo que sus ojos color zafiro se dirigieran hacia ella y, un segundo después, notó que la cabeza de su hermana aparecía por la abertura. "La abuela y el abuelo están aquí", dijo y abrió la puerta por completo.

Rosa intentó darle una sonrisa emocionada mientras se levantaba de su asiento, pero la mirada perspicaz de su hermana notó de inmediato que era falsa. Sus cejas oscuras se hundieron y sus labios se apretaron en un gesto pensativo. "¿Estás bien?"

Por un momento, Rosa pensó en contarle todo lo que había sucedido. Sabía que su hermana se había dado cuenta de que había sucedido más entre ellas de lo que ella le había contado. Pero cuando una nueva ola de lágrimas la inundó, rápidamente desestimó la preocupación de su hermana e intentó parecer indiferente mientras murmuraba: "Estoy un poco cansada".

La mirada oscura de Paula la miró fijamente, claramente no convencida, pero Rosa les hizo un gesto para que salieran de la habitación, pues no quería ahondar en el tema tan delicado del estado de su corazón roto. Sentía que no dejaría de llorar una vez que comenzaran esas lágrimas.

Bajaron rápidamente las escaleras y llegaron a la puerta principal justo a tiempo para ver a sus abuelos entrar en el vestíbulo. Rosa hizo todo lo posible por parecer feliz mientras se escuchaban una ráfaga de saludos mientras se abrazaban. Su abuela todavía tenía esos hermosos ojos de zafiro, pero su cabello ahora era de un plateado claro de luna peinado en un elegante bob hasta los hombros. Su piel todavía estaba impecable, pero algunas líneas de la edad aparecieron cuando sonrió.

Por otra parte, su abuelo no lucía tan bien como antes. Desde que sufrió una afección cardíaca unos años atrás, había perdido mucho peso que no recuperaba tan fácilmente y tenía el pelo blanco. Las líneas de estrés marcaban su rostro y sus manos parecían más frágiles que nunca cuando Paula juntó sus manos con las de él.

"Es muy agradable volver a verte. ¿Cómo te fue en Suiza?", preguntó mientras los miraba a ambos.

—Fue encantador, querida

—respondió su abuela con una sonrisa.

"Espero que no hayas terminado todo tu chocolate de cumpleaños en un día", dijo su abuelo con un brillo burlón en sus ojos grises.

—Tres días, en realidad

—respondió Paula con una sonrisa.

"Mamá papá."

Los cuatro se dieron vuelta y vieron a Alejandro y Sofia caminando hacia ellos. Alejandro sonrió mientras besaba la mejilla de su madre y estrechaba la mano de su padre. "Gracias por venir hoy", dijo.

"¡Por supuesto! No podíamos perdernos el aniversario de bodas de nuestro único hijo y nuera

favorita, ¿no?", dijo la señora Green con una sonrisa mientras envolvía a Sofia en un abrazo y le besaba la coronilla.

Sofia se rió entre dientes y se apartó del abrazo de la mujer. "Soy tu única nuera... a menos que haya algo que no sepa", dijo y lanzó una mirada sospechosa hacia su marido.

Alejandro rápidamente levantó las manos en señal de rendición y sus ojos se abrieron cómicamente con inocencia. "Oye, lo que es nuevo para ti también lo es para mí".

Sofia le dedicó una sonrisa cariñosa antes de volverse hacia su suegro. "Hola, papá. Gracias por venir".

La mirada gris del señor Green se suavizó y sonrió mientras la abrazaba. "Es un placer, cariño. Y felicitaciones".

—Gracias

—respondió ella con una sonrisa antes de alejarse de él

— ¿Alguien quiere algo de beber?

La señora Green hizo un gesto con la mano. "No, gracias, querida. Comimos algo justo después de aterrizar. Pero quiero ver los hermosos vestidos que tienen pensado lucir los tres esta noche".

Sofia frunció el ceño mientras miraba a su marido y a su suegro.

—Pero ¿qué pasa con...?

—Estoy segura de que pueden encontrar algo para entretenerse

—dijo la señora Green y entrelazó su brazo con el de Sofia.

Sofia miró a Alejandro y lo vio sonreírle antes de hacerle un gesto para que se fuera. Ella asintió y le sonrió a la señora Green. "Está bien".

…….

"Oh, son absolutamente preciosas", dijo entusiasmada la señora Green mientras miraba a tres mujeres más jóvenes que estaban de pie frente a ella, vestidas con sus vestidos, un rato después. "¡Miren a mis preciosos nietos, todos crecieron!"

Paula sonrió ante las palabras de su abuela y pasó una mano por la suave tela de satén de su vestido. Su vestido era de un color dorado brillante y se ajustaba a la línea del busto y la cintura antes de caer en un hermoso charco de tela en el suelo. El color resaltaba perfectamente el tono oliva de su piel y sus rasgos oscuros, además de acentuar la forma de reloj de arena de su cuerpo.

"Ni siquiera tenemos maquillaje todavía, abuela", dijo, pero la anciana le hizo un gesto brusco con la mano.

"Eres hermosa tal como eres. Además, con genes como los míos, es imposible que a ninguno de mis descendientes le falte belleza", dijo con un guiño añadido.

"Mamá", se rió Sofia con una sonrisa mientras se ajustaba el vestido.

Si bien ella quería usar un vestido más conservador, Alejandro estaba decidido a resaltar su

figura y la convenció de que se comprara un vestido gris perla con los hombros descubiertos. Si bien su diseño era sencillo, resaltaba su figura de manera impecable.

"¿Y qué joyas piensas usar con él?", preguntó la señora Green mientras miraba a su nuera.

Sofia sonrió y se dirigió hacia su tocador. "Un collar que no he usado en años", admitió mientras tomaba una caja y abría la tapa antes de mostrársela a las mujeres que estaban en la habitación.

Paula se quedó sin aliento al ver el collar con incrustaciones de rubíes y diamantes. "Mamá, ¿eso es...?"

—Sí, lo es

—respondió Sofia con una sonrisa

— El collar que tu padre me compró en una subasta benéfica hace muchos años.

"¿Cuándo lo hiciste traer? ¿No lo guardaban en una bóveda en algún lugar?", continuó preguntando Paula mientras admiraba la belleza de una de las piezas de joyería más caras del mundo.

"Llegó esta mañana."

"Eso quedará perfecto con el vestido, Sofia", asintió la señora Green. "Y siempre quise ver el collar que causó tanto revuelo en el mundo".

Sofia le sonrió a la mujer mayor un poco tímidamente, recordando la subasta de tantos años atrás y cómo el collar había sido comprado por Alejandro por medio billón de dólares, rompiendo cualquier récord de cualquier subasta jamás realizada de joyas.

Mientras las mujeres seguían elogiando el collar y su belleza, no se dieron cuenta de la tranquilidad de la mujer más joven, que se escabulló lentamente para sentarse en la lujosa cama de sus padres.

Pavos reales superficiales.

La voz de Jason resonó en su mente, y sintió que sus hombros se encorvaban mientras miraba la habitación exquisitamente diseñada y los muebles invaluables antes de regresar lentamente a su familia, mirando a su hermana levantar suavemente el collar de su caja con una mirada de reverencia y asombro.

Frunció el ceño y miró el intrincado diseño de diamantes de su vestido. ¿Era así como él los veía? ¿Cómo la veía a ella ?

Antes de que una nueva ola de lágrimas pudiera asaltar sus ojos, un fuerte golpe sonó en la puerta.

"¡Adelante!", gritó Sofia y la puerta se abrió para revelar un par de sonrisas brillantes.

"Entonces, ¿quién está listo para divertirse esta noche?" Amelia, su maquilladora, vitoreó mientras saludaba a todos y dejaba su estuche de maquillaje en uno de los sofás, mientras Leo, su peluquero, se movía por la habitación para saludarlos a todos individualmente.

Rosa intentó reflejar el entusiasmo de todos, pero lo único que podía pensar era que le iban a aplicar productos caros, realizados por expertos que cobraban un dineral por sus servicios.

Otra muestra más de riqueza y lujo.

Suspiró mientras miraba sus manos, sintiendo que su ansia por la noche se desvanecía a medida que las palabras de Jason continuaban resonando en su cabeza. Volvió a mirar hacia arriba y, aunque observó el bullicio a su alrededor mientras Amelia y Leo decidían qué hacer y con quién, no pudo evitar sentir que estaba separada de todo eso, como una extraña que miraba hacia adentro.

Y de repente se encontró deseando que la noche terminara antes de que siquiera comenzara.

Capitulo 17

La mirada oscura de Paula se posó sobre la multitud que crecía más tarde esa noche. El Jardín Oeste estaba iluminado con suaves luces de colores que envolvían algunos de los setos esculpidos, y el cálido resplandor de las velas hacía que la noche pareciera suave y encantadora. Había una suave brisa que acariciaba sus hombros desnudos, y sonrió a cada uno de los invitados al pasar junto a ellos, deteniéndose para hablar con algunos por un rato antes de continuar su discreta búsqueda de cierto hombre de cabello rubio.

No debería haberle sorprendido no haberlo visto todavía, ya que parecía ser el tipo de hombre que llega tarde a la moda. ¡Diablos!, la primera vez que lo conoció, había llegado tarde a una reunión. Así era él.

Pero a pesar de su razonamiento, su corazón seguía haciendo pequeños e incómodos golpes en su pecho, un poco nerviosa por quedarse plantada.

Sus profundos ojos color chocolate se dirigieron hacia una mesa donde vio a su hermana menor sentada junto a sus abuelos. Rosa lucía deslumbrante con su vestido violeta oscuro, y sus ojos color zafiro se destacaban por los diamantes de su vestido. Pero a pesar de su belleza, Paula notó una profunda tristeza acechando detrás de esos lindos ojos.

No pudo evitar fruncir el ceño, incapaz de comprender por qué Jason había rechazado a su hermana. Era obvio lo mucho que se preocupaba por ella. Entonces, ¿por qué se negaba? Y a juzgar por la forma en que Rosa había estado actuando los últimos días, tenía la sensación de que era algo más que un simple rechazo lo que había sucedido entre ellos.

Paula estaba tan perdida en sus pensamientos que no notó que una figura se acercaba por detrás de ella hasta que sintió un susurro en la nuca y, de repente, se le puso la piel de gallina cuando escuchó una voz suave susurrarle al oído: "Te ves hermosa, Gruñona".

A Paula se le hizo un nudo en el estómago al oír esas palabras y le costó un tremendo esfuerzo evitar que se le notara en el rostro mientras miraba por encima del hombro.

—Massimo

—lo saludó, con una voz que sonaba un poco entrecortada.

Su mirada azul gélida parecía más oscura bajo la tenue luz del jardín, y el traje gris oscuro que vestía resaltaba los hermosos rasgos de su rostro. Su mirada volvió a sus ojos rápidamente cuando notó que una expresión de suficiencia se hacía notar en sus atractivos rasgos. Se aclaró la garganta e intentó luchar contra el calor de sus mejillas diciendo: "Pensé que no ibas a aparecer".

Frunció los labios y señaló a su alrededor. "¿Y perderte la fiesta del año? No en esta vida, Gruñona".

Paula sonrió y sacudió la cabeza, mirando a la gente que los rodeaba. Era cierto. Había más de cuatrocientas personas presentes, la mayoría de ellas miembros muy adinerados de la sociedad. Sin mencionar el hecho de que ya había ocurrido un incidente con los paparazzi ese mismo día.

"Entonces, ¿nos quedaremos aquí parados toda la noche o.…"

Ella miró al hombre que tenía delante y una sonrisa avergonzada se dibujó en sus labios manchados de rojo mientras sus ojos se agrandaban de manera inusual. "¡Oh, lo siento! Será mejor que nos sentemos", dijo, y su mano instintivamente se extendió para agarrar la más grande de él mientras se giraba para moverse entre la multitud.

El repentino contacto piel con piel se sintió como una brasa caliente contra ella, y respiró profundamente antes de soltar rápidamente su mano. Miró por encima del hombro, sus mejillas se calentaron doloRosamente. "Lo siento", murmuró y miró hacia otro lado, dando pasos rápidos mientras se preguntaba por qué estaba actuando tan nerviosa a su alrededor de repente.

Pero sus acciones se detuvieron y pareció quedarse sin aliento cuando sintió que la mano de él volvía a tomar la suya. Aparte de su segundo de parálisis, no hizo nada para reconocer su movimiento atrevido, sino que lo dejó seguir sosteniéndole la mano mientras se abrían paso entre los invitados, tratando de sofocar las emociones vertiginosas que la embargaban.

Una brisa fresca se movía por el jardín y refrescaba a Paula, que estaba agradecida por el efecto refrescante que tenía en sus mejillas mientras caminaba hacia la mesa donde estaría sentada su familia. Rosa seguía sentada tranquilamente en su lugar, mientras su abuela y su abuelo hablaban entre ellos. Cuando la mirada de zafiro de la señora Green la miró, sus cejas se alzaron con sorpresa cuando vio a un hombre caminando a su lado y sus ojos se abrieron de par en par cuando notó sus manos entrelazadas.

—¡Izzy, no sabía que tenías novio!

—dijo la anciana boquiabierta

— ¿Por qué no nos lo dijiste?

Paula sintió que su rostro se sonrojaba aún más y rápidamente soltó la mano de Massimo mientras su corazón comenzaba a latir erráticamente en su pecho.

—Oh, um, en realidad él no es mi... novio, abuela

—murmuró, mirando sus pies mientras se frotaba el brazo

— Um, Massimo, me gustaría que conozcas a mis abuelos, Clarissa y Lloyd Green.

La expresión de la matriarca Green permaneció congelada en su rostro, sus ojos se movían de uno a otro como si estuviera viendo un partido de tenis, antes de relajarse lentamente y adoptar una expresión de comprensión. "Ah, ya veo. Bueno, es un placer conocerte, Massimo", saludó, y su sonrisa hizo que las líneas de expresión de la risa se hicieran evidentes en su rostro.

—Lo mismo digo, señora

—respondió Massimo con una sonrisa mientras miraba a la pareja mayor.

Ahora bien, aunque normalmente la conversación habría caído en un incómodo estado de silencio, Paula estaba una vez más sorprendida e igualmente envidiosa de las habilidades de conversación de Massimo, mientras él profundizaba en la conversación con sus abuelos como si los hubiera conocido durante años.

Confiada en que la conversación iba bien sin su ayudante, Paula miró a su alrededor y sonrió cuando vio a su chef favorito. Iba vestido con un traje que parecía una o dos tallas más pequeño que él (probablemente porque era el único que tenía) y daba órdenes a los camareros contratados

sobre cómo colocar los bocadillos en las mesas. Luego lo vio mirar un poco hacia un lado y siguió su mirada. Sus labios se curvaron un poco con diversión cuando vio a Danielle diciéndoles a algunos camareros que trajeran algo.

La mujer menuda y con aspecto de hada vestía un vestido de trabajo de color verde hoja y llevaba el pelo plateado recogido en un intrincado moño. Aunque era bajita, el vestido le sentaba a la perfección a su figura, e Paula podía ver claramente que Martin también se había dado cuenta de eso.

—¿Por qué no toman asiento ustedes dos? No debería faltar mucho para que comiencen los discursos

—la voz de su abuela interrumpió sus pensamientos y miró hacia atrás justo a tiempo para ver a Massimo sacar su silla y hacerle un gesto para que se sentara.

Intentó mantener sus mejillas sonrojadas y le dedicó una sonrisa tímida mientras se sentaba al lado de su hermana. Rosa no dijo mucho mientras los cinco se ponían a conversar de nuevo. Unos minutos después, Sofia y Alejandro Green llegaron a la mesa, seguidos por sus amigos íntimos, Jackson y Heather.

Massimo se levantó inmediatamente y estrechó la mano de Alejandro. "Felicitaciones por su aniversario, señor y señora Green, y gracias por invitarme", dijo con su voz agradable y su sonrisa encantadora.

Alejandro le estrechó la mano con firmeza y sonrió. "Es un placer, Massimo. Nos alegra que hayas podido acompañarnos".

La mirada de Massimo se dirigió entonces a Sofia, que parecía pertenecer a la realeza con sus finas joyas y su vestido de noche. Ella le sonrió a modo de saludo antes de sentarse en la silla que su marido había sacado para ella; sus ojos oscuros parecían aún más oscuros contra el intenso rojo de los rubíes de su collar.

Pronto surgió una conversación relajada alrededor de la mesa. Rosa los vio bromear y reír a su alrededor, pero no pudo encontrar en sí misma el valor para ser ni siquiera un poco amable en ese momento. Era difícil cuando lo único que quería hacer era permanecer encerrada en su habitación, devorando su cara con un tarro de helado.

Y lo que parecía dolerle aún más el corazón era ver a su hermana con una pareja.

Aunque no debería estar molesta porque Izzy estuviera con alguien esa noche, siempre se había sentido un poco mejor cuando estaban solos. Pero ahora, al ver a sus abuelos bromeando sobre que Massimo era su novio... se sentía como otra bofetada en la cara.

¿Qué pudo haber hecho mal para que a Jason le desagradara tanto?

"Buenas noches, Rosa."

Una voz tranquila y de tenor habló a su lado, y ella miró al hombre que la observaba y le ofrecía una cálida sonrisa.

Ella hizo lo posible por contener el suspiro que se le formaba en los labios y le dedicó una pequeña sonrisa como respuesta. "Liam", lo saludó, su tono mostraba menos entusiasmo que su rostro, que no era mucho para empezar, mientras miraba los cubiertos sobre la mesa.

Liam dudó un momento antes de sentarse lentamente a su lado, la única silla libre que quedaba en la mesa. La observó juguetear con el tenedor de postre y se aclaró la garganta. "¿Cómo estás?"

—Estoy bien

—respondió ella en ese mismo tono plano, sin mirarlo a los ojos.

Él frunció el ceño al notar la tensión de sus hombros y cómo sus labios se apretaban formando una línea apretada. "¿Estás segura?"

Rosa parpadeó para contener las lágrimas ante la repentina pregunta. No. No, no estaba bien. Ni de lejos.

Sin embargo, en lugar de decirle eso, lentamente colocó el tenedor en su lugar correcto antes de mirarlo. "Por supuesto. ¿Por qué no debería estarlo?", preguntó cordialmente e intentó sonreírle un poco más.

Pero su débil intento solo hizo que la tristeza en sus ojos fuera más evidente, y la visión tiró del pecho de Liam. Miró a su alrededor, notando que cierta persona no estaba cerca, lo cual había pensado que sucedería. Volvió a mirarla, y vio el ligero matiz de Rosa en el blanco de sus ojos.

Falta de sueño, notó. Se mordió el interior de la mejilla y se reclinó en la silla, cruzó los brazos sobre el pecho y la miró con una mirada que casi parecía adentrarse en las profundidades de su mente.

"No veo a ese novio por aquí", preguntó, inquisitivamente.

Inmediatamente, su expresión se tornó cautelosa, la emoción en sus ojos se cerró y volvió a mirar las decoraciones de la mesa, sus labios Rosados se apretaron formando una fina línea. "No hay absolutamente ninguna razón por la que él debería estar aquí".

Esas palabras y el tono amargo, pero doloRosamente sombrío que utilizó con ellas le dijeron a Liam todo lo que necesitaba saber. Discretamente negó con la cabeza ante la decisión del hombre, pero no pudo encontrar en sí mismo la fuerza para no sentirse un poco complacido. En secreto, había estado deseando que esto sucediera, pero no quería que Rosa luciera tan desconsolada como ahora. Seguramente, el hombre podría haber usado un poco más de tacto si estaba tratando de hacer que ella se desenamorara de él.

"Veo."

Después de eso, guardaron silencio y agradecieron a los camareros por las bebidas que les trajeron antes de que Lesley se inclinara silenciosamente junto a Sofia. "Disculpe, señora. Pero hay un pequeño problema", dijo suavemente.

Paula y Massimo dejaron de charlar para escuchar, y Lesley les envió una sonrisa de disculpa.

"¿Qué pasa?" preguntó Sofia mientras inclinaba la cabeza para mirarla.

La mirada de Lesley volvió rápidamente a la de ella. "Hay más autos de los que esperábamos y Arthur se pondrá furioso si estacionan en su césped recién cortado".

Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios de Sofia mientras sacudía la cabeza, sabiendo perfectamente cómo podía comportarse el viejo jardinero con el mantenimiento de la finca. "Pensé que eso podría pasar. Llama a Oliver. Él sabrá a dónde redirigir los autos que puedan llegar".

Lesley asintió y se alejó rápidamente, sacando su teléfono del uniforme para llamarlo. Massimo frunció el ceño y miró a Paula. "¿Quién es Oliver?", preguntó suavemente.

Sus ojos oscuros se posaron en los de él mientras tomaba un sorbo de champán. "Es el chofer de mi madre", añadió.

Massimo parpadeó ante eso. "¿Ella no conduce?"

"No, ella nunca aprendió. Nunca lo necesitó".

Él asintió, sorprendido por la información y se quedó en silencio por un breve momento antes de entablar nuevamente la conversación que flotaba a su alrededor.

……..

La multitud aplaudió el discurso de Alejandro mientras se alejaba del podio y le devolvía el micrófono al DJ que habían contratado para la velada. Se dirigió de nuevo hacia la mesa y sonrió cuando llegó junto a su esposa, dándole un tierno beso antes de ofrecerle la mano.

Sus mejillas de porcelana florecieron en ese delicado tono de Rosa que a él le encantaba en ella mientras la ayudaba a ponerse de pie antes de guiarla hacia la pista de baile. Podía escuchar a la multitud murmurar suaves palabras de adulación mientras tomaba a su esposa en sus brazos y le sonreía mientras comenzaban a balancearse al ritmo de la música del baile de apertura, acercándola aún más a él mientras sus brazos rodeaban su cuello.

Paula sonrió al ver a sus padres bailar al ritmo lento de una canción de amor. Era innegable el cariño y el amor que sentían el uno por el otro, y un silencio reverencial pareció invadir la fiesta mientras todos observaban a la pareja bailar.

Estaba tan embelesada con sus padres bailando juntos que tardó un tiempo en darse cuenta de que una mirada se había posado en su rostro. Giró la cabeza y se sonrojó de inmediato cuando vio que Massimo la había estado mirando. "¿Qué?", preguntó en un susurro, sintiéndose tímida bajo su mirada.

Su expresión pareció suavizarse y se inclinó hacia delante, y el calor de su aliento le rozó la oreja.

—Quieres algo así, ¿no?

—preguntó en voz baja, como si hablar más alto pudiera romper el dulce hechizo que había caído sobre la multitud.

El color de su rostro se intensificó, tanto por su proximidad como por la pregunta que le había hecho. Ni siquiera se molestó en intentar aparentar que no estaba extasiada por el amor que sentían sus padres y, en cambio, hizo un gesto hacia la pareja de baile. "¿Quién no lo estaría?", murmuró con seriedad, mientras observaba a su padre girar a su esposa antes de rodearla con un brazo por la espalda para ayudarla a inclinarse suavemente.

Aunque ese gesto agradó a la multitud, parecía que Sofia y Alejandro no se habían dado cuenta de nada a los ojos de los muchos que seguían cada uno de sus movimientos, e Paula no pudo evitar preguntarse en ese momento cómo sería amar a alguien tan intensamente, tan completamente. Un amor que parecía crecer cada día más. Ella solo podía esperar experimentar algo así algún día, y por primera vez, se preguntó si el hombre a su lado sería él.

Al poco rato, la canción llegó a su fin y Alejandro besó a su esposa con ternura antes de rodearle la cintura con un brazo protector mientras abandonaban la pista de baile. El DJ empezó con un baile más animado y la gente aplaudió mientras cuerpos borrosos en una gama de colores indistinguibles se difundían por la pista de baile cuando la fiesta comenzó oficialmente.

La abuela de Paula estaba sentada con una sonrisa en el rostro, balanceándose al ritmo de la música mientras miraba a sus nietas. "¿Por qué no están bailando?", preguntó, mirando a una y otra vez a los hombres perfectamente capaces que estaban sentados a ambos lados.

Paula abrió la boca, a punto de responder, cuando Massimo se levantó de repente y le ofreció la mano. Ella lo miró, un poco sorprendida por sus acciones, y él sonrió. "Sabes que no vine aquí solo para ser un adorno para el brazo, ¿verdad?"

Antes de que ella pudiera pensar en una réplica adecuada, él le tomó la mano y la puso de pie, haciéndola girar hábilmente hasta la pista de baile antes de atraerla hacia él. Bajó la mirada al ver su expresión atónita y sonrió con aire de suficiencia.

"¿Impresionado?"

De inmediato, su desorientación se evaporó y lo miró con una mirada desganada, acompañada de una sonrisa tímida. "En tus sueños", bromeó.

Él inclinó la cabeza hacia atrás y se rió, un sonido que fue increíblemente agradable para sus oídos, antes de mirarla de nuevo, con su mirada helada iluminada por la alegría. "Tendré que esforzarme más entonces", dijo y la movió a un brazo de distancia de él, obligándola a dar un giro brusco.

Sofia observó a su hija mayor reír mientras la hacían girar por la pista de baile. Su sonrisa brillaba con tanta intensidad que la mujer mayor casi no la reconoció. Paula solía tomarse en serio muchos aspectos de su vida, por lo que era bastante inusual verla tan frívola con el hombre del que una vez se quejaba constantemente.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado, con una mirada pensativa en su expresión mientras continuaba observando a la joven pareja bailar antes de volver a mirar a su esposo mientras los movía entre las mesas para hablar con diferentes personas.

Ya habían sonado algunas canciones cuando tuvo un momento para mirar nuevamente alrededor del jardín y notó a un hombre bajo y corpulento de pie a un lado. Frunció el ceño confundido y se inclinó hacia su esposo, susurrándole al oído: "Solo tardaré un minuto".

Alejandro la miró con una sonrisa y la besó en la mejilla antes de soltar su brazo de su cintura, permitiéndole moverse hacia la figura solitaria.

—Martin, ¿por qué no estás bailando?

—preguntó, amplificando su voz habitualmente suave para poder ser escuchada por encima del fondo palpitante de la música.

El gran chef la miró, ya que ella era naturalmente más alta que él, más aún ahora con sus tacones. "Ah, ya no estoy tan seguro de mis pies, señora ", respondió, su mirada profunda observando el mar de cuerpos en movimiento que caminaban al ritmo de la música.

"A nadie le importa si sabes bailar o no, Martin. Lo importante es que te diviertas. La comida estuvo deliciosa, así que puedes relajarte y disfrutar el resto de la velada".

Su adorable sonrisa de ardilla se hizo notar. "No es eso. Me siento perfectamente cómodo haciendo el ridículo. Es solo que..." hizo una pausa, moviéndose incómodo mientras señalaba a las parejas que bailaban. "No quiero hacer el ridículo de mi pareja, y la mayoría de estos bailes que se están representando requieren de un compañero".

—No creo que puedas dejar en ridículo a nadie, Martin. Pregúntale a alguien

—le instó y miró alrededor del jardín antes de notar otra figura solitaria de pie a un lado—. Alguien como *mademoiselle* Fettucine.

La postura de Martin se tensó inmediatamente. " ¿Ella ? ¿Por qué querría bailar con ella?"

"Porque ella está parada allí sola", respondió Sofia dulcemente.

—¡Bah!

—susurró el gran chef

— ¡Jamás en un millón de años se *lo* pediría ! ¡Es una esnob, una grosera y critica mi comida por cada grano de arroz! No es más que una vieja engreída que estaría encantada de matarme con cualquier cuchillo que pudiera alcanzar. ¿Y qué si tiene ojos del color de la miel rociada sobre un postre caliente, mejillas que rivalizan con el azúcar en polvo más suave, una figura que podría avergonzar a los dumplings, una sonrisa que es más brillante que cualquier...?

Su voz se fue apagando a medida que sus palabras se registraban en su mente y sus ojos se abrieron de par en par.

Sofia le sonrió suavemente cuando él la miró lentamente, completamente paralizado y con los ojos llenos de miedo. Rápidamente miró hacia otro lado, murmurando maldiciones en francés en voz baja mientras comenzaba a tirarse con saña de su cabello gris.

—Pregúntale, Martin. Es su última noche aquí. ¿Por qué no hacer que sea memorable para ambos?

—insistió Sofia al tenso chef, obligándolo a mirarla. Cuando lo hizo, inclinó la cabeza y lo hizo moverse con las manos

— Adelante.

El pobre chef parecía estar todavía aturdido mientras caminaba arrastrando los pies por el jardín, y Sofia intentó llamarlo rápidamente cuando notó que su cabello se estaba levantando en ángulos muy extraños debido a su momento de pánico. Pero la música estaba demasiado alta para que la escuchara mientras se abría paso entre los invitados hasta que se encontró directamente frente a Mademoiselle Fettucine.

Sofia observó cómo la menuda chef se daba vuelta para mirarlo y se sobresaltó un poco al ver su peinado que desafiaba la gravedad. Pero Martin parecía no darse cuenta de su sorpresa mientras la miraba fijamente por un momento, antes de que de repente pareciera salir de su aturdimiento.

Sus ojos se abrieron, el color desapareció de sus mejillas habitualmente sonrojadas y el pánico absoluto casi le rompió la espalda cuando se inclinó hacia adelante en una fuerte reverencia que casi hizo que golpeara el mentón de la mujer con la frente.

Sofia no pudo evitar reírse ante la claramente anticuada y terriblemente incómoda invitación del

chef a bailar, pero su sonrisa se transformó en una de logro cuando vio a Danielle asentir con la cabeza y las dos se dirigieron a una parte menos concurrida de la pista de baile.

"Estamos haciendo de casamentero otra vez, ¿verdad, cariño?"

La voz profunda de Alejandro llenó sus oídos y ella lo miró con una sonrisa descarada mientras él le rodeaba la cintura con un brazo y apoyaba la mano en la parte baja de su espalda. "Solo te devuelvo el favor, considerando todo lo que hizo por ti".

El rostro de su marido se sonrojó inmediatamente mientras se rascaba la nuca. "La mayoría de sus payasadas eran para torturarme, te lo puedo asegurar".

Ella le levantó una ceja y sus labios se curvaron en una sonrisa tímida. "¿Tienes miedo de admitir que el conversador del año necesitaba un compañero?"

La mirada de Alejandro parecía brillar contra el cielo oscuro de la noche mientras la miraba. "Diabla descarada", murmuró, y no pudo evitar la sonrisa burlona de sus labios cuando la pellizcó, lo que provocó que se le escapara un chillido de niña antes de golpearle rápidamente el pecho, sus mejillas florecieron de un tono Rosa brillante.

……

Otra canción alegre llegó a su fin, permitiendo que la melodía lenta de un vals suave se filtrara a través del sistema de sonido. Los ojos zafiro de Rosa se dirigieron a su hermana, observándola sonrojarse mientras Massimo la acercaba a su pecho, sus manos descansaban en la parte baja de su espalda para mantenerla cerca mientras comenzaban a balancearse al ritmo de la música.

Un suave toque en su mano la sacó de sus pensamientos y miró al hombre que estaba sentado a su lado. "¿Vamos?", preguntó Liam, inclinando la cabeza hacia la pista de baile.

Ella apretó los labios y apartó la mirada de su mirada implorante para volver a fijarla en su hermana, que dudó antes de apoyar suavemente la cara contra su pecho. Massimo pareció sorprendido por un momento, pero su expresión se relajó y la apretó más contra él, recorriendo su columna de arriba a abajo con una mano acariciadora mientras una suave sonrisa se dibujaba en su rostro.

Una repentina pesadez golpeó el pecho de Rosa, un anhelo tan doloroso que casi se echó a llorar en ese mismo momento. "Lo siento. Sólo que... necesito un momento", dijo sin mirarlo, y antes de que él pudiera pedirle una explicación, ya estaba de pie, moviéndose rápidamente entre la multitud para llegar a la entrada principal de su casa desde el Jardín Oeste.

Necesitaba alejarse de todo, aunque fuera por un momento. Era demasiado para ella ver a todos tan felices y enamorados mientras ella sentía que se estaba muriendo lentamente. Nunca en sus sueños más locos había pensado que experimentaría un dolor tan desgarrador como el que sintió en ese momento, y las lágrimas empañaron sus ojos mientras se ponía una mano sobre la boca, tratando desesperadamente de sofocar los sollozos en su garganta.

El pasillo principal de su casa estaba en silencio, salvo por el eco de los pasos de sus tacones contra el suelo. No sabía adónde iba, pero dejaba que sus pies la llevaran adonde quisieran.

Cuando por fin logró que su corazón palpitara con más fuerza, se dio cuenta de que estaba de

nuevo afuera, en el aire refrescante de la noche, y que, sin saberlo, sus pies la habían llevado al único lugar donde siempre encontraría consuelo. Inhaló profundamente y las lágrimas se le fueron despejando poco a poco de los ojos.

No había visitado los establos en absoluto en los últimos días. Su corazón estaba tan delicado después de cómo habían terminado las cosas entre ella y Jason que no creía poder soportar verlo, y por eso, como una cobarde, había evitado el lugar por completo.

¿Estaba siendo dramática? Tal vez. ¿Tenía todo el derecho a serlo? Probablemente no. No era como si hubieran estado saliendo cuando él le arrancó el corazón del pecho como lo hizo. Sabía que no era algo muy maduro el evitar sus problemas, pero simplemente no parecía lo suficientemente fuerte como para enfrentarlo todavía. Odiaba pensar en cómo sería su vida ahora que sabía lo que Jason sentía por ella y su riqueza, lo incómodo que sería cada vez que él necesitara ayudarla en los establos.

Un profundo suspiro escapó de sus labios y estaba a punto de darse la vuelta y regresar a la fiesta cuando oyó que se abría la puerta de los establos. Se le heló la respiración en los pulmones y su cuerpo se tensó al ver una figura alta salir y cerrar la puerta detrás de él. Cuando se dio la vuelta, pareció quedarse congelado en el sitio, viéndola a unos cuantos metros de distancia.

Por un momento no hicieron nada más que mirarse el uno al otro. Ella todavía podía escuchar la base vibrante de la música, aunque estaba bastante lejos, y sentía como si su corazón estuviera tratando de igualar la intensidad en su pecho. La mera visión de Jason mirándola casi la hizo caer de rodillas, su cuerpo rogando correr a sus brazos, buscar el consuelo que él le había dado tan a menudo y tan libremente.

Cerró los ojos con fuerza ante esa sensación. ¿Qué le pasaba? ¿Cómo era posible que quisiera buscar consuelo en el hombre que la había lastimado? ¿Cómo, después de todo lo que le había dicho, su corazón todavía lo añoraba hasta el punto de que apenas podía respirar mientras lo miraba, tan abrumada por la emoción que se sentía como si la hubieran descuartizado?

Una suave brisa la hizo temblar a pesar del calor de la noche, y lentamente abrió los ojos para mirar al hombre que todavía estaba de pie, inmóvil como una piedra, frente a ella. Debería haber sabido que estaría cerca. Lucky todavía era joven y necesitaba que lo alimentaran por la noche. ¿Por qué había venido allí? Esto solo la estaba lastimando más.

Sus ojos oscuros la observaban en silencio, su rostro fuerte apenas iluminado por las luces que se movían a lo largo del camino que conectaba su casa con los establos. Ella notó que un poco de indecisión se apoderaba de sus rasgos mientras continuaban observándose, pero el momento en que reconoció la emoción fue el mismo en que sintió que una persona se acercaba a ella.

La familiar colonia le permitió saber quién era sin necesidad de darse vuelta para mirar, y notó que Jason se tensaba al mirar a Liam. Parecían mirarse el uno al otro durante una eternidad, con la espalda tensa, los músculos tensos y una conversación sin palabras que parecía desarrollarse entre ellos.

Pero entonces Jason miró hacia otro lado por completo. Apenas podía distinguir su mandíbula apretada mientras metía las manos profundamente en los bolsillos de sus jeans y se alejaba, adentrándose más en la oscuridad de la noche.

Rosa casi quería correr tras él, pero sabía que sólo acabaría haciéndose más daño si lo hacía. Y

entonces, cuando sintió el brazo de Liam alrededor de su cintura, se dejó llevar de vuelta a la fiesta. Pero miró por encima del hombro en el último momento, y su corazón se paró en su pecho cuando sus ojos se conectaron con la silueta de Jason mirándola un segundo ante de que desapareciera en la casa.

Capitulo 18

"Massimo, ¿puedo hablar contigo un momento, por favor?"

Paula se giró al oír la voz de su madre y sus cejas oscuras se alzaron un poco sorprendida por su pedido. La fiesta finalmente había terminado y el personal contratado estaba ocupado limpiando las mesas y guardando todo. De repente, la finca parecía tan tranquila después de la música y las risas constantes que casi estaba demasiado silenciosa mientras ella y Massimo caminaban hacia su auto, ella del brazo entrelazado con el de él, cuando notó que sus padres se acercaban a ellos.

Miró a Massimo, la diferencia de altura entre ellos era más pronunciada desde que había cambiado sus tacones por zapatos planos esa misma noche, ya que su espalda no soportaba tacones altos durante largos períodos de tiempo. Su mirada gélida miró a su madre con curiosidad antes de asentir con la cabeza y soltar suavemente su brazo del de Paula.

—Disculpe

—le dijo con una suave sonrisa que hizo que sus entrañas se retorcieran agradablemente, y ella asintió, esperando que su padre no notara cómo sus mejillas se iluminaban de color, incluso en la tenue iluminación del jardín.

Massimo se acercó a Sofia y la mujer mayor se dio la vuelta y caminó por el sendero que conectaba el Jardín Norte con el Jardín Oeste, donde habían estado. La siguió y dejó a Paula sola con su padre.

La tarde estaba tranquila y los insectos nocturnos chirriaban mientras Sofia se abría paso entre la espectacular vista de los jardines de la finca. Los dulces aromas de peonías, lavanda y madreselva acariciaron sus sentidos y respiró profundamente para apreciarlos más.

Massimo permaneció en silencio a su lado, pero ella pudo sentir su mirada curiosa en su rostro cuando finalmente se detuvo frente a una de las muchas fuentes que se encontraban en el paisaje. Los suaves sonidos del agua corriendo resonaron en el silencioso jardín, y los suaves rayos de luna cayeron sobre la estatua de plata, haciendo que el Cupido que apuntaba pareciera estar brillando.

Sofia respiró profundamente otra vez y enderezó los hombros, con sus ojos oscuros clavados en la escultura. "Sé que es tarde, así que no te entretendré mucho. Hay algo que quiero hablarte antes de que mi esposo y yo nos vayamos mañana".

Las cejas de Massimo se fruncieron ante sus palabras mientras continuaba observando su rostro. "¿Pasa algo?"

Ella negó con la cabeza, su mirada oscura recorrió los rasgos de la figura, sin encontrarse con la suya. "No, no la hay ni quiero que la haya. Eso es de lo que me gustaría hablar contigo".

Massimo cambió de postura y su mirada gélida reflejaba confusión mientras inclinaba la cabeza hacia un lado. "¿Qué pasa?"

Sofia bajó la mirada y observó cómo los rayos de luna hacían brillar como millones de diamantes las suaves ondulaciones del estanque de la fuente. Se tomó un momento para recomponerse antes de volverse hacia él. Bañada por la suave luz de la luna y los rayos de las lámparas del jardín,

parecía majestuosa y podeRosa con la cabeza en alto y la mirada oscura impávida mientras sus ojos finalmente se conectaban con los de él.

-¿Cuáles son tus intenciones con mi hija?

Massimo la miró completamente sorprendido, sin esperar que ella le hiciera esa pregunta. Pero se recuperó rápidamente y se aclaró la garganta.

—Quiero ser su amigo

—respondió, pero cuando Sofia levantó un poco más la barbilla (su mirada se endureció), sus ojos se desviaron hacia el suelo.

—Sí me gusta

—admitió en voz baja.

"¿Quieres estar con ella?"

La franqueza de sus preguntas lo dejó un poco nervioso. Había esperado este tipo de conversación con el padre de Paula, no con su madre. "No me importaría, pero ella todavía quiere conocerme antes de tomar una decisión".

Sofia asintió lentamente ante su respuesta, observándolo con atención con su mirada oscura. "Ya veo".

El silencio los envolvió, salvo por los sonidos que provenían de la fuente y los insectos. Sofia siguió observándolo, como si estuviera intentando ver su alma antes de que su expresión finalmente se relajara. Sus ojos miraron a su alrededor mientras exhalaba un pequeño suspiro. "Me disculpo si parecí demasiado directa con mis preguntas. Solo necesitaba escuchar cuáles serían sus respuestas".

—Lo entiendo, señora Green. Son preguntas que cualquier madre preocupada tendría.

—Su mirada era comprensiva y Sofia lo miró con expresión pensativa antes de volver a concentrarse en la fuente resplandeciente.

—Paula es más valiosa para mí que la vida misma

—empezó a decir en voz baja, como si hablara más para sí misma que para él

— Tanto es así que a veces me resulta difícil comprender el hecho de que sea una joven libre de tomar sus propias decisiones.

Una curiosa sonrisa se dibujó en su boca, sus ojos reflejaban un recuerdo lejano. "Es una excelente jueza de carácter, más que yo en algunas ocasiones. No sólo eso, sino que es una de las personas más leales que puedas conocer, y llegará hasta el fin del mundo por aquellos que considere dignos de tal lealtad. Es una cualidad poco común en la gente hoy en día, algo que debe protegerse".

Hizo una pausa y frunció el ceño mientras pensaba: "Le toma mucho tiempo confiar en alguien debido a ese rasgo, pero una vez que lo hace... no encontrarás a nadie más leal que ella. Sin embargo, si algo sucediera que rompiera esa confianza... podría destrozarla por completo".

Massimo permaneció en silencio, observando cómo Sofia apretaba los labios hasta formar una fina línea y apretaba la mandíbula.

—Por eso solo tengo una cosa que pedirte.

"¿Qué es?"

Finalmente se volvió para mirarlo, con una mirada seria y una expresión severa. Lo miró fijamente durante largo rato, sus ojos oscuros recorriendo cada uno de sus rasgos, comparando las similitudes y las diferencias. Aunque no estaba segura de quién era su padre, su apariencia era demasiado sorprendentemente similar para que fuera una mera coincidencia, como se había permitido pensar anteriormente. Ahora, bajo la protección del cielo nocturno, su apariencia era extraña, más que nunca.

Aunque intentó desesperadamente no juzgarlo por su apariencia y por quién podría ser su familia, no pudo evitar que un escalofrío le recorriera la espalda. Sin embargo, incluso entonces, sabía que tenía que confiar en el criterio de su hija. Al ver cómo se había comportado con él esa noche, lo enamorada que estaba de él específicamente, supo entonces que Paula se estaba enamorando de él.

Aunque la muchacha testaruda lo negó.

Y en ese momento, Sofia se dio cuenta de que tendría que confiar en el juicio imparcial de su hija sobre este asunto. Porque, si bien todo podía ser una enorme coincidencia, sus instintos le decían que ese no era el caso. Era demasiado similar en demasiados aspectos. Y si resultaba que tenía algún parentesco con él, ¿quién era ella para juzgarlo basándose en quién era su familia?

Dios sabe cómo habría terminado en el mundo si la gente la hubiera juzgado basándose en su familia cuando era más joven.

No podía etiquetarlo de la misma manera; él merecía el beneficio de la duda ya que siempre había sido respetuoso con su familia. Pero aun así se sentía responsable de decir algo, un pequeño recordatorio de que, aunque le estaba dando una oportunidad, habría consecuencias si se salía de la línea.

Y entonces, ella se encontró con su mirada expectante. Sus ojos oscuros chocaron con su tono gélido en una fuerte advertencia mientras ella respondía en un tono calmado y serio: "No le hagas daño".

……

"Gracias una vez más por su ayuda, mademoiselle Fettucine. La velada fue todo un éxito y mi marido y yo lo agradecemos enormemente", dijo Sofia mientras sonreía a la pequeña mujer mientras Oliver colocaba las bolsas del chef en el maletero de su coche.

"Fue un placer, señora ", respondió Danielle con una extraña sonrisa mientras su mirada se movía entre cada miembro de la familia con la que había vivido durante el último mes. Pero su expresión vaciló cuando sus ojos color miel se posaron en un gran chef que la observaba con los brazos cruzados sobre su estómago regordete.

"Fue un... placer trabajar contigo, Martin", dijo, luchando por encontrar una palabra apropiada para describir el tiempo que pasaron juntos.

Martin levantó la barbilla y sus labios se apretaban hasta formar una línea apretada. "Sí, me alegraré de tener mi cocina de nuevo para mí".

Todos lo miraron, un poco sorprendidos por la brusquedad de su respuesta. Sin embargo, su

expresión dura no vaciló mientras continuaba mirando a la pequeña mujer frente a él. Danielle miró hacia otro lado, aclarándose la garganta para ocultar el rubor avergonzado que se formaba en sus mejillas, y su mirada se dirigió hacia Oliver cuando él sostuvo la puerta abierta para ella. Ella asintió ante su silenciosa instrucción antes de mirar de nuevo a la familia Green.

—Sí, bueno, au revoir

—dijo, y su mirada regresó a Martin por un breve momento antes de tomar rápidamente su asiento en el auto, su rostro quedando oscurecido por la ventana de vidrio polarizado cuando Oliver la cerró detrás de ella.

Danielle suspiró mientras el auto avanzaba y miró hacia atrás para ver a Martin girar bruscamente sobre sus talones para regresar a la casa. Sus ojos se dirigieron hacia abajo para concentrarse en sus manos y notó cómo se oscurecían a medida que las lágrimas empañaban sus ojos. Su corazón se retorció doloRosamente en su pecho mientras sus pensamientos se remontaban a la noche anterior, a cómo todo iba perfecto hasta que ya no lo era.

Se sorbió la nariz y se secó un pañuelo con la mano, incapaz de tragarse la sensación de opresión en la garganta. Una lágrima solitaria le corrió por la mejilla tersa y no se molestó en enjugársela mientras el coche desaparecía por la entrada.

……

Más tarde ese día, después de que Sofia y Alejandro se fueran de vacaciones durante dos semanas, Paula se sintió un poco perdida y no sabía qué hacer. Desde que era pequeña, los domingos siempre se consideraban días familiares y parecía que todo estaba muy tranquilo desde que sus padres se habían ido de luna de miel por segunda vez. Supuso que habría sido mejor si su hermana hubiera estado dispuesta a hacerle compañía, pero Rosa había estado encerrada en su habitación durante la mayor parte del día y probablemente solo saldría a cenar.

Exhaló lentamente mientras bajaba las escaleras, sus pies enfundados en calcetines hacían pequeños ruidos al caminar. La casa estaba muy silenciosa y se dio cuenta de que otra razón para ello era que las peleas de Martin y Danielle a menudo también llenaban el silencio.

Paula frunció el ceño al recordar la fría despedida que se habían dado ese mismo día y se encontró yendo hacia la cocina instintivamente. Cuando entró, el sonido áspero de un cuchillo cortando carne en dados le golpeó los tímpanos y se dio la vuelta, notando que Martin preparaba la carne de forma bastante peligRosa. Tenía los hombros tensos y la frente arrugada mientras murmuraba enfadado en voz baja.

Ella no dijo nada por un momento, solo lo observó mientras apartaba la carne y tomaba otro filete. Sus cejas se juntaron y caminó hacia él, observando cómo la piel alrededor de sus delgados labios estaba de un tono bastante pálido debido a la tensión de su ceño fruncido.

Ella se detuvo a poca distancia de él y se apoyó contra el mostrador. "¿Martin?", preguntó con voz suave.

El gran chef hizo una breve pausa en sus labores para asentirle, pero sus ojos permanecieron pegados a sus manos mientras retiraba los trozos de carne para reemplazarlos con otro filete.

Su ceño se profundizó. "¿Qué pasó?"

Por un momento, pensó que no la había oído, pero luego vio que de repente sus mejillas se

ruborizaban, entrecerraba los ojos y apretaba la mandíbula con fuerza. Los golpes del cuchillo se hacían cada vez más rápidos hasta que sonaban como un colibrí, pero luego se detuvieron por completo y dejó el cuchillo junto a la carne descuartizada.

"Le pedí que se quedara, pero ella se negó", dijo en voz baja y tensa.

Los ojos de Paula se abrieron de par en par por la sorpresa y se enderezó mientras lo miraba con incredulidad. "¿Qué? ¿Por qué?"

Martin apretó los labios con fuerza, pero su mirada permaneció clavada en la encimera mientras respondía: "Ella dijo que no quería tener una relación con alguien que sabía que siempre ocuparía un segundo lugar después de su trabajo. Dijo algo como 'ya he pasado por eso'".

La mandíbula de Paula se aflojó por la sorpresa, pero cuando vio el cuerpo tenso del gran chef y la forma en que sus ojos oscuros parecían listos para lanzar chispas a todo lo que se moviera, su ceño se relajó y su expresión fue de empatía. "Oh, Martin".

Sus ojos oscuros se alzaron para mirarla y, por un breve segundo, ella captó un destello de dolor en su mirada antes de que él inmediatamente enderezara los hombros, con una mirada desafiante en su rostro. "Eh, ¿y qué? De todos modos, nunca habría funcionado entre nosotros. Entonces, ¿sabes qué? ¡Que te vaya bien!"

Sus cejas oscuras se alzaron con asombro ante sus palabras. Sin embargo, él no parecía estar de humor para seguir hablando del tema, ya que tomó una sartén para colocarla en la estufa de gas, dándole la espalda mientras removía un poco de aceite de oliva en la sartén.

Suspiró suavemente, incapaz de pensar en una manera de calmar a la chef, que estaba claramente agitada, cuando sonó su teléfono. Lo sacó del bolsillo, lo miró y frunció el ceño cuando notó el nombre de Martina.

"¿Hola?" preguntó, poniendo la llamada en altavoz.

" Señorita Green, tenemos una . . . situación. "

…….

Paula suspiró mientras se reclinaba en su silla de oficina, frotándose las sienes mientras le empezaba a doler la cabeza. No había planeado trabajar hoy, pero uno de los envíos que debía partir había tenido problemas con los agentes de aduanas y requería su atención urgente antes de partir hacia Europa.

"¿Quieres algo de comer?"

Levantó su mirada oscura hacia su asistente. "No, gracias, Martina. Solo quiero terminar esto para que al menos podamos disfrutar un poco de nuestro Cuatro de Julio". Tomó otro papel y chasqueó la lengua con fastidio cuando sintió un fuerte dolor en la cabeza. "Quizás necesite anteojos uno de estos días con la cantidad de lectura que tengo", murmuró mientras dejaba caer el papel para presionar sus dedos contra sus sienes una vez más.

"Estoy segura de que te ayudaría con los dolores de cabeza. Sé que a mí me pasó", respondió Martina, acomodándose sus pequeñas gafas en la nariz.

"Estoy segura de que sí", dijo la mujer con una sonrisa cansada mientras se ponía de pie, con la espalda rígida crujiendo en señal de protesta. Se mordió el labio para reprimir un gruñido y se

dirigió hacia la máquina de café expreso.

Mientras esperaba su bebida, sus pensamientos se remontaron a los últimos días. Cuando Martina la llamó para contarle una situación, nunca pensó que se trataría de un frenesí mediático por su "nueva" relación.

De alguna manera, las fotos de ella bailando con Massimo se filtraron al público en general y todos parecieron enloquecer. Uno de los títulos de una revista llegó incluso a afirmar que la impetuosa directora ejecutiva de Nueva York finalmente había encontrado a su "hombre ideal".

Paula no pudo evitar reírse al oír eso. ¡Parecía que ellos sabían más sobre su vida que ella!

Y, bueno, desde que se publicó ese artículo, no parece haber tenido un momento para sí misma, llegando tan lejos como para contratar seguridad adicional alrededor del edificio solo para estar atenta a los paparazzi.

Mientras se llenaba la taza de espresso, los oídos de Paula se agudizaron ante el sonido de la puerta de su oficina abriéndose.

"Tuve la sensación de que alguien necesitaría un pequeño empujón hoy cuando me enteré de que estaba trabajando".

Paula se giró y sus cejas oscuras se alzaron con sorpresa cuando vio a Massimo de pie en la puerta, mostrando una caja con la etiqueta de su café favorito. "¿Cómo...?"

—Tengo mis métodos

—dijo Massimo con una sonrisa mientras caminaba hacia ella y le ofrecía la caja

— Para ti, mi señora.

Paula no pudo evitar sonrojarse ante su gesto y tomó con delicadeza la caja de la mano que le ofrecía. Sus ojos se dirigieron hacia abajo para notar que era una rebanada de pastel de terciopelo profundo bañada en crema y salsa. "Gracias."

Massimo le sonrió más ampliamente antes de mirar alrededor de la habitación y notó que Martina estaba sentada junto al escritorio. Él asintió con la cabeza en señal de saludo y ella le ofreció una pequeña y tímida sonrisa en respuesta antes de agachar rápidamente la cabeza.

Volvió a fijarse en la mujer que tenía delante y la observó mientras colocaba la caja en el mostrador, junto a la máquina de café expreso. Ese día vestía de manera informal, con un sencillo vestido de verano de color azul claro que resaltaba su tono de piel aceitunado y su cabello de ébano; el vestido era lo suficientemente corto como para dejarle ver sus muslos bien formados.

—¿Quieres un poco, Martina?

—gritó Paula a la joven, ignorante de la mirada apreciativa de Massimo.

—No, gracias, señorita Green

—fue su suave y tímida respuesta.

Paula hizo una pausa y miró por encima del hombro para ver que su asistente tenía la mirada fija en el suelo, con un ligero rubor en sus mejillas. Al darse cuenta de que la pobre chica probablemente pensaba que estaba entrometiéndose, volvió a centrar su atención en el pastel y

dijo: "Ya puedes irte a casa, Martina. Yo puedo terminar".

"¿Estás... segura?" respondió la joven, con un dejo de esperanza evidente en su voz todavía tímida.

"Sí, puedo encargarme del resto por mi cuenta. Gracias por venir hoy".

—Está bien

—dijo y se levantó, tomando rápidamente sus cosas.

—Disfruta el resto de tu día

—le gritó Massimo.

Sus mejillas ardieron de un rojo escarlata brillante mientras asentía con la cabeza y chilló un adiós a ambos antes de salir rápidamente de la oficina.

Massimo frunció el ceño mientras observaba cómo la puerta se cerraba detrás de ella y siguió distraídamente a Paula hacia la pequeña sala de estar en un rincón de su oficina. "Es una cosita tímida, ¿no?", preguntó mientras se sentaban uno al lado del otro en uno de los sofás.

Paula se detuvo ante sus palabras, sus manos detuvieron sus movimientos mientras lo miraba con expresión dura. "Ella no es una cosa", afirmó.

Él la miró y notó la expresión de enojo en su rostro. "Sabes a qué me refiero".

"No, en realidad no."

—Gruñera

—gruñó él, dejando caer la cabeza hacia atrás contra el sofá mientras seguía manteniendo la mirada fija en ella

— ¿Por qué siempre tenéis que discutir por todo?

—Cuando ella abrió la boca, a punto de replicar, él rápidamente levantó la mano y sacudió la cabeza

— No importa, olvida que alguna vez dije algo.

Un tenso silencio se hizo entre ellos antes de que su mirada oscura finalmente se centrara en el pastel que tenía frente a ella, y Massimo la observó mientras daba unos cuantos mordiscos antes de soltar un suspiro.

—Entonces, ¿por qué es tan tímida?

—¿Quién?

—preguntó Paula, levantando sus ojos oscuros para encontrarse con los de él.

—Tu asistente

—aclaró, sus labios se curvaron un poco hacia arriba al ver cómo ella olvidaba todo cuando tenía el postre en la mano.

—Oh

—dijo, y sacó la lengua para lamer un poco de crema de la comisura de su boca

—Es un poco tímida con los extraños, pero se porta bien una vez que se acostumbra a una persona.

—Ya veo

—asintió y la observó mientras le daba otro mordisco al pastel

— ¿Está bueno? No sabía qué comprarte, porque solo te he visto comer pastel de chocolate, pero en la cafetería no había ninguno. Y sé cómo eres con los dulces, así que...

—Massimo

—sonrió Paula, extendiendo la mano para tocarle la suya. En el momento en que sus dedos tocaron la cálida piel de la parte superior de su mano, el calor pareció filtrarse por las venas de sus brazos, suministrando más sangre a su ritmo cardíaco cada vez más rápido. La reacción la hizo perder el hilo de sus pensamientos por un breve segundo antes de aclararse rápidamente la garganta y apartar la mano

— Es delicioso. Te conviene saber que me encanta cualquier forma de azúcar.

Una suave sonrisa curvó sus labios y rápidamente tomó su mano entre las suyas antes de que estuviera fuera de su alcance. "Me aseguraré de recordarlo", murmuró, observando sus manos entrelazadas por un momento antes de mirarla, con una mirada de convicción en su mirada gélida. "¿Quieres ir y hacer algo? Es el cuatro de julio después de todo".

Paula frunció el ceño.

—¿Estás segura de que es una buena idea? Quiero decir, con los medios y todo eso, es inevitable que alguien nos note.

"¿A quién le importa? No es que estemos haciendo nada malo".

—No, supongo que no

—murmuró Paula, apartando suavemente su mano de la de Massimo para darle otro mordisco a su pastel, frunciendo el ceño mientras pensaba. No era que estuvieran haciendo algo malo, pero lo que le preocupaba era cómo los medios distorsionaban los hechos para vender más copias. No podía permitirse el lujo de empañar su imagen, lo que inevitablemente pondría en riesgo la reputación de la empresa.

"¿Entonces es un sí?"

Sus ojos oscuros se posaron en el hombre que estaba sentado a su lado y un suave suspiro salió de sus labios. "Está bien, pero primero tengo que terminar mi trabajo aquí".

…….

Bueno, como Paula pensó, los paparazzi estaban por todas partes. Tanto que apenas tenían la oportunidad de hacer algo antes de que esas molestas moscas se les echaran encima como restos de verduras del día anterior. Al final, se retiraron a su coche, ya que Massimo había caminado hasta el edificio de su empresa y el único lugar donde podían encontrar un poco de consuelo resultó ser el apartamento de Massimo.

No era algo que Paula esperaba que sucediera hoy, y tuvo que admitir que estaba nerviosa mientras estaban uno al lado del otro en el ascensor.

—Sabes, cuando te pregunté si querías pasar el cuatro de julio conmigo, esperaba pasar el resto del día contigo

—dijo Massimo, con un pequeño puchero en los labios.

Paula lo miró con una sonrisa de disculpa en el rostro. "Lo siento, pero no me pareció justo dejar a Rosa sola todo el día, y Martin siempre prepara una cena deliciosa para celebrar".

"¿Cuándo no prepara una pasta deliciosa?", replicó Massimo con una sonrisa amistosa mientras el ascensor se detenía.

—Touché

—respondió Paula con una sonrisa mientras él le permitía salir primero.

Intentó mantener la mirada confiada, pero no pudo evitar sentirse un poco ansiosa al saber a dónde se dirigían. Aunque sabía que no tenía motivos para estar nerviosa, no pudo evitar sentirse así.

"Sabes, podrías haber invitado a tu hermana si no querías que celebrara el día sola. Todos podríamos haber visto los fuegos artificiales juntos esta noche", continuó diciendo Massimo mientras caminaban por el pasillo magníficamente amueblado. "Y podríamos haber utilizado el yate de mi madre para que ningún periodista nos molestara".

Un profundo suspiro salió de los labios de Paula. "Gracias por la amable oferta, pero mi hermana no ha tenido muchas ganas de estar acompañada últimamente y, además, le aterrorizan los fuegos artificiales, así que, aunque estuviera dispuesta a socializar, no le habría gustado ir".

"¿Tiene miedo de los fuegos artificiales?", preguntó sorprendido mientras la miraba y su mano detenía el movimiento de insertar la llave en la puerta.

Paula tarareó y se balanceó suavemente hacia adelante y hacia atrás sobre sus talones. "Fuegos artificiales, truenos. Básicamente, cualquier cosa que produzca un estallido fuerte e inesperado. Siempre he tenido miedo".

Giró la llave y abrió la puerta, indicándole con un gesto que entrara. Ella dudó un momento antes de ofrecerle una sonrisa para ocultarla y entró, con su mirada oscura instantáneamente captando el estilo de la habitación. Como la mayoría de los pisos de soltero, la habitación estaba decorada con cortes elegantes, colores oscuros y muebles modernizados. El apartamento era en su mayor parte de planta abierta, con la sala de estar a la derecha y la cocina a la izquierda.

Mientras que los armarios de la cocina eran en su mayoría de madera oscura, que combinaban muy bien con las paredes de color gris antracita, el salón de color crema aportaba un brillo contrastante al lugar. Era un apartamento de buen tamaño, pero parecía un poco demasiado moderno para su gusto. Le gustaban los estilos modernos, pero en un entorno corporativo. Cuando una casa parecía tan moderna como la suya, ya no parecía hogareña.

Estaba casi... frío.

"¿Quieres algo de beber?"

La voz de Massimo la sacó de sus pensamientos y se giró para ver que había abierto el refrigerador y que había señalado las diferentes bebidas que había guardado. Dio un paso hacia él y sus zapatos hicieron un ligero ruido al caminar sobre las baldosas.

—Un poco de agua con gas, por favor

—respondió después de mirar sus opciones, y su mirada se movió a su alrededor una vez más mientras esperaba torpemente a que Massimo preparara las bebidas, sus dedos jugueteando instintivamente con la correa de su bolso.

Pero ella soltó rápidamente la hebilla cuando lo notó caminar hacia ella y le sonrió cuando le entregó un vaso frío lleno hasta el borde. Se dio vuelta y sintió que el corazón le latía con fuerza en el pecho cuando él le tocó suavemente la parte baja de la espalda para guiarla hacia la sala de estar.

—Entonces, volviendo a la fobia de tu hermana, ¿no has ido nunca a ver los fuegos artificiales?

—preguntó mientras se sentaban en uno de los sofás, y el frío del material le heló las piernas desnudas.

"He ido unas cuantas veces, pero sólo cuando era muy pequeña."

"¿Y alguna vez has deseado volver a ir?"

Ella tomó un sorbo de agua. "Claro que sí. Siempre iba con mi mamá. Pero cuando ella y mi papá se casaron, nunca más volvimos a ir por el miedo de Rosa".

—Oh

—respondió Massimo mientras se acomodaban en sus asientos. Un zumbido llegó a sus oídos y se giró para ver a Paula sacando su teléfono de su bolso.

"Lo siento, tengo que enviarle este correo electrónico a Rosa rápidamente", dijo después de unos segundos de leer su pantalla mientras sus uñas golpeaban la pantalla. "Es una licitación para una de las nuevas salas que planean construir en la clínica pronto".

Las cejas de Massimo se fruncieron un poco ante sus palabras. "¿Pero por qué lo comprarías? Pensé que la clínica era asunto de tu madre y tu hermana".

"Lo es, pero estoy ayudando a Rosa con algunas cosas mientras mamá no está", respondió en un tono distraído mientras guardaba su teléfono en su bolso y luego colocaba el accesorio de cuero marrón en la mesa de café de vidrio.

"¿Por qué?"

—¿Por qué qué?

—preguntó ella, su mirada oscura centrada en sus iris helados.

—¿Por qué llegarías a tal extremo para ayudarla?

Paula le sonrió como si acabara de hacerle la pregunta más absurda que jamás se haya hecho, pero cuando notó la seriedad de su expresión, su sonrisa desapareció y su expresión se transformó en una mueca. "Porque ella es mi familia. Siempre haces todo lo que puedes para ayudar a tu familia".

Massimo se reclinó en su silla, con una mirada pensativa en su rostro. "Recuerdo que una vez fuiste a la empresa de mi mamá a comprar medicamentos para tu madre, y sé que ya estabas muy ocupado. Realmente pareces hacer más de lo que te corresponde por ella. ¿Por qué?"

—Porque ella significa todo para mí

—respondió ella sin dudarlo ni un segundo.

Sus ojos helados se abrieron de par en par por la sorpresa ante sus palabras y se movió un poco en su asiento, frunciendo el ceño con confusión. "Sí, pero aun así... no le debes a ella el ponerte en evidencia de esa manera".

Ahora fue el turno de Paula de moverse incómoda en el asiento y miró hacia abajo, al vaso casi vacío que tenía en las manos. "Yo... más o menos lo hago", murmuró en voz baja.

Sus palabras hicieron que Massimo frunciera aún más el ceño y dejó su vaso vacío sobre la mesa antes de inclinarse hacia ella, colocando su brazo sobre el respaldo de donde estaba sentada. "¿Qué quieres decir?"

Sacó la lengua Rosada para lamerse los labios secos y tomó un último sorbo de agua antes de dejar el vaso en la mesa de café, junto al de él. Su mirada vagó por la habitación por un momento, contemplando el apartamento que parecía vacío antes de centrarse en sus uñas pintadas a la francesa.

—Mi madre... en realidad no es mi madre.

—Levantó los ojos un momento y notó la expresión desconcertada de Massimo antes de volver a sus manos

— En realidad, Sofia es mi tía. Tuve una madre irresponsable que apenas me dio la luz del día. Fue Sofia quien me crió. Ella renunció a todo por mí y, si no hubiera sido por ella... probablemente me habrían dejado a merced de las autoridades y Dios sabe dónde habría acabado entonces.

Se produjo un momento de silencio antes de que Massimo respondiera en voz baja: "No lo sabía".

"Porque ya no importa. Sofia es mi madre, siempre lo ha sido. Sólo que... no quiero hacerla sentir nunca como si se arrepintiera de haber dejado todo por mí. No quiero decepcionarla, nunca ".

"Y... ¿tu madre biológica?"

—Clara

—interrumpió Paula con tono afirmativo

— Para mí, ella es Clara. No tiene ningún título .

Massimo asintió con la cabeza. "Entonces, ¿qué le pasó?"

Ella se encogió de hombros y su mirada era indiferente. "No lo sé. Creo que murió hace algunos años. Realmente no me interesa saber más que eso".

Las cejas de la mujer se alzaron ante esas palabras vehementes, palabras tan poco habituales en su naturaleza generalmente amable. Cuando la miró, al ver la mandíbula apretada, los ojos duros y la expresión tensa, no pudo evitar preguntarse qué había despertado en ella tanto odio.

"¿Era realmente tan mala madre?"

Paula se burló. "Sí. Lo único que le importaba eran los hombres y el dinero que podía sacarles. Saltaba de uno a otro. Por eso estoy tan en contra..." Se quedó callada, y sus labios se cerraron al

darse cuenta de que había compartido demasiado una vez más. Parecía que tenía tendencia a hacer eso cuando estaba con el hombre que tenía a su lado.

Massimo inclinó la cabeza y observó su expresión repentinamente cerrada. "¿Contra qué?"

Los dientes blancos de ella apretaron el labio inferior y el sonido de su áspera deglución llegó a sus oídos.

—Es por eso que estoy tan en contra del sexo antes del matrimonio. No me sorprendería que ella haya abortado uno o dos veces porque no quería la molestia de tener hijos. Probablemente la única razón por la que me mantuvo fue porque sabía que yo era una mina de oro escondida, pero incluso entonces utilizó a mi madre para conseguirlo y eludir sus responsabilidades.

—Sus nudillos se apretaron hasta que la piel se puso blanca

— Incluso si ella todavía estuviera viva, nunca la perdonaría por lo que hizo pasar a mi madre.

La voz de Sofia resonó con fuerza en sus oídos al oír esa declaración salir de los labios de Paula. Había pensado que la mujer mayor había exagerado en su explicación del carácter de su hija mayor, pero ahora dudaba de sus propios pensamientos. En ese momento, no parecía muy descabellado imaginar que Paula iría hasta el fin del mundo por aquellos a quienes era leal. Y, a juzgar por sus palabras, su lealtad claramente hacía que fuera casi imposible para ella perdonar a quien la lastimara a ella o a sus allegados, sin importar cuánto tiempo pasara.

Un sentimiento de culpa no deseado lo invadió al pensar en cómo se vería afectada si algo le sucediera a Sofia. Pero rápidamente dejó de lado ese sentimiento y su mente aguda se aferró a otro miedo oculto que lentamente estaba saliendo a la superficie de su impresionante fachada serena y despreocupada.

"¿Es por eso que siempre te alejas de mí cuando me vuelvo demasiado atrevido a tu alrededor con mis afectos?"

Por primera vez en todas las semanas que la conocía, Massimo vio a Paula encogerse sobre sí misma como si la hubiera golpeado. Su rostro adquirió un tono grisáceo bastante preocupante mientras decía en voz baja: "La sangre es más espesa que el agua. Y dicen que todo alcohólico ha bebido su primer sorbo".

Massimo sabía que en ese momento no se refería al abuso de sustancias y su mirada se suavizó. "Ese no es siempre el caso, Gruñona", le dijo con dulzura.

Su mirada oscura finalmente se encontró con la de él.

—Pero ¿por qué arriesgarme? No quiero ser como ella. No puedo. ¡Me niego!

Massimo enarcó las cejas al ver el miedo en sus ojos y la vio apretar los labios con tanta fuerza que la piel de su boca se puso aún más pálida que el resto de sus rasgos. Un tenso silencio pasó entre ellos antes de que él exhalara lentamente.

—Sabes que nunca te presionaría de ninguna manera, ¿verdad?

Ella agachó la cabeza. "Lo sé. Es solo que... cada vez que siento que podría perder un poco de mi autocontrol, siento que estoy un paso más cerca de ser como ella ".

—No, no lo eres

—respondió Massimo, mirándola con dulzura

— Si

—y ese es un gran «si»

— perdieras el control de ti misma, definitivamente no sería con un completo desconocido como supongo que fue el caso de Clara. Te conozco lo suficiente como para afirmar que eso es una certeza.

Sus hermosos y expresivos ojos lo miraron, con un dejo de gratitud y esperanza. La expresión de sus rasgos, normalmente rígidos, le daba una expresión infantil, algo que a él le resultó bastante entrañable en ese momento. "¿En serio?"

Él asintió con la cabeza y su suave sonrisa la tranquilizó. Se miraron el uno al otro y la tensión silenciosa que los dominaba se disipó. Finalmente, ella rompió la mirada y sus mejillas se sonrojaron mientras una mirada sumisa dibujaba sus rasgos.

—Nunca le he contado esto a nadie. Ni siquiera a mi hermana.

"Bueno, me siento honrado de que me lo hayas dicho."

Ella se encogió de hombros despreocupadamente, casi pareciendo restar importancia a su profunda conversación con su acción impasible, como si tratara de hacer que la conversación pareciera menos monumental para su relación de lo que era. "Sentí que te debía una explicación de por qué siempre me iba... de golpe".

La característica sonrisa de Massimo le hizo tirarse de los labios y se acercó a ella hasta que sus rodillas se tocaron.

—Entonces...

—empezó, bajando la voz

— ¿admites que tu resistencia se debilita a mi alrededor?

Ella le lanzó una mirada, sin impresionarse por la expresión de suficiencia en su rostro. "No te hagas el creído ahora. Ya sabes a qué me refiero".

Una sonrisa curiosa se dibujó en sus labios mientras comenzaba a jugar con un mechón de su cabello oscuro. "Sé lo que quisiste decir, y tú también sabes lo que yo quise decir. Simplemente estaba haciendo una observación a través de mis recuerdos de lo que he notado que haces en varias ocasiones".

Su mirada gélida recorrió su rostro de tal manera que parecía como si estuviera viendo a través de ella y en lo más profundo de su mente. Era algo que la habría desconcertado, pero ahora no tenía nada más que ocultarle. El pensamiento era liberador y, de alguna manera, parecía empoderarla. Tanto que levantó una ceja oscura y perfectamente esculpida.

"¿Te gusta?", me desafió.

Sus ojos helados parecieron profundizarse a medida que una mirada pensativa apareció en sus rasgos.

—Como aquella vez que viniste a la casa de mi madre

—comenzó en voz baja, mientras seguía haciendo girar su cabello perezosamente

— Recuerdo cómo te veías con esa blusa roja.

—Hizo una pausa para acomodar los mechones oscuros detrás de su oreja antes de que sus ojos se conectaran con los de ella, acercándose más a ella para que el aroma de su loción para después del afeitado se hiciera evidente

— Recuerdo cómo reaccionaste a mi proximidad.

Paula inhaló con dificultad cuando sintió que su dedo recorría lentamente su mandíbula y notó que sus ojos se centraban en sus labios rojos.

—También recuerdo la noche que fui a tu casa y paseamos por los jardines. ¿Recuerdas lo que pasó entonces?

"Massimo . . ."

Su mirada gélida, ahora de un profundo tono cobalto, la miró de nuevo, a sus mejillas rojas y sus ojos brillantes. Si bien la profundidad de sus irises revelaba una punzada de miedo, también notó que algo más se estaba gestando en el fondo, y supo exactamente qué era por la creciente pesadez de su respiración y su piel enrojecida.

Él sabía que ella quería cerrar la brecha que los separaba, pero ahora sabía con total claridad por qué, por qué también se resistía a la atracción casi palpable que existía entre ellos. Era algo que lo había confundido tantas veces antes, pensar que ella se estaba haciendo la difícil con él. Pero no había sido así en absoluto; ahora lo entendía.

Ella simplemente estaba asustada.

Se acercó más a ella hasta que estuvieron a un suspiro de distancia e inhaló el aroma embriagador que había llegado a asociar con ella. Extendió los dedos y los hundió en la sedosa masa de cabello oscuro de su cabeza, y un escalofrío recorrió su cuerpo. Su mirada inquisitiva se fijó en la de ella y leyó la guerra que se libraba en su interior mientras sus ojos suplicaban clemencia antes de que sus labios se encontraran.

El beso fue lento y sin prisas, nada parecido al primero que habían compartido. Fue tentador y tierno cuando él le rodeó la cintura con un brazo para acercarla más a él, ofreciéndole suaves caricias en la espalda y el cuero cabelludo mientras sentía ligeros temblores recorriendo su cuerpo.

Ella era delicada, mucho más de lo que jamás había revelado al mundo. Él podía percibirlo en la forma en que respondía a sus movimientos, y la apretó más contra él. "No pienses tanto; te tengo", murmuró suavemente contra sus labios antes de capturarlos una vez más.

Se aseguró de ir al ritmo que ella marcaba y disfrutó de la sensación de que pronto se relajaría en su abrazo, pero muy pronto sintió que ella quería retirarse. Aunque hubiera continuado todo el día, no intentó atraerla hacia sí para besarla de nuevo.

Su rostro estaba sonrojado, pero su cabello suavemente peinado y sus ojos brillantes la hacían lucir excepcionalmente hermosa en ese momento, y él no pudo evitar mirarla fijamente, con una suave sonrisa formándose en sus labios.

—Eso no estuvo tan mal, ¿verdad?

No lo creía posible, pero su rostro se oscureció un poco. "Oh, cállate ", murmuró y enterró su rostro en el frente de su camisa, avergonzada.

Su risa llenó la habitación, que por lo demás estaba en silencio, mientras la rodeaba con sus brazos y la besaba en la frente antes de acomodarlos a ambos en el sofá. Se quedaron así un rato, disfrutando de la presencia del otro, pero pronto se acabó cuando el familiar zumbido del teléfono de Paula llegó a sus oídos.

Massimo la soltó para que ella pudiera comprobarlo y vio que sus párpados se cerraban mientras un gemido cansado salía de sus labios. "Tienes que estar bromeando".

—¿Qué pasa?

—preguntó, enderezándose en su asiento.

"Hay otro problema con el trabajo que estaba haciendo esta mañana. Lo siento, pero tengo que irme", dijo mientras se ponía de pie.

"¿Quieres que te acompañe a la salida?", preguntó mientras se levantaba para mirarla.

—No, estoy bien

—dijo ella mientras recogía rápidamente sus cosas. La siguió hasta la puerta de entrada y la observó moverse un poco tímidamente antes de mirarlo con esos ojos expresivos

— ¿Te veré pronto?

Una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro y se inclinó para darle un suave beso en los labios. "Sí."

Sus mejillas se tiñeron de rojo y rápidamente salió de la habitación, cerrando la puerta detrás de ella. Massimo se quedó mirando la puerta por un momento antes de soltar lentamente un profundo suspiro mientras se giraba para tomar los vasos vacíos de la mesa de café y colocarlos en el mostrador.

Al pasar junto a su teléfono, notó que la pantalla se iluminaba y maldijo en voz baja cuando se dio cuenta de que lo había dejado en silencio. Con las gafas todavía en una mano, cogió el teléfono y apretó los labios cuando vio quién lo llamaba. Por un breve segundo, no quiso responder, pero cuando se dio cuenta de cuántas llamadas ya habían ido al buzón de voz, respiró profundamente y respondió.

—¿Hola?

—preguntó mientras cruzaba la cocina hacia el gran ventanal, desde donde se veía la calle, unos pisos más abajo

— Estaba ocupado

—respondió con un suspiro

— Sí Acaba de irse.

Su mirada gélida bajó y notó que una cabeza familiar de cabello color ébano medianoche entraba en la brillante luz del sol de verano. Su cabello oscuro tenía una cualidad tan única que casi parecía de un azul profundo cuando el sol brillaba sobre él y, combinado con su tono de piel oliva, incluso desde los muchos pisos por encima de la calle, podía decir lo hermosa que era.

"Lo siento. ¿Qué fue eso?", preguntó, dándose cuenta de que se había distraído durante gran parte de lo que había dicho la persona que llamó.

Un sentimiento de culpa le invadió el estómago y reprimió el impulso de soltar un profundo suspiro mientras apoyaba la frente contra el frío cristal de la ventanilla.

—Pensé que querías que pasara el mayor tiempo posible con ella

—murmuró mientras observaba cómo las piernas bien formadas de Paula la llevaban sin esfuerzo hacia su coche.

Frunció el ceño y la culpa en su estómago se retorció aún más al pensar en la información extremadamente sensible que ella le había revelado, sabiendo que no habría dicho nada de eso si no confiara en él. "¿Realmente importa ahora? Te conseguí la información que necesitabas", respondió, mientras observaba cómo la protagonista de su conversación subía a su auto.

Inhaló profundamente al oír las palabras de respuesta de la persona que lo había llamado y observó cómo el coche de Paula se incorporaba al tráfico.

—¡No, no lo haré

—susurró al teléfono, apretando más las gafas que sostenía mientras se daba la vuelta para mirar hacia su apartamento

— Sé lo que nos hizo. No me voy a desviar de ningún plan.

La ira empezó a crecer en su interior mientras el interlocutor seguía hablando, recordándole las injusticias que habían tenido lugar hasta que todo su cuerpo se convirtió en un nudo en la garganta. Podía sentir el pulso palpitar en la base de su cuello, escuchar la sangre rugiendo en sus oídos y tenía la mandíbula tan apretada que pronto le empezaron a doler los dientes. El corazón le latía con fuerza en el pecho y respiraba entrecortadamente mientras su mano temblaba por la fuerza con la que sostenía las gafas.

—Ya te lo he dicho

—murmuró en un tono sombrío y tranquilo a pesar de la rigidez de su cuerpo

— no me estoy ablandando. No me estoy enamorando, y ciertamente no voy a dejar que ella se salga con la suya después de lo que nos ha hecho. ¡Tú te vengarás, no te preocupes por eso, porque cuando termine con ella, deseará no haber nacido!

Terminó la llamada abruptamente, su ira aumentó hasta que sintió que un infierno estaba atrapado dentro de él. Los vasos en su mano se sacudieron y chocaron entre sí, el sonido penetrante lo molestó hasta que retiró la mano y los envió volando por la habitación hasta que chocaron contra la pared opuesta con un estruendo satisfactorio.

Capitulo 19

Sentarse a cenar se sentía extraño, como lo había sido en los últimos días desde que Sofia y Alejandro se habían ido de luna de miel por segunda vez. Estaba demasiado tranquilo y la mesa parecía demasiado grande para acomodar solo a dos personas. Pero incluso entonces, Paula todavía estaba ansiosa por sentarse, lista para disfrutar de una buena comida.

Su rostro no había perdido del todo su tono Rosado desde su visita vespertina al apartamento de Massimo, y esperaba que su naturaleza aturdida no hubiera sido demasiado evidente. Pero su humor alegre se apagó de inmediato al ver a su hermana cuando la mujer más joven entró en el comedor, y la preocupación hizo que sus delicadas cejas formaran un profundo ceño fruncido.

A medida que pasaban los días, Rosa parecía tener peor aspecto y el color oscuro bajo sus ojos era inconfundible mientras ocupaba tranquilamente su asiento habitual en la mesa. Las líneas de agotamiento estropeaban su rostro, que alguna vez estuvo radiante; su tez aceitunada parecía haber adquirido un tono ceniciento permanente y sus ojos de zafiro, que alguna vez brillaron con picardía y emoción, ahora eran dos iris de cobalto opaco que miraban distraídamente los utensilios y cubiertos que tenía delante.

Paula se mordió la lengua hasta que Lesley terminó con toda la comida y sirvió las bebidas, mientras observaba cómo la mirada desenfocada de su hermana seguía observando su plato vacío. Una vez que supo que Lesley no volvería, suspiró y dejó los cubiertos en la mesa. El sonido de la plata chocando contra la porcelana resonó en la silenciosa habitación.

"¿Qué pasa, Rosa?", preguntó, su voz suave y afectuosa se escuchó fácilmente a través de la mesa en la habitación silenciosa.

Rosa se encogió de hombros, pero no la miró a los ojos mientras ella comenzaba a servir su comida distraídamente. "Nada".

La hermana mayor enarcó una ceja oscura.

—No parece que sea «nada». Has estado en esto...

—Hizo un gesto hacia el aspecto demacrado de su hermana

— No sé cómo llamarlo, pero has estado así durante días. ¿Qué te pasa?

—Te dije que no es nada

—insistió Rosa rotundamente, negándose a mirarla mientras servía una porción patéticamente pequeña de comida.

Una punzada de frustración y preocupación se arremolinó en el estómago de Paula, haciendo que su voz sonara cortante mientras hablaba: "Por el amor de Dios, Rosa. ¡No es nada! No has comido bien en días. Apenas hablas con nadie y, por lo que parece, tampoco has dormido mucho. Y no me vengas con la misma historia de siempre de que estás estresada por tus estudios, porque sé que eso es mentira. Ahora dime: ¿qué ha pasado?"

La mirada zafiro de su hermana finalmente se alzó para encontrarse con sus irises oscuros. Una ira poco ortodoxa le quemó los ojos hasta convertirlos en un tono azul celeste, y una mancha roja

se formó en sus mejillas mientras la miraba con enojo.

—¡Tal vez si dejaras de meterte la nariz donde no debes, no estaría de este humor!

—gritó, con la voz ronca por apenas haber hablado durante días.

Paula se quedó paralizada ante las palabras y el tono de su hermana. Sus labios se separaron y luego se cerraron, sin palabras. Finalmente, pronunció: "¿Qué quieres decir?"

Rosa apretó los labios y una oleada repentina de lágrimas llenó sus ojos mientras la miraba fijamente. "Me dijiste que invitara a Jason", susurró, con la mandíbula apretada y una palidez repentina en su boca. "Tú eres la que persistió, incluso cuando te dije que no me sentía cómoda haciéndolo. Bueno, él me rechazó, ¡y no me refiero solo a mi invitación!"

Los ojos de Paula se abrieron de par en par por la sorpresa ante las palabras de la mujer más joven, y su mandíbula se aflojó. "¿Quieres decir…?"

Rosa dejó caer los cubiertos mientras un sollozo ahogado se escapaba de sus labios y se puso de pie, haciendo rechinar la silla al caer al suelo. Se dio la vuelta bruscamente y corrió hacia el pasillo cuando Paula la alcanzó.

—¡Rosa, espera!

—llamó, pero la joven no detuvo sus rápidos pasos mientras avanzaba hacia la ostentosa escalera.

La mirada lloRosa de Rosa brillaba y sus labios se fruncieron mientras observaba los detalles de la casa que alguna vez amó, solo adivinando el costo que se invirtió en cada pequeño detalle y estructura. Vivir en todo ese lujo le hacía sentir náuseas. Tanto que ni siquiera podía mirar la comida que le preparaban todos los días sin querer apartarla de su vista o quemar toda la ropa de su armario.

¿Cómo logró su madre, una pobre camarera, casarse?

—Rosa, por favor

—Paula la sacó de sus pensamientos degenerativos cuando sintió que la agarraba con firmeza, pero con delicadeza por la muñeca. Rosa se detuvo, pero no se volvió para mirarla

— Por favor, dime qué pasó. No lo entiendo.

Rosa apretó los dientes y la mandíbula mientras se giraba lentamente para mirar a Paula. Pero, aunque era su propia y amada hermana la que estaba frente a ella, incluso entonces, todo lo que podía ver era la riqueza que la rodeaba como un marco dorado.

Ella apartó la mirada mientras las lágrimas empañaban su visión y sintió como si le hubieran clavado un bisturí en la garganta mientras respondía: "Le dije lo que sentía por él. Me rechazó". Tragó saliva y parpadeó con fuerza para evitar que las lágrimas cayeran. "Incluso llegó a decir que estaba delirando por pensar que él sentía lo mismo por mí y que yo era un pavo real superficial que solo se preocupaba por mí misma".

Paula se quedó boquiabierta y soltó la muñeca de su hermana. Una vez más, no sabía qué decir. ¡No era de extrañar que hubiera estado así durante los últimos días! Aunque Rosa nunca se lo había dicho, Paula siempre supo que se preocupaba profundamente por ese hombre. Pero las palabras que le había dicho... ¡Eran ridículas! Estaba claro como el día que a él también le

gustaba, así que ¿por qué decía eso?

De repente, una intensa sensación de culpa se apoderó de su estómago. Debería haber sabido que sólo una cosa haría que su hermana se sintiera tan triste. También debería haber sabido que no debía salir y disfrutar de su tiempo con Massimo mientras su hermana sufría tan miserablemente y en silencio también.

¿Qué clase de hermana era ella?

—No puedo creerlo

—murmuró, sacudiendo la cabeza como si la acción fuera a revertir las palabras que su hermana acababa de decirle. Una mirada determinada oscureció sus ojos color chocolate mientras su ira aumentaba

— Eso es todo. Voy a hablar con él.

Una mirada igualmente determinada tensó los rasgos de Rosa mientras la miraba. "No, no lo harás", dijo.

La mirada firme de Paula se centró en su hermana, y en concreto en las lágrimas que ahora rodaban por sus mejillas. "Rosa, esto es ridículo. ¿Por qué posible razón podría haberte rechazado?"

"Ya te dije."

—¡Qué tontería !

—espetó ella

— Cualquiera puede ver que él...

—La única razón por la que hizo las cosas que hizo fue para que no lo despidieran

—la voz de Rosa sonaba dolida, pero subrayada con un fuerte tono de firmeza mientras la miraba

— Ahora, por favor, déjalo estar. Ya es bastante malo que ya le haya dicho lo que siento. Así que déjalo estar. Has hecho más que suficiente daño.

Y así, la ira de Paula se apagó para dejar atrás lo que solo podría haber descrito como un puñetazo en el estómago. Lágrimas calientes presionaron el fondo de sus ojos, pero no dijo nada mientras observaba a Rosa girarse y subir las escaleras hasta que finalmente estuvo fuera de la vista. Aunque cada célula del cuerpo de Paula la instaba a ir a buscar al hombre que había infundido tal miseria sin sentido en su hermana, sabía que tenía que respetar sus deseos. Como Rosa había dicho, no era asunto suyo, y no quería crear un revuelo aún mayor con su hermana menor siendo tan delicada como ella.

Respiró profundamente y contuvo las lágrimas antes de soltar un lento suspiro. Se dio la vuelta y caminó de regreso al comedor, ocupando su asiento anterior en la mesa. La comida estaba fría al tacto, pero estaba demasiado absorta en sus pensamientos como para darse cuenta hasta que dio varios bocados al plato.

Pero cuando lo hizo, se detuvo y concentró su mente en la comida que tenía frente a ella. Tomó otro pequeño bocado, probando la comida en su boca antes de darse cuenta y abrir la boca por la sorpresa.

Martin había escaldado la salsa.

…….

Un profundo suspiro salió de los labios de Jason una tarde cálida. La humedad se le pegaba a la camisa y el calor del sol caía sobre sus brazos bronceados a través del follaje del árbol bajo el que se encontraba sentado. El día había sido tan incómodamente caluroso que la mayor parte del tiempo lo pasó regando a los caballos y asegurándose de que tuvieran suficiente agua en lugar de entrenarlos, algo que le venía muy bien. Últimamente no había tenido la cabeza bien centrada en el entrenamiento.

No había visto a Rosa desde la noche de la fiesta de aniversario de sus padres, ni había cedido a la tentación de buscar su presencia; sus últimos momentos se reproducían constantemente en su mente.

Un suave gemido reverberó desde su garganta mientras apoyaba la cabeza contra la dura corteza del árbol, con su mirada empalagosa mirando hacia arriba, al cielo azul cristalino que se asomaba entre las hojas espesas del árbol. No había dormido bien desde su pelea, y sabía que sólo él podía culparlo por eso, pero, aunque era una forma terrible de rechazarla, sabía que tenía que hacerlo.

Sabía que tenía que quemar todos los puentes que había formado con Rosa para lograr que ella dejara de vivir en la fantasía de que él sería una buena opción para ella: no podía proveerle lo que él sabía que ella merecía.

Su mirada se dirigió lentamente hacia el teléfono que descansaba sobre su muslo cubierto por los jeans y golpeó la pantalla con el pulgar, desplazándose por los mensajes hasta que llegó a uno de los más antiguos. El dispositivo se sintió pesado en su mano mientras leía el mensaje una vez más.

Un establo de Kentucky le había ofrecido un puesto de entrenador de caballos de carrera. Quedaron tan impresionados con la forma en que había entrenado a una pura sangre de un año que le habían enviado el contrato hacía unas semanas. En ese momento no le había interesado, pues se aferraba a sus propios pensamientos tentadores de estar algún día con Rosa, pero la realidad parecía disfrutar de jugar con su vida, y lo único que todavía lo retenía en Nueva York era ahora lo único que había destruido.

Se le encogió el pecho al pensar en irse, pero sabía que era lo mejor. Rosa estaba mejor sin él, y la expresión de su rostro la noche del aniversario de sus padres le hizo saber que estaba sufriendo tanto como él. Ella merecía algo mejor de lo que él podría darle jamás, y cuanto antes saliera de su vida, más feliz sería.

Una figura que se dirigía hacia él llamó la atención de Jason, quien levantó la cabeza y miró hacia el exuberante paisaje verde para notar una figura rechoncha que tropezaba con un extraño mechón de hierba. Sus cejas se alzaron un poco con sorpresa cuando reconoció al chef obeso que se dirigía lentamente hacia él.

En realidad, nunca le había dicho a Martin más que un saludo ocasional al pasar, ya que nunca le había gustado especialmente conversar con el francés excesivamente cariñoso y ruidoso. Pero el hombre ya estaba demasiado cerca para que pudiera escabullirse sin que lo notara, así que no pudo hacer nada más que verlo tambalearse hacia él.

La mirada de Jason se fijó en la botella de vino que el chef sujetaba firmemente en la mano y

apretó la mandíbula. Se negaba a permitir que nadie estuviera bajo los efectos del alcohol cuando estaba cerca de los caballos, pero los potreros de este lado de los establos estaban vacíos en ese momento. Así que no se molestó en reprender al hombre mientras bebía un trago de la botella.

Además, de todos modos, no estaba seguro de que pudiera pasar gran cosa en ese momento.

" Buen día."

Jason no respondió, ni Martin le dio la oportunidad de hacerlo, mientras se dejaba caer a su lado, con el vino chapoteando en la botella. El hombre corpulento gruñó y murmuró algo incomprensible en voz baja mientras se acomodaba en una posición más cómoda y suspiró profundamente mientras apoyaba la cabeza contra el tronco del árbol.

Jason sintió que sus labios se torcían con fastidio. En ese momento, no tenía ganas de tener compañía, y mucho menos de un borracho. Eso frustraba por completo el objetivo de buscar consuelo en los potreros vacíos que bordeaban el denso bosque que tenía detrás.

—Entonces…

—dijo Martin arrastrando las palabras, girando su cara regordeta y roja para mirar a Jason con una mirada desenfocada

— ¿Qué te pasa?

Jason intentó no hacer una mueca ante el potente olor a alcohol en el aliento del hombre, y en su lugar respondió con el ceño fruncido: "¿Qué te pasa ?"

Por un momento, Martin no hizo nada más que mirarlo fijamente, luego grandes lágrimas brotaron de sus ojos vidriosos e inyectados en sangre. "¡Oh, Danielle!", se lamentó. "Mi hermosa, dulce y viciosa Danielle. ¡La extraño tanto!", sollozó, desplomándose contra el hombro de Jason.

A Jason le llevó un segundo comprender a quién se refería y otro más quitarse de encima al chef sollozante. Consolar a la gente no era su punto fuerte, mucho menos lidiar con un cocinero borracho. Y su paciencia con la gente se había ido acortando progresivamente durante la última semana.

—Bueno, entonces ¿por qué no la llamas?

—le preguntó, con la mandíbula tensa por el fastidio y las cejas fruncidas por la confusión. Hasta donde él sabía, peleaban como el gato y el perro, y la semana desde que ella se había ido había sido la más tranquila que habían estado las cabañas de los empleados. Siempre parecían encontrar algo por lo que discutir y, por suerte, la cabaña de Jason estaba justo en medio de la de ellos.

—Porque ella me rechazó

—dijo Martin en tono triste

— Así que... no puedo.

Esa respuesta evaporó al instante el enojo de Jason y miró hacia otro lado. "Oh, lo siento, no me di cuenta".

Martin inhaló y se frotó los ojos con la manga para secarse las lágrimas. Bebió un trago de la botella y se la ofreció a Jason, tomando otro trago cuando el novio se negó. "¿Qué te pasa?"

repitió su pregunta anterior.

—No pasa nada

—respondió Jason al instante, apretando la mandíbula.

Pero el chef no pareció aceptar un no por respuesta, ya que pasó un brazo por los hombros de Jason e intentó abrazarlo. "Vamos, se nota... viejo Martin", dijo arrastrando las palabras, su mente ebria no comprendía las acciones de lucha del novio mientras intentaba zafarse de su sorprendentemente impresionante agarre.

Jason gruñó y finalmente logró escapar del abrazo del chef, empujando su brazo hacia él mientras se levantaba rápidamente. "Disculpe", dijo y se dio vuelta para irse, pero las palabras que salieron de los labios de Martin lo hicieron detener sus pasos.

-Se trata de mademoiselle Rosa, ¿no?

A Jason se le quedó la respiración atrapada en la garganta y se giró lentamente para mirar al chef, sentado al azar contra el árbol, con la botella todavía en la mano.

"Cómo hizo?"

—Puede que me esté volviendo... viejo, pero no estoy... ciego. Como estaban juntos cuando Rosa te llevó a la cocina para tratar tus heridas...

—respondió Martin, su mirada oscura miró lentamente a su alrededor antes de intentar centrarse en el hombre que estaba frente a él

— ¿Qué pasó?

—No tengo por qué hablar de nada contigo

—respondió Jason con dureza. En cualquier otra situación se habría sentido culpable, pero lo último que le apetecía era tener una conversación sincera con alguien a quien apenas conocía. No era una persona muy abierta ni siquiera con sus allegados.

Se giró para irse nuevamente cuando Martin le respondió: "¿Qué le hiciste... para que se sintiera tan miserable?"

Jason apretó los puños y apretó los dientes hasta que le dolió la mandíbula. "¿Qué quieres decir?", respondió secamente.

"Apenas duerme, apenas come. No... pretendas que no fuiste tú quien causó eso. Lo que quiero saber es... por qué".

A Jason se le encogió el corazón al oír el sufrimiento de Rosa y en ese momento sintió un deseo tan intenso de encontrarla y consolarla que le dolía la mandíbula de tanto apretar los dientes. Se clavó las uñas en las palmas de las manos mientras intentaba dominar esa sensación rápidamente.

Esto era lo que él no quería que pasara. Se suponía que ella no debía preocuparse tanto por él y esa era una razón más para que él se fuera lo antes posible.

—¿Y bien?

—insistió Martin cuando Jason permaneció en silencio, todavía de espaldas.

Jason dejó escapar un profundo suspiro mientras se giraba lentamente para mirar al chef, quien,

afortunadamente, parecía estar cada vez más sobrio. Le tomó un momento mirarlo a los ojos y, cuando lo hicieron, murmuró en voz baja: "Ella confesó que tenía sentimientos por mí y.… los rechacé".

—¡Qué !

—rugió Martin, y parecía casi dispuesto a arrojar la botella que tenía en las manos, pero se corrigió inhalando profundamente y abrazando la botella contra su pecho

— Esto es Romanée-Conti, así que no lo desperdiciaré, pero me hubiera encantado arrojarte algo. ¿Qué te pasa?

Jason nunca había visto al chef tan furioso. Sí, lo había visto frustrado y al borde de la histeria algunas veces, pero nunca se mostró tan asesino como en ese momento, por lo que Jason solo pudo atribuirlo al alcohol. Pero, aunque sabía que no debía perder los estribos, su propia voz se alzó de volumen cuando respondió: "Bueno, ¿qué más se suponía que debía hacer?"

"¡Bésala! ¡Cásate con ella! La lista es interminable cuando se trata de una señorita como Rosa".

—¡No es para mí!

—respondió Jason con irritación, con la sangre hirviendo ante la forma en que el chef parecía burlarse de sus decisiones, pero su cuerpo todavía se sonrojaba al pensar en las sugerencias ofrecidas.

Martin hizo una pausa y el calor de sus mejillas disminuyó. "¿Qué quieres decir?"

Jason apartó la mirada de él, las palabras le picaron en la garganta mientras respondía:

—Porque ella merece mucho más de lo que yo podría darle. Está acostumbrada a la mejor cocina, a la educación más prestigiosa, a los coches más rápidos. ¿Yo? —Una risa burlona resonó en su garganta mientras negaba con la cabeza

— Como comidas congeladas todas las noches; conduzco una camioneta vieja y oxidada, y ni siquiera terminé la escuela secundaria. Ella está completamente fuera de mi alcance, y...

—hizo una pausa, su expresión decayó cuando una mirada de dolor cruzó su rostro

— y.… ella no merece que alguien como yo la derribe.

El silencio resonó entre ellos, tanto que Jason podía oír los latidos de su propio corazón golpeando contra su pecho. Una suave brisa intentó calmar su estado de ánimo agraviado, pero fue en vano. Se sintió completamente destrozado en ese momento, después de haber admitido finalmente en voz alta por qué había rechazado a la mujer que tanto amaba.

—Bueno...

—comenzó Martin en voz baja

— Es una razón estúpida.

Sus palabras irritaron a Jason y el joven lo fulminó con la mirada. "No lo es".

Martin le levantó una ceja canosa. "Rosa es una mujer que tiene todo lo que cualquier persona podría soñar tener en este mundo en cuanto a posesiones. Entonces, ¿por qué buscaría sólo a alguien que pueda darle todo lo que ella ya tiene?"

Aunque las palabras del chef decían algo de verdad, Jason no estaba convencido, y su mirada empalagosa era dura mientras cruzaba los brazos sobre el pecho y afirmaba: "Me criaron para cuidar de mi mujer, no para que ella me cuidara a mí".

—Y te digo ahora mismo que Rosa no es así

—replicó Martin

— La conozco desde que nació. Ella no quiere más posesiones materiales; su familia tiene suficiente dinero como para que las próximas cuatro generaciones puedan pasar la vida sin tener que mover un dedo para trabajar. A ella no le interesa lo que un hombre pueda aportarle. Lo único que quiere es alguien que la ame por lo que es y no por su dinero.

Sus palabras parecieron quebrar la determinación de Jason. Sus hombros tensos se relajaron un poco, pero él seguía con los brazos firmemente cruzados frente a él.

Martin miró la botella que tenía en las manos y agitó el líquido con suavidad. "¿Te das cuenta de lo difícil que es para la gente rica encontrar verdaderos amigos que se preocupen por ellos? Sí, es posible que no puedas mantenerla en términos de apariencias materiales con tu sueldo, pero lo que te falte en dinero lo compensas con el hecho de que la amas por lo que es. Para alguien como Rosa... eso vale más que todas las joyas o mansiones que pueda tener".

Entonces se hizo el silencio y Jason apretó los dientes mientras miraba a su alrededor. Su corazón parecía estar en un conflicto eterno sobre qué hacer. Su mente estaba llena de incógnitas y de inquietud, y necesitaba algo de espacio para pensar las cosas. "Disculpe, tengo que ir a ver cómo está el agua de los caballos".

Se dio la vuelta para dejar a Martin allí, bajo el árbol, bebiendo un sorbo de vino, hasta que el anciano dijo en voz baja: "No puedes esperar un momento para decirle a alguien lo que realmente sientes por él". Jason miró por encima del hombro y vio que el chef miraba a lo lejos, y la mirada del chef parecía perdida y solitaria mientras continuaba con un timbre solemne. "Porque, antes de que te des cuenta, ella se habrá ido y te arrepentirás de no haberle dicho nada".

……..

La habitación de Paula estaba a oscuras cuando ella se acostó esa noche, con su mirada oscura fija en el techo apenas visible. Era un poco después de medianoche, pero el sueño parecía disfrutar de eludirla las últimas noches. No había hablado con Rosa desde su pelea, y parecía verla aún menos ahora: la hermana menor se negaba a bajar a desayunar o cenar.

Suspiró mientras hacía girar un mechón de pelo sedoso alrededor de su dedo. Era, con diferencia, el tiempo más largo que habían pasado sin hablarse después de una pelea, y no le gustaba en absoluto. Pero ¿qué podía hacer? No podía decirle a Rosa que superara su corazón roto, especialmente cuando ella era la responsable inadvertida de ello.

De repente, un trueno hizo temblar los cristales de las ventanas de su dormitorio y su mirada oscura se dirigió hacia ellas, notando cómo los relámpagos danzaban en el cielo, iluminando las nubes oscuras con ricos tonos de púrpura, blanco y azul. Poco después de que sonara el primer trueno, la primera de muchas gotas de lluvia golpeó contra los cristales de las ventanas, como si amenazaran con entrar.

Cerró los ojos y escuchó, sabiendo que la mayoría de las noches serían así durante las próximas semanas. Los truenos volvieron a retumbar y los relámpagos estallaron, iluminando toda su

habitación durante un par de segundos antes de sumergirla en la oscuridad una vez más. Pero a pesar de todo, Paula mantuvo la calma, ya que nunca antes había tenido miedo de las tormentas.

Pero debido a los ensordecedores sonidos del viento aullante y la fuerte lluvia, Paula casi no escuchó el sonido de la puerta de su dormitorio abriéndose, pero el fuerte crujido que hizo la tabla del piso a la derecha de la puerta la alertó del intruso justo antes de que la habitación se iluminara con luz blanca.

Paula no debería haberse sorprendido al ver el rostro vacilante de su hermana iluminarse en la puerta de su dormitorio, pero lo estaba. Rosa se había convertido en una persona impredecible últimamente, y el hecho de que no se hablaran le hizo pensar que habría enfrentado la tormenta sola en lugar de intentar encontrar consuelo en su hermana como solía hacer.

Sin decir palabra, Paula apartó las sábanas de la cama y vio a su hermana estremecerse cuando un rayo atravesó el cielo antes de meterse rápidamente debajo de la manta, hundiendo el colchón por su peso.

No se dijeron nada durante un rato, los ojos de Paula se dirigían de vez en cuando a su hermana para verla acurrucada alrededor de una almohada, apretándola un poco más fuerte cuando un trueno particularmente fuerte amenazaba con romper las ventanas.

Desde que Paula tenía memoria, su hermana pequeña tenía miedo de las tormentas eléctricas. Si bien algún aplauso fuerte y extraño la asustaba un poco, Paula nunca fue una niña asustada, ni siquiera de adulta. No había muchas cosas que la asustaran, excepto el miedo de convertirse en la mujer que la había engendrado. Pero eso era controlable; se podía resistir la tentación y evitarla si todo lo demás fallaba.

Los miedos naturales, como los estallidos fuertes e inesperados, no se pueden prevenir de la misma manera.

Paula no estaba segura de cuánto tiempo había pasado hasta que la tormenta finalmente se convirtió en una lluvia constante, y reprimió un bostezo mientras el sueño comenzaba a apoderarse de ella lentamente. Se acomodó en su nido de almohadas y cerró los ojos, sintiendo que se quedaba dormida lentamente.

"¿Lo amas?"

La pregunta fue formulada tan repentinamente y en una voz tan suave que Paula casi no la captó en su estado de semidormido. Abrió los ojos y pudo distinguir la silueta del rostro de su hermana mientras la miraba. Se tomó un momento para reflexionar sobre sus pensamientos antes de responder en voz baja: "Me preocupo por él, pero... no estoy segura de haber llegado a ese punto todavía".

Un trueno retumbó a lo lejos y Rosa respondió en un tono suave y triste: "Por favor, no te enamores del hombre equivocado, Izzy. Es... mucho mejor arrepentirse de una relación que nunca existió que tratar de recuperarse de una que está acompañada de recuerdos dolorosos".

—Rosa...

—susurró Paula, mirando a su hermana enterrar su rostro en la almohada a la que se aferraba.

Durante toda su vida, Rosa había sido la romántica sin remedio de las dos hermanas, y oírla hablar de una manera tan cínica era desgarrador. Sintió que el corazón le dolía en el pecho y

extendió la mano para consolarla y ponerla sobre su hombro tembloroso. "Mejorará, lo prometo".

Los oscuros mechones de cabello de Rosa se movían de izquierda a derecha mientras sacudía la cabeza y suaves sollozos llenaban la habitación silenciosa mientras hablaba con voz tembloRosa. "Por favor, Izzy, no te enamores. Cuidar un corazón roto... es una aflicción de tontos. Y no quiero que tú pases por eso también".

Capitulo 20

Sofia Green parecía radiante una tarde cálida cuando la pareja llegó a casa. El tono de su piel cremosa se había oscurecido dos tonos más después de haber estado tomando sol en el exclusivo complejo turístico de playa de Mauricio durante las últimas dos semanas, y su cabello color chocolate oscuro captó los rayos del sol brillante cuando salió del coche.

La familia se saludó con una plétora de besos y buenos deseos, y todo parecía estar como siempre. Rosa incluso se animó un poco al ver a sus padres, la pequeña sonrisa en su rostro era la primera que Paula había visto en semanas.

—¿Dónde está Martin?

—preguntó Sofia una vez que todos se calmaron, finalmente teniendo la oportunidad de mirar a su alrededor y notar la ausencia del querido chef.

—En la cocina. No le ha ido demasiado bien desde que se fue mademoiselle Fettucine

—agregó Paula, recordando las varias comidas quemadas o poco cocidas que había comido a la fuerza la semana pasada. La situación se puso tan mal que Lesley acabó por echarlo de la cocina y les preparó algo ella misma.

Ella era una cocinera decente en el mejor de los casos.

La mirada oscura de Sofia se suavizó con consternación y miró a su marido. "Iré a hablar con él".

Él la miró y le besó la sien antes de soltarla. Ella extrañó al instante el calor de su abrazo, pero se obligó a subir las escaleras hacia su casa.

El interior fresco era como una bocanada de aire fresco que le quitaba la humedad del día de verano, y sus sandalias de tacón resonaron contra el suelo mientras se dirigía a la cocina. Antes incluso de entrar en la habitación, supo que algo iba mal; la falta de aromas tentadores fue su primera pista. Cuando cruzó el umbral, su mirada oscura recorrió la zona antes de posarse en una figura desplomada que cortaba una cebolla desinteresadamente.

—¿Martin?

—lo llamó y observó cómo la figura saltaba de miedo antes de girarse rápidamente para mirarla, con el rostro manchado y los ojos rojos.

Él inhaló y parpadeó con dureza varias veces antes de intentar sonreírle, pero la acción no llegó a sus ojos ni hizo que sus mejillas se arrugaran como las de una ardilla, como solía suceder.

—Señora , bienvenida de nuevo

—la saludó y caminó hacia ella para depositar sus dos besos habituales en las mejillas, sin que ella tuviera que agacharse un poco para poder alcanzarla

— Espero que las vacaciones hayan ido bien.

Su saludo, hosco y casi formal, la hizo fruncir el ceño mientras lo miraba.

—Todo salió de maravilla, Martin. Pero... he oído que no te ha ido demasiado bien. Y, por lo que parece, creo que es verdad.

El gran chef desestimó inmediatamente su comentario, pero no la miró a los ojos mientras murmuraba en voz baja: "Solo estaba cortando cebollas. No es como si estuviera llorando porque el amor de mi vida me rechazó o algo así".

"Martin..."

—De verdad, señora . Estoy perfectamente bien. No hay necesidad de preocuparse por mí

—Martin intentó apaciguarla enderezando los hombros y volviendo a la tabla de cortar, pero sus acciones carecían de su habitual firmeza.

Sofia suspiró y caminó hasta situarse al otro lado del mostrador. Observó la manera mecánica en que cortaba las cebollas y la forma en que su boca parecía estar constantemente pellizcada. Se le dolió el corazón al ver que el hombre que alguna vez había sido más pleno que la vida ahora parecía una sombra de lo que había sido.

Eso era algo que había aprendido con los años. El amor te despojaba de todo lo que conocías. Era aterrador y emocionante a la vez, y especialmente doloroso cuando te lo arrebataban.

—¿Sabes por qué contraté a Danielle, Martin?

—comenzó, notando cómo el chef se detuvo por un breve segundo antes de continuar cortando las cebollas.

—Necesitabas ayuda para preparar la celebración de tu aniversario

—respondió con voz monótona y casi robótica.

—Sí, en parte fue así, pero no fue el único motivo. Podría haber contratado a cualquiera de Nueva York para que te ayudara, pero... cuando Rosa y yo la conocimos durante nuestro viaje a Francia, algo nos pareció perfecto. No sé de qué otra manera explicarlo. Simplemente pensamos que sería una buena candidata para ti.

Martin dejó de cortar y la miró con el ceño fruncido, sin impresionarse. "Entonces, ¿estabas jugando a ser Cupido?"

"Básicamente."

Murmuró algo en voz baja mientras miraba hacia otro lado y cruzaba los brazos sobre su abultado estómago.

"El caso es que le dije a Danielle con quién iba a trabajar y ella no dio ninguna señal de conocerte. Así que me sorprendió mucho ver que, de hecho, se conocían cuando ella se bajó del coche ese día. Y gracias a eso me di cuenta de algo".

Martin la miró lentamente y levantó una ceja.

Sofia le dedicó una pequeña sonrisa. "Es evidente que no te habría odiado tanto como afirmó entonces, si hubiera sabido desde el principio con quién iba a trabajar".

"El dinero puede persuadir a la gente de muchas maneras, señora. "

—Es cierto, pero no creo que ese fuera realmente el caso con ella. No después de la forma en que los vi juntos en nuestro aniversario.

A Martin se le hizo un nudo en la garganta y parpadeó para contener las lágrimas mientras miraba hacia otro lado. "Ella no quería estar conmigo. Le pedí que me acompañara y me rechazó.

Ella... no quería volver a ocupar el segundo lugar en el trabajo de alguien".

—Ella sólo tiene miedo, Martin. Necesita que la tranquilicen. Dios sabe cuántas veces Alejandro tuvo que hacer eso conmigo. Es... difícil abrirse a alguien cuando te han hecho daño.

La mirada oscura del chef la miró antes de bajar la vista hacia la encimera. "Nunca quiero hacerle daño".

—Entonces díselo. Créeme, Martin. Ella se preocupa mucho por ti, pero tiene miedo.

Martin resopló y levantó las manos. "Entonces, ¿qué puedo hacer? No es como si pudiera volar hasta Europa y conquistarla".

—En realidad, puedes. Puedes utilizar uno de nuestros jets.

—Sus ojos oscuros se encontraron con los de ella con vacilación, pero un destello de esperanza pareció iluminar esos iris profundos. Sofia sonrió y señaló su persona

— ¿Y quién mejor para hacer un gran gesto romántico que un francés?

……..

A la mañana siguiente, Sofia se dirigió hacia Oliver, que la esperaba en su coche aparcado a la entrada de la mansión. El sol brillaba y los paisajes de la mansión eran alegres, pero sus hombros se sentían tan pesados como el avión que le había provocado una dura dosis de jetlag. Esta mañana estaba tranquilo y, aunque Lesley les había preparado un buen desayuno, nada podía compararse con la comida de Martin, que se había ido tarde la noche anterior.

"Buenos días, señora", la saludó Oliver cuando llegó al auto y le abrió la puerta.

Ella le devolvió el saludo, pero mientras apoyaba la mano en la puerta para sentarse, una voz profunda la llamó. Se giró y sonrió amablemente al hombre que se acercó a ella. "Jason", le devolvió el saludo. "¿Cómo estás?"

—Estoy bien, gracias, señora

—respondió él cuando llegó a su lado, y su sonrisa vaciló cuando notó una expresión tensa, casi ansiosa, en su rostro. Sus ojos oscuros recorrieron el terreno antes de encontrar su mirada, y ella notó lo exhausto que parecía

— Necesito hablar con usted, por favor.

Sofia hizo una pausa ante su declaración y frunció el ceño delicadamente. Miró su reloj y juntó los labios cuando vio la hora. Su mirada profunda se alzó para encontrarse con la de él. "¿Es extremadamente urgente? Lamentablemente, ya llego tarde. ¿Podemos hablar esta noche?"

Abrió los labios como para protestar antes de apretarlos rápidamente con un movimiento de cabeza. "Está bien".

Sofia frunció aún más el ceño. "¿Está todo bien?"

Un músculo se tensó en su mandíbula mientras le ofrecía una sonrisa tensa. "Estoy bien. Perdón por entretenerte", dijo y rápidamente se dio la vuelta para regresar a los establos.

Sofia lo vio irse, la confusión le tensó el rostro mientras lo veía irse antes de sentarse en el auto. Oliver cerró la puerta detrás de ella y caminó hacia el lado del conductor para sentarse detrás del volante. El auto cobró vida y pronto se dirigieron hacia la reunión que tendría con ella en un

hospital.

Se recostó en su asiento, observando los altos árboles que pasaban a toda velocidad junto a ella mientras jugueteaba con la cadena de oro que llevaba alrededor del cuello, pensando en lo que había sucedido entre ella y el chico. Él estaba actuando de manera bastante extraña. Normalmente, el hombre era extremadamente tranquilo, incluso en situaciones peligRosas. Entonces, ¿qué podría ser posible que tuviera que hablar con ella para que estuviera tan nervioso?

Sin darse cuenta, sus pensamientos se dirigieron hacia su hija menor. Rosa también se había comportado de manera extraña las últimas semanas. Nadie tuvo que advertirle que viera las líneas de cansancio en el rostro de la joven. Tampoco había dormido bien.

Sus delicadas cejas se juntaron . Me pregunto...

"Estamos aquí", la declaración de Oliver la sacó de sus pensamientos y su visión se centró en el gran edificio blanco frente a ellos antes de girarse para mirar al hombre que le sostenía la puerta abierta.

Ella le dio las gracias mientras salía del vehículo, y un profundo suspiro pasó por sus labios mientras se dirigía hacia la entrada, la urgencia de desplomarse en la cama más cercana era un poco demasiado tentadora en ese momento.

Oliver volvió a su asiento y respiró profundamente mientras apoyaba la cabeza contra el respaldo y tamborileaba con los dedos sobre el volante mientras esperaba. No era frecuente que Sofia tuviera reuniones fuera de la clínica y, si las tenía, nunca eran tan temprano como ésta. Era bastante extraño, pero no le dio mucha importancia cuando oyó sonar su teléfono.

Bajó la mirada hacia la pantalla y frunció el ceño al ver un número desconocido. Se acercó el dispositivo a la oreja y contestó, pero cuando no escuchó nada más que ruido estático y una voz apagada que provenía del otro lado, frunció aún más el ceño. Alejó un poco el teléfono y chasqueó la lengua al notar que no había señal en el lugar donde estaba sentado.

—¿Hola?

—intentó de nuevo cuando salió del coche

— ¿Hola?

Aun así, el ruido se mantuvo mientras se alejaba. "Hola. ¿Me escuchas?" Cuando de repente la línea se cortó en su oído, se burló. "Me lo imaginaba", murmuró y estaba a punto de regresar al auto cuando su teléfono volvió a sonar.

"Lesley", saludó a la segunda persona que llamó. "¿Qué pasa?"

—Estaba a punto de preguntarte eso

—respondió su suave voz por teléfono.

Oliver frunció el ceño. "¿Qué quieres decir?"

- ¿No intentaste llamarme hace un minuto?

"No, no lo hice."

Entre ellos se produjo un breve silencio. "Oh, bueno... esto es incómodo entonces", afirmó

Lesley, soltando una risita incómoda.

Los labios de Oliver se curvaron ante su declaración. "¿Cómo has estado?"

"Está bien. Ahora que Martin no está aquí, tengo las manos ocupadas".

—Estoy seguro de que sí

—Oliver hizo una pausa, sin saber qué más decir.

Pasaron varios segundos incómodos antes de que un fuerte estruendo sonara en su oído, seguido del jadeo de Lesley. "Alice, ¿qué estás haciendo? Lo siento, Oliver, tengo que irme. ¡Adiós!"

Oliver no pudo evitar la risa que retumbó en su pecho mientras se quitaba el teléfono de la oreja y regresaba al auto. Lesley y él eran los empleados más antiguos de la familia Green, además de Martin. Como ella era la jefa de limpieza, estaba a cargo de capacitar a los nuevos empleados, una tarea que podía ser bastante desafiante cuando se trataba de alguien tan torpe como Alice.

Pasó una hora hasta que Sofia finalmente reapareció del edificio, y él arqueó las cejas interrogativamente al observar la expresión de su rostro. A pesar de su bronceado de vacaciones, su rostro se veía un poco pálido y sus ojos estaban muy abiertos, como si estuviera en estado de shock.

Se enderezó en su asiento antes de salir rápidamente del auto para abrirle la puerta. "¿Está bien, señora?", preguntó.

Ella hizo una pausa y pareció que la pregunta tardó un momento en quedar registrada en su mente. Asintió aturdida y tomó asiento. Él cerró la puerta detrás de ella con el ceño fruncido mientras regresaba a su propio asiento y la observó abrocharse el cinturón de seguridad, con expresión aturdida. Sus rasgos se tensaron con preocupación.

"¿Señora?"

Sus ojos oscuros se alzaron lentamente para encontrarse con su reflejo en el espejo. La expresión de su rostro pareció sacarla de su estupor y rápidamente se enderezó. "Llévame a casa, por favor".

Oliver frunció aún más el ceño ante su pedido. "Señora, ¿qué pasa con…?"

—Por favor, Oliver, llévame a casa. Necesito ver a Alejandro.

Oliver se dio cuenta de la expresión seria de su rostro y rápidamente dirigió su atención hacia el encendido mientras arrancaba el coche y salía del estacionamiento del hospital. Sus ojos se dirigieron de vez en cuando hacia el reflejo de ella en el espejo retrovisor mientras conducía, observando cómo ella seguía jugueteando con la cadena de oro que llevaba en el cuello.

Sofia notó las miradas del hombre mayor, pero se negó a reconocerlas mientras miraba por la ventana. Un frío entumecimiento como resultado de la incredulidad se había instalado en lo más profundo de sus huesos mientras observaba los edificios que pasaban frente a ellos antes de que gradualmente se extendieran hasta convertirse en nada más que árboles y naturaleza.

Su corazón parecía a punto de salirse de su pecho y su rodilla empezó a temblar por la ansiedad que de repente sacudió su cuerpo. Su mirada oscura se dirigió hacia el hombre que conducía. "Oliver, ¿puedes ir un poco más rápido? Necesito alcanzar a Alejandro antes de que se vaya a su reunión".

La mirada de Oliver se cruzó con la de ella en el espejo. Ya iba a la velocidad máxima permitida y no le gustó la expresión de pánico en su rostro. "Señora Green, ¿qué sucede?"

Su mirada oscura se apartó de la de él y bajó la mirada hacia sus dedos que jugueteaban entre sí, permitiendo que su pulgar girara el anillo de bodas en su dedo. "No pasa nada. Solo necesito verlo lo antes posible".

Aunque Oliver no estaba del todo satisfecho con esa respuesta, no dijo nada más. En lugar de eso, la obligó a pisar el acelerador. Continuaron conduciendo en silencio y Sofia inhaló lentamente y profundamente mientras su mente finalmente registraba lo que le había dicho el médico.

Cogió su teléfono y escribió un mensaje rápido a su marido, preguntándole si todavía estaba en casa.

Él respondió casi instantáneamente, confirmando con un guiño y enviando un pequeño beso en su dirección.

Una sonrisa acuosa tiró de sus labios secos y su garganta se sintió obstruida cuando respondió, diciendo que necesitaba decirle algo tan pronto como llegara a casa.

Su respuesta fue inmediata, preguntando qué había pasado y si estaba bien.

Sofia hizo una pausa, preguntándose cómo decirlo cuando una sensación incómoda se instaló en su estómago. Levantó la vista, solo para notar que el mundo pasaba a toda velocidad a su lado. Su mirada oscura se desplazó rápidamente hacia el frente del auto, notando que el velocímetro marcaba una velocidad muy superior al límite. "Um... ¿Oliver? ¿No es esto un poco demasiado rápido?", preguntó, con el estómago revuelto al ver las líneas de puntos en la carretera difuminándose para parecer una sola línea recta.

Cuando él no respondió, ella levantó la vista para mirarlo. "¿Oliver? ¿Puedes ir más despacio, por favor?"

La expresión cenicienta de su rostro hizo que su corazón dejara de latir en su pecho mientras lo veía agarrar el volante con fuerza entre sus manos. "No puedo".

—¿Qué ?

—su voz estridente resonó por todo el coche, y ella lo vio estirarse para poner el freno de mano, pero no hizo ninguna diferencia en la rápida velocidad del coche. La realidad de la situación se le hizo evidente y jadeó mientras se agarraba el cinturón de seguridad

— Oliver, la colina...

"Está bien, señora. No hay curvas en la bajada y también hay una pendiente muy breve. Podemos detener el coche. Todo irá bien".

A pesar de la preocupación en su rostro, su voz era tranquilizadora. Sofia cerró los ojos y se obligó a respirar profundamente mientras sentía que el auto comenzaba a inclinarse hacia abajo, lo que indicaba el comienzo del declive. Incluso con su falta de visión, todavía podía sentir que la velocidad del auto aumentaba cada vez más y un suave gemido escapó de sus labios mientras agarraba con fuerza el cinturón de seguridad con las manos.

"Que-"

Todo parecía suceder a cámara lenta, ya que Sofia abrió los ojos justo a tiempo para ver aparecer un coche negro ante ellos, detenido en medio de la carretera después de la pequeña subida ciega de la colina. Instintivamente, Oliver viró hacia la derecha y el corazón de Sofia saltó en su garganta cuando sintió que las ruedas derechas se elevaban en el aire. Su cinturón de seguridad se enganchó a su cuerpo como una serpiente pitón y apenas tuvo tiempo de prepararse antes de que los airbags se desplegaran a su alrededor mientras el estruendoso sonido del metal al estrellarse resonaba en sus oídos.

Su estómago dio un vuelco y un grito salió de su garganta mientras el mundo giraba a su alrededor y ella fue sacudida violentamente hacia la izquierda y la derecha durante un tiempo aparentemente interminable antes de que todo movimiento y ruido cesaran abruptamente.

Un sonido agudo y estridente resonó en sus oídos mientras abría lentamente los ojos y parpadeaba para intentar enfocar la mirada. Sentía frío en la nuca y tardó un momento en darse cuenta de que sus oscuros mechones estaban amontonados en el techo del coche y que sus pies casi los tocaban.

El cinturón de seguridad le mordía con fuerza el cuello y el estómago mientras permanecía suspendida en el aire, y la idea de aparecer como un murciélago colgando del techo de una cueva apenas se registró en su mente antes de que un jadeo ahogado escapara de sus labios.

Demasiado apretado.

A ciegas, sus dedos buscaron el clip de liberación del cinturón y lo apretaron, gruñendo mientras su cuerpo se desplomaba sobre el techo cubierto de vidrio del auto. Tosió, su mano se movió inmediatamente hacia su estómago mientras gemía, su desayuno amenazaba con reaparecer.

Se quedó quieta unos segundos, esperando a que la sensación se calmara. El zumbido en sus oídos todavía era ensordecedor y apenas recordaba vagamente que había alguien más en el vehículo con ella mientras yacía allí, confundida y desorientada.

Hizo una mueca de dolor mientras comenzaba a moverse lentamente, su visión se arremolinaba como si estuviera atrapada en la corriente de una ola. Hizo todo lo posible por sentir si había algún daño antes de que los instintos y la adrenalina pura obligaran a sus exhaustas extremidades a moverse, y gimió mientras comenzaba a arrastrarse a través de la ventana destrozada con un brazo. Los afilados fragmentos de vidrio le atravesaron la piel, dejando nuevas líneas rojas a su paso, mientras que el otro todavía estaba firmemente envuelto alrededor de su estómago.

Pero sólo logró levantarse hasta que sus rodillas salieron del auto antes de que su energía le fallara y se desplomara, golpeándose la cabeza contra el suave pasto verde.

El mundo no era más que una confusión a su alrededor y sus pulmones subían y bajaban con fuerza por la fatiga. Al principio, no se dio cuenta de que una figura caminaba hacia ella hasta que apenas registró el suave ruido de los pasos por encima del zumbido en sus oídos, y el alivio la invadió cuando notó que la figura se acercaba. Una súplica de ayuda se formó en sus labios, pero el pensamiento lógico se infiltró en su estado de aturdimiento, prohibiendo que sonaran las palabras.

¿Por qué la persona no estaba corriendo?

La figura se acercó cada vez más hasta que sintió que los pasos se detenían junto a su cabeza y sus ojos captaron la imagen de unos zapatos de vestir negros antes de ascender lentamente. El sol

brillaba contra sus sensibles ojos, pero su visión se aclaró lo suficiente como para notar una jeringa llena de un líquido transparente en una mano grande.

Un jadeo de miedo le ahogó la garganta y trató de alejarse, pero un zapato le dio con fuerza en la muñeca y la dejó inmovilizada. Sus ojos aterrorizados miraron hacia arriba y sintió que el corazón se le paraba en el pecho cuando finalmente reconoció el rostro de la figura.

—Tú

—jadeó antes de que la aguja se hundiera profundamente en su brazo.

……..

La casa estaba en silencio mientras Paula se dirigía a su habitación después de ir a buscar una taza de té a la cocina. Se detuvo cuando escuchó un par de pasos más y se dio vuelta para ver a su padre caminando por el pasillo con una expresión de preocupación en su rostro.

—¿Papá?

—gritó

— ¿Qué pasa?

La mirada preocupada de Alejandro se dirigió a su hija y bajó la vista hacia el teléfono que tenía en la mano. "Tu madre venía a casa y me dijo que tenía que decirme algo, pero todavía no me ha respondido".

Ella arqueó las cejas oscuras. "Oh, bueno, tal vez lo esté guardando como una sorpresa", sugirió en un intento de apaciguarlo.

Pero el ceño de Alejandro se hizo más profundo cuando tomó un sorbo de café y volvió a mirar su teléfono en silencio. "A tu madre no le gustan mucho esos teléfonos".

Pasó un momento de silencio entre ellos antes de que él volviera a prestarle atención.

—¿Qué estás haciendo todavía en casa, cariño? ¿No deberías estar ya en el trabajo? Rosa ya se fue hace más de una hora.

"Tenía que hacer un par de videollamadas primero. Me resulta mucho menos distrayente el hogar que la oficina y más fácil", respondió.

Alejandro sonrió. "Ya lo veo", dijo y señaló su atuendo, que consistía en un rostro perfectamente maquillado y una elegante blusa roja, mientras que la mitad inferior de su cuerpo estaba vestida con pantalones de pijama y pantuflas. "Creo que Amelia necesita darte algunas lecciones de apoyo sobre cómo vestirte adecuadamente".

Paula le dirigió una mirada fría.

—Me voy a cambiar ahora. He estado de guardia desde las dos de la madrugada, así que creo que merezco un poco de consuelo por haberme despertado a una hora tan terrible.

"Entiendo tu punto. Aunque debes confiar en mí en esto. Cuando un día tengas dos niñas pequeñas y un chef excéntrico, desearás la paz y la tranquilidad de la oficina".

Ella le devolvió la sonrisa y se rió entre dientes. "Sí, hicimos algunas travesuras, ¿no?"

"¿Solo algunos? ¡No te das cuenta ni de la mitad!"

La sonrisa de Paula se suavizó mientras miraba alrededor de la mansión. "Es tan extraño que él no esté aquí".

La mirada zafiro de Alejandro se suavizó al comprender.

—Sé lo que quieres decir. Ahora todo está muy tranquilo, pero estoy seguro de que solucionarán sus problemas.

Una punzada de dolor resonó en el pecho de Paula y preguntó en voz baja: "¿Crees que alguna vez regresará?"

"Estoy segura que lo hará, cariño."

"Pero... ¿qué pasa con Danielle?"

"No hay nada de malo en tener dos cocineros. Estoy seguro de que Martin disfrutará de uno o dos días libres a la semana. Ahora puedes ir a trabajar antes de que tus empleados piensen que te pasas las mañanas holgazaneando", dijo y la instó a ir a su habitación.

Paula sacudió la cabeza y una sonrisa se dibujó en sus labios. El sonido del teléfono de su padre llamó su atención y ella sonrió. "Mira, ahí está mamá", dijo mientras se daba vuelta para caminar hacia su habitación. "¡Avísame qué dice!", gritó cuando lo escuchó responder.

Agarró el picaporte de la puerta de su dormitorio y estaba a punto de entrar cuando escuchó el sonido de la porcelana al romperse. Saltó ante el sonido fuerte e inesperado y se dio la vuelta para mirar a su padre con preocupación, notando la taza rota y el líquido oscuro esparcido a sus pies.

—¿Qué?

—preguntó, con la voz entrecortada y los ojos muy abiertos mientras sujetaba el teléfono contra su oído

—

¿Cuándo fue esto?

"¿Papá?", llamó Paula suavemente mientras regresaba rápidamente hacia él.

Su mirada de zafiro oscuro se cruzó con la de ella, y ella respiró profundamente al ver la expresión de pánico en su rostro pálido. "¿Qué pasa?", le preguntó en voz baja.

Él no le respondió y ella lo vio tragar saliva con fuerza. "Sí", respondió al interlocutor, con voz baja y tensa. "Está bien, gracias por avisarme". Un suspiro tembloroso salió de sus labios mientras bajaba el teléfono con una mano que temblaba visiblemente.

—¿Papá? ¿Qué pasa?

—imploró ella, odiando la mirada de terror en su rostro antes de que él se diera vuelta de repente y corriera hacia las escaleras.

"Tu madre ha tenido un accidente."

Paula tardó un segundo en comprender lo que había dicho y, cuando lo hizo, sintió que la visión se le nublaba. Se tambaleó en su prisa por alcanzarlo. "¿Qué?"

"No me dieron ningún detalle, pero tenemos que ir al hospital ahora", dijo, e Paula corrió tras él

mientras se dirigía al garaje.

A ciegas, Alejandro agarró el primer juego de llaves que encontró y abrió un BMW azul medianoche. El motor rugió cuando ambos subieron a sus asientos y hubo una oleada de acciones mientras se abrochaban los cinturones de seguridad antes de que Alejandro hiciera girar el vehículo fuera del edificio.

"Llama a tu hermana; dile que nos encuentre en el hospital", dijo Alejandro, entregándole su teléfono a Paula mientras volaba por la carretera.

Paula sentía que el corazón le latía a cien millas por segundo y sus dedos temblaban tan violentamente que necesitó varios intentos antes de poder elegir el número de contacto correcto. Se llevó el teléfono a la oreja y se mordió el labio inferior mientras esperaba que respondiera la llamada, pero apretó los dientes cuando escuchó una voz familiar y monótona que respondía.

"Mensaje de voz. Probablemente ya la hayan operado. Sé que estuvo ayudando a un par de personas esta mañana".

Cuando su padre no respondió, lo miró y se dio cuenta de que su rostro se había puesto pálido y había levantado completamente el pie del acelerador. Preocupada, miró hacia la carretera y sintió que se le helaba la sangre en las venas al ver un coche familiar al costado de la carretera rodeado por policías y un vehículo de rescate.

El coche negro parecía como si hubiera sido mordido por algo y escupido hacia afuera, con las ventanas destrozadas y el chasis retorcido con las ruedas en el aire.

Había un policía parado al lado de la carretera, señalándoles que era seguro pasar por el lugar del accidente. Alejandro puso suavemente el pie en el acelerador y pasó por el lugar del accidente agarrando el volante con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos.

Paula sintió que su mente comenzaba a traer los peores escenarios al primer plano, y apretó los dientes para mantenerlos a raya mientras las lágrimas le picaban los ojos.

"Algo no está bien aquí."

Se giró para mirar a su padre, pero tenía la garganta demasiado obstruida como para pronunciar una palabra de desconcierto. Su mirada volvió a la carretera mientras subían una pendiente y fue entonces cuando notó lo que él había mencionado: las marcas de derrape en el asfalto, que parecían de haber hecho un brusco desvío para esquivar algo a gran velocidad.

De repente, su cuerpo se vio empujado hacia atrás en el asiento cuando Alejandro pisó a fondo el acelerador y aceleró por la carretera. Con una calma que Paula envidiaba, lo vio marcar un número en la pantalla del tablero del auto. El sonido de una llamada sonó en el vehículo, que por lo demás estaba en silencio, y notó cómo los dedos de Alejandro tamborileaban cada vez más rápidos contra el volante cuanto más tiempo pasaba sin que alguien respondiera la llamada.

—Vamos, vamos

—murmuró Alejandro, sintiendo que su paciencia se agotaba antes de que finalmente aceptaran la llamada.

"Señor Green...ha pasado un tiempo."

La voz ronca y profunda que inundó el sistema de sonido del coche la dejó paralizada. La

preocupación por su madre abandonó su mente por un momento mientras percibía el timbre masculino y su mente trató rápidamente de evocar un rostro que se adaptara a la misteriosa voz.

—Sí, así es. Lamento llamarte con tan poca antelación, pero necesito tu ayuda

—respondió Alejandro con la mandíbula apretada.

La voz de su padre sacó a Paula de su inexplicable estado de aturdimiento mental, y ella se reprendió duramente por haberse distraído por algo tan trivial como la voz de un hombre.

"¿Qué pasa?" respondió la voz profunda.

"Mi esposa ha sufrido un accidente, pero tengo la sensación de que hubo algo más. Oliver nunca ha sufrido un accidente mientras trabajaba para mí y, desde luego, no habría conducido a la velocidad a la que iba para causar daños tan graves".

—¿Y quieres que lo compruebe?

—supuso el hombre misterioso.

"Por favor, Henry."

Paula se detuvo ante el tono que empleó su padre. Aunque era un hombre amable, nunca lo había oído suplicar antes, y ver su expresión de dolor e impotencia le desgarraba el corazón.

-Está bien. ¿Dónde ocurrió?

Después de que Alejandro se lo explicara, la llamada terminó y él se pasó una mano frustrada por sus oscuros mechones mientras exhalaba profundamente. No intercambiaron más palabras mientras corrían el resto del camino hacia el hospital.

En lugar de pensar en el posible estado de su madre, Paula se obligó a pensar en el misterioso hombre llamado Henry. Nunca había oído hablar de él antes, algo que la desconcertaba. Conocía a la mayoría de los conocidos de su padre desde que se hizo cargo de la empresa, por lo que no podía entender por qué no sabía de este Henry o cómo podía ayudarla.

Ella le habría preguntado a su padre, pero la sombría mirada de concentración en su rostro la dejó en silencio.

Cuando se acercaron al hospital, Paula ya se estaba desabrochando el cinturón de seguridad para saltar del auto en el momento en que se detuviera, pero la vista de una multitud enorme de personas con cámaras y micrófonos trepando afuera del hospital detuvo sus movimientos.

—¿Qué…?

—murmuró Alejandro para sí mismo mientras detenía el auto justo antes de entrar al recinto del hospital.

Pasó sólo un segundo ante de que el primer reportero los notara y pronto todos los reporteros se agolparon alrededor del auto, e Paula agradeció en ese momento tener las ventanas tintadas. Los gritos de la gente se escuchaban amortiguados, pero podía escuchar los sonidos de los guardias de seguridad abriéndose paso entre ellos para llegar al auto.

Sólo después de que una docena de guardias empujaran a la gente, Paula finalmente notó un rostro familiar y jadeó mientras abría rápidamente la puerta. "Massimo, ¿qué estás haciendo aquí?"

"Por la misma razón que están aquí", respondió por encima de los sonidos ensordecedores de los periodistas y los destellos de las luces.

Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas. Su actitud de bravuconería se desvaneció y sintió que sus fuerzas flaqueaban cuando extendió la mano hacia él con manos tembloRosas.

Su mirada gélida, que se veía reforzada por el traje gris claro que vestía, se suavizó y la rodeó con un brazo para apoyarla mientras seguían rápidamente a su padre a través de la multitud que los oprimía. En un momento dado, la multitud se abalanzó sobre ellos, de modo que Alejandro casi le dio un puñetazo a un periodista particularmente agresivo antes de que los agentes de seguridad finalmente lograran abrirse paso entre el mar de gente.

Cuando las puertas del hospital se cerraron tras ellos, el silencio del vestíbulo fue una bocanada de aire fresco a pesar del nauseabundo olor a desinfectante. Paula permaneció de pie en silencio, apoyada en el apoyo del costado de Massimo mientras observaba a su padre hablar con la recepcionista por un momento antes de que la señora les hiciera señas para que la siguieran.

Subieron un tramo de escaleras y recorrieron tres pasillos hasta llegar a una pequeña sala de espera. "La señora Green todavía está en el quirófano, pero el médico vendrá a hablar con ustedes tan pronto como pueda", dijo con una calma y paciencia que demostraban sus muchos años en el ambiente hospitalario.

—Gracias

—respondió Alejandro, y tomó asiento, apoyando los codos en las rodillas mientras entrelazaba las manos, con una expresión de intenso pensamiento en su rostro.

—Vamos, Gruñona. Toma asiento, parece que te vas a caer en cualquier momento

—dijo Massimo y la instó gentilmente a sentarse cerca de una ventana que daba a un hermoso parque.

Paula se desplomó en la silla y tardó un segundo en darse cuenta de lo frío que el cuero le dolía en la parte trasera de las piernas. Bajó la mirada y, si no hubiera estado tan preocupada por su madre, se habría sentido muy avergonzada al darse cuenta de que todavía llevaba un par de pantalones cortos de pijama de seda y un par de pantuflas que decían: "Besa a la princesa".

Massimo se sentó a su lado y un gemido salió de sus labios cuando finalmente comprendió la realidad de la situación. Rápidamente presionó su rostro contra su hombro, las lágrimas amenazaban con derramarse, y sus brazos inmediatamente rodearon su cuerpo frío. "Ssh, estará bien. No te preocupes", susurró mientras frotaba su columna de arriba a abajo con movimientos circulares relajantes.

Se quedaron sentados en silencio durante lo que parecieron horas hasta que Massimo finalmente la soltó y le ahuecó las mejillas entre sus cálidas manos, mientras sus pulgares limpiaban suavemente las pocas lágrimas que caían de sus ojos. "Voy a ir al café rápidamente. ¿Quieres que te traiga algo?", preguntó.

Paula lo miró. Aunque estaba agradecida por la oferta, la idea de comer algo le revolvía el estómago de forma desagradable, algo que no le pasaba normalmente cuando estaba estresada. Sacudió la cabeza.

—No, gracias.

Él asintió y soltó su mano sobre su rostro para ponerse de pie y mirar a su padre. "Señor Green, ¿algo para usted?"

Alejandro simplemente negó con la cabeza, con su mirada fija en el teléfono silencioso que tenía delante.

Entonces Massimo se disculpó y abandonó la sala de espera, e Paula de repente deseó que todavía estuviera a su lado, que su reconfortante abrazo pareciera ser lo único que la mantenía unida.

Pero no pasó mucho tiempo después de que se fue cuando un hombre mayor con cabello del color de la madera carbonizada y una bata blanca impecable entró en la sala de espera.

Alejandro se puso de pie inmediatamente y corrió hacia él. "¿Cómo está?", preguntó con urgencia, sin molestarse siquiera en decir palabras amables mientras Paula se acercaba a él.

Los ojos grises del médico observaron sus rostros preocupados por un breve segundo antes de fijarse en Alejandro. "Aparte de algunos cortes y moretones, su esposa y su bebé están bien".

Las palabras del hombre resonaron en los oídos de Paula, que jadeó y se llevó la mano a la boca en estado de shock. Todo el cuerpo de Alejandro se convirtió en piedra y su rostro palideció por completo.

—¿Bebé?

—preguntó con evidente incredulidad mientras se le cortaba la respiración en la garganta

— ¿Dijiste...?

El viejo médico sonrió. "Sí, hicimos algunas pruebas para asegurarnos de que ambos estaban bien. Por eso estuvo tanto tiempo en el quirófano. Pero los dos están perfectamente bien".

Alejandro no pudo responder, su rostro estaba congelado en un estado de incredulidad. Paula se aferró a su mano fría mientras miraba al médico. "Y Oliver, ¿cómo está?"

Los ojos grises se encontraron con su propia mirada oscura. "No le fue muy bien, por desgracia. Tiene un brazo roto y puede estar inconsciente durante unos días debido a una herida en la cabeza. Todavía le estamos haciendo algunas pruebas para asegurarnos de que no haya sufrido ninguna lesión grave en el cerebro".

Paula asintió con la cabeza ante su respuesta. "Está bien, por favor, ¿nos avisarás cuando sepas algo más?"

El médico le ofreció una sonrisa educada. "Lo haré".

"¿Cuánto tiempo?"

Tanto Paula como el doctor miraron a Alejandro, y su mirada de zafiro los miró a ambos mientras tragaba saliva con fuerza y repetía su pregunta: "¿Cuánto tiempo lleva el embarazo de mi esposa?"

"Unas seis semanas."

Paula no lo creía posible, pero vio que el rostro de su padre palidecía aún más. —¿Y ella lo sabe desde cuándo?

"Esta mañana."

La mente de Paula dio vueltas y rápidamente ató cabos sobre por qué su madre había querido volver a casa, pero no había respondido al mensaje de Alejandro. Un sonido que solo podía describirse como una mezcla de sorpresa y alivio salió de los labios de Alejandro, y ella supo que él también lo sabía.

"¿Puedo verla?" imploró.

Los ojos del médico se relajaron al comprender. "Por supuesto. Síganme", dijo y se dio la vuelta para salir de la sala de espera.

Paula sintió que Alejandro le apretaba la mano mientras seguían al doctor, y el anciano miró por encima del hombro brevemente para observarlos mientras caminaba. Lo siguieron por el pasillo antes de detenerse finalmente en una puerta que tenía una ventana de vidrio. El doctor se volvió para mirarlos, su expresión seria una vez más mientras miraba a Alejandro.

"Su esposa todavía está inconsciente y le llevará un tiempo despertarse. Pero puede quedarse con ella hasta que lo haga".

—Gracias

—la respuesta de Alejandro sonó como si viniera de otra persona, mientras su mirada permanecía fija en la figura que yacía inmóvil en la cama del hospital.

El médico asintió y miró a Paula. "No dudes en llamar si hay algo".

Paula le ofreció una sonrisa y observó al anciano alejarse antes de soltar suavemente su mano del agarre mortal de su padre. Su mirada se desvió hacia abajo para mirarla y ella sonrió mientras le hacía un gesto con delicadeza para que abriera la puerta. "Está bien. Esperaré aquí afuera unos minutos. Necesito intentar contactar con Rosa nuevamente".

Alejandro le asintió y dudó sólo por un momento antes de abrir la puerta y correr hacia adentro para estar con su esposa.

Paula respiró profundamente y buscó su teléfono en el bolsillo, pero se detuvo cuando se dio cuenta de que, en su apuro por llegar al hospital, había olvidado su teléfono en casa y que sus pantalones de pijama no tenían bolsillos. Chasqueó la lengua y pensó en pedirle el teléfono a su padre, pero cuando miró por la ventana de vidrio, descartó ese plan.

Sintió un nudo en la garganta al verlo sentarse junto a la figura inmóvil de su esposa y cogió suavemente una de sus manos entre las suyas, llevándola hasta su rostro para besarle los nudillos. Se apartó de la puerta y sacudió la cabeza.

No, necesitaba un momento a solas con ella.

Miró a su alrededor y vio una silla cercana. Cuando se sentó, sintió que se le doblaban las rodillas. El estrés de la mañana y la conmoción por el embarazo de su madre le habían pasado factura, pero a pesar del caos, una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

Después de casi veinte años, finalmente iban a tener un bebé. Ella se rió entre dientes, pensando en cómo luciría su próximo retrato familiar.

Paula permaneció sentada en silencio durante un largo rato, por lo que casi se preguntó dónde estaba Massimo cuando escuchó el sonido de fuertes pisadas sobre el piso de linóleo. Levantó la vista, esperando ver el cabello dorado de Massimo y su figura vestida con traje, pero lo que vio

fue todo lo contrario.

El hombre era alto, mucho más alto que ella y posiblemente incluso más alto que su padre, con piel profundamente bronceada y cabello color chocolate oscuro que parecía haber sido afeitado a los lados y dejado más largo en la parte superior. Estaba vestido con una sencilla camisa negra que realzaba la firmeza de su pecho y sus fuertes brazos, mientras que los jeans que usaba parecían apretar sus muslos musculosos. Calzaba un par de botas resistentes y sus largas zancadas lo llevaban con una confianza silenciosa que parecía exigir la atención de cualquiera que lo viera.

E Paula lo encontró bastante evidente cuando notó que una enfermera fue golpeada contra la esquina de una pared después de mirarlo por mucho tiempo.

Paula no quería que la sorprendieran mirándola como la enfermera, por lo que bajó rápidamente la mirada hacia sus manos, esperando a que el hombre pasara. Pero frunció el ceño cuando sus pasos se detuvieron cerca de ella y lentamente levantó la mirada solo para notar que él estaba parado justo frente a ella.

Ahora que estaba más cerca, Paula notó la barba oscura que parecía realzar su mandíbula ya fuerte. Su nariz estaba un poco torcida en el puente y supuso que se la había roto en algún momento del pasado. Sus rasgos eran duros y parecía mantenerse con un aire de autoridad, lo que solo realzaba la mirada intimidante y dura de apatía en su rostro.

Pero lo que realmente le llamó la atención fueron sus penetrantes ojos color avellana que parecían perforarle el alma. Era una mirada que la ponía nerviosa, como si ese extraño supiera todo sobre ella. Esa misma mirada se desvió lentamente de su rostro, sin duda observando su atuendo de delincuente de moda, deteniéndose en el texto de sus zapatillas antes de finalmente regresar a su mirada oscura.

Parecía que él la observaba con la misma intensidad que ella a él, y sus miradas se cruzaron. Aunque no era un modelo para la portada de una revista, ella no podía negar que seguía siendo atractivo... de una manera ruda y masculina.

-¿Paula Green?

Su voz retrataba perfectamente su apariencia, podeRosa y masculina, y cada sentido tan apático como su mirada sobre ella.

Respiró profundamente y obligó a su mente a dejar de prestar atención a sus rasgos mientras se enderezaba en su asiento, con sus defensas en alerta máxima a pesar de lo familiar que le sonaba su voz. "Depende de quién pregunte".

Su mirada se concentró en ella hasta que sintió que había memorizado cada centímetro de su rostro. Si bien su mirada era firme e inquebrantable, descubrió que no la hacía sentir tan incómoda como pensaba.

"Mi nombre es detective JONES", comenzó. "Su padre me pidió que investigara la causa del accidente de su madre".

Como la niebla antes del sol de la mañana, todas las reservas de Paula se evaporaron en el aire y se puso de pie de un salto. Sólo entonces se dio cuenta de lo cerca que había estado, ya que su pecho casi rozó el de él. Un embriagador aroma a colonia atormentó sus sentidos, haciéndola congelarse en el lugar mientras miraba fijamente su amplio pecho.

Muy lentamente y casi con timidez, su mirada oscura recorrió su clavícula, su fuerte garganta y su mandíbula antes de finalmente encontrarse con su mirada dura y color avellana. Él no dio un paso atrás como ella esperaba que hiciera, e Paula reconoció la prueba casi al instante. Cuando todavía estaba aprendiendo los entresijos de cómo dirigir la empresa, su padre siempre le había hecho saber que los hombres tratarían de intimidarla, y había hecho varios ejercicios con ella para prepararla para tales casos. Además, incluso si pudiera, no podría dar un paso atrás, y no quería correr el riesgo de tropezar si intentaba moverse hacia un lado.

Y entonces ella irguió los hombros y lo enfrentó de frente. Pero su mirada, aunque omnipotente en cierto modo, no era desafiante como ella pensó inicialmente, sino más bien... inquisitiva. Esperó a que él hablara, pero él no pronunció una palabra mientras continuaba mirándola.

Su mente se apresuró a recordar la conversación que había tenido lugar entre su padre y el hombre que tenía delante. El detective Henry JONES... Paula nunca supo que su padre conocía a un detective. Y, por lo que parecía, se conocían bien. Pero su voz había sonado diferente por teléfono: ronca. Observó su aspecto y se dio cuenta de que tenía el pelo alborotado y la camisa un poco arrugada.

Ah. Había estado dormido.

Al darse cuenta de que no habían hecho nada más que mirarse el uno al otro durante el último minuto, Paula se aclaró rápidamente la garganta. "¿Y qué encontraste?"

Su mirada color avellana la clavó profundamente por un momento antes de fruncir el ceño. Miró hacia un lado. Paula siguió su mirada y parpadeó cuando notó que Massimo estaba de pie a poca distancia de ellos, con un café en la mano, mirándolos.

Al recordar la noticia que le habían dado recientemente, jadeó y corrió hacia él, rodeándole el cuello con los brazos. "Massimo, mi mamá... ¡está embarazada!", dijo y se rió con incredulidad mientras lo abrazaba con fuerza.

Massimo, que seguía con la mirada fija en Henry, se tomó un momento para captar sus palabras. Cuando lo hizo, se tensó y la miró. "¿Qué?"

Paula asintió con la cabeza vigoRosamente. "¿Puedes creerlo? Después de casi veinte años, ¡por fin van a tener un hijo propio! Y el médico dijo que se despertará pronto, y ambos están bien. ¡Oh, Massimo, estoy tan feliz por ellos!"

Durante todo su monólogo, Massimo no le devolvió el abrazo ni una sola vez mientras la miraba fijamente, con los labios entreabiertos, como si no supiera cómo responder a la información. Finalmente, su mirada gélida miró por encima de su cabeza y al hombre que había estado de pie en silencio, observándolos. "¿Y tú eres?"

Paula se apartó un poco de él para darse la vuelta, con un brazo todavía alrededor de su cuello mientras el otro descansaba sobre su pecho. "Este es el detective JONES. Mi padre pidió su ayuda para averiguar qué causó el accidente de mi madre".

Massimo la miró brevemente antes de volver a mirar al detective. Levantó la mano en señal de saludo y Henry miró la mano que le ofrecía antes de acercarse a él para estrecharla. Una sensación inquietante se apoderó de Paula cuando se miraron el uno al otro con ella entre ellos. Se sintió minúscula al lado de la intimidante figura de Henry y sus sentidos se volvieron locos cuando sintió el calor de su cuerpo acariciar su brazo.

Instintivamente, se acercó un poco más a Massimo, pero el brazo de él no rodeó su cintura como ella esperaba. Sus delicadas cejas se arquearon un poco en señal de confusión, pero no insistió en ello mientras señalaba a Henry. "El detective JONES estaba a punto de contarme lo que descubrió en la escena del accidente", explicó.

Henry la miró fijamente. "Es correcto, pero no permito que nadie más que mis familiares más cercanos escuchen lo que tengo que decir".

"¿Por qué no?"

El detective apartó lentamente la mirada de ella para mirar a Massimo, sus ojos penetrantes rivalizaban con los de un águila. "Una medida de precaución".

Pasó un momento de tensión entre ellos, e Paula se movió incómoda ante la mirada calculadora en el rostro de Henry y la expresión igualmente cautelosa en el de Massimo. Tragó saliva nerviosamente y una ligera capa de sudor cubrió sus palmas ante la idea de que estallara una pelea entre ellos, a juzgar por las expresiones en sus rostros.

No haría falta ser un científico para saber quién ganaría si lo hicieran.

Pero Massimo se relajó y asintió. "Entiendo", dijo y miró a Paula. "De todos modos, tengo que irme. Ya llego tarde a una reunión con mi madre. Avísame cómo está la señora Green".

Decepcionada por sus palabras de despedida, Paula no pudo hacer más que asentir y prometer que lo haría. Él le sonrió, pero en lugar de darle un beso como ella pensaba que haría, simplemente se dio la vuelta y caminó de regreso por el pasillo.

Aunque se encontraban en un pasillo amplio y abierto, Paula sintió de repente claustrofobia al darse cuenta de que Henry permanecía de pie justo detrás de ella. Sintió que el corazón le latía con fuerza contra el pecho cuando él habló en una voz baja que le recordó a una ola que se agitaba. "Creo que ahora sería un momento ideal para dejar algo perfectamente claro".

Ella se giró lentamente para mirarlo. "¿Y eso es?"

Su mirada se cruzó con la de ella.

—Que nada de lo que diga a partir de ahora sobre tu madre se transmita a otras personas que no sean tu familia inmediata.

Una sensación de ansiedad se instaló en lo más profundo de sus huesos. "¿Por qué? ¿Qué encontraste?"

"¡¡Izzy!!"

Se dio la vuelta rápidamente al oír que la llamaban por su nombre y se sintió aliviada al ver a su hermana corriendo hacia ella. Las hermanas se encontraron en un fuerte abrazo antes de que Rosa comenzara a bombardearla con preguntas. Cuando Paula finalmente logró calmarla y le dijo todo lo que sabía, Rosa suspiró aliviada antes de mirar a Henry.

"Entonces, ¿qué encontraste?"

Antes de que pudiera responder, escuchó que alguien lo llamaba y miró a Alejandro, que salía de la sala privada de su esposa. Caminó hacia ellos con una expresión ansiosa en su rostro. "Henry, es bueno volver a verte, aunque hubiera preferido que fuera en mejores circunstancias".

"Lo mismo digo, señor Green", respondió Henry mientras se estrechaban la mano.

Alejandro enderezó los hombros y respiró profundamente, como si quisiera prepararse.

—¿Y qué provocó el accidente?

La mirada de Henry pasó de Alejandro a Rosa, y luego finalmente se posó en Paula, queriendo medir su reacción cuando respondiera.

"Las líneas de freno habían sido cortadas."

Capitulo 21

Un silencio tenso envolvió la fiesta como un manto. Paula sintió que todo su cuerpo se convertía en un bloque de hielo entumecido y ni siquiera notó que su hermana le agarraba la mano con fuerza. Lo único en lo que podía concentrarse era en las palabras del detective JONES.

Las líneas de freno habían sido cortadas.

Alejandro tragó saliva con fuerza, una acción que pareció dolerle. Una ligera capa de sudor cubrió su frente pálida y su voz tembló cuando preguntó: "¿Cómo pudo haber sucedido eso?"

La dura mirada color avellana de Henry se centró en los atónitos ojos color zafiro del hombre mayor. Sus cejas oscuras se hundieron en un ceño aún más severo. "Desafortunadamente, no pude averiguarlo. No pude recuperar nada del EDR del auto".

—¿EDR? ¿Qué es eso?

—preguntó Rosa con voz tímida mientras se aferraba al cuerpo congelado de su hermana.

"Significa que se trata de un registrador de datos de eventos", explicó Henry mirándola. "Normalmente, solo registra cuando ocurre un accidente, pero el sistema que tu padre instaló en tus autos hace que registre cada vez que alguien se acerca al auto, incluso cuando no está en marcha. Por lo tanto, debería haber podido ver cuando alguien se acercaba al auto para cortar las líneas".

—Entonces, ¿por qué no pudiste?

—continuó preguntando Rosa.

Por un breve instante, Henry miró a Paula, que parecía haber sido tallada en piedra. No había pronunciado una palabra desde su revelación, y la expresión de su rostro hacía parecer que se desmayaría en cualquier momento. "Creo que deberías tomar asiento", sugirió con su profunda voz de barítono.

Su atención en la hermana mayor hizo que ambos miembros de su familia la miraran con preocupación. Rosa rápidamente tomó a Paula del brazo y la guió hacia la silla en la que había estado sentada previamente. Paula la siguió aturdida y se conformó sin pensar cuando su padre la instó a sentarse. Alejandro se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros, atrayéndola hacia su lado mientras frotaba suavemente su brazo de arriba a abajo por su brazo.

Henry observó a Paula de cerca, notando el estado de congelación de sus ojos y la palidez de sus labios Rosados. Su ceño se profundizó. Ni siquiera la conocía personalmente, pero en ese momento supo que la expresión de su rostro lo molestaba enormemente.

"Está en estado de shock", dijo Rosa mientras observaba la expresión de su hermana antes de mirar a su alrededor y ver a una enfermera cerca. "¿Puedes traerle un poco de agua azucarada, por favor?", gritó.

La enfermera asintió y rápidamente fue a buscarlo. Una vez que regresó, le entregó el vaso a Rosa, quien luego se lo ofreció con delicadeza a su hermana. Los ojos de Paula seguían

desenfocados y Rosa casi tuvo que obligar a sus dedos a cerrarse alrededor del vaso frío. Cuando finalmente lo sujetó con suficiente fuerza para que no se le resbalara de las manos, se lo llevó lentamente a los labios, visiblemente temblando.

Después de unos cuantos sorbos y respiraciones profundas, como le había indicado su hermana, su mirada comenzó a enfocarse lentamente. Sus ojos color chocolate oscuro se posaron en los de él y tragó saliva con una evidente vergüenza en las mejillas. "Mis disculpas. Por favor, continúa".

Un músculo de su fuerte mandíbula se tensó al oír lo débil que sonaba su voz.

—¿Estás segura de que puedes lograrlo?

Paula dudó un momento y luego asintió lentamente. Un destello de determinación iluminó sus ojos oscuros, que antes estaban helados. Una comisura de su boca se alzó en una pequeña sonrisa burlona.

Ella era resistente; él le concedería eso.

"Muy bien", admitió. "Incluso en un accidente tan terrible como el de tu madre, debería haber podido acceder a los datos del ordenador del airbag. El hecho de que no apareciera ningún resultado me lleva a la conclusión de que alguien había accedido al sistema y lo había corrompido antes de que alguien llegara".

—Pero... ¿quién habría sido capaz de hacerlo?

Sus labios se tensaron en una expresión severa. "Aunque normalmente sólo las fuerzas del orden y los especialistas en reconstrucción de accidentes tienen las herramientas que se utilizan para conectarse a la computadora del airbag, hay otras personas que pueden tenerlas, y tengo la sensación de que la señora Green podría haber visto quién era".

Los ojos de Alejandro se abrieron. "¿Cómo lo sabes?"

"Hablé con los paramédicos que acudieron al lugar y me dijeron que Sofia estaba medio tumbada boca abajo fuera del coche, como si hubiera salido gateando del mismo. Eso significa que todavía estaría consciente después del accidente. Aunque es muy poco probable, existe la posibilidad de que haya visto a quien haya manipulado el coche, que muy probablemente también haya sido quien cortó los frenos. Lamentablemente, solo lo sabré con seguridad cuando se haya despertado y pueda ser interrogada".

—Pero… ¿por qué alguien habría hecho algo así?

—preguntó Rosa finalmente, mientras su mirada preocupada revoloteaba entre las personas que la rodeaban.

—Eso es lo que me gustaría averiguar, por eso necesito hacerle algunas preguntas.

—Se volvió hacia Alejandro, que todavía tenía una tez pálida bastante preocupante

— Señor Green, si puede.

Alejandro le hizo un gesto para que continuara. Paula lo miró y apretó los labios al notar que parecía haber envejecido en cuestión de unas pocas horas; el estrés del día lo hacía parecer mucho mayor que su edad de cuarenta y nueve años. Henry pareció notarlo también. Permaneció en silencio por un momento, observándolo de cerca antes de finalmente decidirse a hablar.

—Muy bien. ¿Puedes describirme cómo se comportó la señora Green esta mañana antes de irse?

Alejandro pensó por un momento. "En general, estuvo bien. Un poco perdida en sus pensamientos, pero siempre ha sido una gran pensadora. Nunca noté nada fuera de lo normal, en realidad, excepto un mensaje que envió".

"¿Qué mensaje?"

Alejandro sacó su teléfono del bolsillo y desbloqueó la pantalla. "Me envió un mensaje alrededor de las diez, preguntándome si todavía estaba en casa. Le respondí, preguntándole si había algún problema. Ella nunca me respondió". Le ofreció su teléfono a Henry y el hombre lo tomó, mirando los mensajes en la pantalla. "Creo que fue en el momento en que tuvo el accidente, porque leyó el mensaje, pero nunca respondió, lo cual no es propio de ella".

Henry asintió mientras le devolvía el teléfono a Alejandro. "¿Esperabas que ella estuviera en casa a esa hora?"

"No."

"¿La persona que conducía el vehículo era su chofer?"

"El chofer de mi esposa, sí."

"¿Cuánto tiempo lleva bajo su empleo?"

"Unos treinta años."

Henry asintió con la cabeza durante cada una de las respuestas de Alejandro mientras sacaba un teléfono de su bolsillo y comenzaba a escribir en él. "¿Se te ocurre alguien de quien puedas sospechar que haya cortado las líneas de freno? ¿Alguien con quien no tengas una buena relación en este momento?"

"No, no que sepamos."

—¿Nadie que haya sido despedido recientemente o cuyo trato comercial haya fracasado?

—Miró a Paula mientras preguntaba eso.

Ella negó con la cabeza."

—Está bien

—Henry hizo una pausa y se volvió hacia Alejandro

—.Tal vez el motivo del corte de las líneas de freno no sea un hecho reciente. ¿Qué tal...?

—No discutamos eso ahora, Henry

—lo interrumpió rápidamente Alejandro, apretando considerablemente su agarre alrededor de los hombros de Paula.

Henry tenía una expresión dura mientras apretaba la mandíbula y los músculos se le marcaban para darle una expresión bastante intimidante. Paula miró a su padre y notó que Alejandro miraba a Rosa por una fracción de segundos antes de devolverle la mirada a Henry. Un destello de comprensión cruzó por los ojos penetrantes del detective y asintió lentamente.

—Muy bien

—concedió, aunque no parecía impresionado

— Como no se sabe cuándo despertará su esposa, me gustaría averiguar cuándo pudieron haber cortado los conductos de freno e intentar ver quién lo hizo a través de las cámaras de seguridad de los lugares a los que fue. ¿Sabe dónde pudo haber ido antes de que ocurriera el accidente?

Alejandro negó con la cabeza. "No, hasta donde yo sabía, ella iba directamente a la clínica. Resulta que primero tenía una cita con el médico aquí, pero no sé a dónde pudo haber ido antes o después de eso".

"Jason podría saberlo."

Todos se giraron para mirar a Rosa. Ella bajó rápidamente la mirada al suelo y tiró de un hilo suelto de su manga, sus mejillas se calentaron.

—¿Cómo lo sabes, Rosa?

—preguntó Alejandro.

Ella tragó saliva. "Yo... los vi hablando entre ellos antes de que mamá se fuera. Es posible que ella le haya mencionado algo".

"¿Sería posible hablar con él?" preguntó Henry.

Rosa se estremeció. "Um... supongo".

Las delicadas cejas de Paula se juntaron, teniendo una premonición de hacia dónde se dirigía esta conversación.

"¿Sabes dónde estará?" preguntó Henry.

"Sí . . ."

"Bien, saldremos en una hora. Necesito ir a interrogar a algunas personas más primero".

Alejandro miró a sus hijas antes de retirar el brazo que rodeaba a Paula. Se puso de pie y miró al detective. "Si no te importa, Henry, me gustaría quedarme con Sofia. Los médicos dicen que debería despertarse pronto y me gustaría estar aquí cuando lo haga". La voz de Alejandro sonaba cansada cuando habló y el hombre más joven asintió mientras lo miraba.

"Te avisaré si encuentro algo", dijo.

Alejandro se marchó en silencio y, solo cuando la puerta de la sala privada de Sofia se cerró tras él, Henry volvió a centrar su atención en Paula. Aunque todavía lucía un poco pálida, la mayor parte del color había regresado a sus mejillas. La miró de reojo y se dio cuenta de que su mano ya no temblaba mientras sostenía el vaso vacío.

Miró a cada uno de ellos con expresión firme. "Quiero dejarles algo muy claro a ambas. Todo lo que diga sobre la investigación queda entre ustedes y su padre. Nadie más tiene permitido saberlo", advirtió, con la mirada fija en Paula. "Eso incluye al chico lindo".

La espalda de Paula se tensó de inmediato ante la mirada acusadora del detective y, a pesar del temblor de sus piernas, se puso de pie para encararlo. "Confío en él", respondió con convicción, mirándolo a los ojos.

Henry entrecerró los ojos. Dio un paso hacia delante, eliminando la pequeña distancia que los separaba mientras la miraba fijamente.

—Pero yo no

—respondió, su voz sonaba como la de una ola que se agitaba

— Por el bien de esta investigación, no puedes decirle nada. ¿Me entiendes, princesa?

El inesperado apodo provocó una oleada de calidez inusual en todo el cuerpo de Paula, y su rostro se puso de un alarmante tono rojo cuando recordó que él había notado el texto en sus zapatillas. Su vergüenza la hizo bajar la mirada para mirar su clavícula.

—Sí

—respondió ella, con su voz molestamente mansa.

Henry la miró fijamente por un momento antes de asentir y mirar a Rosa. "Nos vamos en una hora. Asegúrate de estar lista".

Rosa respondió con un asentimiento mudo y Henry se dio la vuelta, sus largas piernas musculosas lo alejaron de ellos con pasos fuertes y seguros. El rostro de Paula todavía se sentía como un carbón caliente, pero se negó a abanicarse con la mano como una idiota enamorada, aunque no podía apartar los ojos del cuerpo ancho que se alejó de ellos y finalmente dobló una esquina.

Un silencio tenso envolvió a las hermanas antes de que Rosa finalmente exhalara un suspiro tembloroso. "Da miedo".

Paula frunció los labios, pero no pudo estar de acuerdo con la afirmación de su hermana. Mandón, sí. Intimidante, tal vez. Pero no lo encontraba aterrador en absoluto.

Sin embargo, no respondió al comentario de su hermana y, en su lugar, respiró profundamente. "Vamos, necesito desesperadamente algo dulce".

……

A Rosa le dio la impresión de que el corazón se le iba a desplomar en el pecho por la velocidad con la que latía mientras se dirigía con cautela hacia los establos, acompañada por Henry e Paula. Un ligero sudor le había brotado de la frente y había apretado la mandíbula con tanta fuerza que empezó a dolerle. Maldijo mentalmente su bocaza, sabiendo que la había dejado en la estacada, pero ya era demasiado tarde para cambiar nada.

El dulce olor a heno y virutas inundó sus sentidos cuando abrió la puerta para entrar en los establos, y sus ojos color zafiro miraron a su alrededor en busca de alguna señal de vida. Podía sentir la mirada preocupada de su hermana sobre su cuerpo tenso, pero decidió ignorarla mientras entraban.

Sus pisadas resonaron en el establo vacío mientras caminaban, y el pitido de un microondas les alertó de la presencia de alguien en la sala de alimentación. Rosa sintió que se le retorcía el estómago mientras se obligaba a moverse en esa dirección.

Intentó prepararse para la visión de Jason, pero incluso si el soporte hubiera sido de platino, se habría roto en cuanto vio la familiar figura masculina sacando una botella de leche caliente del microondas. Se quedó paralizada, sus pies se negaron a dar un paso más cuando él finalmente se dio la vuelta y sus miradas se cruzaron.

El shock de ver a Rosa dejó a Jason atónito, y casi dejó caer la botella que tenía en la mano

cuando la vio de pie junto a la puerta. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que la había visto, aunque sólo habían pasado poco más de dos semanas. Estaba tan incrédulo de que ella estuviera realmente parada frente a él que casi pronunció su nombre hasta que se dio cuenta de que estaba acompañada por su hermana y otro hombre desconocido.

—Hola, Jason

—Paula fue la primera en hablar, y él casi hizo una mueca ante la frialdad en su voz habitualmente amable.

Bajó la mirada de inmediato y se dio cuenta de que Rosa le había contado a su hermana todo lo que había pasado entre ellas. No debería haberse sorprendido. Las dos mujeres eran inseparables. Por supuesto, Rosa le habría contado a su hermana mayor lo que había ocurrido. E Paula, siendo la persona ferozmente protectora que era, no tomaría a la ligera que alguien lastimara a su amada hermana.

De hecho, le sorprendió que ella no hubiera venido a golpearlo todavía. No era como si no lo mereciera.

—Señorita Paula

—le devolvió el saludo, incapaz de mirar a Rosa.

Paula dio un paso adelante, ocultando un poco la visión periférica que Jason tenía de Rosa y tomando el mando cuando quedó claro que su hermana no podía decir ni una palabra. "Lamento disuadirte de trabajar, Jason, pero tenemos una situación grave que requiere tu cooperación inmediata".

Su voz era dura y su forma formal de hablar le dejó muy claro que estaba enojada con él. Se arriesgó a mirarla y su mirada furiosa confirmó su suposición.

Ella estaba furiosa .

Rápidamente bajó la mirada otra vez. "Por supuesto."

Paula hizo un gesto hacia el hombre alto que estaba de pie junto a ella, que observaba atentamente los intercambios silenciosos que se producían en la habitación. "Este es el detective JONES. Mi padre pidió su ayuda para determinar la causa del accidente de mi madre esta mañana".

—¿Qué?

—Jason los miró de golpe, sorprendido por la noticia

— ¿Está bien?

Notó un minúsculo ablanMassimoto en la mirada de Paula ante la preocupación que mostraba, pero su postura inmediatamente se endureció una vez más. "Sí, todavía no se ha despertado, pero debería ser pronto. De todos modos, el detective JONES fue al lugar del accidente y descubrió información bastante alarmante".

Jason frunció el ceño. "¿Qué fue eso?"

"Las líneas de freno habían sido cortadas". La fuerte voz que transmitió la respuesta hizo que Jason tomara aire profundamente cuando se dio cuenta.

Miró al detective, se encontró con su mirada analítica y apretó la mandíbula. "No lo hice, si es eso a lo que te refieres. Nunca haría algo así".

La mirada color avellana de Henry se clavó en la suya por un breve instante. No hizo caso a la declaración de Jason. De hecho, continuó como si nunca lo hubiera escuchado. "Quería preguntarte si la señora Green te mencionó dónde pudo haber estado antes del accidente de esta mañana, ya que te vieron hablando con ella antes de que se fuera".

Jason parpadeó. Se preguntó por un momento cómo lo habrían sabido, pero descartó la idea. Frunció el ceño mientras intentaba recordar la conversación. "No me dijo adónde iba, solo que llegaba tarde a una cita".

"¿Y a qué hora fue eso?"

"Hablamos aproximadamente a las ocho y media."

"¿Estaba actuando de manera extraña o nerviosa?"

Jason negó con la cabeza. "No. Apenas hablamos. Le dije que necesitaba hablar con ella sobre algo. Me preguntó si podía esperar hasta esta noche porque iba a llegar tarde a una cita, y eso fue todo".

Rosa, que había permanecido muda durante toda la conversación, frunció el ceño y miró lentamente a Jason. "¿De qué... necesitabas hablar con ella?"

Jason la miró y ella sintió que se quedaba sin aire. La culpa se reflejó en su mirada morena y tragó saliva mientras miraba hacia otro lado.

—Yo... quería hablar con ella sobre mi... renuncia.

—¿Te vas?

—No quería que las palabras salieran tan vulnerables como lo hicieron, y sintió que lágrimas no deseadas le quemaban el fondo de los ojos. Sentía que su garganta se iba a cerrar sobre sí misma, y parpadeó un par de veces con fuerza para contener las lágrimas. No. No iba a llorar. No ahora. No delante de todos de esta manera. ¡Y ciertamente no por él tampoco!

Pero cuando sus ojos se levantaron lentamente para encontrarse con su mirada lloRosa, sus labios se separaron al ver su expresión mientras su mirada morena cambiaba a un color meloso profundo. "Es lo mejor", murmuró, con los hombros hundidos en señal de derrota mientras metía las manos dentro de los bolsillos de sus jeans.

Rosa tensó la espalda y apretó los labios formando una fina línea para evitar que temblaran mientras entrecerraba los ojos llenos de lágrimas. Inhaló con fuerza y entrecortó el aliento.

—Bueno, buena suerte

—susurró antes de darse la vuelta y salir corriendo de la cocina del establo.

Jason la vio marcharse, sintiendo como si le hubieran clavado un cuchillo en el pecho y lo hubieran retorcido con una lentitud agonizante que lo dejó sin aliento. Quería, necesitaba correr tras ella, pero la mirada mortal que Paula le había dirigido lo dejó clavado en el sitio.

Ella no dijo nada por un momento, simplemente lo observó con esos ojos oscuros y calculadores que parecían dos brasas de ira. Finalmente, habló en voz baja: "Si sigues lastimando a mi hermana, entonces creo que es mejor que te vayas. No toleraré que la lastimes por más tiempo".

Jason bajó la cabeza, incapaz de responderle. La oyó irse y cerró los ojos mientras la angustia caía sobre él como un río desbordado. La idea de que Rosa llorara por él una vez más lo dejó destrozado. No tenía intención de lastimarla. Nunca quiso hacerlo, pero parecía que era todo lo que era capaz de hacer.

Un profundo suspiro escapó de sus labios mientras cerraba la botella con fuerza. Paula tenía razón: lo mejor era que se marchara.

…….

—¿Y ahora qué?

—preguntó Paula desde el lado de Henry, luchando levemente para igualar sus pasos mucho más largos.

Henry la miró antes de volver la vista al sendero del jardín por el que habían caminado para llegar a su coche. "Jason dijo que habló con la señora Green alrededor de las ocho y media. Mientras estábamos en el hospital, hablé con el médico con el que ella tenía cita. Esa cita era a las nueve. Ella debió haber ido allí enseguida, y cuando recibió la información de que estaba embarazada, es posible que haya viajado directamente a casa para contárselo a tu padre. Es por eso que probablemente envió el mensaje, preguntándole si todavía estaba en casa. Y estoy de acuerdo con tu padre: el accidente debe haber ocurrido antes de que ella respondiera a su respuesta".

"¿Entonces que significa eso?"

"Significa que voy a volver al hospital para mirar las cámaras de vigilancia. Espero poder captar algo de ellas".

Paula asintió y se dio cuenta de que habían llegado hasta su coche. Era un coche que la había sorprendido. Al ver su aspecto, esperaba que condujera uno de esos coches potentes como un Chevrolet Camaro o algo por el estilo. Pero el coche era un Honda normal, de los que se podían distinguir en la calle. Rosa y ella habían conducido de vuelta en el coche de Rosa, mientras que Henry las había seguido en el suyo.

Él pareció notar su mirada perpleja, porque dijo en un tono claro: "El trabajo de un detective es tomar declaraciones, no hacerlas".

Paula lo miró y sus mejillas se sonrojaron. "Lo siento, no quise juzgarte".

Se encogió de hombros mientras se dirigía al lado del conductor. "No me importa". Abrió la puerta y estaba a punto de sentarse cuando Paula lo llamó. "¿Qué?"

"¿Te importa si voy contigo?"

Apoyó su impresionante brazo sobre el techo del coche. "¿No tienes ningún drama familiar del que ocuparte?", preguntó, señalando la mansión que se alzaba detrás de ellos.

Paula se volvió para mirar la lujosa casa. "Le gusta estar sola cuando está molesta", respondió con un profundo suspiro antes de mirarlo de frente una vez más. "¿Puedo ir contigo? Me gustaría ver lo que encuentres y ayudarte en lo que pueda".

Una mirada dura se dibujó en su rostro. "Trabajo solo, Princesa".

Se sonrojó al oír el apodo, pero no respondió mientras miraba su atuendo. Cuando llegaron a casa, se había cambiado su conjunto mixto de blusa de trabajo y pantalones de pijama. En lugar de sus pantuflas de "Besa a la princesa", volvió a ponerse sus habituales tacones negros de trabajo.

Ella lo miró lentamente y vio que su mirada no se había desviado ni un segundo de ella. Su sola atención en ella le hacía sentir una mezcla de emociones, y su rostro se calentaba cuanto más la observaba. Se mordió el interior de la mejilla y se frotó el brazo tímidamente.

—Por favor

—casi suplicó mientras obligaba a su mirada a conectarse con la de él

— Necesito saber quién le está haciendo esto a mi mamá.

Su ceño fruncido se frunció mientras pensaba, sus ojos color avellana recorrieron su expresión suplicante. Debió haber visto lo desesperada que estaba, porque un profundo suspiro salió de sus labios mientras se enderezaba. "Entra".

Paula no pudo ocultar el alivio que sintió cuando abrió la puerta y se quedó boquiabierta cuando vio el interior del auto. Si bien el exterior parecía el de cualquier otro Honda, el interior parecía más una computadora que otra cosa, con varias pantallas alineadas en el tablero. Se sentó en silencio y observó cómo insertaba la llave en el encendido para poner en marcha el auto. Muchas de las pantallas cobraron vida y mostraron diferentes estadísticas, pero Henry las apagó rápidamente antes de que ella tuviera la oportunidad de estudiar alguna de ellas de cerca.

Condujeron en silencio y pronto llegaron al temido tramo de la carretera donde el vehículo de su madre se había ido rodando cuesta abajo. Aparte de las marcas de derrape en el alquitrán y la hierba levantada, no había ninguna otra señal de que hubiera habido un accidente, como si nunca hubiera ocurrido.

Una sensación de malestar invadió a Paula y sintió que el pastel de chocolate que había comido antes empezaba a subir. Cerró los ojos y se obligó a respirar profundamente unas cuantas veces, deseando que la sensación se calmara.

"¿Cuánto tiempo lleva Jason trabajando para ti?"

El tono retumbante de Henry obligó a Paula a abrir los ojos. Lo miró y no pudo evitar sentir envidia de lo relajado que estaba, considerando que ella no era más que un desastre en ese momento. "Unos nueve años, creo".

—¿Y tienes alguna idea de por qué podría querer dimitir de repente?

Los labios de Paula se torcieron con fastidio. "Tengo una buena idea de por qué".

"¿Cuidado para elaborar?"

"Realmente no me corresponde decirlo."

Henry tarareó.

—Sé que algo pasó entre él y tu hermana. Sus expresiones y lenguaje corporal decían mucho sobre su relación cuando los vi juntos. Por un breve momento, pensé que Jason podría haber tenido algo que ver con el accidente, ya que quería hablar con Sofia el mismo día, de hecho, la mañana de su accidente. Si hubiera estado allí nueve años, parecería un poco extraño que

quisiera renunciar de repente. Admito que si tu hermana no hubiera estado presente o no le hubieras hablado como lo hiciste, lo habría considerado sospechoso.

—Pues no lo es. Sé que él nunca le haría algo así a mi madre. Siempre ha sido extremadamente leal con ella.

Sus ojos color avellana se encontraron con los de ella. "¿Cómo es eso?"

Ella se encogió de hombros y miró hacia la carretera. "No lo sé. Creo que ella lo ayudó cuando estaba en una situación difícil. Pero no sé nada más que eso". Pensó por un momento, frotándose la barbilla. "Además, él tendría que trabajar varias semanas más una vez que diera aviso. Si hubiera querido 'huir de la escena', entonces simplemente habría renunciado".

Se volvió para mirar hacia la carretera. "Exactamente, por eso no lo considero así. Pero siempre existe la posibilidad..."

Las palabras de Henry quedaron suspendidas en el aire e Paula apretó los labios mientras miraba por la ventana. Pero en lugar de contemplar el paisaje que pasaba, observó el débil reflejo de Henry en el cristal. Estaba recostado en el asiento, con una mano apoyada en el muslo mientras que con la otra sostenía el volante, con el codo apoyado en la puerta.

Sus oscuros mechones se derramaban sobre su frente fuerte y la expresión dura de su rostro no parecía suavizarse. Parecía como si nunca sonriera. Un pensamiento bastante deprimente porque parecía el tipo de hombre que tendría una sonrisa muy bonita.

Ella sacudió la cabeza cuando se dio cuenta de que lo había estado mirando fijamente cuando había una preocupación mucho más urgente que debía abordar. Se volvió para mirarlo de frente. "¿Cómo conoces a mi papá?"

Era una pregunta que rondaba su mente desde el momento en que su padre hizo esa llamada, pero no había tenido oportunidad de preguntarle a nadie.

Henry apretó la mandíbula y se movió en el asiento mientras colocaba la otra mano en la parte inferior del volante. "Tenemos una larga historia de amistad".

—Seguramente no hace mucho tiempo

—preguntó ella, estudiando cuidadosamente su perfil.

Su rostro era muy maduro, no se le veía ni un gramo de grasa de bebé. Y la formidable dureza de sus rasgos le hacía parecer que ya había pasado la adolescencia. Calculó que tendría unos treinta y cinco años.

"¿Veintiún años son suficientes para ti?", respondió Henry, casi sarcástico, sacando a Paula de su análisis.

Sus labios se abrieron con sorpresa cuando sus palabras se registraron en su mente. "¿Cuántos años tienes?", soltó, antes de poder pensar en detenerse.

Henry resopló, aunque no estaba segura de si por fastidio o por diversión. "Tengo treinta y seis".

La mente de Paula daba vueltas y hacía cálculos frenéticos para intentar resolver el rompecabezas. Tenía quince años cuando conoció a su padre. Un adolescente. ¿Qué asuntos podía tener con él?

"Entonces, ¿cómo se conocieron?"

Una expresión sombría se dibujó en el rostro de Henry, endureciendo su mandíbula y cuadrando sus hombros. A pesar del calor del día, la atmósfera en el auto pareció bajar varios grados. "Creo que es mejor que le preguntes eso a tu padre".

Su tono era fuerte, firme y señalaba el fin de la discusión. Viendo que era claramente un tema delicado, Paula no dijo ni una palabra más. Se volvió hacia la ventana, dejando que su mente se dedicara a evocar ideas sobre cómo se había originado la relación entre su padre y el detective y, más importante aún, por qué su padre la había mantenido en secreto.

…….

El habitual olor nauseabundo a desinfectante y a gente enferma asaltó sus sentidos cuando entraron de nuevo en el hospital. Trató de no hacer muecas, pues nunca entendió cómo su madre y su hermana podían prosperar en un ambiente como ese.

Había demasiado caos.

Siguió a Henry por unos cuantos pasillos hasta que finalmente llegaron a la sala de seguridad. Después de una breve conversación con el guardia y de una prueba de la posición de Henry, este los dejó pasar e Paula contempló las numeRosas pantallas de computadora que mostraban diferentes ubicaciones del hospital.

Había otro guardia sentado en una silla, mirando las pantallas antes de darse vuelta de repente para mirarlos a los dos. "Hola. ¿En qué puedo ayudarlos?", preguntó mientras tomaba un gran sorbo de su café.

Paula frunció el ceño ante su falta de modales, pero permaneció en silencio mientras Henry respondía: "Necesitamos ver las grabaciones de esta mañana temprano, específicamente donde estacionan los pacientes".

El hombre se dio la vuelta y escribió algo en su teclado. Paula no pudo evitar acercarse a las pantallas y terminó justo al lado de Henry. Se sentía muy extraña en ese momento, parada a su lado. Su figura amenazante y la manera intimidante en que se comportaba la hacían sentir todo lo contrario de lo que esperaba. Se sentía empoderada de alguna manera, más segura.

Su mirada color avellana captó la de ella y rápidamente volvió su atención a las pantallas, sintiendo que sus mejillas iban a estallar de vergüenza. Tuvo que tragarse la repentina sequedad en la garganta y se obligó a concentrarse en las pantallas.

—Allí

—dijo y señaló una pantalla en el extremo izquierdo

— Ese es el auto de Oliver.

El guardia redujo la velocidad de la grabación y los tres observaron cómo el coche se dirigía hacia un aparcamiento. Sofia salió del coche un momento después y se dirigió al hospital.

"Acelera", ordenó Henry.

El guardia así lo hizo y observaron a Oliver sentado en el auto durante un buen rato antes de que saliera.

"Ve más despacio."

Paula frunció el ceño mientras observaba la pantalla y vio que Oliver levantaba la mano como si

fuera a contestar el teléfono. Pareció hablar durante un rato, caminando de un lado a otro, antes de finalmente regresar al auto. No pasó mucho tiempo hasta que Sofia regresó, subió al vehículo y se fueron.

"No pasó nada", afirmó.

"Por supuesto que no pasó nada, porque la grabación se estuvo reproduciendo en bucle durante unos tres minutos", respondió Henry y señaló la pantalla. "Rebobina un par de minutos". Esperó a que el guardia lo hiciera. "Oliver parece estar caminando de un lado a otro, pero en realidad solo se movió una vez. ¿Ves ese auto que pasa por allí? Sigue pasando frente a la cámara y es el mismo auto cuando ves la matrícula".

El guardia frunció el ceño. "¿Pero ¿cómo alguien hizo eso correctamente?"

La mirada penetrante de Henry se volvió hacia él.

—Dígame usted

—dijo con expresión dura

—. ¿Cómo pudo alguien acceder a la sala de seguridad para hacer esto?

El guardia se quedó paralizado y abrió mucho los ojos. "Yo-yo..."

Henry apretó la mandíbula. "¿Y bien?"

El hombre hizo una pausa y la comprensión se apoderó de su rostro. "Espera, hubo una emergencia en ese momento".

Henry entrecerró los ojos con sospecha. "¿Qué tipo de emergencia?"

"Alguien... había sido atropellado por un coche."

Él levantó una ceja. "Mhm, ¿y entonces corriste a la escena del crimen, dejando la puerta abierta para que cualquiera pudiera entrar?"

"Fue... fue una emergencia."

Pasó un momento de silencio entre ellos antes de que Henry finalmente dijera: "Muéstrame dónde ocurrió el accidente".

"Oh, nuestras cámaras no llegan allí".

Paula frunció el ceño ante esa respuesta y miró al guardia con los ojos entrecerrados.

—Entonces, ¿cómo supiste del accidente?

El hombre uniformado la miró. “Me lo dijeron por la radio”.

Ella asintió: "Oh, está bien".

"¿Y no viste a nadie sospechoso cerca cuando te fuiste?" continuó preguntando Henry.

"No."

Él asintió. "Rebobina. Quiero ver si las cámaras muestran algo".

El guardia así lo hizo e Paula se concentró en las pantallas que se mostraban en el interior de la

sala de seguridad y en el pasillo exterior. Después de varios minutos, se vio que no había pasado nada. El guardia nunca se había levantado de su asiento e Paula supuso que fue entonces cuando el bucle comenzó a grabar.

"No veo nada", murmuró el guardia, concentrándose en las pantallas.

—Eso parece.

—Henry lo miró y analizó su expresión con atención

—¿Estás seguro de que no viste a nadie?

"Sí. No vi a nadie."

—Está bien

—le tendió la mano. El guardia dudó un momento antes de poner su mano en la suya

— Gracias por su tiempo

—dijo Henry, y se dieron la mano antes de que él se diera la vuelta y le hiciera un gesto a Paula para que se fueran.

Ella se sintió desanimada cuando él la instó a pasar primero por la puerta. Había estado esperando ver quién había sido el que se había colado, pero parecía ser un callejón sin salida.

Hizo una pausa y recordó algo. "Oye, Oliver estaba hablando por teléfono en esa grabación. Si hubiera contestado la llamada al mismo tiempo que se cortaban las líneas de freno, podría haber sido una trampa. Si encontramos su teléfono, podremos ver quién lo llamó".

Henry la miró y, aunque le impresionó que hubiera pensado en eso, negó con la cabeza. "Desafortunadamente, eso no funcionará. Recuperé su teléfono en la escena y todo lo que contenía había sido borrado exactamente de la misma manera que el sistema informático del auto".

Paula suspiró, sintiendo que le empezaba a doler la cabeza.

—¿Y ahora qué?

Cuando Henry no respondió, ella lo miró. Su mirada era pensativa, pero su expresión era severa. Una pequeña flor de esperanza brilló en su pecho. "Tienes un plan, ¿no?"

Sus duros ojos color avellana se movieron lentamente para mirarla. "Sí, quiero".

"¿De verdad qué es esto?"

Frunció el ceño.

—No tan rápido, princesa. Trabajo solo, ¿recuerdas? Será mejor que vuelvas con tu madre. Yo me encargaré de todo a partir de ahora.

"Pero-"

"No."

Antes de que ella tuviera la oportunidad de molestarlo más, él se dio la vuelta y se alejó, dejándola sola para reflexionar sobre lo que tenía bajo la manga y si encontrarían al culpable pronto.

Capitulo 22

Sofia no se había movido ni un centímetro cuando la noche cayó sobre la bulliciosa ciudad de Nueva York. Alejandro no se había movido de su lado desde la mañana y las líneas de agotamiento ya eran evidentes en su expresión habitualmente relajada. Tenía los hombros caídos hacia adelante mientras se inclinaba sobre la cama de su esposa, sin haber soltado su mano en todo el día mientras le murmuraba palabras suaves, pasando los dedos por sus largos mechones oscuros con amoroso cuidado.

El médico había pasado un poco antes para verla. Tras comprobar sus signos vitales y los del bebé, concluyó que despertaría en las próximas horas. Oliver, en cambio, no había evolucionado demasiado bien tras el accidente y no se podía determinar cuándo despertaría.

Fue un pensamiento que perturbó mucho a Paula. Aunque estaba más cerca de Martin de lo que había estado con Oliver, todavía sentía cariño por el viejo chofer. Al igual que Martin, la había visto crecer y siempre había estado presente en todos sus grandes logros. No quería que sufriera ningún daño permanente, lo que hacía que encontrar a la persona responsable del accidente fuera aún más crucial.

Habían intentado comunicarse con Martin poco después de que ocurriera el accidente, pero su teléfono se había quedado sin contestador. Alejandro dijo que él y Danielle probablemente estaban de luna de miel, a juzgar por lo que el chef le había dicho en una llamada telefónica un par de días antes. Paula se alegró al escuchar esa noticia, pero no pudo evitar sentirse un poco desanimada también. Necesitaba la presencia de Martin en ese momento; él siempre lograba mejorar el estado de ánimo.

Rosa llegó unos minutos después de que se pusiera el sol, con una bolsa de lona con ropa que Alejandro le había pedido que le trajera y unos cafés para relajarse después de un día largo y agotador. Parecía haberse recuperado bien de su pequeño episodio de ese mismo día, e Paula apenas había tomado el primer sorbo de la bebida hirviendo cuando la puerta de la habitación de Sofia se abrió y entraron sus abuelos.

"Alejandro", saludó su abuela mientras corría hacia su hijo, con sus mechones plateados atados en un elegante moño.

—Mamá

—dijo y se puso de pie segundos antes de que su madre lo envolviera en un abrazo.

Ella se había vuelto más pequeña en el transcurso de las últimas dos décadas, y a su hijo le pareció diminuta en estatura cuando le devolvió el abrazo, enterrando su rostro en su hombro mientras la apretaba fuerte.

—Shhh, está bien, mi niño. Estará bien. Ya lo verás

—le murmuró mientras le acariciaba la espalda con caricias reconfortantes. Continuó murmurándole hasta que finalmente él relajó los hombros y soltó un suspiro profundo y tembloroso. Cuando se alejó lentamente de ella, ella le ahuecó las mejillas para secar las pocas lágrimas que escapaban de sus ojos enrojecidos

— Estará bien. Sabes que siempre tengo razón.

Sus palabras provocaron una sonrisa lloRosa en los labios de Alejandro, que asintió en señal de confirmación. La mirada de la señora Green se suavizó y le acarició el pelo con ternura, observando atentamente sus rasgos estresados. "Oh, mi pobre niño".

"¿Necesitas ayuda, abuelo?"

Paula centró su atención en la pregunta de su hermana y se giró para ver a su abuelo cojeando hacia una silla en un rincón. Rosa estaba a su lado, lista para agarrarse a su brazo mientras él agarraba su bastón para ayudarlo a sentarse.

Rosa lo agarró del brazo cuando se tambaleó levemente y lo sostuvo mientras se sentaba lentamente en la silla. Un profundo suspiro escapó de sus labios mientras se inclinaba hacia atrás y recolocaba la almohada. "Gracias, Rosa", dijo.

Paula se dirigió hacia él, frunciendo el ceño al ver una de sus muñecas enyesada. Parecía haberse vuelto tan frágil en tan poco tiempo que eso la sorprendió. Había oído hablar de su última caída, que se estaba volviendo demasiado frecuente, y que se había roto la muñeca a causa de ella.

"¿Cómo te sientes?" preguntó mientras lo miraba.

Sus ojos grises, que ahora parecían de un azul casi transparente, la miraron y le dedicó una pequeña sonrisa. "Estoy bien, querida. No te preocupes por mí".

Era bastante obvio que le estaba mintiendo, pero ella lo dejó pasar y se giró para mirar a su abuela, que estaba entusiasmada por el hecho de que iba a convertirse en abuela nuevamente.

—Bueno, ya era hora

—dijo

— Aunque es un poco incómodo tener otro nieto cuando técnicamente puedo convertirme en bisabuela

—miró a Paula mientras decía eso y le guiñó un ojo antes de volver su atención a su hijo

— de todos modos, sería maravilloso tener otro miembro en la familia.

Paula se sonrojó ante la obvia insinuación de su abuela, sabiendo que se refería a su relación con Massimo. Pero, para su sorpresa, no se le aceleró el corazón al pensar en tener un hijo con él. Sabía que lo quería, pero ¿casarse con él y tener hijos? Pensó que se habría sonrojado más al pensarlo.

—Espera, mamá. Solo llevan saliendo unos pocos meses. No nos apresuremos a hablar de algo demasiado serio, por favor

—dijo Alejandro mientras se sentaba de nuevo junto a la cama de su esposa

— Ella todavía es joven y todavía tiene mucho tiempo para casarse y formar una familia.

—Está bien

—dijo la señora Green con un gesto de la mano, descartando la idea.

Pero Paula tenía la sensación de que no dejaría de lado esa idea por mucho tiempo.

Sus abuelos se quedaron un rato más, charlando tranquilamente sobre lo que había ocurrido en

las últimas horas. Alejandro les había explicado cómo había ocurrido el accidente, pero aún no podía ofrecerles ninguna explicación sobre el motivo. Luego les aseguró que tenía a alguien trabajando en ello.

Los pensamientos de Paula regresaron al detective alto y melancólico cuando dijo eso, y una vez más se sintió intrigada por cómo podían conocerse.

Cuando se hizo evidente que su abuelo estaba sufriendo tensión por estar sentado allí durante un período de tiempo tan prolongado, su esposa lo ayudó suavemente a levantarse de la silla y le sostuvo el brazo mientras salían para ir a la mansión, ya que se quedarían en Nueva York hasta que Sofia despertara.

Poco después de que se marcharan, la familia Green recibió otra sorpresa inesperada. Heather, Jackson y su hijo Liam habían llegado en avión para verlos. Rosa se sintió un poco incómoda en cuanto vio a Liam y permaneció muy callada durante toda la visita.

Estaban a punto de irse cuando Liam la llamó y le pidió hablar con ella en privado. Ella no quería hacerlo, pero notó que su padre los miraba mientras Liam estaba de pie junto a ella. Como no quería ser el centro de atención, asintió y lo siguió fuera de la habitación para quedarse en el pasillo.

Liam se giró para mirarla por completo y le dedicó toda su atención. Ella se sintió vulnerable bajo su mirada mientras sus ojos jade la escrutaban. Finalmente, en voz baja, le preguntó: "¿Cómo estás?".

La mirada zafiro de Rosa se desvió hacia el suelo de linóleo que tenía bajo los pies. Se movió y tiró de un hilo invisible de su vestido verde menta. "Estoy bien. Un poco estresada por mi mamá, pero los médicos dicen que despertará pronto".

Él asintió y siguió observándola. "¿Nadie tiene idea de quién podría ser?"

Ella sacudió la cabeza y se frotó el brazo. "No. Pero el detective JONES está trabajando en ello. Paula dice que tiene un plan, pero no le dijo cuál era".

"¿Tal vez piensa que lo pondrá en peligro si lo hace?" sugirió.

"Tal vez."

Un silencio incómodo los envolvió y Rosa apretó los labios con fuerza. Lo miró brevemente y la expresión de sus ojos la hizo apartar la mirada de inmediato.

-¿Cómo estás, Rosa?

En ese momento supo exactamente a qué se refería. No sabía cómo, pero solo por la expresión de su rostro, supo que él era consciente de su dolor. Pensó que su hermana podría haberle dicho, pero eso no tenía sentido. Su hermana nunca le contaría a nadie información tan sensible sin su consentimiento.

Ella lo miró lentamente y se fijó en la expresión preocupada de su rostro. Las lágrimas ardieron instantáneamente en sus ojos y cruzó los brazos frente a ella mientras desviaba la mirada. "He estado mejor", murmuró, sin molestarse ya en ocultarle la verdad.

Prácticamente habían crecido juntos, ya que sus padres eran muy buenos amigos. En un momento dado, ella los consideró amigos cercanos. Siempre disfrutaba cuando él la visitaba.

Pero a medida que crecieron y Liam comenzó a hacer más evidentes sus sentimientos hacia ella, descubrió que no podía corresponderles.

Se distanciaron con los años por eso, pero ella se dio cuenta en ese momento de que, aunque ya no eran cercanos, él todavía la conocía y que no podía ocultarle nada.

—Jason es un idiota

—respondió en tono duro.

Rosa se estremeció ante la mención de su nombre, pero no le devolvió la mirada a Liam mientras susurraba: "No es su culpa que no le importe".

—¿Cómo puedes defenderlo, Rosa?

—preguntó Liam con incredulidad

— ¿No ves todo el dolor que te ha infligido por su decisión? No tenía derecho a hacerte daño de la forma en que lo hizo.

Rosa finalmente le devolvió la mirada. "¿Cómo sabes lo que hizo?"

Liam hizo una pausa, sin esperar que ella respondiera a sus palabras de esa manera. Una enfermera pasó junto a ellos y él aprovechó ese momento para recomponerse. Cuando ella estuvo lo suficientemente lejos, volvió a prestar atención a la mujer que tenía delante. "Rosa, una persona tendría que ser ciega para no notar que algo sucedió entre ustedes dos. No sé qué fue, pero te conozco lo suficiente como para saber que lo que sucedió te afectó mucho, y no de una manera positiva".

Una ira lenta comenzó a llenar sus venas ante sus palabras. Estaba harta de que la gente intentara entrometerse en sus asuntos, de que intentara arreglar algo que no tenía por qué hacer. ¿Nadie podía dejarla en paz para que pudiera afrontar su dolor por sí sola? ¿Era demasiado pedir? ¿Por qué todos pensaban que se enojaría ante el más mínimo inconveniente?

Pero ella controló su temperamento, sabiendo que una discusión en un hospital no saldría bien. Pero aun así apretó los dientes mientras respondía: "Con el debido respeto, Liam, mi relación con Jason no es asunto tuyo, y te agradecería que dejaras el tema".

Sus rasgos rígidos se relajaron de inmediato y suspiró mientras se pasaba una mano por el cabello castaño. "Lo siento. No era mi intención hacerte enojar".

Rosa asintió y miró el delicado reloj que llevaba en la muñeca. "Bueno, fue un placer charlar contigo, pero será mejor que me vaya..."

"Espera."

Una mano cálida le rodeó el brazo cuando se dio la vuelta para marcharse y ella se estremeció, sin esperar el contacto repentino. Se giró para mirarlo, vio la mirada implorante en su rostro y frunció el ceño. "¿Qué pasa?"

Liam dudó y miró hacia abajo, a la mano que aún sostenía su brazo. Ella pensó que la quitaría, pero no lo hizo. En cambio, sus ojos jade se encontraron lentamente con los de ella. "¿No quieres salir conmigo?"

Su pregunta dejó a Rosa helada en el acto. Siempre había sabido lo que él sentía por ella, pero nunca había llegado al punto de preguntarle directamente. Era el tipo de persona que dejaba que

sus acciones hablaran por él, pero ahora que realmente le había preguntado, no estaba segura de cómo responder.

Sus delicadas cejas se hundieron lentamente mientras suspiraba. "Liam..."

Dudó un momento y luego, lentamente, le tomó la otra mano. "Sé que quizás ahora no sea el mejor momento para pedirte esto, pero por favor, sé mi novia. Te haré feliz, sé que puedo".

Por un breve momento, consideró sus palabras. Pero no para hacerla feliz. Pensó en el dolor que había soportado durante las últimas semanas, en cómo el hombre al que amaba lo había aplastado como si no fuera nada para él. Si comenzaba a salir con Liam, tal vez le daría a Jason una dosis muy satisfactoria de lo que él le había dado a ella, verla junto a otra persona.

Pero en cuanto el pensamiento entró en su mente, lo desterró. No la habían criado para jugar con las emociones de la gente de esa manera, y sabía que si su madre se despertaba y se enteraba de lo que pensaba hacer, se sentiría muy decepcionada. Aunque sabía que sus padres aprobaban a Liam, no podía mentirle y fingir que era feliz con él cuando sabía que nunca podría serlo. Incluso ahora, cuando él le sostenía las manos, no sentía nada. Ni una descarga eléctrica ni mariposas en el estómago como cuando Jason estaba cerca de ella. Nada.

Además, había dejado que la falsa esperanza de Liam continuara demasiado tiempo. Debería haberle dicho desde el principio, cuando empezó a mostrar interés en ella, que nunca lo vería de esa manera, pero había sido demasiado cobarde para enfrentarse a él. Pero ya no. No podía seguir impidiéndole encontrar la verdadera felicidad con alguien que lo amara.

Y así, lentamente, ella retiró sus manos de las de él y notó el dolor en sus ojos tan pronto como lo hizo. Él sabía lo que le esperaba con esa acción, pero aun así se obligó a decir: "Por favor, dame una oportunidad".

Cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Lo siento, Liam. Pero...

hizo una pausa y lentamente lo miró

— Pero no sería justo para ti que yo estuviera en una relación con alguien con quien nunca estaré completamente comprometida. Y solo me interpondré en tu camino para que encuentres a alguien que te ame de una manera en la que yo no puedo hacerlo.

Liam se quedó en silencio, asimilando las palabras que ella le decía. Podía ver el dolor en sus ojos por sus palabras, pero no podía retractarse, y ahora se sentía aún más culpable por no haberlo confrontado antes. Nunca se dio cuenta, o tal vez simplemente se negó a reconocer, que él se preocupaba tanto por ella.

—Y... ¿no hay manera posible de hacerte cambiar de opinión?

—preguntó en voz baja, mirándola como un cachorro perdido.

Rosa le ofreció una pequeña sonrisa con los labios cerrados. "Lo siento, Liam".

Pasó otro momento de silencio antes de que finalmente asintiera con una sonrisa tensa. "Supongo que no puedes obligar a alguien a enamorarse, ¿verdad?" Soltó una risita suave antes de tomar aire con fuerza. Volvió a mirarla y ella notó que tenía los ojos enrojecidos. "Bueno, mi puerta siempre está abierta si alguna vez cambias de opinión".

—Gracias

—respondió ella suavemente y él asintió una vez más.

Ambos levantaron la vista cuando oyeron que se abría la puerta de la habitación de la madre de ella y sus padres salieron lentamente, despidiéndose. Liam volvió su atención hacia ella una última vez y le ofreció una sonrisa amable pero triste. "Cuídate, Rosa".

Se alejó de ella antes de que pudiera responder y se unió a sus padres mientras se despedían por última vez de la familia. Luego se fue con ellos en silencio, sin mirar a nadie mientras las lágrimas corrían silenciosamente por sus mejillas.

……

Más tarde, esa noche, cuando Paula y Rosa salieron del hospital, se produjo un escalofrío inesperado. Paula no había hablado de lo que había sucedido entre su hermana menor y Liam, pero no hacía falta. La expresión desolada de él y la mirada tranquila de ella le decían lo suficiente sobre lo que había ocurrido.

El estrés del día pesaba sobre sus hombros mientras caminaban hacia los dos vehículos estacionados uno al lado del otro. Mientras Paula había sido dejada en el hospital, Rosa había regresado más tarde en su propio auto. Alejandro iba a pasar la noche con su esposa, por lo que Paula conduciría su auto a casa.

Pero cuando estaba a punto de abrir la puerta, levantó la vista y vio un coche que le resultaba familiar. Frunció el ceño y se preguntó por qué Henry estaba esperando en el aparcamiento.

"¿Izzy?" escuchó que su hermana la llamaba.

Los ojos oscuros de Paula la miraron. "Puedes irte, Rosa. Sólo quiero comprobar algo rápidamente".

Rosa frunció el ceño, pero no le hizo preguntas. Se limitó a asentir y subió a su vehículo. Paula la observó mientras se marchaba antes de volver a fijar su atención en el coche aparcado a poca distancia de ella. Dudó un momento antes de enderezar los hombros, ajustar la correa de su bolso en el hombro y dirigirse hacia él con pasos audaces y seguros.

Golpeó el vidrio oscurecido con los nudillos un par de veces y colocó las manos en las caderas. La ventanilla bajó un segundo después, pero el rostro que la miró no era el que esperaba ver.

—¿Qué quieres?

—preguntó un hombre de unos veinte años con una mirada dura, mientras la mujer que estaba a su lado se apresuraba a cerrar los botones de su blusa.

Paula se quedó paralizada y sus labios se abrieron en estado de shock ante la escena. "Lo siento mucho. Pensé que este auto pertenecía a otra persona".

Él la insultó y cerró la ventana, dejando a Paula completamente incómoda y nerviosa, mirando a todas partes menos al auto. Tímidamente se giró para regresar al auto de su padre cuando un destello de faros la cegó momentáneamente. Miró en la dirección con el ceño fruncido antes de notar otro auto, idéntico al que acababa de confundir, estacionado a varios metros de distancia.

Desde la distancia en la que se encontraba no podía ver quién era el conductor y el vehículo parecía amenazador por la luz de las farolas que lo rodeaban, pero tenía una fuerte sospecha de quién podía ser. Molesta y humillada, se dirigió hacia el coche. Cuando llegó, estaba a punto de chocar contra la ventanilla cuando esta bajó, revelando un rostro atractivo y rudo que reconoció al instante.

"Eres valiente al ir a tocar a otra ventana después de lo que pasó con la última", afirmó Henry con su voz profunda.

Ella sintió que se sonrojaba mientras lo miraba fijamente. "Podrías haberme apuntado con tus luces antes de que me avergonzara de esa manera".

Se reclinó en su asiento, apoyó su impresionante brazo en la puerta y apoyó la cabeza en su mano. "¿Y dónde habría estado la diversión en eso?"

Su mirada se intensificó, molesta porque a él le parecía divertida su vergüenza. "Francamente, no pareces el tipo de hombre que se divierte mucho", respondió.

"Y tendrías razón al decirlo."

Su franqueza la tomó por sorpresa. Parpadeó y se tomó un momento para digerir sus palabras. Bueno... al menos, es honesto al pensó.

Se aclaró la garganta y miró a su alrededor. Sus ojos se *respecto* ,

dirigieron automáticamente al otro coche, idéntico al de Henry, y sintió que se le calentaban las mejillas de forma incómoda. Rápidamente volvió a prestar atención al hombre que tenía delante.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí?

"Sólo veo gente ligando en los estacionamientos".

Ella sabía que lo hacía para burlarse de ella, y claramente obtuvo la reacción deseada cuando su rostro se puso colorado. "En serio, Henry. ¿Qué estás haciendo aquí?" le susurró con fastidio.

Ni siquiera se dio cuenta de que había pronunciado su nombre hasta que notó una mirada extraña en sus ojos. Continuó observándola con una intensidad que la puso nerviosa cuando finalmente le hizo un gesto con la cabeza para que subiera al auto.

Paula frunció el ceño ante esa petición, pero luego se dio cuenta de que probablemente no quería que nadie los escuchara hablar. Sintiéndose un poco incómoda por llamarlo por su nombre, caminó lentamente alrededor del auto y se subió al asiento del pasajero.

Al igual que la primera vez que se subió al auto, el aroma de una suave colonia masculina asaltó sus sentidos, y el frío asiento de cuero se clavó en la parte posterior expuesta de sus piernas cuando se sentó y cerró la puerta detrás de ella.

Las luces del estacionamiento se veían atenuadas considerablemente por las ventanas tintadas del auto, lo que le daba al vehículo una atmósfera bastante íntima que la hizo sentir un poco nerviosa. Henry no dijo nada por un momento, pero ella podía sentir sus ojos sobre ella mientras se movía en su asiento unas cuantas veces, sintiéndose cada vez más nerviosa mientras jugueteaba con su bolso que descansaba sobre sus muslos.

—Relájate, princesa. No te voy a hacer nada

—le dijo finalmente la voz profunda de Henry.

Curiosamente, el apodo la hizo sentir más cómoda que sus palabras tranquilizadoras, y asintió mientras se obligaba a respirar profundamente. Sintiéndose un poco más segura, se giró para mirarlo y arqueó las cejas. "¿Y bien?"

Henry se acercó al tablero y encendió una de las pantallas. La repentina luz blanca la cegó por un segundo y entrecerró los ojos con fuerza. Rápidamente, él atenuó el brillo y ella casi suspiró de alivio.

Él no dijo nada, simplemente la observó, claramente esperando ver su respuesta a lo que le estaba mostrando. Ella se obligó a concentrarse en la pantalla y frunció el ceño cuando vio lo que parecía ser un plano del hospital. Pero lo que realmente le llamó la atención fue el punto rojo que parecía estar situado en una de las habitaciones.

"¿Qué es esto?" preguntó mientras miraba la pantalla.

"Esto es un sistema de rastreo, y ese"

—señaló el punto rojo en la pantalla

—"es el guardia de seguridad con el que hablamos hoy".

—Rastreando...

—Su ceño se profundizó mientras lo miraba. Los rasgos fuertes de su rostro estaban iluminados por la luz de la pantalla, dándole un perfil pecaminosamente masculino que la dejó con una extraña mezcla de timidez y confianza. Su voz sonó un poco sin aliento cuando se obligó a recordar lo que estaba a punto de decir

— ¿Le pusiste un dispositivo de rastreo al guardia? ¿Por qué hiciste eso?

Sus cejas se fruncieron, lo que le dio un aire amenazador y despiadado. "Porque estaba mintiendo cuando respondió a mis preguntas".

Paula jadeó y sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa. "¿Qué? ¿Cómo lo sabes?"

Henry se reclinó en su asiento. Su mirada se posó en la pantalla antes de volver a encontrarse con la de ella.

—Porque dijo que se enteró de un accidente en su radio, por eso salió de la sala de seguridad. Pero no había señales de ninguna radio a la vista. Además, cuando comenzó la grabación en bucle, había tomado un sorbo de su café; sin embargo, no volvió a tomar otro sorbo durante los siguientes tres minutos, lo que significa que no se estaba reproduciendo en bucle en las pantallas que lo mostraban a él.

"Entonces... ¿estás diciendo que él nunca se levantó del escritorio durante el tiempo en que comenzó la grabación en bucle?"

"Exactamente, y para confirmar mis sospechas, fui a hablar con otros guardias de seguridad que estaban alrededor del edificio. Ninguno de ellos sabía nada sobre el accidente, lo que significa que nuestro pequeño guardia de seguridad sabía más de lo que dejaba entrever".

—Entonces, ¿por qué le pusiste el rastreador? ¿Por qué no lo confrontaste?

"Porque a veces es mejor observar en lugar de confrontar. Si lo confrontara sin ninguna otra prueba de que hay un motivo oculto, simplemente lo negaría de nuevo".

Paula permaneció en silencio por un momento, observando cómo el pequeño punto rojo apenas se movía. "Entonces, ¿vas a observarlo para ver qué hace a continuación?"

Henry tarareó en señal de acuerdo mientras apagaba la pantalla, envolviéndolos en oscuridad una vez más.

La mente de Paula dio vueltas ante las palabras que acababa de pronunciar y no pudo evitar sentirse impresionada por su percepción. Se preguntó cómo había logrado colocar un rastreador en el guardia cuando recordó cómo había querido persistentemente estrecharle la mano. No pudo evitar reírse para sí misma.

Bueno, seguro que es muy astuto.

"Entonces, ¿este era tu plan desde el principio?" preguntó mientras miraba su silueta en la atmósfera oscura del auto.

—Bueno, una parte. Ahora tengo que averiguar por qué está involucrado en esto.

"¿Tienes alguna idea?"

Henry respiró profundamente mientras se pasaba la mano por el pelo. "Siempre podría tratarse de un caso de soborno, pero no lo creo".

"¿Por qué no?"

"Porque alguien tendría que ser extremadamente estúpido o estar desesperado para aceptar un soborno y ser cómplice de cortar los conductos de freno del coche de la esposa del hombre más rico del mundo. Deberían saber que él pondría a toda la policía a buscarlos".

Paula frunció el ceño ante eso. "Pero ustedes no son todos los agentes de la ley".

Henry la miró entonces, y su expresión oscurecida no mostraba nada más que confianza cuando respondió: "Pero soy el mejor, Princesa, por eso tu papá pidió mi ayuda".

Por alguna razón, sus palabras le pusieron la piel de gallina y se movió en el asiento mientras jugueteaba con la correa de su bolso que descansaba sobre su regazo. Sus pensamientos se arremolinaban en su mente, recordando cómo su padre le había dicho con tanta confianza a sus abuelos que alguien estaba trabajando en el caso. Tenía plena fe en las habilidades de Henry, y eso solo hizo que sintiera aún más curiosidad por saber cómo se conocían. Había querido preguntarle a su padre, pero ese momento aún no se le había presentado.

Ella dio un respingo cuando el sonido del coche al abrirse resonó en sus oídos y rápidamente lo miró. No se había dado cuenta de que había cerrado las puertas con llave y la mirada de sorpresa en sus ojos le hizo darse cuenta de ello. Su expresión pareció relajarse cuando le hizo un gesto para que abriera la puerta.

"Se está haciendo tarde y tienes que conducir muy lejos para llegar a casa en la oscuridad", explicó.

Ella asintió y tomó la manija del auto, pero se detuvo un segundo después. Lo miró. "¿Puedo quedarme?"

Él levantó un poco la cabeza ante su pedido. "No creo que eso sea prudente, Princesa. Todavía podría pasar un tiempo antes de que se vaya".

Sus delicadas cejas se hundieron en un ceño fruncido. "¿Cuánto tiempo más podría estar?

Seguramente no ha estado de servicio desde antes de las nueve de esta mañana. Son más de ocho horas que ha estado trabajando".

—Esa es la cuestión, Princesa. No sé por qué sigue trabajando. Debería haber terminado hace al menos tres horas, por eso cada vez sospecha más.

—¿Y no puedo quedarme?

—Lo miró con ojos esperanzados, pero cuando vio el rechazo formándose en su rostro, dijo rápidamente

—Sé que trabajas solo, pero quiero saber qué está pasando con esta investigación. No me interpondré en tu camino y podría ser de alguna ayuda para conocer posibles conexiones con mi madre.

Henry suspiró y se frotó la frente con las puntas de los dedos como si le estuviera empezando a doler la cabeza.

—¿Y qué hay de tu trabajo?

"Hablé con mi asistente esta mañana y acordé tomarme un par de días libres. Ya resolví algunos asuntos urgentes esta mañana". Henry no reaccionó a su respuesta y ella tuvo la sensación de que no lo había convencido del todo. "¿Por favor?", imploró.

Sus ojos se encontraron con los de ella y parecieron escudriñar su alma mientras la miraba. La atmósfera en el auto era tensa mientras él repasaba las opciones en su mente. Finalmente, habló en voz baja: "Espero que te des cuenta de en qué te estás metiendo al involucrarte en esta investigación, y que sepas que no seré responsable si algo te sucede".

Sus palabras la hicieron detenerse, pero al menos estaba siendo honesto con ella. La persona a la que estaban tratando de encontrar ya era responsable de casi matar a dos personas. Quienquiera que fuera sería peligroso. Pero por alguna razón, Paula no tenía miedo del peligro. De alguna manera sabía que con Henry a su lado, estaría a salvo, incluso si él no garantizaba su seguridad.

Enderezó los hombros y asintió con firmeza. "Por mí está bien".

Henry la observó un momento más. Inhaló lentamente y asintió. "Está bien", aceptó finalmente y se reclinó en su asiento. "Podrías ponerte cómoda. No estoy seguro de cuánto tiempo más tendremos que esperar".

Ella asintió y se acomodó en su asiento. Movió su bolso para colocarlo en el suelo, pero al hacerlo, escuchó el crujido del envoltorio de los pocos bocadillos que había comprado en la máquina expendedora. Abrió el bolso y metió la mano para sacar un par de barritas energéticas.

"¿Quieres una?" preguntó ella, ofreciéndole una de las barras.

Él miró la comida en su mano antes de volver a mirarla lentamente.

"Tengo bastante. Puedes tomarte algo", me animó, moviendo la barra hacia arriba y hacia abajo ligeramente en un esfuerzo por hacerla parecer más apetitoso.

No se movió ni un segundo, observándola. Pero entonces su gran mano se estiró lentamente y agarró el extremo de la barra. Paula sonrió cuando él la tomó y abrió con entusiasmo su propia barra, dándole un generoso mordisco.

"Siempre quise ser detective, ¿sabes?", afirmó entre bocado y bocado. Henry no le respondió,

pero ella sabía que la estaba escuchando. "Pero mi madre no me dejó, decía que era demasiado peligroso".

"Y tendría razón", respondió, mirando la barra en su mano antes de deshacer suavemente el envoltorio.

Ella lo miró y notó la expresión retraída en su rostro. Tragó saliva y bajó la mano. "¿Qué tan peligroso es?", preguntó suavemente.

Henry se movió en su asiento y puso una mano sobre el volante. Ella lo vio golpearlo con el dedo un par de veces antes de responder en voz baja: "Lo suficiente para cambiar de opinión sobre formar una familia".

Sus palabras provocaron que Paula sintiera una repentina frialdad. —¿Tan malo es eso?

—preguntó en voz baja.

"Peor", fue su breve respuesta mientras le daba un mordisco a la barra energética.

Paula bajó la mirada hacia su barra de chocolate a medio comer y perdió todo el apetito. No podía imaginarse no tener una familia propia algún día. Qué sola debía sentirse. Tragó saliva y lentamente lo miró. "Lo siento".

Henry se tragó el último bocado de su barra y dobló el envoltorio hasta formar un cuadrado perfecto. "No te preocupes. Si quieres ser bueno en mi trabajo, no puedes dejar que nadie tenga influencia sobre ti. Es la vida que elegí y la he aceptado".

Su tono era firme y ella detectó un indicio de advertencia para que detuviera su serie de preguntas. Ella asintió y tomó un bocado tentativamente de su bocadillo, pero ahora su única atención estaba en el hombre sentado a su lado.

Capitulo 23

"Princesa."

Paula murmuró mientras ajustaba su posición para darle la espalda a la voz profunda que hablaba.

-Princesa, despierta.

—No

—murmuró y meneó la cabeza.

Su cuerpo se relajó y sus labios se separaron mientras su respiración se hacía más lenta. Su cabeza se movió y antes de que tuviera la oportunidad de reaccionar, cayó hacia adelante y se golpeó la cabeza contra la ventana. Sus ojos se abrieron de golpe y echó la cabeza hacia atrás asustada. Miró a su alrededor con desconcierto antes de que su mirada oscura se posara en el hombre sentado a su lado, observándola con una ceja ligeramente levantada.

"¿Estás bien?" preguntó casualmente mientras la miraba con sus ojos tranquilos que todo lo veían.

Paula reprimió un bostezo detrás de su mano. "Mmm", tarareó mientras se frotaba los ojos.

Henry asintió lentamente mientras continuaba mirándola. Sus ojos oscuros parecían un poco más abiertos de lo habitual y, cuando ella lo miró, no pudo evitar pensar que parecía un cachorro dormido.

Hizo a un lado el análisis mientras señalaba la pantalla atenuada. "Se está moviendo".

Paula parpadeó confundida antes de recordar de repente el motivo por el que estaban en el coche. Todo el sueño pareció disiparse mientras se concentraba en la computadora. Efectivamente, el punto rojo se movía por la pantalla y parecía estar abandonando las instalaciones del hospital.

Sin decir palabra, Henry arrancó el coche y salió del aparcamiento. Paula sintió que el corazón se le aceleraba en el pecho mientras la adrenalina empezaba a correr por sus venas. Se lamió los labios y respiró hondo y lentamente antes de mirar a su alrededor. Vio la figura alta y desgarbada del guardia, iluminada por las luces del hospital, antes de que llamara a un taxi. Henry permaneció inmóvil y observó con ella cómo el coche amarillo pasaba junto a ellos antes de salir a la calle.

Paula se mordió el interior de la mejilla mientras observaba cómo el punto se movía rápidamente por la carretera, el taxi ya se había perdido de vista. "¿No deberías ir un poco más rápido?", preguntó mientras miraba al hombre que estaba a su lado, que parecía estar dando un paseo dominical por lo tranquilo que parecía.

"No podemos dejar que sospeche", afirmó mientras miraba la pantalla antes de girar hacia una calle lateral.

Mientras los seguían a lo lejos, una sensación de inquietud se apoderó de Paula al observar los edificios ruinosos que comenzaban a cercarlos. Definitivamente habían entrado en una parte de la ciudad en la que nadie en su sano juicio se adentraría, y sintió que su corazón comenzaba a

latir con fuerza contra su pecho, tratando desesperadamente de escapar y correr hacia un lugar seguro.

—Henry... no me gusta la sensación que siento

—murmuró con voz tímida mientras miraba a su alrededor, y sus nervios solo aumentaron más cuando él apagó las luces del auto, hundiéndolos en una oscuridad inquietante.

Él detuvo el auto con cuidado justo antes de la esquina de un edificio y ella miró hacia la pantalla para ver que el punto rojo se había detenido a unos pocos metros de la esquina. Henry abrió la puerta y ella lo miró con asombro. "¿Qué estás haciendo?", susurró en voz baja mientras él salía del auto, apenas capaz de ver el contorno de su silueta en la oscuridad.

Él la miró y se llevó un dedo a los labios en señal de que se callara (al menos eso fue lo que ella pensó que hizo), luego se giró y caminó frente al auto, presionando su espalda contra la pared mientras se dirigía hacia la esquina.

Henry miró lentamente alrededor del cruce y vio que el taxi se había detenido y que la puerta trasera estaba abierta. Se acercó más a la pared cuando vio una figura que caminaba de un lado a otro junto al coche.

De repente, unas luces brillantes iluminaron el sombrío callejón, seguidas por el potente ronroneo de un motor. Por el sonido, pudo saber que se trataba de un Maserati. Lo vio detenerse junto a la cabina antes de que se apagaran las luces, sumiendo la zona en la oscuridad una vez más.

Se inclinó un poco más cerca y se sobresaltó alarmado cuando sintió una presencia justo a su lado. Miró hacia abajo y vio a Paula tan cerca de él que el aroma de su delicado perfume flotó sobre él. Su respiración se detuvo en sus pulmones y sus labios se separaron en un ligero shock.

Quería reprenderla por salir del coche sin su permiso; ni siquiera estaba armada por si las cosas salían mal, pero cuando el calor de su cuerpo acarició el suyo, sintió que perdía el hilo de sus pensamientos.

El suave ruido de la puerta de un coche al cerrarse lo sacó de su peculiar estado de parálisis, y se regañó mentalmente por distraerse en un momento tan crucial.

—¿Y bien?

—oyó que le preguntaba una voz grave y áspera. Calculó que el hombre tendría unos cincuenta y tantos años, como mucho.

—Aún no se ha despertado

—respondió el tenor familiar del guardia.

"Acaso tú?"

"No, el marido ha estado con ella constantemente desde que salió de la cirugía".

Se produjo un tenso silencio.

—Eso es un problema. Necesita la segunda dosis.

Henry se arriesgó a mirar a la vuelta de la esquina. Desafortunadamente, la zona estaba demasiado oscura para que pudiera ver los rasgos del hombre que estaba de pie junto al costoso

automóvil. Intentó concentrarse lo mejor que pudo en todos los detalles, pero se dio cuenta de que el automóvil tampoco tenía matrícula. Chasqueó la lengua con agitación.

—¿Y ahora qué?

—preguntó el guardia con un dejo de ansiedad en la voz

— Si ella...

—No lo hará

—afirmó la voz grave y seria

— Aún tenemos algo de tiempo. Ya pensaré en algo.

La zona estaba en silencio, tanto que podía oír los fuertes latidos del corazón de la mujer que estaba a su lado. Ella no se había dado cuenta, pero se había acercado sigilosamente a la esquina, de modo que apenas había una distancia de un suspiro entre ellos, su mejilla estaba a punto de rozar su pecho.

"¿Aún tengo que volver al hospital?"

Se reprendió a sí mismo por perder el foco una vez más y entrecerró los ojos en señal de concentración.

"No, ya has hecho suficiente."

Henry notó el movimiento y escuchó que se soltaba el seguro un segundo ante de que el sonido reverberante de un disparo resonara en la zona. Puso su gran mano sobre la boca de Paula, sofocando el grito en su garganta mientras la hacía girar y la presionaba contra la pared. La mantuvo allí, protegiendo su cuerpo con su propio cuerpo mucho más grande mientras el otro recuperaba el arma escondida contra su cadera.

Escuchó un gemido bajo antes de oír un golpe seguido por el susurro de la ropa.

"Cuídalo", exigió la voz grave antes de que se cerrara la puerta de un coche. Henry escuchó cómo el motor del Maserati cobraba vida antes de despegar hacia la noche.

Sosteniendo a Paula cerca de él, miró lentamente alrededor de la esquina y vio al taxista tirando del cuerpo inerte del guardia hacia el auto. Lo observó luchar por un momento para levantar el cuerpo y colocarlo en el asiento trasero antes de resoplar de alivio mientras cerraba la puerta de golpe detrás de él.

Observó cómo el taxi se alejaba con el chirrido de los neumáticos, lo que permitió que un silencio sepulcral se instalara en la zona. Su mirada recorrió las calles, escuchando atentamente por si había alguien cerca. Cuando finalmente lo consideró claro, volvió a colocar la pistola en la funda y miró a la mujer que tenía en brazos.

Ella estaba temblando y sus ojos estaban muy abiertos por el miedo mientras lentamente lo miraba, el agarre de sus puños como un tornillo de banco sobre su camisa.

"¿Estás bien?" preguntó suavemente mientras la miraba, quitando la mano de sus labios para colocarla en su cadera cuando ella vaciló.

Ella tragó saliva y asintió con vacilación. Él se alejó lentamente de ella y la agarró suavemente del codo. "Vamos, aquí no es seguro", murmuró, guiándola hacia su auto.

Paula todavía parecía aturdida cuando él cerró la puerta con firmeza detrás de ella antes de dirigirse al lado del conductor. Cerró la puerta detrás de él y ella respiró aliviada cuando escuchó el reconfortante sonido del cierre centralizado del auto al activarse.

Henry se quedó en silencio mientras conducía de regreso por donde habían venido, sus ojos se posaron en los rasgos congelados de Paula antes de mirar la pantalla. El punto rojo seguía moviéndose y Henry apretó los dientes. Quería seguirlos, porque sabía que era solo cuestión de tiempo antes de que notaran el rastreador del guardia, pero el estado de la mujer a su lado lo hizo dudar de sus acciones. Ella no podía soportar más esa noche.

Un suspiro de frustración escapó de sus labios. Precisamente por eso prefería trabajar solo.

El sonido estridente de un timbre resonó en el silencioso auto e Paula dio un salto de miedo antes de apresurarse a buscar su teléfono en el bolso. Sus manos temblaban visiblemente cuando la luz del teléfono iluminó su rostro. Dudó por un breve momento antes de responder la llamada.

—Hola, Massimo

—susurró.

El humor de Henry se oscureció inmediatamente cuando escuchó ese nombre, y le tomó mucha más fuerza de voluntad de la que pensó que necesitaría para evitar arrebatarle el teléfono de la mano.

"Hola, Gruñona. ¿Cómo estás?"

Paula vaciló y pareció encorvarse sobre sí misma mientras murmuraba: "Estoy bien".

" ¿Y tu madre?"

—Ella también está bien, pero todavía no se ha despertado

—respondió ella, y su mente por fin comprendió todo lo que había sucedido esa noche. Sus delicadas cejas se fruncieron. ¿Qué quería decir ese hombre cuando habló de una segunda dosis?

—Supongo que eso es mejor que una mala noticia

—respondió Massimo después de un momento de silencio

—¿Qué estás tramando ahora?

Paula miró al hombre que estaba a su lado, quien le devolvió la mirada de advertencia. Tragó saliva y sintió que la culpa le revolvía el estómago mientras volvía a centrar su atención en el teléfono. "Nada por ahora. Sólo estoy esperando a saber alguna novedad".

La mentira se sintió como la picadura de una avispa en su lengua mientras se obligaba a decir esas palabras. Se mordió el labio mientras las lágrimas se agolpaban en el fondo de sus ojos. Ciertamente no estaba tramando nada. ¡Acababa de presenciar un asesinato! Algo que había esperado no ver nunca en su vida ahora era una realidad. Miró al hombre sentado a su lado, que conducía tranquilamente de regreso al hospital.

Entrecerró los ojos mientras lo miraba. ¿Cómo podía estar tan tranquilo en medio de todo esto?

"Está bien, se está haciendo tarde y estoy segura de que has tenido un día agotador. Asegúrate de dormir lo suficiente, ¿de acuerdo?"

Paula se obligó a concentrarse en las palabras que le llegaban por teléfono y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios ante sus cariñosas palabras. "Lo intentaré".

"Buenas noches, Gruñona."

"Buenas noches."

La llamada terminó y escuchó una burla mientras guardaba el teléfono en su bolso. Miró a Henry, que negó con la cabeza mientras seguía mirando la carretera. Ella frunció el ceño. "¿Qué?"

—Gruñona

—se burló, volviendo a sacudir la cabeza

— ¿Cómo se le ocurrió eso?

Paula se sonrojó mientras jugueteaba con la correa de su bolso. "Es una larga historia".

"Es un poco despectivo si me preguntas", respondió con la mandíbula apretada mientras giraba hacia la entrada del estacionamiento del hospital.

—Bueno, no te lo pregunté

—respondió ella, sin gustarle lo que él estaba insinuando con esa declaración.

Henry no respondió cuando se detuvo junto al auto de su padre y apagó el motor. Un silencio tenso los envolvió y lo único que ella quería hacer era irse. Pero cuando escuchó que se abrían las puertas, se dio cuenta de que no podía moverse. En cambio, suspiró y lo miró. "Lo siento. No debería haberte gritado de esa manera".

Él simplemente se encogió de hombros, pero no la miró mientras tamborileaba con los dedos sobre el tablero de instrumentos, junto al volante. "De todos modos, no es asunto mío".

Paula asintió lentamente y juntó los labios. Extendió la mano hacia el picaporte y se detuvo.

—Entonces, ¿qué va a pasar ahora?

Continuó dando golpecitos con los dedos en el salpicadero, con una expresión pensativa en su rostro. "Bueno, ya no tenemos nuestra pista principal, y el Maserati no tenía matrícula, así que no podré comprobar la matrícula para averiguar a quién pertenece. Puede que tenga suerte si miro la matrícula del taxi. Mientras tanto, todo lo que puedo decir es que tu padre debería conseguir gente para proteger a tu madre. No estoy seguro de lo que ese hombre quiso decir con una segunda dosis, pero solo puedo imaginar que necesita llegar hasta ella para hacerlo".

Ella asintió y agarró la manija de la puerta. "Voy a ir a decírselo ahora".

"No."

Esa palabra la hizo mirarlo confundida. "¿No?"

Su mirada finalmente se encontró con la de ella, y ella sintió que se quedaba sin aliento. Su expresión era seria, y las luces tenues del estacionamiento resaltaban la línea peligRosamente fuerte de su mandíbula y garganta. Ella había estado tan distraída por la visión de él que le tomó un segundo darse cuenta de que le estaba hablando a ella.

"...estás exhausta y todavía pálida. Iré a hablar con él. Deberías ir a casa y descansar un poco".

Aunque sentía que debería haber discutido, tuvo que ceder, sabiendo que él tenía razón. El cansancio la golpeaba como el sol abrasador sobre un esclavo sobrecargado de trabajo. Ese día parecía que había pasado un año entero, y sus dedos todavía temblaban, su estómago se retorcía en nudos de ansiedad por lo que acababa de experimentar. Necesitaba volver a casa e intentar calmarse sola.

Porque si alguien la veía en ese momento, sabría que algo iba terriblemente mal y... No podía permitir que nadie supiera que se estaba poniendo en peligro de esa manera, pero era necesario hacerlo. Sabía que Henry sabía más sobre la situación de lo que dejaba ver y, aunque su padre confiaba en él y se conocían desde hacía "años", descubrió que no podía hacerlo.

Aparte del hecho de que su padre lo conocía bien, no tenía ninguna razón para confiar en su palabra en todo momento.

Después de todo, como dice el refrán: mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos aún más cerca.

……

El amanecer estaba empezando a dar sus primeros pasos y el sonido del agua al chocar contra el muelle de hormigón llenaba los oídos de Henry mientras seguía la dirección que indicaba su teléfono. Había observado dónde había ido a parar su rastreador y finalmente se puso en marcha cuando este permaneció inmóvil durante una hora. Le sorprendió que nadie lo hubiera descubierto, porque si lo hubieran hecho, el rastreador habría quedado destruido con toda seguridad.

Sus pensamientos volvieron a los acontecimientos que habían ocurrido unas horas antes, más específicamente a la mujer que había estado con él. Ella era un enigma, algo que era una novedad para él. Siempre podía saber cómo era la gente con solo mirarla. Su hermana era bastante obvia, pero Paula... Era intrigante. Pero él siempre lo había sabido, y su carácter complejo era del tipo que cualquier detective nunca podría negarse a la oportunidad de desmitificar. Era una de las razones por las que le permitía seguirlo de cerca en la investigación. Ella lo fascinaba, y quería descubrir por qué.

Ella era leal, él ya lo sabía, pero podía percibir que había un significado más profundo en su determinación de seguirlo con la esperanza de encontrar a la persona detrás del accidente de su madre; más que vivir su sueño de la infancia de ser detective. Y era un sentimiento que él no podía ignorar.

Una gaviota chilló en lo alto mientras caminaba lentamente alrededor de uno de los almacenes del puerto, dejándose guiar por los rayos del amanecer. El desagradable olor a pescado asaltó sus sentidos e hizo lo posible por ignorarlo mientras se concentraba en la pantalla que tenía en la mano.

Se detuvo cuando vio que se acercaba y miró a su alrededor en busca de cualquier tipo de actividad. Esta parte de los muelles estaba tranquila, ya que era donde se refugiaban la mayoría de los barcos, y lentamente giró la esquina hacia donde se veía el punto rojo. Frunció el ceño mientras miraba alrededor del callejón, esperando ver un cuerpo abandonado o restos de algún tipo.

Miró un poco más de cerca y se adentró más en el callejón. Entonces, en el suelo, notó un

pequeño trozo de papel blanco que tenía algo escrito. Cuando lo recogió, notó que su rastreador estaba adherido a él. Entrecerró los ojos y apretó la mandíbula cuando prácticamente pudo escuchar las palabras que se reían de él.

Mejor suerte la próxima vez, detective.

……

"¿Por qué mi esposa no se despierta? ¿Qué es lo que no me estás contando?"

La fuerte voz de Alejandro Green resonó en todo el pasillo del hospital más tarde esa mañana.

—Sé que está frustrado, señor, pero no puedo responder a esas preguntas. Tendrá que esperar a que llegue el médico

—una enfermera de mediana edad hizo lo posible por apaciguarlo mientras hablaba en un tono considerablemente comedido.

"Bueno, ¿dónde está? Mi esposa ha estado inconsciente durante más de veinticuatro horas sin siquiera mover un dedo, a pesar de que él me aseguró varias veces que despertaría muy pronto. ¡Lo que quiero saber es por qué no está haciendo su trabajo!"

Paula miró a su hermana con preocupación. La mujer más joven asintió y dio un paso hacia su padre. "Papá, cálmate. Gritar no ayudará a solucionar la situación", dijo con voz tranquila pero firme mientras le tocaba el brazo. "Por favor, siéntate y trata de relajarte. Iré a buscar al médico y veré qué sucede".

Alejandro inhaló profundamente antes de desplomarse en la silla junto a la cama de su esposa. Paula frunció el ceño mientras lo miraba. Tenía ojeras y una barba oscura cubría su mandíbula. Parecía que no había pegado ojo, e Paula no podía culparlo por enojarse con el personal del hospital. Estaba estresado, exhausto y extremadamente frustrado.

De hecho, parecía exactamente como ella se sentía, pero había ocultado su cansancio bajo el maquillaje y se había aplicado gotas blanqueadoras en los ojos para disimular el enrojecimiento causado por el estrés y la falta de sueño. Cuando llegó a casa mucho más tarde esa noche, Rosa la estaba esperando y le preguntó por qué había tardado tanto en volver a casa.

La mentira de que había ido a la oficina para arreglar algunas cosas se le escapó de la boca antes de que tuviera la oportunidad de pensarlo. La culpa por haber mentido la invadió y rápidamente se despidió antes de que su hermana tuviera la oportunidad de notar las lágrimas secas en sus mejillas.

No había podido dormir en absoluto. El sonido de un disparo resonaba en sus oídos cada vez que el sueño amenazaba con apoderarse de ella. Tampoco había logrado terminar su desayuno, algo que su abuela había notado al instante.

Rosa regresó poco después acompañada del viejo y conocido doctor.

"¿Y bien?", preguntó Alejandro cuando Rosa regresó un poco después con el familiar doctor a cuestas, pasando por alto por completo todos los modales mientras miraba al doctor con una mirada dura.

El hombre suspiró mientras se apartaba el pelo entrecano de la cara. "Los análisis de sangre salieron bien. No hay absolutamente ningún indicio de que haya recibido medicación alguna".

Paula frunció el ceño ante eso. "¿Ninguna medicación? ¿Ni siquiera un rastro o señal de que la hayan aplicado?"

Alejandro les había contado a sus hijas lo que Henry le había revelado la noche anterior, e Paula estaba agradecida de que no hubiera mencionado el hecho de que ella había estado con él cuando escuchó lo que dijo. Como él había sugerido, había guardias apostados afuera de la puerta y de inmediato le hicieron análisis de sangre para ver qué era lo que le habían administrado.

El médico meneó la cabeza.

Paula lo miró desconcertada. ¿Cómo era posible? Ella misma había oído al hombre misterioso y estaba muy claro que su madre necesitaba una segunda dosis de lo que fuera. ¿Cómo no podían rastrearlo? ¿Había sido... una trampa?

—Entonces, ¿por qué no se despierta?

—preguntó Alejandro mientras se levantaba en toda su altura para mirar fijamente al doctor.

"Realmente no lo sé, señor Green. Todas las pruebas que le hemos realizado muestran que todo está funcionando como debería. Técnicamente, debería estar despierta y moviéndose, pero honestamente no puedo decir por qué no lo está".

"Entonces, ¿qué significa eso?"

El médico inhaló profundamente y se preparó. "Tendrá que quedarse aquí hasta que podamos averiguar qué le pasa".

—¡Pero ya te he dicho lo que le pasa!

—estalló Alejandro

— Una fuente fiable me ha dicho que le han administrado algún tipo de dosis y que pronto necesitará otra. Así que, dime por qué es tan difícil averiguar qué le han dado. Por lo que sabemos, ¡probablemente esa sea la razón por la que no se despierta!

El médico no pudo responderle, se limitó a mirarlo con expresión desconcertada. Rosa se enderezó y se volvió hacia el médico. "¿Puedo ver esos resultados?"

Él le pasó el sobre que tenía en las manos y ella lo sacó. Paula permaneció en silencio. Primero miró a su padre, que se pasaba las manos por el pelo continuamente, murmurando para sí mismo mientras caminaba de un lado a otro. Su mirada oscura se dirigió luego a su hermana, observando cómo sus cejas se hundían en concentración mientras analizaba los resultados.

Después de un momento de tensión, Rosa suspiró y miró a su padre. "Tiene razón. Los resultados son claros. No hay absolutamente nada extraño en su sangre. ¿Estás seguro de que eso fue lo que dijo el detective JONES?"

—Es lo que me dijo

—respondió Alejandro con convicción

—Y no tengo motivos para desacreditar lo que dijo.

Si Paula no hubiera estado allí cuando Henry escuchó esa conversación, habría cuestionado seriamente la confianza de su padre en el detective. Pero eso solo la hizo preguntarse si podrían

haber sabido que los estaban siguiendo y haber dicho lo que hicieron para despistarlos. Era una posibilidad. Pero entonces, ¿por qué habrían matado a ese hombre si "sabía demasiado"?

Suspiró y se dejó caer lentamente en una silla; un dolor de cabeza amenazaba con formarse. Tendría que hablar con Henry sobre esto, porque nada de eso tenía sentido.

……

"No te preocupes, estoy seguro de que todo se solucionará", dijo Massimo, tratando de apaciguar a la angustiada mujer que tenía delante.

Los hermosos rasgos de Paula parecían desgastados por el cansancio y el estrés mientras estaban sentados uno frente al otro en la cafetería del hospital, bebiendo un café caliente. Bueno, Massimo estaba bebiendo su café, Paula aún no había tocado el suyo. Se quedó mirando la taza que tenía frente a ella, con las manos entrelazadas bajo la barbilla y las delicadas cejas fruncidas.

"Gruñona", suspiró.

Es un poco despectivo si me preguntas.

Paula frunció aún más el ceño al recordar las palabras que Henry le había dicho la noche anterior. Apartó ese pensamiento de su mente. Sus ojos color chocolate oscuro se levantaron lentamente para mirarlo a los ojos helados.

La expresión de Massimo se suavizó y extendió la mano por encima de la mesa para tomar la fría mano de ella. "Tu mamá estará bien".

Bajó la mirada hacia la acción y tragó el nudo que amenazaba con formarse en su garganta mientras sus labios temblaban. "Los médicos no saben por qué no se despierta, Massimo. Hay algo muy mal y nadie puede averiguar qué puede ser. ¿Qué pasa si no se despierta? ¿Qué pasa con su bebé?"

—Oye

—dijo y extendió la mano por encima de la mesa para acariciar su mejilla mientras las lágrimas caían por su rostro

— Mírame.

Lentamente, doloRosamente, sus ojos oscuros se elevaron para mirarlo. Massimo vaciló al ver la expresión absolutamente devastada en su rostro, al dolor absoluto y la angustia que flotaban en sus ojos. Soltó su mano para ahuecar su otra mejilla. "Ella estará bien. Confías en mí, ¿no?"

Paula asintió al instante mientras cerraba los ojos, las lágrimas seguían cayendo. Sus labios temblaban. "Sí, lo sé, pero tengo mucho miedo, Massimo".

Se levantó de su asiento y fue a sentarse a su lado, rodeándole los hombros con un brazo para acercarla. No dijo nada mientras la abrazaba, permitiendo que sus lágrimas se filtraran en la tela de seda de su camisa mientras le acariciaba la espalda de arriba a abajo con la mano. Le murmuró palabras suaves y le besó la coronilla.

Aunque Paula sabía que él estaba haciendo todo lo posible para calmarla, por alguna razón su tacto y su voz no la tranquilizaban como ella pensaba. Antes se sentía cómoda en su abrazo, pero ahora se sentía claustrofóbica, sus brazos como los de una serpiente pitón envolviéndola lentamente con sus anillos.

No se sentían fuertes ni seguros, capaces de protegerla desde todos los ángulos posibles. Se sentían débiles y frágiles, no como dos cuerdas de músculos endurecidos. No se sentían como los de Henry.

Paula se quedó paralizada y abrió los ojos de golpe al pensar en lo que estaba pensando. Su corazón pareció dejar de latir y sus respiraciones se hicieron más cortas y ásperas. No. No debería haberse dado cuenta. Henry la había inmovilizado contra la pared durante un par de minutos, con su gran mano succionando su boca para evitar que gritara de miedo.

Pero en ese momento se había dado cuenta de cómo se sentía él contra ella. Fuerte y sólido, muy parecido a la pared que había estado detrás de ella. Su gran figura masculina la había ocultado por completo, y la fuerza de su agarre sobre ella parecía ser lo único que la mantenía en pie. A pesar del sonido resonante del disparo, sintió que nada podría llegar a ella. No con el hombre formidable que la sujetaba con fuerza contra él, y mucho menos con el arma que había sostenido en su mano.

Ella nunca supo que él había estado armado con una, pero supuso que sería una acción estúpida si un hombre de su calibre nunca había tenido un arma a mano. Pero aun así, nunca antes había estado cerca de alguien que empuñara un arma. Era una visión que la habría desconcertado, dada la situación en la que se encontraban, pero lo único que hizo fue hacerla sentir más protegida.

—¿Qué quiere?

—murmuró Massimo en voz baja, pero como sus labios estaban justo al lado de su oído, ella los escuchó claramente.

Dejando a un lado sus pensamientos, levantó lentamente la cabeza, que estaba apoyada en el hombro de él, para mirar hacia atrás. Al instante, el corazón le dio un vuelco en el pecho. Parecía como si sus propios pensamientos hubieran materializado al hombre que caminaba hacia ellas.

Una respiración tembloRosa resonó en sus pulmones cuando vio sus anchos hombros que se estrechaban hasta unas caderas esbeltas y podeRosas. El café en el que estaban sentados estaba en silencio, por lo que escuchó cada golpe seguro y confiado que hacían sus botas al acercarse a ellos.

Se dio cuenta brevemente de que Massimo la agarraba cada vez más fuerte por la cintura, pero pronto su atención volvió a centrarse en el hombre que se detuvo frente a ellas. Sus duros ojos color avellana la clavaron en los suyos con una intensidad que lo veía todo, como si supiera exactamente en qué había estado pensando.

La mirada la habría hecho retorcerse en su asiento si no fuera por los brazos que la rodeaban con fuerza.

—¿Puedo ayudarte?

—preguntó Massimo con un tono de voz cortante.

Henry dejó de mirarla por un momento para fijarse en el hombre que estaba sentado a su lado.

—No. Me gustaría hablar con ella a solas.

Los ojos helados de Massimo lo miraron con una expresión de desconfianza en sus rasgos. "¿Por

qué?"

"Si fuera asunto tuyo ya te lo habría dicho."

Sus palabras hicieron que Massimo se erizara y sus hombros se tensaron, apretando inadvertidamente a Paula. Ella hizo una mueca cuando sus dedos le pellizcaron la piel y se lamió los labios con ansiedad. Extendió la mano para colocarla sobre su pecho, llamando su atención. "Creo que será mejor que te vayas, Massimo".

Él la miró y ella vio una guerra que se libraba detrás de su mirada gélida. Dudó, claramente indeciso, antes de finalmente soltar su apretada cintura. Se puso de pie antes de tomarle la barbilla con la mano para inclinarle la cara hacia arriba. "Cuéntame cómo está, ¿de acuerdo?", preguntó y le dio un suave beso en los labios.

Paula se quedó paralizada, pues no esperaba una muestra de afecto tan descarada, y sus mejillas ardieron de vergüenza mientras asentía. "Lo haré", prometió.

Sus músculos aún se sentían rígidos mientras observaba a Massimo mirar fijamente a Henry por un breve segundo antes de alejarse sin decir otra palabra, su figura vestida de negocios moviéndose sin esfuerzo entre las mesas hasta que finalmente estuvo fuera de la vista.

El sonido del metal al chocar contra las baldosas la sacó de su estado de parálisis y concentró su atención en el hombre que estaba sentado frente a ella. Su enorme figura parecía ocupar el doble de espacio que Massimo y sus grandes brazos parecían letales cuando se inclinó hacia atrás en el asiento para cruzarlos sobre su ancho pecho.

La miró en silencio, contemplando con atención, mientras su mirada color avellana recorría lentamente cada centímetro de sus cansados rasgos. Finalmente, le preguntó en voz baja: "¿Cómo estás?".

A Paula se le retorció el estómago de inmediato y sus pensamientos se desbocaron en su mente. Apretó los labios con fuerza y se inclinó hacia delante en su asiento para sujetar la taza de café, ahora tibia, entre sus manos. "Estoy bien", susurró, mirando el líquido de color chocolate con leche antes de llevárselo a los labios para tomar un pequeño sorbo.

Dejó la taza con suavidad antes de cruzar los brazos sobre la mesa y encorvar los hombros hacia adelante, sin querer detenerse en las acciones traumáticas de la noche anterior. "Entonces, ¿cuál es el plan?", preguntó en voz baja, para no alertar a nadie que estuviera cerca sobre el tema.

Para su sorpresa, él imitó sus acciones de modo que sus rostros estaban a una distancia de un suspiro. Ella debería haberse inclinado hacia atrás para recuperar algo de distancia, pero parecía congelada en su lugar cuando su mirada color avellana se fijó en ella una vez que había apartado la taza vacía de Massimo.

"Fue un montaje."

Su mandíbula se aflojó y sus labios se separaron. "¿Qué?"

Un músculo sobresalía de su fuerte mandíbula mientras miraba hacia un lado. "Quienquiera que fuera sabía que estábamos allí. Localicé el rastreador..."

-Espera, ¿te fuiste sin mí? -me interrumpió.

Su mirada color avellana volvió hacia ella. "Sí."

La desconfianza la invadió de inmediato y entrecerró los ojos. —¿Por qué no me lo dijiste? Pensé que debía ayudarte en esta investigación.

Sus ojos se entrecerraron al ver la expresión de su rostro. "Porque no estabas en condiciones de seguirme otra vez, y si no hubiera ido, podría haber perdido el rastreador por completo".

Oh . . .

Ella se tragó la ira que bullía en su interior al escuchar su razonamiento. Tomó otro sorbo de café. "Entonces, ¿qué encontraste?"

Cuando él no respondió, ella lo miró lentamente por encima del borde de su taza. Casi perdió el control cuando se encontró con toda la intensidad de su mirada analítica. La miró fijamente durante largo rato y un músculo sobresalió a lo largo de su mandíbula. "Está claro que no confías en mí para esta investigación".

Paula tuvo que dejar la taza al oír esas palabras y lo miró con los ojos muy abiertos. "No, no es así..."

—¿No es así? Sabía que había algo más; otra razón por la que me estabas siguiendo. Tu expresión cuando escuchaste que había localizado ese rastreador sin ti era obvia. ¿De verdad crees que estoy involucrada en esto, Princesa?

—¡No sé qué pensar!

—exclamó. Su voz resonó en el café y agachó la cabeza cuando notó que la gente la miraba. Se lamió los labios y habló en un tono considerablemente más suave

—Nunca había oído hablar de ti, pero de repente resulta que tú y mi padre se conocen desde hace más de veintiún años. Además, nadie quiere decirme cómo se conocieron o por qué siguen en contacto, cuando claramente no son amigos íntimos. ¡Por supuesto que sospecharía!

—Bueno, supongo que entonces tendrás que confiar en el juicio de tu padre.

Paula se quedó helada ante sus palabras y de repente se dio cuenta de lo que había estado haciendo. Había estado tan preocupada por atrapar al perpetrador que ni siquiera confiaba en la opinión de alguien querido para ella. Su padre parecía enfermo de preocupación. ¿Cómo podía pensar que confiaría ciegamente en alguien con un asunto tan importante? Tenía que haber algo sustancial en su relación, incluso si ella aún no lo sabía.

Encorvó los hombros mientras se pasaba la mano por el pelo largo. "Supongo", respondió con un profundo suspiro. Se quedó callada un momento antes de respirar profundamente para prepararse. Su mirada oscura se levantó lentamente y, con una nueva confianza en el hombre que tenía delante, habló con toda honestidad:

"Por favor dime qué encontraste."

Capitulo 24

La determinación de la mujer fogosa finalmente tuvo sentido para Henry. Si bien le había molestado que Paula desconfiara de él, no podía reprochárselo. Sus razones eran válidas y no estaba equivocada por asumir lo peor. Tampoco podía culparla. Sabía mejor que nadie que no debía confiar en nadie, especialmente en las personas cercanas. Ellos eran los verdaderos enemigos si se volvían contra ti.

Había aprendido esa lección a las duras penas.

Apretó los dientes mientras intentaba apartar ese pensamiento morboso y un músculo se tensó a lo largo de su fuerte mandíbula mientras miraba alrededor de la cafetería del hospital. "Quienquiera que fuera sabía que estábamos allí. Localicé el rastreador que había colocado en el guardia de seguridad, pero en lugar de encontrar un cadáver, todo lo que encontré fue una nota".

Los ojos oscuros y conmovedores de Paula lo miraron fijamente y ella tragó saliva para evitar que se le secara la garganta.

—¿Y qué decía?

Su ceño oscuro se frunció. Sus duros ojos color avellana le devolvieron la mirada. "Mejor suerte la próxima vez, detective".

Al oír esas palabras, se le formó un nudo de ansiedad en el estómago y el corazón empezó a latirle con fuerza en el pecho.

—Entonces... sabían que estábamos allí.

—Un jadeo tembloroso escapó de sus labios mientras abría mucho los ojos

— Eso significa que todo lo que dijeron podría haber sido mentira.

"Lo más probable es que así sea", fue su solemne respuesta.

La mente de Paula empezó a dar vueltas y parecía un poco agotada cuando miró su café. Bebió un gran trago y dejó la taza con un poco más de fuerza, con una mano que temblaba visiblemente. "Los médicos dijeron que no pudieron encontrar ninguna señal de que se hubiera administrado algo en el torrente sanguíneo de mi madre. ¿Crees que también mintieron sobre eso?"

"No me sorprendería."

Un sentimiento de absoluta desesperanza se apoderó de Paula. Justo cuando pensaba que estaban progresando, parecía como si la vida los hubiera empujado hacia atrás como un campo de fútbol. Un suave gemido salió de sus labios e inclinó la cabeza, ahuecando las manos detrás de su cuello.

Henry la observó y pudo ver el ligero temblor en sus dedos que sujetaban los mechones oscuros que se encontraban sobre su nuca. Recordó esos delicados dedos aferrándose a su camisa como si fuera un salvavidas. Algo había revuelto su interior, algo que no podía describir.

Bajó la mirada hacia las tazas de café que tenía delante. No recordaba la última vez que había

sentido que alguien dependiera de él de esa manera. Había vivido solo durante tanto tiempo, había estado solo durante tanto tiempo, que había olvidado cómo se sentía proteger a alguien. Ni siquiera se le pasó por la cabeza que la había apretado contra la pared para protegerla de cualquier posible ataque. Había sido instintivo y era algo que lo ponía un poco más nervioso de lo que debería.

—¿Y ahora qué?

—La suave voz de Paula lo sacó de su ensoñación.

Apretó los labios y dejó de pensar en ello para centrarse en la pregunta.

—Bueno, algo sobre ese guardia no me cuadra.

Paula frunció el ceño y lo miró lentamente, con la confusión arremolinándose en sus profundos ojos color chocolate. "¿Qué quieres decir?"

Henry ajustó su posición para apoyar la cara en la palma de la mano, con una mirada contemplativa en su rostro. "Eché un vistazo al sistema de información de salud del hospital y no vi a ningún guardia de seguridad con sus características. De hecho, el hombre que se suponía que ocuparía su puesto se había ido de licencia hace dos días y no volverá hasta la semana que viene".

Paula frunció el ceño ante sus palabras y se le ocurrió una idea: ¿cómo había podido conseguir información tan confidencial, incluso acceder al sistema de Recursos Humanos del hospital? Pero decidió dejarlo así. Parecía que estaban agarrándose a un clavo ardiendo en ese momento y cualquier pequeña información podía ser crucial.

—Podría haber sido un sustituto

—sugirió, pero Henry inmediatamente negó con la cabeza.

"No, ya habrían organizado otro guardia para que ocupara su lugar. Ni siquiera apareció en el sistema".

Los ojos de Paula se abrieron de par en par cuando empezó a entender lo que estaba diciendo.

—Entonces, ¿era un impostor?

Asintió. "De alguna manera, hizo creer a la gente que él tenía que estar allí, lo que consolidó mi sospecha de que no se trataba de un caso de soborno por su parte. Estaba trabajando con alguien relacionado con el hospital. Otro guardia no se lo pensaría dos veces si alguien de mayor rango dijera que se supone que debería estar allí".

"¿Crees que fue el hombre del Maserati? Alguien tendría que ocupar un puesto alto en una organización para poseer un coche como ese".

Se encogió de hombros. "Es posible. Lamentablemente, el coche no tenía matrícula, así que ni siquiera pude buscarlo para ver quién podía ser su propietario".

Los labios de Paula se torcieron con fastidio. "Furtivo".

"Qué inteligente", corrigió Henry mientras la observaba.

Suspiró y se pasó la mano por el pelo. "Es una lástima que hayan matado a ese guardia".

"Sí, podría haber sido muy útil para obtener información".

Paula resopló y sacudió la cabeza. "No, no quise decir eso".

Los ojos penetrantes de Henry la miraron y ladeó la cabeza.

—¿Qué quisiste decir entonces?

Ella giró la muñeca, retorciendo la mano de una manera que no tenía ningún significado en particular. "Quiero decir que lo mataron. Ya sabes, fue un acto muy cruel e innecesario. No lo merecía".

Henry se enderezó lentamente y levantó la cabeza de la palma de la mano. —¿Disculpa?

—El tono de incredulidad y fastidio en su tono la hizo fruncir el ceño

—¿Te das cuenta de que ese hombre tuvo algo que ver con el accidente de tu madre, ¿verdad?

Ella miró la taza medio vacía que tenía frente a ella. "Sí, pero él perdió la vida en el proceso. Nadie merece eso".

Pasó un momento de silencio y finalmente respondió en voz baja y controlada: "Estoy totalmente en desacuerdo con esa afirmación".

Ella levantó la mirada y alzó las cejas al ver la mirada dura e intensa en su rostro. "¿Por qué?"

Apretó la mandíbula y cerró los puños. "Te estás engañando a ti mismo si crees que la gente como ese hombre merece algo, incluida tu empatía".

Paula se quedó atónita ante sus palabras y parpadeó. "Yo..."

"Olvidas quién es la verdadera víctima. Las verdaderas víctimas son aquellos que intentan reconstruir lo que queda de su mundo destrozado sin ayuda de nadie. ¿Y crees que, además de todo eso, los criminales merecen compasión?"

Sus palabras eran cortantes, su mirada tan aguda como la de un cuchillo de desollar recién afilado. Una peculiar blancura se había hecho más evidente alrededor de su boca, e Paula tuvo la sensación de haber tropezado con un campo minado.

A pesar de su creciente inquietud por el tema, comenzó en voz baja: "Pero... a veces sus circunstancias..."

Henry se burló mientras la miraba con una mezcla de incredulidad y enojo. "¿Estás bromeando, princesa? ¿Cantando la misma melodía? Los criminales siempre tienen una opción; las víctimas, nunca".

Su brusquedad hizo que sus labios se apretaran hasta formar una fina línea. "Pareces muy segura de esa afirmación", murmuró.

El silencio los envolvió, e Paula supo que Henry la estaba observando, pero aún no había levantado la mirada para encontrarse con la suya. Él respiró profundamente y ella esperó su respuesta con una mezcla de creciente curiosidad y temor.

—¿Tienes alguna idea del tipo de criminales que he puesto tras las rejas, Princesa?

Ella lentamente lo miró a los ojos y su rostro parecía hecho de acero cuando continuó: "Deberían ser torturados todos los días durante todos los años que estén en prisión de la manera más bárbara posible debido a todas las vidas que han arruinado". Se inclinó hacia adelante y borró la pequeña distancia que los separaba. Su voz era tranquila, letal y llena de convicción cuando

pronunció sus siguientes palabras: "Y yo estaría más que feliz de administrarlo".

Aunque su figura descomunal y su expresión intensa parecían devastadores, Paula no se sintió amenazada. En cambio, enderezó la espalda y le devolvió la mirada firme. "Pero no todos merecen ese nivel de trato, Henry. Las personas también merecen segundas oportunidades".

Henry se lamió los labios lentamente y sus ojos color avellana se pusieron fulminantes. —Entonces, ¿estás diciendo que los asesinos en serie, los capos de la droga, los traficantes de personas y los abusadores merecen tres comidas al día, la oportunidad de educarse y no tener que pagar impuestos? ¿Tienes idea de la destrucción que dejan atrás? ¿Esas pobres familias que tienen que lidiar con esa pérdida y ese trauma sin ningún tipo de ayuda? ¿Dónde está la justicia en eso?

Sus palabras la hicieron reflexionar. Si lo miraba desde ese ángulo, tenía razón. Pero entonces recordó una de las principales razones por las que se abolió la pena de muerte y cualquier otra forma de tortura. "Bueno, ¿y si cometes un error y terminas matando a la persona equivocada?"

Sus ojos se oscurecieron hasta convertirse en granito duro. "No cometo ese tipo de errores, y la muerte sería demasiado benigna para esa gente".

Paula entrecerró los ojos. "Dos errores no hacen un acierto".

A Henry se le tensó un músculo en la mandíbula. Se puso de pie y la silla chirrió al hacerlo.

—No esperaba que alguien que ha vivido una vida tan protegida lo comprendiera.

Paula se puso de pie con brusquedad. Le tomó tres pasos llegar hasta él y miró fijamente sus rasgos severos.

—Escucha y escucha con atención, Henry. Puede que mi familia me haya protegido, pero *no* confundas mi opinión con una profunda ignorancia del mundo. Sé lo que pasa ahí fuera. No soy tonta.

"Nunca dije que lo fueras, Princesa. Pero ni siquiera podrías empezar a imaginarte el alcance total del daño que esas personas sufren y esa es la diferencia. Es por eso que el sistema de justicia es demasiado benigno. Un criminal que pasa unos años en la cárcel nunca podría justificar los horrores que esas personas y sus seres queridos sufren".

Paula se puso las manos en las caderas. "Bueno, si no estás de acuerdo con el sistema de justicia, ¿por qué eres parte de las fuerzas del orden?"

Sus pechos subían y bajaban más rápido por su mutuo enojo, y sus miradas chocaron en una mezcla de ámbar ardiente y chocolate derretido. El aire a su alrededor parecía crujir por las miradas acaloradas que intercambiaron cuando Paula se negó a dar marcha atrás y se encontró con su mirada sin pestañear. Vio muchas emociones no expresadas en esos pocos segundos, pero no pudo descifrarlas. Sus ojos estaban cerrados, lo que le impedía mirar hacia adentro.

Parecieron mirarse el uno al otro durante unos segundos interminables. Parecía que ninguno de los dos iba a dar marcha atrás, pero Henry acabó apartando la mirada. Su mirada se desvió hacia abajo cuando él movió el brazo y lo vio meter la mano en el bolsillo. Vio brevemente la pistola asegurada en su funda antes de que él arrojara un par de billetes sobre la mesa, con una mirada angustiada de determinación grabada en su rostro.

"Porque entonces la sociedad al menos tiene algunos años de gracia con ellos".

Él no la miró. Simplemente se dio la vuelta y abandonó el comedor. El aire alrededor de Paula parecía enfriarse con su partida. Ella inhaló profundamente y recordó de pronto que sus pulmones habían dejado de funcionar durante la mirada fija. Parpadeó lentamente y se volvió hacia su asiento con un suspiro.

Pero luego hizo una pausa, sin saber cómo reaccionar cuando se dio cuenta de que él había pagado dos cafés, ninguno de los cuales bebía nunca.

……..

Los siguientes días transcurrieron con una lentitud agonizante. Tanto Sofia como Oliver no habían cambiado en su estado comatoso y toda la familia Green estaba desesperada. Los abuelos de Paula seguían en Nueva York, como habían dicho que harían hasta que Sofia volviera en sí, pero a Paula cada vez le resultaba más difícil tolerarlos.

No la malinterpreten. Amaba a sus abuelos a muerte, pero también necesitaba su espacio. A veces, todo lo que quería hacer era volver a casa y tirarse a la cama, pero era casi imposible cuando llegaba y encontraba a su abuela lista con la bandeja de té y pasteles para que charlaran.

A veces era demasiado para ella. También necesitaba tiempo a solas.

Pero parecía que no era la única que se sentía así, ya que no había tenido noticias de Henry desde su discusión en el café. No pudo evitar sentirse un poco culpable por cómo había terminado su conversación.

Definitivamente, había mucho más en ese hombre de lo que se veía a simple vista. Se preocupaba profundamente por el bienestar de la sociedad, aunque fuera un poco brusco e insensible al demostrarlo. Sus últimas palabras la habían dejado sin palabras, y entonces supo que él había visto más de lo que probablemente le diría a nadie; que había tenido que lidiar con más de lo que ella jamás vería.

No es de extrañar que no pareciera preocupado por el, a falta de un término mejor, limpio asesinato del guardia.

Quería saber qué era lo que había experimentado, la curiosidad la vencía, pero también sabía que no podía preguntarle eso. Sus reacciones defensivas a sus preguntas decían a las claras que era un tema que debía abordarse con cuidado.

Además, no tenía derecho a pedirle nada. Estaba segura de que ya lo estaba molestando bastante al seguirlo con la investigación. No podía exigirle más.

Paula suspiró mientras apoyaba la cabeza contra la pared y miraba hacia el cuerpo inmóvil de su madre y la figura encorvada que había a su lado. A pesar de las súplicas de toda la familia para que se fuera a casa y descansara, Alejandro se negaba a separarse de su esposa. En ese momento, estaba profundamente dormido, con la cabeza apoyada en el colchón, cerca del estómago de Sofia.

Paula, Rosa y sus abuelos decidieron turnarse para esperar con él, y mientras la hermana menor estaba ocupada en la clínica, intentando que funcionara lo mejor posible, Paula había instalado una oficina temporal con su computadora portátil en la habitación del hospital de su madre.

Martina había sido una estrella en los últimos días, recogiendo muchos de los cabos sueltos que Paula no había podido atender. Honestamente, estaba segura de que no habría podido tomarse un

tiempo libre si no fuera por la ayuda de la joven.

Sus ojos oscuros se apartaron lentamente de los rasgos dormidos de su padre y miraron a la mujer que estaba a su lado. La piel de su madre siempre había sido de un tono crema claro y se había bronceado considerablemente desde su luna de miel de dos semanas. Pero ahora parecía haber desaparecido por completo de sus rasgos, y su rostro lucía un poco demacrado.

Las delicadas cejas de Paula se fruncieron en señal de preocupación. Los médicos le habían estado haciendo pruebas todos los días, pero todavía no se había podido encontrar nada malo. Y lo que lo hacía aún peor era que esos hombres habían mentido y que no le habían administrado nada. Entonces, ¿qué podría estar mal con ella?

Se escuchó un suave golpe en la puerta del hospital y ella dio un respingo de miedo. Sus ojos oscuros se dirigieron hacia allí mientras se ponía una mano sobre el corazón que latía con fuerza. Había estado un poco nerviosa desde la noche en que mataron al guardia. Era comprensible teniendo en cuenta lo que había vivido, pero era difícil excusar su nerviosismo cuando ella nunca había sido una persona que se asustara.

Volvieron a llamar a la puerta y ella frunció el ceño, preguntándose quién podría ser. El guardia que su padre había apostado afuera nunca habría dejado que alguien llamara a la puerta si no se suponía que estuviera allí, y no había nadie a quien ella estuviera esperando en ese momento.

—Entra

—llamó en voz baja, haciendo todo lo posible por no perturbar el raro sueño de su padre.

La puerta se abrió y se le cortó la respiración cuando vio un cabello oscuro seguido de una figura enorme que entró en la habitación. Observó cómo la mirada de Henry se fijaba en su exhausto padre antes de mirarla a ella desde el otro lado de la habitación. Cerró la puerta silenciosamente detrás de él y se acercó a ella.

Aunque se encontraban en una de las habitaciones privadas más grandes del hospital, su tamaño parecía empequeñecer el espacio, al tamaño de un armario. Sus pesadas botas golpeaban el suelo, pero a ella le quedó claro que intentaba moverse lo más silenciosamente posible.

Su consideración hacia sus padres le tocó el corazón de una manera que no esperaba, y solo hizo que su culpa creciera al pensar en cómo lo había acorralado el otro día con su insensible cuestionamiento.

Cuando finalmente llegó hasta ella, no dijo nada. De hecho, parecía un poco perdido sin saber qué decirle, su mirada pasó de ella a sus padres antes de repetir la acción.

—Hola

—dijo finalmente, mientras sus ojos intentaban captar su mirada.

—Encontré el taxi

—dijo de repente cuando ella lo miró. Ella parpadeó y frunció el ceño.

"¿Indulto?"

Pareció obligarse a respirar. Sus hombros se relajaron y se aclaró la garganta. "El taxi en el que estaba el guardia; el que..." se quedó en silencio, consciente de que su padre podía despertar en cualquier momento, y esperó a que ella uniera los puntos.

Cuando lo hizo, abrió mucho los ojos y preguntó: "¿Dónde está?"

"Está incautado a una hora en coche de aquí".

Cerró rápidamente su portátil, lo guardó en su bolso y se puso de pie, colocándose la correa sobre el hombro. "Vamos".

Él se apartó y le permitió caminar delante de él. Cuando llegaron a la puerta, la rodeó con el brazo para abrirla y ella le sonrió agradecida. Él no la miró a los ojos cuando ella lo hizo y ella frunció el ceño. Parecía que hoy estaba actuando un poco diferente, incluso nervioso. Ella salió de la habitación y su mirada se dirigió al guardia que estaba de pie junto a la puerta. Ella le sonrió a modo de saludo y él asintió con la cabeza antes de que ella se diera vuelta para ver a Henry cerrar la puerta silenciosamente detrás de él.

Él todavía no la miró a los ojos cuando se dio la vuelta y comenzó a caminar por el pasillo, sus largas piernas lo llevaban con una confianza sin esfuerzo que absorbió tanto a Paula que le tomó un momento darse cuenta de que él ya estaba a una distancia considerable de ella. Rápidamente se ajustó la correa en el hombro y corrió tras él.

"Has estado escaso", dijo ella después de que su caminata silenciosa se había prolongado demasiado para su gusto.

Sus ojos color avellana se posaron en los de ella por un breve instante antes de volver a mirar hacia delante. "Este caso ha sido un poco más complicado de lo que esperaba".

"¿Por qué?", preguntó mientras salían del fresco edificio con aire acondicionado y se adentraban en la humedad del final del verano.

"Porque cada vez que pienso que estoy llegando a alguna parte, siento que hay un obstáculo. Quienquiera que esté detrás de este accidente o tiene muchas manos limpiando lo que deja atrás o tiene un conocimiento íntimo de cómo las fuerzas del orden llevan a cabo sus investigaciones. ¿Estás seguro de que tus padres no estaban involucrados en la mafia?"

Paula farfulló ante la abrupta pregunta y lo observó mientras se dirigía al lado del conductor de su auto. "¡Por supuesto que no! ¿Cómo pudiste siquiera preguntar algo así?"

Abrió la puerta y la miró. Apretó los labios y tenía una expresión casi avergonzada en el rostro. "Estaba bromeando".

Ella parpadeó. "Oh."

"Entra", murmuró y se sentó.

Su rostro se sonrojó y rápidamente se dirigió al lado del pasajero del auto. Al igual que la primera vez que se sentó en su auto, su aroma la envolvió y cerró los puños cuando sintió que se le retorcía el estómago con ansiedad. Se quitó la correa del bolso del hombro y la colocó a sus pies antes de abrocharse el cinturón de seguridad.

Una vez que se instaló, Henry salió marcha atrás del aparcamiento y pronto se adentró en el ajetreado tráfico de Nueva York. Condujeron en silencio, Paula permitió que Henry se concentrara en el denso tráfico. No estaba muy segura de dónde habían incautado el coche, pero se alegraba de que con suerte pudieran obtener una pista.

Volvió a mirar al hombre que estaba a su lado. Todavía no había tenido la oportunidad de

preguntarle a su padre sobre la conexión entre ellos. Era algo que la estaba carcomiendo los nervios, pero nunca parecía haber un momento adecuado para preguntarle. Estaba tan preocupado por su madre que a ella le preocupaba que se enfermara. No quería añadir preguntas innecesarias a su estrés.

No. Tendría que ignorar su curiosidad. Por lo que sabía, sus preguntas insistentes eran lo que podía haber hecho que Henry se comportara de manera extraña a su alrededor. Y aunque el hombre había ocupado una cantidad alarmante de espacio en sus pensamientos durante los últimos días, cuando el misterio finalmente se resolviera, él estaría fuera de su vida para siempre. Era mejor dejar las cosas como estaban.

Pero su determinación se fue debilitando poco a poco después de media hora de tenso silencio. La necesidad de llenar el aire sombrío con una conversación se estaba volviendo demasiado agobiante como para ignorarla.

—Entonces, ¿tienes familia en Nueva York? —preguntó finalmente, mientras jugueteaba con el dobladillo de su vestido azul de verano.

Henry meneó la cabeza mientras cambiaba de carril. "No."

Paula parpadeó ante eso. "Ah, ¿y cómo pasas tu tiempo libre?"

"Yo tampoco me tomo realmente tiempo libre."

"¿Alguna vez?"

Su mirada color avellana se posó en la de ella antes de volver a la carretera. "No suenes tan sorprendida, Princesa. Estoy segura de que tú tampoco te tomas mucho tiempo libre debido a tus negocios".

Él la tenía allí.

Ella frunció los labios mientras pensaba: "Bien, entonces, en las raras ocasiones en las que te tomas tiempo libre, ¿cómo lo aprovechas?"

Respiró profundamente y su amplio pecho se expandió aún más por la acción. "Nada en particular".

Paula frunció el ceño ante sus vagas palabras.

—Entonces, ¿nunca visitas a tu familia?

Ese músculo familiar sobresalía de su mandíbula, una señal que ella llegó a reconocer como prueba de que estaba apretando los dientes. "No tengo familia a la que visitar", murmuró finalmente en voz baja.

En su cabeza sonaron campanas de alarma que le indicaban que debía detener su serie de preguntas o dejar de hablar por completo. Pero era una guerra de lógica contra su curiosidad, y esta última ganó.

"¿No tienes hermanos?" preguntó suavemente.

Él sacudió la cabeza. "Hijo único."

"¿Y tus padres?"

Basta. Deja de hacer preguntas .

"Ambos fallecieron hace años."

Sus palabras fueron como un cuchillo en el corazón de ella. En realidad no debería haber preguntado. Se dio cuenta de la expresión morbosa en su rostro, aunque era minúscula. De hecho, si nunca lo hubiera conocido antes, estaba segura de que se habría visto como siempre. Estaba acostumbrado a ocultar lo que sentía, eso estaba claro.

"Lo siento", dijo con voz suave y sincera.

La miró con expresión vacía y emociones encerradas. "¿Por qué? No es como si los hubieras matado".

Esa declaración la dejó sin aliento y lo miró con los ojos muy abiertos. Al ver su expresión, apretó los dientes y volvió a mirar la carretera. Podía sentir la intensidad de su mirada en el costado de su rostro, sin duda evocando mil escenarios en su cabeza.

Suspiró y apoyó el brazo en la puerta, mientras conducía el coche con una mano. "Ambas cosas sucedieron en el cumplimiento del deber. Mis padres estaban en la fuerza, pero mi padre renunció cuando yo era joven para dedicarse al sector privado y poder pasar un poco más de tiempo en casa conmigo. Él... falleció cuando yo tenía quince años".

Ella quería saber cómo, pero de alguna manera sabía que él no se lo diría. A juzgar por sus palabras, supuso que su padre había muerto mientras estaba trabajando. Pero la tensión de sus hombros y el fuerte agarre del volante le hicieron saber que era un tema muy delicado. Si lo habían asesinado por culpa de un criminal, no era de extrañar que Henry tuviera una actitud bastante amarga hacia los criminales. Su proceso de pensamiento la hizo pensar en su madre, y lamentó su siguiente pregunta en el momento en que se dio cuenta de que se le había escapado de los labios.

"¿Y tu madre?"

Los ojos de Henry bajaron, con una expresión solemne en su rostro.

Los ojos de Paula se abrieron de par en par. "Lo siento, no quise entrometerme. Yo..."

—Era detective y mi supervisora

—empezó, interrumpiendo lo que sabía que sería una disculpa incoherente. Ella se quedó callada al instante, observándolo. Él torció la mandíbula mientras pensaba por un momento antes de continuar en voz baja

— Tuvimos un soplo sobre un sindicato de drogas, pero fue una trampa. Ella murió protegiéndome.

Paula juró que su corazón dejó de latir cuando sus palabras resonaron en sus oídos. Lágrimas inesperadas de repente le quemaron el fondo de los ojos. Siempre que escuchaba cómo las mujeres perdían la vida protegiendo a sus hijos, se emocionaba. Sabía que su madre nunca dudaría en hacer lo mismo, pero era en momentos como ese cuando siempre pensaba en Clara.

Aunque apenas podía recordarla, sabía que esa mujer nunca se sacrificaría por nadie, ni siquiera por su propio hijo.

Paula apretó los puños mientras miraba el paisaje que pasaba. La determinación crecía en ella. Ella nunca sería como esa mujer. Cuando tuviera hijos propios, les daría todo el amor que

pudiera. Ellos nunca dudarían de su amor o protección. Con un mundo en constante cambio, al menos se irían a dormir por la noche sabiendo que ella estaría allí para ellos sin importar lo que pasara.

Su amor permanecería constante e inquebrantable, incluso si tuviera que luchar contra todo el mundo para lograrlo.

"Estamos aquí", la voz profunda de Henry interrumpió sus pensamientos y ella parpadeó, observando su entorno.

Estaban en un depósito de almacenamiento, y ella podía ver la alta cerca con cables electrificados que la atravesaban por encima. Pero el lugar en sí era bastante inusual. La zona parecía haber sido un puerto en algún momento. Al observar las estructuras en ruinas, muchas de ellas todavía de madera, era posible que fuera una de las primeras que se construyeron.

El sonido de una puerta al abrirse la sacó de sus pensamientos y se dio cuenta de que Henry estaba saliendo del coche. Ella hizo lo mismo rápidamente y el olor del aire salado del mar asaltó sus sentidos. Arrugó la nariz ante el olor desagradable.

Una gaviota chilló sobre sus cabezas mientras caminaban hacia el guardia de seguridad apostado junto a la entrada, y este tenía una expresión aburrida en su rostro mientras los observaba acercarse. "Buenos días", saludó con un tono perezoso, con los pies apoyados en el mostrador al lado de la pantalla de la computadora.

Henry le mostró su placa y le dijo: "Me dijeron que encontraron un taxi en las afueras de la ciudad y que lo incautaron aquí hace poco. Tenemos motivos para creer que puede estar involucrado en un caso en curso y necesitamos verlo".

El hombre se movió en su asiento. "¿Tiene una orden de registro?"

Paula miró hacia abajo para ver a Henry sacar un trozo de papel de su bolsillo y se lo mostró al hombre.

El guardia torció los labios y luego los juntó. "¿Alguien más viene?"

"Un equipo forense", respondió Henry.

Paula parpadeó ante eso. Ni siquiera había pensado que un equipo forense estaría allí, pero tenía sentido si encontraban algún rastro de un asesinato que hubiera tenido lugar en el auto.

El guardia bajó lentamente los pies del mostrador y giró su silla para mirar detrás de él los varios juegos de llaves que colgaban en la pared. Murmuró para sí mismo, miró de nuevo el número de registro de la orden de registro y tomó un juego de llaves antes de entregárselo a ella.

"Gracias", dijo mientras los aceptaba en la palma de su mano. Se giró para mirar al hombre silencioso que estaba a su lado. "Entonces, ¿cuándo llegará el equipo?"

Henry se encogió de hombros mientras comenzaba a caminar entre las filas de autos. "Depende del tráfico, supongo", afirmó mientras ella aceleraba su paso para seguirle el ritmo.

Ella asintió y miró a su alrededor antes de que un color amarillo brillante le llamara la atención. Señaló. "¿Es eso?"

Su mirada penetrante se dirigió hacia la dirección que ella señalaba y se tomó un momento para leer el número de registro antes de asentir. "Puedes desbloquear, pero no toques nada", le indicó.

Ella hizo lo que le dijo y se volvió hacia él, observándolo mientras sacaba un par de guantes blancos que llevaba en un paquete transparente de su bolsillo. Lo observó mientras maniobraba para colocarse los guantes sobre sus impresionantes y varoniles manos y esperó a que abriera la puerta trasera. Cuando lo hizo, se detuvo mientras asimilaba lo que veía.

El coche estaba limpio.

……

El agua golpeó contra los pilares de soporte del paseo marítimo mientras Henry e Paula caminaban lentamente por la pasarela de madera, con el agua salpicando y arremolinándose debajo de ellos. Estaban dando un paseo mientras el equipo forense revisaba el coche para encontrar alguna señal de que hubiera habido un cuerpo herido allí.

Miró al hombre que estaba a su lado. Su expresión era seria y su mirada parecía la de alguien que está sumido en sus pensamientos. Volvió a mirar las tablas sobre las que caminaban.

Se sorprendió al descubrir que no había ni el más mínimo rastro de sangre en los asientos. Seguramente debería haber habido algún rastro de ella. A ese guardia le habían disparado, y todas las heridas de bala causan un sangrado excesivo, ¿verdad? Debería haber habido una mancha de sangre en esos asientos como mínimo. Aunque era posible que alguien hubiera limpiado los asientos, el equipo forense podría encontrar algo más. Una muestra de cabello o una huella dactilar podrían funcionar.

"No encontrarán nada", murmuró finalmente Henry después de un largo silencio.

Sus palabras hicieron que a Paula se le cayera el corazón y lo miró. "¿Por qué dices eso?"

La mirada color avellana de Henry se cruzó con la de ella. "No creo que ese guardia haya sido asesinado".

Sus labios se entreabrieron en estado de shock ante sus palabras, la pregunta en sus ojos le gritaba que la respondiera, aunque no emitió ningún sonido. Se lamió los labios y desvió la mirada hacia la enorme extensión del mar que se extendía más allá de ellos. —Esa noche, cuando lo seguimos, oímos que se disparaba una bala, pero es posible que no le haya dado. Tuve una premonición cuando fui allí después de haberte dejado en el hospital. No había señales de sangre en ninguna parte del alquitrán. Pero podrían haberlo limpiado antes de que yo llegara, así que no dije nada. Pero ahora que está claro que sabían que estábamos allí, es posible que hayan fingido el disparo para despistarnos. También tiene sentido. ¿Por qué matarlo cuando estaban preparando todo desde el principio?

Paula entrecerró los ojos y se enfadó más.

—Entonces, si pensabas eso, ¿por qué nos molestamos en venir hasta aquí?

"Para confirmarlo."

Paula exhaló con fuerza y se pasó una mano por el pelo oscuro, frustrada. —Pero ¿por qué alguien se tomaría tantas molestias con esto? ¿Qué creen que pueden ganar? ¡No es como si hubieran secuestrado a mi madre! ¡No pueden sacar nada de lo que están haciendo!

Henry la miró y vio que la histeria crecía en sus ojos.

—Tal vez no sea por una ganancia monetaria, princesa.

Sus palabras la hicieron detenerse y lo miró desconcertada. "¿Qué más podría querer alguien de la familia más rica del mundo?"

"Venganza."

Bajó lentamente el brazo hacia un costado. "Pero... ¿por qué?"

"Lamentablemente no puedo responder a eso. Sólo tu familia sabe quiénes son tus enemigos".

-¡Pero si no tenemos! -gritó exasperada.

Su mirada permaneció tranquila mientras la observaba empezar a caminar de un lado a otro. "Tal vez no sea un enemigo nuevo. Podría ser alguien que ha esperado años por el momento adecuado y finalmente lo vio".

Paula frunció el ceño ante sus palabras. ¿Un viejo enemigo?

Sin decir palabra, se dio la vuelta y comenzó a caminar a paso rápido por el sendero de madera, haciendo resonar las sandalias contra las tablas. Escuchó los pasos de Henry detrás de ella, pero no lo reconoció mientras hurgaba en sus recuerdos, concentrando toda su atención en cualquier posible conocido que hubiera conocido cuando era más joven.

Un viejo enemigo. ¿Quién podría ser? Sus pensamientos volvieron a la primera vez que conoció a Henry y se quedó quieta cuando lo recordó hablando con su padre. Había dicho algo, no podía recordar exactamente qué, pero recordaba que su padre lo interrumpió y le dijo que lo discutirían más tarde.

Paula se dio la vuelta tan de repente que Henry casi chocó contra ella. Se detuvo justo antes de tocar su piel y la miró. Enarcó las cejas cuando notó la mirada dura y decidida en su expresión.

"¿Qué?" preguntó.

Apretó los dientes mientras observaba de cerca sus rasgos faciales, intentando con todas sus fuerzas relacionarlos con algún recuerdo, pero no se le ocurrió nada. No conocía a nadie que se pareciera a él, pero su padre sí lo conocía y había algo que le ocultaban y que iba a descubrir hoy. Estaba cansada de vivir en la oscuridad.

—Te lo voy a preguntar una última vez, Henry

—comenzó con voz fuerte mientras sostenía su mirada con una intensidad inquebrantable para demostrar lo seria que hablaba.

Levantó ligeramente la barbilla y frunció el ceño. "¿Qué pasa?"

Los ojos de Paula se entrecerraron y respondió con una pregunta propia: "¿Quién eres tú?"

Capitulo 25

Durante un largo rato, Henry no hizo nada más que mirarla. Ella nunca lo había notado antes, pero con la luz natural del sol y la proximidad en la que se encontraban, las motas doradas de sus ojos parecieron fundirse en dos hermosos charcos de ámbar dorado. Ella nunca había visto un tono así antes, y no pudo evitar mirarlos.

Exhaló lentamente, como si hubiera aceptado la derrota.

—Tu padre nunca te lo dijo, ¿verdad?

Paula frunció el ceño ante su pregunta. Sabía que se refería a aquella vez que había mencionado la conexión, en la que él se negó a revelar cómo se conocían y le dijo que debería preguntarle a su padre.

Ella enderezó los hombros. "No. Preguntarle a mi padre sobre un misterioso conocido cuando ni siquiera sabe qué le pasa a su esposa y a su hijo por nacer parece un poco trivial en comparación, ¿no crees?"

Henry apretó la mandíbula y miró hacia un lado. "Me dijo que no te lo dijera. Que no te ocuparías de eso".

Esas palabras hicieron que Paula se detuviera. ¿Se lo había dicho a Henry? Su padre la conocía como la palma de su mano. ¿Qué era lo que ocultaba si creía que ella no podría soportarlo? Apretó los labios en una línea sombría. No importaba si podía o no soportarlo.

Ella tenía que saberlo.

—Henry, tengo más de treinta años que de veinte. Creo que puedo manejar cualquier cosa que tengas que decirme.

Su mirada se desplazó lentamente hacia la de ella. "¿Estás segura de que sabes lo que me estás pidiendo?"

La forma en que hizo esa pregunta la hizo dudar y una pequeña sensación de miedo comenzó a acumularse en su estómago, creciendo hasta que sintió que le temblaban las rodillas por el peso. No entendía por qué había tenido una respuesta tan terrible a esa pregunta, pero supuso que tenía que ver con el hecho de que era un secreto que su padre, y posiblemente también su madre, le habían ocultado durante más de veinte años.

Al ser tan cercanos como eran, solo le demostraban que era un terrible secreto que habían escondido para protegerla.

Pero a pesar de su creciente timidez, se obligó a enderezarse. Inhaló profundamente y lo miró con firmeza. "Sí".

Henry apretó los labios y se giró lentamente para apoyarse en la barandilla de madera del antiguo paseo marítimo. Se miró las botas con una mirada pensativa. Se lamió los labios lentamente y luego comenzó en voz baja: —Ya conoces la historia de cómo se conocieron tu tía y tu padre, pero probablemente no recuerdes mucho de lo que sucedió más adelante en su relación.

La expresión firme de Paula se transformó en una de sorpresa. "Espera... ¿Sabes algo sobre...?"

—Sí. Sé que Sofia no es tu madre biológica

—afirmó, mirándola con expresión de sorpresa

— Siempre lo supe.

Su mirada bajó hasta sus manos. No debería haberse sorprendido. Todo el mundo lo sabía también, tal vez no con detalles explícitos, pero captaron la idea. Además, conocía a su padre desde hacía más de dos décadas. Su ascendencia seguramente surgiría en la conversación. "Bueno, ¿qué pasó?"

—Cuando Sofia y Alejandro empezaron a tener una relación más seria, tu madre biológica volvió a aparecer en escena, así como un hombre llamado Jacob Hayes. Hayes había sido un terror para Sofia en sus años de juventud, así que tu padre, temiendo por su seguridad, contrató a dos guardaespaldas para protegerla.

—Un músculo de su mandíbula se tensó cuando hizo una pausa

— Fue entonces cuando las cosas se pusieron fatales. Clara y Hayes secuestraron a tu madre y a tu hermana, matando a los dos guardaespaldas en el proceso.

Paula frunció el ceño y su corazón empezó a acelerarse en su pecho. "¿Hace cuántos años fue esto?"

Su expresión era sombría.

—Hace veintiún años. Tu hermana tenía cinco años en ese momento.

"Cinco..." susurró, con los ojos muy abiertos.

Henry apretó los dientes. "Tu madre logró sacar a tu hermana y a ella misma, aunque no ilesa. El edificio en el que estaban explotó, matando tanto a Clara como a Hayes. Hubo una tercera persona que ayudó a secuestrarlas, pero nunca fue atrapada. Hasta donde yo sé, no estaba en el almacén en absoluto. Era más bien un personaje de atropellos y fugas".

Respiró con dificultad. De repente, sintiéndose débil, se apoyó en la barandilla y apoyó la frente en la mano.

—¿Cómo es que nadie me lo dijo nunca?

—murmuró en voz baja. Pensó un momento, frunciendo el ceño

— Recuerdo vagamente que fui corriendo al hospital con Martin, pero pensé que había sido por un accidente. Me lo dijeron. ¿Por qué mintieron?

—Porque Rosa no recuerda nada de lo ocurrido y tus padres quisieron que así fuera.

Paula supuso que lo entendía. Debió haber sido una experiencia terrible para su hermana y su madre. No era extraño que la mente de Rosa lo bloqueara de su memoria. Pero aun así... ya deberían haberles dicho la verdad. Ya no eran niñas pequeñas.

Ella exhaló lentamente, bajando la mano de su cabeza para juntar los dedos. "Entonces... ¿cómo crees que todo esto se relaciona con la investigación?"

Henry se movió y apoyó el peso sobre un codo para quedar frente a ella.

—Bueno, tengo dos teorías. La primera es que el hombre que no fue atrapado está preocupado de

que Rosa recuerde cómo era y está buscando formas de asegurarse de que nadie descubra quién es.

"Pero mi mamá recordaría cómo era".

Henry frunció aún más el ceño.

—Sí, pero ahora está inconsciente y el archivo de investigación que se abrió hace años aparece en blanco en el sistema. Eso significa que alguien lo destruyó sin una orden judicial, porque yo habría encontrado ese papeleo al menos. Por lo tanto, no hay forma de rastrear su apariencia. Ha eliminado uno; solo necesita obtener el último.

Se le heló la sangre.

—¿Estás diciendo que mi hermana es un posible objetivo?

Se encogió de hombros. "Bueno, ella es la única de las dos que puede contarnos lo que pasó ese día. Desafortunadamente, tu padre se negó a dejarme interrogarla. Le preocupa que recuerde experiencias doloRosas".

"¿Doloroso?"

Apretó los labios. "No dio más detalles, pero no pudo haber sido bueno que ella estuviera hospitalizada durante unos días".

Paula tragó saliva, intentando aliviar la repentina sequedad de su garganta. Realmente esperaba que no fuera así. Nadie estaba cuidando a Rosa en ese momento; todos estaban concentrados en su madre y su condición.

—¿Cuál es la segunda teoría?

—preguntó rápidamente.

"Que había alguien cercano a Clara o Hayes y está queriendo vengar sus muertes".

La mente de Paula dio vueltas. Esa teoría tenía un sinfín de sospechosos. Era imposible saber quiénes conocían a esos dos. Suspiró cuando un dolor de cabeza empezó a golpearle el cráneo. Se dio la vuelta y miró hacia el océano, agarrando con fuerza la barandilla de madera entre sus manos.

"Sin embargo", continuó Henry en voz baja, "podrían estar entrelazados. Es posible que la persona que no fue arrestada también esté buscando venganza. Desafortunadamente, un caso como este tiene infinitas posibilidades y sospechosos".

Respiró profundamente y luego soltó el aire con fuerza. "¿Por qué Clara los secuestró?", preguntó con una voz cada vez más agitada y enojada.

—Porque ella quería casarse con tu padre por su riqueza, y Sofia estaba en el camino.

Paula se agarró a la barandilla con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos y apretó los dientes hasta que sintió un dolor sordo en una de sus muelas. Aflojó la mandíbula, pero sólo brevemente para murmurar: "Estoy odiando a esa mujer cada vez más".

Henry dio un paso hacia ella, lo suficientemente cerca para que sintiera el calor reconfortante que le proporcionaba su cuerpo. La miró, pero ella permaneció con la mirada fija en el océano que se

extendía más allá de ellos.

—Tu padre no quería que lo supieras

—murmuró, con la barbilla apenas rozando la coronilla de ella

— Quería protegerte de la verdad sobre lo que era tu madre.

Paula frunció el ceño, dolida y un tanto traicionada por el hecho de que una desconocida supiera más sobre su familia que ella. Sus padres claramente no hablaban bien con nadie, menos con ella y su hermana. Se dio la vuelta y su pecho casi tocó el de él cuando lo miró.

—¿Cómo sabes tanto sobre esto cuando yo ni siquiera tenía idea?

Sus ojos se encontraron con los de ella, pero no dijo nada. Finalmente, sus labios se torcieron un poco mientras pensaba y frunció el ceño.

—Los nombres de los dos guardaespaldas eran Aaron y Manuel...

—hizo una pausa y sus labios se dibujaron en una fina línea

— Aaron era mi padre.

Los labios de Paula se entreabrieron al oír esas palabras. Parecía haberse olvidado de respirar cuando recordó que su padre había fallecido cuando él tenía solo quince años. No era de extrañar que él se mostrara reacio a decírselo. Estaba relacionado con ella mucho más de lo que jamás había imaginado.

Su ceño se suavizó con empatía mientras las lágrimas empañaban sus ojos. "Lo siento mucho, Henry".

Él tragó saliva con fuerza y ella notó cómo evitaba su mirada.

—¿Me crees ahora cuando te digo que los criminales no merecen compasión? No les importó haber dejado viuda a mi madre o cómo luchó contra una depresión severa por eso. No les importó haberme dejado huérfano de padre. Lo único que les importaba eran ellos mismos y lo que podían sacar de ello. Lo único que merecen es dolor.

Paula permaneció en silencio mientras lo miraba. Su rostro parecía tallado en granito: inflexible y sin emociones. Pero ella sabía que había sentimientos muy fuertes bajo ese duro exterior. Era evidente en la forma en que hablaba y en cómo evitaba mirarla a los ojos. No quería que ella viera lo mucho que lo había afectado.

Antes de que pudiera pensar en otra cosa, extendió los brazos y rodeó su delgada cintura. Sintió que sus músculos se tensaban al instante con el contacto y que su cuerpo se convertía en piedra. Suspiró y apretó un poco más fuerte mientras apoyaba la frente contra su firme pecho. "Lo siento, Henry. No te merecías esto", susurró.

Él no respondió a sus palabras. De hecho, si no fuera por el calor adictivo de su cuerpo y el latido bastante rápido de su corazón, ella habría pensado que estaba abrazando una estatua. Se sentía tan sólido como una.

No estaba segura de cuánto tiempo estuvieron allí antes de que finalmente sintiera que los músculos de sus hombros se contraían. Extendió los brazos hacia atrás y agarró suavemente sus

muñecas antes de hacerlas girar y dejarlas caer a sus costados.

—Será mejor que vayamos a ver qué ha encontrado el equipo

—murmuró, todavía evitando su mirada mientras se giraba y se alejaba.

Paula lo vio irse, con un torbellino de emociones arremolinándose en su interior. Se sintió decepcionada por lo cerrado que se mostraba con ella, pero no debería haber esperado que fuera de otra manera. Solo se conocían desde hacía unos días. No era suficiente para que él se sintiera cómodo confiando en ella.

Entonces, ¿por qué se sentía tan cómoda con él? Si bien era una persona cariñosa, sólo lo era con aquellos a quienes conocía bien y por quienes se preocupaba. Apenas conocía a Henry. Y sin embargo...

Sacudió la cabeza con fuerza, intentando apartar ese pensamiento de su mente. Apretó los dientes con fastidio. Se estaba subiendo a un tren peligroso, uno al que no quería subirse y, desde luego, tampoco se permitiría hacerlo jamás.

…….

Paula suspiró mientras estacionaba lentamente su auto en el garaje esa misma tarde. Apagó el motor, pero no pensó en salir del auto. Sentía que su cuerpo había perdido toda su energía y se desplomó contra el volante.

Estar agotado físicamente era una cosa, pero si estabas cansado tanto mental como físicamente... Bueno, eso era un nivel de agotamiento completamente diferente. El equipo forense no encontró nada en el coche. Ni una huella dactilar. Nada, excepto lo que identificó el hombre que lo había llevado al depósito. Les resultó imposible de creer, pero no había ni una pista. De alguna manera se las habían arreglado para borrar cualquier rastro de que alguna vez habían estado allí.

El siguiente paso de Henry fue averiguar quién era el propietario del coche y la dejó en el hospital para que pudiera conducir hasta su casa, diciendo que le avisaría cuando descubriera a quién pertenecía. Aunque ella no estaba muy segura de cómo hacerlo ya que él ni siquiera tenía su número de teléfono.

Pero eso no se le había pasado por la cabeza en el momento en que él lo dijo. No, fue la forma en que lo había hecho. Lo había dicho con esa voz profunda y suave que tenía y la había mirado con esa mirada intensa pero reconfortante que hizo que su cerebro perdiera el foco. Fue algo que la dejó atónita, al darse cuenta de que su visión de él no era tan platónica como pensaba. Sintió como si un rayo la hubiera alcanzado en ese momento y se negó a mirarlo de nuevo después de eso, tratando de asimilar ese hecho.

Gimió mientras se reclinaba y apoyaba la cabeza contra el reposacabezas de su coche. No. No le gustaba Henry... *de esa* manera. No podía. Sus emociones estaban un poco confusas en ese momento. Descubrir todo lo que Clara le había hecho a su familia, y todo lo que Henry tuvo que soportar desde una edad tan temprana la había dejado desconcertada. Esa era la única razón por la que reaccionaba así ante Henry. Estaba un poco desconcertada y sus emociones estaban inusualmente a flor de piel. Ella no era como Clara, que revoloteaba de un hombre a otro como si fueran pañuelos usados.

No, ciertamente no era así.

A ella le gustaba Massimo y se preocupaba por él, y tal vez lo extrañaba porque no se habían visto en los últimos días. Eso era todo. Si tan solo se mantenía alejada de Henry, estaba segura de que esas emociones innecesarias desaparecerían en poco tiempo.

Inhalando profundamente, se obligó a abrir la puerta y salió del coche. Se abrió paso entre los múltiples vehículos y abrió la puerta que conducía a uno de los pasillos laterales de la mansión. Mientras avanzaba por el pasillo bellamente decorado, pudo oír el leve sonido de pasos.

Vaciló, temiendo otra larga conversación con su aburrida abuela. Pero cuando dobló la esquina que daba al vestíbulo junto a las escaleras, notó la figura alta y delgada de su hermana menor acomodando un ramo de flores frescas en una de las mesas auxiliares.

Hizo una pausa y su mente se llenó de lo que había descubierto ese mismo día. Todo ese tiempo, Clara había estado detrás del "accidente". Había estado dispuesta a matar a una niña inocente y a su hermana inofensiva por dinero .

Paula apretó los dientes y cerró los puños. Siempre había intentado mantener un temperamento equilibrado, sin importar la situación. Pero el solo hecho de pensar en Clara le hacía hervir la sangre y estaba segura de que su presión arterial alcanzaría niveles récord. Su único consuelo era que estaba muerta.

Pero aún así eso la hace aún más firme en su decisión de no volverse nunca como ella.

-Izzy, ¿qué estás haciendo ya en casa?

La suave voz de su hermana la sacó de sus pensamientos y aflojó los puños apretados. Miró a la mujer más joven y le ofreció una pequeña sonrisa.

—Sólo estaba un poco cansada. Necesito relajarme con un baño largo —respondió ella, mientras sus ojos se dirigían hacia el flequillo oscuro que ocultaba la frente de su hermana y la gran cicatriz que había detrás. Frunció el ceño.

¿Habría sido eso también por culpa de Clara?

"¿Estás bien?"

Paula suspiró, dándose cuenta de que se había vuelto a dejar llevar por sus pensamientos. "Sí, lo siento. Como dije, solo estoy cansada".

Rosa la miró con el ceño fruncido. Abrió la boca como si fuera a hablar, pero decidió no hacerlo y negó con la cabeza. "Está bien".

Pasó un momento de tensión entre ellas y la mirada oscura de Paula se dirigió hacia las flores que su hermana había estado arreglando. "¿Alguna razón especial?", preguntó, refiriéndose al ramo.

Rosa los miró. "Oh, son para..."

La puerta principal se abrió de golpe, e Paula saltó y apenas logró ahogar el grito que se le escapaba por la garganta. Notó que la mirada preocupada de Rosa se posó brevemente en su rostro antes de que una voz fuerte resonara en el silencioso vestíbulo.

-¿Y dónde están mis hermosas señoritas?

Los labios de Paula se entreabrieron en estado de shock antes de que una amplia sonrisa se

extendiera por su rostro. Ya había recorrido la mitad del vestíbulo antes de que el hombre bajito cruzara el umbral.

—¡Martin!

—gritó de felicidad mientras lo abrazaba con fuerza

— ¡Has vuelto!

El gran chef le devolvió el abrazo con la misma intensidad, si no más, que ella. "Ven, mi bella. He vuelto con mi bella esposa y estamos aquí para quedarnos".

Paula se apartó de él y finalmente miró a la mujer con aspecto de duende que estaba detrás de él. "Es genial volver a verlos a ambos", sonrió mientras las lágrimas asomaban a sus ojos.

—Ah, mi bella. No llores

—la arrulló Martin mientras le tomaba el rostro con sus manos regordetas para examinarla. Pero su expresión se desvaneció un segundo después cuando la vio bien. Jadeó y ella sintió que la agarraba con más fuerza mientras la movía de un lado a otro. Todo lo que sabía era que él maldecía algo en voz baja en su lengua materna

— ¿Qué te ha estado dando de comer Lesley? ¡Pareces medio muerta!

Paula hizo una mueca ante sus palabras y le ofreció una pequeña sonrisa, pero probablemente se transformó más bien en una mueca. "Ha sido un poco difícil aquí".

La expresión de Martin se relajó con simpatía. "Lo sé, lo escuché. Lo siento mucho, Belle", murmuró mientras le quitaba el cabello oscuro del rostro con una dulzura paternal.

Ese pequeño gesto casi hizo estallar la presa que apenas se cernía sobre los ojos de Paula, y sus labios temblaron. "Está bien", susurró.

Martin le sonrió: "¿Qué tal si te preparo algunos de tus platos favoritos?"

Ella le devolvió la sonrisa, aunque era una sonrisa lloRosa. "Me gustaría mucho".

El vivaz chef sonrió radiante: "Mi querido corazón, ¿con qué crees que deberíamos empezar?"

Cuando la mujercita no respondió, ambos voltearon a ver a Rosa entregándole a Danielle el ramo de flores que acababa de arreglar. Martin jadeó al ver a su esposa aceptarlas y miró a Rosa con expresión de dolor.

-¿Y dónde están los míos?

Danielle le sonrió, se colocó las flores en el brazo y se colocó el cabello plateado detrás de la oreja.

—Me temo que te han reemplazado, querida.

Martin se quedó boquiabierto y se puso una mano sobre el corazón. "¡Jamás!"

—Me temo que sí

—continuó Rosa, dándole una sonrisa maliciosa.

Cerró la boca con un puchero y cruzó los brazos sobre su enorme estómago. La expresión de Danielle se relajó cuando dio un paso hacia él y le dio un suave beso en la mejilla. "Vamos, creo

que tu caldo de pollo hará maravillas para todos".

Como mantequilla blanda sobre una tostada caliente, Martin se derritió ante el gesto cariñoso de su esposa. "Está bien, tú ganas".

"¿No lo hago siempre?" respondió ella.

—Touché

—murmuró antes de extender la mano hacia los brazos de las jóvenes

— Venid, os alimentaré como es debido.

Paula sonrió y con delicadeza liberó su brazo de su agarre. "Gracias, pero he tenido un día muy largo y me gustaría tomar un baño relajante".

Martin asintió con la cabeza en señal de comprensión. "Está bien, pero no tardes demasiado".

—No lo haré

—prometió con una sonrisa.

Se dio la vuelta y subió las escaleras a paso moderado. Podía sentir la mirada preocupada de su hermana en su espalda mientras desaparecía de su vista, y sabía por qué la estaba mirando. No era propio de Paula sobresaltarse fácilmente, y eso le hizo darse cuenta de lo tensa que estaba desde que comenzó esta investigación.

Ya era hora de tomarme un baño de burbujas largo y caliente.

Mientras dejaba que el agua llenara la bañera, se debatía sobre qué burbujas perfumadas añadir. Finalmente, se decidió por una mezcla de vainilla y frambuesa, añadió una cucharada al agua corriente y observó cómo la bañera explotaba con innumerables burbujas. El vapor se elevaba de la bañera mientras el relajante olor a vainilla y la dulzura de las frambuesas inundaban el baño con su delicado aroma.

Se tomó un momento para desvestirse antes de sumergirse en el agua caliente; el calor relajó inmediatamente sus músculos tensos mientras las burbujas perfumadas acariciaban su piel. Suspiró y apoyó la cabeza contra el respaldo de la bañera, cerrando los ojos mientras respiraba profundamente unas cuantas veces.

Pero a pesar de su estado relajado, su mente no tardó en inundarla de pensamientos sobre los últimos días. Frunció el ceño al pensar en las palabras de Henry. Había dos teorías, pero era posible que pudieran ser mixtas. Por lo que habían reunido hasta el momento, parecía que una teoría mixta era la más probable. Explicaría por qué Sofia había sido el objetivo, pero ¿qué pasaba con Rosa?

Rosa bien podría ser la próxima persona encontrada inconsciente... o peor.

Un segundo de pánico cegador hizo que Paula tomara una bocanada de aire con fuerza mientras sus ojos se abrían de golpe y su mente la bombardeaba con diferentes escenarios en los que podría encontrar a su hermana. Si era la tercera persona la que había atacado a su madre, muy bien podría haber atacado también a Rosa.

Y ella no tendría a nadie a su alrededor para protegerla.

Paula se mordió el interior de la mejilla mientras pensaba. Su mejor opción sería hablar con su

padre al respecto, pero eso estaba fuera de cuestión. Henry se lo había dicho en confianza. Sería una delatora si le hubiera dicho a su padre el motivo por el que quería contratar un guardaespaldas para su hermana, y no sabía cómo eso repercutiría en Henry o en ella misma, ya que él descubriría por qué ahora lo sabía.

Al mismo tiempo, no podía dejar que su hermana se moviera sin protección adicional. Podía decírselo, pero entonces le exigiría una razón. ¿Cómo podía Paula decírselo sin revelar un secreto que sus padres habían ocultado durante más de veinte años? Aunque no estaba bien que se lo hubieran ocultado durante tanto tiempo, tenían sus razones. Y estaba segura de que la principal era que no querían que Rosa recordara lo que había vivido a tan tierna edad.

Paula gimió y se golpeó la nuca contra la bañera. Era la definición clásica de estar entre la espada y la pared.

Ella frunció los labios y pensó detenidamente en la rutina diaria de su hermana. Supuso que los únicos momentos de preocupación eran cuando conducía y mientras se desplazaba por la finca. El resto del tiempo lo pasaba en la clínica o el hospital, y en ambos lugares había mucha seguridad. Pero incluso entonces, alguien se las arreglaba para engañar al sistema para que le cortaran los conductos de freno a su madre.

Suspiró. El quid de la cuestión seguía siendo el mismo. Rosa necesitaba a alguien que la vigilara, que estuviera atenta a cualquier cosa que pudiera pasar por alto. Pero tendría que ser alguien discreto. Alguien que no te lo pensaras dos veces antes de tener cerca, alguien que no te hiciera preguntas.

¿Pero quién?

…….

"Eso es todo. Mantenlo ahí, no le pongas más presión. Está trabajando bien así", le indicó Jason mientras observaba a Damian trabajar con Steele en un marco bajo.

La melena y la cola del imponente semental gris se agitaban con la suave brisa del aire fresco de la tarde, mientras sus orejas se movían de un lado a otro, esperando una nueva orden. La arena se levantaba de sus cascos y su cola se movía de izquierda a derecha.

"Está bien, sácalo a pasear y déjalo que se calme. Esta noche lo ha hecho bien".

Damian asintió e hizo lo que le dijeron, permitiendo que el semental se estirara mientras le daba palmaditas en el cuello. Jason continuó observando a la pareja, con los brazos cruzados y la postura relajada. Escuchó pasos que se acercaban a él y se dio la vuelta para ver que la hija mayor de los Green se había detenido junto a la valla de la arena.

Inmediatamente dejó caer los brazos a los costados. Por un breve instante, la sorpresa se reflejó en su rostro antes de que rápidamente controlara su expresión y se aclarara la garganta antes de dirigirse hacia ella.

—Buenas noches, señorita Paula

—la saludó cuando llegó junto a ella, notando que su cabello oscuro estaba recogido en un moño sobre su cabeza, con algunos mechones húmedos pegados a los costados de su cuello.

—Buenas noches, Jason

—respondió ella, observando a Steele por un momento antes de volver a mirar al hombre que tenía delante

— ¿Estás ocupado en este momento?

El novio negó con la cabeza. "No, ya hemos terminado el día".

Paula asintió.

—Bien, porque necesito hablar contigo de algo... confidencialmente.

Jason la miró parpadeando confundido. Cuando ella hizo un gesto hacia Damian con la cabeza, él asintió y se volvió hacia el hombre. "Haz que siga caminando otros diez minutos, Damian. Ha sudado bastante, así que necesita enfriarse bien".

Se volvió hacia Paula y se agachó entre los postes de la cerca que delimitaba la arena. Luego se dirigieron a los establos y Jason sostuvo la puerta abierta para ella mientras entraban al cuarto de aperos. Tan pronto como la puerta se cerró, Paula se volvió para mirarlo con una expresión que no pudo identificar con exactitud.

—¿Aún así te vas?

—preguntó ella, yendo directo al grano.

Jason apretó los labios. "He estado intentando dimitir durante los últimos días, sí", admitió.

Paula frunció el ceño ante sus palabras. "¿Intentando?"

Suspiró y se apoyó contra la pared junto a la puerta. "Tu madre me contrató, así que sólo ella puede aceptar mi renuncia".

—Ah

—asintió Paula.

Su mirada oscura los recorrió, fijándose en las numeRosas sillas de montar y bridas que los rodeaban. La habitación olía claramente a cuero y sudor de caballo, pero no en un sentido abrumador. Era reconfortante en cierto modo. Lejos de la discusión que se estaba preparando para tener con el hombre que tenía delante, que ocupaba un lugar bastante alto en su lista de cosas que no le gustaban en ese momento.

Jason se aclaró la garganta para atraer su atención hacia él. Su mirada era expectante, pero su postura demostraba que no estaba muy contento de estar cerca de ella. No era de extrañar. Ella lo regañó bastante, no es que no lo mereciera.

Paula respiró profundamente y se preparó para lo que le esperaba al hombre que tenía delante.

—No quería que nadie oyera lo que tenía que decirte, ya que es un asunto bastante delicado. Se trata de Rosa.

Si Paula no había captado su atención antes, ahora sí que la había captado. Podía verlo en la forma en que él alzaba las cejas y enderezaba los hombros. "¿Qué pasa?", preguntó.

Ella frunció los labios y decidió que lo mejor era hacer de tripas corazón y acabar con esto rápidamente. "¿Qué te parecería ser su guardaespaldas?"

Jason vaciló ante sus palabras, luego parpadeó y ladeó la cabeza mientras una expresión de

estupor y confusión envolvía sus rasgos. "Me temo que no entiendo muy bien".

Paula resopló y cruzó los brazos sobre el pecho. "Tengo motivos para creer que Rosa podría ser un posible objetivo en la investigación que gira en torno al accidente de nuestra madre. Necesito a alguien discreto que la vigile hasta que atrapen al culpable".

La preocupación y el miedo fueron las primeras emociones que vio en sus ojos. Pero frunció el ceño después de pensarlo un momento. "¿Por qué yo? ¿No deberías contratar a un profesional?"

Suspiró como si todos los problemas del mundo recayeran sobre sus hombros. —Aunque no eres mi persona favorita en este momento, tengo que reconocerte lo que te corresponde. No sé muy bien por qué le rompiste el corazón a mi hermana como lo hiciste, pero, por más enfermizo y retorcido que suene, sigues siendo el único hombre en el que confío cuando está cerca de ella, por razones de seguridad, claro está.

—Su mirada era aguda al principio, pero luego se suavizó con sus siguientes palabras

— Siempre parecías protegerla de cualquier daño, y ese es el tipo de seguridad que necesito actualmente.

Jason se quedó atónito, sin poder creer lo que estaba oyendo. Sus labios se separaron antes de cerrarlos y frunció el ceño.

—Nunca he sido guardaespaldas, señorita Paula

—respondió finalmente

— No tengo ni la menor idea de cómo proteger a su hermana en una situación en la que le apuntaran con una pistola. Estoy seguro de que, si hablara con su padre, podría conseguir que alguien calificado hiciera el trabajo.

Las delicadas cejas de Paula se juntaron.

—Es justo eso. Mi padre no puede saberlo, ni Rosa puede saber que hay alguien que la cuida, por eso tú eres la única opción.

Su mirada morena se fijó en ella. "¿Cómo que no pueden saberlo?"

Ella resopló y se pasó una mano por el pelo, frustrada. "No puedo decírtelo". Cuando parecía que él estaba a punto de replicar, ella rápidamente agregó: "Pero lo que sí puedo decir es que tengo el mal presentimiento de que algo podría pasarle si nadie la cuida. Sé que estará a salvo en la clínica y el hospital. Pero es cuando está conduciendo o moviéndose por la urbanización lo que me preocupa. Nadie puede ayudarla si está sola".

Él permaneció en silencio, observándola mientras su paranoia parecía crecer detrás de sus ojos color chocolate oscuro. Era evidente que estaba preocupada por la seguridad de su hermana, y debía ser una gran preocupación para ella acercarse a él de entre todas las personas. Suspiró y se rascó la nuca.

"No veo por qué debería ser un problema vigilarla por la finca", se quejó. "Pero no sé mucho sobre el tema de la conducción".

Una pizca de esperanza y alivio se dibujó en sus ojos mientras lo miraba. "No te preocupes por eso. Me ocuparé de ello".

Jason se mordió el interior de la mejilla. "¿Cuánto tiempo se espera que siga haciendo esto?

¿Qué pasa con mi renuncia?"

—Bueno, hasta donde yo sé, tu renuncia no ha sido aceptada, por lo que seguirás trabajando para nosotros de forma permanente. En cuanto a cuánto tiempo... Lamentablemente, no puedo darte una respuesta al respecto, pero espero que no sea mucho.

Un silencio tenso los envolvió mientras Jason observaba cómo una expresión de desesperanza se apoderaba de su rostro por un momento, antes de que ella la ocultara rápidamente con una mirada dura. "Entonces, ¿tenemos un trato?"

Su mirada morena se desplazó hasta la mano extendida de ella. Lo pensó un momento. Sabía que Rosa no se sentiría cómoda estando cerca de él después de la forma en que la había tratado, y no podía culparla. Y aunque estaba haciendo todo lo posible por dejarla ir para que pudiera vivir su vida con un hombre que se merecía, todavía la amaba, y su seguridad siempre sería su prioridad.

Con ese pensamiento en mente, cruzó la corta distancia que los separaba y le tomó la mano con firmeza. "Trato hecho."

Capitulo 26

El brillante sol de la mañana se filtraba suavemente a través de las ventanas de vidrio y las cortinas abiertas del dormitorio de Rosa, sus cálidos rizos llenaban la habitación y se deslizaban hacia la cama tamaño king envuelta en suaves sábanas de satén. Los rayos dorados tocaban el cabello oscuro de la mujer dormida, haciéndolo brillar con un tono ébano brillante antes de acariciar sus ojos cerrados.

Rosa frunció el ceño en sueños y se quejó ante la luz inesperada, volviéndose para esconder su rostro en la funda de seda de la almohada. Suspiró y se relajó en su suave almohada antes de abrir los ojos de golpe y levantarse de un salto de la cama.

Su gran habitación estaba muy iluminada por el sol matutino que se reflejaba a través de las enormes ventanas, y entrecerró los ojos para protegerse de él. Un poco desorientada, se pasó una mano por sus rebeldes mechones oscuros y miró el reloj que había en la mesilla de noche. Jadeó y se levantó de la cama a toda prisa, casi tropezando cuando una de las mantas se le enredó en la pierna por la prisa.

"Llego muy tarde", susurró mientras corría hacia su vestidor y agarraba las primeras prendas que podía conseguir.

En un tiempo récord, se había cambiado de su pijama de seda por una falda tubo gris y una blusa color lima y salió corriendo de su habitación. Subió los escalones de dos en dos y estaba tan concentrada en el camino que casi se perdió los deliciosos aromas que flotaban en el aire o la voz que la llamaba.

—Ah, mi hermosa Rose. ¿Quieres desayunar?

—le gritó Martin mientras salía de la cocina.

Ella lo miró por encima del hombro mientras corría por el pasillo que conducía al garaje. "Lo siento mucho, Martin. ¡Pero llego muy tarde!"

Le pareció oírle murmurar algo en voz baja, pero no tuvo tiempo de comprender lo que dijo cuando entró al garaje y abrió el armario que contenía todas las llaves del coche.

Se quedó paralizada y abrió mucho los ojos. "¿Qué? ¡No, no, no! ¿Dónde están?", gritó mientras miraba el armario vacío.

¡Todas las llaves de sus veinte y tantos coches habían desaparecido!

Al borde de un ataque de pánico, sacó el teléfono de su bolso y llamó al número de su hermana. Contuvo la respiración y esperó. Cada timbre parecía durar una eternidad mientras jugueteaba con el volante de la manga de su blusa.

" Hola ?"

Rosa casi suspiró aliviada. "Izzy, ¿dónde están?"

" ¿ Dónde está qué ?"

—¡Las llaves del coche! ¡Han desaparecido todas!

—gritó, al borde de la histeria.

"¿ Llaves? Ah, sí. Martin llamó diciendo que las necesitaba todas porque quería cambiar algo en la seguridad. Estaba soltando un montón de términos sin sentido que ni siquiera podía empezar a entender ".

Rosa gimió y se pasó una mano por la cara con frustración. "Izzy, también me quitaste las llaves del auto y tengo que estar en la clínica en.…"

—miró su reloj

— "¡quince minutos!"

Escuchó a su hermana jadear. " Lo siento mucho. Pensé que ya te habías ido " .

Rosa soltó un suspiro áspero, intentando controlar su ira mientras se pellizcaba el puente de la nariz. "Bueno, ¿qué voy a hacer ahora? Estoy rodeada de más de veinte autos, ¡y no puedo conducir ninguno porque sus llaves están demasiado lejos para que se desbloqueen automáticamente!"

Al otro lado del teléfono se quedó en silencio por un momento. " Siempre puedes pedirle a alguien que te lleve ", agregó Paula.

"¿Como quién?"

" ¿Quién en el complejo posee un vehículo? "

Rosa sintió que el corazón se le caía en el pecho hasta el estómago. En la finca solo había una persona que poseía un vehículo, e Paula sabía muy bien quién era.

—Gracias por tu ayuda

—murmuró y cortó la llamada antes de darle a su hermana la oportunidad de responder. Se quedó mirando el armario vacío con una mueca y los labios fruncidos. En realidad, no quería preguntarle, pero necesitaba ponerse a trabajar y tardaría demasiado en que alguien fuera a buscarla y la llevara a la ciudad.

Apretó los dientes y cerró la puerta del armario. Bueno, supuso que no tenía muchas opciones en ese asunto.

Necesitaba ponerse a trabajar: pasara lo que pasara.

…….

Jason la escuchó antes de verla, y su corazón tartamudeó en su pecho cuando el sonido familiar de sus pisadas llegó a sus oídos, pronto seguido por su voz dulce.

"Sí, estaré allí lo antes posible. Mientras tanto, puedes empezar a preparar todo para la operación, de modo que cuando llegue, podamos ir directamente al quirófano".

Agachó la cabeza mientras terminaba de enjuagar el biberón de Lucky. El potrillo estaba creciendo bien y era un potrillo muy vivaz y con un apetito acorde. Pero no tuvo mucho tiempo para pensar en eso, porque sintió la presencia de Rosa aparecer en la puerta detrás de él.

Colocó lentamente la botella en el tendedero y respiró profundamente, preparándose mentalmente mientras se giraba para mirar a la mujer que estaba parada en la puerta.

Perdió el hilo de sus pensamientos por un momento, fijándose en la forma en que su cabello despeinado caía sobre su cabeza y en cómo el estado sonRosado de sus mejillas le daba una tez Rosada, casi resplandeciente. Tragó saliva con fuerza, obligando a los pensamientos a salir de su mente.

"Buenos días", saludó con la voz un poco ronca.

—Buenos días

—respondió ella, mirando a todos lados menos a él.

Jason dudó, sin saber qué más decir. Era extraño que Rosa estuviera en los establos a esa hora, y no estaba seguro de cómo reaccionar ante esa aparición tan repentina, sobre todo cuando era evidente que ni siquiera podía mirarlo.

El corazón le dio un vuelco en el pecho, pero se obligó a dejar de lado esa sensación. En realidad, no podía culparla.

"¿Hay algo en lo que pueda ayudar?", preguntó lentamente.

Sus brillantes ojos de zafiro finalmente se encontraron con los de él. Permanecieron en silencio durante varios segundos, mirándose el uno al otro. Él separó los labios, pero no se le ocurrieron las palabras. Tenía tantas cosas que decir. Odiaba cómo habían terminado las cosas entre ellos y lamentaba la forma en que lo había hecho. Pero a juzgar por la tensión de su mandíbula y su expresión cautelosa, supuso que era mejor no abrir esa caja de Pandora.

De todos modos, iba a irse, aunque se hubiera retrasado un poco.

—Necesito que me prestes tu camioneta

—le espetó de repente Rosa.

Jason parpadeó, sin esperar esa petición. Levantó las cejas. "¿Por qué?"

Apretó los labios y murmuró en voz baja: "Mi hermana pensó que ya me había ido y se había llevado todas las llaves de los autos. Había algo que hacer con la seguridad. Así que ahora no tengo forma de llegar al trabajo".

Ah , pensó Jason, comprendiendo la situación. Así que ese era su plan .

Se aclaró la garganta, intentando disimular la sonrisa que amenazaba con aparecer ante el ingenio de la hermana mayor. "Ya veo. Bueno, eso no será un problema. Sólo que no creo que puedas conducirlo".

Ella lo miró con el ceño fruncido y adoptó una postura firme. "¿Por qué no?"

Jason se rascó la nuca mientras una sonrisa tímida y avergonzada se dibujaba en sus labios. "Mi camioneta es más vieja que yo, así que hay algunas cosas que no funcionan muy bien en ella".

El ceño fruncido de Rosa se suavizó para ser reemplazado por una mirada de preocupación. "¿Cómo?"

"Las marchas pueden ser bastante trabadas, y el acelerador a veces no se suelta a tiempo". Cuando vio la expresión de horror en su rostro, rápidamente agregó: "No te preocupes. Es absolutamente seguro conducirla, solo que lleva un tiempo acostumbrarse, y no creo que tengas mucho tiempo para ello en este momento".

Rosa miró su reloj y se mordió la mejilla. Realmente no tenía tiempo que perder. Con un suspiro, miró al hombre que tenía delante. "¿Es posible que me lleves entonces? Por favor. Necesito ir a trabajar".

Jason asintió.

—Claro. Está en la parte de atrás

—dijo y caminó hacia ella. Ella se hizo a un lado para que él pudiera pasar por la puerta y él percibió brevemente el delicado aroma de su perfume.

—Gracias, Jason

—murmuró mientras lo seguía.

Miró por encima del hombro, observó su expresión deprimida y se obligó a mirar hacia adelante una vez más. "De nada.

……

"Entonces, ¿este es el lugar?", preguntó Paula más tarde ese día mientras se inclinaba sobre el lado del conductor para mirar el edificio donde habían estacionado antes.

Henry la miró y asintió. "Según la licencia, este era el último propietario".

Ella lo miró a los ojos y, como se había inclinado hacia él para mirar el edificio, se sintió bastante pequeña en comparación con él. Era una sensación que debería haberla puesto nerviosa, considerando lo ancho y amenazador que parecía, pero todo lo que pareció hacer fue enviarle una sensación de masculinidad que le recorría la espalda.

Ella tragó saliva y se enderezó rápidamente, desviando la mirada. "Está bien, entonces vamos a ver qué tiene que decir".

Antes de que él tuviera la oportunidad de responder, ella ya había abierto la puerta y había salido del auto. Él no cuestionó sus movimientos abruptos mientras cerraba el auto y se acercaba a ella antes de entrar al edificio. Henry abrió la puerta para dejarla entrar primero.

La mirada oscura de Paula captó inmediatamente la pequeña oficina, que pareció encogerse aún más cuando el hombre que estaba detrás de ella cerró la puerta. Se dirigió al pequeño mostrador de recepción, donde una mujer de aspecto cansado tecleaba en su computadora.

La recepcionista los miró, se acomodó las gafas y sonrió. “Buen día, ¿en qué puedo ayudar?”

Paula le devolvió la sonrisa. "Hola, ¿por casualidad el señor Rotent está aquí esta mañana? Tenemos que preguntar por uno de sus coches".

La mujer asintió. "Sí, lo es. ¿Hay algo específico que le gustaría preguntarle?"

"No hemos venido a contratar", respondió Henry, acercándose a ella y mostrándole su placa. "Estamos aquí porque hay una investigación en curso que involucra a uno de los autos registrados a su nombre".

La recepcionista abrió mucho los ojos. "Oh, Dios. Está bien, veré si está disponible para atenderte. Un momento, por favor".

"Gracias", respondió Henry y observó a la mujer correr hacia una de las dos puertas ubicadas a poca distancia detrás del escritorio.

Llamó a la puerta de la izquierda, esperó permiso, luego entró y cerró la puerta detrás de ella.

La oficina estaba en completo silencio, salvo por el molesto *tictac* del reloj de la pared. Paula lo miró con enojo, deseando que se agotaran las pilas mientras se movía lentamente por la habitación. Era como un goteo incesante que resonaba en la habitación, y ella intentó ignorar el sonido mirando las diversas fotografías enmarcadas de coches antiguos y revistas de vehículos colocadas sobre una mesa de café.

Henry se había sentido claramente desconcertado por el hecho de que el equipo forense no pudiera encontrar ni un solo rastro de quién había estado en el coche, lo que había llevado a su única pista a un callejón sin salida. Incluso le había preguntado si estaba seguro de que era el mismo vehículo que habían visto esa noche. Él no le respondió, pero ella podía ver que las ruedas estaban dando vueltas en su cabeza. Le dijo que se fuera a casa entonces, diciendo que ya pensaría en algo.

Esta mañana, había llegado al hospital y le había dicho que había comprobado la matrícula y había encontrado al propietario actual, con la esperanza de tener un registro de quién había prestado el coche. Era una posibilidad remota, pero una posibilidad, al fin y al cabo.

El sonido de la puerta al abrirse llamó la atención de Paula, quien se giró para ver a la recepcionista salir de la habitación. La mujer les hizo un gesto para que fueran hacia la puerta abierta por la que había aparecido. "El señor Rotent los recibirá ahora".

"Gracias", dijo Paula con una sonrisa mientras seguía a Henry a la oficina.

Entraron en la habitación e Paula se acercó a él. Su mirada se posó en un hombre pequeño y flacucho sentado en una silla que parecía demasiado grande para su esquelética figura.

Él los miró por encima de sus huesudos dedos entrelazados y ella parpadeó ante su apariencia. Sus ojos pequeños y brillantes combinados con una nariz ganchuda le daban un aspecto un tanto peculiar. Junto con las mejillas demacradas y una mandíbula que parecía fundirse con su cuello, era bastante extraño a la vista.

"Buen día, señor Rotent. Gracias por aceptar reunirse con nosotros con tan poca antelación", comenzó Henry mientras se acercaba al hombrecillo que estaba detrás de un enorme escritorio de caoba que era demasiado grande para él.

La curiosidad pudo más que Paula y su mirada se desvió hacia debajo del escritorio. No pudo evitar reírse cuando notó que sus pies ni siquiera tocaban el suelo.

Henry le lanzó una mirada cuando la escuchó reír, y ella rápidamente la reprimió con los labios apretados.

"De ningún modo. ¿En qué puedo ayudarte hoy?"

Su voz suena ronca, igual que su apariencia... y su nombre , reflexionó Paula. Frunció el ceño cuando el pensamiento cruzó por su mente . Debo estar perdiendo el control .

"Mi nombre es detective JONES y ella es mi compañera, Paula. Uno de sus vehículos ha estado involucrado recientemente en una investigación en curso. ¿Puede responder algunas preguntas?"

Paula no sabía por qué se sentía tan extraña cuando él la presentó de esa manera. Sonaba muy íntimo y el hecho de que hubiera dicho su nombre no le pasó desapercibido. Por supuesto, la estaba presentando. No podía hacerlo diciendo su apodo, pero sonaba muy diferente escuchar su

nombre real en sus labios.

Ella no podía decir que no le gustaba.

"¿Qué coche es éste? Como puedes ver, tengo varios", parecía regodearse mientras señalaba los pocos coches aparcados en el aparcamiento detrás del edificio. Paula miró los coches y luego al hombre que parecía haber inflado el pecho como un pavo real en celo.

No era de las que menospreciaban el éxito ajeno. Poseer ocho coches era algo muy impresionante para una familia media, pero el brillo de altivez en sus ojitos brillantes casi le hacía querer hacerle saber quién era ella. Y la verdad era que ocho taxis amarillos no eran nada impresionantes comparados con el hecho de que en ese preciso momento tenía escondidas en su bolso las llaves de más de veinte coches deportivos de lujo.

"Es un coche que fue incautado recientemente. Esta es la matrícula".

La voz tranquila de Henry la sacó de sus pensamientos y ella observó mientras él le entregaba el papel.

El señor Rotent lo cogió y echó un vistazo a los detalles. Frunció el ceño después de leerlo y volvió a mirarlo. "Este coche sufrió un accidente hace meses. Era demasiado caro arreglarlo, así que se lo vendí a un caballero. Dijo que lo quería para piezas. Supongo que se las arregló para arreglarlo. No sé nada más que eso".

-¿Y cómo se llamaba este señor?

"Él nunca me lo dijo."

Henry frunció el ceño y su mirada se intensificó. "Bueno, fue muy descuidado de tu parte vender un vehículo con licencia como chatarra y no asegurarte de que se tramitara el registro, porque ahora eres uno de nuestros principales sospechosos en este caso".

El señor Rotent balbuceó y sus mejillas se tiñeron de un gris ceniciento mientras sus labios se apretaban formando una fina línea. "¡Pero eso es absurdo! Soy inocente de todo esto, te lo aseguro. ¡Inocente!"

Henry no se inmutó. "A menos que me des alguna prueba de que el coche se vendió, no tendré más remedio que llevarte a interrogatorio".

"¡Pero no puedo! Fue una venta en efectivo".

Henry sacó un par de esposas de su bolsillo trasero.

Los ojos de rata del hombre casi se salían de sus órbitas. "¡Espera! Puedo decirte cómo era el hombre si quieres saberlo".

Henry todavía sostenía las esposas en su mano, su mirada penetrante e implacable. "Estoy esperando".

El sudor cubría la frente del señor Rotent y rápidamente se secó el labio con un pañuelo.

—Cabello gris, ojos azul pálido. Bastante alto, pero definitivamente envejecido y con los hombros encorvados. Sinceramente, no pensé que alguien como él pudiera volver a poner en funcionamiento un coche en tan mal estado. Pero te aseguro que no me dijo su nombre. Simplemente entró en mi oficina, puso un fajo de billetes sobre mi escritorio y dijo que quería comprar el coche. No dijo nada más y no sentí la necesidad de preguntarle nada más.

Henry asintió lentamente ante las palabras del hombre y volvió a guardar las esposas en el bolsillo. "Gracias por su tiempo", dijo y se dio la vuelta, indicándole a Paula que se dirigiera hacia la puerta.

El señor Rotent se puso de pie. "Espera, ¿qué pasa conmigo? ¿Qué va a pasar?"

Henry se detuvo en la puerta y miró por encima del hombro. "Su declaración será tomada en cuenta. Le llamaremos si tenemos más preguntas".

Salieron de la habitación e Paula miró a la recepcionista, que inmediatamente intentó parecer inocente, pero era evidente que había estado escuchando a escondidas. Le dedicó una pequeña sonrisa mientras se despedían y salían del edificio.

—¿Y ahora qué?

—preguntó Paula una vez que estuvieron sentados en el auto de Henry.

Henry se reclinó en su asiento y exhaló lentamente por la nariz. "Ahora es cuestión de esperar".

En ella se desató una pizca de impaciencia. "¿Para qué? ¿Para que le pase algo más a mi familia?"

Su penetrante mirada color avellana la miró y se fijó en su mandíbula apretada y su mirada agitada. Suspiró y apoyó la cabeza en el reposacabezas del asiento.

—Fue una venta en efectivo y no sabía el nombre del hombre. Según la descripción que dio, hay al menos un millón de hombres mayores con esa apariencia. ¿Tienes una idea mejor?

En ese preciso momento, el estómago de Paula se hizo notar y se sonrojó de un intenso tono escarlata. "No puedo pensar con el estómago vacío", murmuró.

"Deberías haber desayunado", afirmó Henry.

Ella resopló. "¡Lo hice! Pero parece que cada vez que desayuno, lo único que consigo es más hambre".

—Entonces, ¿quieres ir a comer algo?

—ofreció.

"No me importaría", admitió en voz baja. "Creo que vi un centro comercial de camino hacia aquí".

Notó que Henry apretó los dientes ante esa declaración, pero permaneció en silencio mientras encendía el auto y lo sacaba del estacionamiento. No fue difícil encontrar el centro comercial que había visto, y él encontró un estacionamiento cerca de la entrada y luego apagó el motor.

Paula comenzó a salir del coche cuando se dio cuenta de que Henry no había pensado en hacer lo mismo. Frunció el ceño y lo miró. "¿No vienes?"

Henry la miró y luego miró el edificio que se alzaba detrás de ella. Apretó la mandíbula. "No".

Su ceño se profundizó. "¿Por qué no?"

Él simplemente negó con la cabeza, lo que la hizo hacer pucheros. "Te pagaré la comida si quieres", la persuadió.

Su mirada se fijó en ella y frunció el ceño. "Nunca esperaría que una dama pagara mi comida",

dijo con tono severo.

Paula resopló y salió del coche. "Está bien, señor testarudo. Te veré cuando regrese".

Aunque tuvo la tentación de hacerlo, no cerró la puerta de golpe. En cambio, la cerró con suavidad, pero con firmeza y luego comenzó a caminar hacia el centro comercial, ajustando la correa de su bolso en su hombro mientras caminaba. Pensó en traerle algo de comer de todos modos, sabiendo que, si hubiera desayunado, habría sido hace varias horas. Y un hombre de su tamaño seguramente tendría hambre pronto.

Ella frunció el ceño mientras miraba el imponente edificio que se alzaba frente a ella. No podía entender por qué él no quería unirse a ella. No era tan molesta, ¿verdad?

Pero no tuvo mucho tiempo para pensar en ello, ya que sintió una presencia que se acercaba por detrás. Miró por encima del hombro y sonrió al hombre, que parecía melancólico. "Entonces, ¿decidiste unirte a mí?"

Henry frunció los labios mientras miraba el edificio. "Terminemos con esto de una vez", murmuró con la mandíbula apretada mientras casi pasaba junto a ella y entraba al centro comercial.

Parpadeó ante esa disposición un tanto extraña, pero hizo caso omiso de la observación. Los mendigos no pueden elegir, y ella admitirá que en secreto estaba muy feliz con el resultado.

……..

"Bueno, eso fue mucho mejor de lo que esperaba", afirmó Paula mientras se reclinaba en su asiento con un suspiro de satisfacción, mirando el plato vacío frente a ella.

Aunque Henry se había unido a ella, no pidió nada para comer, solo un vaso de agua sin hielo. Paula tuvo que reprimir un escalofrío. Nunca podría entender cómo alguien podía beber agua a temperatura ambiente a menos que acabara de hacer ejercicio extenuante.

"¿Eso será todo por hoy?" preguntó el camarero mientras se acercaba a su mesa.

Paula lo miró mientras terminaba de secarse las comisuras de los labios con una servilleta. "Sí, gracias. Puedes traer la cuenta".

El camarero asintió y tomó el plato y los vasos vacíos de la mesa. Paula suspiró mientras se reclinaba en su asiento una vez más. Aunque el hambre ya no le roía el estómago, todavía no se le había ocurrido pensar en lo que harían con la investigación.

Miró al hombre que estaba sentado frente a ella. La expresión de Henry parecía tensa desde el momento en que entró al centro comercial, y ella solo podía suponer que estaba pensando en posibles alternativas al caso. Pero aun así, había algo en la rigidez con la que llevaba los hombros que no le sentaba bien. Algo lo estaba molestando y eso también la hacía sentir incómoda.

"Aquí tiene. ¿Quiere pagar en efectivo o con tarjeta?", preguntó el camarero cuando regresó, con el billete en una mano y la máquina de tarjetas en la otra.

"Dinero en efectivo."

"Tarjeta."

Paula miró a Henry con el ceño fruncido.

—Henry...

—Yo pago

—dijo y tomó la cuenta de la mano del camarero para mirar el importe.

Su ceño se profundizó y miró al camarero que estaba de pie, incómodo, a su lado. "Te llamaré cuando lo hayamos decidido", lo despidió antes de volver a mirar al hombre testarudo que estaba frente a ella. Lo miró con enojo cuando lo vio sacar su billetera. "Henry, no. Te pedí que me acompañaras. La etiqueta social exige que yo pague".

Ella extendió la mano por encima de la mesa y agarró el otro lado del billete, pero él no lo soltó.

Sus ojos color avellana se clavaron en los de ella y su expresión era severa mientras apretaba con más fuerza el papel.

—Princesa...

—dijo en voz baja.

Paula hizo una pausa en sus movimientos y sus ojos oscuros se encontraron con los de él. Apretó los dientes, odiando la forma en que sus miembros repentinamente se sintieron débiles cuando sus miradas chocaron. Hizo un gran esfuerzo para apartar esa sensación y murmuró con la mandíbula apretada: "No".

Henry miró el billete que había entre ellos antes de volver a mirarla. Tiró del billete y, como ella se negaba obstinadamente a soltarlo, también se sintió atraída hacia él. Su mirada no se apartó de ella mientras acercaba su rostro al de ella.

"Déjame pagar."

Parecía congelada en el sitio, con sus labios Rosados y carnosos entreabiertos por la sorpresa ante su movimiento atrevido e inesperado. Estaba tan cerca de ella ahora que con la luz natural que se filtraba a través de las grandes ventanas, podía distinguir cada pequeño detalle de sus rasgos. Su mirada se desvió de las motas doradas de sus ojos a la ligera curva de su nariz. Sus cejas se juntaron mientras pensaba, preguntándose cómo se la había roto en el pasado.

Entonces su mirada se encontró con la de él, y continuaron mirándose el uno al otro mientras una figura se movía a su lado.

"Es vergonzoso", murmuró una voz grave.

Paula parpadeó y se inclinó lentamente hacia atrás. Se dio vuelta y vio a un anciano que la miraba fijamente. Debía de tener unos setenta y tantos años, con el pelo blanco y una figura encorvada. Su rostro estaba arrugado alrededor de los ojos y la boca, y sus gruesas cejas blancas estaban fruncidas en un gesto severo y desaprobador, mientras sus delgados labios se retraían para burlarse de ella.

"¿Disculpe?" preguntó ella levantando una ceja.

La mirada gélida del anciano se cruzó con la de ella, y ella parpadeó ante la mirada altiva de sus ojos mientras la observaba desde detrás de sus gafas. "Eres la hija de ese multimillonario, ¿no? Qué triste que las supuestas mujeres de 'clase alta' de la sociedad ahora pierdan el tiempo retozando con cualquier extraño de la calle".

Paula entreabrió los labios, sorprendida por la franqueza del hombre. "Lo siento, pero

¿quién…?"

"¿Te das cuenta de que estás influyendo a toda una generación de jóvenes para que acepten la infidelidad como si fuera el aire que respiramos? ¿Te paras a pensar en tus acciones?"

Paula se quedó tan sin palabras ante este ataque inesperado que no respondió. El hombre desconocido lo tomó como una señal para continuar. "No, porque estás acostumbrada a que el dinero de papá te ahorre cada vez que cometes un error. Solo puedo preguntarme qué diría tu novio Massimo si se enterara de este pequeño encuentro. ¿Cómo crees que se sentiría con tu infidelidad?"

De repente, Paula perdió la voz. La garganta le ardía al cerrarse sobre sí misma y, sin querer, lágrimas calientes le pincharon el fondo de los ojos.

El anciano la miró con un ceño tan condescendiente que ella se sintió muy pequeña ante él. Su mirada gélida se entrecerró y ella solo pudo comparar la sensación que le produjo con la de un pobre salmón atrapado en la mirada de un águila pescadora. Su presencia no se parecía a nada que hubiera sentido antes, condescendiente y llena de importancia personal. Y parecía venir armado con la intención expresa de humillar y ridiculizar.

Cuando ella no dijo nada, el hombre puso los ojos en blanco y se burló de ella: "Eres repugnante".

Henry se puso de pie al instante, con su mirada penetrante clavada en el anciano que tenía delante.

—Creo que has dejado claro tu punto de vista. Puedes retirarte ahora

—dijo en un tono controlado. Cuando el hombre no hizo ningún gesto de moverse, la mirada de Henry se entrecerró hasta convertirse en una mirada fulminante

— Ahora ...

El hombre todavía parecía reacio a irse, pero cuando sus pálidos ojos azules se posaron para ver los dedos de Henry curvarse en un puño, frunció los labios y se fue sin decir otra palabra.

Paula no miró a Henry a los ojos y mantuvo la vista fija en la cuenta que tenía delante. Sus labios temblaban y las lágrimas brotaban más rápido de lo que podía parpadear para que se desaparecieran. El camarero empezó a balbucear disculpas mientras regresaba a la mesa, pero una rápida réplica de Henry lo silenció mientras le entregaba unos cuantos billetes al hombre.

Se sobresaltó cuando sintió que una mano grande la rodeaba del brazo y levantó la mirada, sorprendida y lloRosa, hacia Henry. Él frunció el ceño, observando sus ojos doloridos y su nariz enrojecida mientras sus hombros empezaban a temblar. Con una gentileza que parecía extraña para su apariencia, la instó a ponerse de pie, se quitó la chaqueta y se la puso sobre la cabeza antes de acurrucarla a su lado.

Paula hizo todo lo posible por mantener sus sollozos y su hipo en silencio mientras hundía la cara en la camisa de él y se dejaba llevar fuera del establecimiento. Sabía que la gente la estaba mirando y se sentía mal por tener a Henry a cuestas en ese estado lamentable, pero incluso así, no pudo obligarse a bajar la chaqueta que le ocultaba el rostro.

Él caminaba con calma y aplomo, con un brazo alrededor de su pequeña cintura mientras que con el otro sostenía su nuca para mantener su rostro presionado contra su pecho. Ella podía

escuchar el rápido latido de su corazón debajo de su oído y el calor de su cuerpo la envolvía con la ayuda de su chaqueta. El aroma de la madera de pino la calmaba considerablemente.

Ella permaneció acurrucada bajo su brazo mientras él la guiaba hacia su auto. Hizo una mueca de dolor al sentir de repente un metal frío que presionaba su costado, pero se relajó cuando se dio cuenta de que él solo la había colocado al lado de su auto. Sorbió y trató de secarse las lágrimas, pero fue en vano, ya que los sollozos comenzaron a atacar su cuerpo estresado.

Las palabras del hombre resonaron en su mente y cerró los ojos con fuerza mientras el miedo y el pánico se apoderaban de ella. ¿De verdad había estado coqueteando con Henry? Sabía que no, pero debía haberlo parecido.

Un jadeo de dolor escapó de sus labios. ¿De verdad se estaba volviendo como Clara?

Con los dedos como si fueran un torno, apretó con más fuerza la chaqueta cuando se dio cuenta de que Henry intentaba quitársela. "Princesa", murmuró Henry mientras intentaba quitársela, pero ella solo la sujetó con más fuerza, sacudiendo la cabeza.

—No quiero que me veas... así

—tartamudeó en un susurro temeroso, mientras su hipo hacía que su voz sonara entrecortada.

—No me importa cómo te ves; sólo quiero verte

—respondió él en un tono tan suave que la hizo detenerse.

Ella negó con la cabeza un momento después, y el hipo sacudió todo su cuerpo. "Es... vergonzoso", dijo, negándose de nuevo a su pedido por miedo a tener que enfrentarse a él.

Henry se quedó callada por un breve instante antes de sentir unos brazos grandes y fuertes que la rodeaban y la atraían hacia su pecho firme. "Déjame verte", murmuró cerca de su cabeza.

La sensación de consuelo que le dieron sus brazos fue indescriptible, y no se resistió cuando sintió que una de sus manos se movía para quitarle la chaqueta de la cabeza y colocarla sobre sus hombros. Paula juntó los labios y bajó la mirada al instante, mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas como una tormenta de verano. Se inclinó hacia delante para apoyar la frente contra su pecho firme, mientras sus rodillas luchaban por soportar el peso adicional de sus emociones sobreexcitadas.

Se llevó una mano a los labios, intentando detener el movimiento de su pecho mientras las lágrimas seguían cayendo en cascada por sus mejillas. La mano de Henry dejó de sujetar la chaqueta para acunar la parte posterior de su cabeza. Su toque, tan suave y cariñoso, solo pareció hacerla llorar más fuerte, y ella intentó apartar sus manos de ella.

—Respira, princesa

—murmuró, ignorando sus inútiles intentos de distanciarse de ella, y la observó inhalar profundamente como si fuera la primera.

Él permaneció en silencio frente a ella, observándola con atención mientras ella finalmente comenzaba a calmarse. "¿Hay algún lugar al que te gustaría ir?", preguntó suavemente mientras la miraba con ojos tiernos.

Paula se lamió los labios y sorbió, pero no lo miró mientras susurraba en voz baja: "A donde sea que vayas cuando te sientas así".

Henry pensó por un segundo ante de asentir. "Está bien".

Con el brazo que todavía rodeaba su pequeña cintura, la alejó del auto para poder abrir la puerta del pasajero. La ayudó a sentarse y luego le colocó su chaqueta sobre el frente como si fuera una manta improvisada, asegurándose de que la cubriera lo mejor posible.

Paula lo observó hacer todo esto en silencio y tomó con gentileza los pañuelos que le ofrecía. Era una paradoja, y ella no se dio cuenta de lo de cerca que lo estaba mirando hasta que su mirada color avellana se fijó en la de ella. Él dudó antes de extender la mano para acariciarle la mejilla, y su áspero pulgar le secó algunas lágrimas.

"Sé exactamente el lugar que necesitas", murmuró.

Paula rompió la mirada con un gesto de la cabeza y centró su atención en su regazo. Lentamente, casi a regañadientes, Henry se enderezó y cerró la puerta. Paula apretó los labios cuando una inesperada sensación de vergüenza la invadió y su mirada lloRosa siguió la figura de Henry mientras caminaba hacia el lado del conductor del coche.

Mientras se acomodaba en su asiento, encendió el motor y puso la marcha atrás. Cuando se giró para mirar por la ventanilla trasera, su mano se posó detrás de la cabeza de ella, que estaba en el asiento, y ella apretó los labios formando una línea apretada ante las emociones que un acto tan simple le despertaba.

En ese momento supo que había cometido un error al aceptar su oferta, porque simplemente había tropezado y caído en algo muy prohibido. Y no estaba segura de cómo saldría de allí.

Capitulo 27

Un silencio incómodo se había instalado en Henry e Paula mientras viajaban. Bueno, tal vez sólo fuera incómodo para Paula, que todavía estaba superando la vergüenza de ser un desastre de sollozos frente a un hombre al que debería considerar un extraño. Pero él no se lo había mencionado ni una vez, y por eso estaba agradecida.

Durante la última hora que Henry condujo, se sentó firmemente frente a la ventana, observando cómo los enormes rascacielos y las aceras bulliciosas daban paso lentamente a caminos abiertos y vegetación. Varias veces durante el viaje había pensado en pedirle a Henry que la llevara de regreso al hospital, después de darse cuenta de que estar continuamente en su compañía le estaba haciendo mucho más daño que bien.

Pero por alguna razón desconocida, sus labios no parecían capaces de formar las palabras. Así que se sentó en un silencio terrible, haciendo todo lo posible por disimular lo incómoda que se sentía al estar tan cerca del hombre que parecía haber captado su atención sin ningún esfuerzo.

Era algo que la había asustado. No esperaba que sintiera algo por él, y menos en tan poco tiempo. Y ese miedo, pensó, era lo que le impedía pedirle que regresara. Él le preguntaría por qué había cambiado de opinión de repente, y ella no podía explicarle el motivo, porque decirlo en voz alta sería un duro reconocimiento, y eso era algo que ella no estaba preparada para oír.

También era algo que ella nunca permitiría que saliera de sus labios.

"Estamos aquí", la suave voz de Henry la sacó de sus pensamientos y parpadeó mientras se concentraba en sus alrededores.

Actualmente estaban situados en un estacionamiento, y a su alrededor se alzaban grandes montañas cubiertas de espeso follaje.

—¿Una cadena montañosa?

—preguntó ella, mirando al hombre que estaba a su lado. Pero apartó la mirada inmediatamente en cuanto su mirada se cruzó con la suya.

—Sí. Querías saber adónde voy

—hizo un gesto hacia la naturaleza que los rodeaba

— Aquí es.

Ella asintió lentamente y lo observó mientras salía del auto antes de hacer lo mismo. "Entonces, ¿vas a caminar por las montañas?", preguntó mientras cerraba la puerta del auto detrás de ella, dejando su manta improvisada en el asiento.

"No hay nada como esto", admitió mientras rodeaba el auto para llegar a su lado. "¿Lista?"

En cuanto estuvo cerca, Paula sintió que el corazón se le aceleraba en el pecho. Inhaló profundamente para calmarse y asintió.

Salieron del estacionamiento y entraron al bosque por el sendero principal. El sol que se filtraba a través de las hojas de un verde vibrante le calentaba la coronilla mientras caminaba, y el rico

olor a tierra que venía después de la lluvia era fresco en el aire, llenando sus pulmones y tranquilizando su mente.

Estaba agradecida de haber decidido vestirse de manera informal hoy, ya que comenzaron a subir una pendiente bastante pronunciada. No pasó mucho tiempo antes de que su respiración comenzara a salir en jadeos ásperos que intentaba desesperadamente ocultar fingiendo que admiraba la vista cada dos minutos.

Ella sabía que Henry podía ver a través de su engaño, pero estaba demasiado orgullosa para admitir que tal vez había estado o no consumiendo más dulces de lo habitual, y que su ropa se sentía un poco más apretada alrededor de las caderas y la línea del busto.

Pero aunque su falta de forma física era evidente, no le impidió contemplar la naturaleza que las rodeaba mientras ascendían la montaña. Respiró profundamente otra vez, dejando que los aromas calmantes de la naturaleza la envolvieran mientras caminaban. Y aunque empezó a sentir que le ardían las piernas por el esfuerzo, era innegable que poco a poco se le quitaba un peso de encima y todo el fiasco del centro comercial casi la dejó completamente aturdida por una pequeña observación.

"¿Qué pasó allí en el centro comercial?" preguntó, intentando ocultar lo mejor que podía lo que sentía sin aliento.

—¿Qué quieres decir?

—preguntó Henry, mirando por encima del hombro para mirarla.

Paula tuvo que disimular su ceño fruncido al ver lo relajado y a gusto que parecía, aunque estaba segura de que parecía estar cerca de padecer asma. "En el centro comercial estabas muy tenso. ¿Pasó algo?"

Henry miró hacia delante una vez más, pero no lo suficientemente rápido como para que ella no viera la expresión de su rostro. "No pasa nada, por así decirlo", afirmó en voz baja. "Simplemente no me gustan demasiado los edificios cerrados y apiñados".

Paula parpadeó ante eso. "No me había dado cuenta de que eras claustrofóbica", admitió.

"No diría que es claustrofobia, sino más bien postraumático".

Ella hizo una pausa. "¿Postraumático?"

Como si hubiera percibido la expresión de su rostro, Henry se detuvo. Ella lo observó mientras miraba a su alrededor antes de señalar una gran roca que sobresalía de la tierra fértil junto al camino. Paula lo observó caminar hacia un costado antes de subirse a ella. Lo observó cambiar de posición antes de agacharse y pedirle que tomara su mano.

Ella dudó antes de permitir que su mano estrechara lentamente la de él. Cuando su piel tocó la suya, sintió que sus terminaciones nerviosas se incendiaban y casi arrancó su mano de su agarre, pero sus dedos ya habían envuelto su delicada mano, manteniéndola prisionera de los sentimientos que evocaba en lo más profundo de ella.

Sin apenas esfuerzo, la levantó y la subió a la roca. Su mano todavía sostenía la de ella mientras ella recuperaba el equilibrio sobre la superficie lisa y se sentaba lentamente a su lado.

Tan pronto como ella estuvo sentada, él soltó su mano para recostarse y colocar sus manos detrás de su cabeza. Paula permaneció sentada, observando cómo él cerraba los ojos, inhalaba profundamente y luego los abría lentamente para contemplar el exuberante dosel de hojas que había sobre ellos.

"En algún momento de mi carrera trabajé mucho en el control de disturbios", dijo en voz baja, mientras su mirada se desviaba lentamente hacia ella. "Estar en lugares concurridos y congestionados me recuerda eso".

Paula sintió que la culpa se filtraba en sus venas y miró hacia otro lado. "No lo sabía. Deberías haberme dicho que no te sentías cómoda yendo, lo habría entendido".

Ella lo oyó encogerse de hombros. "Tenías hambre".

"No tengo tanta hambre", murmuró.

"Ahora ya no importa. Hemos venido aquí para relajarnos, no para revivirlo una y otra vez".

—Supongo...

—Paula se quedó en silencio, llevando sus rodillas hacia su pecho y envolviendo sus brazos alrededor de sus piernas.

Oyó que Henry se estiraba a su lado y, como si sus ojos tuvieran mente propia, miró para ver cómo su fuerte figura se movía como un gato ágil. Sus ojos se dirigieron hacia abajo y tragó saliva cuando notó la funda de su pistola con el arma plateada atada en su interior.

Paula a menudo olvidaba que él siempre llevaba un arma encima, y eso era algo que debería haberla puesto nerviosa. Después de todo, ella apenas sabía nada sobre él y allí estaba ella, confiando ciegamente en él y alejándose con él hacia un bosque.

Tan cliché como cualquier película de crímenes que existe .

Ella frunció los labios y se obligó a apartar la mirada. El sol de verano caía sobre ella a través de las hojas y sintió que una repentina oleada de somnolencia la invadía. Estaba segura de que tenía que ver con su pequeño episodio y con la caminata bastante extenuante para llegar a ese punto de la montaña, pero se negó a tumbarse en la roca junto a Henry.

Él podía sentirse completamente a gusto, pero eso no significaba que ella también lo estaría si hacía algo así. Era un gesto demasiado íntimo como para que ella se sintiera cómoda haciéndolo.

Suspiró lentamente mientras sacaba el teléfono del bolsillo para mirar los mensajes y se desanimó una vez más cuando se dio cuenta de que no había mensajes de Massimo. Frunció el ceño. No sabía qué estaba pasando con él últimamente, pero era como si de repente hubiera desaparecido de la faz de la tierra.

De acuerdo, ella sabía que él había ido a Miami por algún asunto de negocios, pero ¿realmente le haría daño si al menos respondía a sus mensajes? No quería parecer desesperada, pero necesitaba a alguien que la ayudara a no pensar en las emociones conflictivas que parecían estar latentes bajo la superficie.

"Él no te ama."

Paula frunció el ceño y miró por encima del hombro para ver que los ojos color avellana de Henry la miraban directamente. "¿Qué?"

Señaló el teléfono.

—Massimo, él no te ama.

Ella apretó los dientes y una ira inesperada salió a la superficie. "No sabes de lo que estás hablando".

Él arqueó una ceja ante su repentina actitud fría. "¿Ah, ¿sí? Entonces, supongo que mi suposición de que ustedes dos no eran oficiales es errónea".

Paula no debería haberse sorprendido por ese comentario. Nada parecía pasar por alto a Henry, por lo que su declaración apática la irritó, y respondió en voz baja y desafiante: "Conozco a Massimo desde hace mucho más tiempo que tú. Y aunque admito que aún no somos oficiales, creo que es seguro decir que sé más sobre él que tú".

"No necesito conocerlo para saber cuándo un hombre no está interesado en una mujer".

Su comentario y la forma casual en que lo dijo le parecieron una bofetada inesperada. Ella torció los labios para mostrar su desagrado. "En realidad estaba empezando a relajarme. Por favor, no lo arruines con tu negatividad".

Henry frunció el ceño y levantó el torso con los codos.

—¿Crees que miento?

" Sé que estás mintiendo."

"Bueno, no lo estoy."

—Entonces, ¿qué te hace pensar eso?

—replicó ella, arqueando una ceja.

"Porque no..."

"Confía en él. Sí, lo sé. Ya me lo has dicho. Ahora dame una respuesta real".

De repente, Henry se sentó y ella se dio cuenta de que había estado mucho más cerca de ella de lo que había pensado en un principio, ya que su rostro estaba ahora a un suspiro de distancia del suyo. Sus penetrantes ojos color avellana estaban centrados sólo en ella, y la personalidad bravucona que ella había adoptado se evaporó en el aire cuando su cuerpo corpulento se alzó sobre su figura mucho más femenina.

—¿Quieres una respuesta real?

—preguntó en voz tan baja que ella la sintió en la médula de los huesos. Su mirada penetrante recorrió brevemente sus rasgos, pensativa, antes de volver a sus ojos

—No te protegió, ni siquiera fue un poco posesivo contigo cuando me vio hablando contigo el día que nos conocimos.

—¿Y qué tiene eso que ver con todo esto?

—preguntó, sintiendo como si una nube la hubiera cubierto por la proximidad de Henry.

—Tiene que ver con todo, princesa. Los hombres tienen dos funciones principales innatas: proteger y cuidar de quienes les importan. Él no se mostró protector ni posesivo contigo en absoluto cuando te vio en mi presencia y estábamos muy cerca. ¿Recuerdas?

Paula se lamió los labios repentinamente secos, recordando con toda claridad el día en que se conocieron. Y no pudo evitar que el calor les subiera a las mejillas cuando se dio cuenta de que él también lo recordaba.

—Es porque confía en mí. Sabe que yo nunca...

—se quedó en silencio cuando la vergüenza la invadió de repente. Apretó los labios y miró hacia otro lado, acercando las rodillas al pecho.

Ella sintió su mirada calculadora en el costado de su rostro por un momento antes de continuar. "Sea como sea, es instintivo. Una manera de decirle a otros hombres que se alejen. Y especialmente cuando hay una mujer como tú involucrada..." hizo una pausa mientras sus ojos observaban su apariencia, "Un hombre sería un tonto si dejara que algo se le escapara al azar".

El calor floreció en sus mejillas ante sus palabras, y una timidez repentina hizo que su voz sonara dócil cuando dijo: "¿Cómo puedes estar tan seguro de tu insensible declaración sobre su aparente falta de sentimientos?"

De repente, él se acercó, tanto que a ella se le cortó la respiración. Sus ojos la miraron fijamente y una intensidad pareció arder en lo más profundo de él mientras murmuraba: "Porque si fueras mía, no habría reaccionado de la misma manera".

Sus palabras hicieron que su cuerpo se sintiera débil pero energizado al mismo tiempo, e hizo lo mejor que pudo para ocultar el efecto que tuvieron al decir: "Bueno, para ser honesta, no me gusta particularmente un rasgo posesivo en un hombre. Es una cualidad muy tóxica en mi opinión".

"No hay que confundir la posesividad con el deseo de proteger. Las tendencias posesivas son una señal de obsesión por algo porque se tiene miedo o existe el riesgo de perderlo. El deseo de proteger es cuidar lo que es propio. Y los hombres tienen otras formas de transmitir el mensaje sin que esto resulte en violencia. Las mujeres no son las únicas que tienen la sutileza a su disposición."

"¿Ejemplo?"

"Él no te tocó."

—¡Ajá!

—exclamó Paula

— Ahí es donde te equivocas. Nos abrazamos cuando le dije que mi mamá estaba embarazada.

Henry no se amilanó.

"Corrección. Tú lo abrazaste . Él no inició ningún contacto. De hecho, si no me falla la memoria, ni siquiera te rodeó con el brazo".

Ella sintió que algo de su confianza se debilitaba ante sus palabras, pero aun así intentó defender a Massimo diciendo: "Eso es porque estaba sosteniendo un café".

"Con una mano."

Paula sintió que su momento de victoria se acercaba y rápidamente apartó la mirada de él y cerró los ojos. No quería creer sus palabras. Se negaba a creerlas. Massimo sí se preocupaba por ella. Es cierto que aún no lo había dicho, pero Henry no sabía de qué estaba hablando. Apenas se conocían, por lo que nunca tendría una descripción precisa de su relación con Massimo... o cualquier tipo de relación que tuvieran.

Suspiró, sintiendo la amenaza de un dolor de cabeza inminente. "¿Puedes llevarme de vuelta al hospital, por favor?"

Él pareció dudar por un momento antes de asentir con rigidez y saltar de la roca. Se dio la vuelta y extendió la mano para sujetarla por la cintura. Paula apretó los dientes e ignoró las sensaciones que su tacto parecía provocarle mientras colocaba las manos sobre sus fuertes hombros. La bajó al suelo con facilidad y ella inmediatamente se dio la vuelta para empezar a caminar por el sendero, sin darse cuenta de que sus manos habían estado suspendidas brevemente sobre su cintura antes de finalmente regresar a sus costados.

…….

Paula sintió que la pesadez del día se aliviaba cuando su hermosa casa apareció a la vista. Aunque apenas pudo hacer ningún trámite oficial, fue un día emocionalmente agotador. Desde llegar a un punto muerto en la investigación hasta las duras palabras de Henry, sintió que podía simplemente derrumbarse en su cama y dormir durante una semana.

Aunque el caso la decepcionó muchísimo, las palabras de Henry no dejaban de rondarle en la cabeza. No era el hecho de que dijera que Massimo no la amaba lo que la irritaba, sino la forma en que lo decía. Como si fuera completamente obvio que no sentía nada por ella.

De acuerdo, tenía que darle a Henry el beneficio de la duda. Paula solo conocía a Massimo desde hacía unos pocos meses, tiempo apenas suficiente para que desarrollaran sentimientos tan íntimos el uno por el otro. Pero al mismo tiempo, las palabras de Henry le infundieron una pizca de duda.

Ella y Massimo se conocen desde hace tiempo y parece que él siempre ha dejado en claro lo que siente por ella, así que... ¿por qué no ha dado el siguiente paso? ¿Por qué no ha intentado hacerlo oficial todavía? Todo el mundo parecía estar murmurando sobre ellos desde que fueron vistos juntos el 4 de julio, tras las pocas fotografías de ellos en el aniversario de los padres de ella. ¿Por qué no quería poner fin a esos rumores?

Esos pensamientos le rondaban por la cabeza cuando la puerta del garaje se abrió para que entrara. Y cuando lo hizo, lo primero que vio fue a su hermana parada justo delante de su lugar de estacionamiento con los brazos cruzados sobre el pecho.

Paula entró en la casa despacio y aparcó el coche a unos metros de Rosa. Apretó los labios al notar la tensión en la boca de su hermana, el ceño fruncido y unos ojos que parecían dos charcos de azufre ardiente. Por su postura, Paula ya sabía que estaba de mal humor y tenía una buena idea de por qué.

Respiró profundamente cuando finalmente abrió la puerta. Rosa no dijo nada, pero sintió que su mirada le quemaba el costado del rostro mientras tomaba su bolso y cerraba el auto antes de finalmente enfrentarse a su hermana pequeña.

"¿Dónde están las llaves?" fue lo primero que preguntó Rosa.

—Bueno, hola a ti también

—respondió Paula mientras se ajustaba la correa en el hombro y caminaba hacia su hermana.

Los ojos zafiro de Rosa se endurecieron. "¿Dónde están?"

Un suspiro amenazó con salir de los labios de Paula mientras se quitaba el bolso del hombro y se lo entregaba a su hermana. "Ya está. Listo. Ahora quiero tomarme un buen y largo baño", dijo y caminó hacia la puerta que conducía a la mansión.

"Hablando de que ya terminaron", repitió Rosa mientras seguía a su hermana. "Como no quería volver a pasar por una experiencia terriblemente incómoda sentada en el mismo vehículo que Jason, hablé con Martin esta tarde".

Paula se detuvo brevemente y su corazón de repente se aceleró en su pecho. No respondió, pero comenzó a caminar un poco más rápido por el pasillo.

"Y me dijo que nunca se puso en contacto contigo para hablar de alguna medida de seguridad para las llaves. Entonces, dime, ¿en qué estabas pensando al llevarte todas las llaves de esa manera?"

—No tengo por qué darte explicaciones

—respondió Paula con voz entrecortada, mirando por encima del hombro y viendo a su hermana pisándole los talones.

—No estoy de acuerdo. Tengo todo el derecho a escuchar tu explicación después de que deliberadamente te llevaste todas las llaves de los autos y apagaste mi alarma, lo que me hizo llegar demasiado tarde para pedir un transporte alternativo y, por lo tanto, tuve que pedirle a Jason, de entre todas las personas, que me llevara. ¿A qué estás jugando, Izzy? ¿No has visto el dolor que he experimentado estas últimas semanas?

Paula suspiró y se detuvo. Se giró para mirar a su hermana pequeña con una mirada amable y comprensiva. "Por supuesto que sí".

Rosa frunció el ceño y apretó los labios.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

Sus labios se entreabrieron, a punto de responder, pero de repente se le cortó la voz. No podía explicarle por qué estaba haciendo lo que estaba haciendo. Sus padres tenían buenas razones para ocultarle el trauma de la infancia de Rosa, y ella no estaba en condiciones de decírselo.

Respiró profundamente y miró hacia otro lado. "No puedo... decirte por qué".

—No te preocupes. Ya lo sé.

El repentino y gélido tono de su voz hizo que Paula se detuviera y la mirara con las cejas levantadas. "¿Qué?"

"Sé lo que me has estado ocultando."

Paula se quedó atónita. "¿Lo sabes?"

Rosa se burló. "Claro que lo sé. ¿Crees que soy ciega?"

Los labios de Paula se abrieron como un pez, completamente estupefacta por el hecho de que su

padre le hubiera dicho algo tan delicado en los últimos días, cuando estaba empeñado en que ella nunca lo supiera. No solo eso, sino que se lo había tomado tan bien que ella ni siquiera se había enterado.

Una punzada de culpa resonó en su corazón. ¿Qué tan poco había estado prestando atención en casa?

Los hombros de Paula se relajan.

—Mira, Rosa. Está bien. Si quieres, puedo hacer que hables con alguien...

"¿De qué estás hablando?"

Paula hizo una pausa al notar la mirada confusa en el rostro de su hermana. Parpadeó. "Bueno, ¿a qué te refieres?"

Rosa puso los ojos en blanco. "Estoy hablando de tu pequeña cita con el detective".

La mujer mayor se quedó boquiabierta. "¿Disculpa?"

La dura mirada de zafiro de Rosa se volvió dura e inflexible.

—Oh, vamos. No te hagas ilusiones. ¿De verdad crees que mi cabeza ha estado tan nublada con mis propios problemas que no me he dado cuenta de lo que has estado haciendo estos últimos días? Te vi ese día en la cafetería del hospital, muy cerca y muy íntimamente mientras tomábamos café. Sin mencionar el hecho de que no estás sentada en el hospital cuando dices que lo estás, como hoy.

Sus palabras sorprendieron a Paula y su mente la llevó de inmediato a aquel día en la cafetería del hospital, cuando Henry le había dicho que el guardia que había sido asesinado había sido una trampa. Parecía que había sucedido meses atrás, pero en realidad sólo habían pasado unos días.

Pero cuando vio la expresión del rostro de su hermana y el tono acusador con el que se había encontrado con él, inmediatamente se puso a la defensiva. "¿Y qué pruebas tienes de eso?"

Rosa sacó su teléfono del bolsillo, lo desbloqueó y le mostró a Paula lo que había en la pantalla. "Me enviaron esto hoy".

Los ojos de Paula se abrieron de par en par y sus labios se abrieron en estado de shock por lo que vio. Estaba sentada en el auto de Henry y él estaba agachado frente a ella, sosteniendo suavemente su mejilla mientras la miraba. Sus rostros estaban cerca, apenas a una distancia de un suspiro el uno del otro mientras se sostenían la mirada.

Paula se quedó sin palabras mientras seguía mirando la pantalla del teléfono celular de su hermana. La foto había sido editada, eso estaba claro. No tenía la nariz roja como Rodolfo ni las mejillas manchadas de lágrimas; sus ojos ni siquiera estaban hinchados. Si no se hubiera sentido tan mortificada por lo que sugería la foto editada, se habría sentido muy impresionada.

"¿Quién te envió esto?" preguntó.

"Lo enviaron de forma anónima, pero él amenaza con ir a la prensa sensacionalista si no le damos lo que exige", respondió Rosa mientras guardaba su teléfono en el bolsillo.

Parecía que le inyectaran hielo en el torrente sanguíneo a Paula, y sintió que un sudor frío le inundaba el cuerpo. "¿Qué es lo que quiere?"

"Una cantidad enorme."

Paula se quedó sin palabras, completamente desprevenida por la imagen y la evidente desconfianza en el rostro de su hermana. "Rosa... eso no es lo que parece. Quienquiera que haya sido editó esa foto".

La ira llenó los ojos de la mujer más joven. "¿Ah, ¿sí? ¿Y cómo puedo creer en tu palabra cuando se ve tan claramente que ustedes dos se están haciendo amigos en su auto? ¡Por eso me obligaste a ir con Jason a trabajar, no es así? ¡Es porque estás demasiado involucrada en tu trabajo secundario como para preocuparte por mis propios sentimientos y querías que estuviera demasiado angustiada para lidiar con cualquier otra cosa!"

-¡Eso no es verdad! ¡Nunca te haría daño así!

—Entonces, ¿por qué lo hiciste? ¿Qué has estado haciendo que estás con él todo el tiempo?

Un sentimiento de derrota se apoderó de los hombros de Paula y bajó la voz a un suave murmullo: "No... puedo decírtelo".

"Y eso es porque te da vergüenza admitir que estás engañando a dos hombres", replicó Rosa sin perder el ritmo.

De repente, la ira se disparó en la sangre de Paula ante las palabras de su hermana. Le dolieron demasiado las manos para consolarlas con sus inseguridades, y no pudo evitar que sus labios respondieran con un tono igualmente frío. "¿Crees que soy mala? ¡Al menos no he tenido a un hombre atado durante años porque nunca tuve el valor de decirle lo contrario!"

La cara de Rosa se puso roja de ira.

—Eso es diferente y lo sabes

—susurró

— Greyson nunca entendió las indirectas, y no es como si yo estuviera en una relación seria con alguien en ese momento. Tú, por otro lado, casi estás saliendo con Massimo, pero sigues viendo a Henry en secreto. ¿Quién es el hipócrita de la lealtad ahora?

Las palabras de Rosa silenciaron a Paula, dejándola atónita y herida. Podía sentir la presión que se acumulaba detrás de sus ojos, pero se negó a reconocer las lágrimas.

No. Se negaba a creerlo. No estaba engañando a Henry. Le gustaba Massimo.

Rosa observó su expresión serena por un momento antes de entrecerrar los ojos y fruncir el ceño.

—No es propio de ti, Izzy. ¿Llegar tarde a casa, guardar secretos, mentir ? Has cambiado... y no para bien.

Paula no respondió a las palabras. En cambio, se dio la vuelta rápidamente y subió los escalones de dos en dos. Solo cuando estuvo fuera de la vista, comenzó a caer la primera lágrima, seguida pronto por muchas más.

-

Paula no cenó esa noche, sus emociones estaban demasiado perturbadas para que la sensación de hambre se hiciera notar. No sabía cuánto tiempo había estado sentada frente al espejo, mirando fijamente su reflejo borroso a través de las lágrimas. ¿Realmente había cambiado? ¿Realmente se

estaba volviendo como la mujer que despreciaba?

Ella frunció el ceño y su expresión reflejada se endureció. No. Ella no estaba cambiando. Ella seguía siendo la misma. Rosa solo conocía la mitad de la historia. No se dio cuenta de que todo lo que Paula estaba tratando de hacer era protegerla de enterarse de sus horribles recuerdos. Ella no había cambiado. Todavía era leal a Massimo. Pero esas emociones innecesarias que sentiría cada vez que estuviera cerca de Henry necesitaban desaparecer de inmediato.

Miró su teléfono y sus pensamientos giraban en torno a la foto que alguien había tomado de ella y Henry. Tenía que desaparecer antes de que el hombre tuviera la oportunidad de filtrarla al público. Ella no había cambiado, pero no podía permitir que otras personas pensaran que sí.

Abrió el teléfono para ver sus contactos y su mirada oscura recorrió los nombres antes de fijarse finalmente en el de Massimo. Él sería la persona indicada a la que pedir ayuda para hacer desaparecer la foto. Era el especialista en relaciones públicas de la empresa de su madre. Si no podía, al menos debería tener algunos contactos que pudieran ayudar. Lidiar con los problemas sociales era su forma de ganarse la vida.

Hizo una pausa y posó el dedo sobre el número. Sus labios se torcieron en una mueca. Pero ¿cómo explicaría una imagen así? Si ni siquiera su propia hermana la creía...

Con un suave gemido, volvió a dejar el teléfono sobre la mesa y se sujetó la cara con las manos. Inhaló con dificultad y se apartó el pelo de la cara. Solo había una persona a la que podía pedir ayuda.

Le tomó un segundo decidirse antes de ponerse de pie y abrir la puerta de su dormitorio. El oscuro pasillo estaba apenas iluminado por la luz de la luna que se filtraba a través de las grandes ventanas mientras caminaba lentamente hacia la habitación de su hermana. La luz estaba apagada cuando llegó a la puerta y dudó antes de agarrar suavemente el frío metal en su mano.

Paula abrió la puerta tan silenciosamente como pudo y asomó la cabeza por el pequeño hueco que había dejado. Su mirada oscura se posó en la figura dormida de su hermana, mientras su pecho subía y bajaba con respiraciones lentas y regulares.

La última vez que se había colado en la habitación de su hermana fue cuando canceló la alarma del teléfono de su hermana, y aunque su plan había funcionado, también había fracasado terriblemente de otras maneras.

Pero ella trató de no pensar en eso mientras se dirigía silenciosamente hacia el escritorio donde sabía que Rosa siempre dejaba su teléfono. Su madre era muy estricta con respecto a que durmieran con sus teléfonos cerca, odiaba la idea de la radiación tan cerca de ellos. Siempre necesitaban tener su teléfono a unos seis metros de la cama. Lo cual era muy molesto cuando habías puesto una alarma en el teléfono, ya que te obligaba a levantarte de la cama. Pero la había ayudado a apagar la alarma de su hermana.

A Paula se le hizo un nudo en el corazón cuando agarró el teléfono de su hermana. Supuso que había sido una maniobra deshonesta y que debería haber sabido que no podía engañarla. La joven no se estaba convirtiendo en cirujana solo por su apariencia.

Pero fue el motivo de Paula para hacerlo lo que le ofreció cierto consuelo, y cuando miró al otro lado de la habitación de su hermana hacia la cama donde yacía, aunque sabía que le dolía, supo que era lo mejor. Tenía que proteger a su hermana lo mejor que pudiera.

Al darse cuenta de que había estado parada demasiado tiempo, se guardó rápidamente el teléfono en el bolsillo y salió de la habitación en silencio. Tuvo cuidado de no hacer ruido al caminar, pues no quería despertar a sus abuelos, que estaban durmiendo en uno de los dormitorios de invitados, no lejos de las escaleras.

Le había sorprendido que no hubieran reaccionado a su discusión a gritos con su hermana esa misma tarde. No tenía ninguna duda de que la habían oído, pero probablemente pensaron que era mejor no involucrarse en una discusión tan intensa. Paula y Rosa siempre parecían resolver sus diferencias con relativa rapidez, pero Paula no estaba tan segura de que su hermana la perdonara con tanta facilidad esta vez.

Paula negó con la cabeza y se dirigió rápidamente al garaje. Se tomó un momento antes de decidirse por un motor más silencioso y subió al coche. En cuanto salió por la verja de la entrada de la finca, pisó a fondo el acelerador y el coche la empujó hacia atrás en el asiento mientras aceleraba por la carretera.

Su corazón parecía latir más rápido en su pecho a medida que se acercaba a la ciudad, y sus palmas se sentían un poco húmedas por la anticipación. Las calles todavía estaban transitadas a pesar de que eran casi las once en punto, y tardó un poco más de lo esperado en llegar al hospital.

Cuando lo hizo, encontró el primer lugar para estacionar que pudo y entró corriendo. Todos sabían quién era cuando entró y no se molestó en preguntar direcciones mientras avanzaba por el pasillo hacia las salas privadas.

Cuando llegó a la habitación de su madre, saludó al guardia apostado afuera. Él le devolvió el saludo con un gesto de la cabeza. Pero no intercambiaron palabras después de eso, ya que se detuvo para mirar por la ventana de la puerta. La habitación estaba en penumbra y apenas podía distinguir la figura de su madre todavía en el suelo.

Una opresión se apoderó de su pecho mientras la miraba. Todavía no había novedades y su estado no había cambiado ni un ápice desde el accidente. El de Oliver tampoco.

Tragándose el nudo que se le formó en la garganta, se concentró en la tarea que tenía entre manos y vio a su padre durmiendo en la segunda cama que habían traído para él. Paula se sintió un poco mejor por eso, esperando que al menos pudiera dormir unas cuantas horas decentes.

Abrió la puerta lentamente para evitar el mayor ruido posible y entró sin hacer ruido. Luego se dirigió al teléfono de su padre, pero el suyo estaba colocado junto a su cabeza y una pequeña sonrisa se dibujó en los labios de Paula. Solo podía imaginar lo que diría su madre si se despertaba y veía eso.

Si se despierta , pensó tristemente.

Dejando a un lado ese pensamiento morboso, tomó el teléfono en silencio y se dirigió hacia la puerta. Captó la mirada del guardia cuando salió de la habitación. Él no dijo nada, ni tampoco hizo falta que lo hiciera cuando el leve levantamiento de su ceja le dijo todo.

Paula desvió la mirada y se dio la vuelta, caminando por el pasillo mientras abría el teléfono de su padre. El hospital estaba en silencio y el pasillo vacío resonaba con el sonido de sus pasos mientras revisaba los contactos de su teléfono antes de encontrar finalmente el que buscaba.

Ella dudó, sus dedos temblaban por la ansiosa anticipación antes de fortalecer su determinación y marcar.

Mientras sonaba el teléfono, se apoyó contra la pared y se mordió la mejilla por dentro mientras esperaba. Recordó que su padre había llamado a Henry solo una vez antes y que habían sido necesarios varios timbres antes de que finalmente respondiera.

Ella todavía estaba pensando cuánto tiempo le tomaría responder, y se perdió por completo el hecho de que él había contestado hasta que lo escuchó preguntar: "Sr. Green, ¿está ahí?"

Paula inhaló profundamente y notó la ronquera en su voz profunda. "Soy yo", dijo suavemente, su voz sonó más dócil de lo que esperaba.

Hubo una breve pausa al otro lado de la línea. "¿Qué pasa?"

De repente, unas lágrimas le quemaron el fondo de los ojos y rápidamente miró hacia el techo, parpadeando con fuerza para apartarlas. "Tengo un problema".

"¿Estás bien?"

Paula sintió ganas de darse un puñetazo cuando esa pregunta hizo que una sonrisa se asomara a sus labios. Rápidamente la reprimió y asintió. "Estoy bien, pero alguien... me está chantajeando", susurró, mirando alrededor del pasillo vacío para asegurarse de que no había nadie cerca.

"¿Sabes quién es?"

—No

—susurró ella, con la voz empezando a temblar un poco

— Y eso es lo que me preocupa.

Oyó que alguien se arrastraba por el teléfono. "¿Dónde estás? Iré a buscarte".

Ella negó con la cabeza, pero entonces se dio cuenta de que él no lo vería. "No, no lo hagas. No quiero que nadie...", se quedó en silencio, incapaz de terminar la frase. Cerró los ojos y exhaló, apoyando la frente contra la pared. "¿Dónde puedo encontrarme contigo para que nadie escuche esto?"

"Mi lugar."

Paula sintió que el corazón se le paraba en el pecho y abrió los ojos de golpe, presa del pánico.

—No creo que sea una buena idea.

Oyó lo que parecía un suspiro de exasperación. "Bueno, es eso o voy a verte. Como estás llamando desde el teléfono de tu padre, supongo que estás en el hospital. Estaré allí en unos minutos..."

—No, no lo hagas

—suplicó, con una desesperación evidente. Respiró profundamente para recuperar la compostura, ignorando el hilo de excitación que se acumulaba en sus venas. Apretó los dientes antes de relajar la mandíbula y hablar de una manera decididamente más tranquila

—Está bien. ¿Dónde te quedas?

Capitulo 28

El fuerte aliento de un tren no podía igualar el vigor con el que latía el corazón de Paula cuando detuvo su coche más tarde esa noche. Tenía los labios secos y parecía que una piedra se había encajado en lo más profundo de su garganta, mientras sus manos agarraban con fuerza el volante.

Apagó el motor y las luces y observó cómo el mundo se sumía en la oscuridad, salvo por las luces parpadeantes de la calle que bordeaban la carretera a intervalos intermitentes. Su mirada color chocolate se dirigió a la casa que indicaba su GPS y, de repente, sintió las manos húmedas.

Cuando Henry le había dicho que fuera a su casa para poder hablar de la situación en privado, ella no esperaba encontrarse en un lugar como ese. No era el peor de los barrios, pero ciertamente no era uno en el que esperaba que se quedara un detective de primera clase.

Era... pobre.

Respiró con dificultad, con la esperanza de que esa simple acción calmara el ritmo acelerado de su corazón. Cuando abrió la puerta del coche, el aire fresco de la noche acarició al instante los oscuros mechones que enmarcaban su rostro, y agarró con fuerza su bolso mientras cerraba el coche con llave.

Sus pisadas irregulares resonaron en la noche silenciosa mientras caminaba por el asfalto hasta llegar a una pequeña cerca blanca con una puerta a juego. Alargó la mano hacia el pestillo y se detuvo, mirando la casa que tenía frente a ella.

Unas pintorescas piedras que rodeaban varias piedras grandes formaban el camino que conducía a una pequeña casa de una sola planta. Estaba demasiado oscuro para que ella pudiera distinguir el color apropiado de los paneles, pero supuso que era un tono café claro o algo similar. Un jardín de tamaño decente rodeaba la pequeña casa y, aunque estaba segura de que en algún momento había recibido un cuidado cariñoso, los años de abandono eran evidentes. Con una invasión de malezas en los parterres y setos horriblemente crecidos, no pudo evitar tomar nota del abandono y compararlo con los majestuosos jardines de su propia casa.

Su mirada profunda se dirigió de nuevo a la casa que tenía delante. Había una luz brillando en una ventana, pero las cortinas estaban corridas. Se preguntó si Henry todavía estaría despierto a esa hora. Sabía que le había dicho que fuera a verlo, pero era posible que se hubiera quedado dormido a esa hora. Era tarde y la hora comenzaba a hacer mella en su cuerpo y mente exhaustos.

Por un segundo, sintió que lo mejor sería dar media vuelta y regresar a casa. Le parecía totalmente inapropiado estar parada afuera de la casa de un hombre al que apenas conocía. Estaba entrando en su dominio, invadiendo su espacio seguro. Y a juzgar por la fuerza de su voz cuando le había hablado de proteger lo que era suyo (de alguna manera afirmando que era bastante territorial), esto era una clara violación de su espacio personal.

Pero el extraño temblor que sintió en el pecho hizo que sus pies se quedaran clavados en el lugar. Si a él le gustaba tanto su espacio, ¿por qué la había invitado?

Sus pensamientos volvieron a la foto, la razón por la que estaba parada en la calle a esa hora. Sabía que la foto había sido editada, pero no pudo evitar los temidos "¿y si...?" que surgieron en

su mente. ¿Y si Massimo nunca hubiera sido parte de su vida? ¿Y si ella hubiera conocido a Henry primero? ¿La habría mirado de la manera que la foto retrataba falsamente?

El sonido distante de voces alborotadas rompió la noche silenciosa y ella inmediatamente apretó su bolso. La aprensión inundó sus venas ante el ruido y fue eso, junto con el asunto urgente de la fotografía editada, lo que la impulsó a abrir la puerta. Miró a su alrededor, sin estar segura de si un perro feroz saltaría de repente de la nada. Pero el jardín estaba en silencio y casi podía oír la sangre corriendo en sus oídos mientras se dirigía lentamente hacia la puerta principal, mientras las voces de la calle aumentaban gradualmente de volumen.

Llamó dos veces a la puerta y esperó, cruzando los brazos sobre el pecho mientras observaba el mundo que la rodeaba. Las calles estaban tranquilas, pero su corazón se agitó cuando escuchó las voces que se acercaban y se reían a carcajadas.

Ella volvió a llamar, esta vez con más urgencia.

La puerta se abrió justo cuando se oyó la primera de las voces estridentes y ella se giró rápidamente para encontrarse cara a cara con Henry. Su cabello oscuro estaba alborotado y algunos mechones le rozaban la parte superior de los ojos mientras la miraba. Su enorme figura parecía empequeñecer el umbral, con sus gruesos músculos ocultos por un suéter negro y unos pantalones de chándal gris oscuro.

Su apariencia daba la ilusión de que acababa de levantarse de la cama, pero cuando sus ojos evaluadores finalmente se conectaron con los de él, la mirada regresó; la de ella era la de alguien que había estado despierto durante horas; intensa y enfocada solo en ella, completamente despierta.

Un silbido le atravesó los oídos y miró por encima del hombro para ver que el grupo de gente alborotada no era más que un grupo de adolescentes borrachos que habían llegado a la casa que estaba al lado de la de Henry. Se escucharon silbidos y comentarios burlones, pero no los escuchó todos porque el brazo musculoso de Henry la rodeó de repente.

Se quedó sin aliento cuando sintió que su pecho la atraía hacia sí y extendió las manos instintivamente para protegerse. Sus dedos helados tocaron la tela suave y cálida y levantó la vista, sorprendida por lo agradable que se sentía la mezcla de algodón suave y músculos firmes bajo sus palmas.

Su brazo se apretó alrededor de ella, acercándola aún más, su mirada se centró en el grupo de jóvenes frente a él con una advertencia firme.

Pero su interés por Paula pronto se vio interrumpido por la bestia de un coche aparcado al costado de la carretera frente a su casa. Paula miró por encima del hombro y escuchó la fascinación apreciativa de ellos antes de que la empujaran contra el pecho de Henry. Su brazo la sostenía cautiva mientras se alejaba de la puerta, obligándola a seguir su ejemplo antes de cerrar la puerta firmemente detrás de ellos.

Con el ruido de la gente afuera amortiguado por la puerta, todos sus otros sentidos se agudizaron en la atmósfera tranquila de su hogar, y de repente se dio cuenta doloRosamente del hombre que la sostenía. Su gran mano presionada contra la parte baja de su espalda parecía marcar su piel, la caricia del calor de su cuerpo como satén sobre la piel desnuda, sus piernas gruesas y musculosas encajonando la parte inferior de su cuerpo en su postura naturalmente protectora.

Todo era tan abrumador que solo se dio cuenta de que no había estado respirando cuando sus pulmones comenzaron a arder, exigiendo sustento. Inhaló profundamente y se arrepintió un momento después, cuando ese familiar aroma a colonia y algo más asaltó sus sentidos.

Ella levantó la vista lentamente, con los ojos muy abiertos. La mirada penetrante y color avellana de Henry se encontró con la de ella, con la mano libre apoyada contra la pared junto a la puerta principal. Sus labios se separaron, intentando encontrar algo que decir, pero el movimiento desvió la mirada penetrante de Henry hacia abajo y las palabras se perdieron.

El brazo que le rodeaba la cintura parecía atraparla como una trampa de miel, y el embriagador aroma de su colonia distraía su mente agotada más de lo que se atrevía a admitir. Como si percibiera el hilo de sus pensamientos, la mano que le quemaba la espalda la atrajo un poco más hacia él y le apretó las manos contra el firme pecho.

Paula no se movió, apenas respiró. Esas acciones eran tan poco propias de Henry que por un momento pensó que debía estar soñando. Pero la sensación del corazón palpitante bajo su mano derecha la hizo dudar de esa posibilidad, eso y el calor constante que tocaría la piel sensible de su cuello cada vez que él exhalara, lo que le provocaba escalofríos cada vez que lo sentía.

Después de lo que pareció una eternidad, Henry finalmente respiró profundamente, como si en ese mismo acto encontrara la fuerza para soltarla. "Lamento haberte hecho esperar", murmuró.

Su equilibrio se tambaleó cuando él dio un paso atrás, y odió la forma en que de repente extrañó el calor de su cuerpo sólido. Sus manos inmediatamente se sintieron como hielo, y rápidamente cruzó los brazos sobre su pecho, metiendo las manos debajo. Apretó sus labios en una sonrisa tensa, trabando las rodillas para que el temblor cesara. "Está bien. Sé que fue con poco tiempo de aviso", susurró, aparentemente incapaz de perturbar la tranquilidad de su hogar.

Henry frunció el ceño ante sus palabras y su expresión se tornó seria mientras se apoyaba contra la pared y se metía las manos en los bolsillos. "¿Qué pasó?"

Paula se mordió la mejilla y miró la bolsa que descansaba en el hueco de su codo.

—Mi hermana consiguió una foto de una fuente anónima

—hizo una pausa, eligiendo cuidadosamente sus palabras

— Era una foto tuya y mía en el centro comercial esta mañana, pero la editaron para que pareciera…

—Apretó los dientes, incapaz de completar la frase. Sacudió la cabeza y la ignoró por completo diciendo

— De todos modos, están amenazando con recurrir a los tabloides si no les pagamos la cantidad que exigen.

La observó atentamente por un momento, con la mirada indagadora. "¿Dónde está?"

Su mirada se entrecortó y rápidamente bajó la mirada hacia la bolsa. La abrió rápidamente y sacó el teléfono de su hermana para encontrar el mensaje y la foto que lo acompañaba. Cuando finalmente le ofreció el teléfono, su mano temblaba y supo que él lo había notado cuando su mirada se centró en sus dedos.

Afortunadamente, él no hizo ningún comentario sobre su clara aprensión y le quitó el teléfono.

Su rostro se iluminó con el suave resplandor de la pantalla mientras miraba la imagen y permaneció en silencio durante un largo rato. Paula sintió que el pánico comenzaba a crecer en su pecho cuanto más lo miraba.

"No veo nada malo en ello."

Sus palabras la hicieron vacilar y lo miró con incredulidad.

—¿Qué...?

—Massimo y tú no estáis juntos. No veo cómo esta foto puede tener un impacto tan grande

—respondió con tono despreocupado, moviendo el teléfono entre sus dedos.

Paula se sorprendió. "Pero ¿no ves cómo es?"

—Sí, lo hago

—afirmó, levantando su mirada color avellana para encontrarse con la de ella

— Como dije, no veo que esto genere mucho revuelo.

Su completa apatía hacia el tema de repente hizo que Paula quisiera arrancarse el pelo de la frustración. "¡Por supuesto que esto causará un gran revuelo, Henry!", exclamó, encontrando difícil no alzar la voz hasta convertirla en un chillido. "Todos creen que Massimo y yo vamos a ser pareja pronto, si no es que ya lo somos. ¿Qué pasaría si de repente me vieran acercándome y entablando una relación íntima con otra persona?"

"No deberías preocuparte por lo que piensen los demás. Yo no lo hago."

Paula suspiró y se pellizcó el puente de la nariz, colocando la otra mano en la cadera.

—Sí, lo sé, pero esto es diferente, Henry. Si mi familia ve esto, pensarán que soy como...

—se quedó en silencio, las palabras la ahogaban, se negaban a soltarse. Miró hacia otro lado y respiró con dificultad en un intento de calmarse. Mantuvo la mirada fija en el descolorido suelo de madera bajo sus pies y pronunció en voz baja:

—Por favor, haz lo que puedas para deshacerte de él.

Un silencio inquietante los envolvió. Podía sentir la mirada inquisitiva de Henry en un costado de su rostro, pero no lo miró a los ojos. Se sentía avergonzada de pedirle que se ocupara de algo así, y él solo la hacía sentir peor con su aparente renuencia a hacer algo al respecto.

Él inhaló profundamente y se enderezó, lo que hizo que su mirada se posara en su rostro. Ella vio un atisbo de resignación cuando él asintió levemente y se giró. "Si eso te hace feliz".

Henry no dijo nada más, ni siquiera la miró. Ella lo observó mientras se dirigía a la sala de estar y notó que el pelo de su nuca parecía estar bastante despeinado. Entonces le quedó claro que, de hecho, había estado dormido y se sintió aún más culpable por haberle pedido ayuda.

"Gracias", murmuró en respuesta y lo observó sentarse en un viejo sofá, con una computadora portátil ya abierta y funcionando.

Hizo un gesto apenas perceptible con la cabeza y conectó el teléfono a la computadora portátil. "Puedes sentarte. Esto llevará un rato".

Paula quiso preguntar cuánto tiempo sería «un rato», pero lo pensó mejor. Ya eran más de las

doce de la noche y no quería parecer impaciente preguntándole eso. Él había tenido la amabilidad de ayudarla a esas horas, así que no quería presionarlo.

Aunque no tenía ganas de sentarse, ya que sentía la espalda entumecida por las horas que había pasado detrás de un ordenador portátil, el cansancio inminente de haber dormido poco la obligó a sentarse en uno de los dos viejos sillones reclinables, dejando su bolso al lado. Echó un vistazo a la habitación y se fijó en los muebles desparejados que la rodeaban. Su mirada se detuvo en unas cuantas piezas antiguas, algunas de madera de cerezo y otras de roble teñido. Eran piezas preciosas hechas con un toque tan artístico que sintió que sería muy difícil, si no imposible, reemplazarlas. Una habilidad que ahora se ha perdido en el mundo de la modernización minimalista y fría.

De hecho, mientras miraba a su alrededor, sintió una profunda e inesperada sensación de conexión con la casa. Si su padre no hubiera sido el multimillonario extremadamente rico que todos conocían, podría haberse visto creciendo en una casa similar. No lujosa ni sofisticada en absoluto, pero pintoresca, cálida y hogareña. Y para alguien como Henry, que era muy solitario, este parecía ser el tipo de hogar que brindaba el mayor consuelo a un alma solitaria.

Los minutos transcurrían de forma doloRosamente lenta mientras Henry seguía trabajando en su portátil. Paula había intentado terminar algo de su propio trabajo mientras esperaba, pero pronto el cansancio empezó a pesarle sobre los párpados y se despertó de golpe al darse cuenta de que los había cerrado durante unos segundos de más.

En algunas ocasiones sintió la mirada de Henry sobre ella, pero nunca fue lo suficientemente constante como para que ella la reconociera. Pero esta vez supo que sus ojos eran firmes y levantó sus ojos cansados para verlo mirándola por encima de su computadora portátil. Su ceño permanente se profundizó cuando notó el cansancio en su rostro. "Puedes quedarte a pasar la noche si quieres. Es muy tarde para que viajes sola y en ese estado".

Paula negó inmediatamente con la cabeza, obligándose a parecer más despierta de lo que se sentía. "No, gracias. Estaré bien; no estoy tan cansada". Pero mientras decía eso, luchó por reprimir un bostezo detrás de su mano.

Sus cejas oscuras se fruncieron aún más. "Insisto, princesa. No estás en condiciones de conducir, aunque tu coche pueda conducirse solo".

Aunque sus razones eran perfectamente válidas, Paula, que era una mujer testaruda, negó con la cabeza rotundamente. "Me escabullí de la casa con el teléfono de mi hermana. Necesito volver y ponerlo donde lo encontré antes de que se dé cuenta. Si no, estoy segura de que se desatará el infierno".

"Prefieres pelearte con tu hermana antes que ser encontrado muerto en una zanja en algún lugar".

Cuando su mirada sorprendida lo miró, respiró profundamente para suavizar el tono. Señaló la computadora portátil. "Está tomando un tiempo atravesar el firewall y no sé cuánto tiempo más".

La consternación se apoderó de sus rasgos y un suspiro de cansancio escapó de sus labios mientras se acurrucaba en el sillón reclinable; la necesidad de dormir se estaba haciendo demasiado fuerte como para ignorarla. "No quiero ser una molestia para ti", murmuró, ocultando otro bostezo.

Henry apretó los labios y miró la pantalla en blanco que tenía delante. "No eres una molestia".

Ella asintió y apoyó la cabeza contra el cálido material del sofá. "Avísame cuando... hayas terminado..."

Antes de terminar la frase, su respiración se estabilizó y comenzó a inhalar lentamente y a exhalar profundamente. Henry hizo una pausa, pues no esperaba que se hubiera quedado dormida tan rápido. Bajó la mirada hacia la computadora portátil que tenía frente a él, donde había estado fingiendo trabajar durante casi media hora.

La verdad era que había descubierto bastante rápido cómo se había tomado la fotografía. Y sólo había fingido estar ocupado para ganar tiempo, cansándola lo suficiente como para que se quedara dormida. No le gustaba la idea de que ella condujera sola de noche, mucho menos cuando estaba tan cansada. No era una decisión inteligente por su parte, y aunque tenía el tipo de vehículo que podía conducir por sí solo, él nunca confió en la tecnología y nunca lo haría.

Lo mejor para ella sería que pasara allí la noche.

Con ese pensamiento en mente, Henry se reclinó en su asiento y la miró. Las líneas de agotamiento eran evidentes en su rostro y sus labios Rosados estaban entreabiertos mientras respiraba lentamente. Parte de su cabello oscuro le caía sobre la cara y se movió un poco mientras dormía, abrazándose con más fuerza.

Al darse cuenta de que ella sentía un ligero mordisco en el aire, Henry suspiró y se puso de pie. Se acercó a ella en silencio y luego miró alrededor de su casa. Decidió que el dormitorio de invitados sería lo mejor, se agachó y deslizó cuidadosamente sus brazos debajo de ella.

La sensación de su cuerpo cálido hizo que se le erizara la piel mientras la levantaba con suavidad. Levantó la cabeza por un breve instante y parpadeó lentamente dos veces antes de volver a quedarse dormida, con la cabeza apoyada en su hombro.

Henry hizo todo lo posible por caminar con la mayor suavidad posible y la llevó hasta la habitación de invitados. Bueno, supuso que ese era su dormitorio cuando era más joven, pero después de la muerte de sus padres, se había mudado al dormitorio principal, dejando este abierto a cualquier invitado que pudiera tener. No es que alguna vez se permitiera ese tipo de cosas.

El sueño era algo que se le escapaba en los mejores momentos, y tener a alguien más en la casa con él era una garantía de no poder dormir. Por supuesto, podría haber ido a un médico para que le recetara pastillas para dormir, pero nunca lo hizo. No podía permitirse el lujo de que lo pillaran indefenso bajo una dosis de drogas fuertes.

Pero, aunque sabía que no podría dormir con la presencia de Paula en su casa, una extraña sensación de satisfacción se apoderó de su cansado cuerpo al pensar en su presencia. No le gustaba la idea de que ella condujera hasta casa, y su presencia simplemente confirmaba el hecho de que estaba a salvo fuera de la carretera y bajo su cuidado. Un sentimiento de protección que no había sentido durante años, que nunca había necesitado sentir, comenzó a agitarse en lo más profundo de él.

Con una delicadeza que le parecía desconocida, apartó las sábanas de la cama y la colocó sobre el suave colchón de plumas. El peso de su cuerpo se deslizó sobre la tela con un suave sonido de arrugas y ella murmuró algo incomprensible en sueños.

Luego le quitó las sandalias y le colocó las piernas sobre la cama. Su mirada se posó en sus

muslos bien formados, que estaban al descubierto porque el vestido que llevaba se había abultado un poco al moverse. Agarró el dobladillo y tiró hacia abajo hasta que la tela azul celeste tocó sus rodillas una vez más.

Cuidadosamente, agarró la parte superior de la manta y la colocó sobre ella, luego la metió por los lados para asegurarse de que no entrara aire frío. Se enderezó y la miró una vez más, sus rasgos dormidos y tranquilos. Una leve sonrisa tiró de sus labios mientras la observaba rodear con los brazos una almohada y acercarla a su pecho, tomando nota del hecho de que claramente le gustaba acurrucarse mientras dormía.

Cuando sus pensamientos comenzaron a arrastrarse hacia un territorio inapropiado, apartó la mirada de ella. Al considerar que estaba lo suficientemente cómoda como para irse, se volvió hacia la ventana de la habitación. Una vez que comprobó que la alarma estaba asegurada, dejó la puerta abierta de par en par y revisó el resto de las cerraduras de la casa una vez más antes de retirarse a su propia habitación para pasar la noche.

……

La risa estridente de los niños y de los vehículos que pasaban fue un sonido muy extraño para los oídos de Paula a la mañana siguiente, cuando se despertó de su estado de sueño. Sus delicadas cejas se fruncieron ante el ruido y sus ojos oscuros se abrieron un momento después. Parpadeó para quitarse el sueño de la mirada mientras miraba el techo blanco iluminado por la luz del sol que se filtraba a través de las suaves cortinas de color salvia.

Espera , pensó con el ceño fruncido, mis cortinas no son color salvia .

Con una velocidad muy poco habitual en ella por la mañana, se sentó de golpe y miró frenéticamente a su alrededor. La habitación en la que se encontraba era pequeña (probablemente del tamaño de su baño) y tenía un hermoso tocador antiguo compuesto por tres espejos y una silla a juego. Un armario que iba desde el suelo hasta el techo ocupaba la pared que compartía con una puerta blanca.

El adictivo aroma del café recién hecho entró por la puerta abierta y calmó su estado de agotamiento por un momento antes de que el pánico volviera a apoderarse de ella. No tenía idea de en qué habitación estaba ni dónde estaba. Peor que eso, no recordaba haber conducido a casa la noche anterior.

Paula frunció el ceño, pensando intensamente. En realidad, ni siquiera recordaba haber subido a su coche la noche anterior. Recordó que Henry se había ofrecido a dejarla pasar la noche allí porque todavía tardaría un rato. Recordó que empezó a responder, pero... Oh ...

De repente, se le encendieron las mejillas por la vergüenza de saber que debía haberse quedado dormida en el sofá de él. Y esa vergüenza se extendió por su cuello cuando se dio cuenta de que él también debía haberla llevado a la cama. Con los ojos ya no medio cegados por el pánico, miró alrededor de la habitación una vez más. Era muy simple en su diseño, y la cama era extremadamente suave bajo su peso. Todo en la habitación parecía estar decorado con muebles antiguos, una vista a la que Paula luchó por acostumbrarse.

Con el olor a café en el aire, se obligó a quitarse la manta caliente, temblando mientras el ligero aire frío le mordisqueaba la piel. Miró hacia abajo y se dio cuenta de que todavía llevaba el mismo vestido que había llevado la noche anterior, aunque ahora estaba horriblemente arrugado. Hizo una mueca al verlo y dejó caer las piernas sobre el borde de la cama.

Localizar sus zapatos fue bastante fácil cuando los vio colocados al lado de la cama. Se inclinó para ponérselos cuando un dolor repentino se disparó desde la base de su columna vertebral. Se quedó paralizada, apenas notando que un grito de sorpresa había escapado de sus labios hasta que escuchó pasos que se dirigían a toda prisa hacia la habitación.

Podía sentir la presencia de Henry antes de notar su enorme silueta con el rabillo del ojo, pero no parecía poder levantar la mirada para mirarlo; el dolor agudo que reverberaba en su columna era tan insoportable que apenas podía respirar.

—¿Qué pasa?

—preguntó, agachándose frente a ella.

Paula cerró los ojos y aspiró aire con dolor. "Estoy bien. A veces me pasa", murmuró, permaneciendo completamente inmóvil mientras una oleada tras otra de dolor rebotaba en sus vértebras.

"¿Hay algo que deba hacer?" preguntó, su voz inusualmente suave y preocupada.

Ella sacudió levemente la cabeza mientras lo miraba y sonrió a pesar del dolor que la recorría. "Estoy bien".

Su penetrante mirada color avellana se entrecerró y frunció el ceño por la preocupación y la confusión. "¿Qué estabas haciendo?"

La vergüenza volvió a inundar sus mejillas mientras miraba hacia sus pies. "Estaba tratando de ponerme los zapatos".

Henry parpadeó ante su respuesta y sus cejas se juntaron para asemejarse a dos comas mientras miraba los zapatos que descansaban a sus pies. Sin decir una palabra, agarró un zapato con una mano y su tobillo con la otra.

Un jadeo de sorpresa escapó de sus labios ante el repentino e inesperado contacto de su cálida mano en su tobillo. Inmediatamente trató de enderezarse, pero su espalda se tensó una vez más y su mano se aferró al hombro de él para estabilizarse. "¿Qué estás haciendo?"

"¿Qué aspecto tiene?" respondió Henry mientras la miraba.

Paula apretó con más fuerza su hombro, pero no dijo nada. En cambio, observó con expresión de asombro cómo él bajaba la mirada hacia su pie y se ponía la sandalia.

Mientras él abrochaba las hebillas, ella podía sentir el movimiento de los músculos de su hombro, su tacto era como una pluma a pesar de sus manos ásperas. Sabía que debería haber retirado la mano; su tacto apreciativo era totalmente inapropiado. Pero sus dedos parecían pegados a la tela de su suéter, su mirada fija en la montaña de un hombre arrodillado frente a ella.

Cuando le abrochó la última hebilla del zapato, su mirada color avellana se conectó con sus ojos oscuros. "¿Estás bien para ponerte de pie ahora?", preguntó en voz baja con un toque de ronquera.

Ella le ofreció una sonrisa tensa y asintió con la cabeza; su lengua parecía incapaz de moverse. El dolor en su columna había remitido y se había convertido en un latido sordo, pero su espalda se sentía increíblemente rígida cuando intentó ponerse de pie.

Henry se puso de pie en un instante, sus grandes manos la sujetaron por los brazos mientras ella se ponía de pie. Sus piernas vacilaron por un breve momento antes de estabilizarse. Paula inhaló profundamente y por fin logró enderezarse en toda su altura.

"Lo siento por eso", murmuró con un suspiro de alivio mientras miraba el rostro del hombre que tenía frente a ella.

Ella no creía que fuera posible, pero su ceño fruncido solo pareció profundizarse. "¿Qué fue eso?"

Paula bajó la mirada, sus ojos se dieron cuenta de que él tampoco se había cambiado de ropa desde la noche anterior, y que no era bueno que esos pantalones deportivos grises le quedaran tan bien. Su rostro se sonrojó de vergüenza mientras rápidamente desviaba la mirada.

—Como dije, a veces me pasa

—su tono insinuaba que la conversación iba a terminar, ya fuera por incomodidad o por otra cosa, Henry no estaba seguro. Pero le permitió, aunque de mala gana, soltar sus brazos de su agarre.

Se quedaron en silencio uno frente al otro, Paula seguía huyendo de su mirada mientras él no hacía nada más que perseguirla.

Finalmente, cuando quedó claro que no diría nada más sobre el tema, suspiró y miró hacia la puerta. "He preparado café", dijo y se dio la vuelta para salir de la habitación.

Paula asintió, pero no pensó en seguirlo. En cambio, se miró en el espejo, que la miraba desde tres ángulos diferentes desde los espejos del tocador. Su vestido estaba arrugado y su cabello caía sobre ella en una masa de mechones oscuros y rebeldes. Tenía las mejillas rojas por lo que había ocurrido hacía unos momentos, pero sintió que tenía menos que ver con el dolor y más con el latido en el pecho y la leve huella del tacto de él en su piel.

Apretó los dientes para apartar los pensamientos que la asaltaban y rápidamente se pasó los dedos por la melena oscura en un esfuerzo por domarla antes de salir de la habitación. Entró primero en la sala de estar y siguió el aroma del café hasta una pequeña cocina que se encontraba más allá de un arco de madera tallado de forma intrincada. En una pequeña mesa de cocina que constaba de tres sillas, había dos tazas humeantes de café preparadas. Henry se sentó junto a una taza y le hizo un gesto para que se sentara junto a la otra.

Ella le dio las gracias y se sentó, mirando la taza de café que tenía delante. No esperaba que él le hubiera preparado el café. Aunque parecía el que ella preparaba en casa, no estaba segura de si tendría suficiente azúcar.

Lentamente, tomó la taza y rodeó el asa con los dedos, esperando que el calor calmara los ligeros temblores que sentía. Se la llevó a los labios y tomó un pequeño sorbo, aunque con cautela. Un momento después, sus labios se separaron con una sorpresa momentánea cuando el sabor azucarado irrumpió en su lengua.

—¿Cómo sabías que me gusta dulce?

—no pudo evitar preguntar y valientemente tomó un sorbo más grande, ignorando la forma en que el agua le quemaba la lengua.

—Tu papá ya lo había mencionado antes

—respondió mientras tomaba un sorbo del suyo, ahora evitando su mirada.

Paula hizo una pausa, con el borde de la taza apoyado sobre su labio durante un par de segundos. No sabía muy bien qué pensar de su respuesta. No estaba segura de cómo se sentía acerca del hecho de que su padre le hubiera hablado de algo tan mundano como cómo le gusta el café o el hecho de que él realmente lo hubiera recordado.

Ella apretó la mandíbula por un segundo y frunció el ceño mientras reflexionaba. Tal vez él sabía más sobre ella de lo que ella creía.

Su mirada oscura recorrió todo lo que lo rodeaba. Aunque él parecía revelar cada vez más conocimientos sobre ella, temía no saber casi nada sobre él. Sus ojos atentos captaron todo lo que vio, desde el refrigerador de modelo antiguo hasta el hecho de que no había lavavajillas, estaba claro que Henry llevaba una vida muy sencilla.

Bajó la mirada hacia la mesa en la que estaba sentada y se fijó en los intrincados detalles de la madera tallada que combinaba con la silla en la que estaba sentada. Otra antigüedad , se dijo a sí misma.

Ella miró al hombre que tenía delante y dijo: "Veo que te gustan los muebles antiguos".

Su mirada se cruzó con la de ella brevemente antes de apartar la mirada de nuevo y tomar un sorbo de café.

—Mi madre, en realidad

—corrigió en voz baja

— Le encantaba coleccionar, decía que cada pieza tenía una historia que contar. Cuando ella falleció... no pude encontrar fuerzas para venderlas.

Paula apretó los labios, sin esperar que su alegre intento de conversación se volviera tan triste tan rápido. Ella asintió en respuesta a sus palabras, pero el silencio los envolvió después de eso mientras continuaban bebiendo sus bebidas.

Sus pensamientos se remontaron a la vez que él le había contado sobre la trágica muerte de su madre. Incluso años después, ella podía ver los efectos de esa noticia todavía visibles en su voz, aunque él intentara ocultárselo.

Se lamió los labios y lentamente dejó la taza sobre la mesa, obligando a sus pensamientos a volver al tema en cuestión. "¿Qué pasó con la foto?"

Henry tomó un último sorbo de café. "No pude rastrear desde dónde se envió la foto. Quienquiera que haya sido claramente utilizó un teléfono prepago para poder destruirla inmediatamente".

Ella frunció el ceño y rodeó con sus dedos fríos la taza caliente. "¿Por qué alguien haría eso si quisiera un pago? No nos dejaron otra forma de comunicarnos con ellos".

Se encogió de hombros y dejó a un lado su taza vacía. "Probablemente porque solo querían jugar contigo. No creo que tuvieran intención de chantajearte".

Paula suspiró y tomó un sorbo de café. "No puedo entender por qué harían eso".

"A veces la gente, especialmente si estás cerca de descubrirlos, hará algo que te desvíe un poco del camino".

Paula frunció el ceño ante esa respuesta. "Pero no íbamos a ninguna parte. Estábamos en un callejón sin salida, así que ¿por qué alguien haría esto?"

Henry negó con la cabeza.

—La verdad es que no lo sé

—murmuró y se dio la vuelta en su asiento para alcanzar la encimera de la cocina

— Pero aquí tienes. Sé que querías que te despertara cuando terminara, pero parecías demasiado exhausto para molestarte.

Paula miró el teléfono que su hermana tenía en la mano y suspiró. "Gracias", respondió y lo tomó, mirando fijamente a su hermana.

Ella hizo una pausa, y recién entonces se dio cuenta del cansancio que se reflejaba en sus rasgos. Su expresión, que siempre había sido tan tensa y solemne, ahora parecía demacrada y fatigada a la luz del sol matutino que se filtraba a través de la cortina de encaje. Su ceño se profundizó, la culpa la atravesó. Parecía exhausto, como si no hubiera dormido en toda la noche.

¿Realmente le tomó tanto tiempo descubrir que era un teléfono desechable? Por alguna razón, ella lo dudaba.

Bajó la mirada hacia el teléfono que tenía en las manos. "¿Y ahora qué?"

Un suspiro profundo y lento salió de sus pulmones. "Tendré que pensar en algo y hacértelo saber".

"¿Cuándo?"

—Hoy a más tardar. No me gusta ser un blanco fácil.

—La oscuridad bajo sus ojos era prueba de ello.

Paula asintió y encendió el teléfono para ver la hora. Sus ojos se abrieron de par en par cuando se dio cuenta de lo tarde que era y rápidamente se bebió de un trago el resto de su café. "Lo siento, pero tengo que irme", dijo, esperando que su hermana no estuviera despierta todavía, pero dudando mucho que así fuera.

Henry asintió y se puso de pie, esperando a que ella fuera a buscar su bolso a la sala de estar antes de acompañarla hasta la puerta principal.

Le abrió la puerta y la miró a los ojos. Ella dudó en el umbral, observando el cansancio en su rostro.

—Lamento haberla molestado a estas horas y sólo quiero que sepa que le agradezco su ayuda.

La expresión de Henry pareció suavizarse mientras la miraba. "Como dije anoche, Princesa", murmuró, "no eres una molestia".

Sus miradas parecieron magnetizarse en ese momento, porque por mucho que Paula lo intentara, no podía apartar la vista del hombre que tenía delante. No podía entenderlo. Allí estaba él, un detective de primera clase, ayudándola con algo que sin duda era trivial en comparación con algunos de sus otros trabajos, y sin embargo no le molestaba. Y el hecho de que ni siquiera estuviera de mal humor por haber dormido tan poco la noche anterior solo la dejaba aún más perpleja.

Henry sabía que ella lo estaba analizando mientras se miraban fijamente. Casi podía ver físicamente cómo giraban los engranajes en su mente, tratando de reconstruir su comportamiento. Así que esperó pacientemente a ver si ella decía algo o no.

—Será mejor que me vaya

—murmuró ella al final, aparentemente perdida en sus pensamientos, y él no pudo evitar preguntarse si lo estaba convenciendo a él o a sí misma. Ella se enderezó un momento después y sonrió

— Gracias una vez más.

Él asintió una vez y abrió la puerta lo suficiente para que ella pudiera salir. Cuando ella pasó rápidamente junto a él, una repentina y fría soledad lo golpeó con fuerza en el estómago. Agarró el picaporte de la puerta con fuerza, observando cómo las piernas bien formadas de Paula la llevaban por el sendero hasta su auto, resistiendo el impulso de llamarla para que volviera a su lado.

Por primera vez en mucho tiempo, anoche se quedó acostado sin sentir ni el más mínimo atisbo de soledad. Aunque la casa seguía tan silenciosa como de costumbre, la sola presencia de Paula lo tranquilizó de una manera que no esperaba. Saber que era ella misma la que dormía en la habitación de al lado lo tranquilizó hasta el punto de que casi se quedó dormido. Algo que lo sorprendió.

La observó mientras subía a su coche y el motor rugía al ponerse en marcha. Apenas distinguió su mano saludándolo a través de las ventanas tintadas, y levantó una mano para devolverle el gesto. Entonces ella se apartó de la acera y él la observó mientras conducía por la calle.

Cuando ella ya no estaba a la vista, dio un paso atrás para cerrar la puerta, cuando la visión de un coche aparcado al costado de la carretera le llamó la atención. Frunció el ceño y sintió una sensación de inquietud en el pecho mientras lo miraba. Como si supiera que lo estaba mirando, el coche arrancó, con las ventanillas tintadas más allá de lo permitido, lo que le impedía ver al conductor y no tenía matrícula visible.

Observó cómo hacía un giro brusco en la calle antes de salir corriendo por la carretera, dejando una sensación sospechosa a su paso.

Capitulo 29

Paula sintió que la inquietud se acumulaba en su estómago cuando detuvo su auto junto a la ostentosa fuente que había frente a su casa. Podía escuchar el sonido del agua que goteaba desde su auto y, a veces, en el silencio de la noche, podía escucharlo desde la ventana de su dormitorio. Era un sonido muy relajante, como una madre murmurando una canción de cuna a su hijo recién nacido. Pero no parecía tener la misma calidad esa mañana.

El corazón le latía con fuerza en el pecho y los dedos le temblaban de nervios mientras agarraba su bolso. Un jardinero se acercó corriendo a su coche y le abrió la puerta. Ella le sonrió, pero no tuvo que verse reflejada para saber que estaba apretada.

"Me voy otra vez en unos minutos", le dijo.

El hombre asintió y cerró la puerta detrás de ella antes de subir corriendo los escalones para abrir la puerta principal.

"Gracias", le dijo cuando llegó junto a él.

Dudó un momento antes de entrar. Esperaba llegar a casa y ver a su hermana durmiendo o, al menos, que no estuviera lista para irse todavía, de modo que pudiera devolver rápidamente su teléfono a su lugar.

Pero su esperanza se hizo añicos en el momento en que la puerta principal se cerró detrás de ella y vio a Rosa de pie en medio del vestíbulo con los brazos cruzados sobre el pecho. Por un breve instante, Paula se sintió como una adolescente a la que habían pillado escabulléndose y, en respuesta, apretó con más fuerza su bolso.

Rosa estaba vestida con su equipo de montar, pero como su cabello oscuro no lucía en lo más mínimo despeinado, Paula supuso que estaba a punto de salir a dar un paseo. Y siempre llevaba consigo su teléfono.

Disparar.

Paula le dedicó una pequeña sonrisa de bienvenida. "Buenos días".

Tal vez... tal vez si se hiciera la ignorante, su hermana no la cuestionaría.

La mirada de zafiro de Rosa la clavó en la de ella, con el mentón levantado y una expresión severa. "Me robaste el teléfono", afirmó sin rodeos.

Paula maldijo su suerte y apretó los dientes, permaneciendo en silencio. La expresión de Rosa se endureció, desafiándola a negarlo. Pero era tan cegadoramente obvio para ambas con solo mirar el lenguaje corporal de Paula, como un niño con la mano atrapada en el tarro de galletas.

"Sí", admitió finalmente Paula con un suspiro, "le pedí a Henry que averiguara quién envió la foto".

Rosa entrecerró los ojos.

—¿Y estuviste con él toda la noche?

Paula se enfureció, odiando la acusación en la voz de su hermana. Pero respiró profundamente

para calmarse, recordando que su hermana tenía todo el derecho a estar enojada con ella. "No pasó nada entre nosotras", comenzó en un tono firme. "Solo tomó mucho tiempo..."

"Realmente no me importa. Solo devuélveme mi teléfono".

Paula se quedó helada, nunca antes su hermana le había hablado con tanta dureza. La miró y, si hubiera podido ver su corazón en ese momento, estaba segura de que una lágrima se había formado por la mirada de desdén y desconfianza en el rostro de su hermana.

Apretó los labios y abrió la cremallera del bolso, rascando un poco antes de agarrar el frío metal entre los dedos.

—La persona que tomó la foto es imposible de rastrear

—comenzó lentamente mientras le ofrecía el teléfono a su hermana

— Henry dijo que probablemente no les interesaba el dinero.

Rosa se limitó a mirarla con enojo mientras se acercaba a ella. "Sí, estoy segura de que tú y Henry tuvieron mucho tiempo para hablar ".

Los labios de Paula se entreabrieron en estado de shock y apretó el teléfono.

—Rosa... Lo estoy intentando, ¿vale? Lo que sea que creas que está pasando entre Henry y yo no es cierto. ¿Cuántas veces tengo que repetirte eso? ¿Qué tengo que hacer para evitar que seas así conmigo?

Los labios de Rosa se torcieron en una mueca mientras la miraba, sus ojos de zafiro parecían dos charcos de azufre ardiente. "Puedes dejar de interferir en mis asuntos y dejarme a mí y mis cosas en paz", susurró y tomó el teléfono de las manos flojas de su hermana.

Sin palabras, Paula vio a su hermana menor salir furiosa de la habitación. Unos segundos después, oyó que la puerta trasera se cerraba de golpe y se estremeció cuando el sonido resonó por toda la casa silenciosa.

…….

Lágrimas de rabia se agolpaban en los ojos de Rosa mientras marchaba hacia los establos. Murmuraba entre dientes mientras caminaba, sus botas de montar golpeando el camino. Estaba enojada y más que herida por las acciones de su hermana. En primer lugar, obligándola a pasar tiempo con el hombre que tan cruelmente le había arrancado el corazón. En segundo lugar, ocultándole algún tipo de secreto cuando podía ver claramente que la involucraba. Y, en tercer lugar, robándole su teléfono.

Aunque no tenía nada que ocultar, aun así, era una terrible invasión a su privacidad. Paula nunca había hecho algo así antes.

Se había despertado temprano para dar un paseo esa mañana y, cuando se dio cuenta de que no podía encontrar su teléfono, no tardó mucho en comprender por qué. Supuso que su hermana le habría quitado el teléfono. Entendió su razonamiento. Aunque estaba enojada con ella en ese momento, le habría ofrecido su teléfono. Seguía siendo su hermana y no quería que su nombre quedara en el olvido.

Pero cuando ella entró por esa puerta principal y fingió hacerse la ignorante... Cuando le dio esa sonrisa fingida y dijo que nada había sucedido, y sin embargo su vestido estaba arrugado en la

cintura y su cabello rebelde... Fue entonces cuando toda la empatía se fue por la ventana.

Rosa se burló mientras una lágrima solitaria se deslizaba por su mejilla y se la secó frotando furiosamente la mano. Estaba harta del drama que había en esa casa. Solo necesitaba un momento lejos de todo.

Con ese pensamiento en mente, entró en los establos. Al final del pasillo, pronto vio a su semental negro, Chester, atado a una de las trabas. Damian estaba ocupado abrochando la última hebilla de velcro de las botas de tendón, como ella le había pedido que hiciera.

—Buenos días, señorita Rosa

—saludó Damian mientras se enderezaba hasta alcanzar su máxima estatura, que todavía era unos centímetros más baja que ella.

"Buenos días", le respondió ella con un tono monótono para hacerle saber que no estaba interesada en conversar.

Chester inclinó la cabeza hacia ella y le tembló la oreja al oír su voz. Ella le dio una palmadita en el hocico aterciopelado antes de soltarlo de las ataduras. Chester la siguió obedientemente mientras ella atravesaba el establo y salía al brillante sol de verano.

Respiró profundamente mientras guiaba a su semental hasta el punto de montar y se situó a su lado. Acababa de tomar las riendas y pasar la pierna por encima de su lomo cuando notó que un semental gris oscuro se dirigía hacia ella.

Ethán.

Rosa apretó los dientes, ignorando al jinete que se acercaba mientras se abrochaba el casco y recogía las riendas una vez más.

—Buenos días

—la llamó Jason con voz suave.

Ella trató de ignorarlo mientras instaba a su semental a avanzar, pero la cortesía común la hizo reconocer su saludo con un asentimiento.

"¿A dónde vas?" preguntó mientras tiraba de Steele y lo colocaba a su lado.

Las orejas del semental gris se movían de un lado a otro, mirando fijamente al semental negro que estaba a su lado.

—Eso no es asunto tuyo

—murmuró Rosa en un tono frío, mientras su ira comenzaba a aumentar por las constantes interferencias. Cerró los ojos y se obligó a respirar profundamente.

¿Realmente era demasiado pedir que la dejaran en paz?

—Suena bien

—respondió Jason, y su respuesta pareció escurrirse como si nada hubiera pasado

— ¿Te importa si me uno a ti? Hace tiempo que Steele y Chester no van juntos a ningún lado.

Rosa apretó la mandíbula y abrió los ojos de golpe, su paciencia finalmente se agotó. Se giró para mirar a Jason y, por un breve instante, su estúpido corazón apreció la forma en que sus jeans

oscuros abrazaban sus muslos musculosos antes de que su mirada se dirigiera a su rostro.

—En realidad, sí me molesta, Jason

—susurró

— Me molesta cuando parece que cada minuto de cada día alguien me está molestando. Me molesta cuando alguien interfiere constantemente en mi vida. ¡Y me molesta cuando eres tú! ¿Es demasiado difícil para ti entender que quiero que me dejes en paz? Me has hecho daño una vez. ¡Felicitaciones! Pero me condenarán si te dejo hacerlo de nuevo. ¡Así que ve a por tu oferta de trabajo en Maryland y déjame en paz!

Chester se movió incómodo debajo de ella, con los ojos muy abiertos por su voz alzada. Rosa lo giró rápidamente, intentando ocultar las lágrimas y el dolor grabados en su rostro. El semental la complació con entusiasmo poniéndose a medio galope y pronto corrieron por el tramo de césped que conducía a los árboles circundantes.

Jason permaneció donde estaba, Steele se movía inquieto, queriendo seguir la figura del semental negro que se alejaba.

Aunque ella había tratado de ocultarlos, él había notado las lágrimas en sus ojos.

La culpa le agarró el estómago. Nunca había pensado que rechazarla le haría tanto daño. Sabía que la distancia era lo mejor para ellos, darle tiempo para sanar sin su presencia constante a su alrededor.

Pero fueron las palabras de Paula las que lo llevaron a instar a Steele a seguirlos. La amenaza desconocida a su seguridad se cernía sobre él como una nube oscura. Sí, la había lastimado. Pero, le gustara o no a ella, él no permitiría que su seguridad corriera peligro.

…….

Paula cerró los ojos y respiró profundamente por la nariz, escondiendo el rostro detrás de la mano. O, más específicamente, las lágrimas que brotaban de sus ojos. La forma en que Rosa la había tratado esa mañana le hizo sentir como si le hubieran destrozado el corazón de la manera más doloRosa. La mirada de desdén cuando entró... el odio.

Y lo único que ella intentaba hacer era protegerla.

Reprimiendo un sollozo, apretó los labios con fuerza y se secó los ojos. Odiaba esa sensación que estaba experimentando. Odiaba que, sin importar hacia dónde se volviera, lastimaría a su amada hermana. Si le decía la verdad, podría sufrir el dolor traumático de su infancia. Si la mantenía en la oscuridad... Se sentiría constantemente herida por tener que estar cerca de Jason. Contratar un guardaespaldas estaba fuera de cuestión.

Fue una elección terrible, pero era necesario hacerla.

Su mirada oscura y acuosa se desvió hacia la puerta cuando escuchó que llamaban. Suspirando, obligó a su expresión a mejorar y murmuró un pequeño reconocimiento.

La puerta se abrió y su tristeza fue olvidada por un momento por la aparición del hombre que entró en su oficina con un gran ramo de flores. "¿Massimo?"

Su mirada gélida chocó con la de ella desde el otro lado de la habitación, y sus dientes blancos y

brillantes brillaron mientras le sonreía. "Hola, Gruñona", la saludó con su voz suave mientras acortaba la distancia entre ellos.

Paula se puso de pie para saludarlo, pero rápidamente intentó ocultar un jadeo de dolor cuando su espalda gimió en protesta por el movimiento. Le ofreció una sonrisa tensa, preparándose apoyando una mano sobre el escritorio. "¿Qué estás haciendo aquí?"

Dio un paso alrededor del escritorio y le ofreció el ramo. "¿No puede un hombre llevarle flores a una bella dama después de un largo tiempo separados?"

Ella sonrió y tomó el ramo con gentileza; los delicados aromas de los distintos tipos envolvieron sus sentidos y le ofrecieron un poquito de consuelo. "Son hermosos, Massimo", murmuró mientras los colocaba con cuidado sobre su escritorio antes de mirarlo. "Gracias".

Massimo le ofreció una sonrisa mientras la rodeaba con sus brazos para acercarla más a él. "¿Qué puedo decir? Soy un fanático de las mujeres hermosas".

Sus cálidos labios se encontraron con los de ella en un beso lento y casto, y las manos de Paula vacilaron al sujetarle los hombros. Había esperado sentir una sensación de comodidad o la abrumadora sensación de electricidad entre ellos, pero no fue así.

Nada. No sintió absolutamente nada.

Ella se apartó de sus labios y vio su expresión confusa antes de que su mirada se posara en las flores. "Entonces, ¿cómo estuvo?"

Él se acercó a ella, pero la colonia que una vez la hizo tartamudear ahora parecía sofocarla. Era demasiado fuerte. Sin embargo, ella no se apartó cuando él levantó la mano para apartarle el cabello oscuro del hombro. "Como sucedería con cualquier otro lanzamiento de un nuevo producto, supongo", murmuró mientras comenzaba a depositar besos perezosos en su hombro, envolviendo un brazo firmemente alrededor de su cintura.

Paula juntó los labios y apretó brevemente con fuerza sus manos sobre los hombros de él. Se sentían pequeñas, débiles incluso. Nada en comparación con las de Henry. Cerró los ojos y se obligó a relajarse mientras sus labios rozaban la suave piel de su cuello, obligando a los pensamientos que sobresalían de Henry a salir de su mente.

Henry definitivamente no tenía por qué estar allí.

—Te he extrañado

—murmuró Massimo contra su piel.

Una repentina ira le hizo hervir el pecho y apretó los dientes. "Sí, seguro que lo parece", murmuró con amargura antes de poder evitarlo.

Massimo hizo una pausa y levantó lentamente la cabeza, mirándola con el ceño fruncido. "¿Qué quieres decir?"

Los rasgos de Paula se tensaron y rápidamente apartó las manos de sus hombros mientras se alejaba de él. "Ni siquiera me enviaste un mensaje mientras estabas fuera, ni me dijiste cuándo volverías. Eso ciertamente suena como si me extrañaras".

Él parpadeó ante sus palabras, antes de que sus cejas se hundieran en una expresión severa. "¿Qué te pasa, Gruñona? ¿No estás feliz de verme?"

—No me pasa nada

—susurró

— Es solo que me han pasado muchas cosas en la vida y no me gusta que parezca que alguien me está tomando el pelo. ¡Ni siquiera me llamaste! ¡No hiciste nada! Me dejaste un mensaje patético en el teléfono cuando no tienes idea de lo mucho que te he necesitado estos últimos días. ¡Es como si ni siquiera te importara!

Paula maldijo el hecho de que las lágrimas le quemaran los ojos. A través de la visión borRosa, notó que los suyos se agrandaban antes de que ella rápidamente se alejara de él mientras sus hombros comenzaban a temblar.

Odiaba esto. Odiaba cómo sus emociones la controlaban en momentos como ese. No quería llorar, pero de alguna manera las lágrimas se negaban a detenerse. Sin embargo, tenía todo el derecho a estar enojada con él. Se había ido sin una despedida apropiada, nunca se había puesto en contacto con ella durante toda su ausencia, había entrado a su oficina como si nunca se hubiera ido en primer lugar. Si añadía esto a todo el resto del drama de su vida, estaba destinada a estallar.

Ella sólo quería que fuera mientras estuviera sola.

En su despacho todavía se oían los sollozos. Oyó a Massimo suspirar y se le tensó la espalda al oírlo caminar hacia ella. Intentó acallar sus gritos cuando sintió el calor de su pecho contra su espalda.

—Mira, lo siento. Fue un error de mi parte dejarte como lo hice. Es solo que... nunca me había sentido así con nadie antes, y admito que no estoy seguro de cómo hacerlo.

—Se estiró para acariciarle el brazo, pero se detuvo cuando ella se apartó de su toque.

Quería preguntarle qué quería decir con eso. ¿Por qué no le había pedido que fuera su novia todavía? Si la quería tanto como decía, ¿por qué no había hecho nada más al respecto? Pero no preguntó. No podía. Sentía como si su garganta tuviera una reacción alérgica a algo. Apenas podía respirar bien, y mucho menos expresar todas sus preocupaciones.

Sus labios exhalaron un suspiro bajo. "Lamento haberte hecho daño. ¿Te compensaría con una cena? Puedes contarme todo lo que ha pasado".

Paula apretó los labios y sacudió la cabeza.

—No

—dijo con voz ronca e intentó aclararse la garganta, pero no ayudó a calmar su ronquera

—Yo... sólo quiero estar sola... un ratito.

El silencio los envolvió y el suave sonido de su suspiro llegó a sus oídos.

—Está bien

—murmuró. Ella escuchó el susurro de su traje mientras se alejaba de ella, pero la ausencia de su calor corporal no la molestó

— Te llamaré mañana. Tal vez podamos hacer planes entonces.

"Tal vez."

Paula permaneció en esa misma posición mucho después de que él se hubiera ido, con el rostro inclinado hacia el piso laminado bajo sus zapatos. No sabía qué le pasaba. Pensó que en el momento en que Massimo cruzara esa puerta, todos los pensamientos sobre Henry se habrían disipado de su mente. Pensó que simplemente había estado extrañando a Massimo, y que por eso su atención seguía saltando hacia Henry cada vez que él estaba cerca. Siempre estaba cerca cuando ella necesitaba a alguien.

Pero esa no era la razón, porque de repente, los sentimientos de culpa y timidez comenzaron a atormentarla. Estaba empezando a comparar a los dos hombres entre sí. Y odiaba admitirlo, pero Massimo estaba empezando a palidecer.

…….

El sol de la tarde se reflejaba a través de la pared de cristal transparente de la oficina de Paula más tarde ese día. No se había alejado ni un segundo de su escritorio desde que Massimo se fue, y aunque había estado trabajando todo el tiempo, sentía que no había logrado nada. Las palabras parecían difuminarse en las páginas que tenía frente a ella, y suspiró mientras se frotaba los ojos cansados.

Sentía la espalda rígida y dolorida, como si tuviera una bolsa de aire alojada en lo profundo de los huesos. Y por muchas posiciones que intentara, no parecía poder aliviarla. Sabía la causa. Dormir en un colchón blando no era bueno para el estado de su espalda, y siempre luchaba por dormir en cualquier colchón que no fuera el ortopédico que había sido diseñado específicamente para ella. Por eso intentaba no viajar lo más lejos posible.

El reloj de su escritorio acababa de dar las tres cuando sonó el intercomunicador. Ella contestó, disimulando apenas el cansancio en su voz.

—¿Sí, Martina?

"Lamento molestarla, señorita Green, pero hay un detective JONES aquí que quiere verla".

Paula se quedó helada, y el corazón le dio un vuelco al pensar en él. Apretó los labios con fuerza y la ansiedad le hizo fruncir el ceño. Sabía que la iba a ver hoy, pero no creía que fuera tan pronto ni en su lugar de trabajo.

Ella pensó que él era un poco más discreto que eso. Aunque no pudieron encontrar a la persona que le había enviado la foto a Rosa, eso no significaba que no hubiera una posible copia en alguna parte. Alguien estaba decidido a destruir su nombre. Y fue muy descuidado por parte de Henry hacer algo tan obvio como ir a su lugar de trabajo.

Pero, por otra parte, Henry no era nada descuidado. Era calculador, preciso. No imprudente. Sabía lo que hacía.

Se chupó los dientes. No pudo evitar la sensación de que su paranoia no tenía tanto que ver con la foto, sino más bien con sus propios pensamientos prohibidos sobre el detective. Era su propia culpa la que la hacía sentir que debía esconderlo debajo de la alfombra, fuera de la vista del público.

Fue ella la que se sintió avergonzada.

"¿Señorita Green?"

Paula suspiró e inclinó la cabeza en señal de derrota. "Hazlo pasar".

Murmuró las palabras de mala gana, pero sabía que cuanto más tiempo permaneciera allí, más posibilidades habría de que alguien se lo preguntara. Además, no era como si ella tuviera algo que ocultar.

¿Bien?

No hubo golpes en la puerta antes de que se abriera, e Paula levantó la mirada oscura de su computadora portátil. Aunque su oficina era grande, la mera presencia de Henry parecía empequeñecerla. El poder en sus hombros lo hacía lucir formidable cuando entró y cerró lentamente la puerta detrás de él.

Vestía una sencilla camisa negra, pero los pantalones cargo y las botas resistentes que llevaba le daban un aspecto de recién salido de un entrenamiento. Paula intentó no centrarse en sus brazos musculosos que exhibía ni en la fuerza de sus piernas mientras avanzaba hacia ella.

Juntó los dedos con la esperanza de ocultar el temblor.

—Hola

—murmuró cuando él llegó a su escritorio. La miró fijamente por un breve instante antes de echar un vistazo al ramo de flores que había a su derecha. Entrecerró los ojos y un músculo de su mandíbula se tensó antes de volver a mirarla.

—Buenas tardes.

—Ladeó la cabeza y la miró fijamente

— Pareces cansada. ¿Tu hermana?

Paula exhaló un suspiro tembloroso por la nariz y sacudió la cabeza. "No quiero hablar de eso".

Un silencio tenso los envolvió. Podía sentir la mirada de Henry en su rostro, pero sus ojos oscuros permanecían pegados a sus pulgares que jugueteaban. Se sentía incómoda en su presencia y era demasiado consciente de la fuerza que tenía en su imponente cuerpo.

Se lamió los labios, odiando lo incómoda que se sentía. Levantó la mano para enrollar un mechón de cabello detrás de la oreja. "¿Encontraste algo?"

"No."

Esa palabra fue como un puñetazo en el estómago y sintió que se le escapaban todas las fuerzas. Suspiró y apoyó la barbilla en la mano mientras lo miraba.

—¿Y ahora qué?

Henry apretó los labios. "Aunque no hay nuevas pistas, hay algo que creo que sería muy útil".

Ella parpadeó ante sus palabras, la esperanza floreció en su pecho. "¿Y qué es?"

Su mirada aguda se encontró con la de ella y respondió en tono serio: "Los recuerdos de Rosa".

Paula se quedó sin aliento, sorprendida por sus palabras. Inmediatamente negó con la cabeza, agarrando con fuerza los lados del escritorio con las manos. "Absolutamente no".

Henry entrecerró los ojos.

—Rosa es nuestra única opción en este momento, princesa. No estamos llegando a ninguna parte con esta investigación. Tengo la fuerte sensación de que el anciano que compró ese taxi tiene

algo que ver con el accidente de tu madre. Dices que no sabes de nadie que quiera acabar con tus padres, pero podría suceder que ese hombre haya estado involucrado en el secuestro de tu madre y tu hermana hace veinte años. Los recuerdos de Rosa son la única forma de averiguarlo; ella es nuestra única pista.

Ella negó con la cabeza con firmeza, con una mirada decidida y feroz. "No, no lo permitiré. No a mi hermana".

Él la miró con el ceño fruncido. "Una hermana que ni siquiera te da la luz del día en este momento".

Ella apretó los dientes, intentando hacer lo posible por ignorar cómo la verdad que él había dicho la había herido. Bajó la mirada y habló en un tono considerablemente más suave: "Está enojada conmigo y su enojo está justificado. No importa si le gusto o no en este momento. Sigue siendo mi hermana y la protegeré pase lo que pase. Ya deberías saberlo".

—Sí, lo hago. Y a veces tu lealtad me enfurece

—murmuró, mirando una vez más las flores que había en su escritorio.

Paula estaba demasiado absorta en sus pensamientos como para notar su molesta atención hacia las flores. No pudo evitar pensar en sus padres en ese momento. Habían pasado por mucho para asegurarse de que Rosa no recuperara esos horribles recuerdos. Y aunque era tentador por el bien de su madre, si su padre todavía estaba tan en contra de que Henry interrogara a Rosa, entonces significaba que no había cambiado de opinión sobre contarle la verdad.

"Tiene que haber otra manera", murmuró para sí misma y se puso de pie, pero al hacerlo, un leve gruñido escapó de sus labios mientras su espalda crujía en señal de protesta. Rápidamente, su mano alcanzó la esquina de su escritorio para sostenerse.

La mirada penetrante de Henry se fijó en ella, analizándola. "¿Aún estás luchando con tu espalda?"

Ella le ofreció una sonrisa tensa mientras la torcía levemente. "Ahora estoy más rígido que dolorido. He reservado una sesión con mi quiropráctico mañana".

Una expresión pensativa se dibujó en su rostro y la miró de cerca. "¿Quieres que te lo resuelva?"

Paula lo miró lentamente. Su mirada se desvió inmediatamente hacia sus fuertes brazos mientras él comenzaba a caminar hacia ella. Tragó saliva, intentando aliviar la repentina sequedad en su garganta, odiando la forma en que su temperatura corporal subía a medida que él se acercaba.

—¿Estás seguro de que no me romperás la espalda en su lugar?

—preguntó con un dejo de preocupación, observando la fuerza de esos músculos tensos en exhibición.

La mirada de Henry pareció oscurecerse cuando la alcanzó. Ella sintió que aún respiraba con anticipación mientras sus ojos recorrían lentamente su cuerpo. Sus ojos, de un tono oscuro y cautivador, la atraparon un segundo después.

—Se me ocurren varias formas de hacerlo

—empezó a decir en voz baja, que de repente se había vuelto innegablemente sensual para sus sensibles oídos. Sus palabras provocaron escalofríos de conciencia que la invadieron mientras

observaba su cuerpo tembloroso por un segundo ante de encontrar sus ojos

— Pero esta vez no lo haré.

Después de haber luchado con la rigidez de la espalda durante tanto tiempo, no le costó mucho convencer a Paula de que le diera la espalda. Su respiración se entrecortó por la anticipación cuando sintió que él se acercaba por detrás de ella antes de que sus grandes brazos la rodearan de repente. Agarrando sus delicadas muñecas con sus manos ásperas, las guió lentamente hacia su pecho antes de que ella sintiera que él la atraía hacia su firme pecho.

No era la forma habitual en que su quiropráctico lo hacía, pero la seguridad en sus movimientos la hacía sentir extrañamente confiada en este método. Sintió que se apoyaba contra ella y, luego, con un crujido satisfactorio, la tensión en sus vértebras desapareció, junto con toda la fuerza de su cuerpo.

Ella se dejó caer sobre él con un suspiro de alivio y cerró los ojos, apoyando la cabeza contra su pecho. Él la abrazó con fuerza, bajando un brazo para rodearle la cintura mientras el otro entrelazaba los dedos entre sus oscuros y sedosos mechones.

Un suave murmullo de agradecimiento resonó en su garganta mientras los dedos de él le acariciaban el pelo, haciendo que todo el estrés y la preocupación de su vida desaparecieran. Inclinó la cabeza hacia un lado, buscando sus dedos, revelando sin darse cuenta más de la suave columna de su garganta.

Ella sintió que él se movía detrás de ella, bajando la cabeza hasta que sintió que el costado de su mandíbula descansaba contra su sien. "¿Mejor?", murmuró, su voz baja retumbando desde su pecho.

—Muchas gracias

—susurró mientras abría lentamente los ojos para mirarlo. La mirada penetrante de él se desvió de sus ojos, recorrió su rostro y se posó en sus labios ligeramente entreabiertos. Parecía paralizado, mirándolos.

—Paula

—murmuró, su voz sonaba tensa mientras su agarre se hacía más fuerte sobre ella.

Sus delicadas cejas se juntaron en señal de preocupación al ver la expresión de su rostro, y su corazón se agitó en su pecho al oír cómo sonaba su nombre en su lengua. "¿Sí?", preguntó suavemente, con la voz saliendo en un susurro sin aliento.

Sus labios se separaron y su brazo la sujetó con fuerza contra él, como si temiera que desapareciera de repente. Un músculo sobresalía a lo largo de su fuerte mandíbula. "No puedo seguir..." hizo una pausa y bajó la mirada hacia sus labios una vez más.

Ella permaneció en silencio, observando cómo se libraba una guerra interna detrás de sus impresionantes ojos color avellana. Sus palabras la desconcertaron, pero no expresó su confusión cuando su boca se acercó peligRosamente a la suya. Si se movía un poco, se tocarían. Pero el agarre que tenía sobre su cabello le impedía hacerlo.

Sus ojos estaban fijos en él, sus oídos tan concentrados en escuchar sus próximas palabras que no notó que algunas de las flores se movían en el jarrón en el que las había colocado. Pero Henry sí

lo hizo, y sus ojos se dirigieron al jarrón. Su mirada se oscureció y apretó la mandíbula con tanta fuerza que casi parecía dispuesto a asesinar a alguien.

La soltó por completo y de una manera que demostraba su total enojo. A ella se le encogió el corazón, pensando que iba dirigido a ella. Su respiración se entrecortó en sus pulmones, su cuerpo estaba frío por la distancia que repentinamente se interpuso entre ellos. Ella lo miró, perdida y desconcertada, pero él no sostuvo su mirada.

"Avísame cuando cambies de opinión", murmuró y salió de la habitación, cerrando la puerta ruidosamente detrás de él.

Capitulo 30

Los rayos del sol brillaban intensamente sobre los peatones que transitaban por las aceras de Manhattan mientras hacían sus actividades diarias. Se percibía el habitual bullicio de las prisas por llegar a las citas y de los intentos de coger un taxi para ir adonde tenían que ir, pero Paula no percibió esa sensación frenética cuando salió al exterior, al día húmedo, y se protegió automáticamente los ojos con las gafas de sol que llevaba en lo alto de la cabeza.

No estaba segura de si eran los analgésicos que le administraban o las palabras que le decía el médico lo que la hacían sentir distraída, pero permitía que sus pies la llevaran a donde quisieran.

Mientras la voz del médico se tambaleaba en su cabeza, sintió que las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Una repentina oleada de fatiga vertiginosa la invadió y se detuvo. Con una exhalación profunda, se desplomó contra la pared más cercana. Inclinó la cabeza y le temblaron los labios.

Menos de dos años.

Esas fueron las palabras que el médico le había dicho indirectamente. El estado de su espalda estaba empeorando y si alguna vez quería tener hijos, tendría que ser antes de cumplir los treinta. De lo contrario, su espalda sufriría demasiada tensión a causa del embarazo. Y si quería más de uno, lo mejor era intentar tener gemelos.

Paula sacudió la cabeza y se enderezó, obligándose a seguir caminando. Sentía la columna suelta desde la sesión con el quiropráctico y el dolor que sentía recientemente se había reducido a un latido sordo. Pero, aunque la medicación le hacía sentir la cabeza un poco ligera y aturdida, no era rival para la pesadez que sentía en el corazón.

Dos años.

Era insoportable. ¿Cómo se suponía que iba a tener hijos en tan poco tiempo? No quería tener hijos fuera del matrimonio y la única persona con la que podría casarse a largo plazo sería Massimo... Pero ni siquiera habían hablado de su propia relación, y mucho menos de tener hijos algún día. Considerando todos los meses que los había llevado llegar a ese punto, ¿cuánto tiempo más tendrían que pasar antes de que se casaran?

Ella no podía imaginar que eso sucedería dentro de dos años.

Un jadeo de sorpresa se le escapó de la garganta cuando una mano la agarró del brazo y la hizo volver a la realidad. Oyó el sonido de la bocina de un coche antes de que la mano la agarrara con más fuerza y la sacara de la carretera mientras el coche pasaba a su lado y el conductor le gritaba blasfemias.

Se tambaleó y extendió las manos para agarrarse a cualquier cosa que le permitiera recuperar el equilibrio. Un brazo la rodeó por la cintura, un agarre tan familiar que su cuerpo se relajó al instante.

Pero no pasó ni un segundo ante de que se diera vuelta para mirar al hombre que la había sacado del peligro. Sus preocupados ojos color avellana se conectaron con los suyos tan pronto como se quitó las gafas de la cara.

"¿Estás herida?" fueron las primeras palabras que salieron de los labios de Henry, su mirada

aguda recorriendo cada centímetro de ella, buscando heridas.

Paula parpadeó, todavía sintiéndose un poco desorientada. "Estoy bien", murmuró.

Sus ojos continuaron escrutándola por unos segundos más. Cuando pareció satisfecho, asintió sutilmente antes de fruncir el ceño. "¿Qué creías que estabas haciendo caminando por la calle de esa manera? ¿Estabas tratando de que te mataran?"

Su repentina reprimenda sorprendió a Paula, que frunció los labios al oír sus palabras. "No, no lo estaba. Es que... tenía muchas cosas en la cabeza y no me había dado cuenta".

Ella bajó la mirada mientras respondía, con la esperanza de ocultar las lágrimas que empezaban a brotar de sus ojos. Podía sentir la mirada de Henry sobre su cabeza, y permaneció en silencio por un rato antes de exhalar por la nariz.

"¿Qué pasó?"

Paula negó inmediatamente con la cabeza, evitando aún su mirada. "No quiero hablar de eso todavía".

Henry no respondió, se limitó a observarla por un momento. La gente seguía moviéndose a su alrededor, y algún curioso se detenía unos segundos. Al darse cuenta de que estaba parada al descubierto con Henry directamente frente a ella, rápidamente se colocó las gafas de sol en la nariz.

—Bueno, ¿qué estás haciendo ahora?

—preguntó finalmente.

Paula miró a su alrededor y se tomó un momento para reflexionar sobre su pregunta. En realidad, era un argumento muy bueno. Se había tomado la tarde libre en el trabajo, ya que no estaba segura de cuánto duraría la cita. La noticia que había recibido la había dejado completamente desconcertada y se había sentido un poco perdida e insegura sobre qué hacer. Ciertamente, no era la mentalidad que se debía adoptar al tomar decisiones tan cruciales.

Su mirada oscura se posó en un pequeño café que vendía donas. Lo sabía porque solía comprar allí para...

Una idea hizo clic en su mente y finalmente miró al hombre que la había estado observando atentamente, esperando su respuesta. Una sonrisa suave, casi avergonzada, tiró de sus labios.

"Si tienes unos minutos libres, me vendría bien tu ayuda".

…….

Cuando Henry había aceptado ayudar a Paula, no sabía a qué se estaba comprometiendo. Ahora que lo sabía, ciertamente no esperaba que fuera así.

Paula caminó unos pasos delante de él para llegar primero a la puerta y entró, sujetándola mientras él llevaba con cuidado las cinco cajas de donas al interior. Miró a su alrededor y se fijó en el vestíbulo recientemente remodelado del Orfanato de Necesidades Especiales Sunridge.

—¡Señorita Green, es muy agradable verla de nuevo!

—gritó una voz alegre a la mujer que estaba a su lado, y Henry miró por encima de las cajas para ver a una mujer regordeta de mediana edad corriendo hacia ellas.

Verla era doloroso con su cabello rojo brillante y su lápiz labial igualmente brillante, pero su rostro era amigable mientras envolvía a Paula en un gran abrazo.

—Yo también me alegro de verte, Sandra

—respondió Paula con una sonrisa, pero desde la posición de Henry, él podía ver que era forzada. Su ceño se profundizó mientras la observaba hablar con la mujer animada que tenían frente a ellos. Había algo que la molestaba, y comenzaba a irritarlo a medida que pasaba el tiempo sin saber qué era.

"Lamento mucho lo de tu madre. No puedo ni siquiera imaginar el estrés que debe estar atravesando tu familia en este momento", continuó Sandra, mientras los anillos de oro falso en sus dedos reflejaban algún que otro rayo de sol de la tarde mientras movía sus manos expresivamente.

La sonrisa de Paula era tensa. "Ha sido un momento bastante difícil", respondió, pero desvió la atención poco después señalando las cajas que todavía estaban en manos de Henry. "Hemos traído algunas donas para los niños".

Los ojos azules eléctricos de Sandra se clavaron en el hombre que tenía delante como si ni siquiera se hubiera dado cuenta de que estaba allí. Su rostro resplandecía. "¡Oh, maravilloso! Muchas gracias. Justo a tiempo para el té".

—Eso esperaba.

—La sonrisa de Paula era un poco más cálida esta vez.

De repente, Sandra se dio una palmada en la frente. "Oh, Dios mío. ¿Dónde están mis modales? Lo siento mucho. Mi nombre es Sandra. ¿Y supongo que tú debes ser Massimo?"

Henry apretó instantáneamente las cajas que tenía en las manos mientras miraba a la mujer que le sonreía. Nunca antes un nombre le había provocado tanta molestia, y eso le recordó la vez que estuvo con Paula en su oficina. Había estado tan cerca de salvar la brecha que los separaba, tan cerca de probar esos dulces labios, pero esas insidiosas flores habían desviado su atención.

Los celos lo invadieron tan repentinamente que quiso tirarlos del edificio, o mejor aún, encontrar al hombre que los había comprado y echarlo también.

—No, no, Sandra. Este es Henry. Es un... muy buen amigo mío.

La suave voz de Paula lo sacó de su furia silenciosa y se dio cuenta de que no había respondido a la pregunta de Sandra. Miró a Paula y notó la pausa que había hecho al presentarlo. Su mirada se concentró en ella y notó el leve enrojecimiento que se formó en sus mejillas. Apretó la mandíbula, tratando con todas sus fuerzas de no recordar cómo se había sentido en sus brazos el día anterior. Tan suave y delicada, amoldándose perfectamente a su figura más grande.

"Oh, Dios. Lo siento mucho una vez más. Parece que últimamente sigo cometiendo errores. Mis disculpas, Henry".

Él inclinó la cabeza una vez para reconocer sus palabras, pero permaneció en silencio mientras ella los guiaba a través del edificio hasta la cocina. Después de saludar rápidamente a la cocinera mientras caminaban hacia el comedor, Henry e Paula colocaron las cajas en una de las mesas.

"Todavía no he visto a Celeste. ¿Se tomó el día libre?", preguntó Paula mientras ayudaba a

colocar donas decoradas con colores brillantes en diferentes platos.

Sandra sacudió la cabeza mientras comenzaba a colocarlos junto a cada silla. "No, no. Ella está aquí. El otro día llegó una nueva. La pobrecita tiene solo un par de meses y ha necesitado muchos cuidados".

Henry notó que las manos de Paula dejaban de trabajar y fruncía delicadamente las cejas. "¿Qué pasa?"

Un profundo suspiro salió de los labios brillantes de Sandra. "Síndrome de alcoholismo fetal. Le cuesta conciliar el sueño, por lo que asegurarse de que así sea es agotador. Celeste se ha encargado de cuidarla siempre que está aquí".

Notó que los labios de Paula se tensaban ante sus palabras. "¿Y la madre?"

Sandra se encogió de hombros. "No estoy segura".

Un pesado silencio se apoderó de ellos mientras continuaban colocando donuts en platos y luego distribuyéndolos por toda la sala de tamaño decente. Henry miró a Paula de vez en cuando y notó que ese ceño fruncido no abandonó su rostro ni una sola vez. Había una nube oscura que se cernía sobre ella, incluso cuando Sandra dijo que iría a llamar a los niños.

Se acercó a ella cuando estaban solos y notó que sus ojos se posaron brevemente en los suyos antes de apartar la mirada. "¿Qué pasa?"

Ella frunció los labios ante su pregunta y negó con la cabeza. No le respondió, mientras el sonido atronador de muchos pies golpeando el piso de madera resonaba en el piso sobre ellos. Pronto muchas cabezas entraron corriendo al comedor, y Henry se estremeció ante los fuertes gritos que resonaron de sus labios cuando vieron a la mujer a su lado.

-¡Izzy, has vuelto!

"¿Por qué tardaste tanto en visitarnos?"

"¡Por fin se me cayó el diente!"

Un ruido blanco de voces chillonas resonó a su alrededor mientras Henry observaba a los niños abrazar a Paula en un gran abrazo grupal. La joven se rió mientras se agachaba para devolverles el abrazo.

Henry permaneció en silencio mientras observaba la escena que se desarrollaba ante él. Había muchos niños diferentes, todos de diferentes tamaños y edades. Observó a dos niños que parecían tener síndrome de Down entre los niños que se movían con prisas, pero había demasiada actividad para que pudiera distinguir las características específicas de cada uno de ellos. Pero había otro que llegó un poco después de los demás, cojeando con una muleta. Su mirada se dirigió hacia abajo y notó que una pierna del niño era mucho más corta que la otra.

Dirigiendo nuevamente su atención a la mujer en la habitación, notó la forma en que los niños se abalanzaban sobre el afecto de Paula, y supo entonces que ella debía haber sido una visitante frecuente.

Cuando los niños finalmente se dieron cuenta de que había donas para ellos, rápidamente dejaron a Paula para ir a sus asientos. Henry la miró y notó una suave sonrisa en su rostro mientras los observaba a todos saborear sus golosinas.

"Siempre se emocionan mucho cuando usted los visita, señorita Green", dijo Sandra mientras se acercaba a ellos.

Por un instante, su expresión se iluminó con decepción.

—Lo sé. Ojalá tuviera tiempo para hacerlo más a menudo.

Una suave expresión de comprensión se dibujó en el rostro de Sandra. "Bueno, quiero que sepas que tu ayuda ha ayudado a estos niños de más maneras de las que jamás podría expresar. Gracias por eso".

Henry miró a Paula y notó que se ruborizaba. Una sonrisa tímida, casi avergonzada, tiró de sus labios naturalmente Rosados. "Es lo menos que podía hacer", dijo y miró rápidamente a su alrededor antes de volver a mirar a Sandra. "¿Dónde está Celeste? Estoy segura de que le encantaría tomar un descanso rápido para comer una o dos donas. Trajimos muchas".

—Oh, estará en la guardería. Estoy segura de que... ¡Oye, Kalvin! ¡No le tires tu glaseado a Tammy!

Sandra corrió hacia los dos niños que se peleaban, como si estuviera marchando. Henry miró a Paula y la vio inclinar ligeramente la cabeza hacia la puerta que conducía al comedor. Asintió ante su silenciosa petición y la siguió, alejándose de los niños que se apuraban.

Casi soltó un suspiro de alivio mientras avanzaban por el pasillo, el ruido chillón de los niños se hacía cada vez más lejano hasta que solo podían oír sus pasos mientras caminaban. Henry miró a su alrededor mientras subían una escalera, tomando nota de la nueva alfombra que cubría los escalones hasta la barandilla de madera recién pulida.

—Bonito lugar

—empezó a decir Henry cuando llegaron a lo alto de las escaleras. Su mirada se posó en la mujer que estaba a su lado

— Supongo que tuviste algo que ver con eso, ¿no?

El rostro de Paula se sonrojó de nuevo con un adorable tono rojo. "Podría decirse que sí", murmuró.

Henry frunció el ceño mientras la observaba, pensativo. Su reacción no era la que esperaba. No se jactaba en absoluto de su evidente contribución masiva a la reciente renovación del orfanato, y no pudo evitar sorprenderse por lo humilde que se mostraba al respecto. Siempre parecía tener un ligero aire de altivez, y verla ponerse nerviosa por una de sus obras de caridad era una respuesta poco ortodoxa. Pero, por otra parte, él siempre supo que tenía un carácter muy poco ortodoxo. Una de las razones por las que lo fascinaba tanto.

Llegaron a una puerta blanca pintada con esmero e Paula tocó suavemente dos veces antes de abrirla lentamente. Una relajante habitación de color amarillo cáscara de huevo los recibió cuando abrió la puerta y Henry miró a su alrededor, tomando nota de las distintas cunas y cambiadores.

Un movimiento atrajo su atención y atrajo su mirada hacia el rincón más a la izquierda. Allí, en una mecedora, estaba sentada una mujer joven que sostenía un pequeño bulto en sus brazos. Emitía suaves ruidos de arrullo mientras se balanceaba lentamente hacia adelante y hacia atrás, con un pequeño biberón lleno de leche colocado junto a la boca del bebé.

Al notar su presencia, la joven levantó la vista y sonrió mientras se acercaban a ella. "Hay una dona en la cocina si quieres. Pensé que te vendría bien un descanso", dijo Paula en voz baja una vez que se saludaron.

La mujer sonrió. "Gracias. Admito que me siento un poco rígida al estar sentada aquí".

Con unos pocos movimientos suaves, Celeste se levantó de la silla y le entregó la pequeña a Paula. "He estado tratando de hacerla beber, pero no parece muy interesada", suspiró Celeste mientras le entregaba la botella a Paula. "Espero que puedas venir, ¿no?"

—Lo intentaré lo mejor que pueda

—asintió Paula

— ¿Cómo se llama?

—Leora

—respondió Celeste

— y gracias una vez más. Vuelvo enseguida.

Henry permaneció de pie, un poco inseguro sobre qué hacer incluso después de que Celeste se fuera de la habitación de los niños. Observó a Paula sentarse lentamente en la mecedora y notó que le tomaba un poco de tiempo acomodar la almohada detrás de su espalda. Frunció el ceño al recordar que ella había dicho que tenía una cita con el médico hoy. Quería saber cómo había ido, pero a juzgar por el estado de ánimo en el que la había encontrado en la calle, tenía la sensación de que no había ido demasiado bien.

—Ahora, mi dulce Leora, ¿por qué no has estado bebiendo?

El suave arrullo maternal de Paula lo sacó de sus pensamientos y concentró su atención en la pequeña bebé que tenía en brazos. Frunció el ceño al observarla más de cerca. Era absolutamente diminuta para una niña de dos meses y se dio cuenta rápidamente de que tenía algunos defectos físicos, en concreto los ojos y el cráneo pequeños. Incluso tenía un labio superior muy fino. Tanto que casi parecía inexistente.

Aunque había oído hablar a menudo de niños con síndrome alcohólico fetal, sus defectos físicos variaban mucho según la gravedad del mismo. El hecho de que los de Leora fueran tan característicos a una edad tan temprana le llevó a la conclusión de que su madre debía haber consumido grandes cantidades de alcohol durante todo el embarazo, como si ni siquiera le hubiera importado estar embarazada.

—Vamos, Leora. Estoy segura de que tienes hambre

—continuó Paula animando a la bebé, colocando el biberón justo encima de sus labios, dejando que unas gotas de leche formulada cubrieran su pequeña boca.

Observó cómo una diminuta lengua Rosada salía disparada y probaba la leche. Sus ojitos parpadearon, como si finalmente hubiera captado lo que le ofrecían, y sus deditos se extendieron, buscando más.

Paula sonrió suavemente cuando Leora tomó el biberón y arrulló mientras los suaves ruidos de succión llenaban la habitación del bebé. "Buena chica", murmuró Paula mientras comenzaba a balancearse lentamente hacia adelante y hacia atrás en la silla.

Henry se quedó allí, absorto en la mujer que tenía delante, absorbiendo la visión de su lado maternal, que aún no había tenido el placer de experimentar. Miró a su alrededor y notó una pequeña silla junto a la mecedora que sostenía una pequeña pila de libros. Los movió con cuidado al suelo y se sentó, observando cómo Leora seguía mamando.

El ambiente en la habitación del bebé era tranquilo y relajante, y no se cruzaron palabras durante la mayor parte de la alimentación de Leora. Finalmente, cuando el biberón estuvo vacío, Paula estaba a punto de colocarlo a su lado cuando Henry se ofreció a quitárselo. Ella sonrió y se lo entregó, sin notar la forma en que su mirada se detenía en ella, ya que su atención ya había vuelto al pequeño bebé en sus brazos.

Encontró una pequeña toalla sobre el brazo del sillón y la arrojó sobre su hombro antes de levantar al bebé para apoyarlo contra ella. Henry la observó mientras acariciaba y frotaba la espalda del pequeño.

"Parece que sabes lo que haces con los bebés", afirmó después de un momento en que Paula lentamente volvió a colocar a Leora contra su pecho una vez más.

Paula sonrió mientras le pasaba la toalla por la boca al bebé. "Siempre me han gustado los niños", murmuró mientras volvía a colocar la toalla en el brazo del sillón y comenzaba a mecerlo una vez más.

Ella lo miró lentamente. "A mí también me encantaría tener el mío algún día".

Su mirada se encontró con la de ella. "¿Cuántos?"

Una sonrisa de dolor se dibujó en su rostro y él parpadeó sorprendido cuando las lágrimas empañaron sus ojos. Rápidamente volvió a mirar al bebé en sus brazos. "Todos los que mi espalda pueda soportar, supongo", murmuró, con la voz cargada de emoción repentina.

Un silencio tenso se apoderó de ellos mientras Henry la observaba, notando cómo su nariz comenzaba a ponerse un poco roja y cómo empezaba a parpadear un poco más rápido. Él separó los labios, a punto de responder, cuando ella le preguntó de repente: "¿Y tú? ¿Alguna vez quisiste tener hijos antes de...?". Se quedó en silencio, recordando de repente lo delicado que era el tema para él.

Su rostro se sonrojó del mismo color que su nariz, su mirada lloRosa se elevó rápidamente para mirarlo brevemente antes de volver a mirar a Leora. "Lo siento, eso fue insensible de mi parte".

Por alguna extraña razón, no se inmutó ante lo que normalmente era una pregunta muy personal y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas mientras observaba a la mujer que estaba frente a él, que seguía meciéndose en la silla. "Yo era hijo único. Cuando crecí, siempre me pregunté cómo sería tener una casa llena de hermanos. Quería tener al menos tres hermanos propios".

"¿Y ahora?"

Hizo la pregunta tan silenciosamente que él sintió que no era su intención. No había levantado la mirada de Leora y él vio cómo una pequeña mano se levantaba y agarraba el dedo de Paula.

Notó que una pequeña sonrisa se dibujaba en sus labios y que sus ojos oscuros rebosaban de orgullo y alegría mientras arrullaba al pequeño bebé. Y de repente, deseó verla llena de un hijo propio.

Su niño.

……..

—Ahí lo tienes, señorita Paula. ¿Estás segura de que no quieres salir a caminar y estirar las piernas? Has estado trabajando todo el día y estoy segura de que pronto tendrás los ojos cuadrados.

Paula miró a Lesley por encima de su computadora portátil y observó cómo la mujer mayor colocaba un bol de fruta a su lado en el escritorio.

—Estoy bien, Lesley. Gracias

—respondió ella, con la voz un poco ronca por no haber hablado en todo el día.

Lesley hizo una pausa y la miró. Paula sintió que quería decir algo, pero decidió no hacerlo en el último momento. En cambio, asintió y sonrió. "Está bien, avísame si necesitas algo más".

Paula asintió, pero no dijo nada. Esperó a que la mujer saliera de su habitación antes de suspirar mientras apoyaba la cabeza en su mano. Habían pasado tres días desde que Massimo había regresado a Nueva York, y la noche anterior había sido la primera en la que había decidido salir con él. La conversación fue tensa y la mayor parte de la velada transcurrió en un silencio incómodo.

No le había contado lo que el médico le había dicho sobre su espalda, pero había tocado el tema de tener una familia algún día. Su respuesta no había sido la que ella esperaba.

"¿Hijos? Nunca había pensado en tener uno. Mi vida es demasiado ajetreada para esas exigencias. Tal vez en los próximos diez años o así, pero ciertamente no ahora".

Supuso que no debería haberse enfadado por sus palabras. Era su propia preferencia y, si decía que no tenía tiempo para ellos, ¿quién era ella para presionarlo? No era como si los hombres tuvieran un cronómetro biológico. Aún podía tener hijos mucho más tarde en la vida.

Diferente a mí.

Paula suspiró y se pasó una mano por la cara antes de acercar el cuenco de fruta. Mientras mordisqueaba una fresa, pensó en su visita al orfanato hacía dos días. Sentía que no debería haber ido. Visitar a esos niños había sido una tortura de lo más dulce, pero no disimulaba la intensa ira que había sentido hacia la madre desconocida de Leora.

Entendía que algunas cosas no se podían prevenir durante el embarazo, pero el abuso del alcohol... era algo que no podía asimilar y dudaba mucho que pudiera hacerlo algún día.

Una suave sonrisa se dibujó en sus labios mientras pensaba en el pequeño bebé. Aunque había sido la principal colaboradora del orfanato durante los últimos meses, admitió que nunca había tenido una relación muy cercana con los niños. En realidad, era culpa suya. Mantenía a propósito la distancia, sabiendo que si llegaba a conocer a cada uno de ellos individualmente, se sentiría tentada a llevárselos a todos a casa.

Pero cuando los dedos de la pequeña Leora se estiraron para agarrar los suyos, fue como si algo hubiera hecho clic en su mente. Ese pequeño bebé había marcado su vida de una manera que nunca pensó que experimentaría con alguien que no fuera su propio hijo. Paula admitió para sí

misma que sintió una gran culpa cuando tuvo que dejarla esa tarde.

Aunque le hubiera encantado adoptarla, la vida de Paula no era nada estable en ese momento. Con su madre todavía en el hospital y la relación con su hermana en crisis, no era el momento de traer un bebé a casa. Tampoco creía que estuviera preparada para ser madre soltera. No era algo que hubiera imaginado para sí misma. Quería formar una familia, pero también quería un marido cariñoso y protector a su lado.

Un golpe repentino en la puerta de su dormitorio hizo que Paula se sacudiera en el asiento y rápidamente se tragó otro trozo de fresa antes de decirle a la persona que entrara. Notó que aparecía la cabeza de Lesley con una sonrisa vacilante en el rostro.

—Lamento molestarla nuevamente, señorita Paula. Pero tiene una visita.

Paula frunció el ceño.

—¿Un visitante? ¿Quién...?

—se quedó en silencio, con los ojos muy abiertos por la sorpresa cuando miró al hombre que estaba detrás de la criada principal. Ladeó la cabeza, desconcertada, mientras él se movía alrededor de Lesley para entrar en su habitación

—¿Henry?

Sus ojos color avellana la miraban fijamente. "Buenos días, princesa."

Paula intentó disimular su respiración tembloRosa ante el saludo, insegura por la intensidad con la que la miraba. Apartó la mirada de él y centró su atención en Lesley. La mujer mayor parpadeó, enmascarando su curiosidad con un rápido asentimiento.

"Ah, cierto. Lo siento. Por favor, avísame si necesitas algo".

Había dirigido la pregunta hacia los dos, pero ninguno respondió, se miraron fijamente. La puerta se cerró detrás de ella y el suave ruido que hizo sacó a Paula de la extraña neblina que parecía dominarla.

Los músculos de su espalda se tensaron con anticipación cuanto más tiempo permaneció Henry junto a su puerta, los músculos prominentes de sus brazos en clara exhibición, su mirada ardiente en su rostro.

De repente, el corazón de Paula se aceleró cuando se dio cuenta de que era la primera vez que permitía que un hombre que no fuera un miembro de la familia entrara en su habitación. La idea la golpeó como un rayo y se le puso la piel de gallina, mientras su rostro se ponía rojo por estar bajo su escrutinio implacable.

Incapaz de soportar más el silencio cargado de tensión, se aclaró la garganta. "Entonces, ¿qué te trae por aquí?"

La mirada de Henry permaneció fija en ella mientras caminaba lentamente hacia ella, sus botas golpeando el suelo con cada paso y enviando ondas de choque ondulantes por su cuerpo cada vez. Ella apretó los labios, sus músculos se tensaron cuanto más se acercaba él. Parecía innegablemente guapo, a pesar de que estaba vestido de manera sencilla. Con su camisa negra ajustada y sus jeans oscuros, se veía elegante. Pero había un aire de peligro en sus movimientos, como un depredador acechando a su presa.

Se detuvo justo delante de su escritorio y cruzó los brazos sobre el pecho. La mirada oscura de ella se apartó de su rostro ante el movimiento y se concentró en sus fuertes antebrazos. Una oleada de calor recorrió todo su cuerpo cuando recordó cómo esas manos la habían sujetado, cómo esos dedos gruesos habían acariciado las sensibles terminaciones nerviosas de su cabello.

Ella inhaló profundamente, recordando que debía respirar. Lentamente, lo miró y sus miradas se encontraron. La intensidad de sus ojos absorbió todo el oxígeno que sus pulmones habían logrado encontrar y sus dedos temblaron al darse cuenta de su fuerza.

—¿Estás... estás bien?

—Su voz no sonaba como la suya, la sangre en sus oídos amortiguaba el sonido.

Sus ojos se entrecerraron en señal de concentración, sin perder el contacto con ella ni un momento. Estaba tramando algo. Ella podía verlo en las profundidades de su mirada. No saber qué era lo que estaba planeando la estaba poniendo nerviosa. Nunca antes la había mirado de esa manera.

—No

—respondió él, en voz baja y un poco ronca. El sonido le provocó una inesperada punzada de calor en el estómago. Apretó los puños, agradecida de que estuvieran ocultos debajo del escritorio.

"¿Qué pasa?"

Su mirada pareció oscurecerse mientras la observaba. "Estoy cansado."

La respuesta de Henry la hizo detenerse y levantó las cejas confundidas. "¿Cansado?", repitió, su mirada oscura recorriendo su rostro en busca de signos de fatiga.

—Sí, mucho

—respondió él, bajando los brazos a los costados mientras comenzaba a caminar lentamente alrededor del escritorio, sin apartar los ojos de los de ella.

La acción la hizo sentir como si la estuvieran persiguiendo y sus manos agarraron los bordes de la silla de su escritorio con fuerza. Instintivamente inclinó su cuerpo para mirarlo de frente, con la espalda tensa por el suspenso desconocido que el hombre que tenía frente a ella estaba creando con sus palabras vagas y movimientos acechantes.

—¿Por qué estarías cansado?

—murmuró, su voz sonando como una hoja quebradiza en un céfiro otoñal.

Tocó con su mano la madera lisa del escritorio, arrastrando un dedo lentamente a lo largo de la madera, con la mirada firme.

La respiración de Paula era un estertor en su pecho mientras su mirada se dirigía a su mano, quedando cautivada por el lánguido movimiento. Parecía que una calidez se inyectaba lentamente en su torrente sanguíneo mientras su mente se nublaba con pensamientos.

—Hay muchas razones para ello

—dijo finalmente, en voz baja, y pareció que le llegaba directamente a la médula de los huesos. Su mirada se levantó lentamente para encontrarse con la de él mientras él se inclinaba hacia

delante, extendiendo su gran brazo detrás de ella para agarrar con firmeza el respaldo de su silla

— Pero la razón principal es que estoy cansado de fingir continuamente que no pasa nada entre nosotros.

Paula sintió como si cada pequeña molécula de aire que quedaba en sus pulmones se evaporara en la nada. Inhaló profundamente y con dolor, y sus ojos se abrieron de par en par cuando las palabras de él se registraron en su mente aturdida. Un pánico repentino se apoderó de sus miembros y sus dedos temblaron.

—Yo...

—tartamudeó, con el corazón helado en el pecho. Clavó los talones en el suelo e intentó apartarse de él, pero el agarre que ejercía sobre el respaldo de su silla le impidió moverse ni un centímetro.

Su mirada no cesaba de mirarla mientras se inclinaba hacia delante, apoyando el peso sobre el codo que descansaba sobre el escritorio. "No voy a seguir ignorando mis sentimientos por ti, princesa", dijo en voz baja.

Su corazón latía con fuerza en su pecho y se aferró a los brazos del sillón como si fueran su salvavidas en la furiosa tormenta de emociones en la que de repente se encontraba. Él se inclinó un poco más hacia delante, sus labios ahora estaban a una distancia de un suspiro de distancia.

Su mirada color avellana se profundizó mientras la miraba fijamente a los ojos. "¿Vas a seguir ignorando los tuyos?"

Como si le hubieran echado agua fría en la cara, Paula apartó la cara de él y giró el cuerpo para poder ponerse de pie. La sangre le rugía en los oídos y exhaló jadeos temblorosos, dándole la espalda.

Tenía los ojos muy abiertos por el miedo, se sentía expuesta y vulnerable. Podía sentir su presencia detrás de ella, y sus músculos se tensaron de anticipación cuando lo escuchó caminar hacia ella. Respiró con dificultad y su estómago se contrajo en un nudo de ansiedad cuando sintió el atractivo calor que irradiaba su cuerpo.

"Isabela."

El hecho de que pronunciara su nombre la hizo sentir débil de una manera que no podía comprender y estuvo a punto de apoyarse en la sólida pared de músculos que sabía que se encontraba a menos de dos centímetros de ella. Una mano cálida la agarró suavemente por la muñeca y la mantuvo cautiva.

—No me voy a ir hasta que me respondas.

Cerró los ojos, absorbiendo el sonido de su respiración regular, y se dio cuenta doloRosamente de su propia respiración entrecortada. No respondió, pero respiró profundamente y lentamente cuando sintió que su brazo, de gruesos músculos, la rodeaba por la cintura y la acercaba más hasta que su espalda quedó pegada a su pecho.

La posición familiar le produjo una repentina calma y un tembloroso murmullo de agradecimiento resonó en su garganta cuando sintió que sus dedos se hundían en su cabello

oscuro y exuberante. Su cálido aliento le acarició el costado del cuello mientras bajaba la cara y sintió que su pecho se expandía mientras respiraba profundamente por un momento, apretando su agarre en el cabello para que ella pudiera mirarlo.

Paula abrió los ojos lentamente, su mirada entrecerrada hizo que él acercara su cuerpo imposiblemente.

—Serás mi muerte

—murmuró antes de que sus labios se fusionaran con los de ella.

Había una delicadeza en su tacto, pero el calor que se extendió por todo su cuerpo no. Llegó tan de repente que ella jadeó ante la sensación. La abrasadora presión de sus labios pareció marcarla, sus dedos agarrando su cabello con fuerza mientras la giraba en sus brazos.

Ella inhaló con fuerza cuando él se apartó de sus labios y sus ojos parpadearon mientras él recorría su mandíbula con la boca hasta la suave columna de su garganta. Un gemido entrecortado escapó de sus labios mientras inclinaba la cabeza, permitiéndole un acceso más fácil a la delicada piel.

No debería permitirlo, lo sabía, se obligó a pensar que no estaba bien. Pero mientras lo hacía, sus manos recorrieron lentamente su pecho mientras inhalaba su limpio olor masculino, desesperada y ansiosa por explorar los duros contornos de su pecho y su estómago.

Paula sintió un escalofrío recorrer su gran cuerpo ante la delicada exploración de sus dedos, y sintió una profunda sensación de satisfacción al saber que podía provocar tal respuesta en alguien como él.

Pero por más que sus dedos bailaran sobre su pecho y sobre sus fuertes hombros, la molesta sensación de culpa comenzó a carcomerla una vez más. Abrió los ojos lentamente, estaba a punto de protestar cuando sus labios tocaron un punto determinado justo por encima de su clavícula. Jadeó, sus manos apretaron sus fuertes hombros mientras una sensación de deseo tan intensa la invadía que todos los pensamientos coherentes se perdieron en ella.

"Dime que quieres."

La voz de Henry, profunda y ronca contra su garganta, apenas se infiltró en su mente embriagadora. Sus labios se retiraron de su garganta y un murmullo de protesta escapó de su garganta. Oyó su suave risa ante su respuesta mientras sus grandes manos recorrían su cuerpo flexible, como si estuviera tratando de memorizar cada centímetro de ella como si ella fuera él. Sus labios rozaron su mejilla, luego su sien antes de rozar el sensible lóbulo de su oreja. "Dime lo que quieres y lo haré". El calor de su aliento le acarició el cuello y ella apretó su camisa con sus manos tembloRosas.

—Yo...

—No podía hablar; su mente estaba demasiado sumida en la pasión como para crear un solo pensamiento coherente.

Pero no necesitaba palabras, no con Henry. Él sabía lo que necesitaba. Sus labios reclamaron los suyos una vez más. Esta vez con un hambre abrasadora que hizo desaparecer hasta la última inhibición de ella mientras la levantaba en sus brazos.

Paula se sintió como si estuviera flotando mientras él la llevaba a lo largo de su habitación, pero

la incertidumbre se apoderó de ella cuando sintió su colchón debajo de ella y su cuerpo se tensó.

—Henry...

La hizo callar mientras recuperaba sus labios, con una mano extendida sobre su espalda mientras la bajaba a la cama. El colchón se hundió bajo su peso conjunto y el calor de su cuerpo se filtró en el de ella mientras flotaba sobre ella.

Pero su enorme figura y la fuerza que se veía claramente en ella provocaron una repentina punzada de miedo en su interior. "Henry, espera", suplicó, pero ni siquiera ella podía negar lo patética que sonaba su exigencia.

Sintió que sus dedos pausaban la exploración de sus piernas bien formadas, su toque era una promesa silenciosa mientras enterraba su rostro en la suave curva de su cuello. "Olvídate de él".

Paula frunció el ceño, incapaz de comprender a quién se refería.

Pero su confusión se olvidó cuando la ansiedad le atravesó el estómago cuando sintió que sus manos ásperas se adentraban debajo de su blusa, acariciando la piel suave y sonrojada. Demasiado rápido ... Jadeó tembloRosamente. "No, espera. Henry..."

—Relájate, princesa

—murmuró, y el cuerpo de ella vibró en respuesta a su tierno beso en el punto sobre la clavícula. Se derritió en el colchón y cerró los ojos mientras absorbía la sensación mientras él prodigaba su atención en ese punto.

Pero cuando sus manos fueron subiendo poco a poco, sus deseos pasaron a un segundo plano ante el pánico repentino que la invadió.

—Henry, por favor. No... no puedo hacer esto

—tartamudeó con voz tembloRosa, con las manos apoyadas contra su firme pecho, intentando apartarlo.

—¿Por qué?

—preguntó contra su garganta, su voz innegablemente fuerte.

Sintió que las lágrimas se agolpaban en sus ojos. No estaba preparada para eso. No para llegar tan lejos, aunque su cuerpo se lo rogaba. "Porque no puedo renunciar al matrimonio", murmuró en cambio, intentando ocultar la forma en que su voz temblaba.

Pero Henry no se detuvo a pensarlo, ni siquiera se detuvo a pensarlo, y respondió con un tono de voz que no era más que serio: "Entonces cásate conmigo".

Capitulo 31

Un asombro gélido se apoderó de Paula. Sintió que el aliento se le congelaba en los pulmones y el frío abrasador parecía recorrer cada vena y entrar en cada célula hasta que su cuerpo se sintió envuelto en hielo.

Ante el recuerdo sin aliento del oxígeno, jadeó: "¿Qué?"

El cuerpo cálido y musculoso que flotaba sobre ella se movió y su mirada estupefacta se elevó para encontrarse con unos intensos ojos color avellana. Sus oscuros mechones se derramaron sobre su fuerte frente mientras la miraba. Sus hombros, que habían soportado su peso durante la mayor parte de cinco minutos, no parecían estar más cerca de cansarse mientras ajustaba su posición para sujetar su rostro con una de sus fuertes y callosas manos.

"Cásate conmigo."

Fue una exigencia pronunciada con una voz tan fuerte y autoritaria que Paula sintió que su cuerpo se estremecía ante el sonido. Sin palabras, miró boquiabierta al hombre que estaba encima de ella; la deliciosa calidez de su cuerpo se filtró en el de ella, calentándola, acariciándola.

Sus dedos temblorosos soltaron su agarre en la camisa, su mente dando vueltas, desesperada por darle sentido a la insondable situación en la que se encontraba.

—Pero tú siempre has estado en contra del matrimonio

—chilló, su voz traicionándola ante la confusión y la sorpresa que se apoderó de su mente.

—No estoy en contra

—respondió Henry con suavidad, y ella dejó escapar un suspiro tembloroso cuando sintió que su mano abandonaba su rostro para volver a posarse sobre la suave piel de su estómago una vez más. Su cuerpo tembló ante la sensación y él bajó la mirada acalorada hasta sus labios. Se inclinó hacia abajo y se detuvo cuando su boca rozó la de ella

— Hace mucho que no pienso en ponerlo sobre la mesa.

Sus manos volvieron a apretar la tela de su camisa cuando él desvió la boca de la suya para trazar un camino destructivo a lo largo de su mandíbula. Parpadeó, tratando de orientar su mente y no concentrarse en la delirante dicha que él le estaba brindando. "Pero una familia..." murmuró, su voz inadvertidamente baja y sensual. Se mordió el labio para evitar que cualquier sonido de aliento saliera de su garganta. "No querías una".

Ella dejó escapar un suspiro tembloroso cuando la palma grande y áspera de él se extendió sobre su estómago, sus dedos acariciando círculos lánguidos. "Me hiciste cambiar de opinión".

"¿Hice?"

—Sí

—murmuró contra su oído, su cálido aliento le provocó un hormigueo en la piel. Su mano se deslizó desde su estómago hasta apoyarla en la curva de su espalda

— Cuando te vi en la guardería, no pude reprimir más mis sentimientos por ti. Por mucho que luché contra ello con uñas y dientes, tu tierno y maternal afecto por esa niña hizo que mis deseos por ti fueran demasiado grandes para resistirlos. Quería verte embarazada... mi hija. Quiero poner allí tantos como me permitas.

Las manos de Paula aflojaron su agarre ante sus cautivadoras palabras, y sus dedos comenzaron a recorrer sin pensar su camisa. Niños. Él le estaba ofreciendo niños. Su corazón saltó en su pecho ante el pensamiento. "¿Adopción?", preguntó, un suspiro entrecortado escapó de sus labios cuando él dejó un rastro de tiernos besos a lo largo de su garganta, bajando lentamente.

—Dentro de lo razonable

—murmuró contra su piel enrojecida, bajando hasta que su cuerpo se fundió con el de ella.

Por voluntad propia, sus dedos se deslizaron bajo su camisa. Una piel tensa y caliente tocó las yemas de sus dedos y, por un momento, se perdió en la sensación de las crestas y los contornos profundos y definidos de su estómago. Entonces, él le agarró la muñeca y sus largos dedos rodearon la delicada articulación con firmeza, impidiéndole explorar.

—No empieces algo que no puedas terminar, Princesa

—la voz de Henry era un retumbar de advertencia desde lo más profundo de su pecho.

Sus mejillas se sonrojaron, pero su expresión era aturdida mientras miraba el techo sobre ellos. "¿Todos los que quiera?" repitió.

Bajó aún más el cuerpo y su peso la presionó contra el colchón. "Sí", gimió contra su garganta.

Sus muslos temblaban contra los de él. "Apenas nos conocemos."

"Sabemos lo suficiente."

Sus cejas se juntaron mientras pensaba, sin siquiera creerse a sí misma que estaba considerando seriamente su propuesta. Pero él le estaba ofreciendo una familia. Le estaba ofreciendo hijos . Ella lo anhelaba como si fuera el aire que necesitaba para respirar.

"¿Estás... estás hablando en serio?"

"¿Alguna vez me has visto sin serlo?"

Ella resopló ante sus palabras. Parecía tener una respuesta para todo, pero, de no ser así, no sería Henry.

—¿Cuánto tiempo más me vas a hacer esperar?

—murmuró contra su piel, su mano soltando la de ella para comenzar una suave exploración de su cintura curva.

Sus ojos se cerraron con fuerza ante sus atenciones y ladeó la cara para que pudiera ver su cuello por completo mientras él comenzaba a prodigarle besos abrasadores en la piel. No pudo evitar una suave exclamación esta vez y sus manos agarraron el suave cabello oscuro de su nuca, levantando el cuerpo en busca de sus promesas.

Pero sus manos la agarraron con fuerza por las caderas, obligándola a permanecer en el mismo lugar. "Necesito una respuesta, princesa", respondió él, con voz oscura y con una moderación apenas contenida.

Ella abrió los ojos al oír sus palabras, pero debido a la posición en ángulo de su cabeza, su mirada se dirigió al otro lado de la habitación, hacia su escritorio. Su mente confusa tardó un breve momento en aclararse cuando notó un ramo de hermosas flores en un jarrón sobre una de las mesas auxiliares. Un ramo que Massimo le había regalado.

Sintió como si un rayo la hubiera alcanzado. Todo su cuerpo se tensó antes de que la culpa y la vergüenza la bombardearan con tanta fuerza que al instante se puso a empujar el pecho de Henry, rogándole que se apartara de ella.

Ella podía sentir la confusión en su cuerpo, vio la vacilación en su rostro, pero lentamente se enderezó hasta que su peso descansó sobre sus rodillas. Sus manos se conectaron con sus gruesos muslos que todavía la aprisionaban. "Por favor, quítate de encima de mí", gritó, empujándolo, pero su cuerpo permaneció inmóvil, su mirada penetrante concentrada en la repentina vergüenza que enrojeció su rostro.

Él miró hacia el lado donde ella había estado mirando y tardó menos de un segundo en fruncir el ceño. Su mirada volvió a la de ella, implacable y enojada. "Él no merece tu lealtad".

Las lágrimas se le escaparon de los ojos cuando los cerró, sacudiendo la cabeza con vehemencia mientras sus manos intentaban desesperadamente apartarlo de ella. "No, Henry. ¡Está mal! Nunca debí haber dejado..."

Él interrumpió sus palabras inclinándose hacia delante, enterrando los dedos profundamente en su cabello y sujetando su cabeza cautiva para que la mirara a los ojos. "No hemos hecho nada malo", respondió con voz firme, su mirada centrada solo en ella.

Ella inhaló, intentando sacudir la cabeza otra vez, pero el agarre de sus manos no se movió. "Pero Massimo…"

—Ni siquiera es tu novio.

—Su expresión se profundizó al observar sus rasgos llenos de culpa, notando cómo su piel se había vuelto pálida y sus ojos se habían vuelto brillantes por las lágrimas

— No le debes nada .

El corazón de Paula latía con fuerza en su pecho. Sabía que él podía oírlo. Él apartó una mano de su cabello y le acarició la mejilla con ternura y delicadeza.

—Él no te ama

—susurró, mirándola fijamente.

Una punzada de duda resonó en su pecho y sus manos se aferraron a sus muslos. "¿Y lo haces?"

"Sí."

Esa duda aumentó y ella negó con la cabeza con un movimiento apenas perceptivo. "No. Es demasiado rápido. No puedes".

Un destello de fastidio se dibujó en su expresión, endureciendo sus rasgos. "¿Crees que no?"

"No es creíble. ¡No nos conocemos desde hace ni un mes!"

—Y, sin embargo

—respondió él con tono duro

— lo que sentías era deseo por mí .

—¡Exactamente!

—gritó ella, empujando su cuerpo con mayor urgencia

— El deseo es lujuria, y la lujuria no es nada más que un anhelo egoísta. ¡Lo obtienes de alguien hasta que ya no te satisface y luego corres directamente a otro en unas pocas semanas! ¡Eso no es amor!

Pero Henry se mantuvo firme y observó sus débiles intentos de alejarlo de ella. Su rostro cambió de color ante su resistencia y terquedad, y agarró sus brazos agitados con una mano y los sujetó por encima de su cabeza. Ella contuvo un jadeo ante la acción y su mirada sorprendida se fijó en sus ojos serios.

"¿Te das cuenta de que la única razón por la que piensas así es por Massimo? ¡Crees que se necesitan meses para enamorarse de alguien cuando él no ha sido más que un cobarde durante toda su relación!"

Ella apretó los dientes y, sintiendo un intenso deseo de defender el lento crecimiento de su relación con el hombre más joven, comenzó a decir: "Bueno, no estaba siendo exactamente amable con él..."

Henry expresó su enfado con una mueca exasperada y un chasquido de la lengua. "Oh, deja de ponerle excusas, princesa. Es un cobarde y un tonto por dejarte colgando del anzuelo durante tanto tiempo. ¡Y tú tampoco estás muy lejos de permitirle que te haga eso!"

La atmósfera que los rodeaba se calmó, lo que permitió que sus palabras quedaran suspendidas en el aire. Paula lo miró fijamente, la incredulidad hizo que su rostro palideciera. Su ceño se frunció y bajó la mirada. Sus labios temblaron y su garganta se tensó, haciendo que su voz sonara espesa mientras murmuraba en voz baja: "Por favor, vete".

Sintió que él le apretaba las muñecas y que el pecho se le encogía de arrepentimiento.

—Paula...

—Dije que te fueras

—su voz ahora era dura y levantó la mirada para mirarlo fijamente.

Durante unos instantes, él no hizo nada más que mirarla fijamente, y ella le devolvió la mirada con una intensidad que nunca antes había visto en su rostro. Finalmente, él obedeció, soltándole las muñecas mientras se levantaba de la cama. En cuanto sus muslos ya no la aprisionaban, ella inmediatamente se alejó de él, con los hombros encogidos hasta las orejas y la espalda tensa.

Caminó hasta la puerta y la abrió, deteniéndose para mirarla. Verla acostada en la cama con su cabello oscuro esparcido detrás de ella lo impulsó a volver a ella, enmendar las ofensas que le había hecho y besarla hasta que se olvidara una vez más. Su agarre en la manija de la puerta se hizo más fuerte hasta que sus nudillos crujieron, usándola para mantenerse a tierra.

—Para que lo sepas

—empezó en voz baja. Hizo una mueca de dolor al ver que ella retrocedía ante el sonido de su voz, pero continuó sin hacer caso. Ella necesitaba saberlo antes de que este intercambio destruyera la última oportunidad que tenía con ella

— Sé lo que se necesita para que un matrimonio funcione, y mis intenciones eran totalmente serias.

Paula cerró los ojos ante sus palabras, pero no respondió verbalmente. Apenas respiró cuando escuchó el eco de sus pasos por el pasillo hasta que se hizo un silencio absoluto. Sus labios temblaron mientras se encogía.

Aunque Henry ya se había ido hacía rato, el toque fantasma seguía ahí. Sus labios estaban hinchados y su cuerpo vibraba con una necesidad insatisfecha. Cerró los ojos con fuerza, intentando ignorar la frialdad que la invadía por la falta de su toque. Pero su piel no lograba olvidar cómo se había sentido contra ella, sus palmas ásperas la acariciaban de una manera que la dejaba débil.

A ella le encantaba la sensación y por eso la odiaba.

Con un gruñido y una ligera punzada de incomodidad en la espalda, se levantó de la cama y corrió al baño. Las frías baldosas le rozaron las plantas de los pies descalzos mientras caminaba hacia la ducha y abría al máximo el grifo de agua caliente.

Pronto, el vapor se extendió por el aire y ella se quitó rápidamente la ropa y entró. El agua hirviendo caía sobre su piel en un implacable diluvio mientras tomaba una pastilla de jabón. Se frotó la piel con movimientos fuertes, en todas partes donde aún vibraba el recuerdo del toque de Henry.

Pero esa sensación no desapareció y ella frotó con más fuerza, descartando pronto la pastilla de jabón por completo mientras sus uñas ocupaban su lugar.

El agua caliente le quemó la piel hasta dejarla roja, pero Paula permaneció debajo, raspándose los brazos, el pecho y todo lo que tenía en la mano. El vapor ya había inundado toda la habitación y la humedad le llenaba los pulmones mientras continuaba con el brutal ataque a su delicada piel.

Cuando una sensación de derrota la invadió, soltó un suspiro lento y profundo mientras se apoyaba contra la pared de la ducha y cerraba la válvula. Aunque la ducha ya no funcionaba, el calor creado por el vapor en la habitación no disminuyó. Miró lentamente su cuerpo, la sangre que corría en pequeños riachuelos por sus brazos, pecho y estómago. No hizo nada por un momento, su mente quedó atrapada en algún lugar lejano.

Sólo cuando empezaron a aparecer puntos negros en su visión y sintió la cabeza peligRosamente ligera, se dio cuenta vagamente de que podía sufrir un golpe de calor. Su cuerpo se movió por voluntad propia, abrió la puerta de la ducha y se envolvió una toalla blanca alrededor de su cuerpo casi cubierto de ampollas. Miró hacia abajo y juntó los labios.

"Tal vez una toalla blanca no era una buena idea" , pensó mientras observaba las manchas de color rojo brillante que aparecían en la tela.

No tenía energía para pensar en eso mientras salía lentamente del baño lleno de vapor, sintiendo la frescura de su habitación como un refrigerador para su piel irritada. Sus ojos se dirigieron hacia su tocador y su cuerpo la siguió, sentándose en la pequeña silla que estaba frente a él.

Por un momento, se negó a mirarse en el espejo, pero al final su mirada oscura se alzó. La que la miraba era una mujer que apenas reconocía. Su cabello negro estaba pegado a la nuca y

pequeños hilos de agua desaparecían en el suave algodón de la toalla. Sus ojos oscuros estaban vidriosos, sus labios estaban rojos e hinchados y su piel estaba enrojecida.

Bajó la mirada y observó las marcas de arañazos que le marcaban la piel, contando sin pensar los lugares donde había manchas de sangre. Apretó los labios y apretó los dientes. Pensó que al hacerlo así se libraría de la sensación de su delicioso tacto en la piel. Pensó que podría borrar de su mente las huellas de sus manos con el calor abrasador del agua.

Pero no, ella todavía podía sentir su toque, todavía lo anhelaba.

Con un grito de rabia, extendió el brazo y tiró al suelo el contenido que se encontraba sobre la cómoda. Su pecho se agitó y su nariz tembló mientras el aroma excesivamente fuerte del perfume impregnaba el aire a su alrededor. No le importaba, no cuando miraba su reflejo en el espejo. No cuando miraba cada pequeño detalle de su rostro.

Los labios carnosos y sensuales, los pómulos salientes, las pecas que salpicaban sus hombros. Sus ojos oscuros tenían una forma seductora, ojos sensuales. Su nariz delicada, su cuello largo y delgado, sus pechos voluptuosos. Cuanto más la miraba, más se desvanecían las características que creía haber compartido con su madre.

De repente, una sensación gélida se apoderó de su corazón y apretó los dientes mientras sus manos se aferraban a los costados del tocador.

Trató de defender sus acciones; los acontecimientos de esa mañana no habían sido su intención. Estaba cansada y estresada por su madre, preocupada por sus propios problemas de salud. Sus instintos habían saltado a la primera oportunidad, anhelando lo que sólo un hombre podía darle y sin importarle nada ni nadie más.

Paula intentó dirigir su ira hacia el hombre que le estaba provocando tal conflicto, pero no duró mucho. No había hecho necesariamente nada malo. Era ella quien lo toleraba, incluso lo alentaba.

La vergüenza y el asco la invadieron, odiándose a sí misma por la forma en que su cuerpo había respondido a él. Nunca debió haber reaccionado de esa manera, nunca debió haberlo alentado a ir más allá. Pero sus acciones sí lo hicieron, su mente quedó en segundo plano ante los deseos primarios que la abrumaban y dominaban.

No había sido un momento de debilidad; había sido un momento de completa y absoluta estupidez.

La forma en que ella lo había anhelado, la forma en que había maullado debajo de él, casi rogando con su tacto mientras se ahogaba en su afecto con salvaje abandono...

Todo pensamiento y razón abandonaron su mente, y solo fue vagamente consciente de cómo su palidez se había vuelto extremadamente pálida en el espejo cuando una doloRosa comprensión irrumpió en su mente tempestuosa.

Ella era igual que Clara.

……

El teléfono de Paula le notificó constantemente que había recibido mensajes durante el resto del día, pero ella nunca se molestó en moverse de su posición reclinada en la cama para ver quién

era. Sabía que era trabajo. Siempre lo era. Sus empleados parecían ser las únicas personas a las que les importaba si ella faltaba. Nadie más.

Ese pensamiento solo era deprimente.

Cuando el sol de la tarde se convirtió en noche, alguien llamó a su puerta. Ella fingió no oírlo. Incluso cuando la puerta se abrió lentamente, no reconoció la presencia de la persona y siguió mirando la pared con la mente distraída.

—Señorita Paula

—llamó Lesley y se detuvo cuando vio a la joven acostada en su cama. La preocupación se dibujó instantáneamente en sus rasgos ligeramente envejecidos

— ¿Está bien? Oh, Dios mío.

Paula miró lentamente a la mujer y notó que su mirada estaba fija en el desorden que había junto a su tocador. El perfume ya se había secado y había dejado una mancha en el piso de madera, pero los frascos de vidrio estaban destrozados y quedaron pequeños trozos esparcidos por el piso como cristales mortales.

Paula observó que la jefa de limpieza se detenía y notó que fruncía el ceño mientras pensaba. Por un momento hubo silencio. Casi pensó que la mujer haría algún comentario, pero simplemente sacudió la cabeza y la miró con una sonrisa suave, aunque un poco tensa, sin duda preguntándose cómo quitaría la mancha y el olor de la madera.

Paula quería sentirse culpable por su imprudencia, pero su mente estaba demasiado cansada para evocar esa emoción.

"Tu padre está en la sala de estar. Quiere hablar contigo".

Por primera vez en las largas horas que habían pasado, el ánimo de Paula mejoró un poco. ¿Su padre estaba allí? No había estado en casa en semanas, pegado al lado de su esposa.

Pero el miedo se apoderó de su estómago cuando una segunda pregunta le vino a la mente: ¿Por qué estaba allí?

—Gracias

—respondió ella, con la voz ronca por la falta de uso.

Su espalda crujió y chasqueó mientras se ponía de pie, y apretó los dientes para ocultar la incomodidad. Pasó junto a Lesley y sintió la mirada curiosa de la mujer mayor sobre su espalda mientras salía de la habitación.

Una sensación de aprensión y miedo se apoderó de sus hombros mientras avanzaba por el pasillo hacia la escalera. Temiendo lo peor, apresuró el paso y bajó los escalones de dos en dos.

La sala de estar principal se acercaba rápidamente y ella entró en la habitación, su mirada oscura escudriñando el área antes de posarse en la figura que estaba parada junto a la repisa de una chimenea que no estaba en uso. Él se giró para mirarla con una expresión amable en su rostro.

"Hola cariño."

En un segundo, ella corrió hacia sus brazos extendidos y las lágrimas amenazaron con brotar de sus ojos mientras se aferraba a él. Él la envolvió con sus brazos y la apretó con fuerza, apoyando

su barbilla en la coronilla de ella.

De repente, ella exhaló un suspiro de alivio, sintiendo que la preocupación y el estrés del día se evaporaban ante la sensación de su abrazo amoroso. "¿Qué estás haciendo en casa?", preguntó, enterrando su rostro en su pecho mientras él le acariciaba la espalda de arriba a abajo con suaves caricias, de la misma manera que lo hacía con ella cuando era niña para consolarla.

Un profundo y triste suspiro salió de sus labios mientras sostenía la nuca de ella con una de sus manos. "Me he dado cuenta de que he estado descuidando demasiado a mis niñas en las últimas semanas. Y lamento no haberme dado cuenta antes de que la situación te ha afectado tanto como a mí".

Paula inhaló y se apartó lentamente de su pecho para mirarlo. "¿Cómo está mamá?"

Ahora, bajo el cálido resplandor de la lámpara de pie, Paula parpadeó. Sólo entonces se dio cuenta de cuánto peso había perdido por el estrés, sus mejillas estaban demacradas y su cintura era inusualmente pequeña en sus brazos. De repente, se le ocurrió una idea. Si hubiera aceptado la propuesta de Henry, ¿él reaccionaría de la misma manera al verla en estado crítico? ¿Realmente se preocuparía tanto por ella hasta el punto de perder el sueño y el apetito por el estrés?

Él había dicho que iba en serio con su propuesta, pero ¿había dicho eso solo para conseguir que ella aceptara acostarse con él? A juzgar por su carácter, ella dudaba que él hiciera algo tan deshonesto, pero ¿hasta qué punto uno conoce realmente a alguien?

Supuso que ya era demasiado tarde para descubrir las respuestas ahora.

Paula salió de sus pensamientos cuando vio el cansancio y la resignación en sus ojos mientras respondía en voz baja: "Sigue igual".

Un silencio tenso se apoderó de ellos. Paula quería consolarlo, pero no sabía cómo. Por eso permaneció en silencio y observó cómo se recomponía. Aunque hizo todo lo posible por parecer contento, había una debilidad en sus hombros que no podía ocultar, ni siquiera cuando esbozó una sonrisa agradable y preguntó: —Entonces, ¿dónde está tu hermana?

El resto de la velada transcurrió en un ambiente agradable y cordial, aunque la situación era claramente tensa entre las dos hermanas. Sus abuelos se habían unido a ellas para cenar, como todas las noches desde que se habían quedado en Nueva York, pero pronto se retiraron a su habitación temporal, dejando a Alejandro para que se reencontrara con sus hijas después de su larga ausencia.

Rosa e Paula no se habían hablado mucho durante el tiempo que habían pasado juntas. En cambio, respondían a todas las preguntas que les hacía su padre y esbozaban sonrisas educadas.

Paula miraba a Rosa de vez en cuando a medida que avanzaba la velada. Había una tensión persistente en las comisuras de su boca y se encontró pensando en su última pelea con más frecuencia que nunca. Le dolía ver a su hermana tratarla con tanta frialdad, pero se resignó al hecho de que no había nada más que pudiera hacer al respecto. Había tomado una decisión y era definitiva.

Finalmente, Rosa se disculpó y dijo que necesitaba acostarse temprano porque tenía que estar en el quirófano temprano a la mañana siguiente. Fue una excusa débil para Paula, pero no hizo ningún comentario mientras la veía salir de la habitación.

Hubo un breve silencio entre ella y su padre antes de que él suspirara. "¿Está todo bien entre ustedes dos?"

Su pregunta atrajo la mirada oscura de Paula hacia sus propios ojos color zafiro. Ella parpadeó, fingiendo ignorancia. "¿Por qué crees que no lo es?"

Alejandro torció los labios y le hizo un gesto. "Normalmente no logro que ustedes dos digan una palabra. Esta noche me sentí como si estuviera recitando un monólogo ante un público".

Paula hizo una mueca. Por supuesto que su padre se daría cuenta de sus comportamientos; era ingenuo por su parte pensar que no lo haría. Se encogió de hombros, intentando suavizar la tensa conversación. "Solo es una de nuestras peleas habituales".

"Nada demasiado grave, espero."

Paula sintió que el corazón se le caía en el pecho, pero permaneció en silencio. Sus ojos se dirigieron hacia la repisa de la chimenea y se fijó en los diversos cuadros que había sobre ella. Miró uno de ellos con más atención. Era una foto de ella misma cuando era un bebé, recién nacida en el hospital. Aunque ella era el foco de la cámara, la foto aún mostraba la silueta de la mujer que la había dado a luz.

"¿Cómo era Clara?"

Su repentina pregunta hizo que su padre se sobresaltara y ella notó que él se movía para inclinar su cuerpo y mirarla más de cerca. Se quedó en silencio por un momento, observándola en silencio con los ojos. Finalmente, respondió en voz baja: "¿Qué te gustaría saber?"

Su apertura al tema de conversación hizo que su mirada gravitara hacia él. Nunca le había prohibido hablar de las mujeres que habían dado a luz a su hermana y a ella misma, pero tampoco era una conversación en la que nadie en la casa quisiera participar.

Paula se encogió de hombros. "¿Cómo era ella... como persona?"

Alejandro se sentó y contempló a su hija mayor durante un rato. Había algo que la molestaba enormemente. Lo había notado en su expresión solemne y sus hombros tensos, al notar que vestía un suéter de cuello alto en pleno verano. No se le escapó el hecho de que de repente estuviera preguntando por su madre biológica después de todos estos años. Algo había sucedido, pero no presionó a su hija para que respondiera. Sabía que ella se lo diría cuando estuviera lista, así que decidió responderle a ella.

—Clara era... un personaje interesante

—comenzó lentamente, eligiendo cuidadosamente sus palabras

— Le encantaba la vida glamuRosa, pero no estaba preparada para ser madre. No era muy responsable.

Paula frunció los labios. Sabía que su padre estaba edulcorando sus palabras, sin duda para proteger sus sentimientos. Había oído hablar mucho de Clara de boca de Martin, pero quería oírlo de boca de otra persona.

—¿Cómo era ella con las relaciones?

Alejandro hizo una pausa ante su pregunta y frunció el ceño mientras la observaba. Ella notó que apretaba los dientes. "Como dije", comenzó en voz baja. "Ella no era muy responsable, y eso

incluía las relaciones".

"¿Cuántas relaciones tuvo?"

Ella observó a su padre rascándose la barba incipiente. "Es difícil decirlo. Nunca la conocí realmente y Sofia se mantuvo al margen de sus asuntos lo más posible".

"¿Cómo era ella contigo aquella vez cuando yo era pequeña?"

Sus preguntas surgían con más rapidez y Alejandro detectó un dejo de desesperación en su tono. Fingió ignorar su interrogatorio sobre el carácter de Clara y respondió con voz tranquila: "Desesperada".

Notó que su hija se encogía ante su respuesta y frunció el ceño. "¿Por qué haces estas preguntas tan de repente?"

La mirada de Paula se desplazó hacia su regazo, mientras jugueteaba con sus pulgares.

—No hay razón. Sólo tenía... curiosidad.

Él asintió lentamente, observándola inquietarse, una señal reveladora de que le estaba mintiendo.

Su mirada se dirigió hacia él una vez más.

—¿Puedo disculparme? Me siento bastante cansada. Él asintió y la observó levantarse de su asiento.

—Buenas noches, papá.

—Buenas noches, mi niña

—respondió y la observó salir de la habitación, con una expresión pensativa en su rostro.

……..

El sol del atardecer ya había desaparecido tras las nubes cuando Paula salió de su oficina, dejando el edificio sin luz natural mientras descendía al estacionamiento subterráneo. El ascensor sonó al llegar al piso y ella suspiró mientras comenzaba a caminar hacia su auto.

Le dolían los pies por haber estado en tacones todo el día y la espalda también le molestaba, pero no le hacía caso. En ese momento, lo único en lo que estaba concentrada era en llegar a casa y darse un agradable baño caliente lleno de burbujas perfumadas. Su padre iba a pasar las tardes en casa otra vez. Rosa lo había convencido de que estar en el hospital todo el día no era bueno para su salud mental y que un poco de tiempo libre le vendría muy bien. Después de que sus abuelos expresaran su acuerdo al respecto, él aceptó, aunque de mala gana.

Soltó un suave gemido cuando sintió que su teléfono vibraba en su bolsillo y miró hacia abajo para ver quién llamaba. Dudó un momento y miró el nombre de la persona que llamaba. Hizo una mueca y volvió a guardar el teléfono en su bolsillo mientras la culpa se acumulaba en su estómago.

Massimo era la última persona con la que quería hablar.

Mientras recorría el último tramo que la separaba de su coche, Paula se detuvo junto a la puerta y se miró en el espejo que la miraba a través de las ventanillas tintadas. Hoy había llevado otra blusa de cuello ajustado y mangas largas. Aunque sus empleados la miraron con recelo por el estilo de vestido cálido en verano, no hicieron ningún comentario al respecto. No era como si no

tuvieran habitaciones con aire acondicionado.

El motivo de su elección de ropa era muy similar al de la noche anterior. Las marcas de arañazos en su piel todavía eran evidentes. Hizo una mueca mientras se sentaba en el asiento del conductor. Se arrepentía de lo que había hecho ayer. Fue una reacción totalmente exagerada y no algo de lo que estuviera orgullosa.

Cerró los ojos para controlar sus emociones cuando sintió que su teléfono vibraba de nuevo y su estómago se revolvió mientras los recuerdos del día anterior volvían a inundarla. Sacudió la cabeza, dándose cuenta de que él no dejaría de llamar hasta que ella respondiera. Bueno, había estado ignorando sus llamadas todo el día, así que supuso que estaba bastante molesto con ella y con razón.

Respiró profundamente para tranquilizarse y respondió.

—Hola, Massimo

—murmuró un saludo mientras transfería la llamada para reproducirla a través de los altavoces de su auto.

—Hola, Gruñona

—respondió él, con su voz suave llenando el auto, sin mostrar ni una pizca del enojo que ella sabía que sentía

— ¿Cómo te va?

Paula presionó sus labios mientras arrancaba el auto. "Bien."

Bien era la última palabra para describir cómo se sentía. No había podido pegar ojo la noche anterior y había trabajado como una loca todo el día solo para acallar los pensamientos que la asfixiaban.

No funcionó

"Me alegra oír eso. ¿Vas a algún lado?"

Paula apretó el volante con más fuerza ante sus preguntas, sintiéndose como si estuviera en una sala de interrogatorios. "¿Por qué preguntas?", respondió con los dientes apretados.

—No hay motivo. Sólo me preguntaba si podríamos salir y hacer algo esta noche.

Paula cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz, aferrándose a su paciencia como si le fuera la vida en ello.

—No tengo muchas ganas de hacer mucho esta noche

—dijo, con voz tensa

— Mi padre está en casa esta noche y me gustaría pasar un rato con él.

Ella comenzó a salir del estacionamiento en reversa mientras él le respondía: "Oh, no me había dado cuenta. ¿Eso significa que tu mamá está mejor?"

—No, y no quiero hablar de eso

—respondió ella, con un tono que expresaba absoluto enojo mientras giraba su auto para dirigirse al ascensor.

"Está bien, bueno, yo estaba..."

"Lo siento, Massimo, pero tengo otra llamada en la línea y necesito atenderla", dijo abruptamente, sin darle oportunidad de hablar antes de cortar su llamada.

Con un profundo suspiro, se reclinó en su asiento y miró la pantalla negra de su teléfono. No había ninguna otra llamada esperando a que ella respondiera. Pero era como si cuanto más hablaba Massimo, más la molestaba. No podía soportarlo en ese momento.

Ella no podía manejar las emociones que él traía consigo cada vez que pensaba en él.

Para distraerse, subió el volumen de su radio, permitiendo que la música sonara a través de los altavoces mientras salía de la propiedad de Green Inc.

El tráfico no era demasiado intenso para su zona de la ciudad, ya que la mayoría de las empresas ya habían cerrado sus puertas ese día. La falta de concentración que requiere la orientación en el tráfico le permitió reflexionar sobre la situación actual de su vida.

Se negaba a pensar en lo que había pasado con Henry y no quería pensar demasiado en lo que tendría que hacer con Massimo. Era evidente que sus sentimientos por él habían cambiado. Ya no le tenía tanto cariño como antes. Sí, siempre la ponía de los nervios, pero ahora lo hacía en un sentido completamente diferente. Ahora ni siquiera podía soportar el sonido de su voz.

Pero aquella era una caja que no tenía ganas de abrir en ese momento.

Paula suspiró mientras se detenía ante un semáforo en rojo y tamborileaba con los dedos sobre el volante. Eran momentos como ese en los que deseaba tener a su madre con quien hablar. Ella sabría qué hacer. Por primera vez en su vida, nunca se había sentido tan perdida como ahora.

¿Pasaba algo malo con ella que de repente había perdido el interés en Massimo? ¿Todo esto había comenzado porque él había estado fuera por unos días? Seguramente, si ella realmente se preocupaba por él tanto como había pensado anteriormente, la ausencia habría hecho que su corazón se encariñara más con él... no con indiferencia.

La luz se puso en verde, pero Paula no se movió durante unos segundos más. Un coche tocó la bocina detrás de ella, pero no se inmutó mientras miraba hacia la intersección. Por capricho, en lugar de seguir recto, giró bruscamente a la derecha, en dirección al hospital.

Nunca tuvo la oportunidad de pasar tiempo sola con su madre. Su padre siempre estaba cerca, por lo que nunca podía hablar con ella sobre cosas que necesitaba desahogarse. Aunque sabía que podía contarle cualquier cosa a su padre, había algunas cosas que una hija no debía compartir con su padre.

El problema del chico es uno de ellos.

Paula se dio cuenta, mientras conducía, de que se sentía increíblemente sola. Normalmente, si había algo de lo que no podía hablar con su madre, lo hacía con Rosa. Pero su relación era tan inestable en ese momento que no quería añadir peso extra dándole a su hermana pequeña la oportunidad de decirle "te lo dije".

Aparte de su hermana, no tenía muchos amigos cercanos. Nadie en quien pudiera confiar. Necesitaba hablar con su madre sobre esto y, aunque sabía que no obtendría una respuesta, aun

así, la ayudaría.

Puede que sea una adulta hecha y derecha, pero todavía necesita a su madre. Una hija nunca dejaría de necesitar a su madre.

Debido a un pequeño atasco de tráfico, Paula tardó un poco más en llegar al aparcamiento del hospital. Encontrar un lugar para estacionar fue bastante fácil después de las horas de trabajo y se tomó un momento para componer sus expresiones antes de salir del coche.

Paula había estado en el hospital con tanta frecuencia que empezaba a recordar los nombres de las mujeres que trabajaban detrás del mostrador de recepción y las saludaba al pasar. Ya había perdido la cuenta de la cantidad de veces que había caminado por los pisos blancos inmaculados y las paredes esterilizadas, y una sensación de desesperación comenzó a desgarrarle el pecho.

¿Cuánto tiempo más iba a ser así? ¿Cuántas veces más tendría que recorrer esos pasillos antes de que su madre abriera los ojos? Seguramente alguien tenía que tener respuestas. ¿Qué era tan malo que nadie podía averiguar qué era lo que estaba mal? En ese momento, se sintió dispuesta a hacer cualquier cosa para conseguir algo, cualquier *cosa* para cambiar.

Los pasillos silenciosos hacían eco de sus pasos mientras caminaba. Había pasado un tiempo desde la última vez que había visitado a su madre. Cada vez se desanimaba más cuando entraba en su habitación y la encontraba igual. Solo podía imaginar cómo se habría sentido su padre, sentado a su lado día tras día. No era de extrañar que luciera así.

Mientras caminaba por el pasillo que le resultaba familiar, se detuvo al notar la ausencia del guardia. Frunció el ceño y de repente el corazón se le aceleró al tiempo que una sensación ominosa se instalaba en su estómago. Aceleró el paso hasta que se encontró corriendo hacia la puerta cerrada.

No llamó, pero abrió la puerta con tanta rapidez que esta se estrelló contra la pared. El golpe sobresaltó a una figura vestida de negro que estaba de pie junto a la cama de su madre. Una aguja se le arrancó del brazo inerte cuando se dieron la vuelta a toda prisa para mirar la puerta.

Paula jadeó cuando un rostro enmascarado y oculto por una capucha la miró por menos de un segundo ante de que atacaran. No tuvo tiempo de reaccionar, ya que la figura alta corrió hacia la puerta, con las manos enguantadas empujando su cuerpo de oficina para empujarla a un lado.

Un grito se le escapó de la garganta cuando perdió el equilibrio y un jadeo de dolor le resonó en el pecho cuando su espalda golpeó una mesa que estaba a un lado. Gimió mientras se agarraba a ella, tratando de estabilizarse mientras el dolor se irradiaba a través de sus vértebras.

Tragó saliva, sintiendo la garganta seca mientras respiraba con dificultad por la boca. Todo había sucedido tan rápido que por un momento no pudo hacer nada más que mirar fijamente la mesa que tenía frente a ella. Sus nudillos se pusieron blancos por la fuerza con la que la sostenía antes de mirar rápidamente alrededor de la habitación, su mirada se posó en la figura desplomada del guardia de seguridad contra la pared. Miró un poco más de cerca, el pánico se instaló en su estómago antes de notar que su pecho subía y bajaba con respiraciones superficiales.

A pesar del dolor que irradiaba hacia su espalda, se obligó a girarse para mirar a su madre.

Sus rodillas temblaban mientras daba pasos apresurados hacia ella. "¿Mamá?", gritó con la esperanza de obtener una reacción mientras se agarraba la muñeca ensangrentada y se estiraba hacia atrás para presionar el botón de pánico que estaba al lado de la cama. "Mamá, ¿puedes

oírme?"

Los dedos de Paula temblaban mientras sujetaba el brazo de su madre, observando cada pequeño detalle de la herida. Se movió y estaba a punto de sentarse en la cama cuando sintió que algo crujía bajo su talón. Se detuvo y miró hacia el suelo de baldosas.

Sus ojos se abrieron y una exclamación de sorpresa salió de sus labios cuando, en el suelo, vio una jeringa medio llena con un líquido transparente.

Capitulo 32

—¿Estás segura de que estás bien, cariño?

—le preguntó Alejandro por enésima vez mientras estaban uno al lado del otro en la habitación del hospital de su madre.

Paula respiró profundamente y asintió. "Sí, estoy bien", dijo, ofreciéndole una pequeña sonrisa antes de volver a mirar a las personas uniformadas que se movían por la habitación.

Observó cómo una mujer que llevaba guantes agarraba la jeringa desechada y la metía en una bolsa de plástico. Frunció el ceño mientras observaba la sustancia que había dentro y sus pensamientos volvieron a la experiencia que acababa de vivir.

"Señorita Green, ¿puedo hablar con usted unas palabras?"

Paula sintió que se le tensaba la espalda al oír la voz que hablaba. Lentamente, casi con docilidad, levantó la vista. Henry estaba frente a ella, con su mirada penetrante fija en su rostro. Se le revolvió el estómago cuando sus miradas se cruzaron y rápidamente desvió la mirada, sabiendo que sus mejillas se habían calentado bajo su mirada.

Se estremeció cuando sintió que la mano de su padre le tocaba el hombro.

—Adelante. Necesito hacer una llamada rápidamente.

—Le frotó la espalda para animarla, como siempre hacía cuando era niña, y ella tuvo que disimular el siseo de dolor que amenazaba con escapar.

Sonrió con fuerza antes de mirar finalmente al hombre que tenía delante y notó que ya estaba saliendo de la habitación. Se puso de pie lentamente, lo siguió de mala gana y pasó junto al extraño oficial que todavía estaba dando vueltas por la habitación en busca de algo más que pudieran encontrar.

El pasillo frío le pareció una bocanada de aire fresco en comparación con la habitación abarrotada y sofocante del hospital. Inhaló profundamente, pero hizo una mueca de dolor cuando el olor a desinfectante le agitó los sentidos. Se tambaleó un momento cuando sintió náuseas y apoyó una mano contra la pared cuando la visión se le nubló.

Levantó la vista cuando sintió que alguien la observaba y notó que Henry se había dado vuelta para mirarla, frunciendo el ceño. Armándose de valor, se enderezó y caminó hacia él, haciendo todo lo posible por mantener una apariencia tranquila.

Sin embargo, el miedo la invadió y la vergüenza le revolvió el estómago mientras lo seguía hasta la pequeña sala de espera. Entonces él se giró para mirarla y la expresión de su rostro la sobresaltó.

"¿Estás herida?" preguntó inmediatamente, acercándose a ella.

Un pánico repentino e inexplicable recorrió su cuerpo cuando él se acercó, y ella se tambaleó hacia atrás un paso. "No, estoy bien".

Se detuvo al instante y la vio agarrar con fuerza el brazo de una de las sillas. Frunció el ceño y

ella notó un tic en su mandíbula.

La atmósfera que los rodeaba se volvió fría e intensa mientras él la observaba con su mirada implacable. Ella sintió que sus dedos temblaban contra la silla y se mordió el labio inferior con ansiedad, insegura de sus reacciones.

Henry pareció percibir su incomodidad, respiró hondo y lentamente y su expresión se relajó. "Por favor, toma asiento. Si te sientes capaz, necesito hacerte algunas preguntas".

Paula dudó y miró la silla que tenía a su lado. Apretó los labios, sus ojos oscuros parpadearon al notar su mirada expectante y se movió para sentarse. Se le cortó la respiración cuando su espalda se estremeció con el movimiento.

"Estas lastimado ."

Ella tragó saliva y le ofreció una sonrisa tensa mientras finalmente se acomodaba en su asiento. "Estoy bien. Sólo quiero terminar con esto de una vez".

Un destello de emoción se reflejó en el rostro de Henry ante sus palabras, pero lo disimuló demasiado rápido para que ella pudiera descifrar su significado. Asintió y fue a buscar otra silla, la colocó a una distancia adecuada frente a ella y se sentó.

Se quedó en silencio mientras sacaba una tableta y un bolígrafo antes de apoyarlos sobre un muslo grueso. La miró y las puntas de su cabello oscuro le besaron los ojos. "Por favor, dime qué pasó".

Paula se lamió los labios nerviosamente y comenzó a repetirle lo que había pasado esa noche. Él no la interrumpió, simplemente asintió de vez en cuando mientras escribía sus palabras. Ella notó la forma en que su mandíbula se tensó al escuchar cómo la habían empujado a un lado, pero no hizo ningún comentario. Cuando finalmente terminó, esperó a que él terminara de escribir lo que había escrito.

—La persona que viste, ¿pudiste distinguir alguna característica?

—preguntó, ofreciéndole toda su atención.

"Solo que era muy alto."

—¿Él?

—preguntó Henry, inclinando la cabeza hacia un lado.

Se rascó la nuca y miró hacia su regazo. "Supongo que era un hombre. Con zapatillas y de complexión alta".

Asintió mientras escribía: "¿Qué marca de zapatos usaba y qué altura dices que tenía?"

"No estoy segura de la marca. Sólo sé que eran blancas. Le llevé hasta el hombro".

—Y no te fijaste en nada más. Quizá el color de sus ojos o la marca de sus zapatos.

Él levantó la vista cuando ella permaneció en silencio y vio que tenía una expresión contemplativa en su rostro. Sus pensamientos se detuvieron, quedando embelesado por la vista de ella. Desde la forma en que su nariz respingada se arrugó hasta el tirón de sus delicadas cejas, ella era tan hermosa.

Paula respiró profundamente, sacando a Henry de su momento de distracción. Separó los labios

para hablar, pero frunció el ceño y los volvió a cerrar. Él esperó pacientemente a que respondiera, intentando no prestar atención a su expresión cuando estaba nerviosa.

Con un resoplido de frustración, se pasó una mano por el pelo. "Siento como si hubiera visto algo azul, pero no estoy realmente segura. Sucedió demasiado rápido como para que me diera cuenta de algo".

—Lo entiendo

—asintió mientras transcribía sus palabras.

Hubo una pausa por parte de la mujer que estaba frente a él antes de pronunciar con voz suave y tímida: "¿Y tú?"

Su pregunta detuvo sus movimientos. Lentamente, levantó la vista y fijó su mirada en sus irises color chocolate oscuro. Aunque su rostro estaba un poco pálido por la sorpresa, no creía que pudiera verse más hermosa para él. Con sus oscuros mechones de cabello color medianoche esparcidos sobre sus hombros, su mente se remontó a lo que había ocurrido entre ellos el día anterior.

Él inclinó la cabeza un poco, pero su mirada permaneció fija en la de ella mientras respondía: "Sí, princesa. Puede que no respete al hombre que elegiste, pero te respeto lo suficiente como para no cuestionar tus razones".

Los labios de Paula se entreabrieron en estado de shock ante sus palabras. No esperaba ver a Henry tan pronto después de la desastRosa propuesta, y cuando lo hizo, no pensó que su comportamiento hacia ella hubiera sido el que fue. Esperaba una mueca y una mirada de desprecio, como cualquier persona despreciada se comportaría.

Es cierto que su figura y su postura seguían siendo increíblemente intimidantes, y la silla en la que estaba sentado parecía demasiado pequeña para su ancha figura. Pero la forma en que la miraba... era gentil, cariñosa incluso. Una dulzura en sus ojos color avellana que nunca antes había estado allí, y esa mirada estaba enfocada directamente en ella.

Entonces, él se inclinó hacia delante y colocó la tableta en la mesa de café, junto a su silla. Ella lo observó mientras apoyaba los brazos sobre los muslos y apoyaba la barbilla sobre las manos entrelazadas. Durante un largo instante, no hicieron nada más que mirarse el uno al otro, perdidos en un mundo en el que solo hablaban sus ojos.

Finalmente, él apartó la mirada de ella, con una expresión preocupada en su ceño fruncido. Y así, la dulzura que ella había descubierto quedó oculta una vez más.

—Deberías hacerte revisar la espalda

—murmuró

— Parecía un golpe feo.

Ella asintió lentamente, sin esperar el repentino cambio de tema. "Lo haré".

Con un firme movimiento de cabeza, se puso de pie y estaba a punto de despedirse de ella cuando el sonido de pasos apresurados lo detuvo. En cuestión de segundos, Massimo entró en la habitación sin aliento; su mirada se fijó en Henry por un breve instante antes de centrarse en la mujer sentada cerca de él.

El hombre más joven jadeó y corrió hacia ella, rodeándola con sus brazos y sacándola de su asiento. Henry cerró los puños al ver la expresión de dolor que cruzó su rostro justo antes de que se escondiera en la camisa de vestir que vestía Massimo. Bajó la mirada y se fijó en los pantalones de traje planchados y los zapatos de cuero italiano. Parecía que acababa de salir de una reunión.

—Está bien, Grumps. Estás bien

—la tranquilizó Massimo con su voz cálida mientras le frotaba la espalda de arriba a abajo con las manos.

Paula ocultó su gemido de dolor con un fuerte mordisco en su labio inferior, permaneciendo quieta por un momento antes de empujar suavemente contra su pecho para mirarlo a los ojos helados. "Massimo, ¿qué estás haciendo aquí?"

Él le agarró suavemente la mejilla y ella se sobresaltó ante la acción inesperada. "Tu padre me llamó. Dijo que me necesitabas, así que aquí estoy".

—Mi…

—dijo ella, y miró a su alrededor para observar al hombre mayor que entró en la pequeña sala de espera.

Los ojos color zafiro de su padre se encontraron con los de ella y asintió, confirmando las palabras de Massimo. Ella se sorprendió al oír eso, sabiendo que ella lo había tratado con tanta crueldad apenas unas horas antes. Lentamente lo miró, su mirada se suavizó.

"Gracias y perdón por haberte respondido así antes".

Los ojos de Massimo la miraban con dulzura mientras le acariciaba la mejilla con ternura. "Lo entiendo. Estoy seguro de que tus emociones están descontroladas en este momento, pero lo solucionaremos".

Su corazón se hinchó ante sus palabras, obligando a la culpa a un lado. Tal vez era justo lo que él decía. Ella estaba un poco confundida y asustada. No significaba que sus sentimientos hubieran cambiado de repente. Su mente agotada estaba pensando demasiado en todo otra vez.

Un movimiento captó su atención y su mirada se dirigió al hombre que estaba de pie junto a su padre. Henry seguía mirándola, la emoción ardía detrás de sus ojos color avellana. Descubrió que no podía apartar la mirada de él, incluso cuando sintió que Massimo se movía para depositarle un beso cariñoso en la coronilla.

Notó que Henry apretaba la mandíbula ante la acción antes de bajar la mirada. Se dio la vuelta bruscamente y salió de la habitación sin mirar atrás ni una vez.

…….

"Es una tecnología extraordinaria, señor Green. Debo decir que nunca había visto nada parecido. ¡Es absolutamente revolucionario! Es..."

"No me importa nada de eso. ¡Sólo dime lo que encontraste!"

El hombrecillo se sobresaltó ante las duras palabras y el tono de voz de Alejandro Green, y sus ojos se agrandaron detrás de sus gafas de montura ancha. Se aclaró la garganta y miró a las personas que lo rodeaban y lo observaban. Sus dedos temblaron ante la atención y se aclaró la garganta nuevamente.

—Supongo que será mejor si te lo muestro

—murmuró y se giró rápidamente, corriendo por el pasillo.

Paula y Rosa miraron a su padre con cierta aprensión, pues no esperaban semejante arrebato. Pero Alejandro no hizo caso de las miradas interrogantes de sus hijas y simplemente siguió al hombrecillo de la capa blanca.

Las dos jóvenes las siguieron, pero Paula estaba doloRosamente consciente de los pasos que sonaban detrás de ella. Henry no les había dicho ni una palabra a ninguno de ellos, ni nada en absoluto desde que llegó, pero necesitaba estar presente para escuchar el resultado de los resultados, con la esperanza de obtener una pista que ayudara en la investigación.

Todos esperaban que se pudiera aprender algo sustancial del incidente, pero el intruso había tenido cuidado de asegurarse de que no hubiera huellas dactilares que rastrear, dejando como única pista el suero.

Habían pasado un par de días desde el incidente y cada día parecía una eternidad antes de que el laboratorio finalmente concluyera sus pruebas sobre la sustancia desconocida. Cuando su padre recibió la llamada, inmediatamente fueron a escuchar los resultados.

"Por aquí, por favor", dijo el hombre mientras abría una puerta.

Varios equipos de investigación saludaron sus ojos cuando entraron en la habitación. Muy similar a lo que se esperaría de cualquier laboratorio, las paredes blancas reflejaban las numeRosas luces que brillaban desde diferentes refrigeradores e incubadoras. Pero Paula no tuvo mucho tiempo para observar su entorno, ya que el hombrecillo ya los estaba guiando hacia uno de los rincones más alejados de la habitación.

Ella lo vio manipular torpemente el enchufe de un microscopio y encenderlo. Inclinó una cámara conectada a una pantalla contra una pared y se detuvo para ajustarla al punto más claro antes de mirar por las lentes.

"Nos llevó un tiempo, pero finalmente descubrimos la fuente de por qué su esposa no se despierta", murmuró el hombre mientras miraba la pantalla, que ahora mostraba una versión ampliada del suero en una placa de Petri.

"Es un parásito que se adhiere a las células sanguíneas y de alguna manera logra replicar su apariencia con la de la célula a la que está adherido. Cuando se adhiere, libera melatonina".

"Una hormona del sueño", murmuró Rosa, arqueando sus delicadas cejas con sorpresa mientras miraba las formas en movimiento en la pantalla.

"Sí, lo que hemos descubierto es que este suero ha obligado al cuerpo de su esposa a entrar en un sueño profundo debido al nivel de melatonina. Pero su actividad cerebral es tan activa como la de una persona despierta. Por lo tanto, creemos que el cerebro no ha registrado la cantidad de melatonina, por lo que es muy posible que esté completamente despierta, pero en un cuerpo dormido. Si eso tiene sentido".

—Pero ¿no comprobaste sus niveles hormonales en las innumerables pruebas que le realizaste?

—espetó Alejandro, con su mirada dura fija en la microbióloga.

El hombrecillo balbuceó: "Lo hicimos y los resultados fueron normales. Pero sólo al estudiar el parásito podemos concluir que la melatonina se crea realmente. Es casi como una 'hormona fantasma' que el cerebro ni siquiera registra, pero como está en el torrente sanguíneo, afecta a todo".

"Además de producir melatonina, ¿el parásito es dañino?", preguntó Rosa con los ojos brillantes de intriga, dejando ver su fascinación por el mundo médico.

"No, parece no ser patógeno".

Alejandro frunció el ceño mientras miraba la pantalla. "Entonces, ¿qué significa eso? ¿Se puede curar?"

"A partir de nuestros hallazgos, hemos observado que este parásito no se multiplica, y podemos suponer con seguridad que la cantidad de la dosis determinará el tiempo durante el cual su esposa podría permanecer inactiva. Es posible que le hayan inyectado esto en el momento del accidente y que los efectos hayan comenzado a desaparecer, por lo que quienquiera que haya sido el responsable sintió la necesidad de administrar otra dosis".

—¡Pero puedes curarlo!

—espetó Alejandro, y su voz resonó por todo el laboratorio.

Paula dio un paso atrás instintivamente, sin esperar el arrebato de su padre. Se quedó sin aliento cuando sintió que su espalda rozaba un pecho duro y una mano cálida le agarró suavemente la curva de la cadera en respuesta. El corazón le dio un vuelco en el pecho al sentir el contacto y su cuerpo se congeló, incapaz de reaccionar, pero sintiéndose segura al instante.

"Como dije, nunca habíamos visto algo así antes. Debe haber sido diseñado en un laboratorio y vendido..."

—En el mercado negro

—terminó Henry con una mirada dura

— Tenía un presentimiento.

Su mano se apartó justo antes de que las miradas se posaran sobre ellos. Pasó a su lado y se concentró en la microbióloga.

—¿Ha descubierto algo sobre la composición del parásito?

Paula se sintió perdida en la conversación mientras el hombre le explicaba lo que habían descubierto, y entonces supo que había tomado una decisión sabia al no dedicarse al campo de la medicina. Su cerebro no estaba programado para pensar en términos biológicos.

—Bueno, ya que claramente sabes tanto sobre el parásito, me resulta difícil comprender cómo no eres capaz de descubrir cómo curarlo

—espetó Alejandro, con los ojos hirviendo.

Rosa lo miró y notó que su rostro se había enrojecido y que una vena de su sien amenazaba con estallar. Levantó las manos en un gesto para que se calmara. "Papá, por favor, cálmate. Sé que

estás ansioso y frustrado, pero él está haciendo lo mejor que puede. Déjalo..."

—¡No! ¡Estoy harto de esto!

—estalló Alejandro, con la paciencia a punto de agotarse

— Pedí a los mejores científicos y médicos, y sin embargo, lo único que consigo es todo lo que no quiero. ¡Lo que necesito saber es si mi esposa se recuperará de esto!

Su voz resonó en todo el silencioso laboratorio y su respiración agitada parecía retumbar en su pecho mientras respiraba con dificultad. Si Paula no lo supiera, habría pensado que se echaría a llorar, pues finalmente había llegado a su punto de quiebre.

El hombrecillo bajó la mirada. "Lamento no poder darle una respuesta más positiva, señor Green. Pero le prometo que estamos haciendo todo lo posible para ayudarlo".

—Bueno, no lo parece

—dijo con voz entrecortada antes de darse la vuelta y marchar hacia la puerta

— ¡Avísame cuando tengas algo útil!

—gritó, y sus hijas hicieron una mueca de dolor cuando la puerta se cerró de golpe tras él.

……..

Henry apagó el motor de su coche una vez aparcado y apretó los labios en una expresión sombría. Su mirada avellana se dirigió al gran edificio que se extendía ante él y prestó atención a las enormes paredes reforzadas con acero y a las cámaras de seguridad en cada pilar.

La penitenciaría de Markiron era un lugar que nunca le había gustado visitar. El hecho de que albergara a algunos de los criminales más notorios del mundo era suficiente para hacer que uno se planteara si visitarla, más aún cuando uno era el motivo por el que un número considerable de ellos se encontraban tras esas rejas. Si el sistema de seguridad fallaba por cualquier razón, Henry estaba seguro de que él sería el primero al que atacarían.

Por supuesto, no ignoraba que una posición como la suya le acarreaba un gran número de enemigos poderosos. Esa era una de las razones por las que nunca quiso casarse; nunca quiso ninguna posible debilidad ni alguien a quien las mentes enfermas pudieran atacar.

Pero Paula...

Suspiró y golpeó el volante con la palma de la mano, frustrado. Ella se había convertido en su debilidad antes de que él se diera cuenta. Frunció el ceño mientras recordaba su última conversación en el hospital.

Lo que le había dicho era cierto. Entendía su decisión. Sabía que era algo rápido y que, en la situación en la que había presentado su propuesta... Obviamente, ella se mostraría escéptica respecto de sus verdaderas intenciones, y con razón.

Respiró profundamente y torció los labios con desdén. Sin duda, ese no fue uno de sus mejores momentos.

Y al hacerlo, tuvo miedo de admitir que la había perdido por culpa de ello.

Dejando a un lado ese pensamiento morboso y fortaleciéndose, Henry salió del coche y se dirigió a la entrada de la prisión. Aunque había estado allí con la suficiente frecuencia como para que los

guardias lo reconocieran, se siguió el procedimiento habitual para asegurarse de que no se llevara nada extraño a las instalaciones.

Una vez que completó el formulario y obtuvo la autorización, lo llevaron por uno de los numerosos pasillos de la penitenciaría. El guardia que lo dirigía permaneció en silencio, con su pistola eléctrica sujeta a la cadera. Instintivamente, Henry buscó la reconfortante presencia de su propia pistola, pero chasqueó la lengua cuando se dio cuenta de que no la había traído consigo.

Se sentía vulnerable sin él. Lo había salvado más veces de las que podía contar.

Sus botas resonaban en el pasillo vacío mientras caminaban. No había reclusos en el primer piso, solo en el segundo y tercer nivel. Así que no pasaron más que puertas cerradas en su camino.

El ritmo constante de sus pasos se fue desvaneciendo de la atención de Henry mientras pensaba en el caso en cuestión. Era, en efecto, un caso bastante extraño sin un motivo claro. Claramente, Sofia Green había sido el objetivo, y sin embargo, lo que le habían administrado no le había causado ningún daño, sino que simplemente la mantenía dormida. Eso era inusual en sí mismo. ¿Cuál podría ser su propósito?

Y luego estaba también el conductor con el taxi y el guardia, así como el anciano que había comprado el coche.

Ninguna de ellas cuadraba. ¿Por qué alguien se tomaría tantas molestias con un coche sin ningún motivo en particular?

Y, a pesar de todo, Henry podía sentir que se avecinaba una tormenta. Pudiera demostrarlo o no, había una razón por la que habían intentado administrar otra dosis a Sofia. Y si lo que decía el microbiólogo era cierto en cuanto a que el parásito no se multiplica, debían haber querido que recibiera la dosis completa.

Algo iba a pasar, él podía sentirlo.

Fue ese sentimiento lo que lo llevó a la penitenciaría, a visitar a un hombre al que nunca pensó que volvería a ver por voluntad propia.

El guardia se detuvo frente a una puerta y la abrió, indicándole con un gesto que entrara primero. Henry entró y se familiarizó con la sala de visitas que ya conocía. Era larga y estrecha, dividida en dos por una pared a medio construir y un vidrio a prueba de balas, perforado con pequeños agujeros para permitir el paso del sonido.

Apretó los dientes y se preparó para el ataque mientras caminaba hacia una de las sillas y se sentaba. Por fuera, parecía tranquilo y despreocupado, pero podía sentir que su presión sanguínea subía junto con la sensación de inquietud en sus manos. Las cerró en puños y luego las escondió bajo sus brazos. Miró a su alrededor mientras lo hacía y notó que el guardia estaba de pie a poca distancia de él.

Una puerta en el extremo opuesto se abrió y la mirada aguda de Henry se dirigió a la persona que entró. Vestido con el tradicional atuendo naranja, sus penetrantes ojos azules recorrieron la habitación antes de finalmente posarse en él. Una mueca cruel de los labios dibujó una sonrisa peligRosa en el rostro del hombre mientras caminaba hacia la silla frente a Henry, sus pesados grilletes de hierro raspando el suelo mientras lo hacía.

"Bueno, bueno. Pero si es mi mejor amigo de la secundaria", se burló el hombre mientras se

acomodaba en su asiento.

—Carter

—respondió Henry, observándolo ajustar sus largas y desgarbadas extremidades mientras el sonido de los grilletes resonaba a su alrededor.

"Sería bueno que me los quitaran por un rato", dijo Carter haciendo pucheros mientras miraba sus muñecas atadas, lo que le daba un aire a un niño de cinco años. "Empiezan a irritarse después de un rato".

—Mereces algo mucho peor que una piel irritada

—replicó Henry con expresión estoica.

Carter hizo una pausa y lo miró, su grasiento cabello negro le oscureció ligeramente la visión mientras lo hacía. Una sonrisa divertida se dibujó en sus labios. "Bueno, veo que aún no has enterrado el hacha de guerra. Pero dejemos el pasado atrás, ¿vale? ¿Qué te trae por aquí en este hermoso día? Aunque seré sincero, ni siquiera sé qué tiempo hace afuera en este momento, pero supongo que es un día hermoso ahora que me has visto".

Henry apretó los dientes y trató de controlar su temperamento con todo el autocontrol que tenía. "Vine a hablarte sobre tus tratos con el mercado negro".

Carter asintió lentamente, fingiendo interés.

—Ah, sí. El mercado negro. He oído hablar de él.

Apretó la mandíbula. "Te condenaron por tráfico de personas, Carter. Deja de hacerte el ignorante".

El hombre sonrió. "Ah, pero ¿dónde está la diversión en eso? Tú siempre fuiste el más serio de los dos. Qué lástima. Estoy seguro de que habrías conseguido muchas más chicas en la escuela secundaria si hubieras sonreído más. Odio decírtelo, pero siempre parecías estreñido".

"¿Qué sabes sobre los parásitos genéticamente modificados ilegalmente?", insistió Henry, ignorando el comentario del recluso.

Carter hinchó las mejillas. "Vaya, esas son palabras muy difíciles. ¿Me las podrías explicar?"

La mirada de Henry se agudizó y sus hombros se enderezaron. Le costó todo lo que tenía para no arremeter contra él. Desde que estaban en la escuela secundaria, Carter siempre había intentado sacar de quicio a cualquiera. Pero Henry no tenía la misma paciencia con el hombre que tenía frente a él como cuando eran niños. Le habían hecho demasiado daño como para que volviera a tratar a Carter de la misma manera.

Al darse cuenta de que Henry no mordía el anzuelo, Carter se sentó en su silla y giró la muñeca, escuchando el sonido metálico. "Nunca hice nada parecido y no entiendo qué tiene que ver esto conmigo".

"Eras muy popular entre la gente que hacía trabajos clandestinos. Seguro que has oído hablar de algo".

Carter enarcó una ceja. "Eso no significa que lo sea ahora. He estado atrapado tras estas paredes durante los últimos cinco años, ¿recuerdas? Los sistemas cambian mucho en ese tiempo".

"Eso no significa que la gente lo sepa, y necesito averiguar de dónde puede haber venido este parásito".

El recluso inclinó la cabeza con fingido interés. "¿Por qué? ¿Qué es tan importante como para pedirle consejo a su fiel compañero?"

Henry inhaló profundamente y entrecerró los ojos peligRosamente.

—No conoces el significado de esa palabra, Carter

—murmuró en voz baja.

"Seguro lo haré.'

La mirada de Henry se tornó letal. "Mataste a mi madre, la mujer que te amaba como a un segundo hijo", dijo furioso.

—Eh, eh

—respondió Carter, moviendo un dedo en el aire

— No estaba tratando de matarla. Estaba tratando de matarte a ti . No es mi culpa que ella se interpusiera en mi camino.

Henry se puso de pie en un abrir y cerrar de ojos y golpeó el cristal con tanta fuerza que este vibró. El guardia se sobresaltó por la acción, pero no se movió de su posición contra la pared.

Carter sonrió con sorna. "En las celdas se dice que te ocuparás del caso Green. Déjame adivinar, una de las hijas te tiene en la mira. Y sólo puedo adivinar cuál de ellas es. Por cierto, ¿cómo está la encantadora Paula? Siempre tuviste debilidad por ella. Me encantaría conocerla cuando salga de aquí".

—¡Nunca saldrás de aquí! Me he asegurado de ello

—respondió con vehemencia.

"Un día es un día. Puede que no lo creas, pero aquí soy todo un ángel".

Henry apoyó la frente contra el cristal, con los ojos ardiendo de odio y furia.

—La única razón por la que estás detrás de este cristal en lugar de a dos metros bajo tierra es porque no me considero por encima de la ley. Pero si pudiera hacer lo que quisiera, no me estarías sonriendo ahora mismo. Los hombres enfermos y retorcidos como tú merecen pudrirse en medio de la nada atados a un pararrayos. No mereces tres comidas al día y una cama donde dormir. No con todas las vidas que has destruido.

Carter sonrió. "Todo en un día de trabajo".

Henry apretó los dientes y se obligó a respirar lentamente para recuperar el control. Se enderezó y miró al hombre que tenía delante con una mezcla de compasión y resentimiento.

—Cómo has cambiado, Carter.

Por primera vez en todo el intercambio, Carter frunció el ceño y levantó un poco la barbilla para mostrar desafío. "Fue el padre de tu querido pretendiente quien me cambió".

Henry entrecerró los ojos.

—Alejandro Green nunca fue responsable de la muerte de nuestros padres, Carter. Nunca los obligó a aceptar el cargo.

Carter frunció el ceño. "Oh, guárdelo. ¡Él destrozó a mi familia! ¿Y crees que está bien que se vaya sin pagar el precio?"

—Bueno, tal vez si te hubieras detenido y lo hubieras escuchado antes de lanzarte a tus propias conclusiones, sentirías lo mismo que yo.

Carter se puso de pie de un salto, lo que hizo que los guardias que estaban detrás de él buscaran las armas que tenían a los costados.

—¿Estás loco?

—gritó, con la voz cada vez más estridente

— ¡Defendiéndolo después de que nos arrebató a nuestros padres! Eres tan malo como él por aceptar esa disculpa patética.

Henry sacudió la cabeza con un suspiro y se apartó del cristal, mirando al guardia como si hubiera terminado. Sabía que no iba a sacarle nada, especialmente ahora que se daba cuenta de por qué lo estaba pidiendo.

—¡No te atrevas a ignorarlo!

—Carter siguió despotricando y gritando mientras levantaba los puños hacia el cristal, golpeándolo con las cadenas de hierro.

Los guardias entraron en acción y lo agarraron de las manos y los brazos. Él siguió gritando y maldiciendo mientras lo sujetaban, y finalmente tuvieron que tirarlo al suelo para controlarlo.

Henry observó la escena que se desarrollaba ante él con una mirada inexpresiva. Carter nunca había perdonado a Alejandro por la muerte de su padre. Si bien Henry se había sentido profundamente herido por la muerte de su propio padre, sabía que había aceptado el trabajo sabiendo los riesgos. Eso lo destrozó, pero nunca acusó a Alejandro de ello. De hecho, Alejandro lo había ayudado considerablemente durante ese tiempo de duelo. Habría ayudado a Carter y a su familia también, pero lo habían echado de la casa en el momento en que les dio la mala noticia.

Carter nunca volvió a ser el mismo después de eso.

Aunque Henry no dejó que se notaran sus emociones, lentamente levantó la mano hacia el lado izquierdo de su pecho y sintió la leve elevación del tejido cicatrizado debajo de la camisa. Había estado cerca, la bala rozando el borde de su corazón. Una herida de bala que su mejor amigo le había causado.

Henry no quería seguir presenciando la escena que tenía ante sí, así que se dio la vuelta y comenzó a alejarse cuando Carter le gritó: "¡Algún día los atraparé! Ya verás cuando salga de aquí. ¡A todos! Yo..."

Un jadeo escapó de sus labios y su frase fue interrumpida por la fuerte corriente de una pistola eléctrica.

Henry se quedó paralizado y se volvió para mirarlo alarmado. Pero el hombre de naranja ya estaba inconsciente, con el rostro pálido y cubierto de sudor mientras lo sacaban lentamente de la habitación y lo perdían de vista una vez más.

Capitulo 33

El latido constante del monitor cardíaco, aunque para algunos era un rayo de esperanza, no era más molesto que un mosquito zumbando alrededor de la cabeza de Paula. Mientras miraba a su madre postrada en la cama del hospital, una mezcla de emociones tan intensas se abatió sobre ella como una inundación torrencial. Impotencia. Tristeza.

Desesperación.

Pero a pesar de la vorágine de sentimientos que la desataban, sujetó con suavidad la mano flácida de su madre y se la llevó a los labios para besarla suavemente. Observó los rasgos de su madre, relajados y quietos, mientras su pecho subía y bajaba a ritmos regulares.

Paula suspiró y miró la delicada mano pálida que sostenía en la suya. "Estoy tan confundida, mamá", susurró, con lágrimas acumulándose en sus ojos. Pensó en su vida, en lo que había llegado a ser en las últimas semanas. Las batallas que estaba librando, las decisiones que no sabía cómo tomar.

—No sé qué hacer. Sé que me criaste para ser fuerte cuando los tiempos se ponen difíciles, pero yo...

—parpadeó con fuerza cuando su visión se nubló, su mirada se centró en la figura inmóvil a su lado

— Ha pasado tanto tiempo desde que escuché tu voz. Y…. aunque tal vez tenga casi treinta años, todavía te necesito. Yo... nunca dejaré de necesitarte, mami.

Ella agarró la mano que tenía en sus manos, agarrándola como si fuera un salvavidas mientras las lágrimas caían lentamente por sus mejillas. "Por favor, despierta. Por favor. Te necesito. Haré lo que sea, pero por favor... Por favor, despierta", sollozó, bajando la cara para esconderse en sus brazos mientras lloraba al lado de su madre.

Lloró como nunca antes, por el estrés y la preocupación de las últimas semanas, por su confusión interior y por saber que tenía la espalda en buen estado. Lloró por todo eso hasta que no pudo llorar más y se quedó allí sentada, abatida, perdida y terriblemente débil.

En ese momento, alguien llamó a la puerta. Su cuerpo se tensó y al instante se puso de pie, impidiendo que la persona que estaba detrás de la puerta pudiera ver a su madre. Aún sostenía firmemente la mano de su madre entre las suyas cuando la puerta se abrió y se preparó para cualquier encuentro que pudiera enfrentar.

Pero su postura se relajó y su expresión de sospecha se transformó en una de confusión cuando entró Henry. Suspiró y miró hacia otro lado, sin pronunciar palabra mientras intentaba calmar los frenéticos latidos de su corazón.

Henry permaneció en silencio mientras cerraba lentamente la puerta detrás de él. Ella podía sentir la intensidad de su mirada en un costado de su rostro. Él no se movió de su posición junto a la puerta, sin duda estudiándola. De alguna manera, ella supo que él era consciente del estado en el que se encontraba porque no dijo nada mientras se acercaba a ella. Su respiración se entrecortó cuando sintió que una de sus manos ásperas la agarraba suavemente del brazo.

Demasiado cansada para protestar, dejó que la girara para mirarlo de frente, pero la sorpresa la dejó sin palabras cuando sus gruesos brazos de repente la envolvieron alrededor de su cintura, atrayéndola hacia su firme abrazo.

Por un momento, Paula no reaccionó. Pero cuando el reconfortante calor de su piel acarició su cuerpo aparentemente congelado, se derritió y envolvió sus brazos alrededor de su torso. Estaba demasiado cansada para llorar, pero enterró su rostro en la suave tela de su camisa e inhaló tembloRosamente, tomando nota de ese aroma familiar que había llegado a asociar con él.

El abrazo fue completamente inocente y no se pronunciaron palabras entre ellos mientras Henry continuaba abrazándola firmemente contra él, su cuerpo intimidante y sus músculos firmes susurraban palabras de protección y seguridad a su delicado estado mental. Algo que no había sentido durante mucho tiempo.

Finalmente, una de sus manos encontró el camino hacia sus oscuros cabellos y sus largos dedos acariciaron suavemente los sedosos hilos, sabiendo que eso la calmaría aún más.

—Vine a hablarte de algo

—dijo, mientras su pecho vibraba contra el costado de su rostro después de un largo momento de silencio.

—¿Hm?

—tarareó ella, sus ojos amenazando con cerrarse bajo las suaves caricias de sus dedos.

Hubo una pausa antes de que finalmente dijera en voz baja: "Voy a tener que interrogar a Rosa".

Y así, la delicada sensación de tranquilidad se hizo añicos.

Ella se puso rígida bajo su control y lentamente se inclinó hacia atrás para mirarlo a los ojos. Sin embargo, él no la soltó, pero ella sintió que sus manos se movían para descansar sobre las curvas de sus caderas, manteniéndola cerca. Él la miró a los ojos interrogantes y suspiró.

"Fui a ver a un conocido mío hace mucho tiempo", comenzó. "Y me dijo algo que me hizo pensar. Bueno, siempre he tenido esa sospecha, pero ahora he llegado al punto en que tengo que saber si hay alguna pista o no".

Paula frunció el ceño. "Bueno, ¿qué es lo que necesitas preguntarle?"

Henry apretó la mandíbula y miró hacia un lado. "Necesito que me repita lo que le pasó el día que ella y tu madre fueron secuestradas".

Ella jadeó y abrió mucho los ojos.

—¡Estás loco!

—Se contuvo y miró la expresión inmóvil de su madre. Luego lo miró con indignación silenciosa en los ojos

— ¡No podemos pedirle algo así! ¡Ni siquiera recuerda que sucedió!

—Lo sé, princesa

—respondió con un dejo de exasperación en su tono

— Pero no tengo más opciones. Ella necesita recordarlo porque hasta el más mínimo detalle

podría significar la diferencia entre un caso sin resolver y un perpetrador atrapado. Su familia seguirá siendo un objetivo si este caso no se resuelve, y podría terminar mucho peor.

Paula no pudo responder y miró fijamente a su madre, que la miraba con preocupación. Gruñó, sintiéndose nuevamente en conflicto, y volvió a mirarla, inmóvil.

Podría terminar mucho peor...

Se lamió los labios con ansiedad y suspiró. Era una posibilidad a la que no quería descubrir la respuesta. "¿Qué dice mi papá sobre esto?"

"No he hablado con él."

Ella frunció el ceño y miró al hombre corpulento que tenía frente a ella. "Deberías preguntarle a mi padre. Quería mantener en secreto ese momento horrible".

—Tu padre no está en el mejor estado en este momento para tomar una decisión bien pensada. Además, necesitaré tu ayuda para convencerlo

—respondió Henry e Paula hizo una mueca al recordar cómo se había enfadado en el laboratorio el otro día.

Su temperamento no había mejorado mucho desde entonces.

Soltó otro suspiro profundo y miró a su madre. Recordó las palabras de Henry sobre cómo su familia seguiría siendo un objetivo. Una quietud gélida le congeló la sangre en las venas y el miedo se acumuló en su estómago mientras su imaginación tomaba la iniciativa.

La próxima vez que alguien atacara... no terminaría bien.

Sintió náuseas y se estremeció. No quería correr más ese riesgo. No podía permitir que su familia sufriera más. Estaría con Rosa durante todo el proceso si fuera necesario y la ayudaría en todo lo que pudiera. Pero no podía retener más a Henry.

Y así, con el más pequeño de los asentimientos perceptibles, ella aceptó.

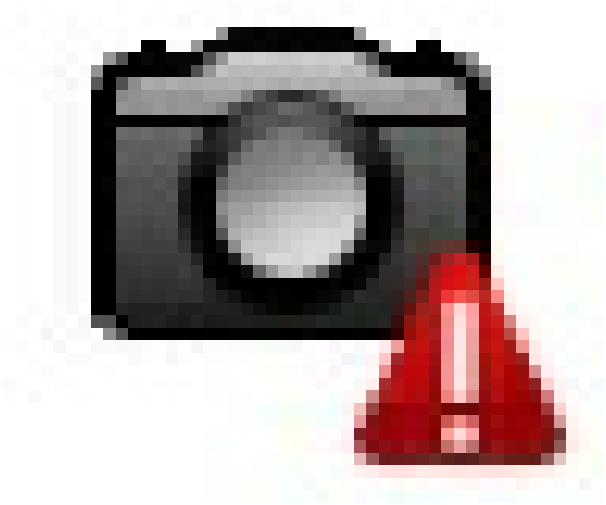
……

—¡Estás loco!

—gritó Alejandro mientras miraba al hombre que tenía delante con una mirada de incredulidad. Su piel pálida se tensaba contra su frente, sus ojos se movían frenéticamente de una persona a otra que estaba parada al otro lado de su escritorio

— ¿Qué te ha llevado a pedirme algo así?

Paula hizo una mueca ante las palabras de su padre, no acostumbrada a su temperamento irascible. Pero Henry se mantuvo firme y firme a su lado, decidido a tomar una decisión. "Es lo mejor para la investigación,señorGreen",respondió.



La mirada enojada de Alejandro se fijó en su hija mayor. "¿Y cómo sabe ella esto?", siguió preguntándole a Henry, aunque su mirada no estaba dirigida a él.

"Tenía preguntas y seguí preguntándole hasta que me lo dijo", respondió Paula en un tono escueto antes de que Henry pudiera hacerlo, sintiéndose a la defensiva del hombre que estaba a su lado y la forma injusta en que su padre lo estaba atacando.

Alejandro apretó la mandíbula y miró hacia otro lado. "Se suponía que nunca debías saberlo", murmuró con voz ronca.

Paula frunció el ceño y se enojó por el secreto de su padre. "Es algo que deberíamos haber sabido, especialmente Rosa".

La mirada de zafiro de su padre se volvió hacia ella.

—¿Y cómo crees que deberíamos haberlo hecho? ¡Ningún padre en su sano juicio querría que su hija recordara algo que su cerebro intentó olvidar a propósito! ¿Y cómo podíamos decírselo si ni siquiera sabíamos lo que había pasado?

Paula parpadeó, confundida. "¿Qué... quieres decir?"

Alejandro suspiró profundamente y las arrugas cada vez más profundas se hicieron más evidentes en su rostro cuando se desplomó en su silla detrás del escritorio de su estudio privado. Se pasó una mano frustrada por el cabello canoso y cerró los ojos con una expresión de derrota y resignación en el rostro.

"Tu madre estuvo inconsciente la mayor parte del tiempo que estuvieron desaparecidas... y estuvieron separadas", dijo en voz baja.

Una sensación de terror tan fría atravesó la sangre de Paula como una flecha. Su expresión se relajó, sus labios se separaron y sus ojos oscuros se abrieron de par en par.

—¿Estás diciendo...?

Alejandro se frotó un lado de la cara y suspiró. "No sé qué le pasó. Sofia no lo sabe. La única persona que lo sabría... sería Rosa. Y, claramente, fue tan malo que su cerebro pensó que lo

mejor era protegerla bloqueando el recuerdo por completo".

El silencio los envolvió mientras la tensión se infiltraba en el estudio, que antes estaba tranquilo. Mientras miraba a su padre, que estaba sentado encorvado en su silla, Paula se quedó sin palabras. No sabía cómo responder a sus palabras, pero su explicación tenía todo el sentido. Pensó que sabían la magnitud de lo que le había ocurrido, pero ahora se dio cuenta de que no saberlo había sido mucho peor.

Alejandro dejó escapar otro suspiro profundo mientras miraba lentamente a Henry. "¿Estás seguro de que no hay otra manera de continuar con la investigación? ¿Necesitas investigar los recuerdos de Rosa?"

Henry bajó un poco la cabeza, pero su mirada permaneció fija en el hombre mayor. "Desafortunadamente, es una necesidad. Este es el último recurso".

Alejandro cerró los ojos ante las palabras de Henry y se apoyó pesadamente en el brazo de su sillón. Después de un momento de deliberación silenciosa, suspiró y agitó la mano. "Ve a llamar a tu hermana. Está en su dormitorio", murmuró.

Paula vaciló, su determinación se había debilitado considerablemente desde la revelación que había hecho su padre. Levantó la vista hacia el hombre que estaba a su lado y él le devolvió la mirada. Incluso él parecía un poco reacio, pero asintió una vez, instándola a hacer lo que su padre le había dicho.

Sus pies la sacaron automáticamente de la habitación y se dirigió lentamente hacia la ornamentada escalera de su casa. Mientras subía los escalones, su mirada oscura se dirigió a la enorme ventana que se extendía desde el piso del primer nivel hasta el techo del segundo. Podía ver los establos más allá y los exuberantes potreros verdes donde pastaban varios caballos. Más allá de ellos, podía ver la oscuridad de una tormenta inminente, como había sido la vista habitual durante los últimos días.

Apartó la mirada del paisaje y se dirigió al dormitorio de su hermana. Dudó una vez más cuando llegó a la puerta y sintió que su brazo era de plomo cuando la levantó lentamente para tocar. Esperó a que le dieran permiso antes de abrir y mirar dentro.

Rosa estaba sentada en su escritorio rodeada de varios libros de texto y revistas médicas. Levantó la vista brevemente, pero la imagen del rostro de Paula debió haberla hecho detenerse lo suficiente como para levantar las cejas con sorpresa.

"Papá quiere verte en su estudio", fue todo lo que Paula pudo decir antes de salir rápidamente de la habitación y regresar a la habitación que ocupaban los dos hombres.

Cuando llegó, se dio cuenta de que habían cambiado de posición, ahora ambos estaban sentados en los costosos sofás de cuero italiano que habían sido importados la primavera pasada. Su padre estaba sentado en uno de los monoplazas, mientras que Henry se había sentado en el de dos plazas. Sin pensarlo dos veces, se sentó a su lado, con los dedos temblorosos mientras los colocaba en su regazo.

Rosa entró poco después, e Paula pudo ver la clara confusión en su expresión mientras miraba lentamente a su padre. "¿Querías verme?"

Por un momento, Alejandro no pudo mirarla a los ojos y en su lugar contempló la mesa de café

de madera de cerezo que tenía frente a él. Finalmente, respiró profundamente y la miró, ofreciéndole una pequeña pero extremadamente tensa sonrisa.

-Sí, cariño. Toma asiento. Hay algo que necesito decirte.

……

Rosa no podía oír nada por encima del sonido de la sangre que latía en sus oídos mientras miraba a su padre. Podía ver cómo se movían sus labios, pero no se oía ninguna voz. Sus mejillas, antes sonRosadas, parecían haber perdido todo su color mientras miraba sin pestañear a la gente que la rodeaba.

Aturdida, se levantó de su asiento y caminó sin pensar hacia la puerta.

—¿Rosa?

—preguntó Paula con voz suave mientras intentaba ponerse de pie, pero una gran mano en su muslo le impedía moverse.

"Necesita un momento", afirmó Henry suavemente, con su mirada centrada en la expresión aturdida de la mujer más joven.

Las cejas de Paula se fruncieron, pero no protestó y observó el cuerpo tembloroso de su hermana salir de la habitación.

Rosa ni siquiera estaba segura de estar respirando mientras avanzaba por el pasillo de forma apática, sin captar nada de lo que la rodeaba a pesar de que tenía los ojos abiertos. Todo lo que podía ver eran los recuerdos que salían a la superficie, como una película de terror de la que no podía apartar la mirada.

Recordó haber corrido hacia un callejón, pero no recordaba por qué. Luego dobló una esquina y unas manos frías y húmedas la agarraron y la inmovilizaron contra su cuerpo sudoroso. Una mano grande le succionó la mitad inferior de la cara, impidiéndole gritar.

La giraron con fuerza y las lágrimas brotaron de sus ojos aterrorizados cuando vio a Sofia detenerse a poca distancia de ellos con un hombre frente a ella y otro detrás (guardaespaldas, recordó) con armas apuntadas directamente al hombre que la mantenía cautiva.

Habían exigido que la soltara, pero el hombre se había reído entre dientes, con un sonido tan cruel que le había helado los huesos. Había notado una figura escondida detrás de un contenedor de basura con una pistola en alto. Había intentado gritarles una advertencia, pero la mano era demasiado fuerte para dejar pasar cualquier sonido.

Un guardaespaldas cayó y el segundo un momento después. Sofia se tambaleó hacia atrás en estado de shock cuando el hombre que estaba detrás del contenedor de basura se acercó a ella y usó la pistola que tenía en la mano para golpearla en la nuca.

Recordó que estaba demasiado aturdida para hacer algo y se sintió impotente cuando el hombre que la sujetaba la levantó sin esfuerzo del suelo y la cargó sobre su hombro, encaminándose hacia una camioneta con ventanas oscurecidas. La había arrojado adentro con una fuerza brutal que la dejó sin aliento. Trataron a Sofia de manera muy similar antes de que cerraran de golpe las puertas traseras.

Paralizada por el miedo, ni siquiera podía moverse mientras la camioneta se alejaba. No supo

cuánto tiempo permaneció allí sentada, mirando fijamente la oscuridad que la rodeaba mientras las lágrimas caían de sus ojos.

Pasó una cantidad desconocida de tiempo antes de que la camioneta finalmente se detuviera y se abrieran las puertas traseras. Ella hizo una mueca de dolor por la repentina claridad antes de que las dos figuras finalmente se volvieran reconocibles. El que inicialmente la había agarrado entró.

Con una velocidad repentina que no sabía que tenía, saltó lejos de él y saltó fuera de la camioneta. Pero no llegó muy lejos antes de que la derribaran. Su barbilla golpeó con fuerza contra el asfalto y estalló en un estado de histeria cada vez más debilitante mientras era arrastrada hacia atrás por el cabello, la parte posterior de sus piernas raspando doloRosamente contra el alquitrán.

El hombre que le había puesto el puño en el pelo le gritó que se callara, pero ella no pudo contener sus gritos. Una bofetada en la piel resonó en sus oídos y una sensación de ardor en la mejilla la dejó aturdida. No emitió ningún sonido más mientras la arrastraban hasta un edificio antiguo y luego la obligaban a subir unas escaleras de metal con las piernas débiles y ensangrentadas, mientras el fuerte pinchazo de una pistola se le clavaba en la columna vertebral.

Miró hacia atrás mientras avanzaba lentamente por la plataforma de metal que conducía a las escaleras y notó que Sofia era llevada a un costado, con su cuerpo inerte sobre el hombro del hombre. Eso fue lo último que vio antes de que de repente la empujaran hacia una habitación y él cerrara la puerta detrás de ellos.

-

Apenas una gota de lluvia le hizo notar a Rosa que había salido de la casa. Las nubes oscuras habían cubierto el paisaje y el viento aullante azotaba sus largos mechones oscuros. Las nubes descargaron su pesada carga sobre la tierra y Rosa sintió que su aliento comenzaba a salir de sus labios en jadeos desiguales mientras recordaba más y más.

Su corazón latía con fuerza en su jaula ósea y un miedo como nunca antes había sentido la invadió de repente con mayor intensidad que el de la lluvia. Sus pasos se aceleraron y el pánico la hizo correr desesperadamente hacia los establos.

Jason acababa de llegar a los establos para buscar un respiro de la fuerte lluvia y estaba a punto de comenzar a desensillar a Steele cuando una gran puerta en el otro extremo de los establos se abrió con un estruendo resonante, asustando a varios caballos en el proceso.

Frunció el ceño y miró por encima del lomo del semental para gritarle a quien fuera tan descuidado, pero la vista que tenía ante él lo dejó sin palabras.

Observó, sorprendido, cómo Rosa corría por el pasillo y se dirigía directamente al establo de su semental. Había un pánico salvaje en sus ojos y su cabello mojado se le pegaba al cuerpo cuando abrió de golpe la puerta del establo.

Chester resopló, ansioso por el comportamiento inusual de su amante mientras corría hacia él.

—¿Rosa?

—la llamó Jason, pero ella no lo escuchó mientras agarraba con fuerza la melena de Chester y se subía a su lomo

— ¡Rosa!

—gritó, mientras ella hundía los talones en las costillas del semental, lo que lo hizo salir al galope directamente del establo.

Cuando Jason volvió a subirse a la silla, ella ya estaba fuera de la vista.

El viento aullaba y los truenos retumbaban sobre ellos mientras salían corriendo del edificio. Jason miró a su alrededor y apenas logró ver la figura del semental negro que se alejaba hacia los árboles.

La lluvia caía sobre su espalda y casi lo cegó mientras espoleaba a su caballo para que galopara. El barro salpicaba las piernas de Steele mientras se adentraban en el bosque, donde los árboles apenas ofrecían protección contra la implacable tormenta.

Las ramas se balanceaban y se inclinaban ante el viento, intentando atrapar a Jason mientras pasaban a toda velocidad junto a ellos. Los relámpagos brillaban sobre ellos, asustando a Steele, pero Henry mantuvo las piernas firmes, lo que lo obligó a alcanzar una velocidad casi suicida en un clima tan traicionero. Y, sin embargo, apenas podía ver las figuras que perseguían.

Siguiendo el camino que sabía que conducía al río, Jason sintió un pánico repentino en el pecho cuando se dio cuenta de algo. Con las muchas tormentas que habían tenido, el río se estaba desbordando y un paso en falso...

Los truenos retumbaron y los relámpagos iluminaron el oscuro bosque lo suficiente para que él viera que estaban acercándose a Rosa. Steele resbaló brevemente de un charco de barro y Jason apenas logró recuperarse y notó que ahora corrían junto al río embravecido.

—¡Rosa, detente!

—gritó, pero el viento no dejó que su voz llegara muy lejos y Steele estaba cansado después de haber sido entrenado

— ¡Rosa!

Una repentina ráfaga de viento tan podeRosa casi arrancó a Jason de la silla, y un relámpago brilló justo a tiempo para que viera un gran árbol arrancarse del suelo y aterrizar directamente frente a Rosa.

Asustado, Chester voló sobre sus patas traseras y pateó el aire, dando un paso atrás y acercándose al río. Instintivamente, los brazos de Rosa se aferraron al grueso cuello del semental mientras él continuaba pateando el aire, el destello del relámpago iluminó el blanco de sus ojos agrandados.

—¡Rosa, suéltame!

—gritó Jason, incitando a Steele a moverse más rápido para alcanzarlos justo antes de que Chester resbalara y los hiciera caer al río.

—¡No!

gritó y detuvo a Steele, saltando de la silla y corriendo hacia la orilla del río. Un relámpago brilló y pudo distinguir el cuerpo negro y retorcido de Chester mientras luchaba por recuperar el equilibrio, mientras la corriente amenazaba con arrastrarlo hacia abajo.

Sin pensar en su seguridad, Jason se precipitó por la orilla y se adentró en la fría corriente, casi

perdiendo el equilibrio cuando la fuerza de la rugiente agua tiró de él. Desesperado, gritó por ella, con la mirada frenética mientras corría hacia donde estaba Chester, con el agua subiendo hasta sus muslos.

Hundió los brazos en el agua, tanteando a ciegas mientras se adentraba cada vez más. En ese momento ni siquiera podía saber si respiraba; el miedo lo impulsaba mientras continuaba buscándola.

De repente, sintió que algo suave le rozaba los dedos. Se sumergió en el agua, su mano aferrándose a la sensación del material húmedo. Como un torno, sus dedos se cerraron mientras palpaba con la otra mano, tocando la piel fría.

Sin importarle si le dejaba un moretón, agarró lo que pensó que era su muñeca y la sacó a la superficie. Su cabello oscuro fue lo primero que vio y rápidamente la atrajo hacia su pecho con un brazo alrededor de su cintura.

Mientras farfullaba mientras el agua sucia se deslizaba hacia su boca, luchó contra la corriente, arrastrando el cuerpo inerte de Rosa hasta el borde del agua. Intentar trepar por la resbaladiza orilla resultó difícil con un solo brazo, pero de alguna manera logró sacarlos a ambos del río por completo.

La fatiga lo agobiaba mientras la colocaba suavemente boca arriba en la orilla cubierta de hierba, la lluvia caía sobre su espalda mientras su cabello se pegaba a su rostro.

—Rosa, ¿me oyes?

preguntó con el miedo impregnado en cada letra de su voz mientras sostenía su rostro frío entre sus manos sucias. El pánico se apoderó de él cuando notó que ella no respiraba.

Olvidándose del cansancio, giró el cuerpo y colocó rápidamente las manos sobre el pecho de ella, presionando el esternón con varias compresiones fuertes. "Vamos", murmuró mientras presionaba sus labios contra los de ella, forzando a que el aire entrara en su garganta quieta.

Sus labios se sentían fríos y flácidos contra los suyos, con un ligero sabor a agua sucia. No era en absoluto como él había imaginado que sería su primer beso, pero no le dio demasiada importancia y repitió rápidamente los movimientos.

Pero con cada serie que hacía y con cada segundo sin respuesta, Jason sentía que su desesperación crecía. "¡No, vamos, Rosa!", gritó mientras presionaba su pecho con más fuerza aún, sus movimientos se volvían cada vez más urgentes. "¡Vamos, Rosa, ¡respira!".

Él volvió a besarla con fuerza, sus movimientos rozaban la brutalidad, dominados por la desesperación. Las lágrimas brotaron de sus ojos con una fuerza que podría romperle las costillas mientras bombeaba su pecho diez veces más, el vigor de sus movimientos disminuyendo con cada uno.

—No, por favor. No

—gimió y presionó sus labios contra los de ella, respirando profundamente una vez más y sintió que todas sus fuerzas lo abandonaban.

Cerró los ojos con fuerza y mantuvo sus labios pegados a los de ella, acunando su rostro entre sus manos. Lágrimas calientes corrieron por sus mejillas mientras se arrodillaba sobre ella, sus

dedos temblaban contra su piel fría mientras una sensación de desesperación y pérdida lo atormentaba.

Pero de repente, un movimiento se produjo debajo de él y apenas tuvo tiempo de moverse antes de que Rosa se tambaleara hacia un lado, tosiendo y escupiendo el agua que tenía en los pulmones. El alivio lo dejó débil mientras la observaba y apenas se dio cuenta de que le había quitado el pelo de la cara mientras ella recuperaba el aliento.

Aturdida, miró a su alrededor y sus pulmones doloridos se expandieron mientras intentaba recordar sus pensamientos. Su cerebro latía con fuerza contra su cráneo y ella gimió por la sensación. Su visión se volvió borRosa mientras se tocaba lentamente con la mano el costado de la cabeza.

"¿Estás lastimado?"

El fuerte aguacero casi hizo que la pregunta se perdiera en sus oídos, y entonces se dio cuenta de que no estaba sola. Volteó la cabeza lentamente, haciendo una mueca de dolor cuando el dolor resonó en su cráneo. Le tomó un momento aclarar su visión, y se puso una mano sobre los ojos para protegerlos del embate del agua.

Volvió a mirar al hombre que estaba sentado en el barro a su lado. Y a pesar de su expresión aturdida, notó el enrojecimiento de su nariz. Pensando que se debía al frío y a la lluvia, no le dio importancia. Su mirada de zafiro recorrió su expresión hasta que finalmente se posó en sus ojos. Frunció el ceño, sin estar segura de si lo que estaba viendo era cierto.

"¿Estás... estás llorando?"

Pero ella apenas tuvo la oportunidad de registrar lo que había sucedido antes de que él la atrajera hacia sus brazos y presionara sus labios contra los de ella en un beso apasionado.

Capitulo 34

La sensación de unos labios cálidos contra los suyos fue tan inesperada que los ojos de Rosa se abrieron de par en par por la sorpresa. Su jadeo fue ahogado por los labios de Jason y su cuerpo se sacudió de la sorpresa.

Pero tan rápido como sucedió, sus labios desaparecieron y su expresión aturdida se elevó para encontrarse con su mirada enrojecida y morena. Desconcertada por sus acciones, permaneció inmóvil mientras él suspiró y presionó suavemente su frente contra la de ella.

"Lo siento mucho", susurró.

Rosa se quedó mirándolo, confundida más allá de las palabras. No estaba segura de a qué se refería: si al beso que acababan de compartir, a la situación que había ocurrido o a su comportamiento en general. A juzgar por la forma en que sus manos temblaban mientras le agarraban el rostro, estaba segura de que se había llevado un buen susto.

Pero el dolor que resonaba en la nuca era demasiado fuerte para que pudiera concentrarse en otra cosa. Por eso permaneció en silencio y cerró los ojos, apoyando la frente contra la de él mientras la lluvia helada seguía cayendo sobre ellos.

Un frío profundo se había instalado en sus huesos y su cuerpo comenzó a temblar y sus dientes castañeteaban; el dolor sordo en su pecho se hacía más evidente con cada doloRosa respiración que tomaba. Necesitaba entrar pronto.

Como si se diera cuenta, Jason se apartó de ella con suavidad para mirar sus pálidos rasgos. "Necesito llevarte a casa".

Al oír esas palabras, los recuerdos de Rosa se abalanzaron sobre ella de repente, tensando los hombros y doliendo la cabeza. Extendió la mano y agarró con un puño la parte delantera de su camisa empapada y embarrada.

—No, todavía no. No quiero volver.

—Su voz sonaba ronca y ella hizo una mueca ante el sonido chirriante.

Los hombros de Jason se tensaron, concentrándose en ella. "¿Por qué? ¿Qué pasó?"

Las palabras le fallaron mientras lentamente lo miraba a los ojos. No dijo nada en ese momento, los recuerdos eran demasiado crudos para ahondar en ellos mientras se encontraba en ese estado. Algo en su expresión debió haberle hecho darse cuenta de eso, ya que su ceño fruncido preocupado se convirtió en uno de comprensión.

—Está bien, pero tenemos que salir de esta tormenta

—dijo en tono amable.

Mientras la ayudaba a levantarse con las piernas tembloRosas, un trueno resonó sobre ellos, haciendo que Rosa se estremeciera de miedo. Dos brazos fuertes la rodearon de manera protectora, lo que le permitió enterrar la cara en el hueco de su cuello. Respiró profundamente para calmarse, pero hizo una mueca de dolor al sentir la pesadez en el pecho.

Ella frunció el ceño, sabiendo que necesitaría mirar eso.

Los caballos se habían ido hacía rato, dejando a Jason y Rosa para que regresaran a pie. Rosa hizo una mueca cuando Jason la instó a seguir adelante. Su visión se aceleró y se tambaleó, agarrándose a su brazo para sostenerse. "No puedo", murmuró, con la respiración entrecortada mientras otro espasmo de dolor rebotaba en su cráneo.

Jason ni siquiera se detuvo a pensar mientras la giraba para que lo mirara de frente una vez más. Si ella no hubiera estado sintiendo tanto dolor, habría gritado de sorpresa cuando él le puso las manos sobre los hombros y las de él detrás de sus muslos, levantándola contra él. Instintivamente, ella lo envolvió con sus piernas y brazos, su cuerpo temblando por el contacto íntimo mientras él la rodeaba con sus brazos y comenzaba a caminar.

Aunque sabía que él no podría ver su rostro, ocultó su vergüenza presionando sus mejillas llameantes en el santuario de su cuello.

Moviéndose lo más rápido posible mientras esperaba no golpear su dolorida cabeza, Jason caminó a través de la tormenta, la lluvia torrencial le picaba los ojos a pesar de la protección de los árboles. Sabía que era una de las peores tormentas que habían experimentado en varios años, y puso toda su atención en regresar a la mansión lo más rápido y seguro posible. Sabía que sería desastroso si solo se concentraba en la mujer que lo envolvía.

Un suspiro de alivio se hizo visible por un momento en su rostro cuando finalmente llegó al borde de la arboleda y divisó los establos y la mansión a lo lejos. Estaba a punto de caminar hacia los establos cuando sintió que Rosa lo agarraba con fuerza por los hombros.

—No, por favor

—murmuró.

Jason se detuvo y sintió un escalofrío que le recorría la espalda al sentir su cálido aliento contra su cuello. Tragó saliva con fuerza y miró a su alrededor para decidir qué hacer. Solo había un lugar al que podía llevarla donde nadie la viera, pero pensar en ello lo hacía sentir un poco tímido.

Pero cuando el viento frío sopló contra ella, haciéndola temblar en sus brazos, tomó una decisión rápidamente.

Tan rápido como pudo, caminó por el sendero hacia las cabañas del personal. Saber que no habría nadie afuera con ese clima lo tranquilizó un poco, pero aún se sentía ansioso mientras la abrazaba. Cuando llegaron a su pequeña cabaña, su brazo se apretó alrededor de su cintura mientras el otro abría la puerta.

La quietud silenciosa de su hogar se sintió como un ungüento para una quemadura mientras cerraba la puerta detrás de ellos, bloqueando el aullido del viento y los truenos del exterior. Sintió que Rosa levantaba la cara de su cuello y le dio un momento para observar su entorno. Pero cuando ella comenzó a moverse, indicando en silencio que deseaba que la pusieran de pie, sus brazos inmediatamente la agarraron y la mantuvieron en su lugar.

Trató de no darse cuenta de cómo su cuerpo se amoldaba al suyo mientras se quitaba las botas y la llevaba a través de la pequeña sala de estar hacia el baño. La frescura de las baldosas del piso del baño se filtró en las plantas de sus pies cuando entraron, y echó un vistazo rápido a la habitación antes de bajarla suavemente para que se pusiera de pie por sí sola.

Un poco avergonzada, Rosa desvió la mirada mientras le daba las gracias. Notó que él asentía, aceptando sus palabras, mientras se dirigía a la bañera y dejaba correr el agua. La ropa se le pegaba como una segunda piel y las manchas de barro en la cara y los brazos le recordaban lo imprudente que había sido.

Bajó la mirada al suelo y sintió una vergüenza tan intensa que al instante se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Cómo había podido ser tan tonta? ¿Cómo había podido poner en riesgo la seguridad de su caballo de esa manera?

Como si hubiera percibido lo que estaba pensando, Jason la miró. Sus miradas se cruzaron por un breve instante antes de que ambos apartaran la mirada rápidamente, con el rostro enrojecido.

Se aclaró la garganta y señaló la ropa mojada. "Iré a buscarte algo para que te pongas".

Él pasó junto a ella y ella lo vio marcharse con el rabillo del ojo. Sintió que sus hombros se hundían por la fatiga mientras se dirigía a la bañera y comprobaba con los dedos la temperatura del agua que subía. Cuando consideró que estaba lo suficientemente caliente y profunda, cerró los grifos, silbando un poco mientras el movimiento de flexión le provocaba un dolor que le subía por el cuello y un espasmo en la nuca.

Un movimiento le llamó la atención y se enderezó. Se dio vuelta y vio a Jason entrar al baño y colocar una pila de ropa cuidadosamente doblada en la pequeña lavadora. Dudó un momento y la miró brevemente mientras hablaba: "Um, intenté encontrar lo que pensé que me quedaría bien. Te quedará un poco grande, pero debería estar bien hasta que te vayas a casa".

Cuando dijo esas palabras, Rosa arqueó las cejas. Sólo entonces se dio cuenta de la molestia que estaba causando y, cuando él se dio la vuelta para marcharse, lo llamó. Él dudó un momento y apretó con más fuerza el picaporte. Cuando finalmente la miró, ella le ofreció una suave sonrisa. "Gracias".

Por un momento, él no respondió. Su mirada morena se deslizó lentamente desde la parte superior de su cabello, notando su ropa mojada y manchada de barro. Finalmente, asintió y salió de la habitación, cerrando la puerta detrás de él.

Rosa sintió que un peso se apoderaba de ella mientras se miraba fijamente. Con un profundo suspiro, se quitó la ropa de encima y miró instintivamente el espejo que tenía a la izquierda. Sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa cuando finalmente vio su reflejo y al instante se llevó las manos al pecho para fijarse en el moretón azul oscuro.

Ella frunció el ceño mientras pensaba. No era de extrañar que su pecho se sintiera tan sensible.

Recordó la expresión de Jason cuando finalmente se giró para mirarlo después de toser una cantidad desconocida de agua sucia. El alivio en su rostro había sido tan palpable que parecía a punto de desmayarse. Y ese beso...

Rosa se lamió los labios con ansiedad al recordar sus labios sobre los suyos, su suave firmeza la atraía hacia sus reconfortantes caricias a pesar de su respuesta paralizada. Suspiró y se dirigió a la bañera, sabiendo que tendrían que hablar de ello una vez que saliera del baño.

Había mucho de qué hablar.

Dudó un momento mientras miraba la quietud del agua clara, y los recuerdos de cómo ella y Chester se habían sumergido en las turbias aguas del río embravecido volvieron a ella. Se

estremeció, preguntándose si era mejor que no se bañara. Pero el frío que se había instalado tan profundamente en sus huesos era difícil de ignorar, y la única forma de remediarlo era descongelándose en un baño caliente.

Dejando a un lado el temor, sumergió suavemente un pie en el agua y luego el otro, bajando lentamente para no aumentar demasiado el dolor de cabeza. Sin siquiera mirarse de cerca, ya sabía que tenía una conmoción cerebral. Debió haberse golpeado la cabeza contra una piedra del río al caer.

Mientras se quitaba el frío y la conmoción de la piel, sintió que su mente también se aclaraba. Pero el problema con eso era la forma en que sus pensamientos comenzaron a dar vueltas en su mente, tratando desesperadamente de darle sentido a la situación, más específicamente, al beso de Jason.

No pudo evitar preguntarse por qué había hecho eso. Es cierto que podría haber sido una acción espontánea, pero la expresión de su rostro lo decía todo.

Había estado aterrorizado.

Suspiró profundamente mientras se reclinaba contra la bañera, su mente se perdió en un recuerdo lejano que había compartido con Jason, cómo él había dicho que nunca desperdiciaba lágrimas por alguien que no le importaba.

El pensamiento hizo que su pecho se sintiera ligero por un momento antes de que nuevos recuerdos aparecieran en su mente. Se desplomó en su posición. Si él se preocupaba por ella... ¿por qué la trataba como lo hacía?

……

Jason caminaba de un lado a otro por la pequeña cocina, pasándose una pequeña toalla por el pelo mojado. Se había lavado los restos de barro de los brazos en el fregadero de la cocina y se había puesto un par de ropa seca. Pero no se sentía nada relajado mientras caminaba de un lado a otro, con la mirada constantemente fija en la puerta cerrada del baño.

Recién ahora su ritmo cardíaco se había desacelerado relativamente, pero el recuerdo de ella sumergiéndose en el agua turbia que corría seguía dejando una frialdad debajo de la piel que ninguna cantidad de calor podría descongelar. Era demasiado similar a ese horrible recuerdo de su pasado. Demasiado similar a cómo había perdido al hombre más importante de su vida.

Su único consuelo esta vez fue que no había sido inútil. Había sido lo suficientemente fuerte para sacarla del río.

Con un profundo suspiro, miró hacia la tormenta y dejó caer la toalla al suelo, utilizándola para limpiar los restos de pisadas húmedas que había dejado cuando entraron por primera vez en su pequeña casa. Oyó que se abría la puerta y miró hacia el baño, con un nudo en la garganta al ver a la mujer salir.

Su camisa le rozaba la parte superior de los muslos y los pantalones de chándal que le había dado parecían demasiado grandes para su esbelta figura. Sus mechones oscuros y secos caían por su espalda en un lío de ondas rebeldes. Parecía despeinada y retraída, pero al menos su rostro tenía más color que hacía unos minutos.

Ella se quedó de pie junto a la puerta, un poco insegura de qué hacer. Él le ofreció una pequeña sonrisa y señaló el sofá. "Puedes tomar asiento. ¿Quieres algo?"

Su mirada de zafiro se posó en la de él antes de dirigirse a la cocina. "¿Tienes algún analgésico?"

Él asintió, reprendiéndose a sí mismo por no haber pensado antes que ella los necesitaría.

Jason podía sentir la mirada de la mujer en su espalda mientras abría uno de los armarios y sacaba un frasco de pastillas. Mientras llenaba un vaso con agua, fue consciente de la presencia adicional en su hogar. Por un momento, pensó que prepararse algo para sí mismo aliviaría el ligero temblor en sus dedos, pero su estómago se sentía demasiado anudado para soportar nada en ese momento.

Entonces llenó el vaso y se lo llevó. Ella levantó la vista desde su posición sentada, con las piernas dobladas debajo del cuerpo. Le ofreció una pequeña sonrisa mientras tomaba el vaso y la botella de sus manos ofrecidas, y frunció el ceño al notar la forma en que temblaban.

En silencio, lo observó mientras volvía a su tarea de limpiar el piso mientras ella tomaba un sorbo de agua y la medicina. Sintió la garganta reseca mientras bebía el refresco fresco, pero sus ojos permanecieron concentrados en el hombre que tenía frente a ella. Notó que él seguía moviéndose, como si no pudiera quedarse quieto, sus manos se movían nerviosamente, ansiosas por hacer algo, cualquier cosa.

Su ceño se acentuó. Desde que lo conocía, siempre había sido un alma tranquila. Podía enfrentarse al caballo más enloquecido y ni siquiera pestañear. Así que cuando notó sus movimientos temblorosos y cómo parecía haber limpiado la encimera dos veces sin dar señales de detenerse, supo que algo iba terriblemente mal.

"¿Jason?"

Se quedó helado cuando escuchó su nombre en sus labios, los pensamientos y emociones que había intentado reprimir desesperadamente brotaron. Sus rodillas se doblaron y un fuerte golpe resonó por toda la habitación cuando su espalda golpeó la encimera.

Rosa jadeó y se puso de pie de un salto. Corrió alrededor del mostrador y lo vio sentado en el suelo, con las rodillas dobladas y las manos enredadas en su cabello. Tenía la cabeza inclinada, lo que le impedía ver su expresión.

Ella se agachó lentamente frente a él, observando con sus ojos su figura tembloRosa mientras respiraba con dificultad.

—¿Jason?

—preguntó suavemente, extendiendo la mano para tocar su brazo.

Su respiración se entrecortó por la sorpresa cuando la mano de él la rodeó de repente por la muñeca. Tiró de ella y ella cayó sobre su pecho, atrapada por sus fuertes brazos que la rodeaban por la cintura para mantenerla allí.

Sus labios se separaron, pero las palabras no lograron hacerse oír mientras él la acunaba contra él, enterrando su rostro profundamente en su cuello mientras gemía: "Casi te pierdo".

Rosa cerró los ojos y suspiró profundamente, envolvió sus brazos alrededor de su cuello, sus

dedos enredándose en el suave cabello de su nuca. "Estoy bien", respondió en un tono suave.

—No estabas respirando. Pensé...

—no continuó la frase, sino que la abrazó más fuerte con unos brazos que hicieron que su cuerpo temblara por la violencia con la que se sacudían.

—Estoy bien ahora

—lo tranquilizó, pasando una mano de un lado a otro por su hombro, con la esperanza de aliviar la tensión en sus músculos

— Todo gracias a ti.

Él se inclinó un poco hacia atrás para mirarla a los ojos, con expresión seria mientras le sostenía la mejilla con una de sus manos. "No vuelvas a hacerme eso. No sobreviviré si no lo haces".

Los labios de Rosa se abrieron en estado de shock ante sus palabras, pero fue la seriedad de sus ojos lo que la dejó sin aliento. No pudo hacer nada ante el hechizo que los invadió cuando él cerró la distancia entre ellos y presionó sus labios contra los de ella.

La tormenta que había afuera no podía igualar la intensidad del beso que compartían en ese momento. Rosa se aferró a sus fuertes hombros mientras sus labios atacaban los de ella, marcándola, grabando a fuego el recuerdo de su contacto en su mente. Sus ágiles dedos acariciaban y exploraban la suave curva de su cintura, un contraste con el apasionado beso que parecía causar estragos en su mente y su cuerpo por igual.

Ella estaba débil e indefensa ante el torrente de emociones que caía sobre ella, y las lágrimas se filtraron de sus ojos cuando él se apartó de sus labios para dejarle tiernos besos a lo largo de la mandíbula, el bálsamo perfecto para todas las semanas de dolor que había soportado.

Ofreciéndole un último beso preciado en los labios, suspiró y apoyó su frente contra la de ella, sosteniéndola cerca de él, permitiendo que la lluvia torrencial del exterior llenara el silencio que los rodeaba.

De repente, fatigada, Rosa se apoyó en él por completo y sonrió levemente cuando él la abrazó con más fuerza. Bostezó y sólo entonces recordó el asunto urgente que tenía entre manos. "Deberíamos hablar", murmuró, bajando la voz mientras el sueño amenazaba con apoderarse de ella.

—Lo sé

—respondió Jason mientras pasaba los dedos por sus largos mechones oscuros

— Pero, por favor, déjame abrazarte primero.

Las cejas de Rosa se hundieron confundidas ante sus palabras, pero su cansancio se había vuelto demasiado grande como para ignorarlo por más tiempo y se quedó dormida.

Él la miró cuando sintió que su cuerpo se aflojaba, y su expresión era gentil mientras la envolvía con sus brazos un poco más fuerte.

……..

Los truenos hacían temblar las ventanas y la lluvia golpeaba contra los cristales mientras Paula estaba sentada en el estudio con Henry y su padre. Nadie había dicho una palabra desde que Rosa

salió y no estaba muy segura de cómo romper el tenso silencio que solo parecía tolerable debido a los furiosos elementos del exterior.

Parecía que la opción más lógica era sentarse al lado de Henry para que Rosa tuviera su silla, pero ahora parecía inapropiado. Y si sentarse juntos cuando había la opción de otros asientos disponibles no enviaba señales a la mente de su padre, entonces no estaba segura de qué lo haría.

Con ese pensamiento en mente, se puso de pie y se dirigió hacia las bebidas que se encontraban en un carrito de servicio a poca distancia. Mientras se servía un vaso de limonada fría, las palabras de su padre hicieron que el vaso casi se le resbalara de las manos.

"¿Qué está pasando entre ustedes dos?"

Ella miró lentamente por encima del hombro para ver la mirada de su padre fija en Henry, moviéndose hacia ella brevemente antes de volver a mirar al hombre sentado frente a él.

Henry no pareció inmutarse por la pregunta abrupta y respondió en un tono tranquilo, aunque un tanto monótono: "Nada".

Los ojos de Alejandro se entrecerraron y la miró con furia.

—No me mientas. No nací ayer. ¿Cómo es posible que hayan tenido contacto entre ustedes para que ella pudiera hacerte esas preguntas?

—El hospital

—respondió Paula mientras se acercaba lentamente a ellos, sosteniendo su vaso en la mano. Esperó a que la irritada mirada de zafiro de su padre la encontrara antes de continuar

— Venía a menudo y le pedía que me informara sobre la investigación.

—Bueno, ¿por qué te habría pedido ayuda para convencerme de que hablara con Rosa? Sé que has estado más involucrada en esta investigación de lo que crees, Paula.

Ella apretó los dientes cuando sus palabras se registraron en su mente, el hecho de que la había llamado por su nombre completo no pasó inadvertido para ella.

Dispara, está enojado.

El rostro de Alejandro estaba tenso mientras miraba a su hija mayor. "Déjanos un momento. Necesito hablar con Henry".

Sabía que era mejor que discutir, así que apretó los labios y asintió. Al darse la vuelta para marcharse, su mirada se cruzó brevemente con la de Henry. Parecía tranquilo, como si nada pudiera perturbarlo. Deseaba poder dominar esa cara de póquer suya. Sin decir palabra, salió de la habitación y cerró la puerta silenciosamente tras ella.

En cuanto quedaron solos, la mirada de Alejandro se intensificó y sus ojos color zafiro replicaron el relámpago del exterior.

—¿Qué creías que estabas haciendo, Henry? Te confié a mi hija. Sabes por lo que ha pasado esta familia. ¡Esperaba que supieras que no debías dejar que ella se involucrara en esto!

—Ella debería saber lo que está pasando, señor Green

—respondió Henry, y su tono no traicionó sus sentimientos en absoluto

— Al menos es más cautelosa en ese sentido. Además, es una mujer tan curiosa que no habría podido retenerla de ninguna manera. Entonces ella habría iniciado una investigación por su cuenta.

Alejandro resopló, sabiendo que Henry decía la verdad. Paula era tan testaruda y decidida como su madre, cualidades que él amaba y despreciaba al mismo tiempo.

Con un suspiro, se dejó caer en su silla y se pasó una mano por el pelo, frustrado. "Cuanto antes se resuelva este caso, mejor", murmuró para sí mismo.

Henry no respondió. En cambio, miró hacia donde había visto a Paula por última vez. Ansiaba ir tras ella, hablar con ella sin que nadie lo escuchara, pero sabía que ese no era su lugar. Él le había pedido entrar en su mundo y ella lo había rechazado.

Eligió a alguien más sobre él.

No tenía derecho a estar en su vida después de que se resolviera el caso y se atrapara al culpable, y por razones totalmente equivocadas, casi deseaba que el caso nunca se resolviera.

…….

La tormenta finalmente estaba amainando cuando Rosa despertó de su profundo sueño. Sentía un peso en el pecho y cada vez que respiraba le dolían los pulmones. Frunció el ceño sin entender por qué hasta que abrió los ojos.

Se quedó paralizada cuando lo primero que vio fue a Jason durmiendo a su lado, sus fuertes brazos enroscados alrededor de su cintura mientras su cabeza descansaba contra la puerta del armario detrás de él. Sintió que se le quedaba la respiración en los pulmones mientras los recuerdos bombardeaban su vista y cómo había terminado en esa posición. Su cuerpo comenzó a temblar mientras la ansiedad la atacaba, sintiendo que su garganta se cerraba sobre sí misma como si todavía se estuviera ahogando en el río.

Ella entró en pánico, agarró la camisa de Jason y enterró su cara contra su cuello.

Sus rápidos movimientos lo despertaron de su sueño y sólo le tomó un segundo darse cuenta de que la mujer temblaba entre sus brazos. La abrazó con más fuerza al instante, atrayéndola hacia sí hasta que no hubo ni un respiro de espacio entre ellos.

—Estás bien. Te tengo

—murmuró contra la coronilla de su cabeza, dejando tiernos besos entre sus palabras.

Sintió que su cuerpo tenso comenzaba a relajarse bajo sus cuidados y continuó calmándola hasta que dejó de temblar por completo. Con un suspiro, ella se relajó contra él y sollozó. "Lo siento", murmuró contra su cuello.

Su agarre se aflojó lo suficiente como para ahuecar su barbilla con una mano, persuadiéndola a mirarlo. "No tienes nada de qué sentirte mal".

La sinceridad en su mirada casi la hizo estallar en lágrimas, y rápidamente apartó la mirada de él, escondiendo su rostro en su cuello una vez más.

"Necesitamos hablar", susurró después de un rato de estar sentados en silencio.

Jason se movió y bajó un brazo para apoyarlo sobre la curva de su cadera.

—Lo sé.

—Pasó un momento de silencio antes de que finalmente preguntara

— ¿Qué pasó?

A Rosa se le hizo la lengua de plomo y descubrió que, por primera vez, le costaba explicarle algo. Antes de que su relación se fuera al traste, ella había sido capaz de decirle cualquier cosa. Siempre habían tenido una conexión. En algún momento, incluso podría haberlos considerado mejores amigos. Pero el hecho de que él fuera el empleado de su madre les había impedido llegar a ese nivel de amistad.

Pero eso no me impidió seguir intentando llevar las cosas más allá , admitió para sí misma con tristeza.

Pero ahora ella no sabía qué estaba pasando con ellos. Pensaba que él la odiaba y la despreciaba debido a su riqueza. Hasta que le dijo esas palabras y la besó hasta que lo único en lo que ella podía pensar era en él.

Ella mantuvo su rostro escondido en el hueco de su cuello mientras suspiraba profundamente, levantando los brazos para rodear su cuello y evitar que se alejara por temor a que viera el dolor en su rostro. "¿Recuerdas esas pesadillas que a veces tengo?"

Jason hizo una pausa y recordó la última vez que había experimentado una. Había llegado a los establos con ese camisón de seda. La había abrazado y recordaba con mucha claridad la sensación de ese material suave bajo sus manos callosas.

Apretó los dientes y obligó a su mente a permanecer concentrada. "Sí", logró decir, pero sabía que su voz sonaba tensa.

Sus dedos se enredaron y tiraron suavemente de los pelos de su nuca, y el nerviosismo la hizo moverse nerviosamente. "Bueno... había una razón para eso".

La sangre caliente de Jason se convirtió en hielo. "¿Quieres decir…?"

Rosa se estremeció y hundió más la cara en su cuello.

—Mi padre me habló antes, me contó lo que había pasado, o lo que podía decirme de todos modos.

"¿Qué pasó?"

Suspiró profundamente. "Resulta que cuando era pequeña, me secuestraron junto con mi madre. No recordaba nada de lo que había ocurrido hasta que mi padre me lo contó. Cuando lo hizo... los recuerdos siguieron apareciendo. No pude detenerlos. Eran... horribles. Así que entré en pánico y.…"

—Te fuiste con Chester

—dijo Jason, con la ira que le corría por las venas

— ¿Qué hizo que tu padre te dijera eso después de todos estos años?

Ella hizo una mueca cuando él la sujetó con más fuerza y rápidamente la aflojó. "Henry tenía la sensación de que si yo recordaba algo podría ayudar con la investigación en curso. Dijo que tal vez recordara un pequeño detalle que los ayudaría a avanzar en la dirección correcta".

"¿Acaso tú?"

Ella se aferró a él entonces. "Sí, y es por eso que no quiero volver todavía".

"¿Por qué?"

Ella resopló. "Porque sé que va a cambiarlo todo".

Enredó los dedos en su cabello, abrazándola fuerte, intentando protegerla, pero era imposible. ¿Cómo podría protegerla de sus sentimientos y recuerdos?

Hizo una pausa y de pronto todo encajó. "No me extraña", murmuró.

"¿Qué quieres decir?"

Jason suspiró. "No me extraña que tu hermana me haya pedido que te cuidara".

La sintió congelarse en sus brazos antes de que ella rápidamente lo mirara con una expresión confusa. "¿Qué?"

Él miró hacia un lado, incapaz de mirarla a los ojos.

—Tu hermana... estaba preocupada por tu seguridad. No me dijo exactamente por qué, pero me pidió que te vigilara siempre que estuvieras en la finca. Le preocupaba que te atacaran, y yo era la única persona en la que confiaba lo suficiente para hacer el trabajo sin que pareciera obvio que alguien te estaba vigilando.

La mandíbula de Rosa se aflojó y sus labios se abrieron en estado de shock. "Entonces... ¿todas esas veces que me seguiste?"

Finalmente la miró a los ojos, con expresión solemne. "Quería asegurarme de que estuvieras a salvo".

Se tapó la boca con la mano y las lágrimas le quemaron los ojos. Durante todo ese tiempo, pensó que su hermana lo había hecho para encubrir sus aventuras y la había acusado de causarle tanto dolor cuando lo único que había hecho era tratar de protegerla.

¡Qué equivocada estaba!

Jason parpadeó sorprendido cuando ella se puso rápidamente de pie. "¿Rosa?", preguntó mientras la veía correr al baño para recoger su ropa mojada. Cuando se enderezó, ella ya estaba abriendo la puerta principal.

—Tengo que disculparme con ella

—murmuró, y antes de que él pudiera decir algo más, ella ya estaba fuera de la puerta, corriendo por el suelo mojado con una sola persona en mente.

…….

Paula se sentó en silencio en su cama, observando cómo el sol comenzaba a asomar lentamente entre las nubes. No sabía adónde había ido Rosa, ya que no había estado en su habitación. Pero supuso que necesitaba tiempo para sí misma y ordenar sus pensamientos.

Suspiró y lentamente desvió la mirada hacia sus manos que descansaban sobre su regazo. La

expresión en el rostro de su hermana la había desgarrado y su corazón se había encogido al verla. Ahora sabía por qué su padre se había mostrado tan reacio. Ningún padre querría que su hija experimentara lo que posiblemente ella había pasado.

Pero antes de que tuviera la oportunidad de imaginar lo que podría haber sucedido, la puerta de su habitación se abrió de golpe. Dio un salto, sobresaltada, y su mirada se dirigió hacia la entrada de su dormitorio. Sus ojos se abrieron de par en par al ver el cuerpo desaliñado de su hermana cubierto por ropa de hombre y con lágrimas corriendo por sus mejillas.

Pero no tuvo la oportunidad de expresar su preocupación antes de que su hermana corriera hacia ella. La abrazó y balbuceó entre dientes: "¡Lo siento mucho!", gritó mientras se aferraba a su hermana mayor.

Desconcertada, Paula no hizo nada más que quedarse sentada allí, aturdida.

—He sido muy mala contigo estas últimas semanas, pensando que estabas obligando a Jason a estar conmigo para distraerme de tu vida. No tenía idea de que...

—se interrumpió, llorando en su hombro

— Nunca me di cuenta de que estabas tratando de protegerme. Lo siento mucho por tratarte de la manera en que lo hice. No merecías nada de esto. Por favor, perdóname.

Entonces Paula encajó en su mente y respiró aliviada mientras le devolvía el abrazo a su hermana y le daba unas palmaditas en la espalda. "Está bien", dijo con voz tranquilizadora. "Probablemente debería haberte dicho la verdad. Sólo tenía miedo de que recordaras algo doloroso si lo hacía".

Rosa resopló mientras la abrazaba con fuerza. "Lo siento mucho. Debería haber sabido que no debía decirte esas cosas. Soy una hermana terrible".

"Oye, dije que está bien. Se supone que debo proteger a mi hermana menor. Es parte de mi trabajo como hermana mayor, al igual que el tuyo es molestarme constantemente".

Una risa entre lágrimas escapó de los labios de Rosa ante sus palabras mientras se inclinaba lentamente hacia atrás para mirar la mirada amable de su hermana. Su estómago se revolvió de culpa al pensar en cómo se había comportado con ella y sintió un peso en el pecho cuando se dio cuenta de lo que se esperaba de ella ahora.

Soltó a Paula por completo y se sentó tranquilamente a su lado. Paula frunció el ceño ante el cambio repentino. "¿Qué pasa?"

Rosa se lamió los labios lentamente, con la mirada perturbada. "Me acordé de todo".

Notó cómo su hermana intentaba calmar la curiosidad en su postura, y se le revolvió el estómago al darse cuenta de cómo iban a cambiar las cosas. "¿Y?"

Miró a su hermana y comprendió por completo por qué había tomado esa medida para protegerse. Rosa sintió lo mismo en ese momento.

Sin embargo, era algo que necesitaba compartir. Con los hombros caídos y una expresión de pesar, la miró. "Necesito hablar con Henry".

……..

Henry y Alejandro habían estado sentados en silencio durante bastante tiempo, pero mientras

Henry permanecía completamente quieto, Alejandro alternaba entre golpear el brazo de la silla con el pie y tamborilear con los dedos.

Aunque Henry empezaba a sentirse impaciente, reprimió ese sentimiento. La impaciencia nunca era buena cuando se hacía una investigación, ya que a menudo algo salía mal si se hacía con prisas. Y, considerando la naturaleza delicada de la mujer a la que tenía que interrogar, sabía que comportarse como una excavadora no serviría de mucho.

La puerta se abrió y los dos hombres se giraron para ver quién había entrado. Henry notó que Rosa estaba vestida de manera diferente a como había estado al principio, observando cómo su vestido color crema combinaba con el tono zafiro de sus ojos. Su cabello estaba ligeramente húmedo y entonces se dio cuenta de que debía haber salido a la calle durante la tormenta.

Al menos, ahora tenía más color en sus mejillas que antes.

Alejandro se puso de pie para mirarla por completo y se acercó a ella para abrazarla. "Lo siento mucho, cariño. Nunca quise que pasaras por algo así".

Rosa le devolvió el abrazo brevemente antes de alejarse. Fue entonces cuando Henry notó la mirada perturbada en su rostro. Él también se puso de pie y se acercó unos pasos a ella. Su mirada se desplazó brevemente hacia Paula, que estaba de pie junto a su hermana como una gallina protectora. Su expresión se relajó al ver su postura.

Ella realmente sería la mejor madre.

Pero dejó de pensar en eso y volvió a centrarse en la mujer más joven. No dijo nada. Por la expresión de Rosa, supo que tenía algo que decir.

Rosa se movió nerviosamente y se pasó una mano por el brazo.

—Yo... recuerdo todo

—empezó en voz baja. Henry asintió, instándola a continuar. Se mordió el interior de la mejilla.

—Había dos hombres. Uno tenía el pelo rubio y los ojos oscuros.

Alejandro se puso rígido ante sus palabras. Henry lo miró y pudo ver el reconocimiento y la ira hirviente en su mirada. Volvió a mirar a Rosa. Su voz era tranquila, incluso gentil, cuando preguntó: "¿Y el otro?"

Tenía los hombros encorvados y se mordió el labio inferior. Los miró a todos por turno, antes de fijar la mirada en su hermana. Sus ojos de zafiro se profundizaron con pesar mientras la observaba por un segundo ante de volver a mirar a Henry.

Con un profundo suspiro, murmuró en voz baja: "El otro hombre... se parecía exactamente a Massimo".

Capitulo 35

Un silencio tan denso que era casi tangible se apoderó de la sala. En cuanto la frase salió de los labios de Rosa, sus hombros se encorvaron instintivamente y su mirada nerviosa recorrió las expresiones de las personas que la rodeaban.

Los hombros de Alejandro se tensaron al oír las palabras de su hija. Su mirada de zafiro se endureció hasta adquirir un tono cobalto profundo, su mandíbula se tensó mientras cerraba los puños hasta que las uñas se clavaron doloRosamente en sus palmas.

La expresión de Henry se ensombreció, sus sospechas sobre el hombre se confirmaron a medida que las piezas comenzaban a encajar lentamente. Había estado jugando con ellas todo el tiempo. No había forma posible de que fuera una coincidencia que hubiera entrado en la vida de los Green solo brevemente antes del accidente de Sofia Green. Y aunque no se llegó a la conclusión de que ese fuera un motivo directo de su presencia, ciertamente no era tan inocente como afirmaba ser.

Su mirada se dirigió a Paula, que parecía estar hecha de piedra. Tenía los ojos muy abiertos, sin pestañear, las mejillas pálidas.

Las posibilidades que se agolpaban en su mente se desvanecieron cuando su atención se concentró únicamente en sus rasgos congelados. La investigación no importaba en ese momento, ya que sentía un deseo imperioso de tender un puente entre ellos y alejarla de la situación y de las emociones negativas asociadas con el descubrimiento.

Pero él sabía que no podía. No le correspondía.

Ella se había asegurado de ello.

Sin embargo, eso no le impidió desear quitarle algo del dolor que sin duda ella sentía para cargarlo sobre sí mismo.

Alejandro fue el primero en salir de su estupor, y una mancha roja se deslizó desde la base de su cuello hasta su rostro. "¿Escuchaste su nombre?" Su voz sonaba tensa y apenas podía contenerse, sus ojos albergaban una intención peligRosa que sorprendió a su hija menor.

—No

—murmuró Rosa en respuesta, con los ojos muy abiertos mientras miraba la expresión furiosa de su padre.

Alejandro maldijo en voz baja y se alejó de ellos, pasándose una mano por el pelo con frustración. La ira ardía en sus venas, lo que lo obligaba a caminar de un lado a otro de la habitación para no abrir un agujero en la pared con el puño.

De repente, todo tenía sentido para él. La forma en que Sofia había reaccionado cuando vio por primera vez a Massimo, su inquietud a su alrededor y su naturaleza cautelosa en su presencia. ¡Había reconocido con quién estaba emparentado al instante!

Una punzada de incertidumbre y dolor lo invadió entonces. Pero ¿por qué no se lo había dicho?

¿O al menos le había advertido? ¿Qué posible razón podría haber tenido para ocultarle una información tan valiosa?

"¿Estás segura, Rosa?"

El tono derrotado en la voz de su hija mayor lo sacó de sus pensamientos y miró hacia atrás para ver a Paula mirando a su hermana con una mirada suplicante. Su estómago se revolvió de preocupación y la ira que había sido brevemente sofocada por su dolor regresó con toda su fuerza.

¡Había dejado que esa criatura se acercara a ella!

Rosa bajó la mirada, incapaz de mirar la expresión desesperada en el rostro de su hermana. "Sí."

Paula dejó escapar un suspiro entrecortado y miró a la gente que la rodeaba con una ansiedad casi frenética.

—Tiene que ser una coincidencia. ¡Seguro que sí! ¡Tiene que serlo!

Henry frunció el ceño con pesar y sus penetrantes ojos color avellana la observaron con atención. "No lo creo", respondió lentamente.

Ella inhaló con dificultad y sus gestos inquietos con las manos revelaron su estado de inquietud mientras continuaba: "Bueno, entonces debe haber algún tipo de explicación. Si le pregunto, estoy segura de que él..."

"¡Absolutamente no!"

La voz fuerte y autoritaria de su padre cortó el aire. Su mirada era dura, sus hombros tensos mientras se acercaba a ella, sus largas zancadas cubrían la distancia que los separaba en unos pocos pasos. "No te acercarás a ese hombre hasta que Henry y yo decidamos qué hacer al respecto".

Sus labios se entreabrieron en estado de shock y una expresión de indignación reemplazó la sorpresa en sus rasgos. Balbuceó una respuesta: "¡No! Estoy segura de que hay una explicación razonable si le pregunto. No tenemos que apresurarnos a sacar conclusiones sobre esto".

Alejandro bajó la barbilla y la miró con dureza.

—Paula, te lo prohíbo.

Pero su orden tuvo el efecto contrario al que esperaba. Henry lo notó en la forma en que ella se enderezaba y en el fuego familiar que iluminaba sus ojos oscuros. Levantó la barbilla y su mirada ardía con furia silenciosa.

"No puedes obligarme."

Alejandro apretó la mandíbula y sus músculos se tensaron en señal de agitación mientras apretaba los puños.

—Paula...

"No. Me niego a sacar ninguna conclusión hasta haber escuchado lo que tiene que decir".

Los ojos color zafiro de Alejandro se oscurecieron de ira.

—No sabes de lo que es capaz un linaje como el suyo. ¡Y me niego a permitir que te pongas en

peligro más de lo que ya lo has hecho!

Su paciencia se acabó y su voz subió varios tonos mientras gritaba: "¡No puedes impedir que lo vea! ¡Eso no es justo!".

—¡No me importa la justicia!

—gritó Alejandro furioso

— Me importa tu seguridad.

"¡Pero lo amo!"

Una vez más la sala se sumió en el silencio. Henry permaneció inmóvil y, a pesar de lo que vio, no pudo evitar que sus músculos se tensaran al oír esas palabras. Su mirada estaba fija en ella, observando la expresión de su rostro mientras miraba a su padre. Si no la hubiera estado observando tan de cerca, se lo habría perdido.

La forma en que ella había desviado la mirada cuando dijo esas palabras.

Por un momento, Alejandro no supo qué decir mientras la miraba y el color de la ira en sus mejillas se desvaneció momentáneamente. Pero luego bajó la voz y mantuvo la mirada fija en ella. "Por el bien de tu madre, no te acercarás a él hasta que se resuelva este caso. La seguridad de mi familia es lo primero".

Un toque de rojo se extendió por sus mejillas mientras miraba a su padre con ira. Las lágrimas brotaron de sus ojos, pero eso no disminuyó la intensidad abrasadora de su mirada. Sus fosas nasales se dilataron con indignación y resopló en señal de desaprobación antes de darse la vuelta y salir corriendo de la habitación, cerrando la puerta de un portazo.

……

"¿Dónde puedo encontrar al detective JONES?"

La voz dura de la joven hizo que el oficial sentado detrás del escritorio la mirara con una ceja levantada.

—¿Disculpe?

—preguntó, sin haber escuchado la primera vez.

Paula apretó los dientes y su ira se desató sin apenas provocación, como había sucedido durante los últimos tres días. Sus empleados lo descubrieron muy rápidamente.

"¿Dónde está el detective JONES?"

El oficial frunció el ceño. "Me temo que se ha equivocado de comisaría, señorita. Ese detective nunca viene por aquí".

Paula respiró profundamente, intentando controlar su temperamento.

—Bueno, ¿sabes dónde puedo encontrarlo?

El hombre se rascó la barba incipiente de su mentón. Reflexionó un momento antes de reclinarse en su silla y mirar fijamente el pasillo que tenía a su izquierda. Silbó. "¡Oye, Dick! ¿Sabes dónde suele pasar el rato ese JONES?"

Se oyeron pasos en el pasillo e Paula notó que un policía bajito y rechoncho entraba en la zona de recepción. Su mirada bajó hasta la placa que llevaba en el bolsillo izquierdo del pecho y arqueó un poco las cejas al oír su nombre.

D. Bloque.

Si hubiera estado de mejor humor habría hecho un comentario ingenioso sobre eso.

Su atención volvió a centrarse en el rostro del hombre y lo observó mientras se frotaba la calva. "¿JONES? ¿El detective? Nunca viene mucho por aquí, salvo para acceder al sistema".

"La señora aquí quiere saber dónde puede encontrarlo".

Dick la miró y sus ojos color caramelo la examinaron brevemente. Una expresión de simpatía se dibujó en su rostro. "Lo siento, amor. Estoy seguro de que, si hubiera querido volver a verte, te lo habría dicho".

Los ojos de Paula se endurecieron y su espalda se tensó ante la insinuación.

—No creo que lo entiendas

—respondió con voz tensa

— Estoy buscando al detective JONES. Si hubiera sido una visita personal, habría usado su nombre de pila.

El agente Block enarcó las cejas ante su tono y la mirada cortante de sus ojos.

—Vaya, no te preocupes. Lamento haberte ofendido. La gente no suele venir por aquí a preguntar por él, y pensé...

"Eres un idiota", dijo el oficial sentado detrás del escritorio. "Es evidente que no sabes con quién estás hablando".

El agente Block frunció el ceño. "¿No?"

El otro oficial suspiró y dirigió su mirada hacia ella. "Le pido disculpas, señorita Green. La mayor parte del tiempo no sabemos dónde está. No es alguien a quien le guste hacer apariciones públicas".

"Gracias", dijo, intentando ocultar lo mejor que podía su decepción.

Salió de la estación sin decir una palabra más, con el ceño fruncido. Habían pasado tres días desde que Rosa recuperó la memoria, e Paula nunca se había sentido más separada de su familia que en ese momento. Se negó a hablar con su padre, y su pobre hermana ha estado mediando lo mejor que ha podido dada la situación.

La ruptura le dolía y la dejaba con una sensación de debilidad cada vez que se permitía pensar en ello. Pero su mente estaba decidida y, evidentemente, también la de su padre.

Suspiró mientras abría la puerta de su coche y deseó ahora más que nunca que su madre despertara.

Se negaba a creer que Massimo fuera tan malo como su padre le había contado. Si así fuera, seguramente su madre habría dicho algo en cuanto se conocieron. Nunca lo habría dejado cerca si hubiera pensado lo contrario.

Tal vez no se habría sentido tan atrapada si hubiera logrado escuchar algo más de Henry, pero él había permanecido en completo silencio. Quedarse en la oscuridad no le hacía ningún favor y estaba cada vez más desesperada por averiguar qué estaba pasando. Por eso estaba tan decidida a encontrarlo. Necesitaba respuestas.

Y ella iba a conseguirlos.

Mientras se sentaba en su coche, se quedó mirando el volante pensativo. No tenía el número de Henry y el teléfono de su padre había estado pegado a su mano desde la revelación, lo que garantizaba que no tendría contacto con él.

Ella frunció el ceño y torció los labios. Solo conocía un lugar donde él podría estar.

Con ese pensamiento, puso en marcha el motor y se alejó por la carretera en dirección a la casa de Henry. Estaba bastante lejos de la comisaría y el tráfico pesado empeoraba las cosas y no contribuía a calmar su temperamento.

Finalmente, llegó al barrio que le resultaba familiar y se detuvo frente a su destino.

Miró la casa con su jardín descuidado y el corazón le dio un vuelco en el pecho ante la posibilidad de verlo. Salió del coche y se dirigió lentamente hacia la puerta familiar, recordando la última vez que había estado allí. La casa parecía más acogedora ahora que en aquel entonces, bañada por la intensa luz del sol matutino en comparación con el inquietante resplandor de las farolas parpadeantes.

Abrió la verja y se dirigió a la puerta principal, llamando tres veces. No hubo respuesta y miró a su alrededor, esperando ver alguna señal de que alguien estuviera en casa. Llamó otra vez y esperó, balanceándose sobre sus pies.

Pero con cada segundo silencioso y tranquilo que pasaba, Paula sentía que su esperanza se desvanecía. No estaba en casa, o de lo contrario estaba segura de que ya habría respondido. Consternada y frustrada por haber conducido todo ese camino en vano, se dio la vuelta para irse cuando algo le llamó la atención. Frunció el ceño y se inclinó ligeramente para mirar la manija de la puerta, notando que la cerradura no estaba colocada a través de la delgada abertura entre la puerta y el marco.

Se mordió el labio mientras reflexionaba antes de extender lentamente la mano hacia delante y agarrar el frío metal. Lo giró y la puerta se abrió.

Su rostro reflejaba su sorpresa, pues le parecía muy poco probable que Henry dejara su casa sin llave. La preocupación inundó sus sentidos, el miedo a que le hubiera pasado algo la hizo entrar en pánico.

Abrió la puerta de par en par y se preguntó por un momento si se podría considerar allanamiento si la puerta no estaba cerrada con llave. Apretó los dientes y decidió que ya se ocuparía de las consecuencias más tarde.

Además, un detective debería saber que no debe dejar una puerta sin llave, y eso solo la animó a investigar por qué.

Al entrar en la casa, hizo una mueca de dolor al sentir el crujido del viejo piso de madera bajo su peso y el sonido resonó por toda la pintoresca casa. Sus ojos oscuros se movieron en busca de

cualquier señal de vida.

No parecía que nada estuviera fuera de lugar, pero el hecho de que la puerta estuviera abierta la hizo sentirse inquieta. Se adentró más en la casa y miró hacia la cocina, que estaba vacía.

—¿Henry?

—lo llamó, con el pulso palpitando contra su cuello.

No hubo respuesta mientras escuchaba atentamente, caminando lentamente hacia la sala de estar. Imágenes horribles de lo que podría encontrar en la casa desierta le dejaron un sudor frío en la espalda. "¿Henry?", volvió a llamar, ansiosa mientras aceleraba el paso.

Cuando llegó al arco, el sonido de una maquinaria en movimiento le llamó la atención. Se le heló la respiración en los pulmones ante el ruido y tardó un momento en darse cuenta de que se trataba de un equipo de gimnasio en uso. Sintió una pequeña sensación de alivio, pero se negó a permitirlo mientras se apresuraba en la dirección en la que lo había oído.

El ruido la condujo a una puerta abierta al otro lado de la sala de estar, y su mano tocó el marco de madera mientras miraba dentro de lo que parecía ser un gimnasio.

Su mirada oscura se fijó instantáneamente en la imagen de un cuerpo musculoso que estaba haciendo una serie en una máquina Smith. La mandíbula de Paula se aflojó mientras miraba la espalda desnuda que la enfrentaba, incapaz de apartar la mirada.

Una ligera capa de sudor cubrió los hombros de Henry, que permaneció allí, paralizada por el alivio, casi hasta las lágrimas. La intensa sensación la dejó sin aliento y débil mientras se desplomaba contra el marco de la puerta. Su corazón latía frenéticamente en su pecho mientras se obligaba a relajarse.

Él estaba a salvo.

Observó la podeRosa exhibición de músculos que se contraían y se movían durante el ejercicio. Nunca había visto algo así antes, el movimiento de músculos duros bajo la piel tirante y la cruda masculinidad que toda la escena le ofrecía dejaban cada célula de su cuerpo palpitando con una conciencia que rayaba en lo doloroso. Sentía la garganta seca y se obligó a apartar la mirada y hacer notar su presencia, pero no podía hacer ninguna de las dos cosas.

Sólo había un pensamiento que pasaba por su mente mientras lo miraba, una apreciación tan doloRosa que casi quería reírse de la amargura de todo ello.

Había sido tan estúpida al tirarlo a la basura.

"Sé que estás ahí."

La voz profunda que resonó en la habitación la sacó de sus pensamientos con tanta violencia que se quedó sin aliento, tropezando hacia un lado y tirando un juego de mancuernas en el proceso. Hizo una mueca cuando cayeron al suelo y se sonrojó profundamente cuando él la miró por encima del hombro.

Su hombro muy fuerte.

Con su rostro de un preocupante tono malva, rápidamente miró hacia sus pies. "¿Cómo supiste que era yo?"

"Sabía que eras tú incluso antes de que pisaras mi propiedad".

Ella lo miró brevemente y vio el reloj inteligente que adornaba su muñeca izquierda. "Oh".

Un suave sonido metálico resonó por toda la habitación cuando él soltó la barra que tenía en las manos, pero no se giró para mirarla, sino que usó la toalla que había estado descansando a su lado para secarse la cara. "Entonces, ¿qué estás haciendo aquí?"

Observó cómo se movían sus músculos ante la acción, sin siquiera darse cuenta de que le había hecho una pregunta hasta que la miró con expresión interrogativa. Enderezó los hombros y sus pensamientos se volvieron más serios. "Quiero saber qué está pasando con la investigación".

Pasó un momento de silencio.

—Nada. No he conseguido averiguar nada más.

La sorpresa la dejó con los labios entreabiertos.

—¿Cómo? ¿No pudiste buscar a algún pariente de Massimo?

Henry le lanzó una mirada de fastidio por encima del hombro, pero aun así se negó a ponerse de pie. "¿Crees que no lo he hecho? Su padre murió hace cinco años".

Paula se detuvo al oír eso y frunció aún más el ceño. "¿Estás seguro?"

-Sí. Todos los sistemas dicen que está muerto.

Ella frunció el ceño y pensó mucho. Estaba segura de que Massimo habría dicho algo si estuviera muerto. Y, sin embargo, cada vez que mencionaba a sus padres, siempre lo hacía en tiempo presente. Incluso había dicho que sus padres no se llevaban muy bien en ese momento.

Aquí algo no cuadraba.

—Eso no tiene ningún sentido

—murmuró ella, sumida en sus pensamientos.

Henry la miró de reojo. "¿Qué quieres decir?"

Se lamió los labios lentamente, sin siquiera darse cuenta del efecto que tal acción tenía en el hombre que tenía frente a ella. "Massimo nunca me mencionó que su padre estaba muerto. Nunca dio ninguna indicación de que lo estuviera. Así que o no lo sabe o.…"

No pudo terminar la frase, pero a juzgar por la mirada de Henry, él sabía exactamente lo que quería decir. Suspiró. "Desafortunadamente, la única forma de averiguarlo es buscar pruebas en su familia. Sin embargo, nunca conseguiré una orden de registro con argumentos tan débiles. Afirmar que un hombre está vivo cuando hay un certificado de defunción es como intentar demostrar un sueño. No lo concederán".

Paula cruzó los brazos sobre el pecho y miró a su alrededor. —Bueno, si tú no encuentras nada, yo lo haré. Este caso está destrozando a mi familia y me niego a esperar más tiempo hasta que ocurra algo más.

Él le levantó una ceja oscura. "¿Y cómo vas a hacer eso?"

"Voy a ver a Massimo."

Henry se puso de pie al instante y se giró para mirarla fijamente con dureza. Sus largas piernas cubrieron el suelo entre ellos en unos pocos pasos.

—¿Has olvidado que tu padre te prohíbe hablar con él?

La gran complexión de su cuerpo le impidió ver cualquier otra cosa mientras lo miraba fijamente. "¡No me importa! Estoy desesperada por descubrir qué...", se quedó en silencio. Abrió los ojos de par en par y respiró profundamente al ver la cicatriz en su pecho.

Toda la ira se esfumó cuando vio la ubicación del pequeño círculo de la cicatriz en relieve. Instintivamente, extendió la mano para tocarlo, pero los largos dedos de él rodearon su delicada muñeca y la detuvieron justo antes de que pudiera hacerlo.

El calor de sus dedos la invadió y se llevó la otra mano a los labios mientras lo miraba preocupada. "¿Qué... pasó?"

Los profundos ojos color avellana de Henry la miraron fijamente y una expresión de angustia se dibujó en su rostro. "Cortesía de mi ex mejor amigo y compañero".

Un dolor repentino resonó en su pecho, como si le hubieran disparado. Sin darse cuenta, las lágrimas llenaron sus ojos mientras lo miraba. "Es... ¿cómo no...?"

Bajó la cara y sus labios se dibujaron en una línea sombría.

—Mi madre. Ella saltó en el camino cuando él disparó. La mató al instante, pero se desvió lo suficiente para rozar el borde de la mía.

Sus labios temblaron ante sus palabras y un pequeño gemido salió de su garganta. Él apretó la mandíbula y apretó su muñeca para guiar su mano hacia adelante y presionarla contra la piel caliente de su pecho desnudo.

Los dedos de Paula temblaron al sentirlo mientras lo miraba fijamente. Su mirada lloRosa hizo que él tomara su delicado rostro con una de sus manos callosas. "Estoy bien. Fue hace años".

Bajó la mirada hacia la mano que tenía sobre el pecho de él. Años atrás. Si su madre no hubiera hecho lo que hizo... nunca se habrían conocido. El dolor de darse cuenta de eso la dejó sin aliento y débil, y sus pequeños dedos comenzaron a trazar lentamente la cicatriz en su pecho, mientras su otra mano descansaba con valentía sobre los contornos duros y definidos de su estómago.

Él no se movió para detenerla, pero la miró con una intensidad que la habría hecho sonrojar de no haber estado tan concentrada en sentir el calor de su piel. Sus manos se deslizaron sobre las podeRosas llanuras de su pecho, saboreando la sensación de su piel, tan cálida.

Vivo.

No se había dado cuenta de cómo sus atenciones le estaban afectando a él o a ella misma. Su respiración se había acelerado y su piel se sentía enrojecida, su corazón latía más rápido en su pecho mientras sus dedos recorrían cada centímetro de piel accesible para ella. Sus ojos oscuros captaron cada detalle y su piel se calentó cuando evaluó la pura fuerza de la virilidad masculina ante ella.

Se sonrojó al pensarlo. Observar su virilidad no le haría ningún bien a una mujer desesperada por tener hijos. Estar en presencia de un hombre así, sabiendo que ella era responsable de haberlo apartado de su vida y, sin embargo, amando cada segundo que él la miraba, era una tortura de lo más dulce.

¡Qué tonta había sido!

"No lo amas."

Sus manos detuvieron su exploración. Aturdida, levantó la vista y vio que el rostro de Henry estaba a menos de dos centímetros del suyo, con su mirada fija y concentrada sólo en ella. Su mano, que todavía sostenía su rostro, lo acarició con amor.

"Si lo hicieras, no me estarías mirando como lo haces ahora".

Su cuerpo se congeló ante sus palabras y sus ojos se clavaron en los de él. Se sintió como si la hubieran atrapado, como un ciervo indefenso incapaz de liberarse de una trampa. Su corazón latía con fuerza en su pecho ante su atención, pero su cuerpo se sintió débil ante la comprensión. Ya no podía negarlo. Ya no podía quedarse allí y fingir que no sentía nada por el hombre que tenía delante.

No sabía cómo había sucedido, pero en las últimas semanas se había enamorado perdidamente de él. Y sólo ahora, al pensar que algo horrible podría haberle sucedido, se dio cuenta de la verdad.

Sus ojos eran gentiles mientras contemplaba su expresión de sorpresa, pero había una intensidad pulsante debajo de sus profundidades color avellana que la llamaba, instándola a saltar de la cornisa en la que había estado caminando tan precariamente durante semanas.

Y ella ya no lo negaría.

Sus manos se movían, sus acciones eran casi frenéticas mientras sujetaba la nuca de él y tiraba. Él se dejó llevar voluntariamente, sus labios cayeron sobre los de ella con una pasión que la dejó sin pensar en nada más que en el hombre que tenía delante. Sus grandes brazos la rodearon, la levantaron y la sacaron de la habitación. Para su sorpresa, él los trasladó al sofá y se sentó con ella sobre sus muslos.

Sus labios se separaron de los de ella por un momento para trazar un camino ardiente a lo largo de su mandíbula, sus fuertes manos revoloteando sobre la suave tela de su vestido, como si no pudiera tener suficiente de ella. Su cabeza estaba enterrada en el hueco de su cuello y le susurró una caricia tan amoRosa que al instante hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas.

"Te amo."

Sus manos apretaron con más fuerza su cabello oscuro, con una dulzura tan intensa que casi la ahogó. Demasiado abrumada por las emociones como para formar palabras, permitió que su cuerpo respondiera a su confesión obligando a su rostro a volver al de ella con una dominación que lo hizo reír. Pero él se encontró con sus labios ansiosos de buena gana, sus manos se deslizaron por su espalda y alrededor de su cintura antes de sumergirse en los mechones aterciopelados de su cabello.

Un murmullo de protesta salió de sus labios cuando él la atrajo hacia sí y la mirada embriagadora de sus ojos y sus labios enrojecidos hicieron que su pecho se hinchara de orgullo masculino al poder evocar tal emoción en su interior. Su mirada oscurecida la observó intensamente por un momento, con expresión seria.

"¿Quieres casarte conmigo?"

Una sonrisa tiró de sus labios, sus delicados dedos se estiraron para ahuecar su rostro, su corazón

latía frenéticamente en su pecho mientras la felicidad crecía dentro de ella, aflojando su lengua. "¿Entonces me estás preguntando esta vez?"

Una expresión de vergüenza se dibujó en su rostro y se movió incómodo. "Ese no fue uno de mis mejores momentos. No te culpo por no aceptarlo".

Los labios de Paula se curvaron en una sonrisa tímida. "¿Y crees que lo estoy aceptando ahora?"

Él la miró fijamente. "Será mejor que lo hagas porque no te dejaré ir una segunda vez".

Sus palabras hicieron que su cuerpo se sintiera como si estuviera en llamas. El hecho de que él hubiera estado dispuesto a dejarla ir si eso significaba que ella sería feliz... Había sido desinteresado en esa decisión. Y eso solo fortaleció su determinación.

Con ternura, le acarició el rostro con los dedos, fijándose en cada pequeño detalle, desde la pequeña cicatriz a la izquierda de su barbilla hasta su nariz ligeramente torcida. No era perfecto, pero era perfecto para ella.

Ella sonrió y lo besó suavemente en los labios. "Por supuesto que me casaré contigo".

Y por primera vez en años, su casa se llenó de risas mientras la abrazaba con fuerza antes de depositar un beso abrasador en sus Rosados labios para sellar el acuerdo.

Capitulo 36

"¿Qué tan seguro estás de que estará aquí?"

La pregunta de Henry sacó a Paula de sus pensamientos. Lo miró y vio que su mirada penetrante abarcaba el rascacielos que tenía frente a él. Su ceño oscuro estaba fruncido severamente y su aprensión era evidente cuando la miró.

Se lamió los labios nerviosamente, pensando en cómo habían terminado en esa situación. Ella había insistido en que la única forma de avanzar con la investigación era hablar con Massimo, mientras que Henry había insistido en que nunca la dejaría acercarse lo suficiente a él para intentarlo.

Estaban en un duelo, pero ella finalmente ganó la discusión diciendo que iría con él o sin él. Él había cedido entonces, sabiendo lo terca y testaruda que podía ser ella. Pero había declarado de manera muy severa que esperaría afuera de la puerta de Massimo y que, si ella necesitaba su ayuda, lo llamaría a gritos.

—No mucho

—respondió con seriedad, sintiendo que el corazón le latía con fuerza. Pero sabiendo que estar nerviosa sólo empeoraría la situación, respiró lenta y constantemente y enderezó los hombros.

Al fin y al cabo, era su decisión y tenía que tener fe en ella.

"Sólo tenemos que arriesgarnos y ver".

Henry la miró con los ojos entrecerrados. "No me gustan demasiado las oportunidades".

Sus delicadas cejas se juntaron y fruncieron el ceño. "¿Estás tratando de hacerme perder el valor?"

"Sí."

Ella resopló y sacudió la cabeza con incredulidad. "Bueno, no funcionará. Yo decidí estar aquí, así que, si algo sucede, será mi responsabilidad soportarlo".

Se movió para abrir la puerta del auto, pero el sonido de los seguros al trabarse resonó en sus oídos. Molesta, se giró para mirarlo con el ceño fruncido, pero de repente una mano le ahuecó la nuca y unos labios firmes y masculinos presionaron con dureza los suyos.

La exclamación de sorpresa fue ahogada por la intensidad del beso. Ella resistió sólo un momento antes de relajarse, levantando las manos para sujetar su mandíbula, deleitándose con la aspereza de su creciente barba.

Tan de repente como empezó el beso, él apartó sus labios de los de ella. "No me gusta especialmente el hecho de que mi prometida esté caminando ciegamente hacia la boca del lobo".

Su voz era áspera y la mirada depredadora de sus ojos la hizo sentir débil y, al mismo tiempo, protegida. Le ofreció una pequeña sonrisa y le acarició la mejilla. "Estaré bien".

Pero sus palabras no aliviaron la intensa expresión de su rostro mientras la miraba fijamente. "Si tan solo te levanta la mano, lo mataré".

Ella suspiró suavemente. "No lo hará. Él no es así".

Ella le dio un beso en la nariz para tranquilizarlo antes de volverse hacia la puerta. Lanzó una mirada molesta por encima del hombro y observó cómo Henry, de muy mala gana y con el ceño fruncido, abría las puertas.

Al salir del coche al fresco día de principios de septiembre, respiró profundamente y se volvió para mirarlo. "Dame cinco minutos y luego puedes seguirme".

Los músculos de su mandíbula sobresalían con indignación y su mirada ardía cuando ella se giró y se dirigió a la entrada del edificio.

El nerviosismo que había intentado ocultar desesperadamente a la mirada experta de Henry volvió con toda su fuerza cuando saludó al recepcionista que estaba sentado en el vestíbulo. Después de una rápida presentación y la confirmación de que Massimo estaba en casa, se dirigió al ascensor y presionó el cuarto piso.

Sus manos comenzaron a sentirse húmedas cuando entró en el cubículo de metal y las puertas se cerraron herméticamente detrás de ella. Respirando lenta y uniformemente, se obligó a pensar positivamente. Massimo no sabía que sospecharan algo, así que, aunque se sorprendería al verla, no debería hacer sonar las alarmas en su mente.

Con un poco de suerte.

Cuando el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron con un chasquido, Paula dejó que sus pies la llevaran por el pasillo, con el corazón latiendo al doble de ritmo. Al llegar a la puerta que le resultaba familiar, dudó en hacer notar su presencia.

Si él estaba involucrado... Todo entre ellos cambiaría. Y aunque ahora se daba cuenta de que nunca había sentido verdaderos sentimientos por él, todavía lo quería. Tenía un carácter tan tranquilo y carismático que era difícil no quererlo. Saber que podría estar involucrado en el accidente de su madre y consolarla todas esas veces diciéndole que todo saldría bien...

Sería una píldora difícil de tragar.

Los golpes que dio a la puerta resonaron en el pasillo, que por lo demás estaba en silencio. Miró a su alrededor, intentando reprimir la sensación amenazante que se instalaba en su estómago. Pero saber que Henry empezaría a bajar al suelo en los próximos dos minutos le dio ánimos y volvió a llamar.

Cuando no hubo respuesta, su resolución se quebró. Estaba segura de que el recepcionista se habría dado cuenta si no estaba en casa. ¿Qué podría haber tardado tanto en abrir la puerta?

Volvió a llamar, fuerte esta vez, y sintió que el corazón le daba un vuelco cuando la cerradura se soltó. Enderezó los hombros y la espalda y esperó a que la puerta se abriera para revelar un rostro familiar.

"¿Gruñona? ¿Qué estáis haciendo aquí?"

Lo primero que le llamó la atención fue el hecho de que no llevaba camisa, seguido por la visión de sus mechones rubios oscuros pegados a su rostro. Su mirada se desvió hacia abajo y se sonrojó un poco de vergüenza al darse cuenta de que desde su cintura hasta la mitad de sus muslos estaba cubierto con una toalla.

"¿Disfrutando de la vista?"

La pregunta la obligó a volver a mirarlo a los ojos y parpadeó al ver la sonrisa arrogante y de playboy que tenía en el rostro. Apretó los dientes y le ofreció una sonrisa tensa.

No, ella no fue.

La comparación de su físico con el de Henry fue inmediata y, si bien Massimo tenía una constitución atlética, parecía musculoso y débil. Nada que ver con Henry, que parecía como si ni siquiera un ladrillo pudiera lastimarlo.

"¿Puedo entrar?"

Sus cejas se fruncieron ante su falta de reacción, pero se recuperó rápidamente y abrió más la puerta para ella. "Claro."

Su apartamento parecía exactamente igual que la última vez que había estado allí. Frío y moderno, parecía que nadie lo hubiera tocado. No tan acogedor como el de Henry.

Ella parpadeó y sólo ahora se dio cuenta de cuán marcados eran los contrastes entre los dos hombres.

"¿Que te trae por aqui?"

Ella lo miró y lo miró fijamente a los ojos, con una mirada gélida, durante varios segundos antes de apartar la mirada. No estaba precisamente preparada para decir nada, y miró a su alrededor, tratando de encontrar algo que pudiera usar para iniciar una conversación.

Su mirada oscura se posó en el mostrador y parpadeó cuando vio varios frascos de medicamentos. Al notar la dirección de su mirada, Massimo se acercó rápidamente a ellos. Sacó dos de un frasco, se los tragó sin agua y los colocó rápidamente en el cajón.

"Pastillas para la presión arterial", explicó, cerrando el envase con un fuerte clic.

Paula desvió rápidamente la mirada y asintió mientras seguía observando la habitación. "Supongo que solo quería charlar un rato. Ha pasado un tiempo desde que nos vimos y te extraño".

Las palabras tenían un sabor amargo en su lengua, pero no tan malo como cuando dijo esa falsa confesión de sus sentimientos por él.

Ella lo miró y vio que su expresión se había suavizado hasta convertirse en una sonrisa amable. "Claro, me gustaría. De todos modos, tengo la tarde libre. Déjame cambiarme y podemos poner una película, ¿de acuerdo?"

"Perfecto."

Ella esperaba que su sonrisa no pareciera demasiado falsa y lo observó caminar por el corto pasillo y entrar en lo que asumió que era su habitación antes de cerrar la puerta detrás de él.

Se puso en acción de inmediato y se dirigió rápidamente a una de las habitaciones. Entró en lo que parecía ser su estudio con un escritorio de madera resistente y una computadora portátil encima. No estaba exactamente segura de lo que estaba buscando cuando abrió rápidamente el cajón superior del escritorio. Todo lo que esperaba encontrar era... algo ...

Rebuscar entre los interminables recibos no le sirvió de mucho y no dejaba de mirar hacia la

puerta. El segundo cajón tampoco daba resultado y respiró hondo para tranquilizarse mientras abría el tercero.

Sus dedos se detuvieron mientras miraba la fotografía, reciente por su calidad. Reconoció a Massimo al instante. Tenía su habitual expresión carismática y sonriente. Dos personas estaban detrás de él, cada una con una mano sobre sus hombros.

La primera era una mujer pequeña y hermosa con suaves rizos plateados, pero sus ojos color ámbar parecían fríos e insensibles mientras miraba fijamente a la cámara con expresión seria.

Susana. Su madre.

Pero fue mirar al otro adulto lo que hizo que a Paula se le helara la sangre y el agarre que tenía sobre la foto comenzó a temblar. Porque quien la miraba era la viva imagen de un Massimo mayor. El mismo hombre que la había degradado en público cuando estaba sentada en el restaurante con Henry.

¿Cómo no lo había reconocido?

-¿Y qué crees que estás haciendo?

Un jadeo de sorpresa escapó de los labios de Paula mientras se enderezaba rápidamente y se giraba para mirar al hombre que tenía delante, apretando con más fuerza la fotografía en su mano.

Su mirada gélida la clavó en la de ella con una expresión entrecerrada, cruzando los brazos sobre el pecho.

Paula sintió que el corazón le latía con fuerza en la garganta mientras tragaba nerviosamente y sostenía la fotografía frente a ella. "¿Quién es?"

Su mirada, que estaba fija en su rostro, se desvió lentamente hacia lo que ella sostenía. Sus dedos temblaron y notó que los músculos de su mandíbula se tensaban de agitación cuando su mirada enojada regresó a ella.

"Revisaste mis cosas."

La frialdad de su tono le provocó escalofríos gélidos en la columna vertebral y se obligó a mantener los hombros erguidos a pesar de que le temblaban las rodillas. "¿Quién es?"

Massimo siguió mirándola, pero era como si nunca la hubiera escuchado. "¿Sabes lo que le hago a la gente que revisa mis cosas?"

Su corazón se agitó en su pecho cuando él entró en la habitación y cerró la puerta detrás de él. Sin apartar la mirada de ella, se estremeció cuando escuchó el clic de la cerradura.

Ella tragó saliva, intentando aliviar la sequedad de su garganta mientras lo veía acercarse a ella, retrocediendo instintivamente unos pasos. "Ahora, Massimo, no hay necesidad de estar enojado. Solo me gustaría saber quién es el hombre de la fotografía".

—¿Por qué?

—preguntó arrastrando las palabras mientras caminaba lentamente hacia ella.

Ella vaciló, sin saber qué decir.

Eso fue lo incorrecto que pudo haber hecho porque la mirada gélida de Massimo repentinamente

brilló con ira y lanzó su puño contra la pared más cercana a él. "¡Respóndeme!"

Ella se sobresaltó ante la acción y lo miró con los ojos muy abiertos. Él ni siquiera parecía haber sentido el golpe, ya que lentamente retiró el puño, dejando marcas de sangre a su paso.

Con una mirada depredadora fija en ella, Paula sintió que el miedo se le instalaba en el pecho cuando notó el estado vidrioso de sus ojos. Su piel parecía pálida y notó cómo sus dedos temblaban cuando los flexionaba. Pero la inusual visión no disminuyó la ira pura y la peligRosa intención que emanaban de su cuerpo como olas. Su espalda se tensó y sus músculos se contrajeron, preparándose.

Él se abalanzó e Paula se agachó para esquivarlo por poco al rodear el otro lado del escritorio. Corrió hacia la puerta, sus dedos temblorosos agarraron el frío metal de la llave y la giraron.

—¡Henry...!

—trató de gritar antes de que una mano dura succionara su boca, llevándola de vuelta a un pecho masculino que subía y bajaba con respiraciones rápidas.

Su agarre le estaba haciendo moretones en la boca mientras que el otro se hundía doloRosamente en su cadera. Bajó la cara para descansar sobre su hombro, su aliento caliente provocó que escalofríos glaciales recorrieran su columna vertebral. "No me respondiste, princesa ".

Un dolor repentino le quemó el cuero cabelludo cuando él la agarró del pelo para arrojarla más profundamente en la habitación. Un jadeo ahogado de dolor resonó en ella cuando se estrelló contra el escritorio con la espalda, y un dolor candente la atravesó. Paralizada, no reaccionó a tiempo cuando la mano de él la agarró por la garganta y la dobló hacia atrás hasta que su cabeza se estrelló contra la parte superior del escritorio, lo que provocó que aparecieran puntos negros en su visión.

Apenas registró las palabras que le gritaba el hombre que la sujetaba, el dolor en su espalda era tan grande que bloqueaba todo sonido que llegaba a sus oídos excepto el rápido latido de su corazón.

Dolor. Eso era lo único en lo que podía concentrarse.

Tanto es así que cuando Massimo fue arrancado bruscamente de ella, el agarre que tenía sobre su garganta la arrastró con él.

Incapaz de sostenerse, aterrizó en el suelo y su rostro recibió el impacto. El dolor la dejó débil e inmóvil, y lágrimas calientes le quemaron los ojos. Registraba vagamente los sonidos de una pelea que se desarrollaba a su alrededor, pero no podía levantar la cabeza para mirar.

Pero entonces todo quedó en silencio y oyó una voz que intentaba desesperadamente llamar su atención, con las manos tocando la parte superior de su cabeza y su espalda. Trató de moverse, de mirar hacia arriba y ver quién era, cuando una repentina revelación hizo que las lágrimas fluyeran aún más.

Ella no podía moverse.

……..

El médico suspiró mientras miraba el portapapeles que tenía en la mano y hacía girar el bolígrafo entre los dedos mientras leía. Levantó la vista después de unos momentos de reflexión y miró a la joven que yacía en la cama, con su mirada cansada y asustada mirándolo. Su rostro estaba pálido y el aparato ortopédico que llevaba alrededor del cuello parecía empujar la piel de su mandíbula hacia arriba, hacia sus mejillas, dándole un aspecto aplastado y redondeado.

Sus gafas se movieron ligeramente mientras miraba al hombre que estaba sentado a su lado; su mano parecía engullir la de ella debido a la diferencia de tamaño. Era un espectáculo formidable y, desde luego, no era un hombre con el que le gustaría estar en el lado equivocado. Se aclaró la garganta y volvió a mirar a Paula.

"¿Te importa si se queda mientras te leo el informe?" preguntó.

Ella se lamió los labios y meneó la cabeza.

El médico asintió, aliviado de no tener que obligar al hombre a salir de la habitación. A juzgar por la expresión de su rostro, ni siquiera una manada de caballos salvajes lo separaría de ella.

"Bueno, la buena noticia es que puedes caminar. Parece que te pinchaste los nervios, por eso has sentido el dolor que tienes. Actualmente estás tomando una dosis bastante fuerte de analgésicos para calmar el dolor, pero pasarán en un rato. Sentirás bastante malestar durante los próximos días, pero aparte de eso, deberías estar bien".

Notó que sus hombros se relajaban por un breve instante antes de continuar: "Sin embargo, no puedo garantizar un resultado favorable si un incidente como este se repite. Veo en sus registros que ha estado sintiendo mucho malestar últimamente, y esto no ha ayudado a la situación. Le sugiero que cuide su espalda lo mejor posible. Los ejercicios diarios de fortalecimiento, la alimentación saludable y el descanso serán su mejor opción".

Volvió a mirar su portapapeles al ver que las lágrimas empezaban a brotar de sus ojos. "En un momento enviaré a la enfermera para que te controle. Te quedarás durante la noche, solo para que podamos vigilar tu espalda y ver cómo está una vez que los analgésicos hayan pasado. En este momento, te sugiero que descanses lo más que puedas".

"Gracias, doctor", respondió Henry en voz baja mientras miraba a la mujer que estaba a su lado.

Su mirada estaba perdida mientras miraba la pared y parecía que ni siquiera había oído al doctor cuando se fue. Henry suspiró y le apretó la mano con suavidad; la culpa le oprimía la garganta más que su aparato ortopédico.

—Lo siento. Tu padre tenía razón, nunca debí...

—No es tu culpa

—respondió ella con voz ronca. Tragó saliva y se estremeció cuando la acción le quemó la garganta

— Yo lo exigí.

Henry miró sus manos. Puede que no haya sido su idea al principio, pero la dejó ir de todos modos, sabiendo que era peligroso. Bueno, con el estado en el que se encontraba Massimo en ese momento, dudaba que pudiera hacerle mucho daño a alguien, pero nada de eso podía compensar el dolor que ella estaba sintiendo.

Él era un idiota.

Él no había logrado protegerla cuando ni siquiera habían estado juntos durante un día.

Él era un idiota y un fracaso como su prometido.

Sus suaves sorbos atrajeron su atención hacia ella y notó que las lágrimas amenazaban con inundar sus mejillas. "Yo...", hizo una mueca y tragó saliva, intentando lo mejor que podía aliviar la sensación de opresión en la garganta. "No he sido completamente honesta contigo".

La columna de Henry se tensó ante sus palabras, pero se obligó a permanecer quieto y tranquilo mientras la miraba. "¿Qué pasa?", preguntó lentamente, haciendo todo lo posible por evitar que el miedo invadiera su cuerpo.

Paula cerró los ojos con fuerza, incapaz de mirarlo mientras murmuraba en voz baja:

—Sólo tengo... dos años más para tener hijos. Mi espalda... no...

—Respiró con fuerza para llenar sus pulmones doloridos

— No sé cómo habrá afectado esto a este incidente.

Henry observó atentamente sus rasgos mientras pronunciaba esas palabras, la angustia y el dolor que se reflejaban en sus pálidos rasgos. Estaba a punto de responder cuando entró la enfermera, sumiendo a la pareja en el silencio.

La anciana enfermera se acercó a ella con una sonrisa amable y su voz era suave mientras le hacía algunas preguntas. Paula respondió lo mejor que pudo, pero hablar era casi imposible debido al dolor en su garganta. No se había dado cuenta de lo mortal que había sido el agarre de Massimo sobre ella, el dolor en su espalda bloqueaba todas las demás sensaciones.

Cuando la enfermera terminó, apagó las luces y le hizo un gesto a Henry para que se pusiera de pie. Él no se movió y apretó con más fuerza la mano de Paula.

"Necesita descansar", insistió la enfermera.

Por su postura, se dio cuenta de que era una enfermera experimentada y de que sabían cómo debían ser las cosas para respetar las reglas. Miró a Paula una vez más antes de ponerse de pie lentamente. Su mano se sintió vacía cuando la soltó y pudo sentir su mirada implorante en su espalda mientras seguía a la enfermera fuera de la habitación. Y entonces se dio cuenta de que su confesión no había recibido respuesta.

Justo antes de que la puerta se cerrara, escuchó un sonido que hizo que su pecho se contrajera de dolor.

La oyó llorar.

"Pobre niña", suspiró la enfermera mientras comenzaba a caminar por el pasillo. "Solo puedo imaginar el miedo que debió sentir".

Henry permaneció clavado en el suelo, incapaz de moverse, mientras escuchaba los suaves gemidos que se escapaban por la puerta. Sin pensar en las repercusiones, se dio la vuelta y volvió a entrar en la habitación, con su mirada penetrante clavada en Paula, que tenía grandes lágrimas rodando por sus mejillas.

Él apretó los dientes y caminó hacia ella antes de envolverla suavemente con sus brazos para

acunarla contra él mientras ella lloraba, su acción silenciosa más fuerte que cualquier palabra pronunciada.

Él no iba a ir a ninguna parte.

…….

—¿A dónde me llevas?

—preguntó Rosa, algo nerviosa pero intrigada a la vez, mirando al hombre que la sostenía de la mano mientras la guiaba por el camino pavimentado.

Jason la miró y un brillo curioso iluminó su mirada morena. "Ya lo verás", dijo mientras caminaba.

Rosa negó con la cabeza y permaneció en silencio mientras él la guiaba por el sendero del jardín. Se había sorprendido cuando Lesley llamó a la puerta de su dormitorio poco después de la cena y le dijo que Jason la estaba esperando en el jardín este. Fue una petición inesperada, más aún cuando se dio cuenta de que él la estaba esperando en un jardín al que no se podía acceder a menos que se entrara por la casa.

La tormenta anterior había despojado a las Rosas de su ropa natural, pero los jardineros habían hecho todo lo posible para que las plantas todavía lucieran presentables, incluso ahora que el aire comenzaba a enfriarse con el inicio de septiembre.

Su mirada volvió al hombre que la guiaba y sus pensamientos regresaron a la última vez que habían hablado en su camarote. No lo había visto desde entonces y las dudas se arremolinaban en su mente. ¿Había sido solo un momento de debilidad cuando le había dicho esas palabras desgarradoras? ¿Estaba tan absorto en la emoción que se olvidó de sí mismo?

¿Que se olvidó de quién era ella?

No hace falta decir que el anuncio de su presencia fue una gran sorpresa para ella, y esperaba que él no sintiera el temblor de sus dedos en su mano mientras la dirigía por el camino.

Había un pequeño laberinto de setos al otro lado del jardín y, mientras se abrían paso entre los últimos macizos de Rosas, ella se dio cuenta de que era precisamente allí adonde la llevaba. No era un laberinto suntuoso, nada parecido a los que tenían los castillos de antaño, pero había sido una excelente manera de pasar el tiempo con su hermana cuando eran pequeñas.

Sus pensamientos volvieron a su hermana y su humor empeoró instantáneamente.

Jason pareció darse cuenta de ello al instante, pues la miró por encima del hombro y se detuvo al notar su expresión abatida.

—¿Qué sucede?

—preguntó con una voz tan suave como la brisa vespertina que acariciaba su piel.

Se lamió los labios mientras miraba a su alrededor y se dio cuenta de que habían entrado en el laberinto. "Solo estoy pensando en mi hermana. Lo que recordé... ha abierto una brecha enorme en mi familia. Paula ni siquiera habla con papá y no sé cómo hacerlo".

"Ella ama a Massimo, ¿no?"

A Rosa ni siquiera le sorprendió que él se hubiera enterado del enfrentamiento. Estaba segura de que se trataba del último chisme entre las criadas y los trabajadores adicionales. Suspiró. "Sí, supongo que sí".

Pero, mientras lo decía, sus palabras no coincidían con los sentimientos que tenía sobre el asunto. Había algo extraño. No estaba segura de qué. Y eso le dejó una sensación de desánimo en el estómago, como si una tormenta inminente estuviera en el horizonte, esperando a desatarse.

Suspiró mientras le dolía la cabeza, aún no se había recuperado del todo de la caída. "Estoy cansada de todo este drama".

"Aunque yo soy la causa principal de todo esto", añadió con tristeza.

—Bueno

—comenzó Jason, apretando brevemente los dedos alrededor de los de ella

— Espero poder hacerte olvidar eso por un rato.

Cuando terminó de hablar, doblaron la última esquina y descubrieron el centro del laberinto: un hermoso jardín secreto con una orgullosa fuente en el centro. Rosa sintió que se le cortaba la respiración al contemplar la escena que tenía ante sí.

El otoño que se acercaba no había quitado ni un ápice del brillo vibrante de las salvias ni de las dulces flores de jazmín. La fuente brillaba bajo la luna llena, los suaves rayos plateados iluminaban el agua que caía y parecían diamantes. No había luz artificial, no era necesaria. La belleza natural brillaba con toda su fuerza.

Sus labios se abrieron, a punto de elogiar la imagen que tenía frente a ella, pero él silenció sus palabras al persuadirla suavemente a que se acercara al pavimento que rodeaba la fuente. "¿Qué estás haciendo?", preguntó, ligeramente sin aliento, mientras él la movía para que lo mirara.

Su mirada morena parecía de un marrón chocolate oscuro contra el cielo nocturno mientras la miraba fijamente. "Prometí que te enseñaría cómo bailaban mis padres, ¿no?"

Su cerebro se esforzó por recordarlo y sólo pudo recordar vagamente haberlo discutido con él. Rápidamente hizo un gesto con la mano para quitarle importancia y una tímida sonrisa se dibujó en sus labios. "Ah, eso. No, no te preocupes. Sólo estaba bromeando".

La atrajo hacia sí y ella se quedó sin aliento por un momento mientras la sujetaba entre sus brazos. "No lo estaba".

Su mirada dejó de mirarla para centrarse en su teléfono y comenzó a sonar la lenta melodía de una guitarra. En trance, ella lo vio guardarse el teléfono en el bolsillo y centrar toda su atención en ella, sus fuertes y callosas manos envolvieron sus delicados dedos mientras comenzaba a guiarla al ritmo de la canción.

Jason se movía con sorprendente ligereza mientras bailaban lentamente alrededor de la fuente centelleante, la luz de la luna besaba sus mejillas, haciéndolos parecer etéreos mientras se movían con gracia sin esfuerzo. La hizo girar una vez, dos veces, y la trajo de vuelta a salvo a sus brazos, con la espalda apoyada contra su pecho mientras se balanceaban al ritmo de la música.

—Sabes

—comenzó Rosa, con una voz suave y exquisita para sus oídos

— Nunca supe cómo llegaste a trabajar para nosotros. Mamá nunca me lo dijo.

Ella sintió que él inhalaba profundamente y la abrazaba con fuerza antes de soltarla para que diera otra vuelta de campana. "Tu mamá me ayudó cuando nadie más lo hizo".

Rosa lo miró, pero él la hizo girarse una vez más.

—Yo era pequeño cuando mi padre murió en un accidente.

—Su espalda tocó su pecho una vez más, y sintió el corazón palpitante debajo de su jaula

— Había llovido mucho y estábamos yendo por la carretera al lado de un río cuando el tractor se deslizó. Mi padre logró sacarme del camino antes de que cayera al agua, pero... él quedó atrapado debajo.

A Rosa se le heló la sangre al pensarlo. Entreabrió los labios, a punto de responder, pero él continuó: "Mi madre luchó para criarme y cuidar el rancho, pero superó todas las adversidades que la vida le puso por delante. Sólo que... su salud se resintió mucho. Cuando yo tenía quince años, le diagnosticaron una rara enfermedad cardíaca. Hicieron falta años de visitas al médico y miles de dólares, pero no pudieron curarla. Estábamos al borde de la bancarrota en ese momento cuando me enteré de la clínica de tu madre".

Rosa se lamió los labios lentamente, deseando mirarlo a la cara, pero tenía la sensación de que él la mantenía pegada a él por alguna razón. "¿Qué pasó entonces?"

"Vendí el rancho, a pesar de las protestas de mi madre. Ella dijo que estaba tirando mi herencia a la basura por una causa inútil, pero no me importó. Ya había perdido a uno de mis padres, había perdido a uno que no podía salvar por más que lo intentara. No iba a perder a mi madre".

Sus brazos la rodearon con fuerza, sujetándola con fuerza como para no caerse a la tierra. "Ella casi muere en el viaje a Nueva York. Estaba muy débil. Tu madre la miró y dijo que podía operarla, pero que las probabilidades de éxito eran muy escasas. Yo lo sabía, pero asumí el riesgo. Ella... falleció en la mesa de operaciones".

Rosa cerró los ojos mientras las lágrimas los quemaban. Quería darse la vuelta y abrazarlo, besarlo para quitarle todo el dolor que sabía que causaba estragos en su mente, pero él la mantuvo firme en su lugar.

"Estaba destrozada. No sabía qué hacer. Casi todo el dinero del rancho se había destinado a pagar sus facturas médicas. Aunque tu madre había hecho todo gratis, había muchas deudas que saldar. Recuerdo estar sentada en el pasillo durante horas, incapaz de trazar un solo plan porque todo lo que tenía a mi nombre era la ropa que llevaba puesta y la vieja camioneta de mi padre".

—¿Y luego?

—susurró ella, con el corazón roto con cada palabra que él pronunciaba en ese tono profundo y trágico.

—Tu madre había terminado su turno y se dirigía a su casa cuando me vio en el mismo lugar donde me había dado la noticia. Empezamos a hablar de mi vida, del rancho y de mi experiencia con los caballos. Y me ofreció el trabajo de mozo de cuadra.

—Hizo una pausa y la abrazó con fuerza

—Por eso, le estaré en deuda para siempre.

"¿Por qué?"

—Porque…

—se quedó en silencio mientras la convencía suavemente para que se diera la vuelta y lo mirara a los ojos, y un escalofrío de conciencia recorrió su cuerpo cuando él le tomó las mejillas entre las manos

— Te conocí.

Sin palabras, Rosa no reaccionó cuando él la acercó más, sus labios separados por un suspiro. "Te amo, Rosa. Estoy tan desesperadamente enamorado de ti que, como el idiota que era, pensé que no era lo suficientemente bueno para ti. Te lastimé para mantenerte a distancia, no para acercarme. Parece que tengo la costumbre de perder a las personas más cercanas a mí, y estaba petrificado de perderte a ti también. Y luego... casi lo hice".

Su mirada oscura titiló de dolor al recordar cómo había intentado resucitar su cuerpo sin vida. Suspiró y apoyó la frente contra la de ella. "Lamento mucho haberte hecho pasar por todo ese dolor. Fui un estúpido e idiota que entró en pánico y ni siquiera puedo comenzar a tener la esperanza de que me perdones por completo por cómo te traté. Mereces mucho más de lo que puedo darte, muchísimo más".

El corazón de Rosa se calentó ante sus palabras y su alma cantó ante la confesión que contenían. Lentamente, con valentía, sus brazos rodearon su cuello mientras susurraba contra su piel: "¿Quién dice que quiero más que a ti?"

Sus palabras lo dejaron paralizado en el lugar, sus ojos se abrieron de golpe para mirarla con una mezcla de asombro e incredulidad. Ella le sonrió, el tipo de sonrisa que podría captar la atención de cualquier hombre con su resplandor y belleza. "Siempre te quise a ti. Solo a ti. Siempre te quise y siempre te querré".

Su sonrisa fue cegadora por un momento antes de abrazarla con fuerza. "Te amo tanto", susurró, sus labios como una caricia aterciopelada en su rostro, el bálsamo perfecto para las últimas semanas de tormento mientras ella disfrutaba del resplandor de su afecto. "Tanto tanto".

Y entonces, bajo el cielo iluminado por la luna y con el dulce aroma del jazmín flotando en el aire, sus labios finalmente se encontraron y el resto del mundo se desvaneció.

Capitulo 37

—¡Henry! ¡Henry, dónde estás?

El agudo grito de una voz familiar desgarró los oídos del detective al oír su nombre. Miró a su alrededor, desconcertado por la interminable oscuridad que lo rodeaba.

-¡Henry!

Sintió que el corazón le daba un vuelco al reconocer la voz seguida del llanto angustiado de un bebé.

—¿Paula?

—gritó, mirando a su alrededor con mayor urgencia

— ¿Dónde estás...?

Sus palabras murieron en su lengua cuando se dio la vuelta. A menos de cinco metros de él, Paula estaba de pie con un etéreo vestido blanco, su cabello oscuro hábilmente arreglado para favorecer sus rasgos de la mejor manera posible, brillando contra la oscuridad que la rodeaba. Miró hacia abajo y notó que ella sostenía a un bebé envuelto en sus brazos.

-Henry, ¿dónde estás?

Su mirada se encontró con sus ojos color chocolate oscuro, solo para notar que parecían mirarlo fijamente. "Estoy aquí", respondió y trató de dar un paso hacia ella, pero se dio cuenta de que no podía moverse. Miró hacia abajo, pero no vio nada que lo detuviera.

Los grandes ojos oscuros de Paula se llenaron de lágrimas. "¿Por qué nos dejaste?"

Él parpadeó, completamente confundido mientras la miraba. "No te dejé. Estoy aquí". Intentó acercarse a ella nuevamente, sus esfuerzos se volvieron más urgentes cuando se dio cuenta de que sus músculos aún no cooperaban.

Un grito ahogado escapó de sus labios: "¡¿Cómo pudiste abandonarnos?!", gritó.

—¡No lo hice!

—le gritó, frustrado porque ella no parecía escucharlo y, sin importar cuánto lo intentara, parecía que no podía moverse, parecía que no podía acercarse a ella.

"Cómo?"

Su pregunta se perdió cuando un grito desgarrador brotó de repente de su garganta. Henry observó con horror cómo la sangre se filtraba de repente a través del impecable vestido de satén desde el lado izquierdo de su pecho.

—¡No!

—gritó mientras intentaba correr hacia ella, el pánico finalmente obligó a sus miembros a moverse. Extendió la mano hacia ella mientras ella farfullaba, la sangre gorgoteaba en su garganta, sus ojos abiertos por el terror, pero mientras lo hacía, sus manos se movieron directamente a través de su piel.

Él la observó, impotente, mientras ella caía; sus ojos oscuros se encontraron con los suyos solo por un momento antes de cerrarse; su cuerpo se desplomó en el suelo y el bebé desapareció con ella en una nube de cenizas.

Henry sintió como si su corazón se hubiera detenido y cayó de rodillas mientras miraba la ceniza en el suelo. Una risa cruel resonó a su alrededor, pero, desconsolado y abatido, no reaccionó mientras miraba lentamente la sonrisa maliciosa en el rostro de Massimo.

La risa de Massimo continuó vibrando a su alrededor mientras levantaba lentamente un arma, apuntándola entre sus ojos. "No puedes ganarlos siempre".

Completamente derrotado, no hizo nada para evitar que la bala se disparara.

-¡Henry!

Henry se despertó de golpe en su asiento. El corazón le golpeaba el pecho como un tren bala y un dolor de cabeza punzante amenazaba con hacer estallarle el cráneo mientras el sudor le corría por la columna. Miró a su alrededor y su respiración se convirtió en jadeos cortos y ásperos cuando se dio cuenta de que estaba en una habitación de hospital.

Un suave roce, como una pluma, se posó sobre su mano. Se sacudió al sentir el contacto y su mirada frenética se dirigió a la mujer que estaba a su lado. Paula hizo una mueca y él bajó la mirada y notó que sus dedos estaban rojos e hinchados en su mano.

La soltó al instante y se puso de pie, alejándose un poco de la cama, con los ojos muy abiertos. Sólo entonces se dio cuenta de lo que había sucedido, y el extraño hecho de haberse quedado dormido en presencia de otra persona en un lugar que no era su dormitorio lo dejó en shock y más que un poco perturbado.

Paula, al ver la expresión angustiada en su rostro, intentó seguirlo, pero su espalda la mantuvo en su lugar; el dolor le quemaba la columna cada vez que hacía grandes movimientos. "Henry... regresa a mí, por favor", hizo una mueca, odiando lo impotente que se sentía.

En un instante, él estuvo a su lado, pasando los dedos por su cabello y ayudándola con delicadeza para que se acostara de nuevo. "No deberías moverte tanto", murmuró. Cuando ella se hubo acomodado, él tomó suavemente su mano magullada entre las suyas y le ofreció besos suaves en la piel maltratada. "Lo siento mucho", susurró repetidamente, con los ojos brillantes de culpa mientras miraba su mano.

Los labios de Paula se abrieron en una pequeña sonrisa mientras le apretaba suavemente la muñeca. "Está bien. Tú... estabas teniendo una pesadilla. Lo entiendo".

Él la miró fijamente. "Es inaceptable".

Ella ignoró la expresión de su rostro mientras pasaba suavemente sus dedos por su cálida mejilla. "¿Estás bien?"

Él la miró con incredulidad. "¿Estoy bien? ¡Tú eres el que está acostado en una cama de hospital! ¿Cómo puedes siquiera pensar en preguntarme si estoy bien?"

"Porque te amo y me preocupo por tu bienestar".

Sus palabras lo silenciaron y pareció encogerse mientras se sentaba en la cama, sosteniendo su maltrecha mano entre las suyas. El silencio se apoderó de ellos, su mirada oscura observaba su

expresión preocupada.

Sus ojos color avellana recorrieron toda la habitación, sus dedos temblaban mientras sostenía su mano delicadamente en su palma áspera.

Paula extendió la mano para colocarla sobre su antebrazo y le dio un suave apretón. "Hola, estoy bien".

Lentamente, volvió a mirarla. Tragó saliva con fuerza y su garganta se movió ante la acción.

—¿Puedo... puedo abrazarte, por favor?

No tuvo que pedírselo dos veces, ni siquiera pedirle por favor. La mirada asustada en sus ojos la convenció al instante. Ella asintió y se hizo a un lado, tratando de ocultar la incomodidad que le produjo el movimiento, y lo observó quitarse los zapatos y los calcetines antes de meterse en la cama. Sus gruesos brazos la rodearon, con movimientos suaves mientras la guiaba para que descansara sobre su pecho, sus dedos se movían sobre su piel con amoRosa ternura mientras la apretaba con fuerza.

"Lo siento mucho", susurró y le dio un suave beso en la coronilla.

Ella tarareó un poco ante sus palabras, sintiendo que se adormecía cada vez más. "Deja de disculparte. Dije que estaba... bien", murmuró antes de que la fuerte medicación la volviera a dejar dormida.

Henry sintió que el peso de ella se aflojaba sobre su pecho y bajó la mirada hacia sus rasgos dormidos. Le acarició la espalda con suavidad mientras suspiraba y miraba alrededor de la habitación. Su corazón todavía se sentía como un tambor en su pecho, pero el cuerpo cálido que descansaba sobre él lentamente comenzó a aliviar la tensión que había sentido en el sueño, un sólido recordatorio de que no había sido real y esperaba con cada fibra de su ser que siguiera siendo así.

……..

La habitación privada del hospital estaba a oscuras, salvo por la tenue luz del pasillo que se filtraba por las rendijas que rodeaban la puerta y que arrojaba una luz deprimente en la habitación. El silencio del hospital y la quietud del aire se volvieron tensos cuando Henry, que no se había dormido desde aquel terrible sueño, miró hacia la puerta.

Lo sintió antes de ver la prueba de que alguien estaba de pie fuera de la habitación, la luz que se filtraba por la parte inferior de la puerta estaba parcialmente bloqueada por la figura. Su agarre se hizo más fuerte alrededor de la mujer dormida en sus brazos, y miró el reloj en la mesilla de noche. Se acurrucó alrededor de ella protectoramente mientras se llevaba una mano a la cadera, sabiendo que no era un control de rutina de los médicos o enfermeras.

La puerta se abrió y él levantó el arma, apuntando directamente a la silueta de la persona que apareció en la puerta. Por un momento, hubo un silencio absoluto mientras Henry sostenía su arma con mano firme, con el dedo sobre el gatillo.

La figura permaneció erguida, casi sin inmutarse por el arma letal, y una voz profunda y fuerte se extendió por toda la habitación. "Será mejor que guardes esa pistola si sabes lo que te conviene, Henry".

Por un breve segundo, Henry no pudo relacionar la voz con un nombre antes de que de repente

se le ocurriera.

Lentamente, bajó el arma y la guardó en su funda; sus ojos se acostumbraron a la habitación iluminada y se encontraron con el rostro lívido de Alejandro Green. Instintivamente, sujetó con más fuerza a la mujer que estaba a su lado, apretándola aún más contra su pecho. Pero luego se detuvo, al darse cuenta de que la razón por la que Alejandro estaba furioso era precisamente esa.

Su postura protectora se relajó y comenzó a alejarse, solo para notar que Paula había estado sosteniendo su camisa firmemente entre sus dedos. Escuchó a Alejandro darse vuelta y marcharse, una orden sin palabras para sus movimientos que debía seguir.

Con mucho cuidado, apartó los delicados dedos de su camisa, sintiéndose aún más culpable cuando notó que dos de sus dedos eran de un horrible tono azul. Le dio un suave beso a cada uno de ellos y se dio la vuelta para bajarse de la cama; su cuerpo chasqueaba en señal de protesta por haber estado en la misma posición durante tanto tiempo. Pero, como no quería enfadar más al padre de su prometida, se puso rápidamente los calcetines y los zapatos y se dirigió a la puerta.

Se detuvo en el umbral para mirar por encima del hombro a la mujer dormida. Sus ojos se volvieron amables, pero había dolor en su mirada mientras la miraba. Respiró profundamente y se obligó a enderezar los hombros mientras salía de la habitación, cerrando la puerta detrás de él.

Alejandro parecía mucho más cruel en el pasillo iluminado que en la oscura habitación del hospital, y si Henry hubiera sido un hombre menos amable, se habría encogido bajo la mirada dirigida hacia él.

Con voz mortalmente tranquila, Alejandro preguntó: "¿Qué pasó?"

Sabía que era mejor no ocultarle la verdad al hombre furioso, por lo que Henry le repitió brevemente lo que había ocurrido esa tarde. Con cada palabra que decía, podía ver cómo Alejandro se ponía cada vez más furioso. Sus ojos de zafiro eran tan duros como la gema misma, y un tono rojo oscuro se elevaba desde su cuello hasta su rostro, mientras sus manos se cerraban continuamente en puños.

Cuando por fin Henry terminó de explicarse, Alejandro se puso furioso.

—¡¿En qué demonios estabas pensando?!

—gritó en un susurro áspero, aún consciente del hecho de que su hija herida estaba durmiendo en la habitación de al lado. Cuando Henry no respondió, las manos de Alejandro agarraron la parte delantera de su camisa y lo sacudieron

— ¿Cómo pudiste ser tan insensatamente descuidado?

Aunque Henry podría haberse defendido fácilmente, permaneció en silencio y quieto, dejándose llevar por el angustiado hombre mayor.

"Idiota. Te confié a ella, ¡y así es como me pagas mi confianza! ¡Dejando que esa criatura casi la estrangule hasta la muerte!"

A Henry se le encogió el estómago de culpa, sabiendo que cada palabra que Alejandro decía era verdad. Era un idiota. Él mismo lo había admitido, pero no permitió que esos pensamientos se reflejaran en su máscara de impasibilidad.

Alejandro maldijo y apartó sus manos de la camisa arrugada de Henry, tirando de sus mechones

grises de cabello oscuro mientras comenzaba a marchar de un lado a otro del ancho del pasillo.

—Se habría ido conmigo o sin mí

—dijo finalmente Henry, sin que su voz delatara la terrible culpa que sentía

— Aunque lamento no haberla encontrado antes, todo habría acabado mucho peor si se hubiera ido sola. No creía que él le haría daño.

—¡Por supuesto que no lo hizo porque está cegada por su supuesto amor por él! —se burló Alejandro mientras seguía caminando de un lado a otro antes de detenerse de repente. Su mirada se dirigió al hombre que tenía delante y entrecerró los ojos con desconfianza y sospecha

— Entonces, ¿qué estabas haciendo en su cama?

Henry sintió que se le tensaba la espalda al ver la mirada que le dirigían. Sabía la verdadera pregunta que se escondía tras sus palabras. No era tanto la acción, sino más bien el motivo. ¿Por qué?

Ante su silencio, la mirada de Alejandro se endureció.

—Henry, será mejor que me lo digas ahora mismo o me ayudarás...

"Nos vamos a casar."

Esperaba el puñetazo, pero la fuerza que lo acompañó fue un poco sorprendente. Su rostro se inclinó hacia un lado y sintió dolor en la mandíbula mientras miraba lentamente al hombre lívido que tenía frente a él.

"¡Y como si lo fueras!"

El detective mantuvo la expresión tranquila, pero luchó por no responderle con un ataque. Alejandro estaba enojado, molesto y frustrado, emociones letales para el autocontrol de un hombre. "Es verdad", continuó, haciendo una mueca de dolor mientras le palpitaba la mandíbula. "Se lo pedí esta tarde y ella aceptó".

"¿Esto fue antes o después de que usted la llevara rápidamente al hospital, en su estado lisiado?"

Henry miró fijamente al hombre que tenía delante, notó el cebo, pero se negó a morderlo. "Esta noche íbamos a pedirte tu bendición".

La expresión feroz de Alejandro no se desvaneció. "Bueno, estás haciendo un pésimo trabajo protegiéndola si quieres casarte con ella. ¡Si no te hubiera conocido durante todos estos años, te habría echado directamente de este hospital cuando te vi en su cama!"

La expresión de Henry se quebró al escuchar esas palabras, y Alejandro captó una breve visión de dolor angustiado y autodesprecio en esos ojos color avellana antes de que Henry rápidamente apartara la mirada, apretando las manos a los costados.

Alejandro se obligó a respirar profundamente, lo que le permitió calmarse un poco. Siempre supo que Henry tenía debilidad por su hija mayor. Eso era evidente incluso cuando era más joven. Siempre que hablaba de ellas, el interés de Henry era más evidente en todo lo que tuviera que ver con Paula.

Había sido sólo cuestión de tiempo.

"¿Dónde está Massimo ahora?" preguntó, su tono todavía tenso pero carente de la frialdad que

alguna vez tuvo.

"En la cárcel", respondió Henry. "Me he asegurado de que no salga".

Eso si es que era capaz de caminar. Henry había visto rojo cuando irrumpió por la puerta del estudio, viendo cómo el rostro de Paula se ponía rojo y luego morado mientras la inmovilizaba, con una rodilla brutalmente sobre su estómago mientras sus manos le exprimían el aire de la garganta.

Henry había perdido el control de sí mismo y lo arrancó de un tirón, sus puños asestaron golpe tras golpe a sus rasgos de niño bonito hasta que no fue más que un amasijo de piel destrozada y sangrienta, magullada y desgarrada. Iba a matarlo, casi lo hizo, hasta que se dio cuenta de que algo andaba mal.

Paula nunca le permitiría que lo matara. Ella habría estado gritando y vociferando para que se detuviera. Entonces, ¿por qué no lo hacía? Fue entonces cuando se dio vuelta y la vio tendida boca abajo en el suelo, inmóvil.

Era algo que nunca quiso revivir.

Alejandro permaneció en silencio mientras observaba a Henry, prestando atención a las emociones que se reflejaban brevemente en su rostro antes de volver a ocultarse tras su expresión cuidadosamente entrenada. Asintió lentamente, esperando captar la atención de Henry.

Cuando lo hizo, respondió en voz baja y firme: "No me decepciones otra vez".

Cinco palabras.

Cinco palabras, pero su impacto fue claro. En ellas, había aceptado la confesión de Henry de ser el prometido de Paula, pero más que eso, revocaría su bendición si algo más le sucedía.

Enderezó los hombros y asintió una vez, con expresión severa y decidida. "No lo haré. Lo prometo".

…….

A la mañana siguiente, el sol brillaba con fuerza sobre el edificio del hospital, pero su luz no llegó hasta Henry e Paula, que la guiaba con delicadeza hacia su coche aparcado en lo profundo del aparcamiento subterráneo. Había hecho un rápido repaso de la zona antes de querer moverla y había notado que los periodistas se paseaban por las instalaciones, pues de alguna manera habían recibido la noticia de que Paula había sido atacada.

No estaba seguro de cómo se enteraron, pero supuso que se lo debía haber dicho alguien que trabajaba en el hospital, probablemente el par de labios sueltos que le habían dicho a Alejandro. Henry se estremeció mientras se llevaba la mano a la mandíbula ligeramente hinchada.

El anciano todavía podía dar un golpe fuerte.

"¿Estás seguro de que te hiciste ese moretón ayer por la tarde? Porque, honestamente, no recuerdo haberlo visto", dijo Paula mientras lo miraba, mientras el sonido de las ruedas de la silla de ruedas resonaba en el estacionamiento subterráneo.

Henry la miró con una pequeña sonrisa. "A veces las lesiones se agravan después de unas horas", dijo, mientras apretaba con fuerza las manijas de la silla mientras la empujaba.

El protocolo del hospital exigía que los pacientes heridos abandonaran las instalaciones en silla

de ruedas, y Henry estaba más que consciente del miembro del personal que los seguía, observándola atentamente con el rabillo del ojo en busca de cualquier señal de malas intenciones.

Desde que Massimo la había atacado el día anterior, Henry se sentía nervioso y alerta, esperando que algo volviera a suceder y decidido a no ser tomado por sorpresa.

Finalmente, llegaron a su coche y él puso el freno en la silla mientras abría la puerta. Cuando empezó a tirar de ella hacia sus brazos, Paula extendió una mano e intentó ponerse de pie. "No soy porcelana frágil, Henry", afirmó en tono cortante. "Puedo subir al coche sola".

A pesar de sus protestas, él logró levantarla de la silla, teniendo mucho cuidado de no empujarla demasiado hacia atrás. La colocó en el asiento del pasajero con una delicadeza que parecía inhumana y rozó brevemente con sus labios su boca fruncida antes de abrocharla. "Lo sé, princesa".

Le hizo un gesto de agradecimiento a la empleada mientras ella agarraba los manillares de la silla de ruedas y se alejaba. Se dirigió al lado del conductor, se sentó en el asiento y notó el ceño ligeramente fruncido en los hermosos rasgos de Paula.

"¿Qué pasa?" preguntó mientras arrancaba el motor.

—Nada. Simplemente odio las sillas de ruedas

—murmuró con un suspiro mientras se relajaba en el asiento.

Henry asintió antes de salir marcha atrás del aparcamiento y pronto se adentraron en el bullicioso tráfico de Nueva York. Cuando pasaron por la entrada del hospital, notaron que todos los periodistas esperaban afuera de las puertas, ansiosos por esperar la aparición de la mujer que pasó junto a ellos sin que se dieran cuenta. Se permitió que una pequeña sonrisa se dibujara en sus labios cuando perdieron de vista el hospital.

Y por eso le encantaba un coche promedio.

El trayecto hasta la casa de Paula transcurrió en silencio la mayor parte del tiempo, la pareja se perdió en sus pensamientos. Henry miraba de vez en cuando a la mujer que estaba a su lado, y sus ojos siempre se posaban sobre su cuello. Aunque estaba oculto a la vista por la blusa de cuello alto que le había comprado, aún podía recordar vívidamente cada raspadura y moretón en su delicada piel.

"Estás haciendo un pésimo trabajo protegiéndola si quieres casarte con ella".

Apretó los dientes cuando las palabras de Alejandro Green resonaron en su mente y, como resultado, apretó el volante con más fuerza. Sí, había sido un idiota al dejarla ir. Y, a pesar del peligro, ¿qué tenían para mostrar?

El padre de Massimo posiblemente estaba vivo.

Ni siquiera fue confirmado.

Había pensado ir a hablar con Massimo después de haber devuelto a Paula, pero en ese momento, sentía que, si se acercaba demasiado a él otra vez, podría terminar lo que había comenzado el día anterior. A pesar de lo tranquilo que parecía por fuera, todavía estaba hirviendo de ira por las acciones del hombre más joven.

El bullicioso paisaje de la ciudad pronto dio paso a árboles altos y arbustos densos a medida que

avanzaban, y aproximadamente media hora después de eso, las familiares puertas de hierro aparecieron a la vista. El guardia les abrió y Henry avanzó por el camino de entrada a un ritmo más lento, observando cómo los colores cambiantes de las hojas de arce se desplazaban lentamente hacia el pavimento y crujían bajo los neumáticos.

—Umm... ¿Henry? ¿Quién sabe?

La miró y se dio cuenta de que estaba mirando hacia la mansión. Su piel se había vuelto ligeramente pálida y sus ojos estaban muy abiertos por la inquietud. Miró hacia adelante y notó que en los escalones que conducían a la puerta principal había varias personas esperando allí, Alejandro y Rosa esperando en la parte delantera.

Henry bajó la mirada. "Tu padre vino al hospital anoche mientras dormías. Le conté brevemente lo que había ocurrido. Seguro que se lo contó a tu hermana".

Las facciones de Paula palidecieron aún más. "¿Cómo se enteró?"

"No estoy seguro. Sólo puedo suponer que hay alguien en el hospital a quien conoce bastante bien".

—Genial

—murmuró, frunciendo el ceño con fastidio

— No quería que lo supieran.

La miró brevemente. "Era inevitable que saliera a la luz tarde o temprano".

Tan pronto como el auto se detuvo frente a ellos, su ceño fruncido desapareció cuando su hermana pequeña corrió hacia la puerta y la abrió.

—¡Izzy, estaba tan preocupada!

—gritó mientras la rodeaba con sus brazos con ternura

— Cuando papá me lo dijo, no lo podía creer. Lo siento mucho. Nunca hubiera pensado que Massimo...

—Yo tampoco

—murmuró Paula en respuesta mientras se levantaba lentamente del asiento del auto.

Su espalda no estaba tan dolorida como ayer, pero los músculos todavía se sentían tensos y tenía múltiples moretones en el estómago y la espalda baja mientras caminaba hacia el resto de las personas que la esperaban, agradecida de que su cuello golpeado no estuviera a la vista.

Henry se quedó a cierta distancia, lo que le dio tiempo a Paula para hablar con los rostros preocupados y relatarles los acontecimientos. Alejandro permaneció a un lado, con el rostro solemne cuando sus miradas se cruzaron. Una conversación tácita se desarrolló entre ellos y Henry se abrió paso entre la multitud para seguirlo por las escaleras y entrar en la casa.

—Quiero que revises los monitores de seguridad de la casa

—comenzó Alejandro inmediatamente mientras caminaban por el pasillo

— Aunque dices que Massimo no puede salir de la cárcel, estoy convencido de que si está involucrado en todo esto no estaba trabajando solo. Sus cómplices podrían venir a buscarla.

Henry pensó en ello y asintió. "Por supuesto", dijo y permitió que Alejandro lo guiara hacia la sala de seguridad.

Era una pequeña habitación situada en el ala oeste de la planta baja y, cuando entraron, Henry notó que había un joven sentado frente a varias pantallas que mostraban diferentes ángulos de la finca. Alejandro le indicó que se moviera y Henry observó cómo el hombre se levantaba rápidamente y se hacía a un lado. Henry le dio las gracias y se sentó frente a la pantalla principal para comenzar a hojearlas, buscando puntos ciegos o posibilidades de entrada.

Mientras buscaba, sintió que su teléfono vibraba en su bolsillo y lo sacó para mirarlo. Frunció el ceño al ver el número antes de responder.

"¿Sí?", preguntó mientras seguía recorriendo las distintas cámaras. Pero las siguientes palabras de la persona que llamó hicieron que su cuerpo se congelara y su voz estalló en ira.

-¿Cómo que se escapó?

……..

El odio a sí mismo y la culpa agobiante eran lo que asaltaba la mente de Massimo mientras caminaba de un lado a otro por la sala de estar de la casa de sus padres, con una marcada cojera en su andar. Su estómago se revolvía y amenazaba con expulsar el contenido de su interior, y se daba fuertes tirones de su cabello claro mientras caminaba.

Aunque sentía un dolor terrible, con el labio partido e hinchado y el ojo a juego, su cerebro no parecía registrar el hecho. Lo único en lo que pensaba era en Paula.

No sabía qué le había pasado para atacarla de esa manera. Ni siquiera recordaba haberlo hecho, pero sabía que lo había hecho. Fue sólo ahora que fragmentos de la tarde anterior volvieron a su mente. Y recordó. Oh, recordaba doloRosamente bien cómo había estado sentado, desplomado contra el costado de la pared, los puños de hierro chocando contra la piel hasta que cesó todo movimiento.

El enorme cuerpo había desaparecido, dejando al descubierto la figura postrada de Paula, inmóvil en el suelo. En aquel momento no había sentido nada, pero ahora podía sentirlo todo. Si ella no hubiera sido la famosa empresaria que era, habría estado convencido de que la había matado. Pero la prensa que se agolpaba frente al mismo hospital en el que se encontraba su madre fue lo que impidió que su culpa alcanzara alturas de rascacielos.

Ella estaba bien. Herida, pero bien.

Él merecía pudrirse en la cárcel por hacerle eso.

—Massimo, deja de caminar de ese modo. Vas a hacer un agujero en mi alfombra nueva.

El sonido centelleante y femenino de la voz de su madre lo sacó de sus pensamientos destructivos y se giró para mirarla desde el otro lado de la sala de estar.

Susana Abruzzi era una mujer menuda que parecía tener la apariencia de un pájaro con sus rasgos delicados y su cuerpo suave. Sus mechones plateados estaban recogidos en un elegante moño y llevaba unas delicadas gafas sobre la nariz.

Su mirada gélida se entrecerró hasta convertirse en una mirada fulminante mientras la observaba

avanzar hacia él. "No sé por qué me sacaste", le espetó. "Deberías haberme dejado allí para que me pudriera como merecía".

Los iris color ámbar de su madre parecían de un amarillo poco natural debido a la abundante luz que entraba por las enormes ventanas que daban al patio de cemento de la casa. Ella lo miró, notó la tensión en su mandíbula y enarcó una ceja delicadamente plateada.

—No hemos completado lo que nos propusimos

—dijo con voz resonante, sus ojos ámbar mirándolos a los ojos—. Todavía te necesito, y no serás de mucha ayuda desde detrás de los barrotes de hierro.

La ira de Massimo se encendió. "¡Al diablo con el plan!", rugió mientras levantaba los brazos al aire. "¡No quiero tener nada más que ver con esto! Encuentra a otra persona".

Susana no reaccionó ante su temperamento, de hecho, ignoró por completo sus palabras mientras cruzaba la habitación y entraba a la cocina, con su furioso hijo siguiéndola, pisoteando sus pies como un niño petulante a pesar de que eso hacía que su rodilla gemiera de dolor.

—¿Y bien? ¿No tienes nada que decir?

—le espetó, mientras la observaba mientras ella abría en silencio un armario lleno de diferentes medicamentos. Cuando ella siguió ignorándolo, él maldijo y golpeó la encimera con la palma abierta

— ¡Deja de ignorarme!

—Sabes que no reacciono cuando te ataca uno de tus malos momentos —respondió con su tono tranquilizador mientras sacaba una botella del armario y la colocaba sobre la encimera, frente a él

— Esto te ayudará a calmarte.

Massimo miró fijamente la botella, esperando que sus ojos solos desintegraran el objeto ofensivo de su vista. "¿Son esas como las últimas pastillas que me diste? ¡Aquellas con las que casi estrangulo a Paula hasta matarla!"

Ella lo miró parpadeando y bajó la voz. "¿No soy humana, hija mía? ¿No cometo también errores de vez en cuando?"

Lleno de ira ciega, arrojó la botella contra el mostrador y esta cayó al suelo con un ruido metálico. "¡Nunca has cometido un error en toda tu vida!"

Los ojos ámbar de Susana se encontraron con los suyos desde el otro lado del mostrador. Un silencio tenso se apoderó de ellos mientras ella lo observaba con dureza. Massimo sintió que sus músculos se tensaban ante esa mirada y estuvo a punto de dar un paso atrás, como solía hacer cuando era más joven. Pero apretó los dientes y se mantuvo firme.

Un suspiro se hizo eco de sus labios mientras apartaba la mirada de él y se agachaba para recuperar la botella tirada. "Y todo este tiempo lo único que he estado tratando de hacer es ayudarte".

Ella se enderezó y lo miró, con sus ojos ámbar condescendientes.

Massimo dudó al oír esas palabras. Hace muchos años, su madre le había diagnosticado varias enfermedades mentales que requerían atención médica. No recordaba sus nombres, pero siempre

le entraban ataques de ira inesperados... como ahora.

Al notar que su postura se debilitaba, Susana le ofreció las pastillas una vez más. "Cuando te hayas calmado, podemos hablar".

Su mirada gélida se volvió hacia el frasco y apretó la mandíbula hasta el punto de que le dolían los dientes. No quería tomarlas. ¡Había tomado pastillas toda su vida y estaba harto de ellas! Pero su madre, tan tranquila y suave como era, no se doblegaba ante nadie. Sabía que ella solo le hablaría una vez que hubiera tomado las pastillas.

Había sido su truco favorito para lograr que él los tomara cuando era más joven.

Y entonces, con una mueca de disgusto en el rostro, le quitó las pastillas y se metió dos en la boca. Después de tragárselas con un sorbo de agua, dejó el vaso sobre la encimera con más fuerza de la necesaria, anunciando sin palabras que había hecho lo que le habían dicho.

Su madre levantó la vista del teléfono y vio la expresión de su rostro. Asintió y rodeó el mostrador para volver a la sala de estar. Él la siguió, enterrando las manos en los bolsillos mientras intentaba disimular el ceño fruncido.

Como un pequeño colibrí, Susana se desplazó a su asiento habitual con la gracia de la que carecían muchas de las jóvenes de aquel día. Se sentó y se alisó la falda mientras miraba a su único hijo por encima del borde de sus gafas. Massimo se hundió en la silla frente a ella, observándola con la misma atención que ella a él.

Finalmente, suspiró y juntó las manos sobre su regazo. "Muy bien, ¿cuál es el problema?"

Massimo la miró con enojo. "Sabes cuál es mi problema. No voy a repetirlo".

"¿Lo hago?", preguntó y tomó un delicado sorbo de té de la taza que estaba situada a su lado.

Él frunció el ceño. "Esos medicamentos que me diste..."

"Fue un error de mi parte, ya que ya hemos llegado a una conclusión. Si sigues centrándote en eso, me temo que no llegaremos a ninguna parte rápidamente".

Con un resoplido descarado, Massimo apartó la mirada de su madre y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Por qué me sacaste de la cárcel?

—preguntó finalmente cuando volvió a mirar a su madre

— Más concretamente, ¿por qué hiciste que papá me sacara de la cárcel? He hecho todo lo que me pediste.

La mirada de Susana no se desvió ni un segundo del rostro de su hijo mientras tomaba un sorbo de té. "No exactamente".

Sus rubias cejas se juntaron en un gesto severo. "¿Qué quieres decir con eso? Tengo a Sofia tan indefensa como una papa. ¡Eso es lo que siempre quisiste!"

Tarareó mientras tomaba otro sorbo. "Sí, es verdad".

—Entonces, ¿por qué seguimos con esto?

—preguntó, poniéndose de pie una vez más, incapaz de permanecer quieto.

-Sabes por qué, hija mío.

Massimo se pasó la lengua agitadamente por los dientes. "Sí, porque ella mató a tu hermano. Estoy al tanto de eso. Mi pregunta es ¿por qué no has hecho nada al respecto? ¡Ella ha estado en ese hospital durante semanas!"

Susana observó cómo el mal humor de su hijo se reflejaba en su rostro. "Porque no era el momento adecuado".

"¿En qué momento? ¿Podrías, por una vez en tu vida, dejar de hablar con acertijos y darme una respuesta directa?"

Vio a su madre quedarse callada, con la mirada pensativa mientras lo miraba. Tomó otro sorbo de té y dejó la taza vacía sobre la mesa a su lado. "¿De qué se tratan estas preguntas, Massimo?"

El joven balbuceó, temblando con una mezcla de ira y frustración. "Porque ya no entiendo las razones. Dices que querías vengar la muerte de tu hermano, pero no has hecho nada parecido y has estado lastimando a personas inocentes, ¡gente que no tiene idea de lo que pasó! Y sigues arrastrándome de nuevo a esto cuando te sigo diciendo que no quiero tener nada más que ver con esto".

—Oh, pero sí lo haces. No pienses ni por un segundo que no lo haces.

Massimo sintió que la sangre se le helaba en las venas y una sensación siniestra se apoderó de él cuando la miró.

—¿Qué quieres decir?

Con un suspiro, Susana se puso de pie y colocó sus pequeñas manos en las caderas. "¿Crees que esto es una venganza? No. Estoy por encima de esas emociones triviales. Esto nunca tuvo nada que ver con vengarme de Sofia por la muerte de mi hermano".

Massimo se sobresaltó al oír sus palabras y abrió mucho los ojos.

—Entonces... ¿por qué me obligaste a atacarla?

"No tenía a Sofia en la mira en absoluto. Vamos, ¿crees que sería tan estúpido como para no acabar con ella antes si ese hubiera sido mi objetivo? Tengo un propósito mayor que los actos de venganza sin sentido".

Massimo frunció el ceño, pero al hacerlo, su visión se nubló y rápidamente se agarró al apoyabrazos del sofá para no perder el equilibrio. "Bueno, ya no me importa. No quiero tener nada más que ver con eso".

Una pequeña sonrisa sarcástica torció los delgados labios de Susana. "Oh, mi hijo ingenuo. Me temo que no tienes elección en este asunto. Eres una parte crucial del éxito de esto. Lamentablemente, tienes que seguir adelante".

Se tambaleó y sus manos temblaban mientras se agarraban al sofá para mantenerse en pie. "¿De qué estás hablando?"

—Quiero a Paula en su lugar. Y tú te asegurarás de que la consiga.

Aunque las palabras de su madre sonaban apagadas, él logró oírlas y la miró con enojo mientras se balanceaba. "¡Ni loco voy a dejar que te la quedes!", dijo entre dientes, su visión se oscurecía con cada segundo que pasaba.

Susana sonrió, una sonrisa cruel y dura con ojos color ámbar que brillaban peligRosamente. "Ya veremos".

Jadeó cuando de repente el dolor le golpeó el pecho y se agitó mientras se doblaba hacia adelante y caía de rodillas. "¿Qué... has... hecho?", preguntó, haciendo una mueca de dolor al mirar la expresión dura de su madre antes de que sus ojos se pusieran en blanco y se desplomara en el suelo.

Capitulo 38

El corazón de Paula se sentía como un tambor de guerra en su pecho mientras se dirigía al trabajo al día siguiente. Sus dedos temblaban mientras agarraban el volante y era como si un ladrillo se hubiera alojado doloRosamente en su garganta.

Henry no quería que fuera a trabajar, pues decía que era demasiado peligroso que Massimo estuviera suelto. Nadie estaba seguro de cómo había logrado escapar de una prisión tan establecida, pero Henry sabía, sin lugar a dudas, que se trataba de algún trabajo clandestino.

¿De qué otra manera era posible que no hubiera ninguna grabación de CCTV que lo mostrara escapando?

Pero eso no era lo peor. Era como si algo se hubiera roto en la mente de Henry el día anterior. Se había vuelto demasiado protector con ella, lo cual era decir algo porque Paula había sido criada por una de las mujeres más protectoras del mundo. Si ella llamaba a alguien sobreprotector, entonces estaba siendo exagerado.

Él no quería que ella fuera a trabajar, pero cuando ella le dijo que se había retrasado mucho desde que había estado en el hospital el día anterior, él aceptó que fuera. Es decir, solo después de haber revisado minuciosamente el vehículo que iba a utilizar.

No podía culparlo por eso. No habría sido la primera vez que alguien de su familia era atacado desde un vehículo.

De alguna manera, incluso había logrado convencer a su padre para que se quedara a pasar la noche allí. Había pasado la mayor parte del tiempo en la sala de seguridad y ella tenía la sensación de que una de las razones por las que su padre lo había dejado era porque Massimo tenía el desafortunado conocimiento de la distribución de las instalaciones.

Él tampoco iba a correr más riesgos.

Paula suspiró cuando el edificio familiar de su empresa apareció a la vista. Cuando finalmente aparcó el coche y se miró en el espejo, notó que su piel estaba pálida y que se cernía una oscuridad bajo sus ojos.

Apenas había dormido la noche anterior y se le notaba en el rostro, ya que no tenía fuerzas para maquillarse. Pero, a pesar del tumulto de su vida personal, enderezó los hombros y controló su expresión mientras salía del auto y se dirigía a su oficina, ignorando la rigidez en su espalda lo mejor que pudo.

Mientras el ascensor la llevaba hasta el piso ejecutivo, una sensación ominosa se instaló en su estómago. Si bien podría haber sido el hecho de que no había desayunado esa mañana, Paula sabía que no era así. Era bastante intuitiva con algunas cosas y no podía evitar sentir que algo acechaba debajo de la superficie.

Se encontró mirando frecuentemente por encima del hombro mientras caminaba hacia su oficina.

A medida que transcurría la mañana, esa sensación no desapareció e Paula sintió que empezaba a transpirar mientras la ansiedad le revolvía el estómago hasta convertirlo en una bola apretada. Con la mayoría de sus reuniones ya superadas, planeaba irse cuando su asistente la llamara.

"¿Qué pasa, Martina?" preguntó mientras guardaba su computadora portátil en su bolsa de viaje.

moles"Lamento tarla, señorita Green, pero hay una dama aquí que desea hablar con usted. Dice que es de suma importancia".

Paula frunció el ceño al ver el teléfono que tenía sobre el escritorio. "No tengo más reuniones planeadas, Martina. ¿Te dio algún nombre?"

Algo

Paula golpeó accidentalmente su cadera contra el apoyabrazos de su silla, sorprendida por el nombre que sonó en el teléfono. "¿Dijo alguna razón para querer verme?"

Hubo una breve pausa al otro lado de la línea, e Paula tuvo la sensación de que Martina fruncía el ceño ante la vacilación evidente en su voz.

—No, ella sólo dijo que era un asunto personal.

La ansiedad que le oprimía el estómago parecía multiplicarse por diez. Tenía los ojos muy abiertos mientras miraba el teléfono, debatiendo qué debía hacer. Tenía una fuerte sospecha sobre por qué la madre de Massimo había decidido hacerle una visita. El problema era que no estaba segura de qué le diría a cambio.

'Oye, ¡lamento lo de tu hijo desaparecido, que se escapó de la cárcel después de estrangularme!'

Hizo una mueca de dolor al pensarlo. No, eso definitivamente no sería un buen augurio para ella.

Con un profundo suspiro, volvió a mirar el teléfono. "Hazla pasar".

Paula se debatió sobre si sentarse en su silla para la tan esperada reunión con Susana Abruzzi, pero su columna estaba tan tensa que parecía que estaba bloqueada en su lugar. Así que se quedó de pie, con las manos apoyadas en el escritorio, cuando se abrió la puerta de su oficina.

"Susana Abruzzi para usted, señorita Green", dijo Martina mientras entraba a la oficina, con sus ojos ocultos por el vidrio observando la tez pálida de su jefa.

—Gracias, Martina

—respondió Paula, su mirada oscura se dirigió hacia la pequeña mujer que entró.

Vio que Martina vacilaba y los miró brevemente por un momento antes de asentir y cerrar la puerta detrás de ella. Tan pronto como el ruido exterior se acalló, un silencio tan tenso que Paula pudo sentir la amargura en su lengua los envolvió.

Sus ojos se centraron en la mujer que tenía delante. Ya sabía qué aspecto tenía gracias a la imagen que había visto en el cajón del escritorio de Massimo, pero incluso si la fotografía hubiera sido en 3D, no la habría preparado para el aura que emanaba de la mujer mayor en ondas espesas y palpables.

Sin decir una palabra, la mujer menuda y de aspecto frágil dominaba la habitación, con sus delgados hombros erguidos y su expresión firme. Cuando Susana se acercó a ella, Paula sintió algo parecido a un ratón de campo que intenta esconderse de la mirada de un halcón. Su espalda se tensó aún más cuando sus miradas se cruzaron y vio un iris de color ámbar fundido, un tono dorado casi sobrenatural.

Paula apretó los dientes, nunca le había gustado el color amarillo.

Por fin, Susana habló, con su voz suave como un carillón de viento en una suave brisa primaveral: "Creo que puedes sospechar por qué estoy aquí".

Aunque Paula estaba segura de que semejante tono de voz habría tranquilizado a cualquier paciente preocupado, su timbre chispeante, casi de regaño, no la tranquilizó en absoluto. Sólo la hizo sentir más aprensiva ante la mujer que tenía delante.

—Tengo... una ligera sospecha

—respondió lentamente, sin apartar la mirada de la mujer que se acercaba a ella.

Susana le sonrió, pero sus ojos escupían ácido.

—No te preocupes por mi hijo. Estoy perfectamente al tanto de su paradero. Es a ti a quien vine a ver.

Paula sintió que el corazón le latía con fuerza en el pecho y le temblaban los dedos. "¿Yo?"

—Así es

—dijo Susana con un delicado movimiento de cabeza

— Me gustaría reunirme con usted mañana por la mañana. Tenemos... mucho de qué hablar.

Paula la miró con los ojos entrecerrados y una mirada de sospecha. "¿Cómo qué?"

Los cabellos plateados de la anciana le besaron los hombros mientras ella negaba con la cabeza. "No tan rápido. Necesito que me confirmes que no le contarás a nadie sobre esta reunión".

"¿Confirmación?"

"Si, verás, me gustaría solicitar un intercambio."

Paula permaneció en silencio, observándola atentamente mientras lentamente comenzaba a buscar el botón de pánico instalado debajo de su escritorio.

—Y si quieres volver a ver a tu madre, te sugiero que no presiones ese botón

—la voz de Susana era aguda mientras miraba descaradamente sus manos que se arrastraban.

Paula se quedó helada, la sangre se le heló en las venas. "¿Mi madre? ¡Mi madre está en el hospital!"

—Ya no. En cuanto salga de esta habitación, tu familia se enterará de su ausencia. Así que te sugiero que guardes silencio si quieres volver a verla.

Paula levantó la barbilla ante las palabras de la mujer, su mirada no estaba convencida, pero aun así respondió: "Estoy escuchando".

"Como decía, quiero un intercambio. Tú quieres a tu madre y yo quiero respuestas".

Ahora Paula estaba confundida. "¿Respuestas para qué?"

"Eso es lo que tendrás que verme. Ven al puerto debajo del puente Batting a las seis de la mañana mañana. Un ferry estará esperándote allí para llevarte a la isla North Brother".

Su ceño se profundizó. "Pero esa isla tiene prohibido el ingreso de visitantes".

—Exactamente. Nos encontraremos allí y charlaremos un rato... Tu madre también estará allí

—añadió, como si pudiera ver los pensamientos de la joven sobre no presentarse.

Paula levantó la nariz, pero permaneció en silencio y la observó mientras ella buscaba en su bolso. Tensa, esperaba que revelara un arma y casi se encogió de alivio cuando vio que en su lugar había una botella.

"Dale esto a tu familia esta noche. Y ni se te ocurra contárselo a ese detective amigo tuyo".

—¿Cómo sé que no los matará?

—replicó Paula.

—Porque no me beneficiaría si así fuera. La muerte de la familia de un multimillonario seguramente provocaría un escándalo, ¿no crees?

—Ante el silencio de Paula, continuó

— La droga los dejará inconscientes durante al menos 15 horas. Eso será suficiente.

Paula se quedó mirando la botella antes de fruncir el ceño ante la mujer que estaba frente a ella. Qué valiente de su parte ir directamente a sus oficinas con todas las cámaras y proceder a amenazarla. O tenía demasiada confianza en sí misma o era demasiado estúpida para pensarlo bien.

Pero cuando recordó que la mujer había sido psiquiatra, pensó que era lo primero.

Y así, sin ninguna intención de hacer lo que se le pedía, sonrió y dijo que estaría allí. Susana la miró fijamente por un momento.

"No me hagas esperar."

Al salir de la habitación, Paula se burló y sacó su teléfono del bolsillo con la intención expresa de avisarle a Henry cuando viera que la pantalla del teléfono de su hermana se iluminaba. Ese sentimiento ominoso regresó cuando recordó las palabras de Susana y respondió un poco vacilante. Las siguientes palabras de su hermana evaporaron por completo su actitud altiva:

"¡Mamá se ha ido!"

…….

Un sudor frío permaneció permanentemente sobre la piel de Paula durante todo el viaje a casa, su mente dando vueltas por lo que acababa de ocurrir. Entonces se dio cuenta de que Susana no había estado jugando con ella, y si quería ver a su madre, que había desaparecido del hospital sin dejar rastro incluso después de que se apostaran más guardias desde la noche anterior, tendría que hacer lo que le dijera.

Cuando llegó a su casa, su hermana corrió a recibirla, con los ojos muy abiertos y temerosos. "¡Izzy, me alegro mucho de que hayas vuelto! No sé cómo ha ocurrido. Henry está intentando encontrar una forma de rastrearla, pero no tiene buena pinta. ¡Es como si hubiera desaparecido!".

Paula permaneció en silencio, apretando con más fuerza la botella que tenía en la mano.

—¿Izzy?

—preguntó Rosa, observando la expresión silenciosa de su hermana.

Ella se sacudió y le ofreció una sonrisa tensa. "No te preocupes. Estoy segura de que encontrará

algo", respondió y se dirigió hacia la casa.

Respiró profundamente cuando supo que su hermana la estaba mirando y se obligó a relajarse. Si comenzaba a actuar de manera sospechosa, podría poner en peligro la seguridad de su madre. Tenía que jugar bien sus cartas en ese momento, especialmente cuando viera a Henry.

Al caer la tarde, Henry y su padre regresaron. A juzgar por la expresión de sus rostros, Paula supo antes de que hablaran que no iban a ser buenas noticias. Cuando confirmaron que no podían encontrar ni rastro de ella, Rosa estalló en lágrimas.

Paula quería hacer lo mismo, pero se contuvo, con la mente resuelta.

Henry la miró y le preguntó cómo había ido su día. Ella se puso tensa, preocupada de inmediato por si él había descubierto algo, hasta que todo hizo clic en su mente. En cuanto Susana se fue, se enteró de que su madre había desaparecido, lo que significaba que el hospital debía haberle avisado antes a Henry y que estaba en camino. Habría estado demasiado concentrado en eso como para ver las imágenes de la cámara de su oficina.

Susana lo había planeado perfectamente.

"Estuvo bien", dijo, haciendo una mueca de dolor cuando su voz sonó un poco aguda.

Ella notó que sus ojos color avellana se entrecerraron un poco y le ofreció una sonrisa, obligándose a mantener la calma.

"¿Y tu espalda?"

Aunque estaba nerviosa, su corazón se calentó al ver su preocupación. "Un poco incómoda, pero no demasiado".

Él asintió, pero no dijo nada más.

Cuando se acercaba la hora de la cena, Paula se dirigió rápidamente a la cocina, donde notó que había una olla de sopa hirviendo a fuego lento. Martin y Danielle estaban ocupados hablando entre ellos y, mientras estaban distraídos, Paula sacó una pequeña porción para ella antes de verter rápidamente el contenido de la botella en la sopa, revolviendo unas cuantas veces para asegurarse de que el líquido se hubiera mezclado por completo.

Ella sólo esperaba que Susana dijera la verdad.

Pero tenía razón. Sería demasiado obvio que una familia tan conocida fuera envenenada.

Cenaron en silencio, nadie quería hablar. Esto era perfecto para Paula, pues sentía que, si alguien le hablaba, se sentiría demasiado tentada y dejaría escapar algo. Podía sentir la mirada de Henry sobre ella de vez en cuando, pero esperaba que interpretara su silencio como una cuestión de preocupación por la desaparición de su madre.

Con la respiración contenida, Paula observó cómo todos terminaban sus porciones de sopa y no pasó mucho tiempo hasta que Paula notó que Rosa comenzó a reprimir un bostezo. Poco después, vio cómo su hermana se disculpaba, seguida por su padre. Paula miró a Henry desde el otro lado de la mesa y luego bajó la mirada hacia su plato vacío y fingió ocultar su bostezo.

—Será mejor que me vaya a la cama

—murmuró y se puso de pie. Podía sentir la mirada de Henry en su espalda, pero la ignoró y salió rápidamente de la habitación. Una vez que estuvo a salvo dentro de su habitación, sus

nervios estallaron con toda su fuerza y comenzó a caminar de un lado a otro.

A medida que pasaban las horas, Paula alternaba entre tumbada en la cama y sentada junto al tocador. Cuando finalmente llegó la hora de irse, fue de puntillas primero a la habitación de su hermana y luego a la de su padre. Ambos estaban desmayados y contuvo la respiración hasta que notó el constante subir y bajar de sus pechos. Consolada por el hecho de que Susana había cumplido su palabra, Paula estaba a punto de ir a comprobar si Henry también estaba dormido, pero decidió no hacerlo.

Ella estaba segura de que así era, pues había comido su porción de sopa.

Tan silenciosamente como pudo, se dirigió al garaje y abrió el coche. Agradecida por el silencioso arranque, lo sacó del aparcamiento y salió al aire fresco de septiembre. Todavía estaba oscuro cuando salió de la finca y una fina niebla se había instalado sobre el terreno mientras conducía.

Llegó a la zona designada justo cuando el reloj marcaba las 6 y vio que allí la esperaba un ferry, como le habían prometido. Continuó conduciendo y cerró las puertas. Aunque le pareció una decisión tonta, los pocos segundos adicionales que le dieron las puertas cerradas le ofrecieron una pequeña sensación de seguridad.

Los motores del transbordador resonaban en la atmósfera aparentemente tranquila, e Paula hizo todo lo posible por mantener la calma mientras avanzaba por el agua. La densa niebla le daba al puerto una sensación extraña, casi de otro mundo, y la hizo morderse el labio inferior mientras esperaba.

Poco a poco, como si se materializara de la propia niebla, Paula divisó una isla. Envuelta en misterio, la Isla North Brother había sido desde hacía mucho tiempo un enigma para los ciudadanos de Nueva York. Muy pocas personas habían afirmado haber puesto un pie en la isla, ya que había sido declarada reserva nacional para la vida silvestre que se encontraba merodeando dentro y alrededor del hospital abandonado.

Paula no sabía mucho sobre la isla, pero se decía que una vez fue un hospital utilizado para aislar a pacientes con enfermedades contagiosas, pero que había sido abandonado en 1963 y posteriormente prohibido al público debido a su condición de santuario de aves.

Aturdida por sus pensamientos, tardó un momento en darse cuenta de que el ferry había atracado y, cuando puso en marcha el motor de su coche, el sonido pareció casi engullirse por la densa niebla. Desconcertada, condujo lentamente su coche fuera del barco y entró en un camino pavimentado.

No estaba muy segura de adónde se dirigía. El capitán del ferry se había negado a presentarse ante ella, por lo que solo podía suponer que la esperaban para seguir el camino. Pensó que Susana podría haberla estado esperando cuando el ferry atracó, pero ese no había sido el caso.

Paula apretó el volante con más fuerza mientras conducía, y el coche se balanceaba suavemente de un lado a otro al avanzar por el terreno irregular. Unos árboles de aspecto retorcido que parecían salidos de una película de terror rodeaban ambos lados de la carretera, e Paula tuvo la extraña sensación de que la observaban mientras conducía.

Completamente ansiosa, no sabía qué pensar cuando el camino la llevó al mismo hospital que era a la vez un enigma para el mundo y un lienzo perfecto para una escena de terror. Construido en

tres niveles, cada ventana parecía tener al menos un cristal roto y la hiedra venenosa cubría la mayor parte del ladrillo.

Paula frunció el ceño mientras se detenía frente al edificio en ruinas. Una parte del techo se había derrumbado y la puerta de entrada colgaba flojamente de una bisagra. Sus manos apretaron el volante mientras observaba el entorno aparentemente abandonado.

No había ni la más mínima señal de que alguien estuviera cerca, y sintió que comenzaba a entrar en pánico cuando pensó que podría haber terminado en el lado equivocado de la isla. Sin embargo, parecía haber solo un camino, y ciertamente no iba a andar sola por el desierto.

Su mirada oscura se volvió hacia el edificio y frunció el ceño cuando creyó ver una figura alejarse de una de las ventanas. Un sudor frío le brotó de la espalda y miró la hora con nerviosismo.

Las seis y media y todavía no hay señales de Susana.

Al darse cuenta de que no aparecería y que Paula tendría que buscarla, respiró profundamente para tranquilizarse mientras abría las puertas del coche y salía.

La isla estaba en silencio, las numeRosas especies de aves de las que había oído hablar estaban en completo silencio, como si supieran y pudieran sentir la perturbación en el aire. Su silencio no tranquilizó a Paula en lo más mínimo, pero se obligó a abrirse paso hacia el edificio abandonado, agarrando con más fuerza el spray de pimienta que había escondido en su bolsillo.

La puerta de entrada crujió y gimió con la suave brisa que la atravesaba, y el sonido puso de los nervios a Paula mientras entraba lentamente. El polvo cubría el viejo piso de madera y la naturaleza misma del hospital abandonado casi la hizo salir de la habitación cuando, entre el espeso polvo, notó huellas de pisadas.

Apretó los labios formando una fina línea mientras los seguía; el pelo parecía erizarse mientras caminaba. Oyó un crujido en las paredes y se estremeció al oírlo, deteniendo sus movimientos mientras miraba a su alrededor en busca de alguna señal de vida.

Inhalando con dificultad al no ver nada, continuó.

Los pasos la llevaron por un pasillo que en su día habría considerado como un pabellón privado, con muchas habitaciones pequeñas a ambos lados. El interior estaba vacío, salvo por unos pocos marcos de cama de metal viejos, y la humedad había hecho que los techos se derrumbaran en algunos lugares.

Sin embargo, siguió adelante, intentando lo mejor que podía evitar que su mente se inventara escenarios en su cabeza. Pero cuando llegó a lo que parecía ser un ascensor, se quedó paralizada.

No había forma de que pudiera subirse a ese artefacto. Con cables que parecían capaces de romperse a la menor provocación, el artefacto fácilmente podía considerarse una trampa mortal.

Miró a su alrededor, segura de que debía haber una escalera cerca. Sintió un breve alivio cuando vio una un poco más adelante, pero frunció el ceño al darse cuenta de que las escaleras conducían hacia abajo en lugar de hacia arriba.

Había algo diferente en ellos al inspeccionarlos más de cerca, y no pasó mucho tiempo para que Paula se diera cuenta de que los ladrillos utilizados eran de una marca y tamaño diferente al resto del hospital, como si hubieran sido construidos en una etapa posterior.

Armonizando sus nervios destrozados, Paula enderezó los hombros y comenzó a descender lentamente.

Bajó, bajó, bajó, la escalera se le hacía cada vez más difícil de ver en la oscuridad. Buscó su teléfono y la linterna la cegó momentáneamente cuando lo encendió.

Continuó caminando hasta que finalmente pensó que debía regresar, pero fue entonces cuando notó una luz que iluminaba una parte de la escalera. Sin estar segura de lo que encontraría, Paula se mantuvo al borde de la escalera y lo más cerca posible de la pared mientras caminaba. Las escaleras pronto se nivelaron en un piso y lentamente se dirigió hacia una puerta que estaba ligeramente entreabierta.

Con cuidado y con el mínimo movimiento posible, abrió la puerta y miró hacia dentro, solo para darse cuenta de que no había entrado en una habitación, sino en lo que parecía ser una parte subterránea del hospital. Si bien el aspecto exterior del edificio parecía descuidado, este piso no podría haber sido más diferente. Con pisos impecables y paredes encaladas, Paula casi se sintió como si hubiera entrado en una escena de película futurista.

Se detuvo al pensarlo, dándose cuenta de que ya había tenido esa misma experiencia una vez antes, sólo que esa vez había ido a Abruzzi Pharmaceuticals.

De repente un grito resonó por todo el suelo.

Paula saltó y casi cerró la puerta de golpe del susto. Miró hacia el pasillo y abrió mucho los ojos cuando vio a dos hombres vestidos con batas de laboratorio que arrastraban a alguien por el suelo.

Se alejó un poco más de la puerta para adentrarse más en la escalera y la cerró, dejando una pequeña rendija abierta para poder mirar a través de ella mientras observaba a los hombres pasar, la figura que arrastraban parecía ser un hombre desnutrido que luchaba débilmente contra su agarre y murmuraba protestas.

Gravitada por la vista, Paula esperó unos segundos una vez que pasaron la puerta detrás de la cual se escondía antes de arrastrarse lentamente hacia el pasillo, manteniéndose a lo largo de la pared mientras los seguía.

"¿Qué va a pasar cuando lo llevemos de vuelta al manicomio? Puede que hable", preguntó una de las figuras encapuchadas, resoplando por el esfuerzo físico del hombre que se debatía.

—Nadie hará nada

—respondió el otro, que parecía ser el mayor de los dos, con tono de aburrimiento.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de eso? Si él...

"Aunque hable, ¿quién le creerá? No olviden que hay una razón por la que fueron admitidos".

Cuando doblaron una esquina, Paula se detuvo cuando sus palabras resonaron en sus oídos. Impresionada por lo que habían dicho, miró lentamente alrededor del corredor por el que acababa de entrar y notó celdas con paredes de vidrio a ambos lados. Las miró y notó que en cada una de ellas había una persona profundamente dormida. Cuando llegó a lo que parecía la puerta de una, notó un soporte con un archivo adentro.

Su curiosidad era demasiado grande como para ignorarla, así que tomó el archivo y lo abrió,

hojeando el contenido. Su ceño se profundizó mientras lo leía y luego lo volvió a colocar con cuidado en el soporte. Luego se dirigió a otra puerta y leyó una descripción similar en el archivo. Parecía que la mayoría de estas personas eran pacientes psiquiátricos de algún tipo u otro, con enfermedades que iban desde la esquizofrenia hasta el trastorno bipolar y más.

Con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho, se abrió paso lentamente tras las figuras encapuchadas y las vio entrar en una habitación; el hombre que las sujetaba se volvía cada vez más frenético en sus intentos de escapar. Dejaron la puerta ligeramente abierta, incapaces de cerrarla en su lucha con el hombre, e Paula observó con horror cómo lo arrojaban sobre una cama y procedían a esposarlo.

—¿Qué tiene hoy?

—le preguntó el hombre más joven al otro, ligeramente sin aliento por la lucha.

Paula no escuchó la respuesta de la otra persona encapuchada, porque el hombre encadenado gritó de repente: "¡Ayúdenme! ¡Por favor, ayúdenme!"

Se le heló la sangre en las venas cuando lo miró y notó que sus grandes ojos inyectados en sangre estaban fijos en ella. Empezó a forcejear más contra las ataduras, sin apartar la mirada de ella mientras le rogaba ayuda.

Molesto por el alboroto innecesario, el hombre mayor tomó una parte de la sábana de la cama, la hizo un ovillo y se la metió en la boca al hombre que se retorcía. Pero eso no le impidió seguir luchando, e Paula observó en silencio cómo uno de ellos extraía una aguja llena de una sustancia azul antes de pinchársela en el brazo al hombre, que se tranquilizó al instante.

Paula se sintió como si le hubieran disparado cuando de repente todo encajó en su mente.

Pruebas.

¡Estaban realizando pruebas sin consentimiento en pacientes con enfermedades mentales!

Asustada, se alejó lentamente de la puerta y se quedó paralizada cuando su espalda tocó algo que sabía que no estaba allí antes. Su cabeza giró rápidamente sobre su hombro y un jadeo de sorpresa escapó de sus labios cuando notó el viejo rostro familiar del padre de Massimo mirándola con una expresión impasible.

Pero antes de que ella pudiera reaccionar, él agarró sus dos manos y las tiró hacia su espalda, y el frío metal le quemó la piel cuando se dio cuenta de que la había esposado.

"¿Por qué haces esto?", preguntó ella mientras miraba su gélida mirada azul, apretando los dientes mientras él sacaba su teléfono y gas pimienta de sus bolsillos y los colocaba en su chaqueta.

Él la miró, pero no respondió. En cambio, la agarró del antebrazo con tanta fuerza que ella hizo una mueca de dolor al sentir que le apretaban la piel mientras él la empujaba para que siguiera caminando.

Paula sabía que resistirse no sería un buen augurio para ella, por lo que no tuvo más opción que permitirle que la guiara en una dirección desconocida. Pasaron por muchas más celdas de detención en su camino, cada una con un ocupante. Paula sintió que se le partía el corazón cuando logró mirarlas más de cerca, y se dio cuenta de lo desnutridas que parecían y de lo llenas de moretones que estaban. Algunos eran claramente consecuencia de los repetidos pinchazos con

una aguja, mientras que otros eran mucho más físicos.

"Date prisa", gruñó el padre de Massimo y la empujó con fuerza en la espalda, provocando que perdiera el equilibrio y cayera doloRosamente sobre sus rodillas.

Paula se mordió el labio para no hacer ruido, hizo una mueca de dolor mientras se ponía de pie lentamente y continuaba, tratando de no perder de vista hacia dónde se dirigían mientras caminaban por el laberinto de pasillos. Parecían haber llegado al final de las celdas de detención, y casi suspiró aliviada al no tener que mirar más sus expresiones angustiadas.

Siguieron caminando hasta que Paula notó una puerta abierta a lo lejos. No había nada especial en ella, pero una sensación repentina tan intensa la invadió y la hizo vacilar. No sabía qué era, pero había algo detrás de esa puerta que la hizo sentir como si una mano de hielo hubiera logrado agarrar su columna vertebral y la hubiera dejado helada.

El padre de Massimo resopló ante su vacilación, y la mano de hielo que agarraba su columna vertebral solo se volvió más letal cuando la presión de un arma presionó contra su espalda.

Paula sintió como si apenas pudiera respirar mientras se obligaba a entrar en la habitación.

No estaba segura de lo que esperaba, pero una sala de estar que parecía sacada de una revista de hoteles no lo era. La habitación estaba bien amueblada, con grandes cuadros en las paredes y sofás caros con tapizados nuevos. Pero la decoración no le preocupaba cuando vio una figura descansando en uno de los sofás.

"¡Mamá!" jadeó e instintivamente corrió hacia adelante, pero el padre de Massimo la detuvo bruscamente al agarrar las esposas.

Hizo una mueca de dolor en los hombros por el movimiento brusco y miró a su madre, solo para notar que tenía los ojos cerrados y la piel pálida. Muy similar a como había estado durante las últimas semanas.

Fue entonces cuando notó otra figura sentada en uno de los sofás. Tenía la espalda recta y sostenía una delicada taza de té en la mano. Cuando sus miradas se cruzaron, la mano de hielo que sujetaba la columna de Paula se quebró, dejando su cuerpo congelado.

—Llegas tarde

—respondió Susana, mirándola por encima del borde de su taza de té.

Paula estaba a punto de responder cuando el hombre que estaba detrás de ella le clavó el arma en la espalda. Ella siseó por la incomodidad y lo miró por encima del hombro. Pero cuando sus rasgos inexpresivos la miraron fijamente, supo que no debía perder el tiempo.

Volvió a mirar a Susana y caminó lentamente hacia ella, ignorando la forma en que el arma seguía presionada contra ella. "Te fue un poco difícil de encontrar y no diste las instrucciones adecuadas".

—Mis instrucciones fueron perfectamente adecuadas

—respondió Susana y tomó un delicado sorbo de té

— No importa. Estás aquí y tenemos mucho de qué hablar. Por favor, toma asiento.

Su repentina cordialidad puso a Paula más nerviosa de lo que hubiera estado si inmediatamente hubiera gritado amenazas y chantajes, y casi dudó en hacer lo que le había dicho. Pero cuando se

dio cuenta de que se vería obligada a sentarse, se dirigió rápidamente al sofá en el que estaba acostada su madre.

"No está ahí. Está ahí ."

Fue entonces cuando Paula vio a qué sofá se refería Susana y se sobresaltó al verlo. Era un sofá cuyo respaldo estaba frente a ella cuando entró. Y ahora que estaba del otro lado, se le heló el corazón en el pecho cuando vio al hombre que estaba sentado encorvado con la cabeza gacha.

No necesitaba verle la cara para saber quién era, y sus labios se abrieron en un gesto de estupor al verlo. Su cabello dorado, habitualmente perfectamente peinado, era una mata desaliñada sobre su cabeza, y sus nudillos estaban magullados y maltrechos. La ropa le colgaba desordenadamente sobre los hombros y las caderas, y su camisa parecía como si no la hubieran lavado ni planchado en días.

Estaba tan quieto que ella se encontró mirando atentamente para ver si su pecho se movía, y sintió un breve alivio cuando notó un ligero movimiento.

" Dije ... siéntate."

La voz suave, pronunciada con un tono tan duro, hizo que Paula se dirigiera al sofá. Se sentó lentamente, sin apartar la vista de la figura inmóvil que había al otro lado. El movimiento de los cojines pareció sacarlo de lo que estaba pensando y levantó lentamente la cabeza para mirarla.

Paula permaneció en silencio mientras lo miraba fijamente, sus labios se abrieron en muda sorpresa.

Su piel, que antes era impecable, ahora era una mezcla de negros, azules y amarillos, con un ojo hinchado y cerrado y el labio inferior partido. Pero no eran tanto las heridas que ella estaba segura de que habían sido causadas por Henry, sino más bien la mirada en su único ojo visible.

La mirada gélida que ella había llegado a conocer parecía haberse congelado por completo, y aunque él la estaba mirando, parecía ver a través de ella.

Drogado .

Alarmada, miró a la mujer sentada frente a ella, que bebía té como si estuviera viendo una película. "¿Qué es lo que quieres?", preguntó, agradecida de que su voz no la delatara ante el miedo que sentía que se apoderaba de sus miembros.

Susana tomó un último sorbo de té y dejó la taza. "Seguro que tienes algunas preguntas".

" Eso es quedarse corto."

"Todo se revelará con el tiempo.

—No tengo tiempo, si recuerdas

—replicó Paula, recordándole sutilmente que el efecto del somnífero que le había dado a su familia desaparecería en unas horas.

La mirada ámbar de Susana la miró fijamente y tarareó pensativa antes de enderezar los hombros.

—Muy bien. Si recuerdas correctamente. Dije que estaba dispuesta a hacer un trato: tu madre a cambio de respuestas.

Paula frunció el ceño.

—Sí, bueno, ya estoy aquí. No sé qué es lo que quieres que responda, pero ¿podemos terminar con esto de una vez para que pueda llevarme a mi madre y salir de este infierno?

La anciana chasqueó la lengua ante su impaciencia y sacudió la cabeza. "Desafortunadamente, eso no es posible".

"¿Por qué no?"

No fue Paula quien habló, sino el hombre que estaba a su lado y que hasta ese momento había estado callado. Sorprendida por el repentino sonido de su voz, lo miró y vio que estaba mirando a su madre.

La mirada penetrante de Susana se centró en su hijo. "Porque... mis respuestas tardarán varios meses en llegar. Tal vez incluso más".

Todo el cuerpo de Paula se tensó. "¿Disculpa?"

Una ceja plateada se alzó. "No sé por qué estás confundida. Te dije que quiero respuestas y estás dispuesta a entregarte a ti misma por tu madre para que yo las obtenga".

—Comercio...

—hizo una pausa

—¿Qué estás...?

"No me interrumpas."

La mirada aguda que Susana le dirigió hizo que Paula sintiera una extraña sensación de estar siendo regañada y también de querer golpearla en la cabeza. Pero sabía que no debía intentarlo, especialmente cuando ni siquiera podía usar sus manos.

Susana se reclinó en su asiento y puso ambas manos sobre sus rodillas. "Toda mi vida la he dedicado a mi trabajo. He puesto a prueba todas las teorías, he estudiado todos los libros de texto. He volcado mi mente y mi alma en mi investigación sobre el cerebro humano y las enfermedades que crea. Y, como puede ver, mi trabajo ha dado frutos de varios tipos. He logrado curar enfermedades aparentemente incurables. Pero hay una cosa, el trabajo de mi vida, se podría decir, que aún no se ha realizado".

"¿Y qué es eso?"

"Abuso. Quiero encontrar una cura para ello."

Paula se sobresaltó ante esas palabras y abrió mucho los ojos. "¿Cómo pudiste hacer eso?"

“De la misma manera que he curado tantas otras cosas: haciendo pruebas”.

Ella la miró con incredulidad. "Estás loca si crees que podrás curar eso".

"La gente siempre me ha llamado loco."

La declaración fue dada con un aire tan despreocupado que Paula se dio cuenta de que la mujer debió haber pensado que la gente le estaba mintiendo o simplemente estaba tan perdida en su mundo que no creía que fuera cierto.

Un pequeño resoplido de incredulidad pasó por sus labios. La mujer que tenía delante quería

curar el abuso, y sin embargo...

-Te das cuenta de que estás combatiendo el fuego con fuego, ¿verdad?

"Sí, y entonces todo será destruido para dar paso a una nueva era de gente mejor".

Paula no pudo evitar mirarla boquiabierta. Ni siquiera tenía palabras para describir las tonterías que salieron de su boca.

La mirada penetrante de Susana se percató de su expresión y sus ojos se endurecieron.

—Ahora te burlas, pero no por mucho tiempo. Esta investigación se ha llevado a cabo durante años y casi la he perfeccionado en lo que respecta a los hombres. Pero las mujeres... El problema es que toda la investigación que he realizado sobre mujeres fueron pacientes, lo que ha dejado los datos un poco... sesgados. Quiero a alguien completamente cuerdo para probar mis teorías.

—Sus ojos se clavaron en la expresión de asombro de Paula y concluyó en voz baja

— ¿Y quién mejor para empezar que la hija de la mujer que mató a mi hermano?

Paula balbuceó ante sus palabras, conectando los puntos en su mente. Casi se enfermó cuando se dio cuenta de que esa mujer era la hermana de ese despreciable policía, lo que significaría que él era el tío de Massimo.

—¡Como si alguna vez fuera a consentir algo tan horrible!

—gritó con absoluto disgusto.

"¿Entonces no quieres hacer una diferencia en el mundo?"

"Eso no viene al caso y tú lo sabes. Planeas pasar por todas estas molestias para investigar, pero sabes tan bien como yo que, si publicas algo, lo van a desechar debido a prácticas poco éticas. ¡El gobierno te va a encerrar!"

Susana la miró, casi un poco aburrido. "¿Qué ha hecho el gobierno además de quedarse con el dinero de la gente y hacer falsas promesas? Claro, han promulgado algunas leyes, pero ¿de qué sirven? Cuando la ley entra en vigor, el daño ya está hecho. ¿Por qué no evitarlo de entrada? El gobierno es fácilmente controlado por quienes tienen dinero. Y, como sabes, yo tengo bastante".

Los labios de Paula se tensaron hasta formar una fina línea. No podía negar que el gobierno era corrupto y estaba dispuesto a hacer la vista gorda ante cualquier cosa si alguien mostraba suficiente dinero. Pero pensar en ello...

—Así que, aquí está mi propuesta

—continuó Susana, con expresión seria una vez más y concentrada en ella

— Aceptas voluntariamente quedarte aquí para que pueda realizar mi investigación sobre ti. A cambio, tu madre podrá quedar libre.

Si así fuera, la mirada de Paula habría provocado ampollas purulentas en la piel de la mujer mayor. "Puedes irte al infierno por mí. Me niego a participar en algo tan absolutamente atroz. ¡Y cómo te atreves a quedarte de brazos cruzados y defender tu trabajo! ¡Eres peor que tu hermano!"

Susana la miró fijamente, sus ojos ámbar cortantes.

—Mi hermano... era débil. Yo fui la que recibió la peor parte de lo que nuestros padres nos

arrojaron, ¡no él! Y aun así él...

—Respiró profundamente y cerró los ojos durante unos segundos. Cuando los abrió, su mirada de lava fundida había vuelto a ser de un ámbar frío

— ¿Aún te niegas a unirte?

La mirada de Paula ardía de furia. "Vete al infierno."

-Muy bien, Elliot.

Paula jadeó cuando el padre de Massimo, que había estado rondando a Sofia durante toda la conversación, de repente apuntó su arma a la mujer inconsciente.

—¿Qué crees que estás haciendo? ¡Aléjate de ella!

—gritó Paula mientras se ponía de pie de un salto.

"Recuerda que dije que teníamos un trato. No estás dispuesta a darme las respuestas que necesito desesperadamente, y por eso no tendrás a tu madre, a quien tanto deseas. Es muy sencillo".

"¡No es sencillo! Está embarazada. ¡Aparta esa pistola de ella!"

"Sólo si estás de acuerdo."

"¿Me estás amenazando?"

"Pensé que hiciste todo lo necesario para mantener a tu familia a salvo".

Paula se sintió golpeada por sus palabras y apretó los dientes con dureza. Susana continuó: "Siempre parecías tan leal, haciendo todo lo que podías por tu familia. Y ahora no se trata solo de tu madre, sino también de un hermano no nacido. Estoy... segura de que no querrás tener que soportar la muerte de un bebé. No quieres convertirte en como Clara, ¿verdad?"

Un recuerdo lejano se apoderó de la mente de Paula al oír esas palabras: la vez que había ido al apartamento de Massimo y se había sincerado con él.

Una repentina ira estalló en su interior, avivada por el combustible de la traición de Massimo. Se volvió hacia él bruscamente, su mirada parecía como si la lava brotara de las profundidades de su alma. A pesar de lo drogado que estaba Massimo, reconoció la ferocidad de su mirada y agachó el cabeza avergonzado.

Aunque Paula no lo deseaba, en ese momento se alegró de estar atada, pues seguramente lo habría golpeado si no hubiera estado atada.

¿Había sido ese el plan desde el principio? ¿Que ella confiara lo suficiente en él para que le contara sus secretos y temores más profundos? ¿Todo esto se había hecho para descubrir su debilidad y que Susana pudiera intervenir cuando estuviera en su peor momento?

"¿Bien?"

Lentamente, Paula la miró. La mano helada que tenía sobre su columna regresó y la agarró con fuerza, apretándola, retorciéndola y dejándola sin aliento.

Ante ella no había ninguna mujer, ningún ser humano. Su humanidad le había sido arrebatada y enterrada hacía mucho tiempo. Su pelo plateado, liso y perfecto, le rozaba los hombros. Pero sus ojos... eran de un ámbar tan intenso que parecían amarillos bajo la luz fluorescente.

Amarillo.

Ella siempre odió el color, especialmente en los ojos de una persona.

No era natural

Demoníaco.

Paula apretó la mandíbula con tanta fuerza que la oyó chasquear. Esta mujer no era tonta. Era inteligente y se benefició de su estado mental hasta el punto de ganar miles de millones y que el mundo la viera como una santa. La gente, incluida su madre, aplaudía su trabajo, pero sin tener idea de cómo logró esos resultados.

Ella era un demonio disfrazado de ángel y tenía al mundo entero engañado.

-¿Crees que mi padre y mi hermana no me buscarán cuando se den cuenta de que estoy desaparecida?

Susana sonrió.

—Ah, pero no pensarán que estás desaparecida porque vas a enviar un mensaje declarando tu apasionado amor por mi hijo. Aunque sabes que tu familia lo odia, no puedes soportar vivir sin él. Así que has decidido fugarte y, si intentan encontrarte, desaparecerás de sus vidas para siempre. Y no será demasiado difícil convencerlos de eso. Después de todo, fuiste en contra de los deseos de tu padre y fuiste a ver a Massimo en secreto. Y luego ni siquiera le dijiste cuando Massimo te lastimó.

Aturdida, Paula luchó por formar una respuesta, permitiendo que Susana continuara.

—Olvidas, niña, que he estudiado el cerebro humano durante años. Sé exactamente cómo funciona. Y tú eres tan predecible como cualquier otra jovencita. ¿Un joven apuesto que te irrita hasta el infinito? Atracción instantánea. Lo único más cliché que eso es que el chico malo se enamore de la chica buena. Y la razón por la que es cliché es porque es muy predecible. Así que, por supuesto, sabía que te enamorarías perdidamente del único hombre que no se desmayara a tus pies. Es como todas las novelas románticas cliché que se han escrito jamás.

Paula quería responder que no se enamoraba de él, que estaba comprometida con otro hombre. Pero en cuanto la invadió la sensación de triunfo, se desinfló como un globo pinchado. Nadie sabía siquiera que estaba comprometida con Henry. ¡Todos pensaban que amaba a Massimo! Y para empeorar las cosas, incluso si Henry dijera algo, nadie le creería porque ella negaba constantemente cualquier sentimiento por él.

Un sentimiento de derrota la hizo agachar la cabeza. Había caído en sus manos y ni siquiera lo había notado.

"¿Tenemos un trato?"

Paula se mordió el labio inferior mientras pensaba, sopesando todo lo que sabía sobre la situación. Hizo una pausa cuando se le ocurrió una idea: "Esa... inyección que le pusiste a mi mamá. ¿Cuál era su propósito?", preguntó, levantando lentamente la mirada del suelo para volver a mirar a la mujer sentada.

Las cejas plateadas de Susana se alzaron, como si no hubiera esperado esa pregunta.

—¿Su propósito? Era simplemente quitar a Sofia del camino. Sabía que reconocería a mi hijo en

el momento en que lo viera. No podía permitir que se cerniera sobre ustedes dos en su floreciente romance e interfiriera. Además, si tenía alguna esperanza de atraparte, necesitaba un cebo y necesitaba que te desesperaras lo suficiente como para morder el anzuelo. El problema es que solo dura un tiempo, y mi plan no era lo suficientemente preciso como para permitirle recuperarse. Desafortunadamente, la segunda inyección que Massimo intentó darle no se administró correctamente, por lo que tuve que poner en marcha mi plan un poco más rápido de lo que quería.

Entonces Susana se levantó y dio unos pasos hacia ella, extendiendo la mano como si le pidiera un apretón de manos.

"Entonces... ¿tenemos un acuerdo?"

Paula cerró los puños detrás de ella. "¿Qué le va a pasar a mi madre si acepto?"

"Ella será libre."

Paula apretó los dientes y sus pensamientos se agolparon en su mente hasta que no fueron más que una confusión. Pruebas ... No sabía en qué consistían, pero a juzgar por la apariencia de la gente que estaba al final del pasillo, no serían buenas. Pero al mismo tiempo...

Miró la figura inmóvil de su madre y el arma que no se había movido de su lugar apuntando a su cabeza. No podía dejar que murieran. Tenía la mandíbula tan apretada que le dolía. Si tan solo pudiera alcanzar su teléfono, pero para hacerlo, lo más probable es que le dispararan antes de que pudiera dar dos pasos.

Sus hombros se hundieron. No veía salida a esta situación.

Susana la tenía atrapada.

Pero ella sabía que incluso si enviaba esa carta como decía Susana y todos los demás la creían, Henry no lo haría. La buscaría.

Ella sólo tenía que sobrevivir hasta que él lo hiciera.

Y con un profundo suspiro, Paula la miró a los ojos. "Está bien."

Susana sonrió. "Perfecto", respondió y miró a su marido asintiendo.

Él respondió a su orden sin palabras amartillando su arma.

El sonido hizo que a Paula se le helaran las venas. "¿Qué?"

"Prometí que ella sería libre, ¿no?"

—¡Eso no es libertad!

—gritó Paula.

"Dije que sería libre, pero no especifiqué en qué forma".

Pensando rápidamente, Paula respondió: "Si la matas, mi familia sabrá que hay algo sucio involucrado y nunca dejarán de buscar a quién lo hizo".

Susana la miró con total seriedad. "No será la primera vez que mi marido cargue con la culpa por mí".

Paula se quedó en silencio, conmocionada, y su mirada oscura se movía frenéticamente entre la

pareja de ancianos y Massimo, que no se había movido ni un centímetro. Todavía estaba tratando de pensar en alguna forma de quitarle el arma de la mano cuando de repente sonó una sirena en todo el edificio.

Susana resopló con fastidio. "Probablemente sea el paciente de la celda 3 otra vez", le murmuró a su esposo mientras le quitaba la pistola de la mano. "Ve a comprobarlo".

Casi como si fuera un robot, asintió y caminó hacia la puerta. Pero se escuchó un ruido sordo en el momento en que cruzó el umbral. Confundida y repentinamente muy irritada, Susana caminó hacia la puerta para ver qué era el ruido, solo para gritar de sorpresa cuando un cuerpo grande se abalanzó sobre ella y le arrebató el arma de la mano.

—¡Henry!

—exclamó Paula aliviada, pero luego gritó alarmada cuando se oyó un disparo y pronto apareció sangre en el brazo de Henry.

Henry hizo una mueca de dolor al sentir que le ardía el bíceps y empujó a la mujer, golpeándola en un punto de presión detrás de la cabeza. Susana se tambaleó por un breve segundo antes de desplomarse, y Henry se apresuró a desarmarla antes de correr hacia Paula.

—¿Estás herida?

—preguntó, o al menos eso fue lo que Paula creyó que había dicho. No podía oír mucho por el estridente sonido de la sirena.

"Estoy bien, pero tu brazo..."

—Todo irá bien

—dijo mientras miraba sus manos atadas a la espalda

— No tendré tiempo de quitármelas ahora. Tengo un equipo esperando afuera.

Un rubor de vergüenza le calentó las mejillas.

—¿Cómo...?

Le lanzó una mirada dura. "Podemos hablar de tu intento de drogarme más tarde. Ahora mismo necesito sacarte a ti y a tu madre de aquí", dijo mientras caminaba hacia el cuerpo inmóvil de su madre y la levantaba, ocultando la forma en que su brazo ardía de dolor mientras la colocaba sobre su hombro.

Paula se dio la vuelta y estaba a punto de seguirlo cuando vio al hombre que seguía sentado en el sofá. Aunque casi había intentado matarla, verlo la dejó en un estado de conflicto.

También fue víctima de su madre.

—Vamos, tenemos que irnos

—la llamó Henry mientras caminaba hacia la puerta.

Ella apretó los labios en actitud meditativa y lo llamó: "¿Qué pasa con Massimo?"

Henry hizo una pausa en sus movimientos y la miró por encima del hombro. "¿Qué pasa con él?"

"Debería venir con nosotros."

Su expresión se oscureció.

—Princesa, te amo, pero no me hagas enojar.

"Pero"

"No, no voy a pelear contigo por esto. Vámonos".

Paula dudó. Había dicho que tenía un equipo esperando afuera. Probablemente se estaban infiltrando en el edificio y acorralando a todos mientras hablaban. Alguien lo vería y sabría qué hacer.

Con ese pensamiento, corrió tras Henry cuando entraron al corredor, notando brevemente la figura desplomada del padre de Massimo mientras corrían. Era una hazaña difícil correr con las manos atadas a la espalda, pero Paula hizo lo mejor que pudo.

Mientras corrían, se dio cuenta de que estaban tomando el mismo camino que la había llevado a esa habitación y miró las celdas vacías a ambos lados de ella.

El alivio fue breve en su mente, porque cuando estaban a punto de llegar a la puerta que conducía a la escalera, se oyó un disparo en lo alto, apagando la bombilla que estaba justo encima de ellos.

Paula gritó de miedo ante el fuerte golpe, seguido por la lluvia de cristales, y apenas se había dado la vuelta cuando Henry la empujó detrás de él, sujetándola fuerte del brazo para mantenerla allí.

—Entrégame a Paula

—dijo Susana con una voz extrañamente tranquila, con el arma apuntando al pecho de Henry

— Ahora .

El corazón de Paula latía tan fuerte en su pecho que estaba segura de que Henry podía oírlo por encima de la alarma, y apretó los puños detrás de la espalda, odiando lo impotente que se sentía.

De repente, unas manos la agarraron por detrás y ella gritó de miedo cuando Henry la soltó. Él miró hacia atrás justo cuando Susana amartillaba su arma.

"¡Cuidado!", gritó y pateó hacia atrás, golpeando a la persona con fuerza en la espinilla y permitiendo que su agarre se aflojara lo suficiente para que ella pudiera escaparse de su agarre.

Todo parecía suceder en cámara lenta mientras ella se lanzaba hacia el costado de Henry, poniendo su peso sobre su hombro para empujarlo hacia un lado mientras la bala se disparaba.

Paula se quedó paralizada y el tiempo pareció detenerse por un breve instante antes de que un dolor tan intenso la invadiera que tuvo que contener un jadeo y caer hacia adelante. Un brazo musculoso se extendió para sostenerla, frenando su caída mientras se desplomaba en el suelo.

—Bueno, eso fue una estupidez de tu parte

—siseó Susana con fastidio, con una mirada mordaz mientras observaba los rasgos de Paula congelados por el dolor.

La mirada de Henry era asesina mientras intentaba arropar a Paula a su lado, pero era difícil sostenerla y también a Sofia, lo que lo obligó a agacharse en el suelo. Susana levantó su arma una vez más y Henry se tensó, notando cada vez más las similitudes entre ella y su hijo.

Susana frunció los labios mientras miraba a la mujer herida en su brazo y tarareó pensativa: "Supongo que no puedo ganarles a todos".

Henry sintió que su corazón latía con fuerza en su pecho, tratando de meter a Paula lo más cerca posible de su costado mientras simultáneamente buscaba una de las armas en su funda.

Ella amartilló el arma una vez más para apuntar.

"¡No!", de repente se escuchó un grito a su alrededor y Susana se quedó sin aliento cuando alguien la agarró por detrás. Se oyó otro disparo y el anciano que había agarrado a Paula gimió antes de caer al suelo con un ruido sordo.

—¡Massimo, quítate de encima! ¿Qué crees que estás haciendo?

—gritó Susana mientras la inmovilizaba contra el suelo.

—¡Cállate!

—le gritó él, con una mirada cruel y la mano apretada alrededor de su cuello, pero sus músculos temblaban por la tensión y el sudor le quemaba los ojos.

Se quedó paralizada mientras miraba a su hijo antes de que una suave sonrisa apareciera en su rostro. "Vamos, hijo mío. No quieres hacer esto".

Massimo lo fulminó con la mirada.

—Dije... que te callaras.

—Luego miró a Henry y lo vio tumbando suavemente a Paula en el suelo, con los ojos frenéticos, pero con movimientos suaves.

—¿Princesa?

—le preguntó Henry, con pánico apoderándose de sus movimientos mientras la miraba

— ¿Puedes oírme?

—Miró el líquido escarlata que se extendía por su camisa.

Sin pensarlo, levantó la suave tela. Aunque había visto muchas cosas terribles en su vida, la visión de la herida supurante en su estómago casi lo hizo desmayarse. Apretó los dientes y miró sus ojos doloridos, presionando la herida con la mano.

Ella respiró profundamente y él le ofreció una sonrisa dolida. "Lo siento, pero no te preocupes, los médicos estarán aquí ahora", le dijo en voz baja.

Ella comenzó a toser y a farfullar, y Henry sintió que su corazón cedía cuando la sangre goteaba de sus labios agrietados.

—Está bien

—murmuró, pero no pudo ocultar el tono frenético en su voz mientras intentaba sostenerle la cabeza

— Está bien. Ya llegarán. Sólo agárrate, por favor.

Pero a pesar del dolor en el estómago, Paula le ofreció una pequeña sonrisa manchada de sangre, sus profundos ojos color chocolate brillando de dolor. "Yo... siempre supe que... estaba destinada

a…."

De repente, no pudo hablar, una tos desgarradora la atacó y la sangre le salpicó el pecho mientras se ahogaba. Su rostro se puso rojo mientras se ahogaba y Henry rápidamente la giró de lado.

Podía oírlo gritarles a los médicos que se apuraran y, a través de su visión en túnel, vio figuras uniformadas corriendo hacia ella. Tenía tanto dolor que apenas podía ver con claridad; su cuerpo se sentía frío mientras el calor se filtraba de ella y caía al suelo, tiñéndolo de carmesí.

Las figuras la rodeaban como una bandada de buitres, pero a través de sus movimientos frenéticos, su mirada se fijó en su madre. Vio cómo un médico se arrodillaba a su lado y la examinaba antes de hacerle una señal a uno de los oficiales que estaban a su lado para que la recogiera.

Su mente se alejó del presente y vio a su madre en el hospital con un recién nacido en brazos. El tiempo pasó volando y vio a su hermano pequeño jugando en el jardín, recogiendo nueces que habían caído de los árboles y corriendo para mostrarle a una sonriente Sofia, quien procedió a recoger al pequeño y a dar vueltas, mientras la risa llenaba el aire.

Paula volvió al presente y sintió un doloroso silbido en los pulmones mientras los médicos la trasladaban. Pero, aunque sus pulmones se agitaban y su estómago ardía de dolor, una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios mientras cerraba los ojos y el cansancio la invadía mientras el dolor se desvanecía y no podía sentir nada más.

Al menos... estaban a salvo.

Epílogo

El pasillo principal de la penitenciaría de Markiron estaba tranquilo y silencioso, los internos estaban encerrados en sus celdas después del almuerzo. Se abrió una puerta en el otro extremo y se escuchó el sonido de las ruedas, golpeando ligeramente el piso de baldosas con cada hundimiento en la lechada. Los pasos apenas se oían por encima del sonido de las ruedas, y Henry apretó los mangos de la silla de ruedas mientras miraba alrededor del pasillo vacío.

El director de la prisión se adelantó y, sin decir palabra, les indicó el camino a seguir. Poco después, entraron en una habitación y Henry apretó los dientes con frustración mientras miraba el cristal divisorio. El director se fue y miró a la mujer sentada en la silla de ruedas.

—No tienes por qué hacer esto, ¿lo sabes? No le debes nada

—dijo, observando cómo su cabello oscuro se movía cuando ella giró la cabeza para mirarlo.

Los ojos chocolate de Paula estaban cautelosos, pero Henry podía ver la fatiga que los agobiaba.

—Tengo que hablar con él

—respondió y miró hacia delante una vez más.

Henry se mordió el interior de la mejilla y la empujó hacia adelante hasta que estuvo en una de las cabinas con vidrio perforado para permitir que el sonido pasara a través de ellas.

"Está bien, pero llámame en cuanto no te sientas cómodo. Estaré afuera enseguida".

—Lo haré

—respondió ella, sin mirarlo a los ojos.

Él asintió y le lanzó una última mirada antes de salir de la habitación. El silencio de la sala de visitas permitió que la mente de Paula divagara y sus pensamientos retrocedieran en el tiempo hasta el momento en que su madre finalmente había abierto los ojos. La familia se había alegrado mucho de verla despierta, pero le había llevado varias horas aceptar todo lo que había sucedido mientras estaba en coma.

Sus pensamientos se dirigieron a una conversación que había tenido con su madre una noche al llegar a casa. Le había preguntado por qué nunca le había contado a nadie sobre Massimo.

"¿De verdad crees que tu padre no lo habría echado de casa en el momento en que le dije que podría haber una posible conexión?", había respondido. "Tuve que darle a Massimo el beneficio de la duda. Él no puede evitar con quién puede estar relacionado. No quería juzgarlo por su apariencia. ¿Qué tan mal crees que me habrían tratado si la gente me hubiera juzgado por mi familia?".

Paula, aunque se sorprendió por su respuesta, consideró que era una razón plausible. Esa era exactamente la forma en que su padre había reaccionado al descubrir la conexión. Incluso le había prohibido ver a Massimo. Así que, aunque no estaba de acuerdo con la totalidad de la razón, Paula comprendió por qué se mantuvo en silencio.

Además, aunque lo que había pasado había sido traumático, por decir lo menos, había algo bueno

que salió de ello. Abruzzi Pharmaceuticals fue cerrada debido a prácticas ilegales, y Susana fue condenada a cadena perpetua. Los pacientes que habían sido examinados estaban recibiendo el tratamiento correcto que necesitaban para mejorar su salud, y sus familias fueron alertadas. Aunque al hacerlo, se dieron cuenta de que la mayoría de estos pacientes o no tenían familia o la poca que tenían no podía preocuparse por ellos.

Bajó la cabeza y se miró las manos. No era de extrañar que Susana pudiera hacer pruebas durante tanto tiempo. Sabía exactamente a quién elegir para que fuera el más discreto.

Sofia, por otra parte, estaba perfectamente bien y parecía a punto de estallar a medida que se acercaba la fecha del parto. Habían decidido mantener en secreto el sexo hasta el nacimiento, a petición de sus padres y para gran disgusto de ella y Rosa. Ambas hermanas querían desesperadamente un hermanito.

Hablando de Rosa, estaba a punto de comprometerse e Paula no podía estar más feliz por ella. Estaba segura de que no tardarían mucho en casarse y formar su propia familia.

Paula, sin embargo, no tuvo tanta suerte. Aunque Henry no se había separado de ella, era muy poco probable que pudiera tener hijos. Cuando le dispararon, la bala le había dado en las vértebras, destrozándolas en el proceso y paralizándola de cintura para abajo. Había pasado la mayor parte de su tiempo en los últimos meses visitando fisioterapeutas y biocinéticos, pero el hecho de que la dejaran en silla de ruedas tampoco ayudó mucho a su salud mental.

Pero había decidido con Henry que, una vez que se hubiera adaptado a su nueva forma de vida y se casaran, adoptarían a Leora. Le hubiera encantado adoptarla antes, pero sentía que en ese momento no estaba en condiciones de cuidar de una niña.

Todo esto había sucedido en el breve lapso de unos pocos meses y había habido demasiados cambios para poder contarlos. Pero había una persona con la que aún no había hablado, ni siquiera si era para cerrar un capítulo de su vida de una vez por todas.

Fue con ese pensamiento en mente que la puerta del lado opuesto de la habitación se abrió e Paula miró al hombre que entró.

Habían pasado varios meses desde la última vez que lo había visto y era evidente cuánto peso había perdido durante el tiempo que estuvo allí. Su cabello rubio estaba despeinado y un poco grasiento, y el holgado atuendo de prisionero no favorecía su figura. Una ligera barba incipiente cubría sus mejillas y la línea de la mandíbula, e Paula sintió que se le hundía el estómago cuando sus miradas se cruzaron.

Notó que Massimo se sobresaltó al verla, pero mantuvo una expresión impasible mientras él se dirigía a la silla que le habían asignado. Lo observó sentarse lentamente, mientras los grilletes de hierro que le sujetaban las muñecas y los tobillos resonaban ruidosamente contra el suelo de baldosas.

El silencio reinó entre ellos por varios momentos, ambos evitando las miradas del otro hasta que Massimo finalmente encontró el coraje para mirarla. "Entonces... ¿qué piensas?"

Paula lo miró parpadeando confundida. "¿Qué quieres decir?"

Una sonrisa forzada se dibujó en sus labios agrietados. "Mi ropa. No es exactamente de mi color, ¿verdad?"

Sus ojos oscuros observaron el horrible color naranja quemado y la forma poco favorecedora en que se posaban sobre él. "Te ves terrible", afirmó claramente.

"Estar de este lado del cristal no es un paseo por el parque, pero lo merezco".

Ella miró a su alrededor, evitando su mirada. "Podrías salir antes. Buen comportamiento y todo eso".

Massimo sacudió la cabeza y una triste sonrisa se dibujó en sus labios.

—No creo que esa opción esté sobre la mesa para mí. Tu padre me odia. No me sorprendería que usara alguno de sus muchos hilos para asegurarse de que me quede encerrado aquí el mayor tiempo posible.

Sus ojos oscuros se clavaron en los de él.

—Él no abusaría de sus conexiones. Puedo asegurártelo. Él sabe que, si no fuera por ti, mi madre y yo...

—Se quedó en silencio, incapaz de terminar esa frase.

Massimo frunció el ceño. "Bueno, seguiré sentado detrás del cristal durante los próximos 12 años".

Paula pensó en el juicio de Massimo. Había sido el caso de la década con todo lo que se había descubierto, pero el veredicto se había emitido bastante rápido. Massimo tenía varios cargos contra él cuando fue llamado a declarar. Había causado el accidente de Sofia, se había agredido a sí misma y había escapado de la cárcel, por nombrar algunos. Incluso había matado a su padre, pero eso era difícil de probar porque había estado forcejeando con el arma en la mano de su madre y se disparó un tiro desviado. Paula pensó que si no hubiera escapado mientras esperaba la posibilidad de la libertad bajo fianza, no habría recibido una sentencia tan dura. Pero supuso que aun así era amable con él, considerando todos los cargos que se habían presentado contra él.

Paula apretó la mandíbula con desdén, el dolor de su traición y sus acciones todavía le dolía en el corazón.

—Te defendí, ¿sabes? Te defendí contra todos los seres queridos. ¿Tienes idea de lo que eso significa?

Él agachó el cabeza avergonzado. "Sí, lo hago", murmuró, mirando hacia la silla de ruedas en la que ella estaba sentada.

Recordó la primera vez que la vio. Fue en el juzgado y ella estaba allí para testificar. Recordó cómo se le paró el corazón al verla encadenada a una silla de ruedas y cómo se le revolvió el estómago. Se declaró culpable y, al hacerlo, contradijo todo lo que le había dicho el abogado del estado.

Él había arruinado su vida. Bien podría haber dejado que ella arruinara la suya.

"Lo lamento."

Ella lo miró y se le hizo un nudo en la garganta al ver la emoción en sus ojos. Esas pocas y sencillas palabras decían más que el discurso más largo que jamás hubiera podido decir. Él lamentaba el dolor que había causado a su familia, lamentaba la ira sin precedentes que sentía hacia su madre y, más profundamente, lamentaba haberla traicionado y las consecuencias de

haberlo hecho.

Él notó que la pantalla protectora se alejaba de sus ojos y ella suspiró profundamente. "Iba a suceder de todos modos". Cuando vio la confusión en su rostro, explicó: "Mi espalda se estaba rindiendo lentamente. Era solo cuestión de tiempo".

Sus labios se abrieron en estado de shock. "Nunca lo supe".

Paula apretó los labios mientras se miraba las uñas. "De todos modos, nunca me escuchaste".

Massimo bajó la cabeza, incapaz de refutar esa afirmación.

Al notar su silencio, Paula alzó la mirada hacia él. Tragó saliva con fuerza, pues le costaba articular las palabras.

—¿Alguna vez... alguna vez significué algo para ti?

Era una pregunta, teniendo en cuenta que su prometido estaba justo afuera, pero era una pregunta a la que necesitaba una respuesta. Tenía que saber si todo sobre ellos había sido una mentira.

Un profundo suspiro escapó de sus labios mientras se hundía en los hombros, sintiéndose extremadamente fatigado. "Admito que al principio no lo hice. Mi madre me había confundido tanto con todas sus mentiras que odiaba a toda tu familia. Yo... creía que Sofia había matado a mi tío y se había salido con la suya gracias a la riqueza de tu familia. Pero luego... llegué a conocerte. No solo a ti, sino también a Sofia. Aprendí sobre su carácter, y cuando comencé a dudar de las palabras de mi madre, ella me daba más medicamentos o me decía que dejara de cuestionarla".

Su mirada gélida estaba abatida.

—Pero eso no fue excusa para la forma en que te traté. Y…. aunque te perdí...

—hizo una pausa mientras levantaba lentamente los ojos para mirarla

— No lo habría cambiado por nada del mundo.

Paula sintió que el corazón se le hundía en el estómago al oír esas palabras y que su cuerpo se le ponía rígido. Quedó atónita ante su confesión y, cuando su mirada gélida se clavó en sus ojos oscuros, se dio cuenta de que no podía mirarlo a los ojos. Apartó la mirada rápidamente y parpadeó para contener las lágrimas que le ardían en el fondo de los ojos.

La puerta por la que entró se abrió y reconoció los pasos de su prometido. "Es hora de irnos", dijo con una voz firme y inusualmente suave.

Massimo observó cómo sus manos se movían para agarrar las ruedas de su silla y los diamantes que adornaban su dedo anular izquierdo llamaron su atención. Miró al hombre silencioso que estaba de pie junto a la puerta, con los brazos cruzados y una expresión severa.

Él permaneció de pie allí, incluso cuando Paula salió de la habitación, y no miró hacia atrás.

—Sabes

—empezó Henry, con su voz suave, ahora más afilada que una navaja

— Si no fuera por ti, Paula no estaría en silla de ruedas ahora mismo.

Massimo bajó la cabeza, avergonzado. "Soy consciente de eso".

"Y sin embargo... si no fuera por ti, ella no estaría aquí en absoluto."

Massimo se lamió los labios agrietados y lo miró. Henry nunca lo dijo, pero la insinuación era clara. Suspiró profundamente y dejó caer los hombros mientras volvía la mirada hacia la puerta abierta.

Con voz suave, respondió: "Cuídala. Cuídala como yo nunca lo hice".

Un músculo se tensó a lo largo de la mandíbula de Henry mientras apretaba los dientes, pero su mirada dura se suavizó. No intercambiaron palabras, pero Massimo notó la aceptación de sus palabras en los ojos de Henry. Luego, con un pequeño y apenas perceptible asentimiento, Henry se dio la vuelta y salió de la habitación, mientras la pesada puerta se cerraba de golpe detrás de él.

Massimo oyó que el director se acercaba a él y sus grilletes *golpearon* el suelo cuando se puso de pie. Solo había tenido otra visita durante los meses que llevaba allí, alguien a quien no esperaba ver. Le sorprendió darse cuenta de que la directora de la hija de Paula no era otra que la tímida asistente de Paula, Martina. Ella venía de vez en cuando a visitar a su padre y a veces también hablaba con él. Massimo no hablaba mucho, pero cuando lo hacía siempre era para preguntar cómo estaba Paula.

Su corazón estaba pesado mientras miraba hacia la puerta cerrada detrás de la cual había desaparecido un tesoro.

Un profundo suspiro salió de sus pulmones mientras lo escoltaban fuera de la habitación, y sus hombros se sentían como si tuvieran el peso del mundo descansando sobre ellos mientras caminaba arrastrando los pies.

Pensó en todo lo que había ocurrido en los últimos meses, en la mujer a la que había desechado tan descuidadamente. Pensó en las mentiras, los subterfugios y la traición que le había causado a una mujer por la que cualquier hombre estaría agradecido, una mujer que merecía el mundo y, sin embargo, todo lo que él le había dado era el infierno.

Ella había sido un sueño para él, un sueño que tontamente había dado por sentado.

Y Massimo se dio cuenta en ese momento de que, por doloroso que fuera, Paula siempre había estado destinada a ser un sueño para él, nunca a ser su realidad. Eran como fuego y hielo desde el principio. Nunca estarían juntos y solo se causarían daño el uno al otro si lo intentaban.

Y el romance que habían compartido, tan breve como fue, podría concluirse que no fue nada más que un conflicto de corazones.

El fin